
HD WIDENER
HW X392 A

COMPENDIO

DE

HISTORIA DE AMÉRICA.

COMPENDIO

DE

HISTORIA DE AMÉRICA

POR

DIEGO BARROS ARANA.

Obra aprobada por la Universidad de Chile para la enseñanza de este ramo en los colejios.

PARTES III i IV.

LA COLONIA.—LA REVOLUCION.

LIBRERIA CENTRAL
de
AUGUSTO RAYMOND,
calle de Huérfanos, esquina de la de la Bandera.

SANTIAGO,

IMP. DEL FERROCARRIL, CALLE DE LA BANDERA, N.º 39

— 1865 —

COMPENDIO

DE HISTORIA DE AMERICA.

PARTE TERCERA.

LA COLONIA.

CAPITULO I.

Divisiones políticas i administrativas de las colonias españolas.

Diferencia entre la conquista i la colonia en la historia de las posesiones españolas de América.—Vireinato de Méjico o Nueva España.—Capitanía jeneral de Guatemala.—Vireinato de Nueva-Granada.—Capitanía jeneral de Venezuela.—Vireinato del Perú.—Vireinato de Buenos-Aires.—Capitanía jeneral de Chile.—Capitanía jeneral de Cuba.

DIFERENCIA ENTRE LA CONQUISTA I LA COLONIA EN LA HISTORIA DE LAS POSESIONES ESPAÑOLAS DE AMÉRICA.—"Si la invasion del nuevo mundo hubiese estado fundada en derechos lejítimos; si los horrores de una guerra llevada contra pueblos pacíficos no ofendiesen la razon i la justicia; si el yugo impuesto a hombres libres, independientes, cuya ambicion i cuyo poder no podian inspirar ningun temor, no fuese un ultraje inferido a la humanidad, i una violacion insigne del derecho de jentes, los conquistadores de América merecerian ser colocados en el rango de los semidioses, con mas justo título que los héroes de la antigüedad, i sin necesidad de que la fábula usase de su privilejio para exajerar los hechos i las virtudes" (1).

A la vuelta de algunos siglos, en efecto, pareceran fabulosas las hazañas de los conquistadores de América. Colon hace el mas portentoso viaje marítimo con tres débiles embarcaciones, de las cuales una sola tenia cubierta; i a la cabeza de 120 hombres toma posesion en nombre del rei de España de las populosas islas del mar de las Antillas. Cortes al frente de 600 hombres, de los cuales solo unos pocos

---

(1) Depons, *Voyage a la Terre ferme*, chap I.

tenian armas de fuego, invade un imperio poderoso cuya poblacion no podia bajar de ocho millones de almas. Pizarro con 180 españoles penetra en el interior del Perú, apresa al inca i toma posesion de un vasto i poblado imperio. Magallanes descubre mares desconocidos, i al morir deja a sus compañeros en situacion de dar la primera vuelta al mundo. Al lado de estos grandes capitanes, una infinidad de aventureros se ilustra e inmortaliza con hazañas ménos importantes por su consecuencia, pero no ménos riesgosas i brillantes.

Los padecimientos de la conquista, dice sin exajeracion un historiador español, "habrian espantado a cualquiera otra nacion que no tuviera el ánimo invencible de estos valerosos castellanos, los cuales ya estaban mui acostumbrados a entrar sin temor de hambre, sed, ni de otro cualquier peligro, sin guias ni saber caminos por temerosas espesuras i pasar caudalosos rios i asperísimas i dificultosísimas sierras, peleando a un tiempo con los enemigos, con los elementos i con la hambre, mostrando a todo invencibles corazones, sufriendo los trabajos con sus robustos cuerpos, i otras veces caminar de noche i dia largas jornadas por el frio i el calor, cargados de la comida i de las armas juntamente, i usar de diversos oficios, pues ellos eran soldados i cuando convenia gastadores, i otras veces carpinteros i maestros de axa, pues el que mas noble i principal era cuando convenia hacer puente o balsa para pasar algun rio o para otra cosa conveniente para alguna empresa, echaba mano de la hacha para cortar el árbol, para arrastrarle i acomodarle a lo que era menester; i así fué esta milicia de las Indias en todas cosas mui ejercitada i valerosa; para conseguir tantas victorias i empresas no convino que lo fuese ménos, i tambien los incitaba el ánimo que es siempre solicitado del deseo que naturalmente tienen los hombres de utilidad, gloria i honra que son los premios que le esperan de los trabajos" (2).

Los españoles empañaron muchas veces el brillo de estas proezas con actos de crueldad i de perfidia que la moral no puede disculpar. Los conquistadores eran demasiado débiles para consumar la sujecion del nuevo mundo mediante una guerra leal, i se vieron obligados a suplir el número con la intriga. "La mentira, el perjurio, la crueldad, aun la ferocidad, la organizacion de la guerra civil entre los infe-

(2) Herrera, *Historia de las Indias*, dec V. lib. IX. cap. 2.°

lices que se querian someter, añade Depons, tales fueron las armas que emplearon; pero estos medios sacaban su eficacia del valor, de la intrepidez i de la constancia de los conquistadores. En medio de actos que ellos llamaban indispensables, se observan rasgos capaces de honrar al hombre de bien. Su conducta presenta un conjunto de virtudes i de crímenes que hacen sucesivamente esperimentar al lector las sensáciones de admiracion i de horror. El corazon se dilata i se estrecha alternativamente al recorrer este círculo tan singular de acciones admirables i horribles, jenerosas i feroces, leales i pérfidas.»

La historia de la colonia presenta caracteres esencialmente diversos. Tras de la ajitacion maravillosa de la época de los conquistadores, vino la calma cimentada por los ajentes del rei de España. Los primeros colonos del nuevo mundo eran mas soldados que industriales. Se empeñaban por su cuenta i riesgo en empresas atrevidas que llevaban a cabo por su sola voluntad i con la cooperacion de los aventureros a quienes podian seducir o que voluntariamente querian seguirlos. Mui pocos eran los descubridores o conquistadores a quienes el rei o sus ajentes hubieran confiado una empresa. Cortes acometió la conquista de Méjico sin que Cárlos V lo supiese i contra la voluntad del gobernador español de Cuba. Balboa necesitó sublevarse contra las autoridades constituidas por el rei para llevar a cabo el descubrimiento del mar del sur. Bajo el réjimen de la colonia, i desde sus primeros tiempos, esta espontaneidad de los esploradores i de los soldados, fué vigorosamente enfrenada i desapareció casi completamente. Los soberanos españoles se miraron como señores absolutos del nuevo mundo: i los jefes de las diversas espediciones, los gobernadores de las provincias, los empleados encargados de administrar justicia i hasta los ministros del culto fueron nombrados por el rei, eran amovibles a su voluntad i estaban sometidos en todo a las instrucciones que recibian de la corona. La administracion pública fué reglamentada en todos sus detalles por el rei de España: los colonos perdieron todo sentimiento de individualidad, i quedaron reducidos a una inaccion casi completa. "Obedecer i callar es el deber del buen vasallo," llegó a decir uno de los vireyes de Méjico en una proclama dirijida a sus gobernados. Este sistema de gobierno vino a ser fatal a las colonias del nuevo mundo, como lo veremos mas adelante.

Esta es la verdadera razon de la lentitud de los progre-

sos de las colonias hispano-americanas. Su historia bajo aquel réjimen ofrece una escasísima importancia. El interes dramático se concluye con la conquista. Nos limitamos por esto a dar una idea de la division política i administrativa de las colonias españolas del nuevo mundo ántes de esponer el sistema de gobierno a que estuvieron sometidas.

VIREINATO DE MÉJICO O NUEVA ESPAÑA.—El vasto territorio conquistado por Hernan Cortes fué constituido en vireinato por Cárlos V en 1534, i ensanchado por las conquistas de Mechoacan, la nueva Galicia, las Californias i la península de Yucatan. Por el norte tocaba con las posesiones de la Luisiania, i por el sur con las provincias de Chiapas i Yucatan, pertenecientes a la capitanía jeneral de Guatemala. El mar limitaba el vireinato por el oriente i el occidente. Esta grande estension del continente era conocida con el nombre de Nueva España.

La riqueza mineral de aquel vireinato, las variadas i valiosas producciones de la zona tórrida i el renombre de la grandeza del antiguo imperio mejicano llevaron a la Nueva España una abundante emigracion europea, i dieron por resultado el considerable incremento de la riqueza pública. La Nueva España fué para la madre patria, una rica fuente de entradas fiscales, las cuales se aumentaron desde que, comprendiendo mejor sus intereses, la España dió mayor ensanche a las libertades comerciales de sus colonias. En los últimos años de la dominacion española, las rentas fiscales montaban a 20 millones de pesos por año, de los cuales seis pasaban al tesoro de la metrópoli. La poblacion del vireinato casi alcanzaba a siete millones de habitantes. Se calcula que solo una quinta parte de éstos eran blancos descendientes de europeos; los demas eran indios o mestizos. Los españoles residentes en el vireinato no pasaban de setenta mil a principios del presente siglo (3).

La division interior del vireinato estaba determinada por las necesidades del servicio público. Así habia una comandancia jeneral, casi independiente del virei, que entendia de los negocios militares de las provincias del norte que estaban constantemente espuestas a los ataques de los indios salvajes. En la administracion de justicia habia en la Nueva España dos tribunales conocidos con el nombre de real audiencia, establecido el uno en Méjico (1527) i el

(3) Este último cómputo es del baron de Humboldt. El historiador mejicano don Lúcas Alaman lo cree mui exajerado.

otro en Guadalajara (1548) (4), i otros tribunales especiales como el consulado para el juzgamiento de los asuntos comerciales, establecido en Méjico, Vera-Cruz i Guadalajara, el de minería, el de acordada (1722), que tenia por objeto juzgar sumariamente a los bandoleros que pululaban en los caminos públicos cometiendo crímenes de toda especie, i el de la inquisicion.

Méjico era el asiento de un arzobispado, constituido primero en obispado (1525) i erijido despues en arzobispado (1545), de que dependian ocho obispos; de Puebla de los Anjeles (1550) (5), el de Oajaca, asentado en la ciudad de Antequera (1535), el de Mechoacan, establecido en la ciudad de Valladolid (1536), el de Guadalajara (1560), el de Yucatan establecido en Mérida (1570), el de Durango, capital de Nueva Vizcaya (1620), el de Nuevo Leon, establecido en Monterei (1777), i el de Sonora (179). Las rentas de estos prelados eran inmensas: el baron de Humboldt dice que el arzobispo de Méjico tenia 130,000 pesos anuales, que el primero de los obispos enumerados tenia 110,000 pesos i que el tercero contaba con 100,000 pesos. Los otros poseian una renta un poco inferior, pero aun el mas pobre, el de Sonora, tenia 6,000 pesos. "La riqueza del clero no consistia tanto en las fincas que poseia, aunque estas eran muchas, especialmente las urbanas en las ciudades principales, como Méjico, Puebla i otras, sino en los capitales impuestos a censo redimible sobre las de los particulares; i el tráfico de dinero por la imposicion i redencion de estos caudales, hacia que cada juzgado de capellanías, cada cofradía, fuese una especie de banco. La totalidad de las propiedades del clero tanto secular como regular, así en fincas como en esta clase de créditos, no bajaba ciertamente de la mitad del valor total de los bienes raices del pais. Ademas de las rentas producidas por estas fincas i capitales, tenia el clero secular los diezmos que en todos los obispados de la Nueva España montaban a cosa de 1.800,000 pesos anuales" (6).

Se contaban en la Nueva España cerca de 15,000 sacerdo-

---

(4) Las cifras puestas entre paréntesis despues de los nombres de las audiencias, obispados, universidades i otros cuerpos constituidos, indican la fecha de su creacion

(5) Este obispado fué erijido primero en Tlascala en 1526, i trasladado a Puebla de los Anjeles en 1550.

(6) Alaman, *Historia de la revolucion de Méjico*, lib. I, cap. II.

tes de ámbos cleros; i su influencia era mui considerable, no solo por la proteccion que les dispensaban las leyes, sino por el prestijio de que gozaban en el pueblo. En 1624, Méjico fué teatro de una ruidosa competencia de autoridades que revela cual era el poder del clero. El arzobispo don Juan Perez de la Cerna escomulgó a un tal Mejía, que con la proteccion del virei, segun parece, hacia el negocio de monopolizar los granos, i al efecto mandó suspender el culto i la administracion de los sacramentos. El marques de Gelvez don Diego Carrillo, éste era el nombre del virei, en vez de poner coto al negocio de Mejía, mandó el arzobispo que suspendiera las censuras, i que se abrieran las iglesias. El arzobispo se negó a todo; pero el virei dió la órden de prenderlo i de trasladarlo con una escolta a San Juan de Ulúa. Perez de la Cerna quiso resistir vistiendo el traje arzobispal i tomando en la mano una hóstia consagrada; pero obligado a obedecer por la fuerza, lanzó la escomunion contra el virei. Pocos dias despues, el populacho de Méjico se sublevó en el nombre de la relijion, puso en libertad a los presos de la cárcel, incendió las puertas del palacio de gobierno, i lo saqueó completamente. El marques de Gelvez huyó disfrazado, i despues de haberse asilado temporalmente en el convento de San Francisco, se embarcó para España, dejando el gobierno en manos de la audiencia. El rei condenó la conducta del arzobispo i lo separó de la Nueva España; pero la opinion popular en Méjico se habia puesto de su parte (7).

El vireinato de Nueva España, la colonia mas protejida por la madre patria, alcanzó a un alto grado de riqueza i esplendor. Construyéronse en la capital i en algunas ciudades de provincia, templos i otros edificios monumentales, formáronse paseos hermosísimos i se organizó al lado del virei una corte no ménos ostentosa que la de Madrid. Méjico poseia una casa de moneda que acuñaba anualmente cerca de veinte millones de pesos, tuvo un jardin botánico de aclimatacion, una academia de bellas artes i una regular dotacion de escuelas para la difusion de los primeros conocimientos. La universidad de Méjico (1551) fué el centro de un movimiento literario i científico mui superior al que en la misma época se desarrollaba en las otras colo-

(7) El viajero ingles Tomas Gage ha referido minuciosamente este motin, de que fué testigo presencial, en los cap. XXIV i XXV de la primera parte *de sus viajes en la Nueva España*.

nias. Se estudiaron las antigüedades mejicanas, se cultivó la poesía i se prestó atencion a las ciencias físicas i matemáticas. La Nueva España produjo al célebre poeta dramático Juan Ruiz de Alarcon, a la poetiza sor Ines de la Cruz, al jurisconsulto Gamboa, a los matemáticos Sigüenza Góngora i Velazquez Cárdenas, al astrónomo Gama, al naturalista Alzate i a los historiadores Clavijero i Betancourt.

El primer virei de Nueva España, don Antonio de Mendoza, introdujo la imprenta en Méjico en 1535, cuando llegó a recibirse del gobierno de la colonia. Destinada al principio a la publicacion de pequeños tratados místicos i a la propagacion de la doctrina cristiana traducida a las lenguas indíjenas de aquel vireinato para la instruccion de los indios, la imprenta sirvió mas adelante para la impresion de hojas sueltas destinadas a dar noticias jenerales a la llegada de cada buque de Europa, i de libros de mayor importancia. En 1728 se dió a luz el primer periódico, contraido especialmente a la publicacion de noticias; pero luego aparecieron otros consagrados a la difusion de las letras i las ciencias. Esos periódicos, que salian a luz cada mes o cada semana, estaban sometidos a la rigorosa censura que, por encargo superior, ejercia uno de los oidores de la real audiencia.

A pesar de esta aparente prosperidad, el vireinato de Nueva España sufria todas las consecuencias del mal gobierno impuesto por el réjimen colonial. Las prohibiciones decretadas por la España al comercio i a la industria, bajo el nombre de proteccion a los intereses de la madre patria, el absolutismo en materia de gobierno, como veremos mas adelante, impedian el desarrollo i la prosperidad de la cololonia. A la sombra de ese sistema se mantenia una profunda inmoralidad administrativa que enriquecia a los mandatarios españoles con perjuicio de los infelices indios i de los industriales de la colonia.

El vireinato de Nueva España, como todas las posesiones españolas del nuevo mundo, estuvo espuesto a los ataques de las escuadras i de los corsarios de Inglaterra, Francia i Holanda, cada vez que la madre patria estuvo en guerra con algunas de estas potencias. Durante los dos primeros siglos que se siguieron a la conquista, el vireinato no tuvo mas ejército permanente que la escolta del virei; pero bajo el reinado de los príncipes de la casa de Borbon, creáronse diversos cuerpos de tropas de línea, i se disciplinaron las milicias para hacerlas servir en un caso de guerra.

Ese ejército permanente no era necesario para mantener a los mejicanos sometidos a la autoridad de los reyes de España, porque, aparte de algunas sublevaciones de indios de poca importancia, la fidelidad de los colonos no se desmintió jamás. Solo en los últimos años del siglo pasado i en los primeros del presente, la introduccion furtiva de algunos libros políticos i filosóficos, i las noticias de la revolucion francesa i de los Estados-Unidos comenzaron a preparar los ánimos para la independencia; i entónces el gobierno civil, así como el gobierno eclesiástico de la colonia, procesó con un rigor estraordinario a los sospechosos de haber incurrido en un delito que ellos consideraban contrario al rei i a la relijion. A pesar de este rigor i de esta vijilancia, la revolucion de la independencia se preparaba lentamente i debia aparecer en breve (8).

Capitanía jeneral de Guatemala.— Los paises conquistados por Pedro de Alvarado i por otros aventureros españoles en la rejion de la América Central, formaron la capitanía jeneral de Guatemala. Al principio esta capitanía jeneral estuvo reducida a la parte norte de aquella rejion; pero mas adelante le fueron incorporadas las provincias de Nicaragua i Costa-Rica (1573). La conquista definitiva de todo aquel territorio fué la obra de muchos años de largas i encarnizadas luchas con los indios valerosos i guerreros que lo poblaban.

La provincia de Guatemala, aunque gobernada por un capitan jeneral nombrado por el rei i que se comunicaba directamente con la corte, dependia en ciertos ramos de la administracion del virei de Nueva España. Para su gobierno poseia tambien un tribunal de la real audiencia (1542); i mas tarde, a consecuencia del desarrollo que habia tomado el comercio, el rei creó un consulado (1794). El gobierno eclesiástico fué confiado primero a un obispo establecido en la ciudad de Guatemala (1534), dependiente del

(8). Para estudiar la situacion política del vireinato de la Nueva España bajo el réjimen colonial, basta consultar la exelente obra del baron de Humboldt, titulada: *Ensayo político sobre la Nueva España*. Puede consultarse tambien el primer libro de la *Historia de la revolucion de Méjico* por Alaman i el *Teatro Americano, descripcion jeneral de los reinos i provincias de Nueva España*, por don José Antonio de Villa-Señor, publicado en Méjico en 1746 en dos volúmenes en folio. Dejando para un capítulo por separado el dar ideas jenerales sobre el sistema colonial de los españoles, he creido que aquí debiamos consignar solo las noticias que hemos apuntado.

arzobispado de Méjico. Dos siglos mas tarde, en 1742, fué constituido en arzobispado de que dependian tres obispados, el de Comayagua (1539), el de Nicaragua (1534) i el de Chiapas (1538), cuyo primer obispo fué el célebre Bartolomé de las Casas.

La capitanía jeneral era formada por un "pais sumamente fértil, dice el baron de Humboldt, mui poblado en comparacion del resto de las posesiones españolas, i tanto mejor cultivado cuanto que su suelo, removido de alto a bajo por los volcanes, apénas ofrece minas metálicas." Los frecuentes temblores de tierra, en efecto, fueron causa de la destruccion de muchas ciudades; i su capital misma, destruida en diversas ocasiones, cambió de asiento despues del terremoto de 1775, que la habia reducido a un monton de ruinas. A pesar de esto, la industria agrícola, estimulada por el alto precio del cacao, de la cochinilla i de los otros productos tropicales, se desarroyó considerablemente; i su poblacion alcanzó a 1.600,000 habitantes. Las rentas fiscales llegaban a cerca de 800,000 pesos.

Mui escaso interes ofrece la historia colonial de esta provincia. Fuera de las hostilidades de algunos corsarios ingleses u holandeses en algunos puntos de sus costas, que embarazaban el comercio i alarmaban las poblaciones, la capitanía jeneral de Guatemala pasó el período colonial en la mas completa tranquilidad. A su sombra, i a pesar de las trabas impuestas por la metrópoli, se desarrolló lentamente el comercio. La ciudad de Guatemala, aunque mucho ménos importante e incomparablemente ménos rica que la capital de Nueva España, poseia mayor poblacion i mas importancia que algunas capitales de provincia de la América del sur. Tenia una casa de moneda (1733) i una universidad (1678), en que se enseñaban mui especialmente las ciencias teolójicas. En 1795, ademas, se estableció en Guatemala una sociedad económica, a imitacion de las que con este nombre se establecian en España en aquella época, para el fomento de la industria. La sociedad abrió una escuela de dibujo (1797), i poco despues una escuela de matemáticas (1798), para cuyo incremento se asignaron premio a los estudiantes mas distinguidos. La sociedad económica fué mas léjos todavía: se proveyó de una imprenta i dió a luz un periódico que debia servir de órgano a sus trabajos i de propagador de los conocimientos útiles. Los asociados se lisonjeaban con la halagüeña esperanza de ilustrar pacíficamente a sus compatriotas, cuando

con gran sorpresa suya se les notificó una órden del rei por la cual quedaban prohibidas sus reuniones i la publicacion del periódico. Aquella órden no espresaba la razon que habia inducido al monarca a dictar esta providencia; pero el recelo de que a la sombra del fomento de la industria pudieran propagarse ideas subversivas contra el órden establecido, produjo ese injustificable golpe de autoridad. Tal era el espíritu de desconfianza que guiaba la política de los reyes de España en sus relaciones con las colonias del nuevo mundo (9).

VIREINATO DE NUEVA GRANADA.—La rejion que los conquistadores denominaron nuevo reino de Granada, formó cerca de dos siglos una provincia incorporada al vireinato del Perú. Rejíala un funcionario con el título de gobernador i presidente de la real audiencia instalada en la capital de la provincia, Santa Fé de Bogotá (1549). Esta ciudad era el asiento de un arzobispado (1564), de que dependian los obispos de Santa Marta, Cartajena i Popayan.

La presidencia de Nueva Granada era una colonia oscura. Sus pobladores vivian de la agricultura i de la esplotacion de los lavaderos de oro i de algunas minas de piedras preciosas o de diversos metales; pero un visitador español que por encargo del rei recorrió su territorio, representó a la corte la necesidad de modificar su administracion hasta obtener la creacion de un vireinato (1717). Suprimido éste poco mas tarde, fué restablecido definitivamente en 1739.

El vireinato de Nueva Granada comprendia no solo el territorio en que se formó la república de este nombre, sino tambien la presidencia de Quito, que fué igualmente desmembrada del Perú, i las provincias de Guayana, Cumaná i Maracaibo i las islas de Trinidad i Margarita, que despues fueron agregadas a la capitanía jeneral de Venezuela.

El vireinato comprendia, pues, una considerable estension de territorio. Para su mejor gobierno, la corte dejó en pié la presidencia de Quito, cuyo jefe dependia del virei en todo lo relativo a la administracion civil i militar.

---

(9) Para conocer la historia colonial de Guatemala se pueden consultar las *Memorias* ya citadas del arzobispo Pelaez i la *Historia del reino de Guatemala*, de Juarros, obra mui desordenada, pero llena de curiosísimas noticias.

No sucedia lo mismo en lo que respecta al gobierno eclesiástico: el arzobispo de Bogotá tenia por sufraganeos a los obispos de Popayan (1547), de Cartajena (1534), de Santa Marta (1529, suprimdo en 1562 i restablecido en 1577) i de Maracaibo (1782). Los tres obispos de la presidencia de Quito dependian del arzobispado de Lima. De este último dependia tambien el obispo de Panamá, cuyo territorio formaba parte del vireinato de Nueva Granada.

La administracion de justicia estaba tambien dividida. La presidencia de Quito tenia tribunales propios, el primero de los cuales era la real audiencia (1563) que funcionaba con completa independencia de los tribunales de Nueva Granada. La real audiencia de Quito, suprimida a la época de la primera formacion del vireinato, fué restablecida en 1739.

Las costas de este vireinato que baña el mar de las Antillas fueron muchas veces atacadas por los corsarios de las naciones europeas que sostuvieron guerras con España. La metrópoli se vió obligada, para defender sus dominios, a construir costosas fortificaciones en Santa Marta, Cartajena, Portobelo i en la desembocadura del rio Chagres. Iguales trabajos emprendió en Panamá i en Guayaquil, en el mar Pacífico. Para el sosten de estas fortificaciones levantó en el siglo pasado un ejército de 3,000 hombres, que mantuvo en pié hasta la época de la revolucion de la independencia.

Segun los mejores datos estadísticos, el vireinato tenia poco mas de dos millones de habitantes de oríjen europeo o mestizos; i como 600,000 de ellos pertenecian a la presidencia de Quito. Sus rentas alcanzaban a tres millones de pesos, de los cuales una sesta parte correspondia a Quito; pero los gastos de la administracion pública, la defensa de sus costas i los grandes trabajos que el rei mandó llevar a cabo para fortificarla, eran causa de que ordinariamente hubiera un déficit en las arcas reales, que cubria el tesoro del Perú. Las ciudades de Santa Fé i Popayan tenian establecidas casas de moneda.

Las dos secciones del vireinato, Nueva Granada i Quito, se desarrollaron lentamente a causa de las trabas que la España ponia al comercio i a la industria de sus colonias. Algunos puertos de la primera, que fueron depósito de mercaderías miéntras existió el mas rigoroso monopolio comercial, i que llegaron a ser despues centros de un importante movimiento de esportacion del tabaco, cacao i otros pro-

ductos tropicales, alcanzaron un grande acrecentamiento en su riqueza. En la presidencia de Quito, cuyas ciudades mas populosas estaban situadas en el interior, el comercio adquirió poca importancia. En cambio, se establecieron algunas fábricas de tejidos de lana que, a causa de las prohibiciones del réjimen colonial, producian notables resultados.

Como en las demas colonias españolas, en el vireinato de Nueva Granada la instruccion pública estaba circunscrita a algunas poblaciones. Santa Fé de Bogotá poseia una universidad (1610) i algunos colejios; pero "los estudios estuvieron siempre en mal estado. Algunos principios de gramática latina, sin conocer ántes los de la lengua castellana; la filosofía peripatética estudiada en latin" e imperfectas nociones de jurisprudencia i teolojía formaban toda la instruccion que podia recibirse en la colonia. Sin embargo, ciertos espíritus superiores poseyeron mayores conocimientos, adquiridos en el estudio de los libros que penetraban en las colonias americanas con grandes dificultades. Don Francisco José de Caldas, hombre distinguido que se consagró al estudio de las ciencias físicas, matemáticas i naturales, era de este número. Provisto de algunos instrumentos, llegó a organizar un pequeño observatorio astronómico. Al lado de él comenzaron a aparecer a principios del presente siglo, algunos jóvenes escritores que estaban destinados a desempeñar un papel importante en la revolucion de la independencia. La capital del vireinato, ademas, gozó en los últimos años de la dominacion colonial del beneficio de la imprenta. Diéronse a luz algunos periódicos de noticias sin ningun interes literario; pero Caldas emprendió la publicacion del *Semanario de Nueva Granada,* revista importante por los estudios de jeografía física, i política, i de estadística de aquel vireinato.

Quito tuvo tambien dos establecimientos denominados universidades, la de San Gregorio (1586) i la de Santo Tomas (1594). Sin embargo, la instruccion pública, las ciencias i las letras no hicieron progresos considerables bajo el réjimen colonial. El mas notable de todos los injenios que produjo aquella provincia fué sin disputa don Pedro Maldonado, matemático distinguido, que levantó una carta de toda la provincia de Quito. El primero de sus canonistas fué frai Gaspar de Villaroel, que en el siglo XVII escribió una estensa obra para señalar la demarcacion entre los poderes espiritual i civil.

El vireinato de Nueva Granada fué el teatro de ajitaciones políticas que anunciaron los primeros albores de la revolucion americana. En otra parte daremos noticia de esos movimientos (10).

Capitanía jeneral de Venezuela.—Los indios que poblaban el territorio de la capitanía jeneral de Venezuela resistieron hasta mediados del siglo XVII a la ocupacion de aquel pais por los soldados españoles. La guerra se sostuvo siempre con resultado vario; pero los conquistadores o se encontraban frecuentemente incomunicados, o su comercio era turbado por los indíjenas.

Al fin, cuando los indios i los españoles parecian cansados con esta prolongada guerra, creyeron estos últimos que convenia emplear el sistema de misiones relijiosas para obtener la pacífica sumision de sus enemigos. Este sistema, practicado con mucha habilidad por los relijiosos franciscanos, produjo exelentes resultados. "Protejidos por el brazo secular, los misioneros hicieron oir palabras de paz. Correspondia a la relijion el consolar a la humanidad de una parte de los males causados en su nombre: ella ha defendido la causa de los indíjenas delante de los reyes, ha resistido la violencia de los encomenderos, ha reunido tribus errantes en esas pequeñas comunidades que se llaman misiones, i cuya existencia favorece los progresos de la agricultura. Así se han formado insensiblemente, pero segun una marcha uniforme i premeditada, esos vastos establecimientos monásticos, ese réjimen estraordinario que tiende sin cesar a aislarse, i coloca bajo la dependencia de las órdenes relijiosas paises cuatro o cinco veces mas estensos que la Francia.

" Estas instituciones, tan útiles para contener la efusion de sangre i para echar las primeras bases de la sociedad, han sido mas tarde contrarias a su progreso. El efecto del aislamiento ha sido tal que los indios han quedado en un estado poco diferente de aquel en que se encontraban cuando sus habitaciones esparcidas no estaban reunidas al rededor de la casa del misionero. Su número ha aumentado considerablemente, pero no la esfera de sus ideas. Han perdido

---

(10) Para la historia colonial del vireinato de Nueva Granada pueden consultarse las *Memorias para la historia*, etc., por don José Antonio Plaza, la *Historia del reino de Quito* por el padre Velasco i la introduccion de la *Historia de la revolucion de Colombia* por Restrepo.

progresivamente el vigor de carácter i esa vivacidad natural que en todos los estados del hombre son los nobles frutos de la independencia. Sometiéndose a reglas invariables hasta en las menores acciones de su vida doméstica, se les ha reducido a la estupidez a fuerza de hacerlos obedientes» (11).

Los establecimientos fundados en esa costa dependian unos de las autoridades de la isla de Santo-Domingo i otros del gobierno de Nueva Granada. La emigracion europea en aquel pais era escasa i lenta: los primeros colonos no habian hallado minas de oro ni de plata, i faltando estas riquezas los españoles preferian irse a establecer a Méjico i al Perú. El fértil territorio de Venezuela, sin embargo, poseia las mas valiosas producciones tropicales, el cacao, el añil i el tabaco que la España no sabia aprovechar. Fueron los enemigos de esa nacion los que utilizaron estos importantes ramos de comercio. Los holandeses se apoderaron de la isla de Curazao, i establecieron en ella una gran factoría para hacer el comercio de contrabando en las costas de Venezuela. Cerca de un siglo esplotaron sin competidores este lucrativo comercio; pero en 1728 una compañía de negociantes vizcainos obtuvo del rei el privilejio esclusivo de comerciar en las costas de Venezuela, con la obligacion de limpiarlas de contrabandistas. La compañía construyó algunas fortificaciones; i libre de toda competencia, dió principio a sus provechosas negociaciones. El resultado del monopolio fué funesto a la industria de la colonia: la compañía fijaba los precios de los productos de Venezuela; i como debe suponerse, los agricultores fueron sacrificados obligándolos a vender sus mercaderías casi al precio de produccion. De allí se orijinaron algunos desórdenes en la colonia que produjeron una séria alarma en la corte de Madrid.

Esa situacion se prolongó por cerca de medio siglo. Al fin, cediendo a las instancias de los gobernadores de distritos, i a la representaciones del virei de Nueva Granada, Cárlos III decretó en 1773 la creacion de la capitanía jeneral de Venezuela con absoluta independencia de los demas vireinatos i gobiernos de América. En 1786 el mismo monarca creó una audiencia, i mas tarde un tribunal de comercio o consulado con lo que la capitanía jeneral quedó

(11) Humboldt, *Voyage aux régions équinoxiales du nouveau continent*, lib. III, chap. VI.

definitivamente constituida. Se calcula que su poblacion no pasaba de 900,000 habitantes.

Caracas, capital de la capitanía jeneral, habia sido el asiento de un obispado. Fundado éste en la ciudad de Coro en 1532, fué trasladado a Caracas en 1636, dependiendo siempre del arzobispo de Santo-Domingo; pero habiendo pasado esta parte de aquella isla al poder de la Francia, i habiendo adquirido grande importancia la capital de Venezuela, el rei elevó su iglesia al rango de arzobispado (1803). El obispado de Guayana, establecido en 1790, fué declarado sufragáneo. Las rentas de aquel variaban entre cuarenta i sesenta mil pesos por año.

Si los progresos industriales de Venezuela fueron rápidos, merced al crecido valor de sus productos, las guerras que la España tuvo que sostener a fines del siglo pasado i a principios del presente, opusieron graves embarazos al desarrollo de su comercio. El monopolio que, fuera de mui determinadas circunstancias, se habia reservado la metrópoli, impedia la estraccion de sus producciones i prohibia la introduccion de las mercaderías estranjeras. Esta situacion violenta fomentó el descontento i alentó algunos proyectos de revolucion, de que hablaremos en otra parte.

La capitanía jeneral de Venezuela poseyó tambien una universidad, instalada en Caracas en 1725. En ella i en los colejios de su dependencia se educaron algunos jóvenes ardorosos e intelijentes que, como veremos en otra parte, comenzaron en breve a hablar de libertad i prepararon la independencia de su patria (12). Caracas tuvo tambien una imprenta casi al terminarse la dominacion colonial.

VIREINATO DEL PERU.—El vireinato del Perú comprendió bajo su gobierno i durante cerca de dos siglos, todas las posesiones españolas de la América del sur. Como no era posible que un solo hombre pudiera rejir con acierto tan dilatado territorio i tan remotas colonias, los reyes de España separaron diversas secciones que se constituyeron en gobiernos independientes del virei del Perú.

---

(12) La historia colonial de Venezuela es mui poco conocida. Baralt i Diaz, en su *Historia antigua de Venezuela*, se han limitado a referir la conquista, i a hacer una prolija esposicion del réjimen colonial. El lector puede encontrar todo jénero de datos a este respecto, a mas de los que contiene dicho libro, en las obras citadas de los viajeros Humboldt i Depons.

La organizacion del vireinato data, como ya hemos dicho, de 1542. Desde sus primeros años de existencia fué el teatro de constantes revueltas i guerras civiles entre los mismos conquistadores, aun despues de la ejecucion de Gonzalo Pizarro, que hemos referido en otra parte. Esas constantes revueltas, que tienen cierto interes dramático i que sirven para conocer el carácter de los conquistadores, no tienen grande importancia histórica. Los delegados del rei triunfaron al fin de los rebeldes; i en todas partes se reconoció su autoridad.

Los indios peruanos, aun despues de considerarse terminada la conquista, mantuvieron una apariencia de corte imperial asilada en las montañas inmediatas al Cuzco. Los trabajos para atraerlos a la obediencia por medio de los misioneros no dieron buenos resultados. En 1579, el virei don Francisco de Toledo, que gobernaba entónces en el Perú, visitaba las provincias del sur, i resolvió desembarazarse de ese foco que podia ser oríjen de sérios peligros. Tupac-Amaru, este era el nombre del indio descendiente de la familia real a quien sus compatriotas denominaban con el nombre de inca, estaba asilado en la tierra de Vilcabamba. Desde ahí salian los indios a hacer sus correrias; i el virei, recelando que su residencia fuera el centro de una insurreccion formidable, quiso reducir a Tupac-Amaru por las vías de las negociaciones, pero sin resultado alguno. Hizo entónces los aprestos militares, formó un cuerpo de 200 soldados españoles i de muchos indios ausiliares, i lo puso bajo las órdenes de don Martin García Oñez de Loyola, que fué mas tarde gobernador de Chile, i que pereció a manos de los indios de Arauco. Los espedicionarios encontraron cortados los caminos i los puentes; pero vencidas estas dificultades, lograron sorprender la corte de Vilcabamba. Muchos de los asilados en aquel lugar se internaron en los bosques donde hallaron su salvacion, pero Tupac-Amaru, prefiriendo vivir bajo una dependencia sosegada i cómoda a llevar una vida llena de azares bajo un aparente gobierno, se entregó a sus perseguidores. El prisionero fué llevado al Cuzco i condenado al último suplicio por el falso delito de haberse rebelado contra el rei. Inútiles fueron las solicitudes de Tupac-Amaru i las instancias de las personas mas caracterizadas que rodeaban al virei, para obtener el perdon del infeliz indio. Toledo cerró las puertas de su casa para no oir los repetidos ruegos que se le dirijian, i mandó llevar a cabo la ejecucion de Tupac-Amaru. Tan injus-

tificable crueldad, seguida de otros actos de rigor, puso término a las pretensiones de la familia real del Perú. Las momias de los incas fueron desenterradas del Cuzco i llevadas a Lima para alejar todo objeto que pudiera recordar la antigua grandeza del imperio (13). Dos siglos mas tarde, como verémos en otra parte, otro indio, que se creia descendiente de la familia real, i que tambien tomó el nombre de Tupac-Amaru, llevó a cabo una notable rebelion para reconquistar el trono de sus mayores.

Despues de la creacion de los vireinatos de Nueva Granada i de Buenos-Aires i de la capitanía jeneral de Chile i de Venezuela, el vireinato del Perú quedó reducido a los límites que poseia a la época de la revolucion de la independencia; i aun así formaba la mas rica posesion de la América del sur. Las minas de oro i plata que se beneficiaban en su territorio, el estenso comercio de que era centro la ciudad de Lima i las producciones de su agricultura, azúcar, tabaco, etc., lo habian elevado a un grado de riqueza a que no alcanzaron otras colonias. Su poblacion, con todo, no pasaba de dos millones de habitantes; pero sus rentas fiscales, a pesar de los errores económicos de la metrópoli, alcanzaban a cerca de seis millones de pesos, con los cuales cubria los gastos de su administracion, ausiliaba algunas veces para los suyos al vireinato de Nueva Granada i a la capitanía jeneral de Chile, i remitia a España cerca de un millon de pesos. Lima tenia una casa de moneda que acuñaba anualmente cerca de seis millones de pesos.

No se crea por esto que la administracion del Perú, bajo el réjimen colonial, estaba cimentada bajo un pié de órden i economía. Lima, la capital del vireinato, era, como Méjico, una pequeña corte colocada al rededor del virei en que dominaba una profunda inmoralidad administrativa i que era el campo de negocios clandestinos i de vergonzosos cohechos. El fausto i la ostentacion ocultaban apénas una parte de aquella desmoralizacion, como tendremos ocasion de manifestarlo mas adelante.

Lima era tambien el asiento de un arzobispado (erijido en obispado en 1541 i en arzobispado en 1545), cuyas rentas pasaban de 36,000 pesos. De esta iglesia metropolitana dependian nueve obispados; el del Cuzco, erijido en 1537, el de Arequipa (1679), el de Trujillo (1609), el de Gua-

(13) Lorente, *Historia del Perú bajo la dinastía austriaca*, lib IV, cap. IV.

manga (1609),i el de Mainas (1802). Dependian igualmente de ese arzobispado los obispados de Quito (1545) i de Cuenca (1785) en la presidencia de Quito, el de Panamá (1521)en el vireinato de Nueva Granada, i los de Santiago (1562) i Concepcion (1567), en la capitania jeneral de Chile. En toda la estension del vireinato habia 115 conventos, i se calcula en mas de 4,000 el número de los eclesiásticos de ámbos cleros. El número de monjas era algo menor. Para su sosten, esos conventos i monasterios contaban con rentas mui considerables nacidas no solo de los frutos de propiedades territoriales, sino del producto de capellanías, como ya hemos esplicado al tratar de Méjico. En la sola ciudad de Lima habia impuestas 760 capellanías a fines del siglo pasado.

Las costas del vireinato del Perú se vieron muchas veces atacadas por los corsarios ingleses u holandeses que saquearon i destruyeron algunos pueblos. La corte se vió en la necesidad de construir costosas fortificaciones en el Callao. Al principio no hubo mas ejército permanente que la guardia del virei, pero en el siglo pasado se formaron varios cuerpos de tropas cuyo número alcanzaba a cerca de 3,000 hombres, i se organizaron las milicias bajo un pié regular para hacerlas servir en caso necesario.

La dilatada estension de territorio de este vireinato hacia que fuera mui lenta i costosa la administracion de justicia, miéntras no hubo mas tribunal que el de la audiencia de Lima. Cárlos III, en su empeño para mejorar el gobierno de sus colonias de América, decretó en 1787 la creacion de otra audiencia en la ciudad del Cuzco, cuya jurisdiccion se estendia a las provincias del sur del vireinato.

Lima estuvo dotada de una universidad (1551). Cárlos II elevó a este mismo rango en 1692 un colejio que existia en el Cuzco desde un siglo ántes. De ámbos establecimientos dependian los diversos colejios establecidos en el vireinato, i merced a ellos la capital llegó a ser el centro de cierto movimiento literario que no produjo, es verdad, obras de un mérito notable. Los elojios de los vireyes, las poesías compuestas al arribo de estos funcionarios, a la muerte de alguno de los príncipes de la familia real, o con motivo de las corridas de toros, i los sermones relijiosos formaban el objeto principal de aquella literatura. Sin embargo, el Perú produjo al erudito jurisconsulto Leon Pinelo, al fecundo literato, poeta e historiador Peralta, al jeógrafo Bueno i al médico Unánue. La ciudad de Lima tuvo impren-

tas desde fines del siglo XVI: en ellas se dieron a luz muchos libros, principalmente místicos; pero desde la primera mitad del siglo pasado comenzó á publicarse una gaceta destinada esclusivamente a reproducir las noticias de Europa i comunicar las promociones de empleados que hacia el rei de España. Mas adelante, se dió a luz el *Mercurio Peruano*, vasta recopilacion de tratados importantes sobre jeografía del Perú, ciencias e industria (14).

VIREINATO DE BUENOS-AIRES.—Las provincias arjentinas formaron parte durante mas de dos siglos del vireinato del Perú. Las colonias fundadas en el litoral de los rios van a desembarcar al caudaloso Plata se estendieron lentamente hácia el interior i llegaron a comunicarse con las provincias meridionales del Perú. Por mucho tiempo, sin embargo, sus progresos fueron mui débiles: su comercio estaba espuesto a las asechanzas de los corsarios ingleses u holandeses, i su territorio fué mas de una vez invadido por los portugueses que ocupaban el Brasil i que querian estender su dominacion hasta la desembocadura del rio de la Plata. El gobierno de Buenos-Aires tuvo que sostener una guerra prolongada, aunque interrumpida por largos intervalos, seguida de tratados, que rara vez se cumplieron, para mantener la integridad territorial. En 1726, el gobernador don Bruno Mauricio de Zavala fundó la ciudad de Montevideo, en la orilla norte del rio de la Plata, para sostener los derechos de España al señorío del territorio del Uruguay. La cuestion de límites siguió debatiéndose muchos años mas, ya por memoriales presentados por los ajentes de ámbos gobiernos, ya por medio de las armas.

Miéntras tanto la industria habia seguido desarrollándose en las provincias del interior; i tanto éstas como las que formaban el territorio comprendido con el nombre de Alto-Perú (hoi Bolivia), habian buscado el rio de la Plata como el mejor centro para la esportacion de sus productos. Las provincias arjentinas abundaban en ganadería i hacian un valioso comercio de cueros i carnes saladas; el Alto-Perú,

(14) La historia colonial del Perú es mui poco conocida. La exelente obra que publica don Sebastian Lorente no alcanza mas que hasta el fin del siglo XVI. Para conocer su administracion, pueden consultarse, entre otras obras, los *Guias del vireinato del Perú* que publicaba cada año, desde fines del siglo pasado, don José Hipólito Unánue, i las *Descripciones geográficas* de cada obispado que daba a luz don Cosme Bueno en unos almanaques publicados en Lima, tambien en el siglo pasado.

centro de una abundante poblacion en que se levantaban ciudades importantes i se beneficiaban desde 1545 las ricas minas de Potosí, producia cascarilla, algodon, añil, azúcar, plata i cobre. Buenos-Aires llegó a ser el núcleo de este comercio, por su ventajosa situacion i por su mayor proximidad a los mercados europeos.

El rei Cárlos III, conociendo estas ventajas, i deseando mejorar la administracion colonial, confió en 1754 el cargo de virei de las provincias del rio de la Plata al teniente jeneral don Pedro de Ceballos, i por real cédula de 21 de marzo de 1778 dispuso la formacion de un vireinato compuesto de las provincias de Buenos-Aires, Paraguay, Tucuman, Potosí, Santacruz de la Sierrra i Charcas i de los territorios anexos a las ciudades de Mendoza i San Juan, que pertenecian a la provincia de Chile. De este modo, el estenso vireinato de Buenos-Aires contó con una poblacion de cerca de tres millones de habitantes, con provincias mui ricas i con ciudades importantes en aquella época. Sus rentas montaban a cerca de cuatro millones de pesos, con que se hacian los gastos de la administracion, sobrando todavia uno que era remitido a las cajas del rei.

Así como el vireinato de Nueva Granada, el de la Plata estaba dividido en dos secciones, sometidas, sin embargo, al mismo funcionario en casi todos los ramos de la administracion. Buenos-Aires poseia desde 1661 una real audiencia que estuvo estinguida cerca de un siglo, pero que fué restablecida en 1783. La presidencia de Charcas, que comprendia las provincias del norte, poseia tambien otro tribunal idéntico, erijido en 1559. Buenos-Aires era el centro del movimiento comercial; pero la presidencia de Charcas poseia las riquezas minerales i las mas valiosas producciones, i era la metrópoli, por decirlo así, de ciertos ramos de la administracion. Así, la universidad estaba establecida en 1623 en la ciudad de Chuquisaca, o la Plata, hoi Sucre, capital de la provincia de Charcas.

Esta misma ciudad era el asiento de un arzobispado (erijido en obispado en 1552, i en arzobispado en 1609), de que dependian seis obispados; el de la Paz (1605), el de Santacruz de la Sierra (1605), el del Paraguay (1547), el de Tucuman (1570), establecido al principio en la ciudad de Santiago del Estero, el de Buenos-Aires (1620), i el de Salta (1806). El número de sacerdotes, así como la importancia del clero, era tambien mucho mayor en las provincias del norte.

La presidencia de Charcas poseia, ademas, la casa de moneda, establecida en 1620 en la importante ciudad de Potosí, así como un banco de rescate, cuyas operaciones abrazaban un vasto comercio de plata en barra.

El vireinato de la Plata necesitó en diversas ocasiones de tropas considerables para repelar las invasiones de los portugueses; pero de ordinario esas tropas venian organizadas de España o se formaban accidentalmente cuando lo exijian las necesidades de la guerra. Solo desde mediados del siglo pasado tuvo un ejército permanente de cerca de dos mil hombres. En esa misma época, se rejimentaron las milicias, realizando así la organizacion militar decretada por el gobierno español.

Aparte de la guera que fué necesario sostener con los portugueses, el vireinato de Buenos-Aires no tuvo necesidad de emplear sus soldados. La presidencia de Charcas habia sido el teatro de constantes desórdenes i rebeliones; pero desde su incorporacion al vireinato, la tranquilidad estuvo mas asegurada. "Es mui notable, decia un escritor español en 1803, que jamás se haya sentido en Buenos-Aires el mas leve rumor de tumulto ni alboroto público, que es una no pequeña gloria" (15).

No estaba léjos el dia, sin embargo, en que ese pacífico vireinato fuera el teatro de una ajitada revolucion política. La juventud que estudiaba en Charcas, i los comerciantes de Buenos-Aires conocian cada dia mas los vicios de la administracion española que se oponia al desarrollo moral e industrial de las colonias. Buenos-Aires tenia imprenta desde principios de este siglo. Algunos jóvenes escritores, que debian mui luego hacer un papel importante en la revolucion, dieron a luz periódicos en que, bajo la apariencia de sostener los intereses industriales, propagaban ideas de libertades económicas, contrarias al sistema de gobierno adoptado por la España (16).

CAPITANÍA JENERAL DE CHILE.—La capitanía jeneral

---

(15) Don Diego de la Vega, *Guia del vireinato de Buenos-Aires para el año de* 1803.

(16) Para formarse una idea sumaria de la historia colonial del vireinato de la Plata, puede consultarse, entre otras obras, la *Historia arjentina* de don Luis L. Dominguez, bien que es mui escasa de datos sobre la organizacion política de la colonia. Pueden buscarse éstos en otros documentos, i particularmente en las descripciones ya citadas de don Cosme Bueno, i en la obra de don Félix de Azara que tendremos ocasion de recomendar mas adelante.

de Chile era la mas pobre i atrasada de todas las colonias españolas del nuevo mundo. "Esta posesion, dice un escritor español, ha sido la ménos útil a la metrópoli, la mas costosa i la mas disputada" (17). A pesar de los constantes triunfos de los europeos en los primeros tiempos de la conquista, los indios araucanos sostuvieron una larga guerra, destruyeron las ciudades fundadas por los españoles en su territorio i aseguraron su independencia. Esa prolongada guerra, en que no escasearon los rasgos de heroismo, tiene un escaso interes. Repetíanse constantemente las batallas i las sorpresas en que los españoles obtuvieron algunas veces el triunfo sin poder reconquistar el terreno perdido; pero se vieron obligados a mantener en pié un ejército considerable que les ocasionaba crecidos gastos. Las tentativas que hicieron para obtener la sumision de los araucanos por medio de misiones encomendadas a los relijiosos jesuitas, no surtieron el efecto deseado, i fué necesario apelar mas tarde a otro arbitrio. Los españoles trataron con los araucanos reconociéndoles su independencia i fijando los límites de su territorio. Los indios, en cambio, se reconocieron nominalmente vasallos del rei de España.

Estas guerras no inquietaban mas que las ciudades inmediatas a la frontera araucana. El resto de la colonia llevaba una vida tranquila, i vivia consagrado al trabajo de las minas, que nunca produjo grandes beneficios, i al cultivo de los campos, cuyos frutos eran el objeto de un comercio limitado con el vireinato del Perú, pero que habria tomado mayores proporciones sin las absurdas restricciones i sin los gravosos derechos que la España imponia a sus colonias.

La provincia de Chile fué dependiente del vireinato del Perú durante mas de dos siglos. El año de 1778 fué constituida en capitanía jeneral. Las franquicias comerciales acordadas por el rei a sus colonias por esa misma época desarrollaron algo mas su industria i su riqueza, i las entradas fiscales, que siempre habian sido mui reducidas, alcanzaron a quinientos mil pesos, suma que no bastaba para cubrir todos los gastos de la administracion colonial. El rei habia establecido un tribunal de la real audiencia en la ciudad de Concepcion, pero en 1574 fué trasladado a Santiago. Los dos obispados que existian, como ya hemos dicho, eran dependientes del arzobispado de Lima.

(17) Torrente, *Geografia Universal*, tomo II, páj. 380.

La pobreza de la capitanía jeneral de Chile, si bien era causa de que se mirase esta colonia como la mas despreciable de cuantas pertenecian al rei de España, la salvó en gran parte de la desmoralizacion que existia en otras posesiones mas ricas e importantes. Los altos empleos de Chile eran poco codiciados, porque no producian mas renta que el sueldo que les habia asignado el soberano. Sus habitantes eran en jeneral mas activos i trabajadores que los que poblaban las otras colonias americanas, por la misma razon que la industria chilena daba reducidas utilidades i que era necesario trabajar para vivir. La misma guerra contra los araucanos contribuyó a echar las bases de una estable organizacion social. Por causa de ella, vinieron de España i de las otras colonias numerosos refuerzos de soldados europeos que se establecieron en el pais i que se enlazaron con las mujeres de la raza indíjena. De aquí nació un gran beneficio, la fusion de razas i la unidad de lengua, o lo que es lo mismo, la formacion de una nacionalidad propia, a diferencia de lo que entónces sucedia en las otras colonias. La poblacion de Chile, uniformada de esta manera, alcanzó a llegar a mas de 800,000 habitantes, fuera de los indios bárbaros que quedaron arrinconados en el territorio araucano. Comparativamente con la estension del territorio, ninguna de las posesiones españolas de América, alcanzó este resultado. Fundáronse en seguida muchas poblaciones, la propiedad territorial fué mas dividida que en las otras colonias i desaparecieron muchos elementos de desorganizacion que existian en paises mas ricos.

La ciudad de Santiago tuvo tambien una universidad (1747); pero la instruccion que se daba en ella i en los otros colejios de su dependencia, era sumamente reducida. La provincia de Chile era mui poco importante para que mereciese que se le dotara de establecimientos de enseñanza como los que habia en Méjico i en Lima. Tampoco poseia imprenta, que tenian no solo las capitales de los vireinatos, sino las demas capitanías jenerales. Sin embargo, Chile fué la patria de algunos escritores, teólogos, poetas e historiadores que no carecen de mérito. Los mas notables son el poeta Pedro de Oña, que a fines del siglo XVI cantó las proezas de la conquista de Arauco, los historiadores Ovalle i Molina i el jesuita Lacunza, el mas hábil i el mas erudito de los milenarios, es decir, de los que profesan una doctrina basada sobre la creencia de que Jesucristo reinará

en la tierra con sus santos, durante mil años ántes del juicio final (17).

Capitanía jeneral de Cuba.—En los primeros tiempos de la conquista, las islas del archipiélago de las Antillas, i particularmente la Española o de Santo-Domingo, tuvieron una grande importancia; pero desde que se formaron nuevas colonias en el continente i éstas se constituyeron en centro de ricas i pobladas provincias, aquellas fueron consideradas como de ménos valor. Los filibusteros franceses, ingleses i holandeses embarazaron su comercio, i los españoles perdieron gradualmente muchas de esas islas. Jamaica cayó en poder de los ingleses en 1655: los franceses se posesionaron de la mitad de la isla de Santo-Domingo casi en la misma época, i muchas otras islas de menor importancia pasaron así al dominio de otras naciones de Europa. Cuba misma fué ocupada por los ingleses en 1762; pero el año siguiente la devolvieron a la España en cambio de otras posesiones en la Florida.

El centro del gobierno español en las posesiones de las Antillas era la ciudad de Santo-Domingo en la isla de este nombre. De su capitan jeneral dependian los gobernadores de Cuba, de Puerto Rico i de las posesiones de la Florida i de la Luisiana que fué cedida por los franceses en 1763. Allí residia una real audiencia creada por Fernando el católico en 1508, i un arzobispo (1512), de que eran sufragáneos los obispos de Caracas (1636), de Santiago de Cuba (1523), de la Habana (1788), de Luisiana, de Puerto Rico (1511) i de Guayana (1790).

En 1795 la España cedió a la república francesa la parte oriental de la isla de Santo-Domingo que habia conservado hasta entónces. Los franceses no sacaron de esta concesion las ventajas que esperaban; sin embargo, el centro del gobierno colonial de los españoles en las Antillas fué trasladado desde entónces a la isla de Cuba. En 1797 se estableció el tribunal de la audiencia en Puerto-Príncipe, i en 1804 Santiago de Cuba fué erijido en arzobispado. De este modo la administracion de aquella isla, que desde 1601, bajo el gobernador don Pedro Valdes, comen-

(17) La historia colonial de Chile es el objeto de muchos libros en que se hallan reunidos los datos necesarios para formar una idea cabal de los sucesos de la dominacion española i de los progresos de la colonia. Puede consultarse particularmente la prolija *Historia política de Chile* por don Claudio Gay, o si se quiere, el exelente compendio compuesto para la enseñanza por don Miguel Luis Amunátegui.

zó a llamarse capitanía jeneral, adquirió solo a fines del siglo pasado una verdadera supremacia sobre las otras colonias de las Antillas. En los asuntos contenciosos, la autoridad de la audiencia de Puerto-Príncipe, se estendia no solo a las otras islas españolas sino tambien a las posesiones de la Florida i la Luisiana, así como la autoridad del arzobispo de Santiago de Cuba era reconocida en todos los obispados que ántes habian dependido del arzobispo de Santo-Domingo.

Esta rica colonia, constantemente atacada por los ingleses i franceses, i embarazada en su desarrollo por las restricciones comerciales con que la gravaba la lejislacion colonial, se desarrolló lentamente i aun fué mirada en ménos por la metrópoli, que no sacaba de ella el provecho metálico que le producian las otras posesiones del continente. Solo mas tarde, cuando la España fué introduciendo en la administracion colonial algunas reformas aconsejadas por los desengaños i la esperiencia, pudo adquirir la isla de Cuba un gran desarrollo industrial, merced a las valiosas producciones de su suelo (18).

CAPITULO II.

Administracion de las colonias españolas.

Los representantes del rei.—El consejo de Indias i la casa de contratacion.—Las audiencias.—Otros tribunales; el consulado.—Los cabildos.—Las leyes de Indias; corrupcion administrativa.—Gobierno eclesiástico.—Las misiones; los jesuitas.—Las misiones del Paraguay.—La inquisicion.—Espíritu restrictivo del sistema colonial de los españoles; esclusion de los americanos de los puestos públicos.

Los representantes del rei.—El sistema administrativo establecido por los españoles en sus colonias del nuevo mundo, estaba basado, como el gobierno de la metrópoli, en el mas completo absolutismo. El rei nombraba todos los funcionarios, daba las leyes i ejercia una autoridad casi ilimitada como jefe de la nacion i como encargado de soste-

(18) No he creido necesario intercalar en esta parte muchas noticias históricas acerca de las posesiones españolas en las Antillas. He querido solo completar el cuadro de las divisiones políticas i administrativas de las colonias españolas. El lector puede encontrar en muchos libros especiales las noticias que aquí hemos omitido. Bastará recomendar como uno de los mejores, el *Ensayo palítico sobre la isla de Cuba*, por el baron de Humboldt.

ner el órden i de fomentar la prosperidad en sus estados. El rei no debia dar cuenta a nadie de sus acciones, porque las leyes constitucionales lo habian declarado irresponsable.

Como no era posible que el monarca ejerciera por sí mismo el gobierno de sus dilatadas posesiones de América, las dividió poco despues de la conquista, en dos grandes vireinatos, el de Nueva-España i el del Perú. Posteriormente, como ya hemos dicho en otra parte, se crearon nuevos vireinatos i capitanías jenerales.

El virei i el capitan jeneral tenian en sus respectivos dominios atribuciones casi iguales, estaban encargados del poder ejecutivo i eran los representantes autorizados del rei. Ejercian el gobierno supremo en lo civil i en lo militar; tenian el derecho de proveer muchos empleos de importancia i de nombrar interinamente para otros cargos que solo el rei podia proveer. Estaban ademas encargados de las relaciones políticas con los gobernadores de las posesiones coloniales de otros estados i con los jefes de sus escuadras o con sus ajentes. Para el despacho de los asuntos que exijian conocimientos jurídicos, los vireyes i capitanes jenerales tenian a su lado un empleado especial que redactaba i firmaba las decisiones con el título de Acesor letrado. En su calidad de representante del rei, aquellos altos funcionarios desempeñaban el vice-patronato en los asuntos eclesiásticos.

Para dar mas respetabilidad a su cargo, los vireyes i capines jenerales estaban rodeados de cierta pompa que asemejaba su casa a la corte de los reyes. Tenian guardias de a pié i de a caballo i numerosos servidores, i vivian con gran boato. Esto mismo era un motivo de gastos que muchas veces hacian gravoso el desempeño de este cargo. De aquí se orijinaba que muchos de esos funcionarios, olvidando las reglas de la delicadeza, encontraban medios ilícitos para hacer fortuna i sostener el lujo de sus familias.

La lei habia querido hacer a estos funcionarios completamente independientes, i hasta cierto punto estraños al pais que gobernaban. En la estension de su gobierno no podian tener mas propiedad visible que cuatro esclavos. No podian comerciar, casarse, asistir a bodas o entierros, ni ser padrinos. Sin embargo, en la práctica estas disposiciones eran mui poco respetadas.

La duracion del gobierno de estos funcionarios varió mucho en las diferentes épocas; pero todos eran amovibles a la voluntad del soberano; i todos ellos estaban sometidos a

un juicio de residencia al terminar su administracion para dar cuenta de la manera como habian desempeñado las funciones que el rei les habia encomendado.

El procedimiento seguido en los juicios de residencia estaba destinado a revestirlos de toda formalidad. El consejo de Indias, corporacion de que daremos cuenta mas adelante, presentaba al rei una terna de letrados que podian residenciar al virei o capitan jeneral que terminaba su gobierno. La eleccion del soberano recaia frecuentemente en un letrado que residiese en América. Este se trasladaba a la capital de la provincia que habia rejido el residenciado; i anunciaba por bando el dia en que debia abrirse el tribunal de residencia i el lugar donde debia instalarse. Todos los que tenian que quejarse de algun abuso de poder estaban autorizados para entablar sus acusaciones durante sesenta o noventa dias; i entónces el comisionado levantaba sus informaciones, oia los descargos del acusado, i remitia los antecedentes al consejo de Indias que juzgaba en definitiva. Por mas ineficaz que se juzgue este arbitrio para evitar los abusos de poder de los mandatarios, él ejercia una saludable influencia. "Si el que viene a gobernar, decia un virei de Méjico, no se acuerda repetidas veces que la residencia mas rigorosa es la que se le ha de tomar, puede ser mas soberano que el gran turco, pues no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite, ni practicará tiranía que no se le consienta" (1). Desgraciadamente, la corte dispensaba con frecuencia este juicio a aquellos funcionarios que tenian valimiento con el rei. El marques de Braciforte, acusado de algunas faltas en el desempeño de su empleo, fué dispensado del juicio de residencia por influjo de su cuñado Godoi, favorito de Cárlos IV, quien declaró estar satisfecho de su buena conducta. Otras veces, este juicio quedaba reducido a una farsa. "Si el virei es rico, mañoso i sostenido en América por un acesor atrevido, i en Madrid por amigos poderosos, dice el baron de Humboldt, puede gobernar arbitrariamente sin temer la residencia."

El consejo de Indias i la casa de contratacion.—El consejo de Indias, que desempeñaba importantes atribuciones en la administracion, fué fundado por los reyes católicos inmediatamente despues del descubrimiento

(1) Instruccion del virei, duque de Linares, citada por Alaman, libro I, cap. II, tom. 1, páj. 43.

del nuevo mundo. Era compuesto de ordinario de funcionarios que habian desempeñado en América importantes destinos i que habian observado en ellos una conducta honorable. Su competencia se estendia a todo cuanto tenia relacion con el gobierno de las Indias, i aun tenia atribuciones judiciales en ciertos recursos de apelacion de las resoluciones dictadas por las audiencias. Le correspondia ademas proponer al rei para todos los grandes empleos civiles i eclesiásticos, vijilar la conducta de todos los funcionarios, proponer las leyes relativas a las colonias i reclamar la adopcion de las reformas que se creian necesarias. Para que el consejo estuviera perfectamente impuesto de todo lo relativo al gobierno de las colonias, tenia el derecho de examinar todos los documentos públicos o reservados que se enviaban de América. "Desde el primer establecimiento de este consejo, el objeto constante de los reyes ha sido mantener su autoridad i darle de tiempo en tiempo nuevas prerogativas que pudiesen hacerlo temible a sus súbditos del nuevo mundo. Se puede atribuir en gran parte a los sabios reglamentos i a la vijilancia de este tribunal respetable lo que queda de virtud i de órden público en un pais en donde tantas circunstancias conspiran a producir el desórden i la corrupcion" (2).

En España existia tambien otra corporacion encargada de entender en los negocios de América. Era esta la casa de contratacion, establecida en Sevilla en 1501, cuyo puerto fué durante largos años el único autorizado para comerciar con las colonias españolas del nuevo mundo. La casa de contratacion tenia el encargo de inspeccionar todo lo relativo al comercio con las Indias, señalaba las mercaderías que podian remitirse i las que debian pedirse de retorno, fijaba la partida de las flotas, el flete i el tamaño de las naves, su equipo i su destino; pero tenia ademas atribuciones judiciales, i juzgaba todos los negocios civiles, comerciales i criminales a que daban lugar las relaciones mercantiles entre la España i sus colonias. De sus decisiones solo se podia apelar ante el consejo de Indias (3).

LAS AUDIENCIAS.—Con ménos facultades que aquellos

(2) Robertson, *Historia de América*, lib. VIII.

(3) Veitia i Linaje, *Norte de la contratacion de las Indias Occidentales*, lib. I, cap. I.--Solorzano, *Política indiana*, lib. VI, cap. XVII.—Navarrete, *Coleccion*, etc.. tom. II, páj. 285, publica íntegras las primeras ordenanzas de la casa de contratacion que solo conoció de referencia Veitia i Linaje.

dos altos tribunales, las audiencias tenian una influencia mucho mas considerable en las colonias del nuevo mundo. En el capítulo anterior hemos señalado los lugares en que residian las doce audiencias de América, así como el territorio de sus jurisdicciones respectivas. El número de jueces u oidores que componian estos tribunales, variaba mucho segun la importancia de la localidad: así, miéntras la audiencia de Méjico se componia de doce miembros, la de Charcas, la de Chile i algunas otras solo constaban de cinco oidores.

Las reales audiencias eran tribunales supremos, de cuyas sentencias no se podia apelar sino ante el consejo de Indias i solo cuando el litijio versaba sobre mas de seis mil pesos. Las otras sentencias, así civiles como criminales, aun cuando fueran de pena capital, se ejecutaban sin apelacion. En los asuntos de policía i gobierno que se habian hecho contenciosos, i en que entendian los vireyes o capitanes jenerales, la real audiencia fallaba en apelacion. El procedimiento empleado por estos tribunales era sumamente largo i engorroso, de modo que aunque la audiencia se reunia diariamente, i que en jeneral eran pocos los asuntos que se debatian, la resolucion de estos tardaba mucho tiempo. El tribunal, ántes de pronunciar su fallo, se hacia leer todas las piezas de los voluminosos espedientes que se habian formado.

Aparte de estas atribuciones, las audiencias poseian otras facultades, i ejercian un derecho de vijilancia sobre los demas tribunales. En muchos asuntos de gobierno, los vireyes i capitanes jenerales estaban obligados a consultarlas. Por muerte o por ausencia de aquellos altos funcionarios, el rejente o el oidor mas antiguo de la audiencia eran llamados por la lei para reemplazarlos interinamente. Solo en los últimos años del gobierno colonial, dispuso el rei que los interinatos recayeran en el militar mas antiguo de la colonia. Las audiencias podian comunicarse directamente con el monarca.

El jefe político del territorio que formaba la jurisdiccion de la audiencia, ya fuera el virei, el capitan jeneral o el presidente, como en Quito i Charcas, tenia derecho de presidir la real audiencia i de asistir a sus sesiones, pero no tenia voto deliberativo ni consultivo, porque la lei lo autorizaba para ejercer cierta vijilancia, mas no para dictaminar en materias judiciales.

El rei habia querido sustraer a los oidores de toda in-

fluencia que pudiera perjudicar a la recta administracion de justicia. En esta virtud, les estaba prohibido ser padrinos, asistir a las bodas o a los entierros, casarse sin permiso en el lugar de su residencia, negociar, tomar o dar dinero a préstamo, mantener estrechas relaciones de amistad i hasta poseer propiedades.

Otros tribunales; el consulado.—Las audiencias no eran los únicos tribunales que existian en el nuevo mundo. Los alcaldes municipales, como veremos mas adelante, tenian importantes atribuciones judiciales; pero existian ademas los tribunales especiales para juzgar los gremios o corporaciones que gozaban de fuero. Habia tribunales eclesiásticos, dependientes de los obispos, pero sujetos tambien a la jurisdiccion de las audiencias, i tribunales militares, de hacienda, de minería i de comercio.

Estos últimos, denominados tambien consulados, eran los mas importantes. Fueron establecidos a fines del siglo pasado: i sus miembros eran nombrados por el término de dos años, por eleccion de los comerciantes. Ademas de sus atribuciones judiciales, les correspondia comunicarse con el rei para proponerle las medidas convenientes para el fomento de la agricultura, de la industria i del comercio. Los consulados podian tener fondos propios; pero debe decirse en su elojio, que supieron aplicarlos en beneficio público trabajando caminos, reparando los puertos, construyendo aduanas i abriendo escuelas. Representaron algunas veces al rei la necesidad de modificar ciertos puntos de la lejislacion comercial, i obtuvieron en este sentido algunas reformas (4).

Los tribunales de minería, ménos antiguos que los consulados, tenian una organizacion semejante, i consagraban igualmente sus esfuerzos al desarrollo de la industria i a la creacion de escuelas especiales. No solo fijaron reglas para la esplotacion i laboreo de las minas sino que, como sucedió en Méjico, crearon colejios para el cultivo de las ciencias matemáticas.

Los juicios de hacienda debian ser seguidos en primera instancia por los gobernadores; pero las juntas especiales,

---

(4) Véase lo que respecto al consulado de Méjico dice Alaman, cap. II, lib. I, i respecto a los de Buenos-Aires i Caracas, Mitre, *Historia de Belgrano*, cap. II, III i IV, i Depons, *Voyage a la Terre Ferme*, tom. II, cap. VIII, páj. 437. Este último escritor se empeña en deprimir los trabajos del consulado.

compuestas de los funcionarios encargados de la administracion del tesoro, juzgaban estas causas en apelacion.

Los cabildos.—En esas corporaciones, i particularmente en los consulados, predominaban los españoles, que de ordinario eran los comerciantes mas acaudalados e importantes en las colonias. En cambio, en los cabildos imperaban regularmente los criollos, lo que convirtió mas tarde estos cuerpos en centros de la resistencia contra el poder de la metrópoli.

Los cabildos o ayuntamientos existian solo en las ciudades i villas, i se componian del gobernador político del lugar que los presidia, i de rejidores que compraban el cargo en remate público. Los rejidores eran vitalicios, i a veces hereditarios; i su número variaba segun la importancia de las localidades. Estaban encargados de la policía de aseo, del ornato i de la sanidad de sus pueblos respectivos, así como de su gobierno político económico. Les correspondia tambien la eleccion anual de dos alcaldes, funcionarios encargados de administrar justicia en primera instancia, i de velar por el mantenimiento del órden i el respeto a la lei en el territorio de su jurisdiccion.

El rei habia deslindado prolijamente las atribuciones de los cabildos sin limitarlas a una estrecha esfera; pero en la práctica, estas corporaciones trasgredieron mas de una vez sus facultades, injeriéndose en asuntos que no eran de su competencia, i fomentando cierta especie de oposicion al gran poder de los gobernadores. La corte, a pesar de que comprendia las ventajas que resultaban a las localidades de conservar el poder de los cabildos, temió muchas veces el incremento de su poder, i trató de limitarlo mas o ménos directamente.

Para evitar los fraudes a que podia dar lugar la administracion del municipio, la corte habia prohibido terminantemente que los miembros del cabildo pudieran vender cosa alguna a la corporacion, o pudieran rematar la percepcion de ninguno de sus impuestos. La lei buscaba en todo esto la moralidad administrativa.

Las leyes de Indias; corrupcion administrativa.—Este sistema administrativo, que hemos bosquejado mui sumariamente, estaba reglamentado con gran minuciosidad por un código especial denominado *Recopilacion de las leyes de Indias*. Formaban este código las disposiciones dictadas por los monarcas españoles desde los primeros tiempos de la conquista, reunidas en un cuerpo i mandadas obser-

var en 1680. Muchas de sus disposiciones fueron derogadas o modificadas por reales cédulas posteriores i por ordenanzas particulares; pero estas no alcanzaron a formar un cuerpo ordenado, de manera que el estudio de la lejislacion administrativa de las colonias, presentaba sérias dificultades a los pocos años despues de la publicacion de aquel código.

Las leyes de Indias estaban concebidas en jeneral con gran prudencia i revelaban en el lejislador exelentes intenciones, a pesar del espíritu restrictivo que parecia haberlas dictado. Todo lo relativo al gobierno estaba reglamentado con una prolija minuciosidad, de tal manera que al estudiarlas parece que los reyes no habian querido dejar nada a la resolucion, i ni siquiera a la interpretacion de los gobernadores o de los tribunales. La lei no solo reglamentaba los derechos i obligaciones de cada uno de los representantes del poder público, sino que fijaba el ceremonial que aquellos debian observar, establecia reglas para el trato de los indios i atendia hasta los mas pequeños detalles de la administracion.

Sin embargo, a la sombra de las leyes de Indias se habia introducido una espantosa corrupcion administrativa que reportaba grandes utilidades a la jeneralidad de los mandatarios i gobernantes. En las colonias españolas del nuevo mundo se habian introducido prácticas abusivas de todo jénero i se habian hallado medios mas o ménos injeniosos, mas o ménos atrevidos, para eludir la lei i para convertir la administracion pública en un campo de escandalosas especulaciones. A mediados del siglo último, el rei Fernando VI confió a dos matemáticos españoles, don Antonio de Ulloa i don Jorje Juan, una comision científica en el nuevo mundo, i les encargó que por la via reservada, le informaran acerca de los vicios que notasen en la administracion colonial. Este informe secreto fué dado a luz hace pocos años, i ha revelado la venalidad de los funcionarios públicos, su codicia insaciable, sus especulaciones indignas, su despotismo injustificable, i sobre todo la manera como el rei era engañado por sus ajentes subalternos. Los altos empleados percibian sueldos por tropas que no existian, vendian el derecho de comerciar con los estranjeros, hacian contratos onerosos para la provision del ejército i especulaban con todos los ramos del gobierno. Un historiador mejicano, cuya autoridad es irrecusable, don Lúcas Alaman, refiere que Iturrigarai, "desde que fué nombrado virei de Nueva-España no tuvo otro propósito que hacerse de gran caudal, i su

primer acto al tomar posesion del gobierno, fué una defraudacion de las rentas reales, pues habiéndosele concedido que llevase sin hacer la ropa que no hubiese podido concluir al tiempo de su embarque para sí i su familia, introdujo con este pretesto i sin pagar derechos, un cargamento de efectos que vendido en Veracruz produjo la cantidad de 119,125 pesos. Todos los empleos se proveian por gratificaciones que recibian el virei, la vireina o sus hijos: alteró el órden establecido para la distribucion del azogue a los mineros, haciendo repartimientos estraordinarios por una onza u onza i media de oro, con que se le gratificaba por cada quintal: en las compras de papel para proveer la fábrica de tabaco, hacia poner precios supuestos, quedando en su beneficio la diferencia con respecto a los verdaderos, que le era pagada por los contratistas" (5).

"Un jefe que renunciando a toda delicadeza de sentimientos, pasa a América para enriquecer su familia, dice el baron de Humboldt, encuentra medios de conseguir su objeto favoreciendo a los particulares mas ricos del pais en la distribucion de los empleos, en el reparto del azogue, en los privilejios concedidos en tiempo de guerra para comerciar con las colonias de las potencias neutrales.... Se ha visto vireyes que, seguros de su impunidad, han sustraido en pocos años mas de 8.000,000 de libras tornesas (mas de millon i medio de pesos)."

La lejislacion colonial autorizaba tambien ciertas prácticas contrarias a la moralidad administrativa, como la venta de ciertos puestos de honor o de algunos empleos no rentados por la corona, pero que eran mui lucrativos. Hemos visto que eran vendibles los cargos de rejidores de los cabildos. Del mismo modo se obtenian los destinos de defensores de menores i de ausentes, de escribanos i muchos otros. La lei habia querido solo reglamentar estas ventas para impedir que obtuvieran los cargos personas indignas; pero en la práctica, los alcanzaban los que mas pagaban al tesoro real.

Gobierno eclesiástico.—En los primeros tiempos de la conquista, cuando la Santa Sede no podia conocer la estension que iban a adquirir las posesiones españolas en el nuevo mundo, Fernando el católico solicitó del papa Alejando VI, la propiedad de los diezmos eclesiásticos con la obligacion de propagar i mantener en el nuevo mundo la relijion católica (1501). Poco tiempo despues, Julio II le

(5) Alaman, cap. II, lib. I, páj. 47.

concedió el patronato, esto es, el derecho de proponer para la provision de todos los destinos eclesiásticos de América (1508). A causa de estas dos concesiones, los reyes de España vinieron a ser los jefes de la iglesia americana, los administradores de sus rentas, i autorizados ademas para llenar los destinos vacantes, puesto que los papas confirmaron siempre las elecciones hechas por los soberanos. Desde entónces, las bulas pontificias no tuvieron vigor en América sino en virtud de la sancion concedida por el consejo de Indias.

Los reyes establecieron en América la jerarquía eclesiástica bajo el mismo pié que existia en España, i rentaron a los prelados con una parte de la contribucion decimal, reservándose el resto para los trabajos consiguientes para la propagacion de la fé i la construccion de las iglesias. El primer deber del obispo elejido era prestar el juramento de respetar el patronato i de abstenerse de poner obstáculos a la autoridad real. De aquí resultó la paz entre los dos poderes, el temporal i el espiritual; i cuando los prelados americanos tuvieron alguna competencia con los vireyes o gobernadores, bastó la decision del rei para ponerle término.

Los prelados tenian bajo su dependencia los tribunales eclesiásticos, encargados de juzgar las causas espirituales i todas aquellas que tenian relacion con los bienes de la iglesia. Cada catedral tenia tambien un cabildo compuesto de sacerdotes casi siempre ancianos i respetables, rentados por la corona. Dependian tambien de los obispos los curas rectores, que servian las parroquias en que estaban establecidos los españoles; los curas doctrineros, predicadores en el territorio poblado por los indios sometidos; i los misioneros encargados de predicar la relijion entre las tribus salvajes.

Fuera de estos, habia un número considerable de sacerdotes que constituian el clero secular i el regular. En los primeros tiempos de la colonia, la falta de otras ocupaciones hizo que se buscara la carrera eclesiástica como un medio de tener asegurada la subsistencia; pero desde que el rei mandó crear cuerpos de tropas permanentes, i desde que el comercio i la industria tomaron algun desarrollo, el número de eclesiásticos disminuyó considerablemente. Sin embargo, el estado de los sacerdotes de ambos cleros que habia a fines del siglo pasado ha sorprendido a los historiadores. Se calcula que las provincias que despues formaron las repúblicas de Venezuela, de Colombia i del Ecuador, en donde eran ménos numerosos, contaban mas de tres mil qui-

nientos sacerdotes. En la Nueva España habia cerca de quince mil.

De aquí resultaba la fundacion de infinitos conventos, construidos, muchas veces con gran costo i de una manera monumental. El cronista de Indias Jil Gonzales Dávila, que escribia en 1649, dice que en aquella época existian en América 840 conventos. Para su sostenimiento, poseian estensas propiedades rurales i urbanas adquiridas por herencia, que les aseguraban una renta considerable. "Un testamento que no contenia algun legado en favor de los conventos, dice un viajero juicioso i observador, pasaba por un acto de irrelijiosidad que ponia en duda la salvacion del que lo habia hecho" (6). Pero poseian ademas otra gran fuente de entradas en las capellanías e imposiciones que gravaban las propiedades. El viajero Depons se pregunta cual era la propiedad de la provincia de Venezuela que no estaba gravada con imposiciones de esta naturaleza. En las demas colonias, i particularmente en Méjico i en el Perú, como hemos dicho en otra parte, se repetia esto mismo.

El clero gozaba en las colonias españolas de grande influjo basado en el respeto a la relijion, en el recuerdo de grandes beneficios i en sus cuantiosas riquezas. El sencillo pueblo hacia consistir la relijion casi completamente en la pompa del culto i en las funciones relijiosas que le proporcionaban las únicas diversiones de la vida monótona de la colonia. Las fiestas de la iglesia iban acompañadas de fuegos artificiales, de danzas, de loas, de toros i de riñas de gallos. «En este pais, decia un virei de Nueva España, todo es esterioridad, i viviendo poseido de los vicios, les parece a los mas que en trayendo el rosario al cuello i besando la mano a un sacerdote, son católicos, i no sé si conmutan en ceremonia los diez mandamientos." Esta seguridad que tenia el clero en su prestijio, fué causa de que muchos de sus miembros olvidaran sus deberes. Los comisionados españoles ántes citados, que informaron secretamente al rei acerca del estado en que hallaron sus posesiones de América a mediados del siglo último, han trasmitido mui tristes noticias acerca de la corrupcion i de la ignorancia de una gran parte del clero.

Los conventos de frailes no eran los únicos establecimientos relijiosos que poseyeran cuantiosos bienes. Habia ademas numerosos monasterios de monjas en que buscaban

(6) Depons, *Voyage a la Terre Ferme*, tom. II, páj. 149.

asilo las mujeres que querian dedicarse a la vida contemplativa. En muchos de ellos no eran admitidas mas que las señoras de orijen español, fomentando así el espíritu aristocrático hasta en el seno de la relijion.

En algunos templos americanos existia una institucion conocida con el nombre de *derecho de asilo*. En virtud de este derecho, los reos de ciertos delitos podian asilarse en las iglesias para sustraerse al castigo a que se habian hecho acreedores. Diversas disposiciones pontificias habian reducido considerablemente el número de delitos que daban derecho al goce de este beneficio, i aun habian limitado el número de iglesias en que era permitido asilarse.

Las misiones; los jesuitas.—Los misioneros, como hemos dicho, se ocupaban en la predicacion del cristianismo entre las tribus salvajes i feroces de América; i desplegaron en el ejercicio de este ministerio gran celo evanjélico i las mas relevantes virtudes. Se internaban en las selvas vírjenes del nuevo mundo, estudiaban el idioma i las costumbres de sus salvajes pobladores i soportaban contentos las mayores penalidades. Muchos de ellos sufrieron resignados el martirio para cumplir sus fervientes votos de dilatar los dominios de la fé cristiana. A ellos se debió no solo el haber suavizado un tanto las costumbres de algunos indios feroces i el haber sometido a otros, sino tambien el haber suministrado importantísimas noticias acerca de la historia, de las costumbres i de las lenguas de las tribus salvajes. Son ellos los autores de las gramáticas i vocabularios de las lenguas americanas i de una multitud de libros históricos del mas alto interes.

Entre estos misioneros descollaron particularmente los padres de la compañía de Jesus. Establecidos estos en América a fines del siglo diez i seis, se estendieron rápidamente en todas las colonias, construyeron templos i conventos en casi todas las ciudades, i por medio de un sistema tan hábil como bien sostenido, se hicieron dueños de inmensas propiedades territoriales i dilataron su influencia. No solo fueron misioneros sino que se contrajeron a propagar la instruccion en una época de oscuridad i de ignorancia. Su poder i su influjo alarmaron al fin al monarca español; i en 1767 decretó su espulsion de todos sus dominios. Esta órden, impartida con el mayor sijilo, fué ejecutada de improviso para impedir todo conato de resistencia.

La acusacion principal que se habia hecho a los jesuitas consistia en atribuirseles pretensiones de invadir las atri-

buciones del poder civil, i en injerirse demasiado en los negocios del gobierno para imprimirle su direccion. En apoyo de esta acusacion, se citaban los establecimientos de misiones planteados en el nuevo mundo, muchos de los cuales corrian a su cargo. La órden de padres franciscanos habia reducido algunas tribus de indios obligándolos a vivir en sociedad civil i a someterse a cierto réjimen invariable; pero fueron los jesuitas los que llevaron mas adelante este sistema de reduccion pacífica de los salvajes.

Las misiones del Paraguay.—Las misiones llamada sdel Paraguay fueron el modelo mas acabado de este sistema de reduccion. Estaban establecidas al sur de la república actual del Paraguay, en la rejion bañada por los rios Paraná i Uruguay. Los jesuitas llegaron allí en 1639, cuando ya se habian fundado las primeras poblaciones españolas, i recibieron el encargo de someter a los indios guaranies que habitaban aquel pais. Pusieron en ejercicio un sistema análogo al que habia empleado Las Casas en la colonizacion de Guatemala, atrayendo a los indios por medio de regalos i de halagos. Al mismo tiempo, los portugueses que ocupaban las rejiones vecinas, perseguian a los indios guaranies, de modo que sin pensarlo eran los ausiliares de los jesuitas. Una vez atraidos, los indios eran sometidos de grado o por fuerza a vivir en los pueblos ya fundados o en otros de nueva creacion, sujetos al réjimen de la mas severa disciplina.

En el pueblo de Candelaria residia un padre llamado superior de las misiones que era el jefe de todos los curas de pueblos; i en cada uno de estos habia dos jesuitas, uno encargado del gobierno temporal i el otro del espiritual. Cada pueblo ademas tenia un correjidor, o jefe político, alcaldes i rejidores indios, que formaban un cabildo como en los pueblos españoles; pero estos funcionarios eran solo los ejecutores de las disposiciones del padre jesuita encargado del gobierno. Este resolvia todas las cuestiones asi civiles como criminales, con gran blandura es verdad, pero sin permitirles apelacion ante los tribunales españoles.

Los jesuitas reglamentaron el trabajo de los indios. Estaban estos obligados a cultivar los campos; i para no hacerles pesada esta tarea, los padres habian convertido las faenas agrícolas en una verdadera fiesta. Los indios salian al trabajo en procesion, llevando en andas una imájen de la vírjen que marchaba al son de música, i que era colocada en una enramada donde se hacia oir la música miéntras

duraba el trabajo. Recojidas las cosechas, eran llevadas al almacen de la comunidad que estaba bajo la direccion de los padres. Estos se encargaban de alimentar i vestir igualmente a todos los indios; i el sobrante de las cosechas, compuestas de algodon, telas ordinarias, tabaco, cueros, yerba mate i maderas, era conducido en embarcaciones propias para ser negociado en Buenos-Aires o en otras colonias, i para obtener de retorno las herramientas que eran necesarias en las misiones. Los padres eran los únicos directores de esta negociacion, porque los indios no podian comprar ni vender nada, sino solo permutar un alimento por otro.

Toda la organizacion civil de las misiones estaba establecida de un modo análogo. Los trabajos de las mujeres estaban tambien sometidos a las mismas reglas; i las diversiones que eran mui frecuentes para tener contentos a los indios, i que consistian en bailes i representaciones, tenian la misma regularidad que los trabajos. Hasta el traje que debian usar estaba rejimentado, como tambien lo estaban las ceremonias de la iglesia i la manera como debian presentarse en ella.

Los padres cuidaban particularmente de la enseñanza relijiosa de los indios; pero estos aprendian las oraciones i la doctrina cristiana en lengua guarani, para lo cual los jesuitas establecieron imprentas en que publicaban, muchas veces con tipos trabajados en las mismas misiones, algunos libros de piedad en idioma guarani. Muchos indios aprendian a leer, pero sus conocimientos no pasaban mas allá. La lengua castellana era casi completamente desconocida.

Este sistema de regularidad en todas las acciones de la vida era practicado hasta en la construccion de las casas i la distribucion de las ciudades. El viajero que visita los pueblos que formaron las misiones del Paraguay queda sorprendido al notar la semejanza que hai en todos ellos, hasta el punto de creer que es víctima de una ilusion i que habiendo recorrido todas las misiones no ha visto mas que un solo pueblo. Las iglesias eran suntuosas; pero las casas de los padres i las habitaciones de los indios eran mui modestas.

Los jesuitas habian establecido esta disciplina sin usar de medidas rigorosas, tratando a los indios con mucha blandura al mismo tiempo que coartaban absolutamente su libertad. Este sistema de gobierno, que ha encontrado ardientes admiradores, i que los jesuitas quisieron plantear en otras colonias del nuevo mundo, no produjo, sin embargo, los resultados que se esperaban de él. Aunque los pa-

dres intentaron establecer nuevas misiones en el territorio del Chaco para reducir a los salvajes que lo poblaban, no pudieron adelantar mucho sus trabajos. Los mismos indios sometidos hicieron tan pocos progresos en la vida civil, que despues de la espulsion de los jesuitas se les encontró en la mas completa imposibilidad para gobernarse por sí mismos, i fué necesario mantenerlos sometidos a un réjimen semejante al que usaban los fundadores de las misiones. Muchos de ellos abandonaron los pueblos i volvieron a la barbárie como si nunca hubieran conocido las ventajas de la vida civilizada (7).

LA INQUISICION.—La inquisicion creada en España por los reyes católicos para juzgar i castigar a los herejes, judios i moriscos, fué establecida tambien en los dominios de América poco tiempo despues de la conquista (1571). Los reyes instituyeron al efecto tres tribunales establecidos en Méjico, en Lima i en Cartajena, en el vireinato de Nueva-Granada. A cada uno de estos estaba sometida una vasta estension del territorio americano, bajo la vijilancia de comisarios especiales. Como en América habia mui pocos herejes, nombre con que eran designados los protestantes, i rarísimos judíos o moriscos, la inquisicion se ocupó particularmente en juzgar los delitos cometidos por los sacerdotes en el ejercicio de sus funciones, i lo que ahora parece increible, en perseguir a los brujos i hechiceros. El tribunal seguia los procesos con la mayor reserva, aplicaba horribles tormentos para arrancar las declaraciones, i castigaba con severímas penas faltas imajinarias o las simples opiniones. Muchas veces los acusados eran quemados vivos en medio de una gran fiesta denominada auto de fé; i para hacer mas solemnes estas atrocidades se esperaba que hubiera varios reos condenados para quemarlos a todos en un solo dia. Otros acusados eran condenados a la abjuracion de sus errores, a la confiscacion de sus bienes i a la reclusion mas o ménos larga. Es menester advertir que la

(7) La historia i la organizacion de las misiones del Paraguay han sido el objeto de muchos estudios especiales cuyos autores se han dividido estraordinariamente en sus apreciaciones. El lector puede hallar todo jénero de noticias en la exelente *Histoire du Paraguay* por el padre jesuita Charlevoix, que tuvo a la vista los mejores trabajos de los jesuitas españoles; pero debe consultar tambien la *Descripcion del Paraguay* por don Félix de Azara, i sobre todo el capítulo 13 de su primer tomo, que difiere abiertamente en sus apreciaciones de los escritores jesuitas.

opinion pública consideraba como un oprobio infamante, el solo hecho de haber sido procesado por la inquisicion.

Este tribunal tenia grandes poderes. No solo no debia cuenta a nadie de sus procedimientos, sino que sus fallos no tenian apelacion. Poseia riquezas considerables adquiridas en la confiscacion de los bienes de los acusados, i tenia bajo su dependencia numerosos empleados subalternos conocidos con la denominacion de familiares. Tanto en España como el nuevo mundo, el título de familiar de la inquisicion era mui codiciado por personas de alta posicion social.

En los últimos tiempos de la dominacion española, el rigor de la inquisicion habia cedido mucho a las luces del siglo: los autos de fé se habian hecho ménos frecuentes, i aun el número de procesados era mucho menor. Sin embargo, la inquisicion conservaba escrupulosamente una de sus mas importantes atribuciones que consistia en prohibir la lectura i circulacion de los libros en que se encontraban proposiciones contrarias al dogma, que ofendian el pudor o que tendian a quitar al gobierno su consideracion i a las leyes su respeto. En cumplimiento de este encargo, la inquisicion habia reglamentado escrupulosamente todas las operaciones comerciales de los pocos mercaderes de libros que habia en el nuevo mundo, sometiéndolos a una escrupulosa inspeccion i a severas penas. La inquisicion habia formado al efecto un catálogo en que se encontraban anotados todos los libros cuya lectura i circulacion era prohibida por cualquier motivo. Un catálogo impreso en 1790 contiene los nombres de 5,420 autores i una inmensidad de libros anónimos. Entre otros se encontraban el *Robinson Crusoe* i las obras de Boileau. La introduccion o la venta de cualquiera de esos libros era castigada severamente; i para mantener la vijilancia, la inquisicion estimulaba los denuncios secretos estableciendo así la desconfianza en la sociedad, i las visitas domiciliarias para perseguir los libros prohibidos.

ESPIRITU RESTRICTIVO DEL SISTEMA COLONIAL DE LOS ESPAÑOLES; ESCLUSION DE LOS AMERICANOS DE LOS PUESTOS PÚBLICOS.—Este sistema de gobierno no habia sido el resultado de una sola concepcion. La esperiencia habia enseñado poco a poco a los monarcas españoles la manera de mejorar el gobierno de las colonias, o mas bien dicho, de asegurarse su dominacion i de cimentar en ellas un órden invariable. Por esta misma razon, habian introducido

importantes modificaciones, sobre todo desde que subieron al trono los reyes de la casa de Borbon; pero siempre mantuvieron el espíritu restrictivo que habia dictado las primeras providencias.

Estas restricciones no estaban reducidas a la privacion de toda libertad política, sino que consistian en numerosas trabas industriales i comerciales dictadas, como veremos mas adelante, con el fin de servir a los intereses mal comprendidos de la metrópoli, i con un propósito fijo de impedir en el nuevo mundo la propagacion de los conocimientos que podian desarrollar el espíritu de libre exámen i los principios de insurreccion. La corte, ademas, ejercia sobre sus empleados una vijilancia constante, i cuidaba sobre todo de que estos fueran representantes fieles de sus sentimientos i de sus opiniones.

Las leyes no establecian diferencia alguna entre los europeos i los americanos para la provision de los empleos públicos. Léjos de eso, algunas reales cédulas daban a los últimos la preferencia para ciertos beneficios eclesiásticos; i en efecto gozaron de algunos destinos subalternos. Pero los empleos de un órden superior, aquellos que exijian particularmente poseer la confianza del monarca, eran concedidos casi siempre a los españoles de nacimiento. Tenian estos, en efecto, la oportunidad de solicitarlos directamente en la corte; i su nacionalidad era una segura garantía de que habian de cuidar de los intereses de la metrópoli. Asi sucedió que de 170 vireyes que hubo en América, solo 4 fueron americanos, i estos eran hijos de empleados españoles. Esto mismo se repetia en los otros destinos importantes. De 602 capitanes jenerales de provincia, solo 14 fueron orijinarios del nuevo mundo; i de 706 obispos, solo 105 fueron americanos. En el siglo XVII, el célebre jurisconsulto Solórzano notaba que en justicia debian ser americanos los miembros del consejo de Indias, asi como los consejos de Aragon, de Portugal, de Flandes i de Italia, se componian de los naturales de estos paises (8). Sin embargo, i a pesar de la respetabilidad del personaje que hacia esta indicacion, los americanos quedaron escluidos ordinariamente del consejo de Indias. Pero, como el reglamento orgánico de esta corporacion exijia que sus miembros fuesen conocedores de los negocios del nuevo mundo, el rei llamaba a su seno a los oidores de las audiencias de

(8) Solórzano, *Política indiana*, lib. VII, cap. XIV, núm. 5.

Indias, que como casados por lo comun en el nuevo mundo, se les consideraba americanos naturalizados. Igual cosa se repitió a la época de la creacion de un ministerio particular de Indias, cuyos oficiales fueron considerados americanos, por haber residido largo tiempo en las colonias. De aquí resultaba, como es fácil suponer, una rivalidad constante entre americanos i españoles que contribuyó a preparar la revolucion de la independencia (9).

De este modo, i por medio de otras medidas que señalaremos mas adelante, el sistema de gobierno adoptado por la España en sus colonias del nuevo mundo estaba consultado principalmente para favorecer los intereses de la metrópoli (10).

CAPITULO III.

Organizacion social de las colonias españolas; industria; instruccion pública.

Clasificacion de los habitantes de las colonias de América.—Condicion de los indios.—Industria minera.—Agricultura; industria fabril.—Comercio.—Rentas públicas.—Condicion de los estranjeros en las colonias españolas.—Instruccion pública.—Ciencias i letras.—Costumbres.

CLASIFICACION DE LOS HABITANTES DE LAS COLONIAS DE AMÉRICA.—La primera consecuencia que tuvo para la América la conquista española fué la gran despoblacion de su territorio. Las guerras que sus habitantes tuvieron que sostener contra sus invasores, por sangrientas que fueran, constituyeron solo una de las causas de su despoblacion. El trabajo forzado a que se obligó a los indios, el rigor con que los trataron los conquistadores, i las enfermedades desconocidas en el nuevo mundo que, como las viruelas,

(9) Véase la *Historia de la revolucion de Nueva-España*, por el Dr. don Servando Mier, publicada en Lóndres en 1813 con el seudónimo de José Guerra, tom. II, páj. 624 i siguientes.

(10) Las *Leyes de Indias* i las cédulas dictadas despues de la publicacion de ese código forman el conjunto de noticias mas completo para conocer la organizacion política i administrativa de las colonias españolas. La célebre obra del jurisconsulto Solórzano, i algunos tratados especiales contienen tambien infinitas noticias que nos ha sido necesario abreviar mucho para adaptarlas a la reducida estension de este libro. El lector puede formarse una idea mas o ménos completa leyendo el libro VIII de la exelente *Historia de América* de Robertson, algunos capítulos de la *Historia antigua de Venezuela* de Baralt, i las introducciones que Alaman i Restrepo han puesto a sus historias de la revolucion de Méjico i de Colombia.

hicieron tantos estragos entre ellos, redujeron rápidamente su número.

Sin embargo, si la raza indíjina se disminuyó considerablemente hasta el punto de desaparecer del todo en algunas rejiones, la poblacion europea se acrecentó poco a poco i llegó a formar con el tiempo una base respetable. A los pocos años de consumada la conquista, los pobladores del nuevo mundo se dividieron naturalmente en diversas jerarquías, separadas en parte por la lei, pero mas profundamente todavía por las costumbres i las preocupaciones. Formaban la primera clase los españoles de nacimiento, denominados vulgarmente chapetones en casi toda la América, i gachupines en Méjico. Eran estos en su mayor parte aventureros que venian al nuevo mundo en busca de fortuna, o empleados de cierta jerarquia cuyas familias gozaban de una regular posicion en la metrópoli. Ejercian principalmente la industria mercantil, la cual, gracias al monopolio impuesto por los reyes, producia en poco tiempo grandes beneficios. Las preferencias de que gozaban, les daban una grande importancia en las colonias.

La segunda clase era formada por los criollos, hijos o descendientes de los europeos. Herederos de los conquistadores o de comerciantes que habian reunido una fortuna considerable, los criollos eran en jeneral ménos activos e industriosos que los españoles, vivian de ordinario en la ociosidad i perdian fácilmente los bienes que habian heredado. Algunos de ellos poseian títulos de nobleza legados por sus mayores; otros, i éste era el mayor número, aunque provinientes de un oríjen oscuro o humilde, buscaban ilustres abolengos, hacian surcir libros jenealójicos, solicitaban títulos de condes i de marqueses i vivian infatuados con alguna cruz de caballería. Eran frecuentes las creaciones de mayorazgos para dar consistencia a estos honores, i la adquisicion de algun título en las ventas que disponian los reyes para beneficiar algun establecimiento. Las preferencias de que gozaban los chapetones eran causa de un ódio mal encubierto que debia manifestarse en la primera oportunidad.

En tercer órden figuraban los mulatos, hijos de europeos i negros, i los mestizos, hijos de europeos e indios. Formaban estos la plebe de las grandes ciudades, los trabajadores de las minas i de los campos i los soldados del ejército; pero las leyes i las preocupaciones los mantenian sometidos a una condicion humillante. Los mestizos gozaban ante la

lei de los mismos derechos que los españoles i sus descendientes, aunque en la práctica eran menospreciados. Pero los mulatos eran reputados infames de derecho: no podian obtener empleos, i aunque las leyes no lo impedian, no eran admitidos a las órdenes sagradas. Les estaba prohibido tener armas, i a sus mujeres el uso del oro, de la seda, de los mantos i de las perlas (1).

Los negros africanos importados a América como esclavos, formaban la cuarta escala de la jerarquía social de las colonias españolas. Su número variaba considerablemente en las diversas localidades. Los paises tropicales los tenian en mayor abundancia, porque su robusta constitucion los hacia mui útiles para el cultivo de la caña de azúcar, del tabaco i del añil. En las otras colonias, como sucedia tambien en Méjico i en el Perú, los negros eran empleados en el servicio doméstico, i constituian una parte del lujo de sus señores. Usaban ricos vestidos i gozaban de particulares distinciones. Enorgullecidos por estos favores, los negros eran los enemigos irreconciliables de los indios, con los cuales hasta les era prohibido emparentarse. En las colonias en que los africanos fueron empleados como trabajadores, la poblacion negra llegó a ser mui numerosa i alcanzó a constituir un peligro para la tranquilidad pública. Los ódios que resultaban de esta division de castas, fomentados, puede decirse, por los españoles, eran la mas segura garantía de su dominacion.

CONDICION DE LOS INDIOS.—Las leyes habian hecho de los indios una clase separada de las demas de la poblacion. Algunas tribus que rechazaron constantemente a los conquistadores, siguieron en la vida salvaje asiladas en los bosques. Otras, que se sometieron a la dominacion de los invasores, se incorporaron lentamente a las poblaciones españolas o quedaron viviendo en pueblos apartados aunque reducidos a cierto sistema de gobierno. Una lei de Indias los autorizaba para conservar sus usos i costumbres con tal que no fueran contrarios a la relijion cristiana (2). Otras mandaban que fuesen tratados como hombres libres, i vasallos de Castilla; i para libertarlos de los fraudes de los españoles, el rei les concedió los privilejios de menores. Los indios ademas estaban exentos del servicio militar, del pago del diezmo i de otras contribuciones; tenian abogados encargados de defenderlos sin emolumento alguno, i

(1) Leyes 14 i 28, tít. 5.°, lib. 7 de la *Recoplacion de leyes de Indias.*
(2) Lei 4., tít. 1.°, lib. 2, de la *Recopilacion de leyes de Indias.*

los fiscales del rei eran sus defensores natos. En cambio, estaban obligados al pago de un derecho denominado capitacion que debian cubrir todos los varones desde 18 hasta 50 años, i que variaba en las diversas localidades, pero que puede avaluarse aproximativamente en un peso anual por cabeza.

Esta era la parte de la lejislacion favorable a los indios; pero habia otras disposiciones que hacian sumamente gravosa su condicion. Los indios eran vasallos inmediatos de la corona o dependientes de otro vasallo al cual habian sido adjudicados a título de encomienda. Estas concesiones, hechas en tiempo de la conquista, duraban solo miéntras vivia el español agraciado con el repartimiento, i a veces se hacian estensivas a la vida de sus hijos. Los reyes solian prolongar esta concesion; mas de ordinario, los indios volvian al dominio de la corona. Pero ya pertenecieran a los encomenderos o al rei, los indios estaban gravados con un impuesto de trabajo, ménos penoso sin duda que el que les impusieron los conquistadores, puesto que las leyes habian introducido importantes modificaciones, pero que constituia una pesada carga. Por un salario fijo, se les obligaba a trabajar en el cultivo de los campos, en el cuidado de los rebaños, en la construccion de los edificios públicos i de los caminos, i, lo que era peor que todo, en la esplotacion de las minas i en el beneficio de los metales. Debian concurrir al trabajo alternativamente i por divisiones para asegurarles algun descanso. Este órden era denominado *mita;* i las leyes habian prohibido con grande escrupulosidad que se obligase a los indios a trabajar fuera de su turno, o a trasladarse a muchas leguas de distancia de sus habitaciones. A pesar de estas prescripciones, i de la repeticion de las órdenes reales para asegurar su cumplimiento, la mita llegó a ser un motivo de terror para los infelices indios. No solo se les exijia mayor trabajo que aquel a que estaban obligados, si no que se les trasportaba a grandes distancias para aplicarlos a la esplotacion de las minas que era la faena mas penosa i mortífera de cuantas se conocian en el nuevo mundo. El rei mismo se vió precisado a relajar la severidad de las leyes protectoras de los indios i a disponer el establecimiento de estos en los lugares inmediatos a los minerales, que jeneralmente eran estériles i mal sanos (3).

(3) Escalona, *Gazophilatium regium perubicum*, lib. I, cap. XVI.

Cuando los indios vivian en las ciudades españolas, estaban sometidos a sus leyes i a sus majistrados; pero en los pueblos de indios eran gobernados segun sus tradiciones por un jefe denominado cacique, i la tribu tenia de ordinario el nombre de república. El rei habia creado un empleado que debia representarlos con el título de protector de los indios. El derecho de capitacion que estos pagaban, era invertido en gran parte en remunerar al protector, al cacique i al cura doctrinero que estaba encargado de la propagacion i del mantenimiento de la fé. Los indios habrian vivido felices i contentos bajo este réjimen si la mita no los hubiera arrancado periódicamente de sus casas para ser destinados a penosos trabajos, i si los funcionarios encargados de protejerlos no hubieran convertido sus destinos en un campo de escandalosas especulaciones. Los protectores de los indios i los curas hallaron siempre arbitrios de enriquecerse por medio de artificiosas violaciones de la lei (4).

Industria minera.—La esplotacion de las minas fué la industria a que se dirijió principalmente la actividad de los conquistadores españoles. Desde los primeros tiempos del descubrimiento, las riquezas auríferas del nuevo mundo fueron el principal atractivo de la inmigracion europea. Se creia hallar los metales preciosos en grande abundancia; i en efecto, los conquistadores encontraron en diversas rejiones, i particularmente en Méjico i el Perú el oro i la plata que habian beneficiado los indíjenas. Los españoles, al fundar una ciudad, pocas veces buscaban una situacion favorable para el comercio o para el cultivo agrícola; léjos de eso, se establecian en los lugares en que creian encontrar minas o lavaderos de oro. Durante mucho tiempo, sin embargo, el beneficio de esta esplotacion no correspondió a sus esperanzas.

Por fin, en 1545, un indio que perseguia en las montañas del sur del Perú un llama estraviado, descubrió por casualidad el rico mineral de Potosí. Poco tiempo despues, en 1546 se comenzó en Méjico la esplotacion de las valiosas minas de Zacatecas, ménos ricas talvez que las de Potosí, pero que en los primeros 184 años de su esplotacion, produjeron 832 millones de pesos (5). Despues de estos se hi-

(4) El lector puede consultar a este respecto las *Memorias secretas* de don Jorje Juan i don Antonio de Ulloa publicadas en Lóndres en 1826, que contienen horribles pormenores del despotismo con que fueron tratados los indios durante la dominacion española.

(5) Conde de la Laguna, *Descripcion de Zacatecas.*

cieron algunos otros descubrimientos no solo en aquellos dos paises sino tambien en el territorio del vireinato de Nueva Granada i de la capitanía jeneral de Chile. El baron de Humboldt, despues de comparar la opinion de diversos autores i de hacer algunos cálculos tan estudiados como juiciosos, espone que las minas de las colonias españolas del nuevo mundo habian producido hasta 1803 la suma enorme de 4851 millones de pesos.

El brillante resultado que algunos industriales habian obtenido en la esplotacion de las minas desarrolló considerablemente la pasion de los colonos por este jénero de esplotacion. Segun las leyes españolas, el descubridor tenia derecho a la mina que habia hallado, i le bastaba pedir su posesion al gobernador local para que este le señalara la estension de tierras que podia esplotar i le diera un número de indios suficiente para el trabajo, a condicion de dar principio a él en un tiempo determinado, i de pagar al rei los derechos de quinto que le correspondian. De ordinario, el descubridor no podia hacer por sí todos los gastos de la esplotacion, i se veia forzado a organizar una sociedad cuyos derechos i obligaciones estaban perfectamente deslindados por la lei; a los estranjeros, sin embargo, les era prohibido tomar parte en estas negociaciones. Desgraciadamente no todos los mineros fueron igualmente felices en sus especulaciones; i al lado de unos pocos que hicieron en pocos años fortunas colosales, habia muchos que vivieron siempre en la pobreza, i que arrastraron en su ruina a capitalistas acaudalados. A parte de esto, la pasion por las minas alejó a los españoles de los otros ramos de industria e impidió por lo tanto el desarrollo de la riqueza nacional. Esta es la razon porque los historiadores, de acuerdo en este punto con los mas sanos principios de la economía política, han dicho que las riquezas minerales han producido mas males que beneficios a los paises que estuvieron sometidos bajo la dominacion española.

Agricultura; industria fabril.—La agricultura tenia en las colonias españolas mucha ménos importancia que la minería. Sin embargo, el valor de algunas de sus producciones estimuló su desarrollo. La caña de azúcar, trasportada del oriente i cultivada por primera vez en la isla Española en 1520, se estendió con rapidez en las rejiones tropicales i produjo resultados verdaderamente maravillosos. La cochinilla, insecto que se cria en la América Central i en Méjico en las hojas de algunas plantas i par-

ticularmente en el nopal, era cultivada con particular esmero, i tenia un alto precio en el comercio para el tinte de las telas. La cascarilla, uno de los remedios mas apreciados por la medicina moderna, era cosechada en el vireinato del Perú. El añil, el cacao, el algodon i el café, producciones todas de la zona tórrida, constituian una gran fuente de cultivo i de riqueza. El tabaco i el maiz eran cultivados en diversos climas. En la zona templada prosperaban fácilmente el trigo i otras producciones europeas que tenian una alta importancia comercial. Los ganados europeos se incrementaron rápidamente en todas las colonias.

Sin embargo, estos ramos de industria prosperaban lentamente. El comercio mutuo entre las colonias estaba sujeto a muchas trabas i prohibiciones; i la esportacion a la metrópoli no solo estaba gravada con pesados derechos, sino sujeta, como veremos mas adelante, a un espantoso monopolio. Todos los productos de la agricultura, i hasta las fábricas de azúcar, debian pagar el impuesto del diezmo, que era tanto mas oneroso cuanto mayor fuera la actividad del labrador i la produccion. Faltaban ademas los caminos para el trasporte de los frutos, de donde resultaba que el precio ínfimo de estos en un punto, se triplicaba ántes de llegar a los puertos en que debian ser embarcados.

Pero el mayor mal provenia del errado sistema económico adoptado por los reyes a pretesto de dispensar una falsa proteccion a la industria de la metrópoli. El cultivo de la viña i del olivo estaba prohibido en casi toda la América, i solo en atencion a la distancia de España, i a la dificultad de trasportar por el istmo de Panamá cargas tan considerables como el vino i el aceite, permitió el rei que Chile i el Perú cultivaran esas plantas, pero se les prohibió rigorosamente que llevaran sus productos a las rejiones que podian recibirlos directamente de Europa.

Las mismas trabas embarazaban en el nuevo mundo el desarrollo de la industria fabril. Estaba ésta casi reducida a la preparacion de los productos de la agricultura, como el refinamiento del azúcar; pero en algunos puntos, como en Quito, se habian establecido pequeñas fábricas de tejidos que producian un paño regular. A fines del siglo XVI existia en la ciudad de Puebla, en Nueva España, una fábrica de paños que comenzaba a surtir con sus productos a las otras colonias. Felipe III, en las instrucciones que dió al virei, marques de Montesclaros, en 23 de mayo de 1603, le encargó que no solo impidiera el incremento de dicha

fábrica, sino que embarazara el comercio de paños. El rei creia justificar este atentado con el pretesto de aumentar la industria i el comercio de la metrópoli i de aliviar a los indios del trabajo que se les imponia en esta labor.

COMERCIO.—Pero en donde estaba mas manifiesto el espíritu restrictivo i monopolizador del sistema que adoptaron los españoles para el gobierno de sus colonias, era en el réjimen que establecieron para su comercio esterior. Sujeto desde el principio a muchas trabas, recibió un golpe de muerte en 1573. Felipe II dispuso que el puerto de Sevilla fuese el único que pudiese negociar con las Indias, i confió la vijilancia de las operaciones mercantiles a los oficiales de la casa de contratacion. Las penas de muerte i de confiscacion del cargamento fueron señaladas a los contraventores de esta lei. Habíase resuelto que los comerciantes despachasen las espediciones una sola vez al año, acompañadas precisamente de las naves de la flota real, i con la condicion inalterable de que sus cargamentos no habian de exceder de 27,500 toneladas. El derrotero de las naves estaba prolijamente fijado por las leyes. Posteriormente se reglamentaron otros detalles de la administracion pública relativos al comercio, i concebidos en el mismo sentido.

La corte habia creido que el monopolio concedido a los comerciantes castellanos iba a redundar en beneficio del tesoro nacional, que habia de percibir los impuestos sobre la esportacion, i de la industria española que gozaria sin competencia del comercio de la América. Cárlos V habia comenzado la serie de desaciertos con que, deseando protejer las fábricas de la península preparó su completa ruina. Sus sucesores prohibieron la importacion de mercaderías estranjeras manufacturadas, i la esportacion de las producciones nacionales no manufacturadas, para no fomentar la industria estranjera. Prohibieron tambien hasta con pena de la vida la importacion de las primeras materias estranjeras porque fomentaban la industria de otros paises. De este modo, la España se aisló en sus relaciones comerciales; i ese aislamiento, que enriqueció por un momento a algunos industriales, trajo por consecuencia final la paralizacion i la ruina de las fábricas españolas.

La corte, sin embargo, no recojió las lecciones que le suministraba la esperiencia. Durante cerca de dos siglos se hizo el comercio de las Indias de la manera que habia dispuesto Felipe II. Hasta 1717 gozó del monopolio el puerto de Sevilla; pero desde este año el comercio de las

Indias se trasladó a Cádiz, que ofrecia mayores comodidades a las naves. Desde allí salia cada año una flota destinada al nuevo mundo, que iba repartiendo su cargamento en diversos puntos de la costa. Tocaba primero en Cartajena, que era el punto de reunion de los comerciantes de Nueva Granada i Venezuela; i pasaba en seguida a Puerto-Bello, donde la esperaban los comerciantes del Pacífico. Allí se establecia una gran féria durante cuarenta dias en que se cambiaban las manufacturas europeas por los tesoros del Perú i de Chile o por algunas producciones de su suelo. La escuadra seguia su viaje hácia Méjico hasta el puerto de Veracruz, donde eran desembarcadas sus mercaderías para ser vendidas en la ciudad de Jalapa, en otra féria, del mismo modo que se habia hecho en Cartajena i Puerto-Bello. La escuadra tocaba en la Habana i volvia a Europa cargada de metales preciosos o de producciones americanas.

El comercio colonial, organizado de esta manera, fué convertido en el mas escandaloso monopolio. Los comerciantes de Sevilla o de Cádiz, únicos que podian gozar de este beneficio, lograron circunscribir las operaciones mercantiles a unas cuantas casas de comercio, que obtenian en esta especulacion resultados verdaderamente maravillosos. Libres para fijar el precio de sus mercaderías i seguros de que no habia competencia posible, duplicaban i triplicaban el capital empleado en cada una de las espediciones. Miéntras tanto, los colonos americanos estaban obligados a pagar las mercaderías europeas al precio que le fijaban los beneficiados por el monopolio i a reducir sus operaciones mercantiles a los estrechos límites que estos les fijaban.

Miéntras la industria española se mantuvo próspera, los negociantes de Sevilla se limitaron a esportar a la América sus productos; pero la decadencia industrial de la metrópoli comenzó a hacerse sentir desde fines del siglo XVI, cuando la poblacion creciente en las colonias del nuevo mundo reclamaba mayor cantidad de mercaderías europeas. Desde entónces, los mismos agraciados con aquel monopolio se vieron precisados a comprar sus mercaderías a los estranjeros, a despecho de la lei que prohibia todo comercio con los estraños. De este modo, los metales preciosos del nuevo mundo llegaban a Europa para pagar el valor de las mercaderías estranjeras. En el siglo XVII se decia comunmente que la España era la garganta por donde pasaban los tesoros de América, pero que el estómago

estaba en Inglaterra, Francia i Holanda. Fué inútil que los reyes conminaran con penas terribles a los que estrajeran el oro de la península. Felipe III llevó la insensatez hasta el punto de querer dar a la moneda de cobre un valor igual a las de plata; pero este espediente arruinó el crédito i aumentó la miseria.

Este comercio fué frecuentemente turbado por las espediciones de los corsarios holandeses, franceses o ingleses que recorrian las costas del nuevo mundo para apresar las naves españolas que volvian a la metrópoli cargadas con los tesoros de las Indias. Estas perturbaciones produjeron otro mal: en la necesidad de surtirse de mercaderías europeas, los colonos americanos las compraron de contrabando; i a pesar de las leyes que condenaban este tráfico con la pena de muerte, se estableció en grande escala en casi toda la América. El rei habia puesto obstáculos al desarrollo del comercio lejítimo entre las diversas colonias para favorecer los intereses de la metrópoli; pero a pesar de todas las prohibiciones, las leyes eran desobedecidas i el contrabando tomaba cada dia un desarrollo mas considerable.

Hasta el advenimiento de los reyes de la casa de Borbon, subsistieron estos errores económicos, i solo entónces se corrijeron en parte. Con Fernando VI principió una nueva era para la industria tanto en España como en América; pero su sucesor, si no dió la completa libertad de comercio, introdujo a lo ménos notables reformas que produjeron grandes beneficios. Cárlos III, en 1763, concedió a todo español la libertad para comerciar con la Habana, Santo-Domingo, i otras colonias del nuevo mundo desde Cádiz, Barcelona, la Coruña i otros puertos, i rebajó considerablemente los derechos de esportacion. Poco tiempo despues, en febrero de 1778, se hizo estensivo este beneficio a Buenos-Aires, Chile i el Perú; i mas tarde la esportacion de los frutos americanos, se vió libre de los pesados derechos que la gravaban.

Los beneficios que el libre comercio trajo no solo a los comerciantes i consumidores, sino aun a la corona, se hicieron sentir desde el primer dia; pero los favorecidos por el antiguo monopolio protestaron enérjicamente contra estas medidas, en que veian claramente su inevitable rúina, i sus protestas i reclamaciones hallaron eco en la corte de España i la detuvieron en su gloriosa carrera de reformas. Las consecuencias de las primeras concesiones, sin embargo, ilustraron la opinion, que no contenta con ellas, pidió ma-

yor i mas alta libertad comercial. Los consulados americanos fundados a fines del siglo anterior, se ocuparon varias veces de esta materia. Junto con la libertad de comercio con el universo entero, se pedia tambien la completa supresion de las trabas i gabelas impuestas a la esportacion de los frutos nacionales. La revolucion de la independencia llegó antes que se hubiera llevado a cabo tan importante reforma (5).

Rentas públicas.—El comercio suministraba a la corona rentas importantes. Pertenecian a este número el *almojarisfazgo*, derecho de aduana que se cobraba sobre las mercaderías introducidas o esportadas, el de *armada* establecido para el sostenimiento de los buques que defendian las costas, i el de *consulado* exijido a la época de la creacion de este tribunal para proporcionarle fondos.

No eran estas las únicas contribuciones que pagaban las colonias americanas durante la dominacion española. Existia ademas el impuesto denominado *alcabala*, con que estaba gravada la venta de los bienes muebles o raices; pero la mas pesada de todas las contribuciones era sin duda el *estanco*, que comprendia no solo los objetos de lujo ó de entretenimiento, como el tabaco o los naipes, sino tambien artículos de primera necesidad como la sal, i hasta las diversiones públicas.

La corona, a parte de algunos impuestos de menor importancia, tenia otros ramos de entradas que pueden llamarse eventuales. Tales eran el producto de la venta de tierras públicas i de empleos, i los derechos conocidos con el nombre de *lanzas* i *medias anatas*. Pagaban el primero loscondes i marqueses a falta de los servicios personales que estaban obligados a prestar bajo el réjimen feudal. El segundo consistia en una deduccion del sueldo de los empleados en el primer tiempo que prestaban sus servicios. Estos diversos impuestos, que eran mui gravosos a consecuencia del atraso industrial de las colonias, producian sin

(5) El lector que quiera conocer la historia del comercio español durante el réjimen de la colonia, puede consultar las *Memorias históricas sobre la lejislacion i gobierno del comercio de los españoles con sus colonias*, por don Rafael Antúnez i Acevedo, un vol. Madrid, año de 1797; el *Exámen imparcial de las disensiones de la America con la España*, por Flores Estrada, publicado en Lóndres en 1811, i reimpreso con notables agregaciones en Cádiz en 1812, part. III; los documentos publicados por Campomanes en el *Apéndice a la educacion popular* i la *Teoria i práctica del comercio marino* por don Jerónimo Uztariz.

embargo una renta reducida a la corona. Algunas provincias no alcanzaban siquiera a cubrir sus gastos, i recibian ausilios pecuniarios de las provincias vecinas (6).

CONDICION DE LOS ESTRANJEROS EN LAS COLONÍAS ESPAÑOLAS.—El sistema de prohibicion i esclusivismo adoptado por los españoles para el gobierno de sus colonias de América, se manifestaba mui particularmente en todo cuanto tenia relacion con los estranjeros. Por mucho tiempo les fué absolutamente prohibido el domiciliarse en las posiciones españolas; i los pocos estranjeros que viajaron o se establecieron en ellas tuvieron que impetrar permiso de la corte o que probar que provenian de oríjen español i que eran católicos, apostólicos i romanos.

Estas prohibiciones fueron rebajándose lentamente con el trascurso del tiempo, i a consecuencia de las modificaciones introducidas en la administracion de España por los reyes de la casa de Borbon. Muchos irlandeses i algunos franceses emigrados de su pais despues de la revolucion de 1789, fueron sin embargo ocupados por el rei en diversos puestos públicos. Por fin, en 3 de agosto de 1801, el rei fijó la cantidad de 8,200 reales vellon (410 pesos) como precio del permiso que podia concederse a los estranjeros para residir en las Indias, con tal que poseyeran ciertas cualidades, la primera de las cuales era el ser católicos.

Este permiso no los libertaba de los desagrados consiguientes a su calidad de estranjeros. "Si viven en la miseria i en la crápula, dice un célebre viajero, i sobre todo si están reducidos a la mendicidad, quedan tranquilos bajo la humillante salvaguardia del desprecio del español. Si ejercen algun oficio o alguna profesion, tienen por enemigos i por perseguidores a todos los españoles del mismo oficio o de la

(6) Para que el lector se forme una idea aproximativa de la renta de cada una de las colonias españolas, damos en seguida un estado señalando en él el año a que se refieren las partidas de entradas, indicando en otros casos que las cifras provienen simplemente de un cálculo aproximativo, cuando faltan los datos para fijarlo con toda exactitud.

Vireinato de Nueva España	(año de 1809)	$	15.693,895
Capitanía jeneral de Guatemala	(computada)	„	775,674
Vireinato de Nueva Granada	(año de 1801)	„	1.355,634
Presidencia de Quito	(año de 1803)	„	251,000
Capitanía jeneral de Carácas	(año de 1808)	„	1.530,000
Vireinato del Perú	(año de 1804)	„	5.751,487
Vireinato de la Plata	(año de 1803)	„	3.908,535
Capitanía jeneral de Chile	(computada)	„	619,000

misma profesion. Si se enriquecen, deben prestar su dinero a bajo interes. Si tienen mas conocimientos que el comun de las jentes, son siempre sospechosos, porque la idea jeneral de los españoles es que todo estranjero instruido debe ser enemigo de las leyes del pais" (7). A esto se agregaba la desconfianza cuando no la persecucion del tribunal de la inquisicion por sospechas de irrelijiosidad.

INSTRUCCION PÚBLICA.—Este mismo espíritu de desconfianza i de restriccion habia precedido a todas las disposiciones tomadas por la corte respecto a la instruccion pública. Circunscrita primero solo a ciertas clases de la sociedad, i basada sobre una organizacion viciosa, la enseñanza hizo en América mui pocos progresos, aun en la época en que comenzaron a desaparecer las rancias preocupaciones i en que el gobierno mismo parecia cambiar de sistema político.

Las primeras escuelas establecidas en América fueron fundadas en los conventos por los relijiosos de diversas órdenes, distinguiéndose los jesuitas en esta tarea. Posteriormente, bajo el reinado de Cárlos III, los cabildos establecieron otras escuelas, pero estas no alcanzaron a satisfacer las necesidades de la instruccion, i el pueblo quedó poco mas o ménos privado como ántes de recibir la enseñanza primaria. Aun la instruccion que se daba en esas escuelas era sumamente imperfecta. "No bien adquiere el niño una vislumbre de razon, dice un letrado venezolano, don Miguel José Sanz, citado por el viajero Depons, cuando se le pone en la escuela, i allí aprende a leer en libros de consejas mal forjadas, de milagros espantosos o de una devocion sin principios, reducida a ciertas prácticas esteriores, propias solo para formar hombres falsos o hipócritas. Bajo la forma de preceptos se le inculcan máximas de orgullo i vanidad que mas tarde le inclinan a abusar de las prerogativas del nacimiento o la fortuna, cuyo objeto i fin ignora." La instruccion de las mujeres estaba todavia mucho mas descuidada.

Los hijos de los propietarios, de los comerciantes o de los empleados eran casi los únicos que recibian esta escasa instruccion. Muchos de ellos aprendian solo a leer i escribir. Otros seguian sus estudios superiores para alcanzar una de las dos carreras a que podian aspirar los colonos, el

---

(7) Depons, *Voyage a la Terre ferme*, tomo I, pájina 183.

sacerdocio o la abogacía. Solo en los últimos años de la dominacion española, se comenzó a enseñar la medicina en algunas capitales de las colonias.

La mayor parte de los obispados americanos, conforme a las disposiciones del concilio tridentino, tenia un seminario. Existian ademas otros colejios fundados por el gobierno, a instancias de algunos particulares, i aun las universidades creadas por el rei en diversas ciudades. «Sin embargo, los estudios estuvieron siempre en mal estado. Algunos principios de gramática latina, sin conocer ántes los de la lengua castellana; la filosofía aristotética estudiada en latin, en jurisprudencia, el derecho civil de los romanos, el canónico o las decretales de los papas, esplicadas por rancios comentadores; en teolojía moral i dogmática, inútiles cuestiones que servian mui poco para conocer la relijion cristiana i la moral: hé aquí a lo que se reducian los estudios clásicos" (8). Solo a fines del siglo pasado se enseñaron algunos principios empíricos de física como parte de la filosofía, escritos en un latin bárbaro. La química, la mecánica i las ciencias físicas i matemáticas eran casi completamente desconocidas. Aun los ramos que se estudiaban, estaban reducidos a un aprendizaje estéril, recargado de sutilezas calculadas mejor para eludir que para resolver las dificultades, haciendo completa abstraccion del sistema esperimental i de todo lo que pudiera desarrollar la intelijencia.

Este órden de cosas, a que contribuia poderosamente la falta de libros i la suspicaz vijilancia del gobierno español para impedir su introduccion en las colonias, se conservó en el fondo aun despues de haberse dado mayor ensanche a los estudios bajo el reinado de los últimos reyes de la casa de Borbon. En Méjico se estableció un jardin botánico, i en Bogotá un observatorio astronómico; pero el gobierno metropolitano mantuvo en pié la máxima de que los colonos no debian adquirir muchos conocimientos para que permanecieran sumisos.

CIENCIAS I LETRAS.—A pesar de esto, algunos hombres de intelijencia privilejiada pudieron cultivar privadamente diversos ramos de las ciencias. Adquirian sus conocimientos en los libros que entraban a las colonias furtivamente, o a lo ménos venciendo grandes dificultades. Consagrados algunos de ellos a la observacion de paises desconocidos de

(8) Restrepo, *Historia de la revolucion de Colombia*, intr. páj. 19.

los europeos, i por tanto libres de toda competencia, pudieron componer trabajos interesantes sobre el clima, la jeografía, la historia natural, las antigüedades i hasta la jurisprudencia especial de las colonias del nuevo mundo. Esos sabios, sin embargo, por aventajados que fueran, i por grande que fuese su contraccion, estaban mui atras del movimiento científico europeo por la falta de libros i de instrumentos de observacion. El baron de Humboldt refiere que durante sus viajes en el nuevo mundo se veia asediado por personas que iban a hacerle preguntas sobre diversos puntos de las ciencias i a examinar sus instrumentos, pero que lo miraban en seguida con cierto desden cuando veian que no tenia consigo algunos libros envejecidos en mas de medio siglo (9). Solo en Méjico, Lima i Santa Fé de Bogotá habia mejores elementos de estudio, i solo allí los hombres ilustrados habian hecho mayores progresos.

La literatura se resentia tambien del sistema prohibitivo que habian establecido los españoles para impedir la introduccion de libros. En jeneral en América eran mui poco conocidas las producciones literarias escritas en las otras lenguas vivas. Sin embargo, algunos escritores de cierto mérito compusieron libros recomendables de poesia o de historia. Pero la decadencia de las letras españolas desde fines del siglo XVII se hizo sentir en el nuevo mundo de un modo violento.

Por otra parte, los escritores americanos carecian de estímulo, i muchas veces no podian publicar sus obras por falta de imprenta. La literatura colonial casi no tenia mas medios de manifestacion que los sermones que se predicaban en el púlpito, los elojios de los vireyes i los capitanes jenerales i los versos que componian en su loor los doctores de las universidades, i algunos romances destinados a celebrar los milagros de algun santo o dar cuenta de un auto de fé o de alguna corrida de toros.

Entre otras obras escritas en América, son notables dos, mas que por su mérito literario, por el trabajo de paciencia que su composicion habia impuesto a sus autores. Un relijioso mejicano llamado frai Juan Valencia compuso en el siglo XVII 350 dísticos en honor de Santa Teresa, que pueden leerse del mismo modo de izquerda a derecha que de derecha a izquerda. Un jesuita peruano, el padre Rodrigo

(9) Humboldt, *Voyage aux regions equinoxiales du nouveau continent*, liv. II, chap. V.

de Valdes, compuso un poema sobre la fundacion de Lima tambien en el siglo XVII, que contiene 2288 octosílabos que pueden leerse en latin o en castellano segun se quiera, porque en ámbos idiomas el sentido es uno mismo.

En otro lugar hemos dado ya noticia de algunos escritores americanos. Sus obras, sin embargo, reflejo débil i pálido del movimiento literario de Europa, no ejercieron influencia alguna sobre los otros elementos sociales así como no retrataron su espíritu. Por eso creemos que se pueden reunir noticias mas o ménos prolijas acerca de los escritores del nuevo mundo, pero que no es posible bosquejar una historia literaria.

COSTUMBRES.—Los conquistadores españoles importaron a la América con su lengua i con sus leyes, sus costumbres, sus hábitos, sus creencias i sus preocupaciones. La supersticion relijiosa formaba en América como en España, el fondo del carácter nacional. La ociosidad, resultado de la falta de industria que producia el sistema restrictivo, echó aquí como en la península, profundas raices, que no han podido arrancar los nuevos hábitos introducidos por la independencia i la libertad industrial. Las fiestas públicas eran como en España las corridas de toros, las riñas de gallos, cuando no los autos de fé, como sucedia en Méjico, i en Lima, cuando se echaban a la hoguera algunos herejes o supuestos hechiceros. El teatro, conocido solo en algunas ciudades del nuevo mundo, no llegó a ser un espectáculo popular, ni mucho ménos un arte cultivado con talento i esmero.

A pesar de esto, los vínculos morales que unian a los americanos con la metrópoli eran demasiado débiles. Los colonos respetaban al rei por costumbre; pero en jeneral las noticias que llegaban a América de las desgracias de España, o de sus triunfos i progresos despertaban poco interes. Se pensaba en las guerras marítimas porque ellas producian perturbaciones en el comercio, i estas eran causa de grandes pérdidas o de negociaciones mui provechosas. Por lo demas, los colonos habian olvidado las tradiciones españolas, sus glorias i su historia, como si formaran una familia aparte. Cuando se hicieron sentir los primeros síntomas de independencia, los americanos se llamaron descendientes de Atahualpa i Moctezuma, de Caupolican i de Lautaro.

La vida social de las colonias españolas fué caracterizada por una tranquilidad mui semejante a la paz de los sepulcros. Las fiestas relijiosas, casi siempre ostentosas, la celebracion del advenimiento de un nuevo rei, o del nacimiento

de un príncipe, las exequias de algun miembro de la real familia, i las reyertas consiguientes a los capítulos de frailes eran casi los únicos motivos que ajitaban la opinion e interrumpian la monotonía de la vida colonial. Pocos fueron los viajeros que despues de haber visitado la América bajo el réjimen español, sospecharon que en el fondo de aquella estraordinaria tranquilidad existian los jérmenes de una profunda revolucion.

CAPITULO IV.

Colonias portuguesas.

El Brasil bajo la dominacion española.—El Brasil vuelve a la dominacion portuguesa: espulsion de los holandeses.—Establecimiento de una compañía de comercio; invasiones de los franceses.—Los paulistas; las minas de oro i de diamantes.—Cuestiones de límites con las posesiones españolas.—Pombal; reformas administrativas.—Divisiones administrativas; gobierno del Brasil durante la dominacion portuguesa.—Gobierno eclesiástico.—Poblacion.—Industria; rentas públicas.—Progresos del Brasil en los últimos años de la dominacion portuguesa.

El Brasil bajo la dominacion española.—Las colonias fundadas por los portugueses en el Brasil se habian desarrollado lentamente, cuando el rei de España Felipe II incorporó a sus estados el reino de Portugal, que habia quedado vacante por muerte del rei don Sebastian i del cardenal don Enrique que le sucedió en el gobierno (1580). Se creia entónces que el Brasil era ménos rico en minas que las colonias españolas, i por eso mereció poca atencion de Felipe II i de sus sucesores. Los negocios de estas colonias quedaron gobernadas por el rei de España, con la intervencion de un consejo denominado de Portugal que tenia injerencia en el gobierno de este reino.

Las primeras consecuencias de este cambio de gobierno se hicieron sentir mui luego en el Brasil. La política agresiva de Felipe II produjo la guerra de diversas potencias estranjeras contra aquellas colonias. En 1588, Bahía fué saqueada por el marino ingles Roberto Witherington; en 1591, Cavendish incendió a San Vicente; i en 1595, Lancaster tomó a Olinda. De este modo, la rivalidad entre Inglaterra i España habia ido a embarazar el progreso de las colonias del Brasil.

Poco tiempo despues, fueron los franceses los invasores. En 1612, Daniel de la Touche, señor de la Ravardiere, a la cabeza de 500 franceses i con una escuadrilla de tres na-

ves, efectuó un desembarco en la costa de Marañon, i levantó un fuerte con el nombre de San Luis en honor del rei de Francia, Luis XIII. Las fuerzas portuguesas que guarnecian el Brasil obligaron a los franceses, despues de reñidos combates, a abandonar su colonia i a reembarcarse para Europa. En esa misma época se habian establecido algunos aventureros estranjeros en las márjenes del rio Amazonas; i convencido el rei Felipe III de que el gobierno del Brasil no podia atender aquella parte del territorio, resolvió crear en 1624 un gobierno separado, compuesto de las provincias de Pará i de Marañon, i denominado estado del Marañon.

Pero los enemigos mas poderosos que los españoles tuvieron que combatir en aquellas colonias fueron los holandeses. Una asociacion organizada en Holanda bajo la denominacion de compañia de la India oriental habia equipado escuadras para arrebatar a los españoles el dominio de las posesiones portuguesas del Asia. Las ventajas alcanzadas por aquella compañia produjeron la creacion de otra, denominada compañia de la India occidental. El gobierno de la república holandesa le concedió el monopolio del comercio de América i de la costa de Africa en que los portugueses tenian algunos establecimientos.

La compañia despachó en 1624 una escuadra contra la ciudad de Bahía. La ciudad se rindió sin resistencia; pero habiéndose reunido las tropas de las colonias inmediatas, i habiendo llegado al Brasil el almirante español don Fadrique de Toledo con un refuerzo de tropas, los holandeses se vieron obligados a abandonar sus conquistas (mayo de 1625). Este contratiempo, sin embargo, no los desalentó. La compañia organizó una nueva espedicion compuesta de 64 naves i 8,000 soldados bajo el mando del jeneral Enrique Loncq que llegó a Pernambuco en febrero de 1630. Olinda fué sosprendida i entregada al saqueo (1).

La guerra se sostuvo seis años sin resultado definitivo. Los holandeses fueron rechazados de Bahía, pero en otros puntos obtuvieron notables ventajas sobre los portugueses.

(1) Olinda, fundada en los primeros tiempos de la conquista del Brasil, era la capital de la provincia de Pernambuco. La ciudad de Recife, llamada comunmente Pernambuco, fué fundada un poco mas tarde por el príncipe Mauricio de Nassau durante la dominacion holandesa. Olinda es ahora una especie de arrabal de la ciudad de Pernambuco, de que solo dista una legua.

En enero de 1637 llegó a Pernambuco el príncipe Juan Mauricio de Nassau, nombrado por la compañia de las Indias occidentales capitan jeneral de sus posesiones del Brasil. Político tan hábil como militar esperimentado, este jeneral reunió un ejercito de 10,000 hombres, intentó diversas empresas militares: i aunque fué rechazado en algunas ocasiones por los portugueses, dilató, sin embargo, los límites de la dominacion holandesa desde las bocas del rio San Francisco hasta la provincia de Marañon. No contento con esto, el príncipe envió uno de sus oficiales a la costa de Africa, a tomar posesion de los establecimientos portugueses a fin de regularizar la introduccion de esclavos negros en el Brasil, i mandó una espedicion a las costas de Chile para inquietar a los españoles en sus posesiones del Pacífico. Regularizó la administracion pública, aumentó las rentas de la compañia, fortificó las desembocaduras de algunos rios, construyó puentes para dar facilidad al comercio, estimuló la amalgamacion de las diversas razas fomentando los matrimonios i observando una completa tolerancia en materias relijiosas, i fundó o ensanchó algunas ciudades. Recife, o Pernambuco, data de esta época. El principe de Nassau soñaba en la creacion de un estado poderoso (2).

El Brasil vuelve a la dominacion portuguesa: espulsion de los holandeses.—La dominacion de los españoles en Portugal llegó a su término en 1640. Don Juan, duque de Braganza, fué proclamado rei despues de una revolucion consumada en poco tiempo i sin grandes dificultades. El virei del Brasil don Jorje de Mascarenhas, marques de Montalbao, proclamó en Bahia al nuevo soberano de Portugal, conocido en la historia con el nombre de don Juan IV. El gobernador de Marañon, Salvador Correia reconoció tambien el nuevo gobierno. En el sur, sin embargo, este reconocimiento se hizo con alguna dificultad. Los habitantes de San Paulo, queriendo conservarse bajo la dependencia de la España, finjieron proclamar a un caballero mui respetado llamado Amador Bueno; pero cuando este era aclamado por el pueblo, salió a la calle gritando ¡viva don Juan IV! La multitud aclamó entónces al nuevo rei,

---

(2) La historia de la administracion de Mauricio de Nassau ha sido prolijamente referida por un historiador holandes, Gaspar Van Baerle en una obra latina titulada *Rerum in Brasilia gestarum Historia*, Amsterdan, 1647, en fol.

de modo que el duque de Braganza quedó reconocido en el Brasil sin resistencia alguna.

Aquellas colonias habian alcanzado en esa época un notable desarrollo a pesar de las trabas que les oponia el sistema restrictivo empleado hasta entónces por los portugueses i los españoles. En el sur, sobre todo, la colonizacion habia tomado grande incremento. Los aventureros que poblaban esas colonias habian visitado las montañas centrales, i se habian estendido hasta los límites de los establecimientos españoles, reconociendo al efecto los rios que van a vaciar sus aguas en el Plata i sometiendo las numerosas tribus de indíjenas.

En el norte quedaron todavía los holandeses. El nuevo rei de Portugal celebró una tregua de diez años con el gobierno de Holanda. Pero sea que no tuviera noticia de este convenio o que no quisiese respetarlo, para asegurar i dilatar sus conquistas, el príncipe de Nassau se empeñó en nuevas espediciones i ocupó una parte de la provincia de Marañon. En 1643, Nassau fué llamado a Holanda i entregó el gobierno a una junta compuesta de tres miembros; pero estos no supieron gobernar con la prudencia de su antecesor, i en lugar de emplear su moderacion, ejercieron odiosas vejaciones. Desde entónces comenzó la decadencia del imperio holandes en el Brasil.

Esta política torpe produjo una insurreccion. Un rico propietario de Pernambuco, Juan Fernandez Vieira, encabezó el movimiento (junio de 1645); pero la insurreccion dió lugar a una de esas guerras en que todo un pueblo destituido de recursos i de organizacion militar lucha contra tropas ventajosamente colocadas i bien capitaneadas. La corte de Portugal i los gobernadores de las otras colonias del Brasil, prestaron a los pernambucanos mui escasos socorros; pero estos hallaron en su patriotismo i en su desesperacion el valor necesario para sostener una guerra atroz que los holandeses hicieron todavia mas horrible con crueldades injustificables. La lucha duró diez años con resultado vario. Por fin, en enero de 1654, los holandeses que defendian a Pernambuco se rindieron a sus enemigos reconociendo la soberanía del rei de Portugal. La dominacion holandesa habia durado 30 años; i aunque dejaba tras de sí el recuerdo doloroso de matanzas de prisioneros i de otras crueldades innecesarias, dejaba tambien importantes trabajos públicos, mejoras industriales i algunos jérmenes de riqueza. El Brasil, sus producciones i sus recursos fueron

conocidos en Europa por las noticias que comunicaron los holandeses (3).

ESTABLECIMIENTO DE UNA COMPAÑIA DE COMERCIO; INVASIONES DE LOS FRANCESES.—Durante la guerra con los holandeses fué instituida en Portugal una compañia jeneral de comercio destinada a alejar para siempre a los estranjeros de las costas del Brasil (1649). La compañía debia mandar dos escuadras cada año compuesta cada una a lo ménos de 18 navíos, quedando exentas de toda sujecion a los delegados del rei. La corona le permitió alistar tropas a su servicio, i le concedió el monopolio de trasportar a Europa todos los productos del Brasil, cobrando por esto derechos que se fijaron de antemano. Concedióscle ademas el monopolio de la venta de muchos artículos, entre los cuales se hallaban la harina, el aceite i el vino. Ya de antemano se habia prohibido la fabricacion de licores destilados de la caña de azúcar; de modo que la compañia podia gozar mas ampliamente de los beneficios concedidos por el monopolio. De este modo, los reyes de Portugal, siguiendo la política egoista de los soberanos españoles, ponian embarazo en el Brasil al desenvolvimiento de la industria colonial.

Pero si este monopolio i las providencias tomadas por la compañia para vijilar las costas del Brasil alejaron algo a los negociantes estranjeros, poco mas tarde se vieron amagadas por las escuadras enemigas del Portugal. A principios del siglo XVIII, con motivo de la guerra de la sucesion de España, la Francia se hallaba en abierta hostilidad con la nacion portuguesa. En 1710 una escuadra mandada por Duclerc desembarcó 1000 hombres i atacó a Rio Janeiro; pero despues de haber perdido la mitad de su jente en una batalla, Duclerc i los compañeros que sobrevivian, fueron hechos prisioneros, i asesinado aquel en su prision.

Esta noticia produjo en Francia una jeneral indignacion en todo los ánimos. El célebre almirante Duguai Trouin juró vengar a sus compatriotas, i equipó, con el ausilio del rei i de muchos comerciantes, una escuadra de 16 navios con 4,500 hombres de desembarco. Los espedicionarios llegaron en setiembre de 1711 a Rio Janeiro, cuya plaza se hallaba desmantelada, pero estaba defendida por una guarnicion de 8,000 soldados. El gobernador portugues, Moraes e Castro no supo defender la ciudad; i despues de

---

(3) Varnhagen, *Historia geral do Brazil*, tom. II, páj. 44.

haber sufrido los fuegos de la artilleria francesa, abandonó la plaza para juntarse con los refuerzos que esperaba del interior. En seguida firmó una capitulacion por la cual se obligaba a entregar a Duguai Trouin una considerable cantidad de dinero para rescatar la capital. El almirante frances salió en efecto de Rio Janeiro con direccion a Bahía; pero habiendo perdido en una tempestad dos de sus naves cargadas de botin, siguió su viaje a Europa. A pesar de esta pérdida, la empresa produjo a los armadores un beneficio de mas de 92 por ciento sobre el costo de la flota.

Los paulistas; las minas de oro i de diamantes.—El resto de la historia colonial del Brasil tiene mui escaso interes; pero hai un episodio que ha llamado particularmente la atencion de los historiadores. Como hemos dicho en otra parte (4), el establecimiento de un colejio de jesuitas en el sur del Brasil con la advocacion de San Paulo, llevó allí una regular poblacion. Los indios de aquel distrito eran varoniles i esforzados; i los frecuentes matrimonios con los europeos produjeron una raza de hombres atrevidos i emprendedores. El primer objeto de su actividad fué buscar minas de ricos metales. Hallaron en efecto algun oro, pero no en cantidad suficiente para satisfacer su ambicion. Los paulistas contrajeron su enerjia a peligrosas escursiones contra los indios de tribus remotas con el objeto de procurarse esclavos. Habiendo observado las señales de veneros de oro en las montañas situadas al norte de San Paulo, muchas espediciones de aventureros intentaron penetrar en ellas. Desde el año de 1629, los paulistas atacaron repetidamente los establecimientos de misiones en el Paraguay, a pesar de que ambas provincias estaban sometidas nominalmente a la corona de España, i redujeron un gran número de indíjenas a la esclavitud. Otras partidas penetraron en el distrito actual de Minas Geraes i se internaron al norte o al oeste en busca de oro. Estos emprendedores aventureros son presentados en la historia con los mas caprichosos colores, dando a sus espediciones i a sus luchas con los jesuitas del Paraguay, cierto colorido novelesco (5).

Los primeros esploradores hacian sus espediciones para volver a sus casas cargados de botin. Pero desde que estas escursiones se hicieron a paises mas remotos i desde que los

---

(4) Tom. 1, páj. 379.

(5) Ferdinand Denis, *Le Bresil dans l'Univers pittoresque*, páj 180 i siguientes.

nuevos descubrimientos fueron mas importantes, se hizo necesario el establecimiento de algunas colonias. Desde fines del siglo XVII, algunas asociaciones de aventureros se establecieron en el distrito de Minas Geraes, i a principios del siglo siguiente, el rei elevó al rango de ciudades a cinco de esas colonias. Por fin, en 1720, aquel distrito fué separado de San Paulo i constituido en una provincia aparte.

Desde el tiempo de la dominacion española, el Brasil habia tenido una lejislacion especial dictada por Felipe III en 1618. Sin embargo, esas ordenanzas fueron por mucho tiempo letra muerta; i los establecimientos de lavaderos de oro fueron el teatro de constantes desórdenes. La corona percibia difícilmente los impuestos hasta que en 1714, los establecimientos mineros fueron obligados a pagar 30 arrobas de oro cada año. Cinco años despues se estableció en la provincia de Minas una fundicion real en que debia fundirse todo el oro recojido con la obligacion de pagar un quinto al tesoro real, prohibiéndose al efecto la esportacion del oro en polvo. Aunque se hicieron algunas modificaciones en la percepcion de este impuesto, el derecho del quinto quedó subsistente, i produjo a la corona mas de 100 arrobas de oro cada año. Los estranjeros no podian tener parte en esta esplotacion.

Las minas de diamantes, que comenzaron a esplotarse casi en ese mismo tiempo, no ocuparon un lugar tan importante como las de oro en la historia del Brasil, no solo porque no fueron causa de que se estendiera la poblacion si no porque no introdujeron notables reformas en la administracion ni dieron oríjen a desórdenes (6). Su descubrimiento en los arroyos de Serro do Frio, remonta apénas al año 1729, o mas bien dicho, esta fué la época en que la corona comenzó a sacar algun beneficio de esas minas. En el primer tiempo, el gobernador de Minas, Lorenzo de Almeida dictó algunas ordenanzas para su esplotacion; pero desde que comunicó a la corte su descubrimiento, ésta dispuso (1731) que las minas de diamantes fuesen consideradas como propiedad real, i que los terrenos diamantinos fuesen rematados por contratos. No habiendo empresarios que acometieran este negocio, se acordó el permitir la libre esplotacion de esas minas mediante un derecho de capitacion que debia ser pagado por cada negro empleado en este trabajo. El feliz resultado de estas especulaciones permitió mas adelante

(6) Varnhagen, *Historia geral do Brazil*, seccion XLII.

el arriendo de este negocio, que aseguró al rei una renta considerable. Sin embargo, los diamantes de mas de 20 quilates fueron adjudicados esclusivamente a la corona.

CUESTIONES DE LIMITES CON LAS POSESIONES ESPAÑOLAS.—Los derechos de la corona del Portugal al territorio del Brasil estaban basados sobre el tratado de Tordecillas, celebrado con España en 1494; pero tanto los portugueses como los españoles se olvidaron de esas estipulaciones en sus conquistas del nuevo mundo. Reunidas las dos coronas bajo el reinado de Felipe II, el tratado llegó a ser innecesario.

Restaurada la monarquía portuguesa, la corte concibió el proyecto de dilatar sus posesiones de América; i al efecto, el gobernador de Rio Janeiro don Manuel Lobo, despues de una espedicion mui sijilosa, fundó la colonia del Sacramento, mas jeneralmente conocido con el nombre de Colonia, en la márjen boreal del rio de la Plata (1680). El gobernador de Buenos-Aires don José Garro, viendo en esto un ataque a los derechos del soberano español, sorprendió la colonia, arrasó sus fortificaciones i remitió a Lima al jefe portugues en calidad de prisionero.

Este fué el oríjen de una cuestion debatida con gran ardor por los representantes de ambas coronas durante mas de un siglo. Gobernaba en España Cárlos II, monarca débil i cuitado, que a consecuencia de los quebrantos que habia sufrido en Europa no se atrevió a sostener sus derechos contra el rei de Portugal. Consintió en devolver la colonia del Sacramento hasta que comisarios especiales arreglaran la cuestion de límites; pero como no se llegara a un resultado definitivo, los españoles volvieron a apoderarse de ella en 1705, hasta que por la paz de Utrecht, celebrada ocho años despues, la colonia fué definidamente cedida a los portugueses. Desde entónces pasó a ser un albergue de contrabandistas que negociaban fraudulentamente con las posesiones españolas de la otra banda del rio de la Plata.

Para poner atajo a la invasion portuguesa en aquellos paises, Felipe V dispuso la fundacion de una ciudad. El gobernador de Buenos-Aires don Bruno Mauricio de Zayala echó en 1724 los cimientos de Montevideo, i asentó la dominacion española en la misma costa en que los portugueses se habian establecido. La guerra se renovó en breve; pero ambas cortes celebraron en 1750 el célebre tratado de Madrid, por el cual la España cedió estensos territorios comprendidos entre el Paraguay i el Brasil i obtuvo en

cambio la posesion de la colonia del Sacramento. La demarcacion de límites de las posesiones de ámbas potencias dió oríjen a nuevas dificultades: renováronse las hostilidades; el virei de Buenos-Aires don Pedro de Cevallos, despues de posesionarse a viva fuerza de aquella plaza, destruyó sus fortificacianes i la agregó para siempre a los dominios del rei de España (1777). El tratado de San Ildefonso, concluido ese mismo año, señaló nuevamente los límites de los dominios de ámbas coronas; pero las dificultades a que dió lugar la designacion de la línea fronteriza, no hallaron nunca una solucion satisfactoria para ámbas naciones.

La cuestion de límites entre las posesiones españolas i portuguesas en la América meridional, que ocupó tanto a los políticos de ambas naciones durante el último siglo, forma uno de los sucesos mas notables de la historia colonial del Brasil. La discusion de los derechos respectivos de ambas potencias, ha dado lugar a prolijos estudios en que campean la erudicion i la habilidad (7).

POMBAL; REFORMAS ADMINISTRATIVAS.—La administracion de las colonias portuguesas recibió notables reformas bajo el reinado de José II de Portugal i de su hábil i activo ministro, marques de Pombal. Dió gran desarrollo al comercio del Brasil, manteniendo, es verdad, el espíritu de monopolio, con la creacion de dos compañías de comercio cimentadas sobre bases semejantes a las de las célebres compañías de Holanda. La primera, establecida en 1755, obtuvo el privilejio esclusivo de comerciar con las provincias de Marañon i Pará. La segunda, establecida en 1759, obtuvo igual privilejio en Paraiba i Pernambuco. Autorizó a los navíos mercantes para salir de Portugal i regresar al Brasil cuando mejor les pareciese, aboliendo asi la costumbre de navegar en convoi, lo que ocasionaba grandes perjuicios al comercio. Al mismo tiempo celebró convenciones con el gobierno ingles que favorecian el espendio de las mercaderias brasileras.

La administracion interior llamó tambien su atencion. En 1755 fué decretada i llevada a efecto la libertad de los

---

(7) Don Florencio Varela ha publicado en la *Biblioteca del Comercio del Plata* algunas de esas memorias. Las mas notables por parte de los españoles son las del marques de Grimaldi i de don Miguel Lastarria. Puede consultarse el vol I de *L'Histoire du Paraguay*, por Demersay, Paris, 1860, i la *Coleccion de tratados de la América latina*, publicada en Paris por Calvo, 6 vols., que contiene muchos documentos sobre esta cuestion.

indios. El marques de Pombal ademas dictó varias pragmáticas en favor de los esclavos i de los hombres de color, llamó a los brasileros a los mas elevados puestos; fomentó la inmigracion, reglamentó muchos ramos de la hacienda pública, construyó fortificaciones i edificios públicos, i finalmente creó diez escuelas regulares de bellas letras en las diferentes capitanías (1774).

El gobierno del marques de Pombal fué señalado tanto en Europa como en América por la espulsion de los jesuitas. Es cierto que las misiones perdieron con esta medida fervorosos operarios, pero la influencia que habian adquirido habia hecho que el prestijio de que gozaban fuera un peligro para la autoridad real.

Divisiones administrativas; gobierno del Brasil durante la dominacion portuguesa.—Las posesiones de los portugueses en América estaban divididas en diez i siete gobiernos bajo diferentes denominaciones. Eran éstas el vireinato de Rio Janeiro, que tuvo su capital en la ciudad de Bahía hasta el año de 1763; ocho capitanías jenerales, el Pará, Marañon, Pernambuco, Bahía, San Paulo, Minas Geraes i Matogrosso, i ocho gobiernos subalternos, Piauhy, Pará, Rio Grande del Norte, Parahiba, Sergipe, Espíritu-Santo, Santa Catalina i Rio Grande del Sur. Aunque los capitanes jenerales estaban obligados a someterse a los reglamentos que dictase el virei, eran hasta cierto punto independiente de su autoridad porque se comunicaban directamente con la corte, de quien recibian órdenes. Esos altos funcionarios eran nombrados por un período de tres años, pero de ordinario se les prorogaba sus nombramientos. La lei les prohibia casarse en el pais sometido a su jurisdiccion, tener parte en algunas negociaciones i aceptar presentes. Esta lei comenzó a ser puntualmente observada bajo la administracion del marques de Pombal. El virei i los capitanes jenerales estaban tambien rodeados de cierto boato, recibian cortejo los dias de gala en el salon de gobierno i bajo de un docel, i eran los presidentes natos de los tribunales de justicia. Como los gobernantes de las colonias españolas, los delegados del rei de Portugal estaban sujetos a un juicio de residencia, i todos los ciudadanos, sin distincion de clase, tenian derecho para entablar acusaciones en contra de ellos. En caso de muerte del primer mandatario de la colonia, el obispo, el militar de mayor graduacion i el primer majistrado judicial tomaban conjuntamente las riendas del gobierno hasta el arribo del sucesor.

El Brasil estaba sometido a la misma jurisprudencia que el Portugal. Cada distrito tenia su juez denominado *ouvidor* (oidor); pero existian dos cortes superiores de justicia con el nombre de *Relaçao* (relacion), que residian en Rio Janeiro i en Bahía (8). El estenso territorio del Brasil estaba tambien dividido en dos grandes secciones judiciales sometidas a cada una de estas cortes de justicia, ánte las cuales podian apelar sus pobladores de las sentencias dadas por los jueces de primera instancia. Las capitanías jenerales de Pará, Marañon, Pernambuco i Bahía estaban sometidas al tribunal que residia en esta última ciudad. Las demas dependian de la *Relaçao* de Rio Janeiro. Solo en casos determinados por las leyes, era permitido entablar una tercera apelacion ante los tribunales de la metrópoli.

Cada ciudad o aldea tenia una asamblea municipal, encargada de velar por los intereses i el desarrollo de la localidad. Entre sus atribuciones, la mas importante era la de entablar reclamaciones ante el rei contra los gobernadores políticos que dependian de la corona.

El mando militar de cada provincia correspondia tambien a su gobernador respectivo, quien tenia derecho para conceder ascensos hasta el grado de capitan. Las fuerzas militares eran compuestas de algunas tropas de línea i de las milicias disciplinadas. Las primeras formaban en todo el Brasil un cuerpo de cerca de diez i seis mil hombres.

GOBIERNO ECLESIÁSTICO.—La administracion eclesiástica estaba a cargo de un arzobispo primado de la iglesia de la América portuguesa que tenia su residencia en Bahía (constituida en obispado en 1555 i en arzobispado en 1676). De éste dependian los obispados de Belen en la provincia del Pará (1720), de Marañon (1677), de Olinda en la provincia de Pernambuco (1676), de Rio Janeiro (1676), i de Mariana, en la provincia de Minas Geraes (1746). Habia ademas otras dos diócesis sin cabildos eclesiásticos, denominadas prelacías, que eran administradas por los obispos *in partibus* de Goyas i de Cuyaba. El clero no gozaba en el Brasil de rentas independientes. El rei de Portugal, en su calidad de gran maestre de la órden de Cristo, tenia la administracion de los diezmos eclesiásticos, i a él correspondia el pago de los obispos i curas. Los numerosos conventos

---

(8) En 1811, don Juan VI creó una tercera corte en la provincia de Marañon.

que habian fundado los portugueses, tenian aseguradas rentas propias.

El Brasil, así como las posesiones españolas de América, estuvo sujeto a la autoridad del tribunal de la inquisicion; pero éste residia en Lisboa, i solo tenia en el Brasil algunos ajentes encargados de proseguir las causas criminales por el delito de herejía. Bajo la enérjica administracion del marques de Pombal, este terrible tribunal vió menoscabadas muchas de sus atribuciones.

Poblacion.—Al terminar la dominacion portuguesa, el Brasil poseia una poblacion de poco mas de 200,000 habitantes, segun los mejores cómputos. Figuraban entre éstos como 200,000 europeos o hijos de éstos, 2.000,000 de negros esclavos, i 800,000 indios sometidos a las formas de la civilizacion i que vivian repartidos en los diversos establecimientos portugueses. No entran en esta cifra las numerosas tribus salvajes que vivian errantes en los bosques.

Eran los primeros los propietarios del territorio, los cultivadores de los campos, los comerciantes de las ciudades, los esplotadores de las minas i los empleados de la administracion. Esta masa de pobladores se aumentaba gradualmente en los últimos años de la dominacion portuguesa, gracias a las facilidades dispensadas a los inmigrantes.

Los esclavos eran los negros comprados en los establecimientos portugueses de la costa de Africa, o los hijos de éstos, i vendidos a los industriales brasileros para el cultivo de los campos i la fabricacion de la azúcar. Numerosas ordenanzas reales habian reglamentado el tratamiento de los negros para impedir las crueldades de que siempre va acompañada la esclavitud; pero de todos modos, la mejor garantía que estos tenian era la necesidad en que se hallaban los propietarios de cuidar de su conservacion para no perder los capitales empleados en esclavos. Un negro valia de ordinario la suma de 100 pesos.

Los indios estuvieron sometidos a diversos sistemas en las diferentes épocas de la dominacion colonial. Empleados por los portugueses en el cultivo de las tierras, vendidos muchas veces como esclavos, los indios fueron el objeto de diferentes leyes para impedir el mal trato que se les daba por los propietarios. En los trabajos a que fueron reducidos por los colonos, la poblacion indíjena sufrió una notable disminucion. Solo en 1755 los indios fueron declarados verdaderamente libres.

Industria; rentas públicas.—Las provincias del

norte, consagradas enteramente al cultivo de los campos, hicieron en poco tiempo rápidos progresos industriales. Marañon esportaba en abundancia arroz i algodon, Pernambuco algodon i azúcar, i Bahía azúcar i tabaco, ademas del palo de tinte denominado brasil, que por ser monopolio de la corona, poco o nada influia en la riqueza del pais. En las provincias centrales, la minería formaba la principal riqueza. En el sur se cultivaban algunas producciones de la zona templada, i desde fines del siglo último se hicieron las primeras plantaciones de café. Faltaron, sin embargo, los medios fáciles de conduccion, porque los caminos apénas eran practicables para mulas en una parte del año; i el comercio interior estaba recargado de trabas, así como la esportacion de las mercaderías de la metrópoli estuvo sujeta al monopolio de las compañías comerciales.

A causa de estos obstáculos impuestos al libre desarrollo de la industria, las rentas que el Portugal sacaba de sus ricas colonias de América, eran sumamente reducidas, puesto que solo alcanzaban a cerca de 4.000,000 de pesos. Los principales impuestos eran el diezmo eclesiástico, el quinto del producto de las minas, el diez por ciento sobre las mercaderías que se importaban o salian del Brasil, i el producto del estanco de la sal, del azogue, de los naipes, del aguardiente i del jabon.

PROGRESOS DEL BRASIL EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA DOMINACION PORTUGUESA.—A pesar de las trabas puestas por el réjimen colonial al desarrollo del Brasil, a pesar de que la falta de establecimientos de enseñanza impedia el incremento de la instruccion pública i obligaba a los colonos a mandar a sus hijos a las universidades de Portugal, el amor al cultivo de las letras tomó un notable desenvolvimiento. El Brasil contó algunos escritores distinguidos en varios ramos de la literatura, i artistas de cierto mérito que se ejercitaron en la pintura.

Pero las guerras europeas en el primer decenio del siglo XIX produjeron un cambio radical en la situacion del Brasil. Invadido el Portugal por los ejércitos franceses, el rei don Juan VI emigró a América con su familia i su corte. Al llegar al Brasil en 1808, conoció las necesidades de la colonia i trató de remediarlas con toda actividad. Decretóse la libertad comercial, fundáronse bibliotecas, museos, academias i establecimientos de educacion, se fomentó la inmigracion, la imprenta fué introducida en Rio Janeiro, donde comenzaron a publicarse periódicos por primera vez,

i se dió a la colonia un impulso tan vigoroso como inesperado. Este movimiento, precusor de la independencia del Brasil, pertenece verdaderamente a la historia de la revolucion (9).

CAPITULO V.

Colonias inglesas.

Progresos de las colonias inglesas.—Administracion de las colonias inglesas.—Poblacion; industria i comercio.—Estado social.—Imprenta; instruccion pública.—Espíritu de independencia.

PROGRESOS DE LAS COLONIAS INGLESAS.—Miéntras las colonias españolas i portuguesas del nuevo mundo permanecian estacionarias o progresaban mui lentamente, las posesiones inglesas de la América del norte se dilataban con gran rapidez, el número de sus pobladores crecia con una abundante inmigracion i su industria i su riqueza se desarrollaban en grande escala. La colonizacion inglesa, iniciada por el principio de libertad, habia producido admirables frutos, miéntras el sistema de monopolios i de prohibiciones habia cohartado el desenvolvimiento de las colonias españolas i portuguesas.

Hemos visto en otra parte como los ingleses fueron poblando lentamente el vasto territorio que hoi forman los Estados-Unidos de América. Limitados al norte por las colonias francesas i al sur por las españolas de la Florida i las francesas de la Luisiana, los ingleses tuvieron que sostener constantes guerras con sus vecinos para defender sus fronteras i estender su dominacion. Las guerras europeas en que la Gran Bretaña se vió envuelta producian tambien la guerra en las colonias del nuevo mundo. A principios del siglo XVIII, los ingleses efectuaron una invasion en las colonias francesas del Canadá i se posesionaron de la isla de Terra-Nova i del territorio denominado la Acadia, cuya posesion quedó confirmada por el tratado de Utrecht, que puso término a las desastrosas guerras europeas a que dió oríjen la sucesion a la corona de España (1713).

---

(9) El lector que quiera recojer mas noticias sobre la historia colonial del Brasil puede consultar la obra ya citada de don F. A. de Varnhagen, que hemos consultado constantemente. Tambien hemos tenido a la vista el compendio de Abreu i Lima, la *Corographia brasílica* de Ayres de Cazal i la *Histoire philosophique des deux Indes* de Raynal, lib. IX.

La paz que se siguió a este tratado no fué de larga duracion. Sobrevino la guerra denominada de la sucesion de Austria; i en 1744 los franceses del Canadá renovaron las hostilidades contra las colonias vecinas. En efecto, pusieron sitio a Port Royal, que habia quedado en poder de los ingleses desde la guerra anterior; pero no solo no pudieron tomar esa plaza, sino que sufrieron un gran descalabro. La isla del Cabo Breton, que cierra la desembocadura del rio San Lorenzo, i que estaba defendida por las magníficas fortificaciones de Luisburgo, fué tomada por las milicias americanas. El tratado de Aix-la-Chapelle, que restableció la paz en 1748, dispuso la devolucion recíproca de las conquistas hechas por ámbas potencias.

Por ese tratado se estipuló ademas que comisionados especiales fijasen los límites de las posesiones inglesas i francesas de la América del norte. Sucedió que los comisionados no pudieron llegar a un arreglo definitivo; de modo que miéntras en Inglaterra se formaba una compañía para poblar el territorio de Ohio, los franceses, que a consecuencia de sus descubrimientos en el Mississippi se creian dueños de los campos regados por este rio, se ocupaban de formar una línea de fortalezas desde Quebec hasta el Mississippi. Esta fué la causa de una nueva guerra en las colonias, en que se hizo notar un jóven militar de la Virjinia, llamado Jorje Washington, que a la edad de 21 años poseia ya las dotes de un militar esperimentado i que estaba destinado a representar el primer papel en la historia de su patria (1752). La guerra se prolongó durante seis años con resultados varios, o mas bien dicho, con algunas pérdidas para los ingleses; pero al fin la resistencia de las colonias británicas se hizo mucho mas temible, mereced al impulso i a la enerjía que supo comunicarles William Pitt, el célebre conde de Chattan, uno de los hombres mas notables que hayan rejido los destinos de Inglaterra. Massachusset, New-Hampshire i Connecticut, formaron en pocos dias un ejército de 16,000 hombres, equiparon la escuadra inglesa, reunieron abundantes recursos, i en junio de 1758 invadieron la isla del Cabo Breton, i despues de un mes de vigorosa resistencia la plaza de Luisbourg se rindió a los ingleses. Al mismo tiempo el jeneral Abercromby atacó la fortaleza de Frontenac i de Duquesne, que los franceses habian construido en la rejion occidental. No contentos con estas ventajas, i aprovechándose de la embarazosa situacion en que se hallaba la Francia por haber tomado parte en la

guerra europea denominada de siete años, los ingleses prepararon fuerzas considerables con que al mismo tiempo que atacaban las colonias francesas de las Antillas, marcharon sobre el Canadá.

A fines de junio de 1759, el jeneral ingles Wolfe puso sitio a la ciudad de Quebec, que defendia el jeneral frances Moncalm, i que estaba guarnecida por las mejores fortificaciones del nuevo mundo. La lucha fué terrible: Wolfe i Moncalm sucumbieron heróicamente en un mismo combate, i despues de su muerte los defensores de la plaza, impotentes para resistir mas largo tiempo, se rindieron a los ingleses (18 de setiembre de 1759) bajo la promesa de que se les permitiria embarcarse para Francia. Las tentativas que despues de este desastre hicieron los franceses para reconquistar a Quebec fueron completamente infructuosas.

Como aquella guerra se prolongara todavía mas en Europa, i como la España manifestase en ella sus simpatías en favor de la Francia, el gobierno ingles dispuso un golpe de mano sobre la isla de Cuba. En junio de 1762 comenzó el sitio de la ciudad de la Habana; i despues de mes i medio de una defensa tenaz, se rindió a los ingleses que hallaron en ella un valioso botin. Hácia la misma época, el jeneral ingles Anherst consumó la ocupacion del Canadá obligando a los franceses a evacuar las últimas plazas que les quedaban. En aquella guerra, iniciada bajo malos auspicios para la Gran Bretaña, esta nacion estendió considerablemente las fronteras de su imperio colonial en América, al mismo tiempo que dilataba sus posesiones en la India oriental.

El tratado de Paris celebrado en 1763 puso término a esta guerra al paso que aseguró a la Gran Bretaña la posesion de sus recientes conquistas. El Canadá quedó definitivamente incorporado a sus dominios, como quedó tambien todo el territorio que anteriormente le habian disputado los franceses. La España le cedió la posesion de la Florida para obtener la devolucion de la isla de Cuba. La Francia ademas indemnizó a la España de las pérdidas que habia sufrido con la cesion de la Luisiana; de modo que del antiguo imperio colonial de los franceses, solo les quedó la rejion occidental de la desembocadura del Mississippi. La Inglaterra, cuyas posesiones estaban regadas por la parte superior de este rio, obtuvo el derecho de navegarlo por el medio de las posesiones francesas e inglesas hasta su desembocadura. "Fué éste, dice M. Bouchot,

un gran momento para la Inglaterra. Dominadora de los mares, dueño de islas numerosas en las diversas partes del mundo, poseia ademas junto con los elementos esparcidos en un inmenso imperio en las Indias, todas las costas del Atlántico que se estienden desde el fondo del Canadá hasta el golfo de Méjico. Tan brillantes victorias parecian presajiar un hermoso porvenir." Sin embargo, estaba cerca el dia en que habia de perder la mayor parte de sus colonias del nuevo mundo (1).

Administracion de las colonias inglesas.—Cada una de las colonias británicas de América, formada por distinta constitucion, habia tenido un pueblo i leyes particulares. Sin embargo, habia entre los emigrantes i entre sus instituciones, cierta semejanza; porque hombres i leyes habian salido de la vieja Inglaterra, dejando tras de sí la feudalidad i la aristocracia, pero llevando consigo la libertad civil i la libertad relijiosa (2).

Las colonias, bajo el punto de vista de su administracion, podian dividirse en tres grupos distintos. Las unas dependian inmediatamente de la corona; las segundas de los propietarios a quienes el rei habia cedido las colonias, i las terceras estaban sujetas a corporaciones o compañías.

Estaban sometidas a la primera forma de gobierno las provincias de New-York, New-Hampshire, New-Jersey, Virjinia, las dos Carolinas i la Georjía. Su constitucion era formada por los reglamentos reales i por las instrucciones que el rei daba a los gobernadores que nombraba. Estos asumian en sus manos todo el poder ejecutivo, como jefes del ejército, de la marina, de la justicia i de la administracion. Eran en las colonias lo que el rei en Inglaterra: creaban tribunales, nombraban jueces, proveian las vacantes eclesiásticas i levantaban tropas. La corte ademas habia creado en cada provincia un consejo, con facultad de ausiliar al gobernador en el ejercicio de su poder, i de discutir los reglamentos para la administracion de la colonia; i habia ordenado a los gobernadores que reuniesen asambleas

(1) El lector puede encontrar todo jénero de detalles sobre estas guerras en la exelente *Histoire du Canada*, por M. Garneau, Quebec, 3 vols

(2) Laboulaye, *Histoire politique des Etats-Unis*, lib. I, leç XVII, paj. 444. Tomamos este libro como uno de los mejores guias para trazar el cuadro de las instituciones de las colonias inglesas, i haremos de él constantes estractos.

de representantes de los hombres libres de la colonia. De allí nació una organizacion lejislativa mui semejante a la de la Gran Bretaña. El consejo nombrado por el soberano formaba la cámara alta: la asamblea provincial elejida por los pueblos, hacia las veces de cámara de los comunes; i el gobernador, como el rei de Inglaterra, tenia el derecho de veto sobre las resoluciones tomadas por cada una de las cámaras. Esta representacion, imájen del parlamento ingles, tenia en cada colonia el poder de hacer las leyes i las ordenanzas necesarias, bajo la condicion de no apartarse del espíritu de las leyes inglesas. La corona, es verdad, se reservaba el derecho de ratificar o desaprobar esas leyes; pero mui pocas veces hizo uso de esta importante prerogativa.

En las colonias de la segunda especie, los gobernadores eran nombrados por el concesionario en lugar de serlo por el rei. Era tambien aquel el que nombraba el consejo i el que convocaba la asamblea provincial. A la época de la revolucion norte-americana, no existian mas que tres gobiernos de esta naturaleza: el Maryland, que pertenecia a la familia de lord Baltimore, i la Pensilvanía i el Delaware, que pertenecian a la familia de Penn. La New-Hampshire, las Carolinas i la New-Jersey, que estuvieron sometidas al mismo réjimen, habian sido incorporadas a la corona desde tiempo atras, i consideradas como provincias reales.

Los gobiernos de Connecticut, Rhode-Island i Massachusset, pertenecian a la tercera clase. En estas provincias, el gobernador, el consejo i la asamblea eran elejidos anualmente por los colonos, i todos los funcionarios eran nombrados por la autoridad popular. Se daban leyes, respetando, es verdad, el espíritu de la lejislacion inglesa, i vivian en una especie de república, ántes que esta palabra hubiese sido pronunciada en aquellas rejiones. Tanto en estas colonias como en las otras del mismo oríjen, existia el juicio por jurado, que los primeros pobladores importaron de Inglaterra.

Semejante organizacion no podia dejar de dar un inmenso desarrollo a las libertades públicas. "En el carácter de los americanos, decia en 1775 el célebre orador Burke, el amor de la libertad es el rasgo predominante que se descubre en todas partes; i, como una afeccion ardiente es siempre una afeccion celosa, nuestras colonias se hacen desconfiadas, intratables desde que divisan la menor tentativa de arrancarles por la fuerza o de quitarles por la chicana la única ventaja por la cual valga la pena de vivir. Este noble es-

píritu de libertad es probablemente mas poderoso en las colonias inglesas que en ningun otro pueblo de la tierra."

POBLACION, INDUSTRIA I COMERCIO.—En los primeros tiempos de la colonizacion inglesa, el incremento de su poblacion fué sumamente lento. Pero desde 1630 las persecuciones políticas i relijiosas produjeron un gran desarrollo. En esa época, la suma de sus habitantes se elevaria a lo mas a 4,000 almas; pero a fines del siglo XVII pasaba ya de 200,000; setenta años despues, a la época de los primeros síntomas de la revolucion, exedia de dos millones (3).

Segun los mejores cálculos, aproximativamente la quinta parte de esta poblacion era compuesta de negros, en su mayoría esclavos de las colonias del sur. La raza indíjena no es contada en estos cómputos, porque en realidad no formaba parte de la poblacion de las colonias británicas. Los ingleses se ocuparon poco en reducir a los indios; i escarmentados por las asechanzas que les tendian los salvajes i por la perfidia natural de éstos, preferian de ordinario destruirlos. Llegó el caso que el gobernador de una colonia ofreciese una suma de dinero por cada cabeza de indio que se le presentase. Por esta razon, las guerras de los colonos con los indíjenas fueron mui sangrientas.

Las colonias inglesas gozaban por su situacion jeográfica de un cielo ardiente o templado, i de un suelo cuyos productos formaban por su estremada variedad una fuente de abundancia perpétua. El trigo i el maiz se producian fácilmente en todas partes. El tabaco se cultivaba en el Maryland i en las colonias del sur; i en la Virjinia se cosechaba el algodon. El arroz, que exije un clima ardiente i un suelo pantanoso, i el algodon abundaban en las provincias meridionales. El cáñamo, el lino i el oblon eran productos de las provincias del norte.

El comercio disfrutó de una libertad ilimitada en los primeros tiempos. Las naves de todas las naciones eran admitidas en sus puertos, i las embarcaciones americanas iban a proveerse de mercaderías a cualquiera parte del mundo. Bajo el gobierno de Cromwell esta libertad fué considerablemente restrinjida para obligar a las colonias a negociar

(3) Algunos escritores elevan a mas de tres millones la poblacion de los Estados Unidos en aquella época. Nosotros seguimos los cómputos de Bancroft, que es el escritor mejor informado. Este fija la poblacion en 1760 en 1.695,000 almas, de las cuales 310 eran negros. Diez años despues en 1770, se elevaba a 2.312,000 de los cuales 462,000 eran negros.

únicamente con la metrópoli; sin embargo, las prohibiciones no fueron constantemente respetadas. Solo el comercio de la provincia de Massachussets empleaba a fines del siglo XVII 750 naves (4).

Estado social.—Las colonias del sur, como hemos dicho ya, tuvieron esclavos, es decir, hubo una clase de hombres que vivia en el descanso miéntras la otra trabajaba para aquella. La aristrocracia es natural en un pais en que existe la esclavitud. Por eso, a la época de la revolucion, la propiedad estaba dividida en esas colonias en grandes dominios i poseidas por las familias de los primeros colonos. En 1705, Virjinia se mostró mas celosa sostenedora de los mayorazgos que la misma Inglaterra, i declaró que no admitia los arbitrios con que en la metrópoli se eludian las disposiciones de los fundadores de los vínculos, haciendo entrar en el comercio los bienes vinculados.

En el norte, en donde el clima hacia inútil la esclavitud, i de donde la rechazaba el espíritu democrático de los puritanos, los mayorazgos fueron desconocidos: i en la Nueva Inglaterra, escepto Rhode-Island, la herencia se repartia igualmente entre todos los hijos, con la sola modificacion, tomada de la lei de Moises, que el mayor tenia doble parte que los otros. Solo un sentimiento relijioso modificaba en este punto el principio de igualdad. El Maryland, poblado por católicos, i la Pensylvania, colonizada por los cuáqueros, adoptaron la igualdad en el derecho de sucesion. New-York i New-Jersey conservaron la costumbre inglesa.

Estas dos secciones diversas, pobladas por hombres de diferente espíritu, tenian una organizacion social distinta. Las colonias de Virjinia habian sido en su principio el ensayo de una compañía mercantil; miéntras las de Massachussets fueron una especie de iglesia gobernada por jefes semejantes en su autoridad a los jueces del pueblo israelita; i su lejislacion especial se hizo notable por ciertos caractéres mui curiosos. "Desde su oríjen, la Nueva-Inglaterra se habia dado un código de leyes, llamado *The body of liberties*, el cuerpo de libertades, cuyas disposiciones, en la parte criminal, sacadas de la Biblia i modeladas sobre las leyes penales de los hebreos, prueban hasta donde habian llevado los puritanos el fanatismo bíblico. En el viejo código de Connecticut, uno de los estados que mejor conservó las máximas i las costumbres orijinarias, este ca-

(4) Garneau, *Histoire du Canada*, lib. V, chap. 1.

rácter se halla mas pronunciado. Estas leyes, llamadas las leyes azules, castigan con pena de muerte al hijo que ha maldecido o golpeado a sus padres, dan a éstos derecho de vida i muerte sobre sus hijos adultos culpables de rebelion, prohiben la mentira i el juramento profano bajo pena de multa, de la picota i de azotes, debiendo cada reincidencia agravar severamente la pena, prohiben el uso del tabaco e imponen por un beso dado o recibido entre jóvenes de diferente sexo, una amonestacion pública i una multa. Los ébrios eran azotados. La mayor parte de los artículos de este código están fundados en versículos del Exodo, del Levítico i del Deuteronomio. El horror de los puritanos de la Nueva-Inglaterra contra el catolicismo los cegaba al punto de que estos radicales intratables, a fuerza de retroceder a los dogmas primitivos, retrocedian hasta el judaismo. No solamente sus códigos, sino hasta sus ideas, su lenguaje, sus nombres eran hebreos» (5).

El espíritu de los puritanos de los colonias del norte se revelaba hasta en las diversiones públicas. En 1750 tuvo lugar en Boston la primera representacion dramática, clandestinamente i en el local de un café. La autoridad prohibió que se renovase un acto que consideraba una impiedad. En Connecticut, el primer teatro se abrió solo en 1807.

Pero si las colonias inglesas vivieron mucho tiempo aisladas, conservando cada una de ellas sus costumbres peculiares, sus prácticas relijiosas i sus preocupaciones, acompañadas de una grande intolerancia, las comunicaciones comerciales fueron estrechando lentamente las relaciones, i haciendo desaparecer en parte las antipatías recíprocas de las diversas sectas relijiosas i de las diferentes sociedades que se habian formado. Los católicos de Maryland i los cuáqueros de Pensylvania fueron en los primeros tiempos los mas tolerantes (6), i poco mas tarde los puritanos de Massachussets i los anglicanos de Virjinia entraron a formar una sociedad en que se notaban, es verdad, mui pronunciados matices i cierto antagonismo de provincias, pero de que habia de formarse mas tarde una gran nacion unida en un principio capital, la libertad civil i relijiosa.

IMPRENTA; INSTRUCCION PÚBLICA.—En 1638, un mi-

(5) Garneau, *Histoire du Canada*, tom. I, paj. 296.
(6) Rogers Williams, célebre predicador anabaptista, habia proclamado la tolerancia relijiosa en Rhode-Island a mediados del siglo XVII.

nistro disidente de Inglaterra, el reverendo John Glover, envió de regalo a la universidad que los colonos acababan de fundar en Cambridge (Massachussets) un surtido de tipos de imprenta. Un año despues se dió a luz el primer libro con el título de *El llamado del hombre libre.* Desde luego reinó en esta provincia i en las inmediatas una completa libertad de pensamiento. Sin embargo, faltaba un servicio regular de correos que favoreciese la publicacion i circulacion de periódicos. Solo el 24 de abril de 1704 se dió a luz en Boston el primer periódico; pero 36 años despues, en 1740, esa ciudad tenia cinco diarios i New-York, así como otras poblaciones, contaba una o mas publicaciones periódicas (7).

"La educacion tan necesaria a los pueblos libres, dice Garneau, llamó desde el principio la atencion. La Nueva-Inglaterra dió tambien el ejemplo i fué la primera en establecer el mejor sistema de instruccion pública. Ella sentó por principio que la educacion del pueblo debia ser obligatoria i a cargo del estado. Esto era anunciar vistas mui adelantadas a la época. Se abrieron escuelas en todas las parroquias bajo la direccion de comités electivos que votaban las contribuciones necesarias. A fin, decian estos lejisladores, que las luces de nuestros padres no queden sepultadas con ellos en sus tumbas, decretamos, bajo pena de multa, que todo distrito de cincuenta casas establecerá una escuela pública en que se enseñará a leer i a escribir, i que toda ciudad de cien casas establecerá una escuela de gramática para preparar los jóvenes a la universidad. Esta lei existe todavía en sustancia en el Massachussets, que se enorgullece con ella como uno de sus mas hermosos títulos al reconocimiento de los pueblos. Trajo por resultado que la educacion se ha estendido mas universalmente en los Estados-Unidos que entre ninguna otra nacion del mundo.» El ejemplo dado por Massachussets fué seguido por las demas provincias, a escepcion de Virjinia, que desde el principio hizo ménos progresos que las otras.

La provincia de Massachussets dió tambien el primer impulso a la educacion secundaria i superior. En 1638 fué

---

(7) Puede verse en la *Revue des deux mondes* de 1.° de agosto de 1853 un interesante estudio de M. Cucheval-Clarigny sobre el estado de la prensa periódica en los Estados-Unidos ántes de su independencia.

fundado el primer colejio o universidad en Cambridge, i su ejemplo fué seguido por otras colonias, de tal modo que en 1776 habia ocho instituciones de esta naturaleza en los Estados-Unidos. Enseñábanse en ellas el griego, el latin, las ciencias físicas, matemáticas, metafísica, filosofía moral i química; i aun que estos estudios se hacian con cierta superficialidad, sirvieron sobremanera para propagar los conocimientos útiles i para fomentar el amor a las ciencias (8). Los norte-americanos se ejercitaron particularmente en la literatura teolójica, pero cultivaron tambien la jurisprudencia, la medicina i las bellas letras. En 1769 fué fundada en Filadelfia la sociedad filosófica americana, cuyo primer presidente fué el célebre Benjamin Franklin, tan notable por su patriotismo como por sus virtudes, por sus observaciones filosóficas, como por sus esperimentos físicos.

Espíritu de independencia.—En 1754, David Hume, filósofo tan profundo como distinguido historiador, decia: "Los jérmenes de mas de un magnífico estado han sido arrojados en climas mirados como condenados a la desolacion a causa de las costumbres salvajes de sus antiguos habitantes, i en este mundo de soledad, se ha asegurado un asilo a la libertad i a la ciencia" (9).

En efecto, la república i la independencia existian en las colonias inglesas desde ántes de la revolucion. "Esta no fué mas que un cambio de nombre: casi nada cambió en las cosas. El estado de Rhode-Island conservó hasta 1826 la constitucion que en otro tiempo le habia dado la Inglaterra. La América del norte, al separarse de la metrópoli, hizo lo que un navío que se desliga de otro i continúa siguiendo la misma ruta i ejecutando las mismas maniobras. No solo poseian las colonias durante la monarquía instituciones republicanas sino que, lo que era mas precioso todavía, habian tenido ocasion de desarrollar el espíritu republicano. Salvo algunas guerras contra los salvajes i algunas espediciones contra los franceses, que mantuvieron en el seno de una existencia enteramente comercial i agrícola, una enerjía que debia aprovechar la lucha por la independencia, la historia de las colonias inglesas se compone casi únicamente de luchas entre los ministros i el parlamento o

(8) *Encyclopaedia americana*, art. United-States (Education.)
(9) Tomo esta citacion de Hume de la historia de los Estados Unidos de Bancroft, páj. 301 del tom, V. de la traduccion francesa.

los gobernadores enviados de Inglaterra. Era éste un combate paso a paso como el de las municipalidades de la edad media contra los señores feudales, o como el de las repúblicas italianas contra los emperadores. Hubo insurrecciones: la de Virjinia bajo Bacon, que quemó la nueva capital, Jamestown, como los rusos quemaron a Moscou; i el complot de Birkenhead, intentado en la misma provincia por algunos veteranos de Cromwell: hubo demagogos que sostuvieron con violencia la causa del pueblo, i perecieron abandonados por él, tales como Leyser en New-York, bajo Guillermo III. Pero siempre dominó la resistencia legal, el sostenimiento obstinado de un derecho escrito, de una carta, el arte de eludir o cansar la tiranía, i, aun sometiéndose a ella, la resolucion de combatirla. Esta resistencia, estas reclamaciones, esta oposicion perseverante, que sin cesar cambia de forma i que, cuando pierde terreno, emprende otro combate, que lucha sin ímpetu, sin debilidad, protestando siempre, cediendo a veces, no renunciando jamas, fueron como una guerra paciente, un sitio lento i seguro, i terminaron por la proclamacion de la independencia, preparada hacia mas de un siglo" (10).

---

(10) Ampére, *Promenade en Amérique*, chap. XIX, páj. 395.

PARTE CUARTA.

REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA.

CAPITULO I.

Revolucion de los Estados-Unidos.

Primeros síntomas de la revolucion.—Primeras hostilidades.—Congreso de Filadelfia.—Batalla de Lexington.—Segundo congreso de Filadelfia; Washington es nombrado jeneral en jefe.—Evacuacion de Boston; desgraciada campaña del Canadá.—Declaracion de la independencia de los Estados-Unidos.—Washington es obligado a evacuar a New-York.—Nuevos triunfos de los americanos.—Mision de Franklin a Europa; el jeneral Lafayette.—La Francia reconoce la independencia de los Estados-Unidos.

(1764—1778)

Primeros síntomas de la revolucion—Las colonias británicas habian resistido en el terreno de la lei a las pretensiones dominadoras del gobierno ingles i a las restricciones puestas al comercio colonial. Las provincias de la Nueva Inglaterra, para no parecer sometidas a la metrópoli, cada vez que se adherian a las resoluciones del parlamento británico, les imprimian un carácter particular, promulgándolas como si naciesen de ellas mismas. Las otras colonias se habian sometido con repugnancia a esas restricciones porque no se creian fuertes para poderlas resistir. Al fin, se habia jeneralizado la opinion de que la Inglaterra podia gravar las mercaderías por medio de reglamentos sobre el comercio esterior, i sujetándose a ciertos límites; i rechazaban de una manera absoluta la pretension de crear impuestos en el interior sin el consentimiento de los contri-

buyentes. Apoyábanse al efecto en que las colonias no tenian representantes en el seno del parlamento que votaba las contribuciones.

En 1764, el tesoro ingles se hallaba en grandes dificultades i gravado con una enorme deuda. El ministro Grenville, para salir de esta situacion, anunció al parlamento que pensaba imponer a las colonias una contribucion para repartir así las cargas con que estaban gravados los súbditos ingleses. En Inglaterra, esta proposicion fué jeneralmente aplaudida, porque hacia presumir una disminucion del impuesto en la metrópoli; pero en las colonias despertó una profunda irritacion. Todas las asambleas provinciales rechazaron el proyecto de un impuesto, diciendo que si estaban prontas a manifestar su lealtad a la corona con oblaciones voluntarias, no podian aceptar un impuesto forzoso. Algunas de ellas comisionaron diputados para esponer a la corte el motivo de su resistencia. La provincia de Pensylvania comisionó a Benjamin Franklin, que ya gozaba de alguna reputacion por sus descubrimientos científicos.

El ministerio no hizo caso de esas reclamaciones. El año siguiente (marzo de 1765) el parlamento ingles aprobó una lei por la cual se ordenaba que todos los contratos celebrados en las colonias fuesen escritos en papel sellado, bajo pena de nulidad. Las quejas de los americanos se cambiaron en manifestaciones turbulentas. Franklin escribió a sus comitentes estas palabras: "El sol de la libertad se ha ocultado en el horizonte; i es necesario que encendais la antorcha de la industria i de la economía." En New-York, la lei fué quemada en las calles; en Boston, los buques pusieron las banderas a media hasta en señal de duelo, i las campanas hicieron oir fúnebres tañidos; en Filadelfia, los habitantes clavaron los cañones de las murallas; i todas las asambleas provinciales se reunieron para manifestar su desaprobacion. En la asamblea de Virjinia, uno de los representantes, Patricio Henry, lanzó estas palabras: "César tuvo un Bruto, Cárlos I un Cromwell, i Jorje III.....
¡Traicion! esclamó el presidente. I Jorje III, continuó el orador sin inmutarse, podrá aprovechar su ejemplo" (junio de 1765).

Las colonias, a ejemplo de la asamblea de Boston, acordaron nombrar sus representantes para una asamblea jeneral que debia reunirse en New-York. De las trece provincias nueve fueron representadas. Allí se acordó pedir al rei i a las dos cámaras inglesas la derogacion de la lei sobre

el papel sellado. En el parlamento británico, Pitt apoyó la reclamacion de las colonias. "Cuando en esta cámara concedemos subsidios a S. M., dijo, disponemos de lo que nos pertenece. Pero ¿qué hacemos cuando imponemos una contribucion a los americanos? damos la propiedad de ellos." El parlamento adoptó un término medio que importaba una contradiccion. Declaró que correspondia al parlamento ingles la autoridad suprema sobre las colonias en toda materia, al mismo tiempo que revocaba la lei sobre el papel sellado (marzo de 1766).

Los americanos recibieron con grande alborozo esta declaracion; pero desde que se penetraron del peligro que envolvia para mas tarde, su satisfaccion se cambió en desconfianza. En efecto, el ministerio ingles, compuesto ahora del mismo Pitt, con el título de conde Chatan, hizo aprobar por el parlamento una lei de aduanas para las colonias por la cual se establecian derechos sobre el té, el cristal, el papel, i creaba una administracion permanente para percibir los "impuestos esteriores" (junio de 1767). Por mas disimulado que fuera en la forma, este impuesto produjo una profunda sensacion en América. Los colonos habian formado sociedades patrióticas con la denominacion de hijos de la libertad, para defender la independencia de la prensa americana contra cualquier ataque del gobierno metropolitano. Los mercaderes de New-York, de Boston i de Filadelfia se habian comprometido a no introducir mercaderías británicas hasta que no se derogase la lei sobre el papel sellado; i muchos individuos estaban resueltos a abstenerse de todo lujo para evitar el consumo de los productos ingleses. Estas asociaciones se hicieron mas considerables desde la publicacion de la nueva ordenanza de aduanas. El gobierno ingles, ademas, habia desaprobado la conducta de la asamblea jeneral de New-York, lo que anunciaba la resolucion de resistir a todas las exijencias de las colonias.

En aquellas circunstancias, fué la asamblea de Boston la que desplegó mayor enerjía. No solo dirijió una peticion al rei para representar los derechos de las colonias americanas sino que, por medio de una circular, instigó a las asambleas de las otras provincias a protestar contra los avances de la metrópoli. El gobernador ingles de Massachussets, Bernard, siguiendo las instrucciones de la corte, le exijió que esas circulares fuesen retiradas bajo pena de disolver la corporacion. De los 109 representantes que

la componian, 92 se negaron a volver atras. Entónces el gobernador disolvió la asamblea (1768).

La irritacion de la ciudad de Boston se manifestó por amenazadoras turbulencias. El pueblo pidió en borrascosas reuniones la convocacion de una nueva asamblea, que no fué convocada. El jeneral Gage, comandante de las fuerzas británicas en las colonias, creyó calmar la irritacion guarneciendo aquella ciudad con dos rejimientos de línea.

El mismo espíritu de desobediencia se habia hecho notar en algunas colonias del sur. Las asambleas de Virjinia i de la Carolina del norte fueron tambien disueltas por sus gobernadores (1769), miéntras el descontento cundia por todas partes. En Boston, llegó el caso que los ciudadanos trabasen altercados con las tropas, lo que fué causa del primer derramamiento de sangre; i convocada una nueva asamblea para pedir subsidios con que pagar la guarnicion, se negó aquella a aprobar ningun impuesto (1770).

Primeras hostilidades.—A pesar del desprecio con que se miraba en Inglaterra la ajitacion de las colonias, no era difícil prever una inminente conflagracion. Lord North, que habia sido colocado a la cabeza del ministerio británico, creyó calmar la ajitacion de las colonias suprimiendo los derechos con que habian sido gravadas algunas mercaderías, aunque dejando subsistente el impuesto sobre el té (1770); pero como esta medida no restableciese la tranquilidad, el parlamento británico autorizó a la compañía de la India oriental a llevar sus cargamentos de té a las colonias de América sin pagar derechos en Inglaterra. La corte creia sin duda que los americanos quedarian satisfechos con la ventaja de proporcionarse el té a mas bajo precio (1773).

Sin embargo, estas resoluciones no produjeron en América el resultado que se esperaba. En Filadelfia, los pilotos prácticos del Delaware, se habian comprometido a no ausiliar a las naves de la compañía de la India en la navegacion del rio. En New-York, el gobernador protejió con la fuerza armada el desembarco de los cargamentos de té; pero el pueblo se encargó de impedir su venta. En Boston, esta resistencia tomó un carácter mas alarmante. Hallábanse en el puerto tres naves cargadas de té; pero una multitud de hombres disfrazados de indios asaltó las embarcaciones i destruyó o arrojó al mar 342 cajones de té cuyo valor alcanzaba a la enorme

suma de 18,000 libras esterlinas (diciembre de 1773). Este atentado quedó impune por el momento.

Este suceso produjo en Inglaterra una verdadera alarma. A propuesta de los ministros, el parlamento aprobó con cortos intervalos tres leyes trascendentales. Se prohibió que las naves pudiesen embarcar i desembarcar su carga en Boston, trasfiriendo este privilejio al pequeño puerto de Salem; fué suspendida la carta constitucional de la colonia de Massachussets, i se autorizó al gobernador de la provincia para someter a juicio, segun su voluntad i en cualquier lugar del territorio americano o de la Gran Bretaña, a toda persona comprometida en los últimos disturbios (1774). "Destruid, destruid ese asilo de sabandijas," dijo uno de los miembros del parlamento ingles que sancionó la primera de estas leyes. Sin embargo, los colonos de Massachussets no se abatieron un momento; i los vecinos de Salem ofrecieron su puerto a los mercaderes de Boston para el despacho de sus mercaderías, renunciando así a un privilejio que parecia destinado a enriquecerlo. La asamblea provincial resolvió que "la torpeza, injusticia, inhumanidad i crueldad de aquel acto era un exeso de los poderes del parlamento." La asamblea de Virjinia declaró que el 1.° de junio, dia en que la lei del bloqueo debia tener efecto, era un "dia de humillacion i de ayuno."

CONGRESO DE FILADELFIA.—No era difícil ver en todo esto el principio de una guerra. "Nadie debe vacilar un instante en emplear las armas para defender intereses tan preciosos i tan santos, escribia Washington en 1769. Pero las armas, añadia, deben ser nuestro último recurso." Despues de la declaracion del bloqueo de Boston, parecia llegado el momento de apelar a este último recurso.

La asamblea de Virjinia, en efecto, indicó el 25 de mayo de 1774 la necesidad de convocar un congreso jeneral de todas las provincias. Reunióse éste en Filadelfia el 4 de setiembre de ese año. Solo la provincia de Georjia no mandó representante. En sus deliberaciones dominó el espíritu de conciliacion, pero sus decisiones no fueron por eso ménos dignas i firmes. Sus miembros firmaron una declaracion de derechos en que reclamaban para sí las mismas libertades de que gozaban los ingleses, al mismo tiempo que señalaban las violaciones de esas libertades decretadas por el parlamento británico. Solo Patricio Henry, uno de los diputados de Virjinia, se manifestó

revolucionario decidido. El congreso se disolvió despues de haber acordado la reunion de otro nuevo para el 16 de mayo de 1775. Henry decia en la asamblea de Virjinia poco tiempo despues: "Es menester combatir: apelemos a la espada i al Dios de los ejércitos; hé ahí lo que nos queda por hacer."

Por moderadas que fuesen las resoluciones del congreso, ellas llevaron al espíritu de los colonos la conviccion profunda de que la guerra estaba próxima. En las campañas anteriores contra los franceses, los ingleses habian levantado ejércitos cuyos cuadros existian todavia, i las milicias provinciales contaban en sus filas muchos soldados esperimentados en la guerra. No faltaban tampoco jefes intelijentes e intrépidos que atrajeran la atencion de la multitud, a cuya voz se formaron compañías de voluntarios i depósitos de armas, al mismo tiempo que el pueblo entero observaba los movimientos de los ingleses. El gobierno prohibió llevar a las colonias armas i municiones de guerra; pero los colonos se las procuraron a viva fuerza. El pueblo arrebató en Rhode-Island un tren de artillería de propiedad de la corona. En New-Hampshire el pueblo se echó sobre una pequeña fortaleza.

Batalla de Lexington.—En ninguna parte eran mas alarmantes estos aprestos que en la provincia de Massachussetts. Habia tomado el mando de ella el jeneral Gage, i habia reunido en Boston las armas i las municiones de varios arsenales de la provincia. En abril de 1775, el gobernador tenia a sus órdenes como tres mil hombres de tropas de línea; i se persuadió que con esta fuerza podia imponer a las milicias provinciales i cortar de golpe el vuelo que tomaba la rebelion. Para esto, creyó que convenia destruir los depósitos de armas que los americanos habian reunido en la ciudad de Concord, a diez i seis millas al noroeste de Boston.

En efecto, en la noche del 18 de abril, el jeneral Gage hizo salir con toda cautela ochocientos hombres bajo las órdenes del coronel Smith, con instruccion de apresar algunos ajitadores i de destruir aquellos depósitos. Para impedir que los facciosos tuvieran noticia de esta espedicion, Gage habia incomunicado la ciudad con la campaña; pero a pesar de todas sus precauciones, los patriotas, conocidos con el nombre de hijos de la libertad, habian comunicado a sus amigos de afuera el peligro que los amenazaba por medio de fuegos encendidos en los campanarios de la ciu-

dad. Los patriotas de las aldeas vecinas habian tomado las armas i espiaban los movimientos de las tropas inglesas.

La columna del coronel Smith siguió su marcha hasta Lexington sin encontrar resistencia alguna. En esta aldea, una compañía de voluntarios americanos cambió algunos tiros de fusil i se dispersó al momento. Smith, sin alarmarse por esto, avanzó hasta Concord, ejecutó en parte su mision, i se replegó de prisa a Boston. En su retirada, los ingleses fueron atacados de improviso por los insurrectos. En toda su marcha tuvieron que sufrir un fuego mortífero sostenido por los voluntarios ocultos en los árboles, en las casas i en las ondulaciones del terreno inmediato al camino. En Lexington, su retirada se cambió en derrota. Los americanos, alentados por las ventajas conseguidas, perseguian a los ingleses con grande atrevimiento, obligándolos a arrojar sus armas i a abandonar los heridos. Talvez toda la columna de Smith habria sucumbido si no hubiera salido de Boston un refuerzo considerable a favorecer su retirada. Los voluntarios, sin embargo, persiguieron a los ingleses hasta que se hallaron protejidos por la artillería de la ciudad. Aquel combate costaba la pérdida de 273 ingleses i de 88 americanos (19 de abril de 1775).

La noticia de esta victoria dió alas a la insurreccion. Los colonos comprendieron que la guerra estaba principiada, i se armaron apresuradamente para sostener la lucha. Los cuerpos de voluntarios se engrosaron con maravillosa rapidez, al mismo tiempo que algunas asambleas provinciales nombraban los jefes encargados de mandar las tropas. Los habitantes de Massachussets, sobre todo, cobraron grande ánimo con su primera victoria, i pusieron sobre las armas un ejército de 20,000 milicianos. El jeneral Ward, que se habia distinguido en la guerra contra los franceses, tomó el mando de esas fuerzas i las condujo hasta las alturas inmediatas a Boston, sitiando así al jeneral ingles Gage en el recinto de aquella ciudad (29 de abril). Al mismo tiempo, otros dos jefes, uno de los cuales era Benedicto Arnold, tan célebre despues por su traicion a la causa americana, se apoderaron de dos fuertes situados en las orillas del lago Champlain (mayo de 1775).

Segundo congreso de Filadelfia; Washington es nombrado jeneral en jefe.—El primer congreso de Filadelfia al disolverse, habia acordado reunirse de nuevo el año siguiente. En efecto, el 10 de mayo de 1775 se reu-

nieron los diputados de las provincias en la misma ciudad. Franklin, que acababa de llegar de Europa, fué elejido miembro de él por el sufrajio unánime de sus compatriotas. Los diputados acordaron dirijirse al rei i al pueblo de la Gran Bretaña, i anunciar al mundo entero las razones que tenian para apelar a las armas. Faltaban recursos pecuniarios, como tambien un ejército estable; el congreso acordó la emision de papel moneda por la suma de dos millones de pesos, i la formacion de un ejército de 20,000 hombres. Era indispensable dar unidad a las operaciones militares; pero el nombramiento de un jeneral ofrecia sérias dificultades por cuanto la eleccion de uno iba a herir las susceptibilidades provinciales, que se dejaban ver aun en medio del entusiasmo patriótico que animaba a todos. John Adams, uno de los diputados de la provincia de Massachussets, indicó que pensaba proponer para el cargo de jeneral en jefe a un hombre de Virjinia, que era miembro del congreso. El coronel Washington creyó oir una alusion a su persona i se retiró modestamente de la sala. Al hacerse el escrutinio, se encontró que Washington habia sido elejido por unanimidad. Cuando al dia siguiente, el presidente del congreso le anunció su nombramiento, Washington le dió las gracias por la confianza que en él acababa de hacerse, i añadió: "Como temo que ocurra algun suceso desgraciado que pueda dañar mi reputacion, suplico a todos los miembros de esta asamblea que recuerden que hoi declaro con la mayor sinceridad que no me creo a la altura del puesto con que se me ha honrado.» Antes de la eleccion, el congreso habia acordado un sueldo de 500 pesos mensuales al jeneral en jefe del ejército: Washington declaró que aceptaba aquella difícil posicion a espensas de su tranquilidad i de su felicidad doméstica, pero que no queria sacar ningun provecho. "Llevaré una cuenta exacta de mis gastos, dijo; me bastará que me sean pagados» (15 de junio de 1775).

El coronel Jorje Washington contaba en aquella época 43 años de edad. Habia nacido el 22 de febrero de 1732 a las orillas del Potomac, en Bridge's-Creek (1) en la provincia de Virjinia, en donde gozaba su familia de una considerable fortuna i de grandes consideraciones. Despues de haber hecho algunos estudios de matemáticas hasta ponerse en aptitu-

(1) Así lo dicen los mas distinguidos biógrafos de Washington. En el artículo que a este personaje dedica la *New-American Cyclopaedia*, se le dá por patria la pequeña villa de Westmoreland, en Virjinia.

des de ejercer la profesion de agrimensor, Washington se incorporó en el ejército a los 19 años, i se distinguió particularmente en la guerra que la Gran Bretaña sostuvo contra las pretensiones de los franceses a los territorios que se estienden al occidente de Virjinia. En esa guerra, Washington desplegó el jenio de un militar tan valiente como hábil. Unia a la rectitud i a la pureza de su carácter, la conciencia del deber, i las cualidades aparentes para hacer fecundas sus virtudes, el buen sentido, la prudencia, la firmeza, un valor indomable, i una actividad maravillosa. "Otros hombres han tenido dotes mas brillantes, mas a propósito para encantar i para apasionar; pero nadie ha podido corresponder como él a todo lo que las circunstancias le exijieron tanto en la paz como en la guerra, en la vida privada como a la cabeza de la administracion i del ejército» (2). Despues de disolverse el primer congreso de Filadelfia, preguntaron en Virjinia a Patricio Henry cual era, segun su opinion, el hombre mas notable de aquella asamblea: "Si hablais de la solidez de juicio i del profundo conocimiento de las cosas, contestó el atrevido revolucionario, el coronel Washington es incontestablemente el hombre mas grande.» Esta opinion fué comprobada por todos los actos de su vida.

Washington se puso en marcha para Massachussets, i en Cambridge tomó el mando del ejército que montaba a cerca de 14,000 hombres (12 de julio de 1775). Poco ántes, en mayo, el jeneral Gage, el defensor de Boston, habia recibido refuerzos de Inglaterra, de tal modo que su ejército alcanzaba ahora acerca de 12,000 hombres. Gage habia ofrecido perdon a los insurrectos si deponian las armas, pero éstos se negaron a aceptar sus proposiciones. Los ingleses, en número de 3,000 hombres, pasaron entónces el estrecho canal que separa a Boston de Charlestown (17 de junio), incendiaron esta ciudad i fueron a atacar a los americanos que estaban acampados en las alturas de Bunker's-Hills. Despues de un combate encarnizado en que los americanos se batieron heróicamente, pero en que tuvieron que ceder la posicion a los ingleses, éstos no pudieron sacar ventaja alguna de un triunfo que les costaba pérdidas considerables. La noticia de esta batalla fué acojida en todas partes como una victoria para las armas rebeldes.

Tal era la situacion de la guerra, cuando Washington tomó el mando del ejército que sitiaba a Boston. Las tropas

(2) Bonnechose, *Histoire d'Angleterre*, lib. VI, chap. V.

americanas no tenian disciplina ni organizacion: les faltaban artillería, tiendas de campaña i municiones. El congreso no habia permitido que los enrolamientos se hiciesen por mas de un año, de modo que el jeneral estaba espuesto a verse sin soldados el dia que terminase el término del enganche. El primer cuidado de Washington fué dar una forma regular a esas milicias. Prorogó la duracion de los enganches, dispuso que algunas pequeñas embarcaciones fuesen a comprar pólvora a los establecimientos vecinos de los españoles i de los franceses, i obtuvo del congreso un reglamento de sueldos para las tropas i la fundacion de fábricas de cañones i de pólvora.

EVACUACION DE BOSTON; DESGRACIADA CAMPAÑA DEL CANADÁ.—La situacion de los defensores de Boston no era ménos crítica. Encerrados en el recinto de la plaza, veian surjir la revolucion por todas partes, miéntras que ellos, por falta de recursos i por torpeza de su jefe, se veian reducidos a la inaccion. El gobierno ingles, mirando todavía con desprecio la insurreccion americana, habia desatendido las proposiciones pacíficas que contenia la representacion del congreso de Filadelfia, i habia repetido sus órdenes a los gobernadores de las colonias para que embarazaran todo comercio esterior, i para apropiarse las naves i los tesoros americanos e incorporar como marineros de la escuadra real a los prisioneros enemigos. Cuando el parlamento ingles aprobaba la lei que autorizaba estas medidas de hostilidad, se alzaron todavía algunas voces reclamando la reconciliacion. El rei Jorje III i lord North lo desatendieron todo; i creyendo que el jeneral Gage no marchaba en la guerra con la actividad necesaria, lo llamaron a Inglaterra, para confiar el mando de las tropas británicas en América al jeneral sir William Howe, que formaba parte de la guarnicion de Boston.

Algunos gobernadores de las colonias cumplieron las órdenes de la corte, ejecutando actos de verdadera barbarie. Lord Dunmore, gobernador de Virjinia, se habia visto hostilizado por el pueblo que capitaneaba el entusiasta Patricio Henry. No creyéndose en estado de resistir al poder de la opinion, lord Dunmore ofreció la libertad a los esclavos que quisieran servir bajo el estandarte real, i reunió un cuerpo de tropas con que atacó las milicias provinciales cerca de Norfolk (8 de diciembre de 1775); pero derrotado con grandes pérdidas, i teniendo que retirarse a los buques que tenia listos, incendió esta ciudad que era una de las

mas florecientes de las que bordaban el golfo de Chesapeak.

Desde entónces, los ingleses quedaron reducidos al recinto de la ciudad de Boston: el resto del territorio quedó ocupado por los insurrectos. Pero no por esto cambió la situacion del jeneral Washington. Los ingleses dominaban en el mar, i su escuadra mandada por el almirante Howe, hermano del jeneral que defendia a Boston, asolaba las costas e interceptaba todo comercio. Se sabia ademas que lord North habia celebrado contratos con varios príncipes de Alemania para que le suministraran soldados i que en poco tiempo reuniria un ejército de 50,000 hombres para despacharlo contra los insurjentes americanos. "Cuando el ejército está sumido en el sueño, escribia Washington, paso mui tristes momentos reflexionando en nuestra terrible situacion. Muchas veces me he figurado que seria infinitamente mas feliz si tomando un fusil al hombro me hubiera enrolado en las filas del ejército. Si salgo alguna vez de estos embarazos, tendré la íntima conviccion de que el dedo de la providencia ha venido a cegar a nuestros enemigos."

Hubo momentos en que Washington pensó en arriesgarlo todo en un asalto a la ciudad de Boston. Sin embargo, obrando con mas calma, se contrajo a aumentar su ejército i fué ganando terreno hasta apoderarse de las alturas de Dorchester, desde donde sus baterías dominaban la ciudad. El jefe de los sitiados, el jeneral Howe, comprendió que su situacion se hacia cada dia mas crítica i que la defensa de Boston no tenia importancia alguna, miéntras que trasladando su ejército a las colonias centrales, podria cortar a los insurrectos del norte impidiéndoles toda comunicacion con los del sur. El 17 de marzo de 1776, aprovechándose de la movilidad que le permitia la escuadra, Howe embarcó sus tropas i se hizo a la vela para Halifax, en la Nueva Escocia, en donde esperaba recibir refuerzos de Inglaterra para emprender nuevas operaciones militares. Washington entró inmediatamente a la ciudad, i allí fué recibido como su salvador. El congreso aplaudió esta noticia, i despues de darle las gracias por sus servicios, mandó acuñar una medalla de oro en que estaban grabados su retrato i la evacuacion de Boston, con esta inscripcion: "Hostibus primo fugatis." El jeneral, sin embargo, comprendia demasiado bien que la retirada de los ingleses era solo el principio de la campaña; i adivinando el pensamiento de Howe, esperó que la escuadra enemiga se hubiera retirado del puerto

13

para ponerse en marcha hácia New-York. El 13 de abril entró a esta ciudad; i pocos dias despues se le reunió todo su ejército.

Miéntras Washington obligaba a los enemigos a evacuar a Boston, las armas americanas habian sufrido un grave descalabro. El espíritu de insurreccion no se habia hecho sentir en el Canadá, en donde los ingleses seguian dominando pacíficamente. Washington i el congreso americano temieron que las tropas de aquella provincia marchasen a ausiliar a los ingleses sitiados en Boston; i en setiembre de 1775 acordaron que un cuerpo de 4,000 hombres invadiese el Canadá por dos puntos a la vez. Se esperaba que la poblacion francesa de esta provincia, sometida hacia poco por los ingleses, se levantaria en masa contra los nuevos señores desde que se presentase una fuerza regular para apoyar la insurreccion. El jeneral Montgomery i el coronel Arnold mandaban las fuerzas invasoras, i ejecutaron verdaderos prodijios marchando rápidamente por caminos que parecian impracticables. Montgomery se apoderó de algunas plazas i de la importante ciudad de Montreal; i bajando el rio San Lorenzo, fué a sitiar la capital del Canadá, Quebec. Reunidas las dos divisiones el 30 de diciembre, atacaron la ciudad el dia siguiente, pero fueron recibidos con un fuego terrible. Arnold recibió dos heridas i fué retirado del campo de batalla. Montgomery, ménos feliz que él, fué muerto al principio de la accion, despues de una carrera corta pero brillante que le granjeó la reputacion de un héroe (31 de diciembre de 1775). El jeneral ingles Carleton, que defendia la ciudad, la salvó de caer en manos de los rebeldes; i convencidos éstos de que los católicos del Canadá estaban mas dispuestos a unirse con los ingleses que con los puritanos de América, cuyos principios relijiosos les eran mui antipáticos, se penetraron en breve de la inutilidad de sus esfuerzos para reducir aquella provincia, i dieron la vuelta al sur, tenazmente perseguidos por los enemigos.

Declaracion de la independencia de los Estados-Unidos.—Despues de estas batallas, la opinion pública se habia pronunciado por una completa separacion entre la Inglaterra i sus colonias. "Las cosas han llegado a tal punto, escribia Washington, que debemos estar convencidos de que no tenemos nada que esperar de la justicia de la Gran-Bretaña.» Un ingles naturalizado en América, nombrado Tomas Payne, célebre por su ardor republicano, pro-

clamó con jeneral aplauso la necesidad de declarar la independencia en un escrito titulado *Sentido comun*. En el seno del congreso habia apoyado esta idea, declarando que la Inglaterra no se hallaba en estado de hacer mayores esfuerzos para someter sus colonias, miéntras que habia que esperar mucho aun del patriotismo de éstas. El congreso acordó dar este paso atrevido. Una comision de su seno fué encargada de la redaccion del acta; i Tomas Jefferson, natural de Virjinia, como Washington, escribió aquel documento memorable. "Nosotros, los representantes de los Estados-Unidos de América, decia aquel documento, reunidos en un congreso jeneral, despues de haber invocado al juez supremo de los hombres en testimonio de la rectitud de nuestras intenciones, declaramos solemnemente que estas colonias unidas son i tienen el derecho de llamarse estados libres e independientes" (4 de julio de 1776). Nueve colonias se adhirieron a esta declaracion: los representantes de las otras cuatro firmaron tambien despues de algunas vacilaciones, de modo que la declaracion de la independencia fué considerada como la espresion de la voluntad unánime de los trece estados.

Esta declaracion fué recibida con entusiasmo en todas partes. El ejército de Washington, acampado en New-York, la acojió con aplausos. Las armas de la Gran-Bretaña fueron arrancadas de los edificios públicos i destruidas; los retratos del rei fueron quemados, i una estátua de bronce de Jorje III que existia en la plaza de New-York, fué convertida en proyectiles para las armas de fuego.

WASHINGTON ES OBLIGADO A EVACUAR A NEW-YORK.—Como Washington lo habia previsto, el jeneral Howe no se mantuvo inactivo en Halifax. Preparó un cuerpo de tropas que puso a las órdenes del jeneral Clinton, para operar en las Carolinas a fin de distraer la atencion de los rebeldes, confiando ademas en que los realistas de aquellas provincias, denominados leales, i con los cuales estaba en comunicacion, habian de apoyar sus operaciones. Sin embargo, el movimiento realista se malogró por haberse adelantado; i el jeneral Clinton fué rechazado de Charleston con gran pérdida.

Miéntras tanto, Howe emprendia la campaña sobre New-York. El 28 de junio (1776), una parte de la escuadra inglesa estaba cerca de esta ciudad; i poco tiempo despues se reunieron allí las tropas llegadas de las diversas colonias, las fuerzas con que el jeneral Clinton habia operado

en las Carolinas, i los rejimientos alemanes e ingleses que habian salido de Europa. Howe se encontró al fin a la cabeza de 30,000 soldados de los mas aguerridos. Washington, entre tanto, despues de hacer esfuerzos sobrehumanos, habia reunido 27,000 hombres sin instruccion ni disciplina i aun entre éstos habia cerca de 10,000 enfermos. El jeneral Howe anunció a los independientes que era portador de proposiciones pacíficas de parte del rei; pero esas proposiciones contenian solo un ofrecimiento de perdon si los americanos deponian las armas. Los defensores de New-York no quisieron entrar en negociaciones sin el reconocimiento prévio de la independencia.

Los americanos habian ocupado una isla situada en frente de New-York i denominada Long-Island. El jeneral Howe desembarcó en ella con un cuerpo de 8,000 hombres i dispuso un ataque repentino sobre la ciudad de Brooklyn que ocupaban los americanos (27 de agosto). Los desastres que estos sufrieron fueron horribles. Perdieron mas de mil hombres, i habrian sucumbido todos sin la tardanza de los ingleses para consumar su triunfo. Washington, aprovechándose de una espesa neblina, pasó el estrecho canal que separa a New-York de Brooklyn, llevando muchas chalupas para disponer con tanta habilidad como audacia la retirada de los suyos. Salvó así no solo las tropas que escaparon de la sorpresa, sino tambien los heridos, las municiones i la artillería; i ejecutó este movimiento con tanto órden que la última chalupa atravesó el canal ántes que los ingleses supiesen su retirada (27 de agosto de 1776).

El terror habia cundido en el ejército americano. Washington se convenció de que no podia quedar en New-York sin gran peligro; i despues de diversos encuentros, todos ellos desgraciados para sus armas, i en que el jeneral desplegó gran valor, le fué forzoso evacuar la isla en que está situada New-York i seguir su marcha por el norte de esta provincia. De allí pasó a la provincia de New-Jersey, i cruzando el Delaware (18 de octubre), fué a colocarse en la ribera derecha de este rio para defender a Filadelfia, en que estaba establecido el congreso. Los ingleses, entre tanto, ocuparon las provincias de New-York, Rhode-Island i New-Jersey. La ruina de los revolucionarios parecia segura e inevitable.

NUEVOS TRIUNFOS DE LOS AMERICANOS.—Tan repetidas desgracias habian producido un profundo desaliento

en todas partes. Los soldados se desertaban del ejército; i el congreso mismo, viendo amenazado el lugar de sus sesiones, se retiró a Baltimore. Washington, sin embargo, aunque sin caballería, sin artillería, i con solo 3,000 hombres desalentados, supo mantener en pié la revolucion en aquellas circunstancias supremas. Por medio de hábiles combinaciones, i manifestando siempre la mayor serenidad, ocultó las miserias de su situacion a sus enemigos i a sus propios soldados. Howe habia quedado en New-York; pero uno de sus tenientes, lord Cornwallis, ocupaba la provincia de New-Jersey hasta la orilla izquierda del Delaware, en frente de las líneas americanas. Los ingleses esperaban que los frios del invierno acabasen de helar la superficie de aquel rio para hacer una invasion en la provincia de Pensylvania.

En tales circunstancias, el congreso confió a Washington un poder dictatorial por el término de seis meses. Se le autorizó para organizar el ejército, asignar el sueldo a los soldados, nombrar o destituir oficiales i castigar a los adversarios de la revolucion. Poniendo en ejercicio su maravillosa actividad, Washington, a quien las desgracias de su situacion habian obligado a permanecer a la defensiva, se halló en poco tiempo en estado de dar un golpe de mano. En la noche del 25 de diciembre (1776), durante una tempestad deshecha, pasó el rio Delaware en medio de las masas de hielo que arrastraba en su corriente. Sus fuerzas se componian de 2,500 hombres, i con ellos atacó el pueblo de Trenton que defendian tres rejimientos alemanes, los acometió a la bayoneta i les tomó mil prisioneros i seis cañones. El jeneral Cornwallis marchó con el grueso de su division para desalojar de Trenton a su adversario; pero Washington abandonó sus posiciones dejando encendidos los fuegos del campamento para engañar al enemigo, i marchó hasta Princetown, donde estaba establecido el cuartel jeneral de la division que ocupaba a New-Jersey. Allí derrotó a las tropas británicas, tomándoles 300 prisioneros; i burlando hábilmente a lord Cornwallis, repasó el Delaware i volvió a ocupar su campamento (2 de enero de 1777).

Mision de Franklin a Europa; el jeneral Lafayette.—Desde el principio de la insurreccion, los americanos habian querido atraer a su causa a alguna de las naciones europeas, rivales de la Gran-Bretaña. En efecto, en Francia se habian despertado vivas simpatías por la cau-

sa americana, i aun el gobierno no habia hecho nada para impedir el que los independientes se proveyeran de armas i municiones en sus colonias de las Antillas. El congreso de los Estados-Unidos creyó que podia contar con el apoyo de la Francia; i en octubre de 1776, comisionó dos negociadores, uno de los cuales era Benjamin Franklin, para solicitar tan importante apoyo. Otro ajente fué despachado con el mismo objeto a España, que con mucho fundamento se suponia mal dispuesta hácia el gobierno ingles.

El rei de Francia Luis XVI i sus ministros, no quisieron comprometerse desde luego en una causa que parecia mui aventurada. Franklin, que gozaba en Francia de una gran reputacion por sus descubrimientos científicos, fué favorablemente acojido en todas partes. Turgot compuso en su honor un verso latino que constituye su mayor elojio: *Eripuit coelo fulmen, sceptrumqùe tirannis* (Arrebató el rayo al cielo i el cetro a los tiranos). La corte, sin embargo, no se atrevió a reconocerlo en su carácter, oficial esperando que los sucesos de la guerra de América dieran firmeza a la independencia que los Estados-Unidos acababan de declarar.

A pesar de esta actitud espectante de la corte, algunos señores franceses se pronunciaron decididamente en favor de la insurreccion de las colonias británicas. Uno de ellos, el marques de Lafayette, arrastrado por su entusiasmo, compró un buque, lo cargó de armas i municiones i se embarcó en él para ir a ofrecer sus servicios al pueblo americano. El congreso le concedió el grado de mayor jeneral (abril de 1777); i Washington, a cuyas órdenes sirvió, le dispensó su amistad que no se interrumpió jamás.

La Francia reconoce la independencia de los Estados-Unidos.—En esa época, las operaciones militares de los ingleses habian recibido grande impulso en los Estados-Unidos. El jeneral Howe habia combinado un gran movimiento con que creia poner término a la insurreccion. Dispuso que el jeneral Burgoyne, que mandaba en el Canadá, marchara con sus tropas hácia el sur, miéntras él atacaba la insurreccion por el este. A fines de junio embarcó el grueso de su ejército i se hizo a la vela para el sur, con el propósito de entrar a la provincia de Pensylvania por el golfo de Chesapeak. Washington, viendo amenazada a Filadelfia, que podia considerarse como la capital de la Union, corrió en su ausilio. Una sangrienta batalla tuvo lugar en Brandy-Wine (12 de setiembre de 1777).

Los ingleses, mui superiores en número, fueron vencedores; pero Washington se retiró en buen órden, luchando constantemente con los enemigos, i aprovechándose hábilmente de su conocimiento del terreno para batirse en retirada. Filadelfia fué ocupada por los ingleses; pero Washington estableció su campamento a pocas leguas de la ciudad, en medio de las montañas, para impedir los progresos del enemigo i hacer estériles sus triunfos.

Miéntras tanto, el jeneral Burgoyne sufria un completo descalabro. A la cabeza de las tropas del Canadá, habia invadido por el lado de los lagos el territorio de la Union i habia engrosado el número de sus tropas llamando a su servicio a los indios salvajes. Los americanos, inferiores en número, se retiraron delante de él dejándole espedita la marcha. Los ingleses llegaron hasta el rio Hudson, i comenzaron a bajarlo para unirse con las tropas del jeneral Howe. Washington confió un cuerpo de tropas a uno de sus subalternos, el jeneral Gates, con órden de envolver las tropas de Burgoyne. El jefe americano ejecutó con tanta habilidad esta operacion que despues de dos batallas, obligó al jeneral enemigo a capitular con 5,600 hombres de las mejores tropas (17 de octubre de 1777).

Este suceso, uno de los mas notables de toda la guerra, realzó el poder militar de los americanos. Desde luego tuvo grande importancia en la marcha posterior de la lucha; pero su influencia fué todavía mayor en el estranjero. El gobierno frances se atrevió a tratar con los insurjentes de América desde que vió con cuanta decision i patriotismo sostenian su causa. El 6 de febrero de 1778 celebró con Franklin un tratado de comercio en el cual reconocia espresamente la independencia de los Estados-Unidos. La neutralidad de la Francia quedaba subsistente en ese tratado; pero al mismo tiempo, las dos potencias se comprometieron a socorrerse mútuamente en el caso eventual de una guerra entre la Francia i la Inglaterra. Ninguna de las dos naciones podria aceptar la paz separadamente, ni deponer las armas hasta que la independencia de los Estados-Unidos no estuviese reconocida i asegurada. Tal fué el principio de una alianza que habia de despojar a la Gran-Bretaña de sus mas valiosas colonias de América (3).

(3) Para trazar este rápido bosquejo de la historia de la revolucion de los Estados-Unidos de América, he tenido a la vista las prolijas historias de Washington, escritas en ingles por Irving, Marshall i Spark, i la que ha dado a luz en frances M. Cornelis de Witt. Me ha servido

CAPITULO II.

Independencia de los Estados-Unidos.

Influencia de la alianza francesa; ventajas alcanzadas por los americanos en 1778.—Campaña de las Carolinas.—Arribo de los ausiliares franceses; traicion del jeneral Arnold.—Rendicion de York-Town.—Paz de Versalles; la Inglaterra reconoce la independencia de los Estados-Unidos.—Constitucion de los Estados-Unidos.—Washington elejido presidente.—Muerte de Washington.—Rápidos progresos de los Estados-Unidos despues de su independencia.

(1778—1819)

INFLUENCIA DE LA ALIANZA FRANCESA; VENTAJAS ALCANZADAS POR LOS AMERICANOS EN 1778.—El reconocimiento de la independencia de los Estados-Unidos que acababa de hacer la Francia iba a cambiar la suerte de la guerra. Hasta entónces los americanos habian mostrado grande enerjía i la firme resolucion de separarse decididamente de la metrópoli, pero faltos de elementos militares i de disciplina, i teniendo que luchar con un enemigo numeroso i bien provisto, habian sufrido frecuentes derrotas i la revolucion se habia hallado a punto de sucumbir. Entre tantas desgracias, Washington habia desplegado las dotes de un gran jeneral, i las virtudes de un ciudadano desprovisto de toda ambicion i capaz de sobrellevar los mayores sufrimientos para alcanzar la libertad de su patria. En medio de los contratiempos que esperimentó i de las pasiones que siempre jerminan en las grandes crísis revolucionarias, Washington habia encontrado enemigos envidiosos de su gloria, espíritus recelosos que desconfiaban de su desprendimiento i de sus virtudes; pero la mayoría de la nacion le hacia justicia i miraba en él al primer ciudadano de una gran república. Al terminarse el período por el cual fué investido de poderes estraordinarios, el congreso le prorogó las atribuciones que le habia conferido.

Miéntras tanto, en el seno del parlamento ingles se debatia la cuestion de la guerra de América con singular acaloramiento. Lord Chatam, aunque opuesto a la idea de

---

tambien mucho la parte que a estos sucesos destina M. Bonnechose en su exelente *Histoire d'Angleterre*. La obra de Bancroft termina, a lo ménos la parte que conozco, en 1769 con las primeras dificultades entre la Inglaterra i sus colonias, i por tanto, ántes de comenzar la guerra de la independencia.

que la metrópoli reconociera la independencia de los Estados-Unidos, acusaba al ministerio de ser la causa de aquella revolucion, le echaba en cara los errores de sus jenerales i le reprochaba particulármente el que éstos hubiesen empleado los indios salvajes como ausiliares. El ministerio se resolvió a ofrecer la paz a los americanos, renunciando a todo derecho de imponer contribuciones a las colonias, pero negándose a reconocer su independencia. Entónces no se sabia ni en Inglaterra ni en los Estados-Unidos que Franklin habia celebrado un tratado con la Francia. Washington se mantuvo incontrastable. "No aceptemos nada si no es la independencia, escribia a sus amigos que estaban en el congreso. Jamas podremos olvidar los ultrajes que nos ha inferido la Gran-Bretaña; una paz con otras condiciones será una fuente de perpétuas luchas." El congreso reunido en York-Town, se negó tambien a tratar sobre una base cualquiera que no fuese el reconocimiento inmediato de la independencia de los Estados-Unidos.

En este estado llegó a América la noticia del tratado celebrado por Franklin (mayo de 1778). El gobierno británico lo comunicó al jeneral Clinton, que habia sucedido a Howe en el mando del ejército ingles, encargándole que reconcentrara sus fuerzas, al mismo tiempo que el congreso americano recibia la noticia por los despachos de sus emisarios en Paris. Clinton tenia un ejército de mas de 33,000 soldados, de los cuales 19,500 ocupaban a Filadelfia, miéntras Washington permanecia acampado a poca distancia de esta ciudad con un cuerpo de 11,000 hombres mal equipados i casi desnudos. A pesar de esto, Filadelfia fué evacuada el 18 de junio, i el congreso pudo volver a celebrar sus sesiones en el recinto de aquella ciudad.

En el momento, Washington se puso en persecucion de los ingleses, sin tomar en cuenta la inferioridad numérica de sus tropas. Habiendo tomado hábiles disposiciones, los alcanzó en Monmouth (28 de junio), en donde sostuvo un rudo combate que costó a los ingleses grandes pérdidas. La victoria de Washington habria sido completa si uno de sus jenerales, Lee, hubiera cumplido con las órdenes de su jefe. A pesar de esta desobediencia, orijinada por un principio de mezquina rivalidad, los ingleses se replegaron a New-York dejando a los americanos en pacífica posesion del territorio que ellos habian ocupado.

El tratado entre los Estados-Unidos i la Francia produ-

jo, como era de esperarse, una ruptura entre esta última potencia i la Gran-Bretaña. El gobierno ingles parecia dispuesto al principio a reconocer la independencia de sus colonias para evitar una guerra europea; pero el orgullo nacional, representado en el parlamento por algunos miembros de la minoría, entre los cuales figuraba el célebre lord Chatam, arrastró al ministerio a retirar el embajador ingles en Paris. Las hostilidades comenzaron casi inmediatamente. El almirante frances conde d'Estaing salió de Tolon con direccion a América, el 19 de abril de 1768, a la cabeza de una escuadra de 12 navios i 4 fragatas. Las primeras operaciones de esta escuadra fueron mui poco provechosas para la causa americana. Washington proyectó el sitio de Newport, capital de Rhode-Island, con un ejército de 10,000 hombres, que debia apoyar el conde d'Estaing con sus naves; pero despues de muchas peripecias, el almirante frances, creyendo que no estaba autorizado para empresas de este jénero, se retiró con sus naves, obligando así a los americanos a levantar el sitio de aquella ciudad. Hubo un momento en que se hicieron sentir las mas violentas quejas contra los franceses, llegando hasta acusarlos de traicion. Washington, sin embargo, manifestó en aquellos momentos su prudencia habitual; i creyendo que la alianza francesa podria ser en adelante mas útil de lo que habia sido hasta entónces, trató de tranquilizar los ánimos i de desvanecer las malas impresiones.

Campaña de las Carolinas.—En 1779, las operaciones militares tuvieron tres teatros diferentes. En las provincias centrales, no tuvo lugar ninguna batalla séria; pero los realistas, apoyados por los indios, cometieron las mayores atrocidades para infundir terror entre los americanos. El jeneral Clinton, deseando llamar la atencion de los rebeldes por todas partes, habia despachado un cuerpo de 2,000 hombres a la provincia de Jeorjía bajo las órdenes del coronel Campbell. El 29 de diciembre de 1778, Campbell se apoderó de Savannah, capital de la provincia, en donde se le reunieron numerosos partidarios de la causa de la metrópoli.

Miéntras tanto, la escuadra francesa habia ido a inquietar a los ingleses en sus posesiones de las Antillas. La España, despues de muchas vacilaciones, habia aceptado la alianza francesa, i reunido su escuadra para combatir el poder marítimo de la Gran-Bretaña. Setenta navíos aliados amenazaban las costas de Inglaterra, al mismo tiempo que

numerosos corsarios americanos hostilizaban el comercio ingles en los mares de Europa i de América. En esos momentos de tanto conflicto, la Gran-Bretaña desplegó una enerjía maravillosa i recursos militares de que no se la creia poseedora. No solo defendió sus costas sino que quitó a los franceses algunas colonias de las Antillas en cambio de otras que habia perdido en la misma guerra, i defendió heróicamente a Jibraltar contra los esfuerzos combinados de la Francia i de la España. En el sur de los Estados-Unidos supo tambien mantener su preponderancia.

En efecto, los americanos habian preparado un cuerpo de tropas bajo el mando del jeneral Lincoln para rescatar la importante ciudad de Savannah. El almirante d'Estaing apoyaba con su escuadra esta operacion; i despues de un mes de sitio, los aliados dieron el asalto a la plaza con gran resolucion. Los ingleses, sin embargo, se defendieron con toda habilidad i enerjía, i obligaron al enemigo a retirarse dejando en el campo cerca de 1,000 hombres entre muertos i heridos (9 de octubre de 1779).

Los triunfos de las armas inglesas en el sur de los Estados-Unidos alentaron al jeneral Clinton a proseguir la campaña por aquella parte. Para ello reunió un cuerpo de 7,000 hombres, i juntándose en Jeorjía con algunos tropas del coronel Campbell, fué a poner sitio a la ciudad de Charleston, capital de la Carolina del sur. El jeneral americano Lincoln defendió esta ciudad heróicamente: pero fué tal la actividad que desplegaron los ingleses para sitiarla por mar i por tierra que despues de haber sufrido grandes desastres, el jeneral Lincoln se vió obligado a rendirse a discrecion en el momento en que los ingleses se preparaban para el asalto (12 de mayo de 1780). En seguida, el jeneral Clinton despachó diversos cuerpos de tropas que dilataron fácilmente las conquistas británicas en las provincias de Jeorjía i de Carolina del sur, en donde se reunieron a sus banderas muchos partidarios de la causa real que habia en aquellas provincias. En seguida Clinton dejó el mando de aquellas tropas al jeneral ingles lord Cornwallis, i se embarcó con direccion a New-York, que creia amenazada. Los refuerzos que el congreso americano despachó a la Carolina del sur para combatir las tropas de lord Cornwallis, léjos de alcanzar la reconquista de esta provincia, fueron batidos por las tropas inglesas.

Arribo de los ausiliares franceses; traicion del jeneral Arnold.—La fortuna se mostraba esquiva con

los independientes americanos. El congreso, confiando demasiado en la importancia de la alianza francesa, habia descuidado el ejército, a pesar de las instancias del jeneral en jefe. Solo Washington se habia mostrado perseverante en su plan de defensa, combatiendo un proyecto del congreso para hacer una nueva espedicion contra el Canadá, i rechazando a los indios de las rejiones occidentales, que instigados por los ingleses, cometian todo jénero de atrocidades en los campos i en algunos pueblos pequeños de la Union. Sin embargo, su ejército sufria grandes privaciones. Mal pagadas i peor equipadas, las tropas parecian dispuestas a sublevarse, i solo la constancia i la entereza de Washington pudieron mantener la moralidad de sus soldados. En muchas ocasiones le fué necesario proveerse de víveres por la fuerza; i solo mediante su perseverancia pudo conservar sus posiciones, i aun penetrar en la provincia de Rhode-Island.

El jeneral Lafayette habia pasado a Francia a pedir al rei una cooperacion mas decidida en favor de los independientes americanos. Luis XVI, empeñado ya en una guerra formal contra los ingleses, accedió a esta peticion, nombró a Washington teniente jeneral de sus ejércitos, i puso a sus órdenes un cuerpo de seis mil soldados franceses, que debia llevar a Estados-Unidos el conde de Rochambeau. El 11 de julio de 1780 desembarcó éste en Newport (Rhode-Island). El arribo de este ausilio hizo concebir grandes espectativas; pero los aliados carecian de una escuadra respetable, i les fué forzoso conservar sus posiciones i abstenerse de empeñar un ataque contra la importante ciudad de New-York, que ocupaban los ingleses.

En setiembre de 1780, el ejército americano estaba acampado en la orilla derecha del rio Hudson, amenazando a los ingleses que dominaban en New-York. El jeneral Benedicto Arnold, célebre por su valor i por su habilidad, guarnecia un fuerte importante denominado West-Point, en las orillas de aquel rio, desde donde embarazaba las operaciones de la escuadra británica. Arnold, hombre de costumbres desarregladas i de mal carácter, habia mandado poco ántes las tropas de la provincia de Pensylvania, i habia sufrido en virtud de una sentencia, una reconvencion militar del jeneral en jefe. Desde entónces pensó en vengarse de aquel agravio; i al efecto, entró en relaciones con el jeneral Clinton para entregarle el fuerte de West-Point i pasarse a las banderas inglesas. Clinton confió esta nego-

ciacion a uno de sus ayudantes, el mayor John André. Cuando todo estuvo arreglado, André fué apresado por algunos milicianos; i en su poder se hallaron los documentos que probaban la traicion del jeneral americano. Arnold fugó apresuradamente i alcanzó a ponerse en salvo, pero el mayor André fué sometido a un consejo de guerra i juzgado como espía. "Jamas hombre alguno despertó en circunstancias semejantes una simpatía tan profunda en el mismo pais contra el cual trabajaba. Su historia es una de las pájinas mas conmovedoras de la revolucion americana i su nombre es repetido todavia con interes en las tradiciones de aquellos lugares" (1). Washington fué inflexible a todas estas consideraciones i a las instancias del jeneral ingles para suspender la ejecucion de su ayudante. El mayor André fué ahorcado el 2 de octubre de 1780. Arnold, en cambio, recibió un premio de 10,000 libras esterlinas, i se distinguió mas tarde en el ejército ingles por su crueldad para con sus compatriotas.

Rendicion de York-Town.—La traicion de Arnold no ejerció la influencia que de ella esperaban los ingleses. Miéntras tanto, la Gran-Bretaña era el teatro de formidables ajitaciones interiores, i sufria las hostilidades no solo de la Francia i de la España sino tambien de la Holanda, a la cual habia declarado la guerra (1780), i de una liga denominada neutralidad armada, que formaron la Rusia, la Suecia i la Dinamarca. En el mar, la escuadra británica habia sostenido combates terribles con las naves francesas, de tal modo que a pesar de los grandes recursos de la Inglaterra i de la enerjía que en esos momentos desplegó su gobierno, la guerra se presentaba con caractéres desfavorables para ella.

En los Estados-Unidos, en cambio, la Inglaterra conservaba su superioridad. En el sur, lord Cornwallis sostenia la guerra con ventajas; i en la provincia de Virjinia apareció Arnold con un cuerpo de tropas inglesas cometiendo grandes depredaciones. La situacion financiera del gobierno americano lo reducia ademas a la dura necesidad de no poder aumentar convenientemente su ejército. Sin embargo, el congreso i el jeneral en jefe comprendieron que era llegado el caso de hacer un esfuerzo supremo aprovechándose del conflicto en que se hallaba

(1) W. Irving, *Life of Washington*, vol. IV, páj. 139, edic. de Leipzig.

la Gran-Bretaña. Un rico comerciante de Filadelfia, Roberto Morris, fundó un banco, i mediante su talento i su firmeza al frente de la hacienda pública, restableció algun órden en la administracion e hizo renacer el crédito nacional. El gobierno frances adelantó a los Estados-Unidos la suma de 16 millones de francos, al mismo tiempo que despachaba en ausilio de los americanos una escuadra de veinte i dos navíos (marzo de 1781).

Washington, entre tanto, habia dado a la guerra un impulso poderoso que la llevó felizmente a término. El jeneral americano Greene habia marchado a la Carolina del sur, con un cuerpo de tropas, i allí manifestó mui distinguidos talentos militares. Vencedor a veces, derrotado otras, el ejército de Greene desplegó tal ardor, que redujo al enemigo a retirarse paso a paso a las ciudades de la costa en donde contaba con exelentes fortificaciones. Al mismo tiempo, el jeneral Lafayette operàba en la provincia de Virjinia contra las tropas del traidor Arnold; i si la inferioridad numérica de su ejército no bastaba para rechazar a los ingleses, alcanzó al ménos a mantenerlo en constante inquietud.

Lord Cornwallis pensó entónces en que convenia mucho dar impulso a la guerra en la provincia de Virjinia, desde donde podia dejar al jeneral Greene incomunicado con el resto del ejército i con el gobierno americano. Reforzado con algunas tropas de New-York, salió de la Carolina del sur, dejando una corta guarnicion, i cayó de improviso sobre Virjinia. A pesar de los hábiles esfuerzos del jeneral Lafayette, lord Cornwallis se fortificó en York-Town, en la desembocadura del rio York, con un ejército de cerca de nueve mil hombres (22 de julio de 1781), i aguardó el momento de arrojar a los americanos de aquella provincia.

Washington desplegó en aquellos momentos tanta habilidad como tino para dar al enemigo un golpe mortal. El jeneral Clinton quedaba situado en New-York: Washington dejó en las inmediaciones de aquella ciudad una division americana para llamar su atencion, i haciendo una marcha rápida al traves de las provincias de New-Jersey i de Pensylvania, fué a reunirse con el jeneral Lafayette, al mismo tiempo que la escuadra francesa mandada por el almirante Grasse, penetraba en la bahía de Chesapeak, e iba a situarse enfrente de York-Town. De este modo, el jeneral americano pudo reunir un ejército de 16,000 hombres, miéntras el enemigo estaba reducido a la mitad

de esta fuerza i tenia cerca de 2,000 enfermos. El sitio comenzó el 30 de setiembre de 1781.

El sitio de York-Town fué notable por la rapidez, la regularidad i la fortuna con que la plaza fué tomada. Los americanos, acostumbrados ya a la guerra, se mostraron dignos compañeros de los veteranos europeos. Washington colocó hábilmente sus baterías, i desde el 10 de octubre principió el bombardeo de la plaza. Cuatro dias despues arrebató al enemigo dos reductos formidables i lo redujo a la imposibilidad de sostenerse por largo tiempo. El 17 de octubre de 1781, lord Cornwallis capituló la rendicion de la plaza, i a la cabeza de 7,000 soldados ingleses, entregó sus armas al jeneral americano.

Paz de Versalles; la Inglaterra reconoce la independencia de los Estados-Unidos.—La rendicion de York-Town ejerció una influencia decisiva en la terminacion de la guerra. "Lord North, dice un historiador ingles, recibió la noticia como una bala en medio del pecho; abrió los brazos i esclamó: ¡Dios mio! todo está perdido!" Sin embargo, los ingleses eran dueños todavia del Canadá, de Jeorjía, de gran parte de las Carolinas i de la ciudad de New-York, i sus fuerzas en el continente americano pasaban de 30,000 hombres; pero la Gran-Bretaña estaba rendida de cansancio despues de una guerra que le costaba tan grandes sacrificios. La campaña se continuó todavia en América débilmente, i no era difícil prever que en poco tiempo mas debia ajustarse la paz. Los ingleses manifestaron su despecho ejerciendo algunas crueldades; pero sus mismos jenerales se manifestaban cansados con una lucha que se prolongaba con resultados inciertos cuando no adversos.

Inmediatamente cayó el ministerio North (28 de marzo de 1783). El nuevo gabinete trató en vano de desligar a los americanos de la alianza francesa, pero convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, convino en tratar. En noviembre de 1782, los ajentes de la Gran-Bretaña i los de América firmaron en Paris los preliminares de un tratado de paz; i el 3 de setiembre de 1783, fué firmado en Versalles el tratado definitivo por el cual se reconocia la independencia de los Estados-Unidos. La Inglaterra devolvió a la Francia las posesiones que le habia quitado, i cedió a la España la isla de Minorca i la Florida, que esta nacion habia reconquistado durante la lucha. La Holanda recobró tambien sus posesiones.

La independencia de los Estados-Unidos hizo grande eco en Europa, i ejerció una inmensa influencia en el mundo entero. En realidad, no importaba solo la fundacion de un nuevo estado sino la sancion de un nuevo principio que tenia por fundamento la libertad, sancionada ya en teoría por los grandes filósofos del siglo XVIII.

CONSTITUCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS.—Durante la guerra de la independencia, el congreso, compuesto, como hemos visto ya, de los representantes de los diferentes estados, habia tenido a su cargo la direccion de los negocios públicos. En 1776, habia dictado una especie de constitucion con el nombre de confederacion, que no era otra cosa que un pacto de alianza provisoria de las trece colonias. Al terminarse la guerra, Washington se presentó al congreso reunido entónces en Annápolis (Maryland), i entregó al presidente la credencial de los poderes discrecionales que se le habian conferido durante la lucha i renovádose periódicamente (23 de diciembre de 1783). Despues de haber fundado la libertad de los Estados-Unidos, queria retirarse de la vida pública para vivir en medio de su familia en sus propiedades de Mont-Vernon, a orillas del Potamac.

Con el reconocimiento de su independencia, los Estados Unidos no habian recorrido mas que la mitad de su camino. Faltábales la unidad, puesto que si el pacto de confederacion habia servido durante la lucha, existia latente el espíritu de oposicion i rivalidad entre las diversas provincias. Los hombres mas ilustrados de la revolucion americana conocieron la necesidad que habia de una nueva constitucion que robusteciera el poder público e impidiera la anarquía. Los delegados de las provincias pensaron entónces en la reunion de una convencion que debia deliberar sobre este negocio. La convencion se reunió en Filadelfia el 2 de mayo de 1787. Washington, elejido representante de la provincia de Virjinia apesar de su propia oposicion, tuvo el honor de presidir aquella asamblea por indicacion de Franklin. Queriendo evitar la irritacion que podria desarrollarse en los diversos estados a consecuencia de la acritud de los debates de la convencion, pidió que ésta celebrase sus sesiones a puerta cerrada. En efecto, el proyecto de constitucion fué debatido con gran calor; i despues de cuatro meses de sesiones, la convencion lo dió por terminado i lo presentó al congreso para obtener su aprobacion, así como la

aceptacion de los diversos estados. Once de éstos lo aprobaron: Rhode-Island i Carolina del sur, que opusieron algunas dificultades, se adhirieron en breve a la mayoría. De este modo, i sin que ocurrieran violentos sacudimientos, se formó la vasta confederacion americana, que sirve todavia de ejemplo de un gobierno constituido sobre la mas sólida de todas las bases, la libertad (1787). Las modificaciones que despues ha sufrido aquel código, no han tenido otro objeto que estrechar mas i mas los lazos del pacto federal.

Como ya hemos dicho, el gobierno de los Estados-Unidos estaba reconcentrado en el congreso, compuesto de una sola cámara, dotada a la vez de los poderes lejislativo i ejecutivo. La nueva constitucion creó un presidente, investido del poder ejecutivo por cuatro años, i designado por eleccion indirecta de todos los electores de los Estados-Unidos. El poder lejislativo quedó representado por dos cámaras, la una de diputados elejidos en toda la Union en razon de un representante por cada 30,000 habitantes, i el senado compuesto de miembros elejidos por las asambleas de los estados en número de dos por cada uno. Para estrechar la alianza entre el poder central i los poderes locales a fin de conservar a éstos la independencia de que habian gozado desde los primeros tiempos de la colonia, la constitucion confiaba al congreso el cuidado de todos los intereses comunes, la paz, la guerra, los tratados de comercio, las tarifas de aduana, la administracion de las rentas jenerales i el sosten de un ejército i de una escuadra. Cada uno de los estados podia darse una constitucion especial para su gobierno interior. El congreso i el presidente debian residir en un territorio especial, independiente de los otros estados, i sobre el cual ejercerian los mismos poderes que los gobernadores i las asambleas de provincias sobre cada una de éstas. Los estados de Maryland i de Virjinia cedieron al gobierno federal el territorio en que debia establecerse la capital; i en 1800 fué fundada la ciudad de Washington.

WASHINGTON ELEJIDO PRESIDENTE.—En cumplimiento de lo dispuesto por la constitucion, se pensó en elejir el primer congreso i el primer presidente. Las miradas de todos se fijaron entónces en Washington, cuyo patriotismo i cuya intelijencia eran jeneralmente reconocidos. El, sin embargo, no habia cesado de manifestar sus deseos de pasar el resto de su vida ajeno a toda intervencion en los

negocios públicos. No solo se habia negado a aceptar los honores i recompensas que el congreso le habia discernido por sus servicios en la guerra de la independencia, sino que habia pasado todo el tiempo que le dejaron libre los trabajos de la convencion en sus posesiones de Virjinia, ocupado en grandes faenas industriales, en las cuales desplegaba tambien su incansable actividad i su tino certero. Las representaciones i solicitudes de sus compañeros de armas no bastaron para hacerlo cambiar de conducta a este respecto. Despues de terminada la guerra, los oficiales fundaron una órden que perpetuase el recuerdo de sus esfuerzos patrióticos bajo la denominacion de Cincinnatus, con el objeto de establecer un lazo de union entre ellos en el momento en que estaban para separarse. La órden debia ser hereditaria en las familias de sus miembros, i admitia en su seno a los oficiales estranjeros que habian servido en América, i a sus descendientes. Washington fué designado para presidente de aquella órden; pero notando en ella una tendencia monárquica, se empeñó en reformar sus estatutos, i una vez conseguido esto, renunció la presidencia.

Poco ántes, Washington habia dado una prueba mas espléndida todavía de su espíritu republicano. En los momentos de vacilacion e incertidumbre que sucedieron a la terminacion de la guerra, se habló entre los oficiales del ejército de que solo el establecimiento de una monarquía podia consolidar la union de los diversos estados i hacer desaparecer los jérmenes de desórden que comenzaban a nacer. Uno de los jefes que ordinariamente habia servido de intermediario entre Washington i su ejército, escribió al jeneral una carta para esponerle, a nombre de sus compañeros de armas, los inconvenientes que ellos encontraban para el establecimiento de una república i las ventajas que se obtendrian de constituir una monarquía. No es difícil comprender el alcance de esa carta: si en esos momentos los Estados-Unidos se hubieran dado un rei, ese rei no podia ser otro que el jeneral Washington. Este contestó: "He leido con sorpresa i dolor los pensamientos que me habeis trasmitido. Creedme que ningun suceso en el trascurso de esta guerra me ha aflijido tanto como el saber por vos que tales ideas circulan en el ejército. Debo mirarlas con horror i condenarlas severamente. En vano busco en toda mi conducta que es lo que ha podido alentaros a hacerme una proposicion que me parece preñada de las mayores desgracias que pueden caer sobre mi pais." Des-

pues de estas manifestaciones, no era difícil conocer el espíritu republicano que animaba al fundador de la independencia de los Estados-Unidos.

El primer congreso se reunió en New-York, el 4 de marzo de 1789. Washington, elejido presidente de la república, prestó el 30 de abril de ese año el juramento exijido por la constitucion. John Adams, que habia servido en el congreso de Filadelfia a la causa de la independencia, i despues al establecimiento de la nueva constitucion, fué elejido vice-presidente. Washington, reelecto por sus conciudadanos, conservó durante ocho años el primer cargo del estado, i empleó hábilmente su prestijio en afianzar la obra a cuyo servicio se habia consagrado. Los Estados-Unidos estaban divididos en dos partidos poderosos, los federalistas i los antifederalistas, defensores obstinados de las libertades locales: fué necesaria una lucha enérjica i todo el patriotismo de Washington para mantener la paz interior i para impedir una disolucion irreparable. Al fin triunfaron los verdaderos intereses de los Estados-Unidos, porque no solo se mantuvo la unidad sino que cobró gran firmeza, i se hicieron estensivas a los diversos estados muchas de las instituciones establecidas para el gobierno federal, i particularmente en lo tocante a la administracion de justicia, la administracion de la hacienda pública, el pago de la deuda nacional, la libertad de cultos i de la prensa, el establecimiento del juicio por jurados, en una palabra, los intereses mas preciosos del hombre i del estado.

Durante el gobierno de Washington, los Estados-Unidos alcanzaron otra gran ventaja. El presidente se empeñó en poner término a la eterna guerra que sostenian los colonos del oeste con las tribus indíjenas reemplazando el sistema de violencias que se empleaba, por medios de suavidad i dejándolos en pacífica posesion de las tierras, ya que no era posible asimilarlos a la masa jeneral de la poblacion. Los indios, protejidos por el gobierno contra la codicia de los particulares, dejaron de ser enemigos desde que vieron que no eran hostilizados; i el progreso lento pero seguro de la civilizacion, bastó para arrinconar mas i mas esa raza indisciplinable. Esos progresos se hicieron mas rápidos desde que la España consintió (27 de octubre de 1795) en conceder a los Estados-Unidos la libre navegacion del Mississippi i el derecho de depósito en la Nueva Orleans. La riqueza nacional tomó desde entónces un grande incremen-

to mediante las libertades industriales i la incansable actividad de los americanos del norte.

Las relaciones esteriores no fueron manejadas con ménos habilidad; pero la guerra europea que habia seguido a la revolucion francesa, fué causa de sérios embarazos para el gobierno de los Estados-Unidos. Desde que la Inglaterra tomó parte en ella, i desde que se iniciaron las hostilidades marítimas, el gobierno norte-americano se encontró en una difícil posicion. La causa de la república francesa encontró ardientes partidarios en los Estados-Unidos, i los ajentes de aquella nacion se aprovecharon de esta circunstancia para armar corsarios contra el comercio británico. Washington, apesar de sus simpatías por la Francia i del entusiasmo nacional, creyó que los Estados-Unidos debian permanecer perfectamente estraños en aquella contienda, i mantuvo con mano firme la neutralidad. El gobierno de la república francesa se ofendió por esta resolucion, i las relaciones de ambos paises estuvieron suspendidas i a punto de dar oríjen a una guerra que habria sido desastrosa.

En tales circunstancias terminó el segundo período de su gobierno. Washington rechazó el pensamiento de una tercera eleccion, no tanto para reparar en el descanso sus fuerzas agotadas por los trabajos públicos como para evitar a la libertad los peligros que podia ocasionar la perpetuidad del poder. Dirijió a sus conciudadanos los mas prudentes consejos que debian seguir en adelante, i, entregando a John Adams las riendas del gobierno (4 de marzo de 1797), se retiró como simple particular a sus propiedades de Mont-Vernon, a donde lo siguieron las bendiciones de todos los pueblos.

Muerte de Washington.—Así terminó la vida pública de Washington. Todavía su sucesor, amenazado por una guerra con la república francesa, le confió el cargo de jeneralísimo de los ejércitos americanos; pero su muerte, ocurrida el 14 de diciembre de 1799, puso término a su gloriosa carrera. Durante su última enfermedad, i en el momento de la muerte, dió el mismo ejemplo de paciencia, de valor i de sumision a la voluntad divina que habia ofrecido en todos los actos de su vida. El gobierno i el pueblo de los Estados-Unidos manifestaron espontáneamente el dolor profundo que les causaba tan gran pérdida. Aunque casado desde largo tiempo atrás, Washington murió sin haber tenido descendientes.

"Si la vida de Washington no está sembrada de rasgos brillantes i de las singularidadas que en otros hombres han producido la admiracion del mundo, no está deslucida por las locuras ni deshonrada por los crímenes de esos mismos hombres, dice Sparks. Mas bien que el brillo fascinador de ningun rasgo particular, lo que constituye la grandeza de su carácter es la feliz reunion de cualidades i de talentos raros, el conjunto armonioso de las facultades intelectuales i morales. Si el título de grande hombre debe ser reservado a aquel a quien no se puede acusar de un solo defecto o de un solo vicio, i que ha consagrado su vida a fundar la independencia, la gloria i la prosperidad permanente de su pais, a aquel que ha alcanzado todo lo que ha emprendido, sin comprometer el honor, la justicia i la integridad i sin hacer el sacrificio de un solo principio, este título no será rehusado a Washington (3)"

"La historia no ofrece una vida mas hermosa que la de Washington. Jeneral miéntras fué necesario fundar por las armas la libertad de su patria, empleó en cimentarla durante la paz todo el crédito que le daban sus servicios militares, i no trató jamas de volver contra sus conciudadanos la espada que habia tomado para defenderlos. Demasiado modesto para solicitar los grandes puestos, se manifestó siempre demasiado desinteresado para tratar de conservarlos; asi siempre se mostró digno. Al mismo tiempo se elevaba en Francia aquel cuyo jénio debia dominar tan altamente durante quince años en su pais i en la Europa entera. ¡Pero, qué contraste entre aquellos dos grandes hombres! El uno sorprendió al mundo, el otro lo sirvió; el uno le arrancó su admiracion, el otro alcanzó al fin su admiracion i su reconocimiento. Washington murió tranquilo, en el seno de su patria feliz: Napoleon, abandonado por la victoria, obtuvo una roca desierta en cambio de su trono fascinador" (4).

RÁPIDOS PROGRESOS DE LOS ESTADOS-UNIDOS DESPUES DE SU INDEPENDENCIA.—Bajo la administracion de John Adams se renovaron las discensiones políticas de los

---

(3) M. Jarred Sparks, denominado el *Plutarco americano*, termina con estas hermosas palabras su *Life of Washington*, puesta al frente de una coleccion de los escritos del célebre jeneral.

(4) M. Bouchot, en un exelente artículo titulado *Etats Unis* en el tomo XIV de la *Encyclopedie moderne*, 1861. De este artículo he tomado con sus mismas palabras muchas noticias i apreciaciones de los sucesos posteriores a la revolucion norte americana.

Estados-Unidos, pero el principio federal salvó incólume. Durante ese mismo tiempo, se agriaron las relaciones con la república francesa, i aun se creyó próxima una ruptura. La caida del directorio, i la constitucion del consulado en Francia salvaron a los americanos de esta emerjencia. Por la convencion de 30 de setiembre de 1800, ambas naciones fijaron de una manera liberal i precisa los límites de la neutralidad marítima.

Pero las guerras europeas vinieron en breve a turbar el desarrollo industrial i comercial de los Estados Unidos bajo la administracion de Tomas Jefferson (1801 a 1809). Este hábil majistrado supo, sin embargo, conservar la neutralidad en una época mui difícil. La Inglaterra proclamó el bloqueo de todo el imperio frances: Napoleon, a su turno, prohibió a los neutrales todo comercio con las islas británicas. Jefferson, queriendo conservar la neutralidad de los Estados-Unidos, dictó una lei por la cual quedaba prohibido todo comercio con la Francia i la Inglaterra, i por último, en 1809, cerró todos los puertos a las naves de guerra así francesas, como inglesas. Jefferson creia que a todo trance debia libertar a su patria de las complicaciones esteriores i de los azares de una guerra; i en efecto, a la sombra de la paz, la industria de los Estados-Unidos tomó gran vuelo, i los límites de la república se dilataron con la adquisicion de un importante territorio. La Luisiana, que hasta entónces pertenecia a la Francia, fué cedida por esta nacion mediante una retribucion de 15.000,000 de pesos.

El cuarto presidente de los Estados-Unidos, James Madison (1809 a 1817), respetó cuanto fué posible la política de su antecesor. Alejados del océano por las guerras europeas, los americanos consagraron toda su actividad a las mejoras interiores. Nuevos rios reconocidos i estudiados; vias de comunicacion multiplicadas con una maravillosa rapidez; los territorios del oeste esplorados hasta la desembocadura del Columbia; la marcha incesante de los colonos hacia el Pacífico, miéntras la posesion reciente de la Luisiana llegaba a ser una nueva fuente de riqueza en las manos industriosas de los americanos; en fin, el desarrollo del espíritu emprendedor, tales fueron los resultados de los pocos años durante los cuales el comercio con la Europa estuvo entrabado o interrumpido.

Sin embargo, las leyes que aislaban a los Estados-Unidos del resto del mundo no podian sostenerse largo tiempo.

Los sufrimientos que causaban i las quejas que provocaron determinaron al congreso a decretar que si una de las dos naciones belijerantes revocaba (sus edictos contra los neutrales, el comercio de los Estados Unidos se abriria para ella quedando cerrado para la otra. La Francia, entre tanto, suspendió las leyes que habian impuesto el bloqueo continental (5 de agosto de 1810). Los Estados-Unidos abrieron sus puertos al comercio frances, pero mantuvieron su resolucion respecto de la Gran Bretaña. Despues de inútiles negociaciones, la guerra fué declarada el 18 de junio de 1812. Los Estados Unidos tenian entónces una poblacion de 10.000,000 de habitantes, un ejército permanente de 6,000 hombres, i una marina militar, apénas en embrion; i sin embargo, para sostener un principio de derecho internacional, mas bien que para defender sus intereses materiales, se atrevieron a entrar en guerra con la Gran Bretaña, entónces dominadora esclusiva de los mares i aliada de la mayor parte de los príncipes europeos. Esta guerra mostró hasta qué punto se habia levantado el poder de los Estados-Unidos en pocos años. Las pretensiones rivales de los estados de la Union fueron causa de que los americanos sufrieran algunos reveses; pero esas desgracias fueron al fin útiles porque enseñaron la concordia, al mismo tiempo que los corsarios americanos asi como sus naves de guerra alcanzaban importantes ventajas en el mar. La guerra, tuvo por principal teatro las provincias del norte; pero los ingleses hicieron una campaña en el centro de los Estados-Unidos, i la ciudad de Washington fué ocupada i saqueada por ellos en agosto de 1814. Miéntras tanto, las naves inglesas fueron tomadas en los lagos Champlain i Erié, i el jeneral Jackson, a la cabeza del ejército de Nueva Orleans, rechazó 12,000 ingleses, causándoles la pérdida de 2,000 hombres, uno de los cuales fué el jeneral Packenham, que los mandaba (8 de enero de 1815). Los americanos no tuvieron mas que 7 hombres muertos i 6 heridos. Cuando se dió esta batalla, la paz habia sido firmada en Gante, en Béljica, el 24 de diciembre de 1814, sin que se tuviera noticia de ella en los Estados-Unidos. Esa paz, sin embargo, dejó sin resolucion las cuestiones de derecho marítimo que se habian suscitado.

La paz alcanzada por aquel tratado dió importantes frutos bajo la hábil administracion de James Monroe (1816 a 1824). Los estados de la Union, que a la época de

la independencia alcanzaban a trece, se habian aumentado rápidamente, i bajo el gobierno de Monroe llegaron a veinte i tres, mediante la ocupacion pacífica i lenta del territorio que abandonaban los salvajes. Los Estados-Unidos hicieron en aquella época una adquisicion mucho mas importante todavia. La Florida quedaba en poder de los españoles, pero las colonias de aquella península perdieron para la metrópoli casi toda su importancia desde que estalló la revolucion hispano-americana. Por otra parte, los apuros pecuniarios de la España tenian a su gobierno en una situacion casi desesperada; i reclamaba en vano de los Estados Unidos el pago de una deuda de 5.000,000 de pesos. Por fin, en 1819, convino en entregar la Florida a los Estados Unidos en cambio de aquella suma. De este modo, la patria de Washington completó la posesion de todas las costas del Atlántico desde el Canadá hasta el golfo de Méjico (1819). La situacion financiera de los Estados-Unidos no era ménos floreciente. Miéntras los pueblos europeos se hallaban agobiados bajo el peso siempre en aumento, de sus deudas i del déficit, Monroe anunciaba al congreso que un tercio de la deuda nacional estaba amortizado, i que cada año las entradas públicas aumentaban considerablemente. El congreso lo autorizó para emplear el sobrante en aumentar el poder militar de la nacion. Monroe prestó su apoyo moral a la revolucion hispano-americana i aun emitió el pensamiento de poner en el nuevo mundo una barrera al establecimiento de futuras colonias de las naciones europeas. Monroe es considerado por esto como el iniciador de una política verdaderamente americana.

La historia posterior de los Estados-Unidos no contiene mas que noticias del rápido i portentoso desarrollo de aquella gran nacion, i del perfeccionamiento de su sistema administrativo, bajo la base de la mas completa libertad. Su industria ha tomado tal desenvolvimiento que apénas pueden rivalizar con ella las naciones mas adelantadas del viejo mundo, i su poblacion aumentada con una numerosa afluencia de estranjeros, casi se duplica cada veinte años. La instruccion pública ha tomado tambien un grande incremento, de tal modo que solo el estado de New-York contaba cerca de 11,000 escuelas el año de 1850. El territorio se ha dilatado con la adquisicion de Tejas (1845), de California i Nuevo Méjico (1848), que formaban parte de la república mejicana. De este modo, i a la sombra de la libertad mas franca i completa, se ha levantado una

gran república en donde un siglo atras no habia mas que algunas colonias de la Gran Bretaña (5).

CAPITULO III.

Primeros síntomas de revolucion en la América española.

Sublevacion de Tupac-Amaru.—Castigo de Tupac-Amaru.—Fin de la rebelion.—Revolucion del Socorro en Nueva-Granada.—Proyectos del conde de Aranda respecto de la América.—Nuevas conspiraciones en las colonias españolas.—Miranda.—Espedicion de Miranda a Venezuela.—Espedicion de los ingleses al rio de la Plata.—Reconquista de Buenos-Aires.—Defensa de Buenos-Aires contra una segunda invasion inglesa.

(1781—1807)

SUBLEVACION DE TUPAC-AMARU—La paz en que vivieron las provincias hispano-americanas durante el gobierno colonial, fué interrumpida de vez en cuando por amagos de insurreccion, por sublevaciones parciales i por conspiraciones casi siempre locas i descabelladas. Pero esos movimientos aislados, reducidos de ordinario a una estrecha localidad, fueron siempre sofocados en jérmen i castigados con mano de fierro para impedir que en adelante hubiera alguien que pensara en atentar contra los que se denominaban sagrados derechos del rei de España.

A fines del siglo pasado, en la misma época en que las colonias inglesas luchaban por su independencia, esos sacudimientos revolucionarios fueron mas frecuentes i vigorosos. Turgot habia dicho que las colonias son como las frutas que permanecen en el árbol hasta que maduran; i la época de madurez se acercaba para las colonias hispano-americanas.

El mas notable de estos movimientos tuvo lugar en las provincias del sur del vireinato del Perú, i cundió fácilmente en la rejion septentrional del vireinato de la Plata. Los indios de aquel pais, víctimas de los malos tratamientos de los correjidores, i constantemente esplotados por esos mandatarios en todas sus negociaciones, habian

(5) No entra en nuestro plan el detenernos en la historia de la república norte americana, que nuestros lectores podran hallar en muchos libros especiales. Para formar una idea del inmenso desarrollo de aquella gran nacion, basta examinar la obra publicada por M. Goodrich en Paris, en 1852, con el título de los *Etats Unis*.

manifestado su descontento entablando reclamaciones ante las audiencias vecinas i aun sublevándose contra algunos mandatarios. Las autoridades españolas castigaron estos primeros síntomas de rebelion sin querer atribuirles gran valor; pero en 1780, sucesos de mayor importancia vinieron a producir una alarma profunda. Un cacique de la provincia de Tinta, que se creia descendiente de los antiguos emperadores del Perú, i mui célebre en la historia con el nombre de José Gabriel Tupac-Amaru, fué el jefe de una importante revolucion. El 4 de noviembre de ese año, Tupac-Amaru, pretestando que queria celebrar el cumple-años de Cárlos III con un banquete, convidó a su casa al correjidor de la provincia, don Antonio Arriaga, que poco ántes habia apresado a algunos alborotadores. El infeliz correjidor fué amarrado por su húesped i ahorcado en la plaza de Tinta seis dias despues. Tupac-Amaru reunió a sus parciales, se proclamó libertador del Perú, i procedió en todo con tal actividad que alcanzó a destrozar un cuerpo de 600 hombres que en contra suya habian salido del Cuzco. Esta importante ciudad habria caido tambien en poder del cacique rebelde sin la enerjía que en esos momentos manifestó el obispo Moscoso, i el correjidor de la provincia de Abancay don Manuel Villalta. Los eclesiásticos formaron tambien una hueste, i contribuyeron a salvar la ciudad de los horrores que indudablemente se hubieran seguido a su ocupacion por los indisciplinados insurrectos.

Miéntras tanto, la insurreccion habia cundido en todas las provincias vecinas instigada por el ejemplo i por las instancias de Tupac-Amaru. La audiencia de Chárcas, creyendo poner atajo a la rebelion, apresó a un cacique de Challanta llamado Tomas Catari, que ántes de esa época se habia señalado por su espíritu rebelde. Dos hermanos de éste reunieron un cuerpo de 7,000 indios i marcharon contra aquella ciudad en gran desorden, anunciando nuevos desastres para los defensores de las autoridades españolas. Sin embargo, el comandante jeneral de la ciudad, don Ignacio Flores, reunió las milicias i las tropas de línea que la guarnecian, estableció trincheras en las calles i se preparó para la resistencia. Despues de algunas vacilaciones i de un encuentro de resultado dudoso, los rebeldes fueron batidos por los defensores de la plaza (20 de febrero de 1781). Los indios, para manifestarse sumisos, entregaron a los cabezas de la rebelion, los cuales fueron

conducidos a Chárcas para ser sometidos a juicio. El resultado del proceso fué la ejecucion de algunos indios principales.

Apesar de este triunfo, la insurreccion cobraba cada dia nuevos ánimos i se estendia rápidamente en todas las provincias del norte del vireinato de la Plata. Oruro i otros pueblos fueron el teatro de horribles escenas. Los indios, tan sumisos i pacíficos poco ántes, se manifestaban ahora feroces contras sus antiguos opresores. Los jefes denominados correjidores, los curas i todos los españoles de nacimiento eran el objeto de su zaña, i fueron las víctimas de sus venganzas. Asesinaban sin piedad a hombres i mujeres, sin respetar las iglesias que fueron el teatro de crueles desmanes i se apropiaban los bienes que podian arrebatar. La rebelion de aquellos indios, mirados hasta entónces con gran desprecio por los mandatarios españoles, comenzó a infundir sérios recelos a los vireyes. El de Buenos Aires, don Juan José Vértiz, dió órdenes para que diversas partidas de tropas acudieran a sofocar el movimiento; i una de ellas, mandada por el teniente coronel don José Reseguin, sorprendió en Tupiza a uno de los jefes indios, hizo muchos prisioneros i marchó triunfante a la ciudad de Chárcas (17 de abril de 1781). Despues de un corto proceso, fueron ejecutados mas de 50 indios, ahorcados unos, fusilados los otros, para infundir terror entre los rebeldes. Los españoles se mostraron en estos castigos tan duros e implacables como los indios se habian manifestado crueles i feroces.

Castigo de Tupac-Amaru.—El jefe de la rebelion se mantenia aun en pié en los alrededores del Cuzco a la cabeza de una numerosa hueste de indios, que se hace subir hasta 60,000. Sus subalternos lo habian proclamado inca, i él mismo habia tomado los aires de restaurador del antiguo imperio. Sus tropas, faltas de disciplina i de armas, habian sido impotentes para posesionarse del Cuzco, que defendian con gran resolucion todos sus pobladores. El virei del Perú, don Agustin de Jáuregui, alarmado por la insurreccion, hizo salir de Lima un cuerpo de tropas mandado por el mariscal de campo don José del Valle. Acompañaba a éste un comisario real que entónces se hallaba en el Perú, don José Antonio de Areche. En su marcha al Cuzco reunieron diversos destacamentos de soldados de línea i de milicias, de modo que el ejército pacificador llegó a contar 17,000 hombres.

Los espedicionarios penetraron en el Cuzco sin haber hallado resistencia alguna en su marcha, i desde allí emprendieron la campaña en contra de los rebeldes (9 de marzo de 1781). Desde luego tuvieron que sufrir la vigorosa resistencia de parte de los indíjenas que ocupaban los desfiladeros de las montañas i todas las posiciones ventajosas. Valle, sin embargo, logró desalojarlos i ocupar despues de reñidos combates los pueblos que los indios abandonaban en su fuga. De este modo, se posesionaron de Tinta i en seguida, batieron las tropas de Tupac-Amaru que ocupaban una altura vecina. Una partida del ejército español, que salió en persecucion de los fujitivos, logró apresar al jefe rebelde, a su mujer, a dos hijos suyos i a algunos otros parientes (6 de abril de 1781). El jeneral español los condujo hasta las inmediaciones del Cuzco, para evitar que los indios asaltaran a los conductores en la marcha i dieran libertad a los presos; i en seguida, volvió al centro de la sublevacion para acabar de sofocarla. La prision del caudillo rebelde no habia amedrentado a los indios; por el contrario, estos se mantenian sobre las armas i dominaban casi en todos los pueblos de los alrededores del lago de Titicaca. Valle se vió obligado a despoblar la villa de Puno i a sostener constantes refriegas para batir en detalle los cuerpos rebeldes.

Miéntras tanto, Areche seguia en el Cuzco el proceso de Tupac Amaru por el delito de traicion. El juicio fué terminado por la sentencia capital pronunciada contra el jefe rebelde i algunos de sus cómplices. El 18 de mayo de 1781, en medio de un grande aparato militar, fueron arrastrados a la plaza nueve condenados. A cuatro de ellos, que eran los ménos importantes se les ahorcó simplemente. "A Francisco Tupac-Amaru, tio del insurjente i a su hijo Hipólito, se les cortó la lengua ántes de arrojarlos de la escalera de la horca, refiere un testigo de vista; i a la india Tomasa Condemaita, madre de Hipólito, se le dió garrote despues de haber visto la ejecucion de su esposo i de su hijo. Luego subió al tablado la india Micaela Bastidas, esposa del jefe rebelde, i a presencia de su marido, se le cortó la lengua i se le dió garrote en que padeció infinito, porque. teniendo el pescuezo mui delgado, no podia el torno ahogarla, i fué menester que los verdugos, echándola lazos al pescuezo, tirando de una i otra parte, i dándola patadas en el estómago i pecho, la acabaran de matar. Cerró la funcion el rebelde José Gabriel, a quien le

cortó la lengua el verdugo: atáronle a las manos i a los piés cuatro lazos, i asidos estos a la cinchas de cuatros caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes. No sé si por que los caballos no fuesen mui fuertes, o por que el indio en realidad fuese de fierro, no pudieron absolutamente dividirlo, despues que por un largo rato lo estuvieron tironeando, de modo que lo tenian en el aire, en un estado que parecia una araña. El visitador Areche, movido de compasion, por que no padeciese tanto aquel infeliz, despachó una órden mandando le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó. Despues se condujo el cuerpo debajo de la horca, donde se le sacaron los brazos i piernas. Esto mismo se ejecutó con las mujeres i a los demas se les sacaron las cabezas para dirijirlas a diversos pueblos. Los cuerpos del indio i de su mujer se llevaron a Picchu, donde estaba formada una hoguera, en la que fueron arrojados i reducidos a cenizas, las que se arrojaron al aire, i al riachuelo que por allí corre."

Fin de la rebelion.—La ejecucion de Tupac-Amaru no puso término a la rebelion. Las provincias del norte del vireinato de la Plata fueron teatro por algun tiempo mas de las operaciones militares de los rebeldes. No pudiendo tomar las ciudades de La Paz i de Sorata, los indios rompieron los diques que contenian las aguas de los rios vecinos, i produjeron en ellas terribles inundaciones. El comandate Reseguin salió de nuevo a campaña contra los sublevados i consiguió batirlos en el pueblo de las Peñas. Proclamó en seguida a nombre del virei un indulto jeneral para los rebeldes que quisieran deponer las armas; i esta medida de prudencia bastó para que muchos jefes de los indios se sometieran de nuevo a las autoridades españolas (noviembre de 1781).

Desde entónces solo quedó en pié el indio Diego Cristóbal Tupac-Amaru, hermano de José Gabriel, a la cabeza de algunos indios parciales suyos. Convencido al fin de la inutilidad de sus esfuerzos i queriendo aprovechar el beneficio del indulto, entró en negociaciones con el jeneral Valle, que quedaba mandando en el Cuzco. El virei del Perú, Jáuregui, habia ofrecido tambien el perdon a los insurjentes de su vireinato, i eximido ademas a los indios del pago de tributos por el término de un año, a fin, decia, de remediar en este tiempo los males de que se quejaban. En virtud de estas promesas, no fué difícil arribar a un avenimiento. El último caudillo de la rebelion se presentó con

todos los suyos el 27 de enero de 1782 en la iglesia del pueblo de Sicuani, en donde lo esperaban el obispo de Cuzco, Moscoso, i el mismo jeneral Valle. Allí despues de una misa solemne celebrada por el obispo, Diego Cristóbal Tupac-Amaru prestó el juramento de vasallaje a la autoridad del rei de España.

El jefe indio no habia ocultado sus recelos de que aquel convenio fuese un infame lazo tendido a su credulidad i a su buena fé. En efecto, habiéndose hecho sentir poco despues algunas lijeras ajitaciones entre los indios, últimas consecuencias de la gran conmocion, Tupac-Amaru fué apresado i conducido al Cuzco pará ser sometido a una farsa de proceso. El 19 de abril de 1783 fueron ejecutados en la plaza de esa ciudad dos indios principales i una india; i en seguida "los ejecutores de sentencias, dice el escribano que presenció la ejecucion, acercaron a dicho Diego Cristóbal a una hoguera, i tomando en las manos las tenazas bien caldeadas, descubriéndole los pechos, acometieron a la operacion del tenaceo, e inmediatamente lo subieron a la horca, lo colgaron del pescuezo, hasta que naturalmente murió i no dió señas de viviente." Pocos dias ántes, habian sido ejecutados en Lima tres indios comprometidos en estos últimos movimientos, en que Diego Cristóval no habia tomado parte alguna.

Con tan cruel e injusticable perfidia terminó la rebelion encabezada en Tinta por el cacique Tupac-Amaru. Superior por su intelijencia i su carácter a la jeneralidad de sus compatriotas, este indio no pudo tolerar los ultrajes de que era víctima su raza, i concibió el atrevido proyecto de reorganizar el imperio de los incas, cuya constitucion habia estudiado en los célebres escritos de Garcilazo de la Vega. Abandonados los indios a sus propios instintos, fueron crueles i feroces durante la rebelion: Tupac-Amaru, sin embargo, habria querido evitar inútiles horrores para organizar despues su imperio. Le faltaron las armas i la disciplina, pero no lo abandonó el coraje ni tampoco el entusiasmo para exitar con regular acierto a la rebelion. Los españoles triunfaron fácilmente por que tenian mas elementos militares i mejor organizacion; pero en vez de aprovecharse de la enseñanza que les daba aquel levantamiento, fueron duros e inhumanos con los vencidos, creyendo que solo la represion violenta i desapiadada habia de asegurar su dominacion en América (1).

(1) La sublevacion de Tupac-Amaru, que no carece de colorido dramá-

REVOLUCION DEL SOCORRO EN NUEVA GRANADA.— El espíritu de rebelion asomaba en esa época en diversos puntos del continente americano. En Chile se descubrió una conspiracion descabellada para hacer independiente este pais; pero el vireinato de Nueva Granada fué el teatro de mas sérias conmociones.

Gobernaba allí el virei don Manuel Antonio Flores, hombre honrado e intelijente, que en circunstancias normales habria sido un exelente mandatario. Las penurias del tesoro español, i la guerra que entónces sostenia la metrópoli con la Gran Bretaña, sujirieron a la corte el proyecto de aumentar algunas contribuciones que pagaban los americanos i reglamentar otras bajo una base restrictiva. El rei nombró visitador de Nueva Granada a don Juan Gutierrez Piñeres, rejente de la audiencia de Bogotá, con poderes para intervenir en los arreglos financieros sin dependencia del virei. El visitador estendió el impuesto de alcabala a muchos artículos que ántes no lo pagaban, i reglamentó otros tributos con bastante artificio para evitar que fueran burladas las providencias reales.

Inmediatamente se hizo sentir el descontento en la poblacion. El 16 de marzo de 1781, una mujer despedazó en la villa del Socorro uno de los bandos en que se anunciaba cierta innovacion en el pago de derechos. Este acto, en vez de ser reprimido, dió orijen a la rebelion de esa villa. El pueblo desconoció las autoridades, i nombró en su lugar una junta de cuatro individuos con el título de supremo consejo de guerra. El verdadero jefe de aquel gobierno fué don Juan Francisco Berbeo, hombre dotado de gran resolucion. El movimiento fué seguido por varios pueblos de las provincias de Tunja, Pamplona i Casanare i se estendió tambien a algunos puntos de la capitanía jeneral de Venezuela. Los cabildos de aquellos pueblos, conocidos con el nombre de *comun,* elijieron sus jefes para dar unidad al movimiento. De ahí vino el nombre de comuneros con que fueron designados los rebeldes.

Los comuneros no mancharon su causa con ningun crímen. Tan distantes estaban de pensar en la independencia,

---

tico i de interes histórico, ha sido el objeto de una *Relacion* mui curiosa por sus pormenores, pero mui desordenada, que se rejistra con muchos i mui interesantes documentos en el tom. V de la *Coleccion de documentos relativos a la historia de las provincias del rio de la Plata,* publicada por don Pedro de Angelis. Ferrer del Rio le ha destinado un capítulo del tom. III de su *Historia de Cárlos III.*

que formaron una acta por medio de la cual pidieron a las autoridades de la capital una reduccion en ciertos impuestos i la supresion total de otros. Pero el visitador, aunque desprovisto de fuerzas para reprimir el movimiento, creyó que bastaba el prestijio de la autoridad real para someter a los sublevados. Organizó una columna de 100 hombres que puso a las órdenes del capitan don Joaquin de la Barrera con órden de marchar sobre Socorro. Le dió ademas 200 fusiles para que armara a los hombres que quisieran seguir la columna.

Barrera fué batido en el pueblo de Puente Real sin gran dificultad, por que sus soldados lo abandonaron en el momento del peligro. Este suceso llevó la turbacion a las autoridades españolas de Bogotá, que, por falta de elementos militares, no podian oponer resistencia alguna a los rebeldes, que en número considerable marchaban sobre ella. El arzobispo, don Antonio Caballero i Góngora, que gozaba de gran reputacion por su talento i sus virtudes, se ofreció para servir de mediador, a fin de evitar los azares de una guerra.

Miéntras tanto, el audaz Berbeo habia llegado hasta Cipaquirá, en donde habia sentado su campamento. Sus tropas formaban un ejército de cerca de 20,000 hombres mal armados, pero llenos de entusiasmo i de resolucion. El 26 mayo de 1781 se presentó allí el arzobispo; i despues de algunas conferencias en que de una i otra parte se hicieron muchas concesiones, estendieron un tratado de pacificacion (7 de junio de 1781) que fué aprobado en una solemne fiesta relijiosa. Se estipuló en él la espulsion del visitador Piñeres i la abolicion de su destino, la supresion de algunas contribuciones, la rebaja de otras i la confirmacion de los títulos concedidos por los pueblos a algunos jefes rebeldes. La sublevacion no quedó sofocada con esto solo; pero el arzobispo, eficazmente ayudado por Berbeo, visitó diversos distritos, i consiguió restablecer la tranquilidad.

El virei, entre tanto, se hallaba en Cartajena, cuando tuvo noticia de las capitulaciones de Cipaquirá; i creyendo que aquel convenio era degradante para la autoridad real, i "que todo aquello que se exije con violencia de las autoridades trae consigo perpetua nulidad i es una traicion declarada," espuso que desconocia la validez del pacto (6 de julio de 1781). Esta declaracion habria producido nuevas revueltas, si los sublevados que no se aquietaban todavia, hubieran conocido la determinacion del virei; pero

el arzobispo Caballero desplegó entónces su natural habilidad para restablecer el órden público alterado, tranquilizando la efervescencia de los rebeldes. A pesar de esto, cuando se supo que el virei negaba su aprobacion al tratado, i a pesar de que al mismo tiempo se anunciaba que aquel mandatario concedia un perdon jeneral a los rebeldes, la sublevacion apareció de nuevo en distintos puntos; pero fué eficazmente sofocada i castigada por las tropas reales. La sangre corrió en algunos combates de poca importancia, i la horca sirvió para castigar con el último suplicio a los mas importantes cabecillas de la nueva rebelion. De este modo, la paz fué restablecida en el vireinato de Nueva Granada; pero sus hijos comprendieron mui bien que poseian los elementos i el vigor necesarios para encabezar mas tarde una vigorosa resistencia a la dominacion española (2).

Proyectos del conde de Aranda respecto de la America.—La noticia de estos levantamientos en las colonias americanas produjo en la metrópoli una impresion que no pudieron disimular sus gobernantes. La España habia apoyado la revolucion de los Estados-Unidos de América, i debió temer que un movimiento semejante le arrebatase sus dilatadas posesiones en el nuevo mundo. "La independencia de las colonias inglesas queda reconocida, decia el conde de Aranda en una memoria presentada al rei, i éste es para mí un motivo de dolor i de temor. Francia tiene pocas posesiones en América, pero ha debido considerar que España, su íntima aliada, tiene muchas, i que desde hoi se halla espuesta a las mas terribles conmociones."

El conde de Aranda, el mas gran político de España en el siglo XVIII, percibió perfectamente la tempestad que iba a surjir en el nuevo mundo i pensó en un remedio para conjurarla. En esa misma memoria proponia a Cárlos III el establecimiento en América de tres monarquías tributarias, una en Méjico comprendiendo la capitanía jeneral de Guatemala, otra en Costa-Firme, formada por la Nueva Granada i Venezuela, i la tercera, compuesta por los vireinatos del Perú i Buenos-Aires i la capitanía jeneral de

(2) Don José Manuel Restrepo ha dado gran desarrollo a la narracion de estos sucesos en el cap. 1.° de la 2.ª edicion de su *Historia de la revolucion de Colombia*. Puede verse tambien el cap. XXI de las *Memorias para la historia de la Nueva Granada* por don José Antonio Plaza.

Chile, cuya capital debia quedar en Lima. Estas monarquías debian conferirse a otros tantos príncipes de la familia real española, i estos i sus hijos se casarian siempre con infantas de España. La metrópoli conservaría solo sus posesiones en las Antillas, i alguna otra en la América meridional. Los tres reinos debian pagar a España una contribucion de sus productos minerales o agrícolas.

La corte hizo poco caso de este proyecto; pero el conde de Aranda, penetrado de la verdad de su prevision, persistió en este pensamiento, modificándolo un poco para hacer mas aceptable su plan. "Mi tema es, escribia en 12 de marzo de 1786 al ministro Floridablanca, que no podemos sostener el total de nuestra América, ni por su estension ni por la disposicion de algunas partes de ella, como Perú i Chile, tan distantes de nuestra fuerza, ni por las tentativas que potencias de Europa pueden emplear para llevarse algun jiron o sublevarlo. Portugal es lo que mas nos convendria, i él solo nos seria mas útil que todo el continente de América esceptuando las islas.» En seguida el conde de Aranda esponia prolijamente su plan. Consistia éste en ceder el Perú en cambio del Portugal, a fin de que el rei de esta nacion pudiera organizar una estensa monarquía en América, uniendo aquel vireinato con el Brasil. La España conservaria sus posesiones de América que estaban situadas al norte de esa futura monarquía, i organizaria un reino para un infante de la familia real en Buenos-Aires i Chile.

Este proyecto, "mas para deseado que para conseguido," segun la espresion de Floridablanca, fué considerado quimérico por la corte de España; i nada se hizo para preparar su realizacion. Es cierto que el rei, convencido de que sus colonias de América eran mal rejidas, introdujo en su gobierno importantes innovaciones, algunas de las cuales produjeron desde luego felices resultados. El ministro Floridablanca conocia los vicios de la defectuosa organizacion colonial; pero estaba convencido de que aunque sus reformas eran trascendentales, pasarian aun largos años ántes de consumar un cambio completo. "Por mas que chillen los indianos i los que han estado allá, escribia en abril de 1786, nuestras Indias están mejor ahora que nunca, i sus grandes desórdenes son tan añejos, arraigados i universales que no pueden evitarse en un siglo de buen gobierno, ni la distancia permitirá jamas el remedio radical." Flori-

dablanca manifestaba así conocer los grandes vicios de que adolecia la organizacion de las colonias españolas (3).

NUEVAS CONSPIRACIONES EN LAS COLONIAS ESPAÑOLAS.—Los colonos, que sufrian las consecuencias de aquel mal gobierno, sabian demasiado bien que la España no le pondria un remedio eficaz, ya fuera por impotencia ya por mala voluntad. Los hombres pensadores, enseñados por el ejemplo de los Estados-Unidos de la América del norte, i quizá mas todavia por la propaganda de las doctrinas novadoras iniciada por la revolucion francesa, comenzaban a ajitarse i a preparar el camino para llegar a la indepencia.

A pesar de la vijilancia con que el gobierno español impedia la circulacion de escritos considerados perniciosos en las colonias americanas, algunas personas habian logrado introducir por contrabando ciertos libros franceses que debian acelerar aquel movimiento. En el vireinato de Nueva Granada habia penetrado un tomo de una historia de la convencion nacional; i un impresor de Bogotá publicó en castellano la parte relativa a la "declaracion de los derechos del hombre." La circulacion misteriosa de este escrito coincidia con la aparicion de ciertos pasquines contra los gobernantes españoles. En agosto de 1794, la real audiencia, alarmada con este suceso, comisionó a algunos de sus miembros para que levantasen una sumaria a fin de esclarecer este hecho i castigar a sus autores. Los comisionados apresaron a muchos individuos; i despues de varias dilijencias se descubrió que don Antonio Nariño, personaje de importancia por su posicion i por su talento, era el traductor del folleto perseguido, i fué condenado a deportacion a España, en union con quince personas mas, para que su causa fuera juzgada por el consejo de Indias. Nariño se fugó de Cádiz; pero sus otros compañeros permanecieron presos hasta el año de 1799, en que el consejo de Indias dió su sentencia i los mandó poner en libertad, dando por compurgadas sus faltas

(3) La primera memoria del conde de Aranda de que hemos dado cuenta en este párrafo, fué publicada por don Andres Muriel en los apéndices que puso a su traduccion francesa de la obra del ingles William Coxe, titulada *La España bajo el reinado de la casa de Borbon.* Ferrer del Rio en su *Historia de Cárlos III* ya citada, lib. V, cap. IV, pone en duda su autenticidad. Sin embargo, basta conocer la nota de Aranda a Floridablanca, de que hemos dado cuenta, para comprender que no hai nada que se oponga a que el primero sea el autor de la espresada memoria. Puede verse sobre este punto la *Historia de España* de Lafuente, tom. XXI, páj. 163 i sig.

con la prision sufrida. El abogado que defendió a Nariño en Bogotá, fué castigado mas severamente todavia: el rei lo espulsó perpetuamente de todos sus dominios i le confiscó sus bienes. Cuatro individuos complicados en la causa de los pasquines fueron condenados a una larga prision en los presidios de Africa.

Poco tiempo despues, el gobierno descubrió en la capitanía jeneral de Venezuela una conspiracion mas temible todavia. En 1796, fué descubierta en Madrid una conspiracion republicana; i sus autores, condenados a muerte por el delito de alta traicion, fueron indultados por el rei debiendo sufrir, en vez de la pena capital, una prision indefinida en las casas matas de algunos puertos de América. Los reos se hallaban en el puerto de la Guaira para ser trasportados a su destino; pero allí entraron en comunicacion con los oficiales i soldados que los custodiaban i con algunas personas que los visitaban. Tres de ellos se fugaron con el propósito de solicitar ausilios esteriores para hacer una revolucion en Carácas, miéntras que sus amigos de Venezuela combinaban los elementos para la revolucion. La imprudencia de uno de los conspiradores, don Manuel Montecinos, dió lugar a que el proyecto fuera conocido por el capitan jeneral de la provincia, don Pedro Carbonell. La prision de Montecinos (13 de julio de 1797) i el rejistro de sus papeles acabaron de descubrir el complot. En pocos dias fueron apresados 72 individuos; pero dos de los mas comprometidos en la conspiracion, don Manuel Gual i don José María España, se pusieron en salvo asilándose oportunamente en las colonias estranjeras. El proceso de los reos marchó lentamente. La real audiencia prometió indulto a los que se denunciaran a sí mismos, i con este ardid sorprendió a muchos conspiradores. España, creyendo, como pensaban muchos en Venezuela, que el proceso se terminaria con un indulto real, regresó ocultamente a la Guaira, i fué apresado por las autoridades españolas.

En esa época (1799), habia llegado un nuevo capitan jeneral, don Manuel de Guevara Vasconcelos, con facultad discrecional de activar el proceso i de mantener la tranquilidad en la provincia. La audiencia condenó a muerte a siete de los principales reos; pero hallándose prófugo uno de ellos, fueron ahorcados los otros seis i destrozados sus cadáveres en los primeros dias de mayo. El 8 del mismo mes fué ahorcado igualmente en Carácas el infeliz Es-

paña: su cabeza fué colocada en la Guaira i sus miembros fueron distribuidos en varios pueblos i caminos para escarmiento de los futuros conspiradores. Tan injustificable severidad no alcanzó a los españoles comprometidos en la conspiracion, que fueron sometidos solo a prision i puestos en libertad pocos años despues. Gual, que se abstuvo de volver a Venezuela, falleció en 1801 en la isla inglesa de Trinidad, no sin sospechas de haber sido envenenado por órden de las autoridades españolas del continente (4).

Este espíritu de insurreccion se habia manifestado tambien en el vireinato de Nueva España. Desde fines del siglo pasado se descubrieron diversas conspiraciones mas o ménos formidables. En 1794, un español, don Juan Guerrero, concibió el proyecto de apresar una noche al comandante militar de la ciudad de Méjico, poner en libertad los presos de la cárcel i proclamarse jefe del vireinato. Poco tiempo despues, en 1799, un empleado, don Pedro Portilla, concibió un proyecto análogo; pero, como el español Guerrero, fué denunciado i reducido a prision con sus cómplices. El año siguiente se descubrió otra conspiracion en la provincia de Guadalajara, cuyo jefe era un indio que pretendia hacerse rei sacudiendo el yugo español. El intendente de esa provincia, don Fernando de Abascal, tan famoso depues como virei del Perú, desplegó grande enerjía para atajar este movimiento, que talvez habria sido de mui poca importancia (5).

Miranda.—En esa misma época, varios personajes americanos solicitaban en Europa el apoyo de naciones poderosas para procurar la independencia del nuevo mundo. Un habanero, don José Caro, habia impetrado ausilios del gobierno frances para insurreccionar el Perú. Don Antonio Nariño, de quien dijimos que se habia fugado de Cádiz cuando era llevado preso a Madrid, se presentó en Paris, i obtuvo de Tallien la promesa de ser socorrido en su proyecto de sublevar la Nueva Granada. Despues de una

(4) Esta conspiracion ha sido referida por los dos historiadores de Venezuela i de Colombia, Baralt i Restrepo; pero se encuentran interesantísimas noticias de ella en los viajes ya citados de Humboldt i Depons.

(5) Véase sobre estos proyectos revolucionarios la *Historia de Méjico* por don Lúcas Alaman, lib. I, cap. III, páj. 128 i sig. No he creido que tendria interes el referir otros movimientos de menor importancia, como una sublevacion de negros en Cartajena i otra de los indios en la provincia de Quito, que fueron sofocadas fácilmente.

corta permanencia en Lóndres para obtener del gobierno británico igual promesa, Nariño desesperó de poder realizar sus planes, volvió a su patria, i solicitó del virei Mendinueta el perdon de sus faltas comprometiéndose a declarar cuanto sabia (1797). Nariño cometió de esta manera una gran falta; pero alcanzó un indulto del rei despues de una penosa prision.

El mas célebre entre esos americanos que soñaban en la independencia del nuevo continente, era un venezolano distinguido por la enteresa de su carácter i por una constancia sin igual, mas que por su intelijencia. Era éste don Francisco Miranda, cuyo nombre ocupa mas de una pájina de la historia de la revolucion americana. Nacido en Caracas en 1750, de familia oscura aunque rica, Miranda abrazó la carrera militar, i sirvió en la division del ejército español que habia marchado a los Estados-Unidos para ausiliar a los independientes en su lucha con la Gran Bretaña. Aquel espectáculo hirió su imajinacion impresionable i le hizo concebir la esperanza de libertar un dia su patria. Terminada la guerra, Miranda, que poseia entónces el grado de capitan, fué destinado a servir en la guarnicion de Cuba; i habiendo entrado en negociaciones mercantiles con algunos negociantes ingleses, se vió acusado de preparar, de acuerdo con el capitan jeneral de la provincia don Juan Manuel Cajigal, la entrega de la isla al gobierno británico. Temiendo las dilaciones de un proceso, Miranda se puso en fuga i buscó un asilo en Europa. Recorrió entónces la Inglaterra, la Alemania, la Turquía i por último la Rusia, cuya emperatriz Catalina II le dispensó una confianza particular. Miranda, dotado de un carácter insinuante i de una instruccion mui jeneral, supo labrarse una posicion notable en las cortes que visitaba. El ministro ingles Pitt se manifestó dispuesto a cooperar a los proyectos de Miranda para castigar a la España por la parte que habia tomado en la independencia de los Estados-Unidos; pero entónces asomó la revolucion francesa i atrajo toda la atencion del gobierno británico.

Miranda pasó a Francia i se alistó en el ejército revolucionario. En poco tiempo alcanzó el grado de jeneral, i tuvo ocasion de distinguirse por su valor i por algunas operaciones acertadas en la campaña de Béljica. El mal resultado del sitio de Maestrich que él habia dirijido, la pérdida de la batalla de Nerwinde, en que mandaba el ala

izquierda del ejército frances, i la caida de los jirondinos perdieron a Miranda. Fué preso i sometido a juicio; pero la reaccion que se siguió al 9 termidor le permitió quedar en libertad. Pensando en llevar a cabo su proyecto favorito, volvió a Lóndres i allí reanudó sus relaciones con el ministro Pitt, pero las negociaciones quedaron en nada por entónces; i aunque se abrieron de nuevo mas adelante no tuvieron mejor resultado.

Espedicion de Miranda a Venezuela.—Desesperando de hallar en los gobiernos europeos la cooperacion que solicitaba, Miranda resolvió pasar a los Estados-Unidos para preparar su espedicion interesando en ella a algunos negociantes norte-americanos. Mas feliz que en el viejo mundo, consiguió en New-York los recursos necesarios para comprar dos corbetas i proveerlas suficientemente de armas. Un oficial del ejército americano, el coronel Smith, reclutó un cuerpo de 200 voluntarios. Miranda, que creia poder contar con numerosos ausiliares en Venezuela tan pronto como desembarcara, no vaciló en acometer la empresa proyectada.

Uno de los buques espedicionarios marchó en breve a Santo-Domingo, en donde debia reunirse a Miranda. Miéntras tanto, el ministro español en los Estados-Unidos tuvo noticias de aquel proyecto, i no solo lo puso en conocimiento de Vasconcelos, el capitan jeneral de Venezuela, para que se preparase a fin de resistir la invasion, sino que trató de embarazar la salida de los espedicionarios. Sus jestiones no produjeron mas resultado que impedir que el capitan de la corbeta que habia partido para Santo-Domingo intentase reunirse a Miranda. Al fin éste se vió obligado a comprar dos pequeñas embarcaciones, i no queriendo demorarse mas tiempo, se dió a la vela para la costa de Coro (principios de 1806).

Sus primeros pasos fueron señalados por un gran contraste. El 25 de marzo, al avistar la tierra, su escuadrilla fué atacada por dos bergantines guarda costas, i despues de un reñido combate, Miranda perdió sus dos goletas con 60 hombres que quedaron prisioneros en poder de los españoles. Conducidos éstos a Puerto Cabello, fueron sometidos a juicio i diez de ellos condenados a la horca. El capitan jeneral de Venezuela hizo quemar en la plaza de Caracas la efijie de Miranda, junto con las proclamas que habia hecho circular, i ofreció por su cabeza un premio de 30,000 pesos que debian pagar los vecinos. La inquisicion de Cartajena

lo declaró solemnemente enemigo de Dios i del rei, indigno de recibir pan, fuego ni asilo.

Miranda, entre tanto, se habia retirado con la única nave que le quedaba, a la isla inglesa de la Trinidad. Allí encontró al almirante sir Alejandro Cochrane que mandaba la estacion naval británica de las Antillas, i entró en tratos con él ofreciéndole todo jénero de ventajas comerciales para la Inglaterra si le prestaba alguna cooperacion en su empresa. Cochrane aceptó estas propuestas; i echándose encima la responsabilidad de sus actos, permitió a Miranda que reclutase jente en las islas británicas, comprometiéndose ademas a ausiliarlo contra cualquier ataque de las naves españolas, hasta dejarlo en tierra con su ejército. Con los socorros facilitados por las autoridades británicas, Miranda reunió quince embarcaciones i 500 voluntarios; i convoyados por una corbeta de guerra i algunas lanchas cañoneras, se hizo a la vela para el continente (24 de julio de 1806).

Los espedicionarios llegaron al puerto de la Vela felizmente; pero habiéndose demorado su desembarco por el mal tiempo, las autoridades españolas de las inmediaciones pudieron reunir 1,200 hombres mal armados para impedirlo. Miranda, sin embargo, desembarcó sin dificultad (3 de agosto), i desde allí espidió sus proclamas invitando a los habitantes de Venezuela a acudir a su llamado. En seguida ocupó el pueblo de Coro; pero entónces vió con un profundo sentimiento que su empresa no encontraba ausiliares. En efecto, las ideas revolucionarias no estaban bastante jeneralizadas en todas las provincias de Venezuela; i ademas los castigos terribles con que el capitan jeneral habia reprimido los movimientos anteriores, habian esparcido el espanto en todas partes. Los venezolanos no veian tampoco en la débil columna que capitaneaba Miranda una base respetable para la formacion de un ejército que pudiera contrarestar la fuerza de Vasconcelos. El jeneral insurjente se vió precisado a retirarse al puerto de la Vela i de allí a la pequeña isla de Oruba, con el propósito de apoderarse de Riohacha, en el vireinato de Nueva Granada, i de mantenerse allí hasta que recibiese los ausilios que pedia al almirante Cochrane.

Miéntras tanto, Vasconcelos habia puesto sobre las armas un ejército de 8,000 hombres, de los cuales 1,000 a lo ménos serian soldados veteranos, i habia pedido ausilios a las colonias francesas, cuyos gobernadores, respetando

la alianza que entónces existia entre la Francia i la España, se apresuraron a remitirle un corto refuerzo de tropas. La espedicion de Miranda habria, pues, fracasado de todas maneras; pero circuló entónces en las Antillas la noticia de haberse celebrado la paz entre la Inglaterra i la España, i resultó de allí que las autoridades inglesas se negaron a prestar al jeneral insurjente los ausilios que reclamaba. Miranda, abandonado de esta manera, disolvió sus tropas en la Trinidad, i volvió a Inglaterra triste i abatido, pero esperando siempre poder dar a la España un golpe decisivo para arrebatarle su poder colonial (6).

ESPEDICION DE LOS INGLESES AL RIO DE LA PLATA.—La guerra que en aquella época sostenia la España contra la Inglaterra, dió lugar a una espedicion británica en el rio de la Plata que contribuyó a preparar la independencia americana.

El gobierno británico habia despachado en 1805 una escuadra considerable para apoderarse de la colonia holandesa del cabo de Buena-Esperanza. Como esa escuadra tocara en las costas del Brasil, el virei de Buenos-Aires, marques de Sobremonte, temió que pudiera dirijirse al rio de la Plata, i que fuera destinada para atacar a Montevideo. Trasladóse con este motivo a esta ciudad con todas las tropas de su mando, i se empeñó en ponerla bajo un pié de guerra. Luego se supo que la escuadra inglesa se habia apoderado de la colonia del Cabo (enero de 1806); i Sobremonte volvió a Buenos-Aires, dejando sus tropas en Montevideo.

Los ingleses, sin embargo, tenian el pensamiento de atacar de sorpresa alguna de las colonias españolas con la esperanza de hacer un rico botin i de fomentar una insurreccion contra el gobierno español. Sir Home Popham, jefe de la escuadra inglesa, invitó al jeneral Baird, que mandaba las fuerzas que se habian apoderado del Cabo, para dar un golpe a los establecimientos españoles del rio

---

(6) La espedicion de Miranda, que se encuentra referida en las obras citadas de Restrepo i de Baralt, es el objeto de un libro ingles que lleva por título *History of Miranda, sattempt to effect a revolution in South America*, by James Biggs, 1809, Lóndres, un vol. El nombre del jeneral Miranda, mui popular en Europa en los primeros años de la revolucion francesa, se encuentra consignado en muchas historias i memorias de aquella época memorable. En Lóndres se publicó tambien un interesante volúmen de documentos relativos a su vida.

de la Plata, i particularmente a Buenos-Aires que se suponia desarmado. Baird aprobó la empresa, i confió su ejecucion al mismo Popham i al jeneral Sir William Carr Berresford, poniendo a sus órdenes un cuerpo de tropas de poco mas de 1,500 hombres. A principios de junio (1806), los ingleses penetraron en el rio de la Plata, i el 25 del mismo mes desembarcaron sin dificultad a poca distancia de Buenos-Aires.

La aparicion inesperada de los ingleses en el rio de la Plata, produjo en la capital del vireinato una profunda impresion. Sobremonte, imposibilitado para trasladar las tropas que tenia en Montevideo, se ocupó mas de trasportar al interior los tesoros que habia en Buenos-Aires que de organizar una resistencia que creia imposible. En efecto, un cuerpo de 700 hombres, que habia reunido a la lijera, fué puesto en completa dispersion por los ingleses. El mismo Sobremonte abandonó la ciudad para trasladarse a Córdoba, con el propósito, sin duda, de reunir las fuerzas del vireinato i volver con ellas a rescatar la capital. Berresford penetró en Buenos-Aires sin resistencia alguna el 27 de junio; i habiendo desembarcado el comodoro Popham, el primer cuidado de ambos fué disponer la vuelta de los caudales que habia sacado el virei i su embarco en la escuadra junto con el dinero hallado en la aduana i otras oficinas. Los ingleses recojieron así cerca de un millon i medio de pesos; i para desvanecer la mala impresion causada por este acto i atraerse a los habitantes de la capital, se esforzaron por parecer humanos i conciliadores. La poblacion, con todo, se preparaba para espulsar a los estranjeros en la primera circunstancia favorable que se presentase.

RECONQUISTA DE BUENOS-AIRES.—Satisfechos con tan fácil victoria, los ingleses pensaron en dilatarla ocupando las ciudades de la márjen opuesta del rio. Popham fué a bloquear a Montevideo, que defendia una division de buenas tropas a las órdenes del jeneral Ruiz Huidobro, i pidió ausilio a la colonia del Cabo para consumar la conquista.

Miéntras tanto, algunos jóvenes arjentinos preparaban con grande actividad la resistencia a los invasores, con la esperanza de espulsarlos de la ciudad. Don Santiago Liniers, frances de nacimiento, que servia desde muchos años atras en el vireinato de la Plata desempeñando varios cargos militares, i que ocupaba entónces el puesto de coman-

dante marítimo de un punto de la costa vecina de Buenos Aires, fué el alma de esa resistencia. Seguro de la debilidad militar de los ingleses, pasó a Montevideo ocultamente, i pidió al jeneral Huidobro el mando de sus tropas para ir a rescatar a Buenos-Aires. Hombre ardiente e impetuoso, dotado además de alguna intelijencia i de cierto hábito de mando, Liniers era quizá el único militar capaz de capitanear una empresa contra los invasores. El gobernador de Montevideo puso a sus órdenes poco mas de 1,100 hombres i 8 cañones; pero como aquella plaza estaba bloqueada por la escuadra inglesa, fué necesario que la division emprendiera su viaje por tierra hasta la Colonia, en frente de Buenos-Aires. El 3 de agosto (1806). Liniers se embarcó con su jente en 23 buquecillos, i se hizo resueltamente a la vela para atravesar el caudaloso rio de la Plata. Favorecido por una espesa neblina, cruzó el rio sin ser percibido por los ingleses i desembarcó en la ribera meridional, 7 leguas al norte de Buenos-Aires. Inmediatamente se le reunieron diversos destacamentos de milicias de la campaña, i varios jóvenes de Buenos-Aires que habian salido de la ciudad para engrosar las tropas reconquistadoras. El mas célebre de todos ellos, don Juan Martin de Puirredon, tan famoso mas tarde por su participacion en la guerra de la independencia arjentina, habia inquietado ya a los vencedores i sostenido un pequeño combate con una de sus divisiones.

Liniers, a la cabeza de sus tropas, llegó en la tarde del 10 de agosto a los arrabales del norte de Buenos-Aires. Su ejército se habia triplicado; i si bien carecia de la admirable disciplina de los soldados ingleses, poseia en cambio el ardor que habian sabido comunicarle sus jefes. En la mañana siguiente, las tropas de Liniers penetraron valientemente en la ciudad, obligando a los ingleses a reducir su defensa a la plaza central i a las calles vecinas. Desde entónces, la suerte de las armas pareció cambiar completamente. Los asaltantes se posesionaron de las azoteas de muchas casas, i desde allí podian sostener con ventaja el combate contra los defensores de la plaza. La lucha se renovó en la mañana del dia 12. Los soldados de Liniers atacaron en cuatro columnas, miéntras que los paisanos, situados en los balcones i las azoteas de las casas, disparaban todo jénero de proyectiles sobre los ingleses, obligándolos a abandonar las calles i a replegarse a la plaza. Liniers hizo avanzar su artillería i rompió el fuego

de metralla sobre las tropas de Berreford. El secretario de éste, capitan Kennet, cayó muerto a su lado. No era posible ya sostener el combate en esa forma. El jeneral ingles se vió obligado a encerrarse en la fortaleza que limitaba la plaza por el lado del rio; pero asediado allí por los vencedores, viendo sucumbir a todos los soldados que aparecian sobre las murallas, i seguro de que toda resistencia era completamente infructuosa, levantó la bandera española i anunció que estaba dispuesto a rendirse. Liniers, noble despues de la victoria como habia sido valiente en el combate, permitió al enemigo que saliese de la fortaleza con los honores de la guerra i que depusiese sus armas en la plaza. De este modo terminó la ocupacion de Buenos-Aires por los ingleses despues de una dominacion de 47 dias.

DEFENSA DE BUENOS-AIRES CONTRA UNA SEGUNDA INVASION INGLESA.—Indescribible fué el júbilo de la poblacion de Buenos-Aires cuando se vió libre de los invasores por sus propios esfuerzos. Levantóse un grito jeneral de indignacion contra el virei Sobremonte, que habia abandonado la ciudad casi sin resistencia; i aunque éste hubiese reunido algunas milicias en Córdoba con que marchaba sobre Buenos-Aires, todo el mundo estaba de acuerdo en que era necesario separarlo del gobierno. El 14 de agosto (1806) la municipalidad reunió a los principales vecinos i a los mas importantes funcionarios públicos en un cabildo abierto, asamblea que se congregaba en las colonias españolas en circunstancias estraordinarias i cuando se queria oir la opinion del pueblo. Talvez los altos empleados habrian querido imponer su voluntad; pero la voz del pueblo fué mas poderosa todavía, i la asamblea acordó que Sobremonte habia dejado de ser virei i que Liniers debia asumir el mando político i militar. Una comision fué encargada de comunicar este acuerdo a Sobremonte recomendándole que marchase a Montevideo a servir en su guarnicion. El pueblo, además, acordó que se conservara el ejército en el pié de guerra para rechazar las nuevas invasiones que se creian inevitables, e indujo despues a Liniers a distribuir los prisioneros en diversos puntos del territorio. Todas estas medidas revelaban un conocimiento exacto de la situacion.

El gobierno ingles, entre tanto, halagado con su primer triunfo, creia fácil dilatar sus conquistas en la América española, o a lo ménos procurar su insurreccion. En efecto,

dió órden al gobernador de la colonia del cabo de Buena-Esperanza que mandase refuerzos a Berresford, e hizo salir una escuadra con cerca de 1,400 hombres, mandados por el jeneral sir Samuel Auchmuty para el rio de la Plata, al mismo tiempo que preparaba otra espedicion igual bajo el mando del jeneral Crauford, que debia operar con idénticos fines sobre Chile. Cuando llegaron al rio de la Plata las tropas mandadas del Cabo, Buenos-Aires habia sido reconquistado, i el comodoro Popham, que dominaba en el rio con su escuadra, creyó que todo ataque sobre la capital del vireinato era una grande imprudencia, i se resolvió a ocupar la pequeña plaza de Maldonado, en la ribera septentrional del rio.

Luego llegó allí el jeneral Auchmuty para ponerse a la cabeza de las tropas inglesas que debian reunirse. El gobierno británico, sabedor del desastre que habian sufrido sus soldados en Buenos-Aires, habia modificado sus planes desistiendo de todo proyecto sobre Chile i dando órdenes para que todas sus tropas se reuniesen en el rio de la Plata. El jeneral Auchmuty, no queriendo permanecer ocioso miéntras llegaban los nuevos refuerzos, marchó sobre Montevideo i tomó esta plaza por asalto el 28 de enero de 1807. Sobremonte, que no habia podido embarazar las operaciones militares de los ingleses, se replegó a la Colonia i en seguida a Buenos-Aires, en donde fué obligado a partir para España.

La situacion del vireinato se complicaba estraordinariamente. Los ingleses, dueños de la banda septentrional del rio, trataban hábilmente de hacer simpática su dominacion ofreciendo libertades comerciales i gobernando a los habitantes con gran suavidad i moderacion. En abril llegó a esa plaza el jeneral Whitelocke con un cuerpo de tropas, para tomar el mando del ejército. En poco tiempo mas, el ejército de su mando llegó a contar cerca de 12,000 hombres. La poblacion de Buenos-Aires, miéntras tanto, conservaba su viril enerjía i se manifestaba dispuesta a rechazar a los invasores sin asustarse por los progresos de éstos ni por las fuerzas considerables que se reunian en Montevideo.

Por fin, Whitelocke, dejando para la defensa de esa plaza un cuerpo de 2,000 hombres, se embarcó con el resto de sus tropas, i el 28 de junio (1807) tomó tierra en el puerto de la Ensenada, 16 leguas al sur de Buenos-Aires, sin encontrar resistencia alguna. En seguida se puso en marcha para la capital. Liniers, entre tanto, habia tomado algunas

disposiciones militares, i creyendo que le seria posible batir al enemigo a campo raso, sacó de la ciudad cerca de 7,000 soldados, en su mayor parte milicianos, i fué a esperar a los ingleses para impedirles el paso de un rio de poca anchura que corre al sur de Buenos-Aires. Las tropas de Whitelocke se burlaron de esta operacion, flanqueando a Liniers i pasando el rio una legua mas arriba. Esta evolucion casi cortó al ejército arjentino impidiéndole penetrar a Buenos-Aires (1.° de julio). Hubo un momento en que la victoria de los ingleses pareció inevitable: los soldados arjentinos volvieron a Buenos-Aires en desórden, i Liniers mismo, creyendo perdida la ciudad, se habia alejado con alguna caballería para preparar la resistencia en otra parte.

En la noche todo cambió de aspecto. Los ingleses habian cometido la falta de no atacar la ciudad de improviso aprovechandose del desórden producido en el ejército de Liniers, i bastaron unas pocas horas para que cambiara la situacion. Un alcalde de Buenos-Aires, don Martin de Alzaga, español de nacimiento dotado de una enerjía estraordinaria, pasó la noche en vela preparando la defensa de la ciudad. Reconcentró las tropas en la plaza i en las calles inmediatas, hizo en éstas cortaduras profundas, distribuyó la artillería i dió aviso de todo a Liniers para que viniera a hacerse cargo de la defensa. Los soldados fueron repartidos en las azoteas i balcones de las casas; i al amanecer del 2 de julio, Buenos-Aires se encontraba en estado de defensa. Despues de inútiles negociaciones para obtener la rendicion de la ciudad i de algunas escaramusas de poca importancia, los ingleses se prepararon para dar el asalto (5 de julio). Su ejército, dividido en ocho columnas, debia penetrar simultáneamente en la ciudad, i marchar paralelamente hasta el centro de ella, en donde operarian un movimiento de conversion sobre la plaza central. El combate fué terrible desde el primer momento. Los ingleses desplegaron gran valor en el ataque, pero los defensores de la ciudad se batieron tambien heroicamente. Desde las azoteas i balcones i desde las barricadas que habia preparado el alcalde Alzaga, hacian sobre los asaltantes un fuego tan terrible como bien dirijido; i cuando la noche puso término al combate, los ingleses habian perdido 1,130 hombres entre muertos i heridos i 1,500 prisioneros, de los cuales 120 eran oficiales. El combate se renovó en la mañana siguiente; pero los ingleses se batian solo para llenar

un deber militar i no con la esperanza de vencer: los arjentinos, por el contrario, estaban seguros de que bastaba un último esfuerzo para derrotar al enemigo.

En efecto, el jeneral ingles quiso capitular ántes de medio dia. Un parlamentario propuso a Liniers la suspension del combate i la devolucion de los prisioneros, quedando comprometido Whitelocke a evacuar a Buenos-Aires en el término de 48 horas, a entregar a Montevideo i a retirarse con todas sus tropas del rio de la Plata ántes de dos meses. La capitulacion fué ratificada el 7 de julio; i los ingleses le dieron el mas puntual cumplimiento.

Esta espléndida victoria fué mui aplaudida en todas las colonias americanas. Levantáronse suscripciones particulares para remunerar a los soldados vencedores, a los heridos i a los huérfanos, i se hicieron en todas partes fiestas públicas para celebrar el triunfo. En España misma fué mui aplaudida la defensa de Buenos-Aires; pero ella era de mal augurio para la metrópoli: los arjentinos, en efecto, habian comprendido su importancia derrotando soldados veteranos i bien armados, i defendiendo por sí mismos la colonia que el rei de España no habia podido socorrer. Además, las autoridades habian perdido su prestijio; el pueblo habia depuesto un virei, i le habia nombrado un sucesor, preparándose así para una nueva i mas importante lucha (6).

CAPITULO IV.

Revolucion de Méjico.

Invasion de España por los franceses.—Deposicion del virei Iturrigarai.—Nuevas ajitaciones en Méjico.—Hidalgo; el grito de Dolores.—Primera campaña de Hidalgo.—Derrota i muerte de Hidalgo.—La junta de Zitácuaro.—Nuevas victorias de Calleja.—Continuacion de las operaciones militares; Calleja nombrado virei de la Nueva-España.—Congreso de Chilpancingo; prision i muerte de Morélos.

(1808—1815)

INVASION DE ESPAÑA POR LOS FRANCESES.—La revolucion americana se venia preparando, como dejamos

(6) La historia de las invasiones inglesas en el rio de la Plata ha sido narrada por don Luis Dominguez en su *Historia Arjentina*, por el jeneral Mitre en su exelente *Historia de Belgrano*, por don Ignacio Nuñez en sus *Noticias históricas*, i en varios libros ingleses, el mas notable de los cuales fué publicado en Lóndres sin nombre de autor en

dicho, desde algunos años atras; pero el espíritu de insurreccion no se habia jeneralizado aun en las masas; i la autoridad española conservaba todavía su poder i su prestijio en las colonias. Era necesario que circunstancias estraordinarias vinieran a dar un pretesto al movimiento revolucionario para operar a su sombra el cambio radical que debia convertir en repúblicas independientes las colonias del rei de España.

Esas circunstancias se presentaron en 1808. La metrópoli, reducida a un estado de grande abatimiento i postracion, habia marchado uncida a la política francesa, tomando por lo tanto armas en las costosas guerras del consulado i del imperio. En esas guerras cupo a la España la peor parte; de modo que miéntras perdia su escuadra en Trafalgar, sus colonias i su comercio eran amenazados por las naves inglesas. Sacudida un momento del letargo a que la redujeron los monarcas de la casa de Austria, por el impulso artificial que supo imprimirle Cárlos III, la España habia vuelto a su decadencia bajo el reinado de su hijo i sucesor. Cárlos IV, rei imbécil que fué siempre juguete de un indigno favorito, así como éste lo fué de Napoleon que lo manejaba fácilmente estimulando sus ambiciosas aspiraciones a una monarquía, Cárlos IV, repetimos vió llevar su reino al borde de un abismo sin poseer ni el talento ni la enerjía necesarios para salvarlo de su ruina. La corte, teatro de escándalos de toda especie, habia visto al hijo del rei i heredero de la corona conspirar contra su padre i a la reina pidiendo el castigo de su hijo para satisfacer a Godoi, el favorito de los reyes. Napoleon, entre tanto, habia estimulado mañosamente estas discordias, haciendo concebir a ámbos, al príncipe i al favorito, la esperanza de su proteccion; i cuando ya creyó suficientemente preparado el terreno para consumar sus planes, dispuso la invasion de la península por un ejército frances bajo frívolos pretestos, i por último, arrebató al rei i al príncipe la corona de España, para elevar a uno de sus hermanos al trono español. La resistencia nacional se hizo sentir en breve; pe-

1808 con el título de *Notes on la Plata*; pero existen ademas preciosas recopilaciones de documentos con que puede formarse la historia definitiva i completa de aquellos sucesos. Las mas importantes son la que dieron a luz en Montevideo en 1851 los doctores Alsina i Lopez; i las que fueron publicadas en Lóndres en 1808 en las causas seguidas al comodoro Popham (1 volúmen) i al jeneral Whitelocke (2 volúmenes).

ro aquel espantoso cataclismo que estuvo a punto de destruir la autonomía de la España, repercutió violentamente en las colonias i produjo el movimiento revolucionario que las llevó a su separacion.

DEPOSICION DEL VIREI ITURRIGARAI.—Las noticias de estos sucesos llegaron a Méjico gradualmente, produciendo siempre una impresion proporcionada a su importancia. En junio de 1808 se supo que Cárlos IV, en virtud de una revuelta, habia abdicado la corona; que el favorito Godoi, despues de salvar con gran dificultad su vida de la zaña popular, estaba en desgracia, i que habia sido proclamado rei el príncipe de Asturias, con el nombre de Fernando VII. Estas ocurrencias, mui celebradas en España, en donde se creia que el nuevo monarca iba a iniciar una polítca mas liberal i mas digna, fueron tambien mui aplaudidas en Méjico; pero el virei, don José de Iturrigarai, que veia el principio de su desgracia en la caida de Godoi, no pudo ocultar su descontento, i aun demoró la publicacion de esas noticias.

Iturrigarai era un hombre activo, que habia fomentado la prosperidad de la Nueva España; pero la codicia de él i de su familia, que lo habia precipitado a actos indignos, habia producido su desprestijio. Su conducta reservada al saberse la abdicacion de Cárlos IV, o mas bien su descontento por este suceso, fué para él el oríjen de mayores dificultades. Poco tiempo despues, llegaron a Méjico nuevas noticias de España. Súpose entónces que la península habia sido invadida por Napoleon, que Fernando VII habia sido llevado a Bayona i que allí habia abdicado la corona. Estas nuevas ocurrencias produjeron, como era natural, una grande ajitacion. Se trataba de saber como debia gobernarse el vireinato en tan difíciles circunstancias. Parece que la real audiencia pensó en que convenia establecer en Méjico una rejencia confiada a don Pedro, infante de Portugal, que entónces se hallaba en el Brasil; pero el ayuntamiento de la capital hizo al virei una representacion para pedirle la formacion de un gobierno supremo provincial, semejante a las juntas que se formaban en España para organizar la defensa nacional, haciéndole entender que esa junta seria meramente consultiva i que el virei quedaria siempre a la cabeza de los negocios.

No era difícil ver en tan encontradas exijencias el nacimiento de dos partidos poderosos que comenzaban a divi-

dirse la opinion del vireinato. Los oidores de la audiencia, representantes jenuinos de los intereses españoles, divisaban en aquella situacion un peligro para la estabilidad de su soberanía. El ayuntamiento, representante del elemento criollo o mejicano, creia que aquellas circunstancias eran favorables para dar a la colonia una vida propia. En medio de esta contraposicion de intereses, el virei parecia vacilar; pero notando que la audiencia i el partido español pretendian avasallarlo completamente, se manifestaba inclinado a acceder a las influencias del ayuntamiento. Iturrigarai, sin embargo, habia tenido que ceder a las exijencias de la opinion manifestando que desconocia el gobierno intruso de los franceses en España, i aun quemando la correspondencia del mariscal Murat encargado accidentalmente del gobierno de la península; pero se asegura que conservó el decreto de confirmacion de su nombramiento de virei espedido por Murat, a fin de estar prevenido para cualquier evento. El proyecto de los cabildantes no dejaba de halagarlo; i al fin convino en convocar una reunion de corporaciones para discutir si convenia o no la creacion de una junta. En aquella reunion el partido español estaba en mayoría; pero la discusion de tan graves negocios, a pesar de haberse acordado que fuera completamente privada, produjo cierto movimiento en la opinion pública que infundió sérios temores a los españoles.

En esas circunstancias, un caballero vizcaíno, don Gabriel de Yermo, que gozaba de gran prestijio por su fortuna i por la actividad que habia desplegado en grandes empresas industriales, concibió el atrevido proyecto de deponer al virei de acuerdo con la real audiencia i con los altos empleados españoles. Aunque esta conspiracion fué conocida de muchos, se mantuvo con tanta reserva que el virei solo tuvo noticias tan vagas que no les dió importancia alguna. Yermo, entre tanto, preparaba el golpe con toda actividad; fijó para darlo la noche del 15 de setiembre (1808), se puso de acuerdo con el oficial que hacia la guardia en el palacio del virei, i reunió cerca de 300 españoles, dependientes de comercio en su mayor parte, a cuya cabeza invadió el palacio. Eran las doce de la noche; el virei se habia recojido a su cama sin sospechar el peligro que le amenazaba, i solo un infeliz soldado que trató de oponer alguna resistencia fué muerto de un balazo que le disparó uno de los conjurados. El virei cayó prisionero sin dificultad alguna, i fué conducido al palacio de la inquisicion.

La vireina, con una hija i un hijo pequeño, fueron trasladados a un convento de monjas.

Poco tiempo despues, el 6 de diciembre del mismo año, fué remitido a España, en donde fué procesado por el delito de alta traicion. Iturrigarai encontró vehementes acusadores como tambien apasionados defensores; pero quedó preso hasta octubre de 1810 cuando, reunidas las cortes españolas, decretaron que "se olvidase todo lo anteriormente ocurrido en las turbaciones políticas de algunas provincias de América i de Asia." Amnistiado de esta manera, el ex-virei fué sometido entónces al juicio de residencia, del cual resultó que se le obligara a pagar 384,000 pesos por perjuicios irrogados a algunas personas i por cantidades ilegalmente percibidas por él durante su gobierno.

Nuevas ajitaciones en Méjico.—Despues de la deposicion del virei se trató de saber quien deberia reemplazarlo en el mando. En la misma noche en que se consumó aquel golpe de mano, se reunieron los oidores de la audiencia, el arzobispo de Méjico i otras autoridades que representaban el poder español, i de comun acuerdo declararon depuesto a Iturrigarai; i aunque existia un pliego cerrado en el cual estaba consignado el nombramiento que el soberano hacia de un sucesor del virei para el caso de muerte o ausencia, la audiencia creyó que ese nombramiento debia ser hecho por la influencia del favorito Godoi, i que por lo tanto no debia tomarse en cuenta. Por cédula de 30 de octubre de 1806, el rei habia dispuesto que, en caso de muerte o ausencia de alguno de los gobernadores de América, tomase el mando el militar de mayor graduacion. En vista de esta disposicion, la junta confió el gobierno al mariscal de campo don Pedro Garibai, hombre anciano i débil, que por su carácter debia marchar sometido a la influencia del supremo tribunal. En la mañana siguiente, se anunció en una proclama la revolucion operada por la audiencia, declarándola ejecutada por el pueblo mejicano.

El bando español habia jugado una partida peligrosa, enseñando a los mejicanos el camino para deponer un virei; i para invocar el nombre del pueblo en justificacion de un complot. Desde luego, su conducta produjo una profunda impresion en todo el vireinato. Iturrigarai encontró ardientes defensores entre los mejicanos, i estos acusaban a la audiencia i a los españoles de haber consumado la revolucion con miras estrechas i por el solo deseo de dominar con su influencia al nuevo virei. De este modo, la deposicion de

Iturrigarai, léjos de afianzar la tranquilidad, aumentó el descontento i preparó los ánimos para nuevas luchas.

Los consejeros del virei Garibai indujeron a éste a decretar la prision de varios mejicanos, dos de ellos miembros del cabildo de la capital que se habian señalado por sus esfuerzos para la formacion de una junta de gobierno. Algunos de esos presos fueron remitidos a España i otros murieron en las cárceles no sin sospecha de haber sido envenenados. Garibai, que se habia hecho antipático al pueblo por su docilidad para ceder a las sujestiones de la audiencia, descontentó tambien al partido español por su falta de enerjía para reprimir con mano de fierro toda manifestacion de descontento. Aquel infeliz anciano, juguete de pasiones que no comprendia, gobernó diez meses en medio de desconfianzas i sobresaltos, temiendo verse depuesto por los mismos hombres que lo habian elevado al gobierno.

Por fin, la junta central que gobernaba en España, creyó que convenia dar mas consistencia al gobierno del vireinato; i al efecto, confió el mando al arzobispo de Méjico, don Francisco Javier de Lizana i Beaumont, quien se recibió del poder el 19 de julio de 1809. Este nuevo funcionario, hombre no ménos débil aunque mas caracterizado que Garibai, pasó su gobierno en constantes vacilaciones, i como su antecesor, se ocupó principalmente en recolectar fondos por via de donativos i de préstamos para ausiliar al gobierno español en la guerra de la independencia en que se hallaba empeñado. Era tal la riqueza de aquel vireinato, que no fué difícil reunir en poco tiempo cantidades mui considerables de dinero. Hubo comerciante que prestó por sí solo la suma de 200,000 pesos, i muchos otros que contribuyeron con cantidades menores.

El gobierno del arzobispo fué mucho mas ajitado de lo que convenia a los intereses de España en aquellas circunstancias. Las pretensiones siempre crecientes de la audiencia i del partido español, mantuvieron al virei en constante inquietud i lo obligaron a dictar medidas violentas, la principal de las cuales fué la prision del oidor Aguirre, al cual, sin embargo, tuvo que poner en libertad ántes de embarcarlo para España, como lo habia pensado. Al mismo tiempo descubrió una conspiracion en la ciudad de Valladolid, tramada por algunos mejicanos, para preparar la independencia del pais. I como si todo esto no bastase para mantener viva la ajitacion, las noticias que llegaban de la península, referentes a los desastres de las armas españolas

i a la invasion francesa en las Andalucías, iban a producir la turbacion i el sobresalto. La rejencia, recien organizada en la metrópoli, conoció el peligro que amenazaba a la dominacion española en Méjico; i queriendo robustecer la autoridad, acordó separar al arzobispo del mando del vireinato, i confiar el gobierno a la audiencia, cuya fidelidad i cuya resolucion no podian ser dudosas. Lizana entregó el mando a sus sucesores el 8 de mayo de 1810.

La audiencia, sin embargo, no gobernó el vireinato con mayor habilidad que el arzobispo. Bajo su gobierno se tramó una conspiracion que dió oríjen a la guerra de la independencia mejicana; pero la rejencia, creyendo tranquilizar sus colonias de América con medidas conciliadoras i manifestando sus deseos de reformar el sistema administrativo de América, confió el vireinato de Méjico al jeneral don Francisco Javier Venegas, gobernador de Cádiz en aquella época, que se habia distinguido como militar en la guerra contra los franceses. El nuevo virei llegó a Vera-Cruz, en agosto de 1810; i pocos dias despues, el 13 de setiembre, se recibió del mando del vireinato e hizo su solemne entrada en Méjico. La rejencia, creyendo que los personajes que intervinieron en la deposicion de Iturrigarai gozaban de una influencia ilimitada, habia tratado de atraérselos con la concesion de títulos i honores. Venegas era el portador de estos premios, i se apresuró a repartirlos como un arbitrio que habia de estimular la fidelidad del vireinato; pero ni él ni la rejencia conocian la revolucion radical que se habia operado en las ideas, ni sospechaban que en esos mismos momentos existia en Méjico una profunda division que se iba a manifestar en breve.

Hidalgo; el grito de Dolores.—Cuando Venegas se recibia del mando del vireinato, la lucha comenzaba en el correjimiento de Querétaro, situado al norte de Méjico. La conspiracion mal apagada en Valladolid el año anterior, habia encontrado allí decididos partidarios. El correjidor de la provincia, don Miguel Dominguez, i los oficiales de la guarnicion, don Ignacio Allende i don Juan Aldama, eran de este número. Habíanse puesto de acuerdo con un eclesiástico llamado don Miguel Hidalgo, que desempeñaba el curato del pequeño pueblo de Dolores. Hidalgo contaba en aquella época sesenta i tres años de edad, gozaba de una renta de ocho mil pesos anuales que le proporcionaba su curato, i vivia consagrado al cultivo del campo i al

desarrollo de algunos ramos de industria, como la crianza de gusanos de seda, por que tenia particular aficion, i al estudio de algunos libros mui poco conocidos en el vireinato. El pacífico cura traducia el frances, cosa mui rara en las colonias españolas; pero si el estudio de esta lengua le habia permitido conocer teorías políticas i revolucionarias, Hidalgo las habia ocultado siempre con gran cuidado para no despertar las sospechas de las autoridades.

Los conspiradores tenian el proyecto de realizar la independencia de la Nueva España; i aunque no habian pensado detenidamente en la forma de gobierno que debian adoptar, estaban de acuerdo en que era necesario desenvolver sus planes con mucha cautela. La revolucion debia estallar en Querétaro el 1.° de octubre de 1810; pero los conspiradores habian tenido que comunicar su secreto a diversas personas, una de las cuales, don Mariano Galvan, que hacia de secretario en las juntas de los conspiradores, dió el primer aviso del complot, que fué comunicado inmediatamente a la audiencia de Méjico. Otro de los comprometidos, don Joaquin Arias, creyendo libertarse de toda persecucion, se hizo en seguida el denunciador de sus compañeros. La audiencia dictó entónces las medidas convenientes para reprimir en jérmen el movimiento revolucionario.

Los conjurados tuvieron noticia del peligro que los amenazaba, i los que no cayeron presos en el primer momento no pensaron mas que en ponerse en salvo. Aldama i Allende fueron a la villa de Dolores a conferenciar con Hidalgo sobre los peligros de su situacion. En la noche del 15 de setiembre el cura fué invitado por sus compañeros para emprender la fuga a fin de salvarse del riesgo que corrian. Hidalgo, sin embargo, no aceptó este arbitrio; i con una resolucion estraña en su edad, en su estado i en su carácter pacífico hasta entónces, reunió algunos de sus amigos, puso en libertad a los presos de la cárcel amenazando con una pistola al alcaide de ella, i juntó así un cuerpo como de ochenta hombres mal armados, que debian ser la base de la revolucion mejicana. En el mismo momento apresó al subdelegado del pueblo i a algunos españoles que residian en él.

El siguiente dia era domingo. El cura hizo llamar a misa ántes de la hora acostumbrada; i cuando se hubieron reunido sus feligreses, les anunció el cambio efectuado en la noche, i el proyecto que tenia de quitar

el mando del vireinato a los españoles, acusándolos al efecto de abrigar el pensamiento de entregarlo a los franceses. En el momento se le reunieron muchos campesinos, de tal modo, que en aquella misma mañana pudo juntar una fuerza como de trescientos hombres mal armados, pero dispuestos a seguirlo a cualquiera parte. El estandarte de la insurreccion fué una imájen de la vírjen de Guadalupe, que era mui venerada por los indios de Méjico. En las banderas escribió el siguiente lema: ¡Viva Fernando VII i muera el mal gobierno! a que agregaban los rebeldes, mueran los gachupines! (españoles).

El *grito de Dolores*, tal es el nombre con que la historia de Méjico recuerda el primer acto de su revolucion, fué secundado inmediatamente por las poblaciones vecinas. El mismo dia 16 de setiembre, Hidalgo se puso en marcha para la ciudad de San Miguel el Grande, en donde penetró al anochecer sin resistencia alguna. Llevaba consigo los españoles que habia tomado prisioneros, i en el camino se le reunieron muchos voluntarios atraidos por la licencia que el jefe rebelde les daba para saquear las propiedades de los españoles. Un rejimiento de caballería, que guarnecia a San Miguel, se plegó a las banderas de la rebelion.

Primera campaña de Hidalgo.—El cura rebelde comprendia bien que le era necesario obrar con grande actividad para no dar tiempo a que las autoridades españolas preparasen la resistencia. El 20 de setiembre se presentó delante del pueblo de Zelaya, i habiendo intimado al cabildo con que haria degollar a los prisioneros españoles tomados en Dolores i San Miguel si se le oponia la menor resistencia, penetró en él el siguiente dia. Allí engrosó sus tropas con la guarnicion que habia i se hizo proclamar jeneral del ejército insurrecto. El capitan Allende fué nombrado su teniente jeneral.

La noticia del levantamiento de Dolores produjo en Méjico una profunda impresion. El virei Venegas, recien llegado al pais i confundido con la defeccion de algunos cuerpos de tropas, no sabia a donde volver los ojos ni qué medidas tomar para reprimir enérjicamente la naciente insurreccion. Sin embargo, se empeñó particularmente en reunir algunos cuerpos del ejército en la ciudad de Querétaro, al sur de los lugares ocupados por Hidalgo, i por lo tanto en el camino que éste debia recorrer para llegar a Méjico. Las autoridades de la capital al mismo tiempo hicieron gala de su fidelidad a la causa real. Un obispo lanzó

contra Hidalgo una escomunion mayor, la inquisicion lo declaró hereje, emplazándolo para que hiciera su defensa bajo pena de quemarlo en efijie, la universidad i todas las corporaciones literarias publicaron manifiestos i proclamas para defender al gobierno español contra las acusaciones que pudieran hacerle los rebeldes.

Hidalgo se inquietó mui poco con todo esto. Como las autoridades de Méjico, él a su vez habia invocado el nombre de la relijion para ganarse partidarios; i en lugar de marchar contra Querétaro, en donde el virei reconcentraba algunas tropas, se dirijió al norte para ocupar la ciudad de Guanajuato, depósito de las riquezas minerales de aquella provincia. El intendente de ella, don Juan Antonio Riaño, estaba dispuesto a resistir a todo trance, i al efecto habia construido precipitadamente algunas trincheras para su defensa, i reunido todos los elementos militares de que podia disponer. El 28 de setiembre se acercaron los rebeldes a la ciudad en número de cerca de 20,000 hombres, en su mayor parte indios armados solamente con lanzas, palos, hondas i flechas. El ataque fué dirijido con toda impetuosidad: el intendente, que en esos momentos desplegó un valor digno de mejor suerte, sucumbió uno de los primeros de un balazo; i su muerte introdujo la turbacion i la anarquía entre los defensores de la ciudad. Atacados por todas partes, se vieron obligados a replegarse a la alhóndiga o granero público que presentaba las ventajas de una fortaleza. Con todo, nada pudo resistir al empuje de los rebeldes: una gran parte de la poblacion se pronunció por ellos; i allegando fuego a las puertas de aquel edificio, penetraron en él descargando su zaña sobre los españoles que lo defendian. A la matanza se siguió el saqueo de la alhóndiga i de la ciudad entera. Las turbas desordenadas que seguian al cura Hidalgo no reparaban en nada para perpetrar los robos, i ni aun las órdenes de su jefe bastaron para impedir los exesos de aquel dia. Restablecida apénas la tranquilidad, Hidalgo dispuso que fueran encerrados los prisioneros i que se recojiera el poco dinero escapado del saqueo para formar la caja del ejército. Con una actividad verdaderamente maravillosa, estableció allí mismo una fundicion de cañones i una casa de moneda, con la intencion, sin duda, de convertir aquella ciudad en centro de las operaciones subsiguientes.

Pocos dias despues, el 8 de octubre, principió a salir de Guanajuato el ejército de Hidalgo. Componíanlo cerca

de 50,000 hombres de todas armas, pero desprovistos de un número suficiente de fusiles i de toda organizacion militar. Dirijíase a la importante ciudad de Valladolid, en donde los rebeldes esperaban hallar alguna resistencia. Sin embargo, los españoles, creyéndose impotentes para resistir a Hidalgo, abandonaron la ciudad precipitadamente, de modo que el jefe insurjente penetró en ella sin resistencia alguna. Allí hizo Hidalgo que un canónigo, que por ausencia del obispo gobernaba la diócesis, levantase la escomunion que contra él se habia fulminado.

Las fuerzas de los rebeldes se engrosaban cada dia; pero su organizacion i disciplina no ganaban nada. Hidalgo comprendió mui bien que lo que le interesaba era marchar sobre Méjico ántes que pudiera organizarse la resistencia. El virei Venegas habia dispuesto que el brigadier don Félix María Calleja i otros jefes militares, reconcentrasen sus tropas para cerrar a los insurjentes el camino de la capital; pero Hidalgo, conociendo esos aprestos, salió de Valladolid el 19 de octubre en marcha para Méjico. En Acámbaro pasó una revista a sus tropas, i contó 80,000 soldados, que dividió en rejimientos de 1,000 hombres. Allí fué proclamado jeneralísimo del ejército de América, como le llamaban sus tropas, concedió algunos grados a sus jefes subalternos, i él mismo se vistió por primera vez la casaca militar.

Al saber el virei la aproximacion de las tropas de Hidalgo, formó precipitadamente un cuerpo de observacion de 2,000 hombres escasos, i los puso a las órdenes del teniente coronel don Torcuato Trujillo. Este bizarro jefe se atrevió a esperar a los rebeldes en un sitio denominado Las Cruces, a una jornada de Méjico (30 de octubre). No es difícil prever el resultado de este combate: las masas de jente que acompañaban a Hidalgo, aunque faltas de toda disciplina, arrollaron a sus enemigos manifestando un gran valor. Se refiere que los indios se precipitaban a la boca de los cañones i ponian sus sombreros de paja para sujetar las balas. Despues de este combate, Hidalgo fué a acampar a cinco leguas de la capital.

La situacion del virei no podia ser mas crítica. Venegas tenia en Méjico una fuerza de poco mas de 2,000 hombres útiles, i además no estaba seguro de las simpatías de la poblacion. Miéntras tanto, Hidalgo mandaba 80,000 hombres sedientos de saqueo que se habrian precipitado sobre la capital a la primera voz de mando. El virei trató solo de ganar

tiempo para que el brigadier Calleja llegase en su socorro; pero informado Hidalgo de la marcha de éste, i temiendo verse colocado entre dos fuegos, es decir, entre los soldados de Calleja i los defensores de Méjico, levantó su campamento i se retiró precipitadamente. Fué aquel un error que la historia no puede esplicarse satisfactoriamente: se cree que el cura rebelde no tenia plena confianza en sus tropas, que no quiso mancharse con las crímenes de que iba a ser acompañada la ocupacion de la capital o que las rivalidades que comenzaban a jerminar entre sus subalternos lo indujeron a alejarse de Méjico.

Derrotas i muerte de Hidalgo.—Los rebeldes se pusieron en marcha hácia el norte (2 de noviembre). Inmediatamente comenzó la desercion en sus tropas: los indios, cansados con una guerra que no producia los beneficios que esperaban, se volvian a sus casas, causando así una notable disminucion en el ejército de Hidalgo. Entre tanto, el jeneral Calleja habia reunido activamente mas de 6,000 hombres de buenas tropas i marchaba en ausilio de la capital. La guerra se habia encarnizado mucho; i los horrores cometidos por los indios de Hidalgo habian sido seguidos por las violencias perpetradas por los españoles. Las medidas de rigor adoptadas por Calleja habian producido algun desaliento en sus contrarios, de modo que cuando los dos ejércitos se hallaron a la vista en Aculco (7 de noviembre de 1810), las tropas de Hidalgo presentaron una débil resistencia i huyeron despavoridas ante el empuje i la disciplina de los soldados españoles. Los rebeldes perdieron allí su parque de artillería, un número considerable de muertos, que el jeneral español hacia subir mui exajeradamente a 10,000 i 600 prisioneros, que fueron quintados, para fusilar a aquellos a quienes les tocaba la suerte fatal. Los demas fueron condenados a diez años de presidio.

En esa época, el espíritu de insurreccion habia cundido rápidamente en las provincias del norte i del oeste. Las ciudades mas importantes se habian pronunciado por los rebeldes desde que se creyeron apoyadas por un ejército respetable, de tal modo que, aun despues de la derrota de Hidalgo, éste poseia los elementos necesarios para resistir i rechazar al enemigo, i habria podido hacerlo sin las discordias que reinaban en su propio campo i si hubiera poseido los talentos militares que las circunstancias requerian. Hidalgo se habia dirijido a la ciudad de Valladolid, miéntras su compañero Allende, que se manifestaba disgus-

tado con el jeneral en jefe, se habia retirado a Guanajuato. Calleja aprovechó hábilmente esta division marchando con toda rapidez sobre la última de aquellas dos ciudades. La batalla tuvo lugar el 21 de noviembre de 1810: los defensores de Guanajuato no pudieron nada contra el valor i la táctica de los soldados de Calleja. Allende i algunos de los jefes que lo acompañaban escaparon felizmente de la derrota; pero el populacho de la ciudad, viéndolo todo perdido, se aprovechó de la tardanza de Calleja en penetrar en la ciudad para asesinar inhumanamente a los prisioneros españoles que quedaban encerrados en la alhóndiga. Este crímen fué castigado con una dureza inflexible por el jeneral Calleja. A su entrada a Guanajuato se siguieron centenares de ejecuciones capitales, ejercidas no solo sobre los soldados prisioneros sino tambien sobre muchos hombres del pueblo i empleados que habian manifestado simpatías por la causa de los rebeldes. La revolucion mejicana se habia ensangrentado desde el primer dia, i las represalias de los dos bandos eran verdaderamente horribles.

Hidalgo, entre tanto, se habia retirado de Valladolid, i marchando al oeste despues de hacer fusilar muchos prisioneros, ocupó la importante ciudad de Guadalajara, en donde pensaba reorganizar su ejército. Aquí desplegó mas actividad i mayores talentos administrativos i militares, así como una crueldad atroz para infundir terror en sus enemigos. En Guadalajara existia una imprenta. Hidalgo se aprovechó de ella para publicar proclamas i manifiestos en favor de su causa, i un periódico titulado el *Despertador Americano*, en que comenzó a hablar con mas desembozo de la independencia nacional. Estableció su gobierno creando dos ministros secretarios i se rodeó de cierto fausto i esplendor para dar prestijio a su autoridad, que de hecho era ya mui temible. Reorganizó la audiencia establecida en aquella ciudad para tenerla grata a su partido, i queriendo ganarse el apoyo de los Estados-Unidos, despachó a uno de sus parciales, don Pascacio Ortiz de Letona, a solicitar el apoyo del gobierno de Washington. Con igual empeño proveyó a las necesidades de su ejército. Venciendo dificultades estraordinarias, hizo trasportar de la costa del Pacífico, por medio de ásperas montañas i de senderos casi impracticables, pesadas piezas de artillería, fundió otras en Guadalajara i construyó muchas armas para el servicio de sus tropas. Hidalgo tenia gran confianza en el poder numérico de su ejército, i se empeñó particularmente

en reunir indios de los paises ocupados por los rebeldes mas bien que en disciplinarlos. Sus tropas alcanzaron otra vez a la enorme cifra de cerca de 100,000 hombres.

En medio de estos aprestos, el cura rebelde desplegó una vez mas las dotes de su carácter terrible. Supuso o sospechó que los realistas que mantenia prisioneros tramaban una conspiracion; i para infundir terror, dispuso la ejecucion no sólo de los presos sino tambien de todos los españoles que sus soldados pudieron hallar. Estos asesinatos eran perpetrados de noche, fuera de la ciudad, en sitios apartados, en donde los presos eran degollados inhumanamente. El número de víctimas alcanzó a 300. Hidalgo, ademas, repitió a sus subalternos órdenes terminantes para que ejecutaran igualmente a todos los españoles.

Miéntras tanto, las tropas de Calleja marchaban resueltamente sobre Guadalajara. El cura Hidalgo no quiso esperarlas en la ciudad; i sacando de ésta todas sus fuerzas, fué a situarse a una altura que dominaba un riachuelo llamado de Calderon, que tenian qué atravesar los realistas en su marcha. Aprovechándose de las ventajas de aquella posicion, Hidalgo distribuyó hábilmente los 67 cañones de que constaba su artillería, colocó a retaguardia sus infantes i jinetes i esperó resueltamente a los enemigos. El 17 de enero de 1811 el ejército de Calleja, fuerte de 6,000 hombres, se acercó a las ventajosas posiciones de los insurjentes. La batalla se empeñó desde luego, pero estuvo indecisa durante seis horas. Los realistas comenzaban a ceder creyéndose impotentes para vencer las posiciones de Hidalgo, cuando el jeneral español reunió una columna i a su cabeza cargó resueltamente contra el centro del ejército enemigo. Aquel movimiento fué decisivo: los rebeldes abandonaron el campo precipitadamente i en todo desórden, dejando un gran número de muertos i de prisioneros. Los realistas tuvieron solo 40 muertos i 70 heridos.

Parece incomprensible el resultado de las primeras batallas de la revolucion de Méjico, i mucho mas el de las de Aculco i Calderon. Pero la causa de los grandes desastres que sufrieron los insurjentes se encuentra en la organizacion de su mismo ejército. Careciendo de un número competente de fusiles, suplian su falta con cañones, imperfectamente construidos i situados en alguna eminencia. Detras de ellos colocaban masas informes de indios con pocos fusiles i muchas hondas, i a los costados espesos grupos de jente de caballería armados con lanzas, pero desprovistos de toda instruccion

militar. Los realistas, por el contrario, tenian tropas mucho ménos numerosas, pero estaban formadas sobre la base de cuerpos de línea, bien provistas de armamento i regularmente disciplinadas. Cuando se presentaban en el combate, "los insurjentes rompian sobre ellos un fuego que era casi siempre desacertado, porque los cañones apénas podian variar la puntería por la mala construccion de las cureñas, i miéntras los realistas casi no perdian tiro, acestándolos a una gran muchedumbre cuyo estrago aumentaba el terror, los fuegos de los insurjentes eran poco mas que puras salvas sin causar daño alguno al enemigo. Las tropas reales, alentadas por la poca pérdida que esperimentaban, cargaban con denuedo, cuando por el lado opuesto los insurjentes, con la que habian sufrido, estaban ya sobrecojidos de terror i prevenidos para la fuga, al ver aproximarse las columnas de ataque de sus contrarios. Los jefes de éstos multiplicaban sus fuerzas, moviéndolas fácilmente a donde convenia, i aprovechaban las ocasiones que la série de los sucesos de una batalla les presentaba" (1). Los jefes insurjentes, por el contrario, no acertaban a hacer nada de esto por falta de instruccion militar, i mas aun por la indisciplina de sus soldados; i desde que éstos principiaban a vacilar, ellos pensaban en retirarse, i toda retirada era convertida en breve en una fuga desordenada.

Estas victorias de los realistas habian sido acompañadas por otros sucesos no ménos favorables a su causa. Valladolid cayó en poder de una division española, i la guerra parecia tomar en todas partes un aspecto desfavorable a los rebeldes. Los jefes vencidos en Calderon creyeron que solo una activa retirada podia salvarlos de su completa ruina; i en efecto, emprendieron la marcha a las provincias del norte con el propósito de penetrar en los Estados-Unidos. Las rivalidades de ámbos jefes, reanimadas despues de la derrota, se hicieron sentir con mayor violencia en esta marcha. Allende obligó a su compañero a renunciar en su favor el título de jeneralísimo; pero ámbos parecian estar de acuerdo en ejecutar a todos los españoles que encontraban en su camino, en represalia de las crueldades que cometian los vencedores i las tropas realistas que marchaban en su persecuimiento. En el pueblo de Monclova se tramó una conspiracion contra los fujitivos; i el 21 de marzo, en el

(1) Alaman, *Historia de la revolucion de Méjico*, lib. II, cap. VII, tom. 2.°, páj. 131 i sig.

lugar denominado las Norias de Bajan, el coronel don Ignacio Elizondo, que habia militado en las filas de la insurreccion, llevó a cabo el complot apresando a los jefes insurrectos i dando muerte a todos los que quisieron oponer alguna resistencia. De allí fueron conducidos al pueblo de Chihuáhua para ser sometidos a juicio. El resultado de aquel proceso no podia ser dudoso. Despues de muchos interrogatorios i dilijencias para obtener sus declaraciones, los principales autores del movimiento de 1810 fueron condenados a muerte. Allende i algunos de sus compañeros fueron fusilados el 20 de junio. Cuarenta dias despues, el 1.º de agosto de 1811, despues de haber pasado por la degradacion de su carácter sacerdotal, sufrió igual pena el cura Hidalgo. Las cabezas de todos ellos fueron cortadas i colocadas en escarpias en la ciudad de Guanajuato para escarmiento de los que en adelante intentaran sublevarse.

La junta de Zitácuaro.—Las derrotas sufridas por los rebeldes no habian estinguido la revolucion mejicana. Calleja habia entrado a Guadalajara, donde ejerció severas venganzas; i otros jefes realistas habian ocupado fácilmente una gran porcion del pais de que se enseñoreaban los insurjentes; pero ni estos triunfos, ni los castigos terribles de que iban acompañados, habian disminuido el entusiasmo por la causa de la revolucion. Es cierto que ésta no gozaba de gran prestijio entre las clases acomodadas de la sociedad mejicana, i que los horrores i depredaciones de que iban acompañadas las correrías de los insurrectos, si bien les atraian el apoyo de la jente perdida i desalmada, los privaban de la cooperacion de hombres mas importantes. A pesar de todo, los rebeldes encontraron siempre elementos para prolongar la lucha por mucho tiempo mas, i quedaron dominando una vasta estension de territorio en que los realistas solo eran dueños de los pueblos que ocupaban.

Cuando los fujitivos de la batalla de Calderon se retiraban hácia el norte, Hidalgo dejó el mando de algunas fuerzas a cargo de uno de sus secretarios de gobierno, el licenciado don Ignacio Rayon, quien alcanzó a reunir cerca de 40,000 hombres, i mantuvo la guerra con resultado vario, o mas bien, desfavorable a su causa en las provincias del norte. Los españoles habian tratado de militarizar el pais para encontrar recursos con que hacer frente a la guerra que se les hacia, de modo que la resistencia llegó a hacerse jeneral tomando la lucha un carácter mucho mas cruel todavía.

Miéntras tanto, en el sur del territorio mejicano comenzaba a aparecer otro caudillo independiente que debia ilustrarse notablemente en aquella guerra. Era éste don José Maria Morélos, cura tambien, como Hidalgo, pero dotado de un carácter mas elevado i distinguido. Morélos contaba entónces cuarenta i cinco años de edad: habia nacido en Valladolid de padres mui pobres, i despues de haber hecho algunos estudios en un colejio de que era rector el mismo cura Hidalgo, abrazó la carrera eclesiástica i obtuvo un curato que producia una escasísima renta en la provincia de Valladolid. En los primeros dias de la insurreccion mejicana se presentó a Hidalgo a ofrecerle sus servicios i éste le encargó que propagara el movimiento en las provincias meridionales.

Morélos, ménos ilustrado que su jefe, pero mucho mas hábil i sagaz, no tenia como él una confianza ciega en las masas indisciplinadas. Creia que un número reducido de soldados, bien ejercitados en el manejo de las armas, valia mas que una turba de indios inespertos en el servicio militar i dispuestos a desbandarse en el primer encuentro. Morélos comenzó su campaña con unos pocos hombres, aumentólos lentamente, disciplinándolos con particular cuidado i atacando las divisiones enemigas solo cuando podia hacerlo con ventaja, de sorpresa ordinariamente, i siempre con tan buen resultado que, despues de batir a los españoles, se proveyó de buen armamento para sus tropas. En estas campañas empleó Morélos todo el año de 1811: su nombre tan oscuro poco ántes, llegó a hacerse célebre por el temor que inspiraba a los españoles i por sus constantes triunfos. Morélos, ademas, era mucho mas humano que Hidalgo, i en sus operaciones militares respetaba las propiedades de los enemigos, no haciendo uso de ellas sino para satisfacer las mas premiosas necesidades de su ejército.

Este espíritu de insurreccion cundió hasta la misma capital. Un abogado, don Antonio Ferrer, tramó una conspiracion para apoderarse del virei, sacarlo de Méjico i aprovechar el desórden jeneral en favor de su causa. Este complot, descubierto el mismo dia en que debia ejecutarse (3 de agosto de 1811), fué castigado con estraordinaria severidad. Ferrer i sus principales cómplices fueron condenados a muerte por los tribunales de Méjico, i a peticion de las corporaciones de la capital.

A pesar de las ventajas alcanzadas, la revolucion mejicana carecia de órden i concierto, i los jefes de sus tropas proce-

dian en todo aisladamente, sin poder imprimir a sus trabajos la unidad necesaria para asegurar su triunfo. Rayon, que se habia establecido en la ciudad de Zitácuaro, en la provincia de Valladolid i que habia rechazado un ataque de los realistas, creyó poder dar direccion al movimiento formando una junta de gobierno que asumiera el mando político i que dirijiera las operaciones militares. El 19 de agosto de 1811 se instaló esta junta, cuyo presidente fué el mismo Rayon, i sus vocales don José María Liciaga, i el cura don José Sixto Verdusco. Esta junta, queriendo tener grato a Morélos, lo declaró su cuarto miembro. La junta manifestó que gobernaria en el nombre de Fernando VII, supercheria que reprobó desde luego el cura Morélos.

La creacion de la junta de Zitácuaro era sin duda un paso hábilmente meditado; pero no bastó para poner término a la desorganizacion de los revolucionarios. Muchos jefes rebeldes desconocieron su autoridad; i otros, como Morélos, manifestaron por ella una deferencia puramente nominal. Despues de su instalacion, la guerra se mantuvo con gran constancia i tenacidad, pero las operaciones no recibieron todo el impulso que necesitaban.

Nuevas victorias de Calleja.—En ese estado se pasó todo el año de 1811. La guerra se hacia con grande encarnizamiento, pero sin resultado definitivo. El virei creyó que debia obrar enérjicamente contra la junta de Zitácuaro, que si no mandaba, en efecto, en todo el pais, se daba a lo ménos el aire de dirijir la operaciones militares. Comisionó para esta empresa al jeneral Calleja, que gozaba de la reputacion de grande habilidad, i que era mui temido de los insurjentes por sus crueldades. Rayon habia rechazado los diversos ataques que se dirijian contra Zitácuaro; pero Calleja reunió sus mejores tropas, i despues de una marcha sumamente penosa, cayó sobre la ciudad por unas alturas inmediatas, desde donde hacia imposible toda resistencia. Los rebeldes se vieron precisados a abandonar la ciudad, i aunque fueron perseguidos por los realistas que les tomaron muchos prisioneros, lograron salvarse, reunir los dispersos i reorganizarse en Sultepec (2 de enero de 1812).

Calleja quiso vengar en Zitácuaro las derrotas que ántes habian sufrido las armas reales, i al efecto mandó fusilar inmediatamente diez i nueve prisioneros, i tres dias despues, el 5 de enero, publicó un bando por el cual mandaba que evacuasen la ciudad todos sus pobladores para reducirla a cenizas. Despues del saqueo de sus casas por el ejército rea-

lista, fueron incendiadas con horrenda ferocidad, así como varios pueblos de indios de las inmediaciones, confiscadas las tierras i privados los indios de los privilejios concedidos anteriormente.

Aquel triunfo fué mui aplaudido por los realistas. Creyóse jeneralmente que la toma de Zitácuaro importaba la ruina de la revolucion mejicana; i Calleja mismo, mui envanecido con sus victorias, se persuadió fácilmente de que habia vencido la rebelion; i haciendo renuncia del mando del ejército, marchó a Méjico en donde fué recibido triunfalmente. Pero quedaba todavía Morélos en el sur a la cabeza de algunas tropas regulares i resuelto como ántes a llevar a cabo la empresa en que con tanto vigor i decision se habia empeñado.

Despues de repetidas victorias sobre los realistas, Morélos ocupó el pueblo de Cuautla al sur de Méjico; i allí tuvo que resistir a las tropas españolas que el virei sacó de la capital. Calleja mandaba estas fuerzas: al principio creyó que bastaria presentarse al enemigo para batirlo; pero Morélos desplegó en aquellas circunstancias tanta tenacidad como audacia. Aunque desprovisto de fortificaciones, sostuvo el sitio durante sesenta i cinco dias, batiéndose con frecuencia i rechazando los ataques del enemigo. Por fin, el hambre i las enfermedades hicieron lo que Calleja no habia podido conseguir. El 2 de mayo de 1812, aprovechándose de la oscuridad de la noche, Morélos evacuó la ciudad llevando consigo todos sus pobladores; i ejecutó este movimiento con tanta prudencia, que los españoles no pudieron impedirlo i se limitaron solo a perseguir a los rebeldes matándole un gran número de jente inerme que seguia las tropas.

Continuacion de las operaciones militares; Calleja nombrado virei de la Nueva España.—El término del sitio de Cuautla no tuvo grandes consecuencias en la suerte de la guerra. Morélos se retiró al sur derrotando diversas partidas realistas i ocupando sucesivamente muchas plazas mas o ménos importantes. La toma de Acapulco, el puerto mas bien defendido que poseia el vireinato en el mar Pacífico, ejecutada en abril de 1813, señala la época del mas alto poder militar del cura Morélos.

Al mismo tiempo, otros jefes insurjentes recorrian diversas partes del territorio mejicano inquietando a los españoles, i atacándolos cuando podian hacerlo con ventaja, de manera que el virei solo contaban con seguridad con

las ciudades de Méjico, Veracruz i Puebla i aquellos lugares que ocupaban sus tropas. Un jefe rebelde, don Guadalupe Victoria, inteceptaba las comunicaciones con Veracruz paralizando el comercio. Otro, don Manuel de Mier i Teran, mantenia una division en la intendencia de Puebla, miéntras otro jefe, apellidado Osorno, recorria la de Méjico, i Rayon con sus compañeros molestaba a los realistas en las provincias de Guanajuato, Guadalajara, Zacatécas, Valladolid i otras. El virei se veia obligado a mantener sobre las armas 84,000 hombres de tropas i de milicias, para hacer frente a las necesidades de la guerra.

La guerra se hacia con el mismo o mayor encarnizamiento que ántes. Rara vez se perdonaba la vida de los prisioneros; i en medio de estas sangrientas represalias, los realistas se manifestaron todavía mucho mas feroces que sus adversarios. Creian que los insurrectos no estaban amparados por los principios de moderacion i de humanidad que siempre reglan las relaciones de los belijerantes, i se juzgaban autorizados para esterminarlos como malhechores i bandidos. Merece particular mencion un rasgo de noble heroicidad de uno de los jefes insurjentes. Don Leonardo Bravo, rico i respetado propietario del sur, se habia abanderizado en la insurreccion con toda su familia, i cayó prisionero en poder de Calleja despues de la toma de Cuautla. Morélos ofreció muchos prisioneros para obtener su rescate; pero, a pesar de esto, el virei i sus consejeros fueron inflexibles, i el 13 de setiembre de 1812 lo hicieron morir en el cadalso con dos compañeros suyos. Un hijo de don Leonardo, el jeneral don Nicolas Bravo, se hallaba entónces en las inmediaciones de Veracruz a la cabeza de una columna insurjente i tenia consigo cerca de trescientos prisioneros. Morélos, al comunicarle la noticia de la ejecucion de su padre, le encargó que en represalias hiciera fusilar los prisioneros españoles; pero Bravo, cediendo mas a los llamados del honor i de la humanidad que a los justos resentimientos de su corazon, no solo los indultó de esta pena sino que los mandó poner en libertad.

La prolongacion de la guerra dió por resultado un desconcierto jeneral en los negocios de la Nueva España. La industria i el comercio, como es fácil suponer, sufrian grandemente con este estado de cosas; i los españoles que se encontraban perjudicados en sus intereses, creyeron que el virei Venegas era la causa de sus desgracias. La rejencia española oyó estas quejas; i creyendo que debia remover

todo obstáculo que embarazara la pacificacion de Méjico, se acordó de que Calleja habia sido el alma de la resistencia que los insurjentes habian hallado en sus empresas. En esta virtud, acordó llamar á Venegas a pretesto de necesitar sus servicios en la península, i nombró en su reemplazo al jeneral Calleja, de cuya actividad i enerjía se esperaba el término de la rebelion. Calleja tomó el mando del vireinato el 4 de marzo de 1813, haciendo concebir desde luego a sus parciales las mas lisonjeras esperanzas sobre la suerte de la guerra.

Congreso de Chilpancingo; prision i muerte de Morelos.—Calleja recibió oportunamente algunos socorros de España; pero a pesar de ellos i de la actividad i enerjía que desplegó, la situacion militar no mejoró considerablemente para los realistas. La guerra se continuó sin resultado definitivo; pero Morélos, a quien ya rodeaba un gran prestijio por sus anteriores victorias, dominaba casi absolutamente en las provincias del sur i se manifestaba dispuesto a acometer mayores empresas.

En esa época, la junta revolucionaria, que habia tenido que emigrar de Zitácuaro, estaba completamente desconceptuada por las divisiones i rivalidades entre sus mismos miembros, de tal manera que casi no era obedecida por nadie. Morélos, que comprendia los peligros de la situacion, creyó que era llegado el caso de convocar un congreso jeneral que armonizase los elementos que poseian los rebeldes i diera unidad a sus operaciones. El congreso se reunió en Chilpancingo, a poca distancia de Acapulco, el 13 de setiembre de 1813. Como debe suponerse, la eleccion de los miembros de ese congreso se resentia de muchas irregularidades; pero por un momento dió cierta animacion al movimiento revolucionario imprimiéndole un carácter que ántes le era desconocido. Morélos fué aclamado jeneralísimo del ejército con el tratamiento de alteza; i como hasta entónces la insurreccion habia carecido de una bandera fija, el congreso declaró, el 6 de noviembre de ese mismo año, que recobraba el ejercicio de la soberanía usurpada, i que en "tal concepto, agregaba, queda rota para siempre jamas i disuelta la dependencia del trono español; que es árbitro para establecer las leyes que le convengan para el mejor arreglo i felicidad interior, para hacer la guerra i la paz, i establecer alianzas con los monarcas i repúblicas del antiguo continente no ménos que para celebrar concordatos." El congreso dictó en seguida muchas otras providencias, algunas de las

cuales revelan la absoluta falta de conocimientos administrativos.

La instalacion del congreso de Chilpancingo, contra las espectativas de Morélos, vino a perjudicar a la unidad de accion que se buscaba, i que en efecto era tan necesaria. Las medidas militares propuestas por el jeneral en jefe eran discutidas en el congreso, de modo que en breve comenzaron a encontrar tropiezos en los celos i rivalidades que nacian en el seno de la corporacion. Morélos, sin embargo, acometió una empresa mui atrevida con que se proponia llevar a cabo la independencia mejicana. La importante ciudad de Valladolid estaba en poder de los españoles; i Morélos creyó que ocupándola quedaba en posicion de operar sobre las provincias del norte de Méjico i de caer mas tarde sobre la capital. Al efecto dió órden a los jefes de division que ocupaban la provincia de Puebla que se le reunieran para esta empresa, i él mismo se dirijió sobre Valladolid con el grueso de sus tropas.

El 23 de diciembre de 1813, emprendió el ataque de esta ciudad casi sin resultado alguno. La guarnicion que la defendia era sumamente débil, pero en la mañana siguiente llegaron a ella refuerzos considerables mandados por los jefes realistas Llano i don Agustin de Iturbide, tan famoso despues en la historia de Méjico. En el mismo dia empeñaron la batalla contra los insurjentes; i en esta vez tambien la organizacion de los realistas triunfó del mayor número de los insurrectos. La refriega duró hasta la noche; i en medio de la oscuridad, los cuerpos rebeldes se atacaban unos a otros, i se vieron precisados a retirarse precipitadamente perdiendo muchos cañones i un gran número de prisioneros. Morélos, desorientado por esta inesperada derrota, creyó que todavía podia resistir a los realistas en un lugar denominado Puruaran; pero allí fué atacado de nuevo el 5 de enero de 1814, i fué batido con pérdida de todo el resto de su artillería, 1,000 fusiles i 900 prisioneros. Los principales de éstos fueron fusilados en el mismo campo de batalla; pero Llano llevó consigo al cura don Mariano Matamoros, segundo de Morélos, para hacerlo enjuiciar en Valladolid. Inútiles fueron los esfuerzos de Morélos para salvar a su compañero del último suplicio; sus proposiciones para canjearlo por algunos centenares de prisioneros fueron desatendidas; i Matamoros fué ejecutado en Valladolid. En represalias de este atentado, Morélos hizo fusilar un considerable número de prisioneros realistas.

El resultado de este gran desastre de los insurjentes fué el desprestijio casi completo del cura Morélos, i un gran decaimiento de la causa revolucionaria. Sin embargo, la guerra se continuó con resultados mas o ménos desfavorables para los rebeldes en las diversas provincias; pero los vencedores de Valladolid se estendieron fácilmente hácia el sur amenazando el congreso mejicano. Este cuerpo, que se veia obligado a trasladarse de un pueblo a otro segun las necesidades de la guerra, no habia descuidado sus deberes. Estando reunidos en Apatzingan, dictó el 22 de octubre de 1814 el primer código constitucional de la república mejicana. Los lejisladores habian tenido por norma de sus trabajos la constitucion española de 1812, pero la habian adaptado a la forma republicana, creando un poder ejecutivo compuesto de tres individuos nombrados por el congreso, de los cuales se renovaria uno cada año, debiendo los tres alternarse cada cuatro meses en la direccion de los negocios públicos. La constitucion, ademas, organizó la representacion nacional i la administracion de justicia. Entre los rebeldes figuraban algunos hombres de intelijencia i de luces, pero hasta entónces no se habia afiliado en sus banderas un núnero suficiente de hombres ilustrados para dar verdadera importancia a esta clase de trabajos.

La constitucion de Apatzingan fué aceptada en todas las provincias de Nueva España que ocupaban los insurjentes, pero no alcanzó a ponerse en vigor mas que en algunas de sus partes. En Méjico fué quemada solemnemente en la plaza pública i por la mano del verdugo el 27 de mayo de 1815, al mismo tiempo que la autoridad eclesiástica prohibia su lectura así como la de los otros papeles publicados por el congreso, bajo la pena de escomunion mayor.

Estas manifestaciones, sin embargo, no habrian tenido importancia alguna si la revolucion mejicana se hubiese hallado entónces en mejor pié. Desgraciadamente, no sucedia así, porque miéntras los realistas recibian refuerzos de la península, los independientes se sentian cada dia mas faltos de recursos, i lo que era peor todavía, divididos entre sí por intrigas, por celos i por desconfianzas. El congreso temió que el territorio que ocupaba al sud de Valladolid pudiese caer en el momento ménos pensado en manos de los realistas, i creyó que debia trasladarse a algun punto de las provincias de Oajaca, Puebla o Veracruz, cuyos territorios, por haber sufrido ménos con la guerra, ofrecian recursos mas abundantes. Los diputados tambien pensaban que enten-

diéndose con los jefes independientes que mandaban en aquellas provincias, podrian restablecer la concordia, i ademas recibir algunos ausilios de voluntarios que esperaban de los Estados-Unidos. En esta virtud, se dispuso todo para trasladarse a Tehuacan, en donde mandaba el coronel Mier i Teran.

La marcha del congreso ofrecia los mayores peligros por que tenia que atravesar un territorio cuyos pueblos estaban ocupados i guarnecidos por los españoles. Morélos, sin embargo, se encargó de dirijir esta operacion, i en efecto emprendió la marcha con grandes precauciones para ocultar el rumbo que pensaba seguir. Calleja, miéntras tanto, sabedor de aquel movimiento, habia despachado diversos cuerpos de tropas en persecucion del congreso. Uno de éstos, mandado por el coronel don Manuel Concha, sorprendió a a los patriotas el 5 de noviembre, i despues de una escaramuza, consiguió dispersar la retaguardia de la columna insurjente que mandaba en persona el cura Morélos. Este mismo cayó prisionero; i aunque algunos de sus soldados fueron fusilados en el campo de batalla, a él se le llevó con grande aparato a Méjico para ser sometido a juicio.

Los realistas celebraron la prision de Morélos como el término de la desastrosa guerra que desde 1810 asolaba la Nueva España. El cura rebelde fué retenido en las cárceles de la inquisicion i sometido a un juicio eclesiástico ántes que se le juzgara por el delito de rebelion. Los inquisidores lo declararon "hereje formal, fautor de herejes, perseguidor i perturbador de la jerarquía eclesiástica, profanador de los santos sacramentos, traidor a Dios, al rei i al papa," i lo condenaron entre otras penas a la de reclusion perpétua en un presidio de Africa si alcanzaba el perdon de la vida por sus otros delitos. En virtud de esta sentencia, Morélos fué solemnemente degradado de sus insignias sacerdotales, i entregado a la justicia ordinaria. El infeliz prisionero manifestó en aquellas circunstancias toda la entereza de alma de que lo habia dotado el cielo; i bien seguro de que no se le perdonaria la vida, se abstuvo de comprometer a nadie en sus declaraciones, i se preparó para morir como cristiano. El congreso mejicano, reunido en Tehuacan, reclamó en vano su indulto amenazando al virei con tomar represalias. El 22 de diciembre de 1815, fué sacado de Méjico con una fuerte escolta, i conducido al pequeño pueblo de San-Cristóbal, a seis leguas al norte de la capital, i allí fué fusilado por la espalda como traidor al rei.

En Méjico, el virei hizo publicar una especie de declaracion, que se decia firmada por Morélos, en que se suponia que éste se retractaba de sus errores i manifestaba sus deseos de que se restableciera la paz en el vireinato. Aquella declaracion era simplemente una superchería destinada a producir un grande efecto entre los rebeldes por la influencia que las autoridades españolas atribuian a aquel jefe. Desde tiempo ántes habian puesto precio a la cabeza de Morélos, en la seguridad de que bastaba su captura o su muerte para poner término a la rebelion; i ahora querian aprovecharse de este último gólpe para introducir el desaliento i la desconfianza entre los insurjentes. I como se creyera que este embuste no era bastante eficaz, Calleja publicó el mismo dia de la ejecucion un bando de indulto por el cual perdonaba la vida a todos los sublevados que depusieran las armas. Esta medida estaba mucho mejor calculada que la supuesta retractacion de Morélos para restablecer la tranquilidad, en aquellos momentos en que los mismos insurrectos, divididos entre sí por rivalidades i desconfianzas, parecian cansados de una lucha tan larga, tan penosa i tan estéril (2).

CAPITULO V.

Independencia de Méjico; Iturbide.

Decaimiento de la revolucion de Méjico.—Ruiz de Apodaca toma el mando del vireinato.—Espedicion de Mina.—Pacificacion del vireinato.—Iturbide; plan de Iguala.—Deposicion del virei Ruiz de Apodaca.—O'Donojú; capitulacion de Córdoba.—Iturbide emperador.—Caida de Iturbide.—Organizacion de la república federal; trájico fin de Iturbide.

(1815—1824)

DECAIMIENTO DE LA REVOLUCION DE MÉJICO.—La ejecucion de Morélos precipitó la ruina de la revolucion mejicana. Las rivalidades i el desconcierto que existian de tiempo atras entre los diversos jefes, se manifestaron en toda

(2) Para la relacion de los sucesos contenidos en este capítulo he seguido constantemente i como autoridad casi única, la prolija *Historia de la revolucion de Méjico*, por don Lúcas Alaman, si bien he tenido que compendiar estraordinariamente su minuciosa e interesante narracion, a punto de reducir a unas pocas pájinas la materia a que aquel autor destina tres tomos i medio de 600 pájinas en 4.° La obra de Alaman, que por la prolijidad de la investigacion i por la claridad de su método, puede considerarse un verdadero monumento histórico, se resiente, sin embargo, de un grave defecto. El autor no ha podido disimularse sus simpatías por la causa española.

su fuerza desde que faltó el hombre de prestijio superior que habia calmado en parte siquiera la irritacion de los ánimos. Los realistas mismos, por un hábil cambio de política, al paso que sostenian sus tropas para dar respeto a su autoridad, comenzaron a atraerse a sus enemigos con medidas conciliadoras.

El congreso mejicano, despues de la prision de Morélos, llegó a Tehuacan el 16 de noviembre de 1815 con el propósito de establecer su residencia en aquella ciudad. Gobernaba allí el coronel insurjente don Manuel de Mier i Teran, hombre prudente i honorable que sostenia hábilmente la causa de la revolucion en el territorio inmediato manteniendo al efecto algunas tropas bien disciplinadas i reclamando de los habitantes moderados ausilios pecuniarios para hacer frente a las necesidades del servicio. El congreso venia tambien fraccionado por las rivalidades i competencias entre sus miembros; i las tropas que lo acompañaban se hallaban ajitadas por estas violentas divisiones. En Tehuacan, estas dificultades se hicieron sentir en breve i de una manera alarmante. Un motin militar, dirijido al parecer por el coronel Mier i Teran, que despues le imprimió carácter al movimiento, dió por resultado la disolucion del congreso (15 de diciembre). Aquella corporacion habia perdido completamente su prestijio, de tal modo que sus órdenes eran desobedecidas de ordinario por los jefes de las diversas divisiones. La disolucion del congreso, i la corta detencion de sus miembros parecieron justificar la anarquía en que se hallaban los jefes mejicanos. Continuaron estos obrando sin union ni concierto, de tal manera que no fué difícil divisar la inmediata pacificacion del pais.

Ruiz de Apodaca toma el mando del vireinato.—El virei Calleja habia recibido de España nuevos refuerzos de tropas, de tal modo que llegó a contar con un ejército de 39,000 hombres. Las operaciones de estas fuerzas, dirijidas en jeneral con toda actividad, marchaban rápidamente a la pacificacion del pais, cuando llegó a Méjico la noticia de un cambio importante en el personal de su gobierno decretado por la corte de España. El jeneral Calleja, a pesar de sus triunfos sobre los insurjentes, se habia hecho odioso a los mismos realistas, no tanto por su despotismo, como por los sacrificios pecuniarios que exijia para el sostenimiento de sus tropas. Se le acusaba de falta de pureza en la administracion de los fondos públicos; i se le atribuian la prolongacion de la guerra i los gastos considerables que

ésta exijia. Las quejas de sus enemigos llegaron hasta España; i Fernando VII, sin reconocer los servicios prestados por Calleja, creyó tranquilizar los ánimos removiéndolo del alto puesto que ocupaba, i nombrándole un sucesor. El elejido fué el teniente jeneral de la real armada don Juan Ruiz de Apodaca.

El nuevo virei se recibió del mando en la villa de Guadalupe el 19 de setiembre de 1816, i el siguiente dia hizo su entrada solemne en la capital. Calleja, satisfecho al parecer de verse libre de tan pesada carga, se puso en marcha para Veracruz en donde se embarcó para España. En realidad, Ruiz de Apodaca venia a aprovecharse de los trabajos preparados por su antecesor, que al dejar el mando creia que la revolucion estaba a punto de estinguirse; pero el nuevo virei supo acelerar este resultado adoptando una política opuesta a la que hasta entónces habian seguido los jefes realistas. Prodigaba los indultos, proponia ventajosas capitulaciones a los rebeldes i sofocaba la insurreccion con paso lento pero seguro. Mier i Teran, despues de hacer grandes esfuerzos en favor de la causa de la rebelion, capituló honrosamente. Osorno, impotente para prolongar la lucha, se acojió a la induljencia del virei. Rayon, despues de haberse sostenido por largo tiempo en la fortaleza de Cóporo, provincia de Valladolid, contra fuerzas superiores, se rindió al enemigo mas que por impotencia, porque se hallaba disgustado de la desunion i egoismo de los otros jefes, i porque preveia los desastres que esperaban a los insurjentes. Otros oficiales de un rango inferior depusieron las armas del mismo modo.

La revolucion quedó desde entónces circunscrita a mui estrechos límites. En la provincia de Veracruz quedaba en pié don Guadalupe Victoria; i a pesar de haber sufrido repetidas derrotas, resistia aun con gran vigor. En el sur, el jeneral don Vicente Guerrero, aprovechándose de sus conocimientos de las localidades, luchaba resueltamente con un puñado de guerrilleros. En el territorio comprendido entre Guadalajara i Valladolid, un cura don José Antonio Torres, hombre cruel i vicioso, ocupaba algunas plazas i parecia dispuesto a mantenerse largo tiempo. El virei Ruiz de Apodaca, sin embargo, esperaba reducir en breve estos últimos centros de resistencia i consumar así la pacificacion de la Nueva España.

Espedicion de Mina.—En estas circunstancias apareció en el vireinato un nuevo jefe insurjente. Era éste don

Francisco Javier Mina, español de nacimiento i sobrino del célebre jeneral Espóz i Mina que se habia hecho famoso en la guerra de la independencia española, capitaneando atrevidas operaciones de guerrillas contra los franceses. El mismo Mina se distinguió en aquella campaña; pero habiendo caido prisionero, fué retenido en Francia hasta la disolucion del imperio. En 1814, a la época del restablecimiento de Fernando VII, los dos Mina, descontentos del absolutismo del rei, tramaron una conspiracion para restablecer la constitucion de Cádiz de 1812; pero malogrado su proyecto, se vieron en la necesidad de buscar un asilo en Inglaterra.

El jóven Mina no podia conformarse a vivir en la inaccion a que habia sido reducido. Impotente para operar un movimiento revolucionario en España, pensó en Méjico, sino para obtener la independencia de este pais despojando a su patria de una de sus mas hermosas colonias, como pretenden algunos historiadores, a lo ménos para plantear en él el réjimen constitucional destruido en España, distraer las fuerzas del rei i preparar así una revolucion en la península. Mina se comunicó en Lóndres con algunos emigrados mejicanos, obtuvo de ellos i de varios comerciantes ingleses ciertos socorros pecuniarios, i habiendo reunido treinta i dos oficiales españoles, italianos e ingleses se dió a la vela para los Estados-Unidos en mayo de 1816. En los Estados-Unidos i en Santo-Domingo completó su armamento venciendo grandes dificultades i desplegando una singular actividad. Despues de muchas fatigas, Mina desembarcó en la boca del rio de Santander a la cabeza de 250 aventureros, el 15 de abril de 1817. La guarnicion española que defendia la ciudad inmediata de Soto la Marina, la abandonó sin presentar resistencia alguna. Los espedicionarios engrosaron allí su columna i se dispusieron para penetrar en el pais.

El primer pensamiento del jefe invasor fué ponerse en comunicacion con el jeneral insurjente Victoria, que luchaba todavía en la provincia de Veracruz; pero no pudiendo conseguir este resultado, Mina, dejando una corta guarnicion en Soto la Marina, marchó resueltamente hácia el interior a la cabeza de 308 hombres, con el propósito de llegar hasta Guanajuato, en cuyas inmediaciones dominaban todavía los rebeldes. Las divisiones realistas que salieron a su encuentro fueron constantemente batidas a pesar de su superioridad numérica. Mina desplegó en esta campaña notables talentos militares i mas que todo un valor estraordinario.

Sus tropas se aumentaron con numerosos reclutas; i aquella débil espedicion comenzó a inspirar al virei tan sérios temores como los ejércitos formidables de Hidalgo i de Morélos.

El virei Ruiz de Apodaca, entre tanto, habia puesto en movimiento fuerzas considerables contra los invasores. El brigadier don Joaquin Arredondo, a la cabeza de 1,400 hombres, atacó la guarnicion de Soto la Marina, compuesta solo de 100 soldados. Resistieron éstos, sin embargo, con toda heroicidad durante cuatro dias, hasta que, reducidos a ménos de 40 hombres, se vieron precisados a rendirse (15 de junio de 1817). El mismo Mina, establecido en el fuerte de Sombrero, 18 leguas al norte de Guanajuato, con cerca de 1,000 hombres, fué atacado en los últimos dias de julio por una respetable division que mandaba el mariscal de campo don Pascual Liñan. Los insurjentes desplegaron allí grande heroicidad. "Durante tres dias sufrieron sin descanso el bombardeo: el 4 de agosto, los españoles dieron un asalto simultáneo por tres puntos diferentes. En el lugar en que el ataque era mas encarnizado, Mina, con una lanza en la mano, hacia prodijios de valor. Recibió una herida, pero el enemigo fué rechazado con pérdida. Al bombardeo, a los ataques, a las sorpresas de la guerra vino a unirse en breve un azote mas terrible, la sed" (1). La defensa del fuerte se continuó todavía algun tiempo mas. Desgraciadamente los revolucionarios mejicanos, divididos por celos i rivalidades, no habian prestado a la espedicion de Mina los ausilios que ésta necesitaba. El cura Torres, el único que en aquella situacion quiso ausiliarlo, no pudo penetrar por entre las líneas enemigas. Mina, desesperado con tanto contratiempo, salió del fuerte para buscar socorro; pero se vió completamente imposibilitado para ausiliar a sus compañeros. Los defensores del fuerte, reducidos a mui pequeño número, se vieron entónces en la necesidad de evacuarlo durante la noche i en medio del fuego tenaz que les hacian los sitiadores (19 de agosto de 1817). Se calcula en 50 el número de rebeldes salvados de aquel desastroso sitio.

Desde ese dia se eclipsó la estrella del valiente Mina. En la defensa del fuerte de Sombrero habian perecido casi to-

(1) Gabriel Ferry, *Expedition de Mina*, boceto histórico trazado con mucho injenio. Para conocer los detalles de la espedicion de Mina, pueden consultarse las *Memorias* que acerca de ella escribió en ingles M. Robinson, traducidas al castellano por Mora, Lóndres 1824.

dos los oficiales estranjeros que debian servir de base a su ejército. El jefe espedicionario, sin embargo, no se desalentó con esta gran desgracia: consiguió reunir algunas fuerzas i con ellas marchó en ausilio del cura Torres, a quien sitiaba Liñan en un fuerte denominado los Remedios. En estas operaciones, alcanzó considerables ventajas sobre los españoles, ocupó algunos pueblos, batió diversas partidas realistas i llegó a tener bajo sus órdenes cerca de 1,400 hombres. Mina desplegó en esos momentos grande actividad; pero las poblaciones, cansadas con tan prolongada lucha, reducidas por la política conciliadora del virei Ruiz de Apodaca, i sobre todo, recelosas de Mina cuya nacionalidad despertaba poderosas sospechas, se negaban a prestar a éste los ausilios que necesitaba. Mina, sin comprender su situacion, creyó que podria ocupar fácilmente la importante ciudad de Guanajuato, i en efecto la atacó ántes de amanecer del 25 de octubre de 1817; pero allí fué rechazado i tuvo que retirarse con una pequeña guardia a un punto denominado el Venadito. En su persecucion marchó el coronel de milicias Orrantia, quien logró sorprenderlo en la madrugada del 27 de octubre. Los que intentaron defenderse fueron muertos, i Mina mismo fué tomado prisionero, cargado de grillos i conducido al campo del mariscal Liñan, situado en frente de los Remedios.

La noticia de la prision del caudillo rebelde fué celebrada en Méjico con repiques de campanas, salvas de artillería, funciones teatrales i una solemne misa de gracias. El virei, tan induljente para con otros revolucionarios, dió órden a Liñan que hiciera fusilar a Mina por el delito de alta traicion. En efecto, el heróico guerrillero de las campañas de la independencia española, el jefe que, a fuerza de actividad i de audacia, habia producido una gran conmocion en el vireinato mejicano cuando estaba a punto de ser pacificado, fué fusilado por la espalda en la tarde del 11 de noviembre de 1817, en presencia de diversos destacamentos del ejército español que sitiaba el fuerte de los Remedios. Mina contaba entónces 29 años de edad.

PACIFICACION DEL VIREINATO.—La derrota i muerte de Mina aceleraron la pacificacion de la Nueva España. Las tropas del virei redoblaron sus esfuerzos para posesionarse del fuerte de los Remedios que defendian heróicamente los soldados del padre Torres. Agotadas las municiones, los sitiados, despues de cuatro meses de lucha constante, dispusieron la evacuacion del fuerte para la noche del 1.° de enero

de 1818. Los realistas, sospechando esta operacion, habian reunido grandes montones de leña que encendieron a la primera señal de los centinelas. De este modo, la guarnicion fué sorprendida en su retirada, i acometida con un furor estraordinario en los desfiladeros de las montañas inmediatas, Solo el padre Torres con 12 de los suyos, que habian salido a la vanguardia de los sitiados, pudo escapar de la carnicería: los demas perecieron atravesados por las bayonetas realistas, o fueron precipitados a la profundidad de las barrancas, en donde creian hallar su salvacion. Los pocos soldados que cayeron prisioneros, fueron sacrificados inhumanamente; e igual suerte corrieron los heridos que habian quedado en el fuerte, i hasta las mujeres que acompañaban a la division insurjente. Aquella espantosa matanza produjo un terror jeneral en toda la Nueva España.

Las operaciones subsiguientes del ejército español fueron señaladas por nuevos triunfos i por crueles venganzas. Los prisioneros eran fusilados sin piedad para aterrorizar a las poblaciones; pero el virei indultó con frecuencia a los caudillos revolucionarios creyendo atraerlos así a su causa. El jeneral don Nicolas Bravo, que cayó prisionero de los realistas en uno de estos combates i que fué condenado al último suplicio, recibió como otros muchos el indulto del virei.

El padre Torres, sin embargo, continuó la lucha al sur de Valladolid sin probabilidades de triunfo, pero desplegando en todas partes su carácter feroz i sanguinario. Despues de haber fusilado a dos de sus mas importantes partidarios, los mismos jefes que estaban a sus órdenes, acordaron su destitucion (abril de 1818), i confiaron el mando de sus fuerzas a un frances llamado Juan Arago, aventurero turbulento, hermano del célebre astrónomo de este nombre, que habia pasado a Méjico en la espedicion de Mina, i que con éste habia salvado del sitio de Sombrero. La autoridad de Arago no fué jeneralmente reconocida, i las disensiones que jerminaban tan rápidamente entre los rebeldes, continuaron desarrollándose con asombroso incremento. El padre Torres, que se habia negado a reconocer al nuevo jeneral, al cabo de mil peripecias fué asesinado por uno de sus compañeros despues de una partida de juego. El mismo Arago, considerando desesperada la causa que habia defendido, i astiado con las intrigas i manejos de sus parciales, se acojió al indulto proclamado por el virei (agosto de 1819), i obtuvo el grado de capitan del ejército español.

A fines de aquel año, la revolucion parecia terminada. Las tropas realistas ocupaban todas las ciudades i los campos que habian sido teatro de la rebelion. Solo en el sur del vireinato quedaba en pié don Vicente Guerrero a la cabeza de una guerrilla respetable que se sostenia en pié mas que por la importancia de sus recursos, por el gran conocimiento que aquel tenia de las ventajas de la localidad. El virei no daba grande importancia a la resistencia de Guerrero; i por eso anunciaba a la corte que la rebelion de la Nueva España estaba terminada. La tranquilidad pareció asegurada sobre bases mas sólidas todavía cuando llegó la noticia de que instaladas las cortes en España, a consecuencia de la revolucion del 1.° de enero de 1820, habian decretado una amnistía jeneral para todos los procesados o presos por delitos políticos. En Méjico recobraron con este motivo su libertad muchos revolucionarios que estaban sometidos a juicio por su participacion en los sucesos anteriores. La amnistía promulgada por las cortes, el restablecimiento del réjimen constitucional en la península, el sometimiento casi total de los rebeldes, hacian creer que la paz estaba completamente restablecida en Méjico.

ITURBIDE; PLAN DE IGUALA.—Sin embargo, la tranquilidad que reinaba en Méjico era mas aparente que real. En esa época, la mayor parte de las colonias españolas de la América del sur habian declarado su independencia i afianzádola con brillantes victorias. El ejemplo de las nuevas repúblicas, unido al doloroso recuerdo del despotismo colonial i de la sangre vertida durante los diez años de la revolucion mejicana, mantenian la inquietud en los espíritus, i los preparaban para una nueva lucha. El restablecimiento de la constitucion en España vino a su turno a perturbar a los realistas de Méjico. Inmediatamente se hizo sentir entre ellos una fermentacion sorda, pero profunda, que habia de redundar en perjuicio de la causa que representaban. Unos aplaudian el movimiento revolucionario de la península, la convocacion de las cortes i el restablecimiento de la constitucion de 1812: otros, i a este número pertenecia el virei Ruiz de Apodaca, lamentaban aquellos sucesos, suponian fundadamente que el rei aceptaba el nuevo réjimen reducido por la coaccion, i a fuer de fieles vasallos de Fernando VII, parecian dispuestos a desconocer el cambio introducido por la revolucion de 1820. Gran parte de la aristocracia i del clero de Nueva España, recordando la pacífica prosperidad de esta colonia ántes de 1810, creia firmemente que

solo el gobierno absoluto podria asegurar la estabilidad de aquel órden de cosas.

El virei habria querido demorar el reconocimiento de la constitucion española; pero temiendo una sublevacion de su propio ejército, se apresuró a prestar el juramento i a plantear en cuanto era posible el réjimen creado por aquel código i hasta la limitada libertad de imprenta sancionada por él. Pero tanto Ruiz de Apodaca como algunos de sus amigos i consejeros, meditaban planes subversivos contra el sistema constitucional, i aun se lisonjeaban con las esperanza de que Fernando VII se trasladase a Nueva España para gobernar allí sin trabas de ningun jénero. Parece fuera de duda que Ruiz de Apodaca habia recibido una carta del rei instándolo a seguir esta conducta: de todos modos, el virei preparaba en secreto la realizacion de su plan, i pensó, imitando el ejemplo de Venegas, en constituir un gobierno militar en la Nueva España i confiarlo al jeneral don Pascual Liñan, así como aquel lo habia confiado al jeneral Calleja. Entre las personas a quienes creyó dignas de su confianza se contaba el coronel don Agustin de Iturbide, conocido por su valor i su sagacidad, i a quien quiso atraerse nombrándolo edecan del jeneral Liñan.

Iturbide contaba en aquella época 37 años de edad i ya habia ilustrado su nombre con importantes servicios prestados a la causa del rei durante los seis primeros años de la revolucion mejicana. Era natural de la ciudad de Valladolid, hijo de padres acomodados, i habia hecho mui pocos estudios. Su natural sagacidad i su valor estraordinario fueron las verdaderas causas de su elevacion. En 1816 era ya coronel de ejército, i gozaba entre sus camaradas de grandes consideraciones. Acusado entónces de algunas faltas de honradez, se le instruyó un sumario que no llegó a terminarse i se le dejó separado del servicio. En 1820, cuando el virei meditaba sus proyectos contra la constitucion, creyó hallar un poderoso ausiliar en Iturbide, cuyo entusiasmo por la causa del rei era conocido. Iturbide, sin embargo, habia modificado notablemente sus opiniones políticas. Parece que desde tiempo atras pensaba en que el medio mas eficaz de poner término a la sangrienta guerra que habia destrozado el vireinato era procurar la union de todos los mejicanos i hacerla servir en favor de la independencia, pero dando a este movimiento un carácter mas sério i ménos desordenado que el que le habian impreso sus primeros caudillos. Cuando fué llamado a Méjico por el virei Ruiz de Apoda-

ca en 1820, pensó en hacer la revolucion en la misma capital por un golpe de mano, cuyo resultado habria sido mui dudoso.

El virei, plenamente seguro de su fidelidad, le ofreció en breve una oportunidad mas favorable para realizar sus planes. En aquella época, como ya hemos dicho, la paz estaba restablecida en toda la Nueva España: solo en el sur quedaba en pié el jeneral Guerrero con algunas fuerzas. El virei encomendó a Iturbide la pacificacion de aquellas provincias, i puso a sus órdenes un cuerpo de poco mas de 2,000 hombres. Este jefe hizo mil manifestaciones para probar su fidelidad; i durante su marcha al sur, no cesaba de dirijir al virei diversas comunicaciones perfectamente concebidas para conservar su confianza i para obtener nuevos refuerzos de tropas. Iturbide, con todo, al salir de la capital, habia dejado convenido con algunos personajes importantes el plan de revolucion, i aun durante su marcha, lo comunicó a algunos de sus oficiales. A pesar de esto, el secreto fué conservado escrupulosamente.

Iturbide esperaba destruir las fuerzas de Guerrero para proclamar la revolucion. Contra sus esperanzas, las primeras operaciones de la campaña le fueron desfavorables; i se vió en la necesidad de cambiar de plan. Entró en comunicaciones con el jefe rebelde del sur; i como éste se manifestase algo desconfiado, Iturbide despachó un comisionado, don Antonio Mier, para que esplicase a Guerrero todos los pormenores de su proyecto i tratara de atraerlo a su causa. No fué difícil conseguir este resultado: Guerrero aceptó este convenio i se puso a disposicion de su antiguo enemigo. Iturbide comunicó esta noticia al virei como una gran ventaja alcanzada, i tratando de mantener oculta su determinacion hasta apoderarse de una partida de dinero de valór de 500,000 pesos que debia salir de Méjico para ser embarcada en Acapulco con direccion a las Filipinas, i hasta recibir ciertos aparatos de imprenta i unas proclamas que entónces se imprimian secretamente en la ciudad de Puebla. Por fin, conseguidas ámbas cosas, el 24 de febrero de 1821, hallándose en el pueblo de Iguala, proclamó su plan de independencia e hizo circular una proclama dirijida a los mejicanos i a los españoles para esponerles sus proyectos. Sin recriminaciones odiosas, sin quejas apasionadas contra la España, Iturbide anunciaba en ella la necesidad de la independencia mejicana como un resultado inevitable del curso ordinario de las cosas humanas. En el mismo dia comu-

nicó su plan al virei, al arzobispo de Méjico i a otros altos funcionarios del vireinato. El 1.° de marzo la oficialidad de su ejército juró el reconocimiento del plan propuesto por Iturbide i lo proclamó primer jeneral del ejército sostenedor de las tres garantías, en cuyo nombre se consumaba la revolucion.

El plan de Iturbide era formado de muchos artículos, pero contenia tres ideas esenciales: 1.ª la conservacion de la relijion católica, apostólica, romana sin tolerancia de otra alguna; 2.ª la independencia nacional de la España o de cualquiera otra nacion bajo la forma de una monarquía constitucional, debiendo ofrecerse el trono a Fernando VII, i en caso de negativa a sus hermanos don Cárlos i don Francisco de Paula; i en caso que ninguno de éstos aceptase, la nacion representada por un congreso, llamaria a un miembro de una de las familias reinantes de Europa; 3.ª la union entre americanos i españoles sin distincion de castas ni privilejios. Estas tres bases estaban desarrolladas en varios artículos por los cuales se proponia la organizacion de un gobierno provisorio compuesto de una junta presidida por el virei, i la creacion de un ejército denominado de las tres garantias. La bandera nacional, adoptada desde entónces, fué el símbolo del plan de Iguala. Se formó de tres fajas de diversos colores: la una roja, representando la nacion española; la otra blanca, símbolo de la pureza de la relijion, i la tercera verde significando la independencia.

Iturbide desplegó en aquellos momentos tanta actividad como tino. Comunicó su proyecto a diversos personajes, pero a cada cual le representaba su conveniencia bajo el punto de vista que pudiera hacerlo simpático. Varios oficiales del ejército realista adhirieron desde luego a sus proyectos. Guerrero se le reunió el 10 de marzo, i desde entónces pudo contar con una base regular para la organizacion del ejército.

Deposicion del virei Ruiz de Apodaca.—A pesar de estas ventajas, la posicion del jefe independiente era demasiado difícil. El virei Ruiz de Apodaca, léjos de aceptar el plan de Iguala, como habia llegado a esperalo Iturbide, manifestó la mas decidida desaprobacion, i dictó algunas providencias para reunir un ejército en el sur a las órdenes del jeneral Liñan i resistir al movimiento revolucionario. Hubo un instante en que los insurjentes temieron por la suerte de su causa: la desercion habia comenzado en sus filas, i el mismo Iturbide llegó a pensar en abandonar la

Nueva España embarcándose en algunos de los puertos del Pacífico con direccion a Chile, cuya independencia estaba entónces asegurada.

Pasado ese primer momento de vacilacion e incertidumbre, la revolucion comenzó a hallar partidarios en todas partes. El coronel mejicano don Anastasio Bustamante, que hasta entónces habia servido en la filas realistas, se pronunció por la independencia i ocupó a Guanajuato. El capitan don Vicente Filisola proclamó el plan de Iguala en Zitácuaro. El teniente coronel don Miguel Barragan se pronunció en la provincia de Michoacan. El jeneral español don Celestino Negrete, aceptó la revolucion e hizo jurar la independencia en Guadalajara. El jeneral insurjente Bravo, alejado entónces de toda participacion en los negocios públicos, se puso de acuerdo con Iturbide i levantó tropas para sitiar la rica ciudad de Puebla. Valladolid, asediada por el jefe independiente, capituló i abrió sus puertas al ejército de las tres garantías. Este suceso (mayo de 1821), seguido de otras ventajas de menor importancia i de sublevaciones parciales en otras provincias, anunciaba el triunfo de la revolucion.

El virei estaba perturbado i confundido ante tan repetidas decepciones. La revolucion de 1821, a diferencia del movimiento encabezado por Hidalgo en 1810, encontraba partidarios en todas las esferas sociales, entre los antiguos insurjentes i entre lo mas decididos partidarios de la causa real ántes de esa época. La rebelion habia cambiado tambien de carácter: ya no era aquella sangrienta lucha en que los dos bandos cometian depredaciones i atrocidades de todo jénero, sino un impulso espontáneo, pero moderado, en que las malas pasiones estaban cubiertas por la templanza jeneral. Los dos partidos, los realistas i los independientes, aceptaban la guerra como una necesidad, i creian que era indispensable tratar a los enemigos con lealtad i segun los principios del derecho. Iturbide se habia trazado esta línea de conducta por cálculos políticos para atraerse a los contrarios por la moderacion. Ruiz de Apodaca obedecia a los jenerosos impulsos de su corazon. Cuando supo la rebelion de Iturbide, su primer cuidado fué avisar a la familia de éste que no tenia nada que temer. El jefe independiente le escribió una carta para darle las gracias por aquella accion, que se apartaba tanto del sistema empleado en la guerra bajo el gobierno del feroz Calleja.

Sin embargo, los mas exaltados realistas, i particular-

mente los jefes de las tropas que habian llegado de España, lamentaban aquel estado de cosas i acusaban al virei de lentitud en las operaciones para sofocar un movimiento que parecia irresistible. Los oficiales españoles de la guarnicion de Méjico creyeron poner término a aquella situacion deponiendo al virei a mano armada, i fijaron la noche del 5 de julio de 1821 para consumar su plan. Ruiz de Apodaca se hallaba en el palacio con varios jefes militares tratando asuntos de guerra, cuando se le anunció un movimiento de tropas en la plaza i en las puertas de su propio palacio. Los jefes de la asonada penetraron hasta la sala del virei i dieron principio a una conferencia en que no faltaron las recriminaciones, pero en que tambien el virei se manejó con bastante dignidad. Los sublevados acabaron por pedir su dimision a Ruiz de Apodaca, i por proclamar su sucesor al jeneral Liñan, que se hallaba presente. Este rechazó tal proposicion como contraria a su honor i a su lealtad. Se convino entónces en dividir el gobierno del vireinato, debiendo quedar Apodaca con el mando civil, i entregar el mando militar al jeneral de artilleria, don Francisco Novella. Uno de los sublevados salió a la plaza con el pretesto de preguntar a las tropas si aceptaban este cambio, i volvió en breve anunciando que los soldados reclamaban la separacion absoluta del virei. Ruiz de Apodaca se condujo en esos momentos con bastante entereza. Dispuesto a dejar el mando, no quiso, sin embargo, aceptar ninguna condicion humillante, ni firmar una acta de renuncia que le presentaban los amotinados. Declaró, sin embargo, que por representacion de las tropas entregaba el mando al jeneral Novella, pero que guardaba una escolta para el resguardo de su persona. Ruiz de Apodaca se dispuso para volver prontamente a España.

La deposicion del virei, mui celebrada por los realistas exaltados, no produjo las consecuencias que se esperaban de ella. Léjos de eso, la autoridad del nuevo virei fué reconocida con dificultad; i al paso que el cambio gubernativo alentaba a los independientes puesto que reconocian la falta de union entre los enemigos, introdujo en las filas de éstos una perturbacion mui perjudicial en aquellas circunstancias. Desde luego, la situacion de la guerra se empeoró considerablemente para los españoles. El 30 de julio, un jefe independiente apellidado Leon ocupó la ciudad de Oajaca. La ciudad de Puebla, que defendia el jeneral realista Llano,

i que sitiaba don Nicolas Bravo, se rindió ántes de fines del mismo mes de julio; e Iturbide hizo su entrada triunfal en ella (2 de agosto de 1821), en medio de las mas entusiastas aclamaciones. En las fiestas que entónces tuvieron lugar, el obispo de aquella ciudad, Perez, pronunció un sermon para recomendar a sus oyentes el plan de Iguala. Las altas dignidades del clero comenzaban a pronunciarse en favor de la independencia.

O'DONOJÚ; CAPITULACION DE CÓRDOBA.—En esos dias (30 de julio) acababa de desembarcar en Veracruz el teniente jeneral don Juan O'Donojú, irlandes de nacimiento, al servicio de España, a quien la corte habia nombrado virei de Méjico para que planteara el nuevo réjimen establecido por la constitucion, de que era celoso partidario. Al desembarcar, supo O'Donojú con gran sorpresa las últimas ocurrencias de la Nueva España, i se halló en la imposibilidad de seguir su viaje a la capital por estar ocupado por los independientes casi todo el territorio intermedio. El nuevo virei publicó una proclama para anunciar sus disposiciones pacíficas i manifestar que estaba resuelto a dejar el mando si la mayoría de los mejicanos se lo exijia. En seguida, se dirijió a Iturbide por medio de comunicaciones enteramente pacíficas en que le pedia que le permitiese marchar a la capital para tratar de los medios con que pudiera evitarse toda desgracia i hostilidad. Iturbide, conociendo que el virei, ya fuera por su liberalismo o por su impotencia, hablaba con toda sinceridad, contestó amistosamente a sus comunicaciones i lo invitó a pasar a la villa de Córdoba, en donde ambos podrian reunirse para entablar sus conferencias. El jefe independiente le agregó mañosamente que los títulos precarios con que gobernaba el jeneral Novella no lo habian autorizado satisfactoriamente para celebrar un convenio.

O'Donojú aceptó esta invitacion. La fiebre amarilla hacia entónces grandes estragos en Veracruz; el virei, despues de haber perdido dos sobrinos i algunos oficiales de su comitiva a causa de esta epidemia, estaba vehemente por salir de allí; no solo para librarse de aquella enfermedad, sino para salir de algun modo de la situacion anómala en que se hallaba. El 23 de agosto llegó a Córdoba, acompañado de una escolta que para su servicio le habia hecho mandar el jefe independiente. Pocas horas mas tarde llegó tambien Iturbide, i fué recibido por el pueblo en medio de las manifestaciones del mas ardiente entusiasmo. O'Do-

nojú pudo ver que los habitantes de aquella villa, para saludar al autor del plan de Iguala, quitaban las mulas de su coche para conducirlo a brazos, e iluminaban espontáneamente en la noche las calles de la poblacion. Aquellas manifestaciones, despues de las noticias que habia recibido, debieron hacer una profunda impresion en el ánimo del virei.

Iturbide i O'Donojú conferenciaron amistosamente sobre la situacion de la Nueva España. Todo hace presumir que el segundo no tenia plan fijo de gobierno cuando salió de la península, i que el rápido desenvolvimiento de la revolucion mejicana lo habia trastornado completamente. En medio de los embarazos de su situacion, no halló otro arbitrio que tratar con los independientes esperando la resolucion de las cortes españolas. En efecto, el siguiente dia, 24 de agosto de 1821, quedó firmado entre ámbos el convenio denominado de Córdoba. Era éste una confirmacion del plan de Iguala con pequeñas modificaciones, la mas importante de las cuales, era la de dejar a las cortes que debian reunirse en Méjico, la libertad de elejir un emperador aunque éste no perteneciese a ninguna familia reinante.

El tratado de Córdoba fué mui aplaudido por los independientes; pero Novella i los jefes realistas se manisfestaron determinados a no darle cumplimiento. Sin embargo, la revolucion habia hecho tan rápidos progresos que el ejército de las tres garantías se hallaba en un pié tan respetable que toda resistencia parecia inútil. Los defensores de Méjico, despues de lijeras escaramuzas i de algunas negociaciones con Iturbide i O'Donojú, anunciaron su disposicion de no embarazar la marcha de los independientes. El 24 de setiembre de 1821, ocuparon la capital las primeras partidas del ejército independiente; i tres dias despues, el 27 penetró en ella Iturbide a la cabeza de sus tropas, i en medio de las demostraciones de simpatía i admiracion.

Desde luego, se dió puntual cumplimiento a todas las cláusulas del tratado de Córdoba. Novella i la parte de sus tropas que no aceptaban este cambio, quedaron en libertad para evacuar el territorio, cubriéndoles ademas sus gastos hasta llegar a la Habana. Instalóse una junta provisional gubernativa, compuesta de 38 individuos nombrados por Iturbide, i elejidos entre todos los partidos, creyendo darles así firmeza i consistencia; i el 28 de setiembre firmó ésta el acta de la independencia del imperio mejicano. Allí

se decia que estaba "consumada la empresa eternamente memorable que un jénio superior a toda admiracion i elojio, amor i gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió i llevó a cabo arrollando obstáculos casi insuperables." El carácter personal i lisonjero de este documento hacia presentir el rumbo que iba a tomar en breve la revolucion mejicana.

En efecto, la junta gubernativa procedió inmediatamente a la organizacion de la rejencia, encargada del gobierno superior hasta que llegára Fernando VII o el emperador que debia reinar en Méjico. La rejencia se compuso de cinco miembros. Iturbide fué elejido presidente de ella i O'Donojú uno de sus miembros. A cada rejente se le asignó el sueldo de 10,000 pesos; pero el presidente de la rejencia fué proclamado por la junta jeneralísimo de mar i tierra con el sueldo de 120,000 pesos que debian pagarle desde el dia en que se firmó el plan de Iguala. Asignósele ademas una estension de terreno de veinte leguas cuadradas en la provincia de Téjas i un millon de pesos en dinero, donaciones ámbas que no alcanzó a recibir, así como tambien el tratamiento de alteza serenísima. El padre de Iturbide recibió el título de venerable i el sueldo i honores de rejente. La muerte vino en breve a allanar el camino de la ambicion del jefe independiente: el 8 de octubre, a los pocos dias de su entrada a la capital, falleció despues de una corta enfermedad el ex-virei O'Donojú. Su cadáver fué sepultado con gran pompa, como si en realidad ocupara el alto puesto a que habia sido destinado. En su lugar fué nombrado rejente el obispo de Puebla, cuyas simpatías por Iturbide eran conocidas.

Iturbide emperador.—Desde entónces comenzaron a desarrollarse los primeros jérmenes de oposicion. Iturbide, cuyas miras principiaban a inspirar sérias desconfianzas, hacia mui poco caso de los hombres que se habian distinguido en el primer período de la revolucion; i en todos los documentos públicos, cada vez que se hacia referencia a aquellos sucesos, se databa desde el plan de Iguala la época de esfuerzos i sacrificios para alcanzar la independencia. Como debe suponerse, de aquí nació el descontento de los antiguos revolucionarios que se manisfestó por una conspiracion descubierta oportunamente. Entre las personas que fueron apresadas por sus compromisos en aquel complot, se contaron los jenerales Bravo i Victoria.

En el seno mismo de la junta, las discusiones fueron

señalando el nacimiento de los partidos políticos. La prensa de la capital, que a consecuencia del nuevo órden de cosas gozaba de cierta libertad, fué tambien convertida por algunos escritores en elemento de oposicion a Iturbide. A pesar de todo esto, se esperaba que la próxima reunion del congreso vendria a tranquilizar los ánimos. La junta hizo la convocatoria con arreglo a lo dispuesto en la constitucion española, esto es, los hombres de todas condiciones i hasta los estranjeros domiciliados deberian elejir cabildos, i éstos a los diputados en una forma engorrosa e irregular.

El 24 de febrero de 1822, primer aniversario de la promulgacion del plan de Iguala, se instaló en Méjico el congreso nacional. Desde sus primeras sesiones se hizo notar la existencia de tres partidos perfectamente demarcados. Los borbonistas, partidarios del plan de Iguala, los republicanos, todos ellos comprometidos en la causa de la independencia desde el primer período de la revolucion, i los partidarios de Iturbide que tenian un vivo interes en la elevacion de este caudillo. Desde luego, se hizo sentir una oposicion sistemada a la rejencia, nacida particularmente por los gastos considerables que ésta hacia para el sostenimiento del ejército. Al poco tiempo, el espíritu de oposicion tomó caractéres mas pronunciados. En la sesion del 10 de abril de 1822, el congreso acordó la separacion de tres miembros de la rejencia, acusados de ser mui condescendientes para con Iturbide, i el nombramiento de tres personas, una de las cuales fué el jeneral don Nicolas Bravo, que le eran conocidamente desafectas. Temiendo el congreso destituir a Iturbide por su influencia en el ejército, trató de declarar que el cargo de rejente era incompatible con el mando de las tropas, para privar así al presidente de la rejencia de una gran parte de su poder.

Esta situacion, ya demasiado difícil, vino a complicarse pocos dias despues con la noticia de haber sido rechazado por las cortes españolas el tratado de Córdoba. Los políticos de la península no quisieron reconocer un hecho consumado i que ellos no podian evitar, i faltos de elementos para someter a Méjico, se limitaron a hacer una estéril declaracion. El partido borbonista se halló por esta circunstancia en una posicion anómala, i tuvo que dividirse entre los otros bandos. Iturbide, sin embargo, vió en la negativa de las cortes españolas un campo abierto a su ambicion; i las tropas que guarnecian a Méjico vinieron a ser sus mas poderosos ausiliares. En la noche del 18 de mayo de 1822,

un sarjento llamado Pio Marcha, puso sobre las armas un rejimiento de infantería, i sacó a la calle la tropa aclamando emperador a Iturbide con el nombre de Agustin I. Dada ésta señal en los otros cuerpos, se ejecutó el mismo movimiento, arrastrando en sus aclamaciones al populacho de la capital. Uno de los ayudantes de Iturbide hizo la proclamacion de éste en el teatro; de modo que en la misma noche quedó consumado aquel movimiento de popularidad ficticia. El siguiente dia, 19 de mayo, se reunió el congreso para tratar de aquel asunto que tenia ajitada toda la capital. El populacho ocupaba todas las avenidas del lugar de las sesiones, i en medio del tumulto i del desórden no cesaba de vivar al futuro emperador. Algunos diputados republicanos, convencidos de que el congreso iba a resolver aquel importante asunto bajo la presion de la chusma i del ejército, se abstuvieron de concurrir a la sesion. Los jefes de las tropas que guarnecian a Méjico presentaron al congreso una esposicion en que manifestaban que todos los cuerpos habian aclamado unánimemente emperador a Iturbide.

Aquella célebre sesion, que iba a decidir de la suerte de la revolucion mejicana, comenzó en medio de un desórden amenazador. Iturbide fué llamado al seno del congreso: el populacho quitó los caballos del coche para conducirlo a brazos, i lo saludaba en todas partes en medio de frenéticos aplausos. El futuro emperador aparentó gran moderacion i recomendó al pueblo que dejara discutir libremente la importante cuestion que se ventilaba; pero no fué difícil prever el resultado de toda aquella tramoya. Iturbide fué nombrado emperador por 67 votos contra 15, si bien éstos no fueron abiertamente contrarios a su elevacion. Los diputados que los dieron declararon solo que no se creian autorizados por sus comitentes para resolver en tan grave asunto. El imperio quedó establecido desde aquel dia; e inmediatamente se comunicó a las provincias la resolucion del congreso como un hecho consumado que no admitia discusion.

La coronacion de Iturbide tuvo lugar en la catedral de Méjico el 21 de julio de 1822, en medio de una ostentosa ceremonia. Un mes ántes el congreso habia declarado hereditaria la monarquía mejicana, concediendo al mismo tiempo el título de príncipes a los miembros de la familia de Iturbide. Para dar a su gobierno los caractéres que distinguen las monarquías europeas, el emperador creó la órden

de Guadalupe, destinada a premiar a los mas decididos partidarios del imperio. El sueldo de Iturbide quedó fijado en millon i medio de pesos anuales.

CAIDA DE ITURBIDE.—Al lado de las ostentosas celebraciones con que se inauguraba el imperio, se hicieron sentir violentos síntomas de descontento i de reaccion. El emperador reclamó del congreso, cuando discutia la constitucion del imperio, una gran suma de poderes que aquel cuerpo no queria darle sin una discusion previa cuyas consecuencias debian ser alarmantes. Se habló de una conspiracion en que estaban comprometidos muchos personajes importantes i entre ellos 14 diputados que fueron reducidos a prision i detenidos en ella a pesar de las protestas del congreso. En las provincias del norte, el jeneral don Felipe la Garza inició un movimiento revolucionario que no tuvo consecuencias, pero que debió haber asustado al emperador. Los debates parlamentarios tomaban cada dia un carácter mas alarmante, de tal modo que Iturbide i sus consejeros vieron en ellos un sério peligro que amenazaba la tranquilidad del imperio. En tal situacion, creyó que solo un golpe de estado podria sacarlo de embarazo; i el 31 de octubre de 1822 decretó la disolucion del congreso, i la creacion de una junta compuesta solo de algunos diputados encargada del poder lejislativo. Esta corporacion, privada de toda independencia, fué solo un instrumento dócil del emperador. Miéntras tanto, las escaseces del erario nacional, ocasionadas por los crecidos gastos de la administracion i por la diminucion de las rentas públicas a causa de la poca confianza que inspiraba aquel estado de cosas, hacian mui difícil la situacion del gobierno. Iturbide se vió obligado a echar mano de préstamos forzosos i de mas de un millon de pesos que los comerciantes de Méjico remitian a Veracruz para ser embarcados para Europa. Todas estas medidas habian ido quitando gradualmente su prestijio al imperio i su antigua popularidad al emperador. La pompa de la corte, las órdenes de caballería i la etiqueta monárquica, léjos de dar mas valimiento al jefe revolucionario de Iguala, iban a contribuir poderosamente a llevarlo a su ruina.

En ese tiempo, mandaba en Veracruz un jóven coronel que habia hecho sus primeras armas en el ejército realista, pero que se habia pronunciado en 1821 por el plan de Iguala. Era éste don Antonio Lopez de Santa Ana, que ha desempeñado despues el papel mas importante en la historia

de las revoluciones de Méjico. Acusado de muchas faltas, Iturbide se vió precisado a separarlo de aquel gobierno; pero Santa Ana sublevó la guarnicion de Veracruz (2 de diciembre de 1822); i en una proclama, en que acusaba a Iturbide de haber violado la constitucion, proclamó la república. El jeneral don Guadalupe Victoria, que no habia reconocido el imperio, se unió en breve a Santa Ana.

Desde luego se creyó que aquel movimiento era una revolucion descabellada cuyos autores serian castigados en breve. El emperador despachó contra los rebeldes al jeneral Echavarri; pero éste, despues de haber alcanzado algunas ventajas, se pasó a los sublevados. Los jenerales Guerrero i Bravo salieron ocultamente de Méjico i fueron a reunirse a Santa Ana. Las tropas revolucionarias tomaron el nombre de ejército libertador, i se dispusieron a marchar sobre Méjico. En el pueblo de Casamata, provincia de Puebla, publicaron una convencion por la cual invitaban a la nacion mejicana a elejir un nuevo congreso que fijase en definitiva la forma de gobierno que debia darse. Esa convencion fué firmada tambien por otros jefes militares que habian desertado de las filas del emperador. Los sublevados recibian ausiliares de todas partes: el entusiasmo con que habia sido acojido Iturbide ántes de la proclamacion del imperio, parecia volverse contra él.

Anonadado a la vista de tantos desengaños, el emperador no se atrevió a alejarse mucho de la capital temiendo que ésta se sublevase tambien, i se limitó a despachar algunas fuerzas para detener a los sublevados i tratar miéntras tanto con ellos. Al fin, creyendo poner término a la revolucion, consintió en convocar de nuevo el congreso que habia disuelto; pero esta asamblea, a pesar de que no se creia en estado de deliberar libremente, no prestó apoyo alguno al emperador, al mismo tiempo que el ejército revolucionario, rápidamente engrosado, marchaba sobre la capital. Iturbide, abandonado en aquellos momentos por todos los hombres en quienes habia tenido mas confianza, no halló otro arbitrio mejor que renunciar el imperio para salvar su libertad i su vida. El 19 de marzo de 1823 se presentó al congreso el ministro de justicia Navarrete, con una nota escrita de mano de Iturbide por la cual éste abdicaba la corona i ofrecia salir del pais al cabo de pocos dias. Pretestando que no se hallaba en Méjico el número suficiente de diputados para dictaminar en tan grave asunto, el congreso demoró hasta el 8 de abril su resolucion. Entónces

declaró anuladas las disposiciones anteriores, disuelto el imperio i libre la nacion para darse el gobierno que mejor quisiera. El congreso concedió ademas a Iturbide el tratamiento de exelencia i una pension anual de 25,000 pesos con la condicion de establecerse en algun lugar de Italia. El 11 de mayo de ese mismo año se embarcó en la desembocadura del rio de la Antigua para ser trasportado a Liorna a espensas del estado.

ORGANIZACION DE LA REPUBLICA FEDERAL; TRAJICO FIN DE ITURBIDE.—El congreso mejicano habia organizado una junta gubernativa compuesta de los jenerales Bravo, Victoria i Negrete, bajo cuyo amparo debia discutirse la forma de gobierno que habia de darse a la nacion. Por el acta de Casamata, los jefes revolucionarios habian convenido en convocar un congreso constituyente; i la ajitacion política hizo indispensable esta medida. La caida de Iturbide habia dado oríjen a nuevos partidos, i si bien en jeneral la opinion se habia pronunciado en favor de la república, los partidarios de ésta se dividieron en centralistas i federales. Hiciéronse sentir violentas conmociones en las provincias, i los primeros síntomas de una conflagacion jeneral atizada por Santa Ana i otros jefes que reclamaban el establecimiento de una confederacion. El congreso, despues de hacer diversas concesiones, espidió la nueva convocatoria para una constituyente que debia instalarse en Méjico. La eleccion, como la del congreso anterior, debia ser indirecta.

A fines de octubre de 1823 comenzaron a llegar a la capital los diputados electos por las provincias para formar el nuevo congreso mejicano. Instalóse éste el 7 de noviembre; i pocos dias despues publicó un reglamento constitutivo, que contenia las bases fundamentales del gobierno hasta la promulgacion de la constitucion definitiva. Como en el nuevo congreso estaban en gran mayoría los diputados de las provincias, que siempre habian mirado con celo mal encubierto la preponderancia de la capital, el principio federalista quedó consignado en aquel importante documento. La prosperidad de los Estados-Unidos era la verdadera causa de este grande error político. En las colonias inglesas de la América del norte la federacion habia sido una necesidad para reunir en un cuerpo provincias organizadas desde tiempo atras bajo principios diversos i constituciones mui distintas. En Méjico, en donde existia desde tres siglos, una completa unidad, el sistema federal iba a

producir solo la desorganizacion mas espantosa. En 1823 hubo hombres distinguidos en el congreso mejicano que anunciaron los males que habia de enjendrar aquella forma de gobierno; pero su voz fué ahogada por la mayoría.

El sistema federal arrastraba tantas simpatías en Méjico que desde luego se hicieron sentir las conmociones para acelerar el establecimiento de algunas autoridades provinciales. La junta gubernativa se condujo con tanta actividad como prudencia; pero cuando ménos lo esperaba, se vió nacer la insurreccion en la misma capital. El 24 de enero de 1824, el jeneral Lobato, a la cabeza de un batallon que guarnecia a Méjico, pidió tumultuariamente a la junta gubernativa la destitucion de todos los españoles que hubiesen obtenido empleos o que conservaran los que poseian ántes. La junta desprovista de tropas para resistir en esos momentos a los sublevados, se reunió con el congreso para oponer a la rebelion el prestijio moral del gobierno, miéntras llegaban las tropas que se habian perdido a los jenerales Bravo i Guerrero que se hallaban fuera de Méjico. Los facciosos, despues de haber sembrado la consternacion en la capital, no viéndose apoyados por la opinion, no pudieron nada contra la actitud digna del congreso i se vieron precisados a acojerse al indulto.

En esos momentos, un peligro de otra naturaleza vino a llamar la atencion del gobierno mejicano i de todos los partidos. Se sabia que Iturbide habia llegado a Italia, i que en un principio se habia mostrado estraño a todo pensamiento de volver a Méjico; pero instigado sin duda por las cartas en que sus amigos pintaban la ajitacion de ese pais despues de su abdicacion, el ex-emperador se resolvió a aventurarlo todo para volver a su patria, cuyo gobierno creia fácil alcanzar de nuevo. En diciembre se puso en marcha para Lóndres con toda su familia; i desde allí comunicó su salida de Italia al congreso mejicano (13 de febrero de 1824), anunciándole sus deseos de ofrecer sus servicios en los peligros que amenazaban la independencia nacional. Esta esposicion fué recibida con jeneral desprecio, porque ya Iturbide habia perdido todo su prestijio. El congreso declaró en 28 de abril "traidor i fuera de la lei a don Agustin de Iturbide, siempre que bajo cualquier título se presentase en algun punto del territorio mejicano, en cuyo caso por solo este hecho quedaba declarado enemigo público del estado."

Ignorando estas disposiciones, Iturbide se hizo a la ve-

la el 11 de mayo con rumbo a Méjico. El 14 de julio llegó a la barra del rio Santander, en donde siete años atrás habia desembarcado el jeneral Mina. Un oficial polaco, apellidado Benesque, que acompañaba al ex-emperador, bajó a tierra a solicitar del jefe militar de aquel distrito, don Felipe de la Garza, permiso de desembarcar con otro compañero, asegurando que él venia de Lóndres a presentar al gobierno un plan de colonizacion. El siguiente dia desembarcó Iturbide disfrazado; pero luego fué conocido por diversas personas, i apresado por un piquete de tropa. En virtud de la declaracion del congreso, el jeneral Garza estaba autorizado para pasar por las armas inmediatamente al ex-emperador; sin embargo, no quiso echar sobre sí la responsabilidad de un acto de tanta trascendencia, i dispuso su marcha al pueblo de Padilla, en donde estaba reunida la lejislatura provincial del estado de Tamaulipas, convocada a consecuencia de la adopcion del sistema federal. Al saber el desembarco i la captura de Iturbide, el congreso de aquel estado, a pesar de las representaciones del jeneral Garza en favor del prisionero, dispuso que en cumplimiento de la lei del 28 de abril, éste fuera pasado por las armas. Iturbide manifestó su valor habitual en aquellos momentos: escribió una carta de despedida a su familia que habia quedado a bordo i se preparó a morir como cristiano. El 19 de julio de 1824 fué ejecutada la sentencia. El cadáver del ex-emperador, sepultado entónces en el pueblo de Padilla, fué trasladado en 1838 a Méjico i enterrado con gran pompa en la catedral. El congreso mejicano, recordando los importantes servicios que Iturbide habia prestado a la causa de la independencia, asignó a su familia una pension de 8,000 pesos anuales.

La rapidez con que habia procedido la lejislatura de Tamaulipas cortó en tiempo las maquinaciones de los partidarios del imperio. Las ajitaciones que por entónces se hicieron sentir fueron oportunamente reprimidas. El congreso federal siguió discutiendo el proyecto de constitucion hasta dar por terminados sus trabajos. El 4 de octubre de 1824 fué proclamada i jurada solemnemente la constitucion de la nueva república mejicana. Los constituyentes tomaron por modelo la organizacion política de los Estados-Unidos, dividiendo el territorio en estados independientes, cada uno de los cuales debia tener su lejislatura propia, como tambien sus gobernadores, sus tribunales i sus rentas par-

ticulares. Estos diversos estados eran representados en el congreso federal que debia reunirse en Méjico, i componerse de un senado i de una cámara de representantes. La direccion jeneral del gobierno quedaba confiada, como en los Estados-Unidos, a un presidente de la república elejido cada cuatro años, i por muerte, enfermedad o ausencia de éste, el poder supremo debia recaer en un vice presidente, elejido tambien por el mismo período. La ciudad de Méjico, fué separada del estado de este nombre, i constituida en capital federalizada.

El congreso constituyente ántes de disolverse decretó una ámplia amnistia por los delitos políticos, i elijió el primer presidente constitucional de la república. Fué éste el jeneral don Guadalupe Victoria, representante del partido revolucionario de 1810: el vice-presidente fué don Nicolas Bravo. Ambos prestaron el juramento de estilo el 10 de octubre de 1824. Un lisonjero porvenir se abria entónces a la república mejicana. La tranquilidad estaba restablecida: Victoria i Bravo, conocidos por su moderacion i su prudencia, gozaban de jeneral estimacion: la situacion financiera era ménos angustiada, merced a un empréstito contratado en Lóndres: todo hacia creer que el sistema federal, ensayado con tanta felicidad en los Estados-Unidos, iba a producir en Méjico idénticos resultados; pero los lejisladores que habian creado aquel gobierno no comprendian que la organizacion administrativa de un pais, formada sin consultar sus antecedentes i sus necesidades, i solo por espíritu de imitacion, tenia una base demasiado débil e inconsistente. Por ěso, la inauguracion del réjimen constitucional en la república mejicana, no bastó para correjir los vicios inveterados, i fué el principio de nuevos trastornos que han formado una de las mas dolorosas historias de los pueblos americanos que ántes fueron colonias de la España (2).

---

(2) A pesar de que para la formacion de este capítulo haya consultado con frecuencia diversas obras, i mui particularmente el *Cuadro histórico de la revolucion mejicana*, por don Cárlos M. Bustamante, abreviado por Mendevil, la autoridad principal que he seguido siempre por ser la mas respetable, es la importante obra ya citada de don Lúcas Alaman, tan prolija en noticias bien estudiadas, como severa en sus juicios.

CAPITULO VI.

Revolucion de Venezuela.

Instalacion de una junta de gobierno en Carácas.—Primeras hostilidades.—Declaracion de la independencia de Venezuela.—Promúlgase la constitucion.—Temblor de Carácas; los españoles someten toda la provincia de Venezuela.—Administracion de Monteverde; nueva insurreccion en las provincias orientales.—Primera campaña de Bolívar; los patriotas recuperan a Venezuela.—Administracion de Bolívar; prosecucion de la guerra.—Segunda reconquista de Venezuela por las armas españolas.—Arribo de una espedicion española mandada por el jeneral Morillo.

(1808—1815)

Instalacion de una junta de gobierno en Caracas.—Por muerte de don Manuel de Guevara Vasconcelos, gobernaba en 1808 la capitanía jeneral de Venezuela don Juan de Casas, militar anciano i débil que no poseia ni intelijencia ni carácter. El 15 de julio de ese año, llegaron a Caracas dos comisionados del gobierno frances que acababa de organizarse en Madrid, que traian encargo del consejo de Indias de anunciar la abdicacion de Fernando VII i de reclamar el reconocimiento del nuevo gobierno. El capitan jeneral tuvo con ellos una conferencia secreta; i creyendo que la España no tenia fuerzas para resistir al poder de Napoleon, se manifestó inclinado a someterse a la dominacion de los invasores de la península. El pueblo, sin embargo, que celebraba todavía las noticias de la caida de Godoi como el principio de una era de prosperidad, supo las ocurrencias de la metrópoli por el arribo de un buque de la marina real británica; i presidido del cabildo, acudió en el acto al palacio del capitan jeneral a espresarle su resolucion de no reconocer otro gobierno que el de Fernando VII. Los emisarios franceses se salvaron con gran trabajo del furor popular.

Aquella declaracion vino a aumentar el desasosiego del presidente Casas. Sin saber qué partido tomar, reunió una junta de corporaciones para oir los pareceres de todos los representantes del poder público. Desde luego, comenzaron a diseñarse dos partidos mui marcados; el de los españoles que querian la sumision a cualquiera autoridad que fuese reconocida en la península, i el de los patriotas que reclamaban la instalacion de una junta de gobierno en Caracas para no depender de otro soberano que Fernan-

do VII. El capitan jeneral i los españoles triunfaron por entónces: la junta instalada en Sevilla fué reconocida formalmente; pero los patriotas venezolanos, en cuyas filas se contaban los hombres mas notables i acaudalados de la colonia, no cesaron de pensar en darse un gobierno propio. El 22 de noviembre presentaron al capitan jeral una solicitud firmada por las personas mas respetables de Caracas en que le pedian el establecimiento de una junta de gobierno como el único medio de asegurar el pais i de corresponder a los deseos del vecindario. Dos dias despues, la audiencia espidió una órden de prision contra todos los que firmaban aquella solicitud. Uno de ellos, el marques de Casa Leon, fué remitido a España i los otros, despues de sufrir las tramitaciones de un juicio, fueron puestos en libertad u obligados a residir fuera de la ciudad.

La paz pareció restablecida en Venezuela despues de este golpe de autoridad. La junta central instalada en la península, fué reconocida sin inconveniente alguno (enero de 1809); i poco despues el 17 de mayo de ese mismo año, llegó un nuevo capitan jeneral, el brigadier don Vicente Emparan, que parecia destinado a cimentar definitivamente la tranquilidad en aquella provincia. Emparan habia sido poco ántes gobernador de Cumaná; i en el desempeño de este cargo habia desplegado intelijencia i honradez al mismo tiempo que cierta firmeza de carácter que lo hacia respetable. En el gobierno de Venezuela, sin embargo, se condujo con mucho ménos tino; temiendo a cada momento conspiraciones i revueltas, estableció el espionaje, puso trabas a la comunicacion de unos pueblos con otros, exijiendo pasaportes a toda clase de personas, condenó al trabajo de obras públicas a muchos hombres del pueblo llamándolos vagos, i desterró sin causa ni proceso a varias personas respetables que habian despertado sus sospechas. Estos golpes de autoridad predispusieron la opinion pública en contra del capitan jeneral. Desde principios de 1810, los patriotas de Caracas formaron diversos planes de conspiracion, uno de los cuales fué descubierto por Emparan oportunamente.

El 18 de abril de aquel año se divulgó en Caracas la noticia de que los franceses constantemente vencedores en España, habian invadido las Andalucías i dispersado la junta central. Estos sucesos produjeron una alarma jeneral i decidieron a los patriotas a aprovecharse de esta situa-

cion en favor de sus proyectos. Contando con los principales jefes i con algunos oficiales de la guarnicion, prepararon resueltamente el golpe decisivo. El siguiente dia (19 de abril de 1810) era juéves santo: el cabildo de Caracas se reunió para asistir a los oficios relijiosos en la iglesia catedral; pero, constituyéndose en sesion, comenzó a tratar de las novedades del dia i convocó al capitan jeneral para tomar parte en aquella discusion. Emparan, sin sospechar el lazo que se le tendia, concurrió a la sesion i tuvo que aceptar el debate. Esplicó allí que era cierta la disolucion de la junta central, pero que en su reemplazo se habia organizado un consejo de rejencia, a cuya sombra seria conservada la tranquilidad pública. Los revolucionarios se encontraron desconcertados; i despues de oir aquellas esplicaciones, se vieron en la necesidad de acompañar a Emparan a la iglesia.

El complot parecia malogrado; i era de temerse que el capitan jeneral no dejase sin castigo a los autores de aquel proyecto de revolucion. En ese momento decisivo, varios grupos de conjurados reunidos en la plaza cierran el paso a la comitiva de Emparan, i un hombre llamado Francisco Salias lo toma de un brazo gritando que era menester volver a la sala del cabildo. El tumulto se hizo mayor; i en medio del agrupamiento de la jente, el capitan jeneral se vió forzado a seguir el impulso de los facciosos. La sesion del ayuntamiento fué mui ajitada: algunos hombres de conocida impetuosidad, titulándose diputados del pueblo, pidieron resueltamente la creacion de una junta de gobierno, i Emparan tuvo que aceptar esta idea.

Los revolucionarios convinieron allí mismo en que el capitan jeneral fuese el presidente de la junta; pero en el momento en que se redactaba el acta de lo acordado, se presentó en la sala don José Cortes Madariaga, chileno de nacimiento i canónigo de Carácas, el cual, con una audacia inconcebible, reprochó a los revolucionarios el error que cometian dejando a Emparan con poder suficiente para consumar la disolucion de la junta. Las palabras de Cortes fueron bien recibidas por el pueblo; i el capitan jeneral, confundido i avergonzado, renunció todo mando. En el mismo dia, el cabildo quedó constituido en junta gubernativa, i realizado así el cambio que deseaban los revolucionarios (19 de abril de 1810).

La junta comenzó su gobierno suprimiendo algunos derechos fiscales, creando una escuela de matemáticas,

prohibiendo la introduccion de esclavos en Venezuela i derogando las ordenanzas sobre vagos. Comunicó tambien su instalacion a todas las provincias; i en la mayor parte de ellas, la revolucion fué secundada. Solo Coro i Maracaybo se declararon sometidos a la rejencia de España.

Primeras hostilidades.—La junta de Carácas, aunque instalada a nombre de Fernando VII, sabia sin duda a donde conducia la revolucion del 19 de abril. Poco despues, partieron para Inglaterra el coronel de milicias don Simon Bolívar i don Luis Lopez Méndez, comisionados por la junta para atraerse la proteccion del gobierno británico. Don Andres Bello, jóven conocido ya por su intelijencia i por su contraccion al cultivo de las letras, i que ha sido mas tarde la primera ilustracion literaria de la América española, fué el secretario de aquella comision. Con el mismo objeto, partieron otros emisarios a los Estados-Unidos. Todos ellos tenian el encargo de anunciar que el gobierno de Venezuela habia declarado la libertad de comercio en su territorio.

Las previsiones de la junta no eran infundadas. Desde luego se hicieron sentir algunos síntomas de reaccion en varias provincias; i el consejo de rejencia de España, desde que supo las ocurrencias de Carácas, declaró rebeldes a sus autores amenazándolos con severos castigos, i decretó un riguroso bloqueo para prohibirles todo comercio (31 de julio de 1810). Don Antonio Cortabarria, ministro del consejo de España e Indias, majistrado anciano i respetable, fué encargado, con el título de comisario réjio, de dar cumplimiento a aquellas disposiciones, en caso que los rebeldes de Carácas no quisieran someterse. El gobernador de Maracaybo, don Fernando Miyares, fué nombrado igualmente capitan jeneral de Venezuela en reemplazo de Emparan que habia sido deportado a los Estados-Unidos, con encargo de someter aquella provincia al antiguo réjimen. Desde Puerto Rico, el comisario Cortabarria dirijió a la junta i al pueblo de Carácas un despacho (24 de octubre) en que pedia el reconocimiento de las cortes españolas, i el restablecimiento del antiguo órden de cosas, para dispensarse de emplear las armas i sofocar la rebelion a mano armada.

La junta se negó resueltamente a entrar en avenimiento. En cambio, las amenazas i los halagos del comisario real produjeron diversos proyectos de contra-revolucion que afortunadamente fueron reprimidos en tiempo. Del mismo modo, las provincias de Coro i Maracaybo, en donde man-

daba Miyares, i que se mantenian fieles al gobierno español, parecian amenazar a los rebeldes de Carácas. La junta habia reunido un cuerpo de tropas de cerca de 3,000 hombres que habia puesto bajo las órdenes de un coronel de milicias, el marques don Francisco del Toro, elevándolo al efecto al rango de jeneral. Las primeras operaciones de estas tropas fueron de poca importancia. Los insurjentes sitiaron en vano la ciudad de Coro; pero habiendo marchado Miyares con tropas de refresco en ausilio de los sitiados, se vieron los patriotas obligados a retirarse a causa de la impericia de sus soldados, batiéndose sin embargo con alguna resolucion, hasta llegar a los límites de la provincia de Carácas (diciembre de 1810).

Si estos contrastes produjeron algun desconcierto entre los rebeldes, un suceso inesperado vino a infundirles confianza i resolucion. El 3 de diciembre de ese mismo año, llegó al puerto de la Guaira el jeneral don Francisco Miranda. Alejado de su patria desde su malograda campaña de 1806, Miranda vivia retirado en Lóndres cuando llegó allí Bolívar i le anunció la revolucion de Carácas. El gobierno ingles, aliado entónces con los españoles para rechazar la invasion francesa de la península, solo tuvo palabras de cortesía para los insurjentes venezolanos, pero no pudo prestarles el apoyo que éstos buscaban. Recomendóles la adopcion de los medios pacíficos para entenderse con la España; pero Miranda, que no pensaba mas que en la independencia del nuevo mundo, creyó que era llegado el momento de realizar sus planes. La junta de Carácas temió que la presencia de un personaje tan caracterizado como Miranda hiciera imposible toda transaccion con el gobierno español, i quiso impedirle que desembarcara; pero fué tan pronunciada la opinion del pueblo, que fundaba en el jeneral proscrito sus esperanzas de triunfo, que la junta tuvo que admitirlo en Carácas i le dió el título de teniente jeneral de las tropas de Venezuela. Tambien habia vuelto a su patria el coronel Bolívar, que estaba destinado a desempeñar el primer papel en la revolucion de la independencia.

En esos momentos, no era difícil prever la proximidad de la guerra. Cortabarria, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos pacíficos, i en vista de las contestaciones que a sus notas daba la junta de Carácas, espedia desde Puerto Rico patentes de corso para hostilizar el comercio de Venezuela, miéntras Miyares reunia en Maracaybo las tropas

que pedia a las Antillas para comenzar con mayor vigor las operaciones militares.

DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA DE VENEZUELA.—La junta revolucionaria no se hizo ilusiones por largo tiempo sobre los peligros de su situacion. Dispuso la compra de armas, i tomó muchas precauciones militares para no hallarse desprevenida; i miéntras Cortabarria fomentaba desde Puerto Rico diversos movimientos en favor de su causa, el gobierno revolucionario desplegó grande actividad para reprimirlos oportunamente. En breve los patriotas dieron un paso decisivo para dejar bien demarcada su separacion de la metrópoli.

El 11 de junio de 1810 la junta habia dirijido a las provincias una convocatoria para un congreso jeneral. Las elecciones se hicieron con la mayor tranquilidad en todo el territorio en que dominaban los patriotas. El 2 de marzo de 1811 se instaló en Carácas el congreso con asistencia de 44 diputados, i bajo el nombre de representantes de las provincias unidas de Venezuela, para sostener los derechos del rei Fernando i gobernarse sin sujecion a las autoridades existentes entónces en España. Formaban parte de este cuerpo los hombres mas adelantados que contaba la colonia; pero desgraciadamente, no existia entre ellos la unidad de pensamiento tan necesaria en aquellas circunstancias. El congreso creó una junta encargada del poder ejecutivo, i se contrajo particularmente a discutir un proyecto de constitucion, en cuyos debates se manifestó mas claramente la diverjencia de opiniones que habia entre sus miembros.

Miéntras tanto, los realistas no cesaban de fraguar movimientos reaccionarios en diversas provincias. Los misioneros de la Guayana i los ajentes de Cortabarria i de Miyares fomentaban conspiraciones que a veces llegaron a poner en ejecucion sin grandes resultados. Los patriotas de Carácas comprendieron perfectamente que los españoles no admitirian mas base de avenimiento que su completa sumision, quedando por tanto espuestos a sus venganzas. Organizaron entónces una sociedad patriótica en que se proclamaba francamente que solo una independencia completa podia salvar al pais de la ruina de que estaba amenazado. En el congreso, esta idea encontraba sérias resistencias de parte de algunos diputados, ya fuera por afeccion a la España o por temor a la guerra que se habia de seguir a una declaracion de esta naturaleza. Sin em-

bargo, la exitacion cundia en la capital; la sociedad patriótica propagaba sus ideas i fomentaba el descontento contra las vacilaciones del congreso. Cuando los diputados republicanos quisieron proponer la declaracion de la independencia, el pueblo acudió en masa a la sala del congreso para hacer respetar su voluntad.

Aquella célebre sesion tuvo lugar el 5 de julio de 1811. La mayoría del congreso, i con ella sus hombres mas notables, eran republicanos; pero apesar de todo, el debate fué sumamente ajitado i en él tomó parte el pueblo aplaudiendo frenéticamente a los partidarios de la independencia i lanzando silvos i amenazas a los que contrariaban este pensamiento o que siquiera manifestaron poca resolucion. El resultado del debate no se hizo esperar: la independencia fué aprobada, i en el mismo dia se estendió el acta por la cual las Provincias Unidas de Venezuela se declaraban libres de toda sumision i dependencia de España para darse como tales la forma de gobierno mas conforme a la voluntad nacional. Pocos dias despues, el congreso publicó un estenso manifiesto en que detenidamente esplicaba las causas que lo habian obligado a hacer aquella atrevida declaracion. Los independientes adoptaron desde entónces la bandera amarilla, azul i roja, que habia usado Miranda en su campaña de 1806.

PROMULGASE LA CONSTITUCION.—Los revolucionarios venezolanos habian necesitado de un grande arrojo para declarar su independencia. No tenian fuerzas en el interior ni apoyo en el esterior; i debian presumir que la España aceptaria resueltamente el reto que se le lanzaba. Ademas de esto, en su propio territorio habia muchos hombres descontentos con el nuevo órden de cosas, que no habian cesado de conspirar, i a quienes aquella declaracion irritó sobre manera. En Venezuela habia muchos colonos naturales de las islas Canarias, que en un principio se manifestaron adictos a la revolucion, pero viendo el sesgo que esta tomaba, se dejaron influenciar por los ajentes del comisario Cortabarria. El 11 de julio, ántes de amanecer, se reunieron en una llanura inmediata a la capital muchos de esos colonos, armados de cualquier modo con el objeto de caer sobre los cuarteles, llamar al pueblo a las armas i disolver el gobierno revolucionario castigando a los miembros de la junta i a los mas pronunciados revolucionarios del congreso con las penas de muerte o de deportacion. Pero el gobierno, advertido a tiempo del peligro que corria su existencia, en-

vió contra ellos una columna de milicianos que los apresó para someterlos a juicio. Los principales autores de la conspiracion, en número de 16, fueron fusilados seis dias despues i deportados muchos otros.

El mismo dia, 11 de julio, tuvo lugar en Valencia, a 38 leguas al sur oeste de Carácas, un movimiento revolucionario mucho mas sério todavía. Los españoles de la ciudad, aprovechándose del descontento de sus habitantes que querian segregarse de Carácas, para formar una provincia separada, se apoderaron de los cuarteles i se proclamaron en abierta rebelion, preparándose para rechazar las fuerzas del gobierno de la capital. En efecto, la junta despachó contra Valencia las tropas de que podia disponer bajo el mando del márques del Toro. Los primeros pasos de éste fueron afortunados; pero el gobierno pudo conocer que la resistencia de los realistas era mucho mas séria de lo que se creia. Miranda tomó entónces el mando de las tropas, i condujo las operaciones militares con grande actividad. Despues de repetidos ataques, que costaron a los patriotas la pérdida de mas de 1,000 hombres entre muertos i heridos, la ciudad se rindió a discrecion (13 de agosto de 1811). Los prisioneros fueron sometidos a juicio i condenados a muerte por los tribunales; pero fueron indultados por el congreso, rasgo de induljencia que no fué apreciado por los enemigos i que se avenia mal con la severidad desplegada pero ántes.

En esa misma época, Cortabarria habia organizado en Puerto Rico una escuadrilla de seis buques, de los cuales solo uno era de guerra, con 1,000 hombres de desembarco, para tomar tierra en la costa de Cumaná que se suponia dispuesta a sublevarse en favor de los realistas. Esta operacion parecia estar combinada con los movimientos revolucionarios que tuvieron lugar en el interior; pero las espedicionarios españoles, viéndose engañados en sus esperanzas, i sabiendo que aquella costa estaba regularmente defendida por las milicias independientes, no se atrevieron a desembarcar i se alejaron con rumbo hácia Coro.

En medio de los peligros que amenazaban la independencia de Venezuela, el congreso se ocupaba de discutir la constitucion que habia de darse al estado. Los hombres mas ilustrados entre los revolucionarios se habian dejado cegar por el ejemplo halagüeño de los Estados-Unidos, i creian que un gobierno federal, semejante al de la gran república del norte, haria la felicidad de la nacion. La prensa

propagó estas ideas, i el pueblo tanto de la capital como de las provincias, las acojió con grande entusiasmo. Don Francisco Javier Ustariz, uno de los miembros mas distinguidos del congreso, presentó a aquel cuerpo un proyecto de constitucion que fué prolijamente debatido i aprobado el 21 de diciembre de 1811. Aquel código sancionaba los derechos de los ciudadanos concediéndoles la libertad de imprenta, i la de elejir libremente sus representantes, dividia el territorio en siete provincias o estados que podian darse sus respectivas constituciones para su gobierno interior, i declaraba que las provincias que estaban en poder del enemigo podian incorporarse bajo las mismas bases a la confederacion venezolana. Un congreso compuesto de dos cámaras quedaba con el poder de declarar la guerra, hacer la paz i levantar ejércitos. Queriendo consultar el mejor acierto en las decisiones del poder ejecutivo, estaba éste compuesto de tres miembros designados por eleccion indirecta, i le correspondia nombrar los empleados públicos i velar por el cumplimiento de las leyes. La constitucion ademas reglamentaba la administracion de justicia, establecia el jurado i abolia la tortura empleada hasta entónces en los juicios criminales. A imitacion de los Estados-Unidos, la ciudad de Valencia fué declarada capital federalizada; i en ella celebró sus sesiones el congreso desde principios de 1812. "Ningun código político antiguo ni moderno, dice un hábil historiador, se aventaja al venezolano de 1811 en la filantropia de sus principios, en el respeto consagrado a los derechos individuales i populares, en las precauciones tomadas contra el despotismo. Pero jamas nacion alguna adoptó una lei constitucional ménos apropiada a sus circunstancias, mas en contradiccion con sus intereses, ménos revolucionaria, en fin" (1). La forma federal iba a perjudicar grandemente a la resistencia contra el poder español, que reclamaba la unidad de elementos i de accion.

TEMBLOR DE CARACAS; LOS ESPAÑOLES SOMETEN TODA LA PROVINCIA DE VENEZUELA.—En esa época, los realistas eran dueños de las provincias de Coro i Maracaybo, al oeste de Carácas, i de Guayana al oriente. Desde aquí comenzaron a hacer correrías remontando el rio Orinoco i atacando las poblaciones indefensas. La junta pidió continjentes de tropas a todas las provincias, que puso a las órdenes del coronel don Francisco Gonzalez Moreno. Las

(1) Baralt, *Resúmen de la historia de Venezuela*, tomo 1, páj. 78.

primeras operaciones de éste fueron felices; pero la guerra se prolongó por aquella parte con resultado vario, entreteniendo así un cuerpo de tropas venezolanas que alcanzaba a 3,000 hombres. Miéntras tanto, la masa jeneral de la poblacion se manifestaba cansada con la revolucion que privaba de brazos a la industria, i habia producido una suspension del comercio por medio del bloqueo. Los soldados mismos, pagados con papel moneda, no ocultaban su descontento.

En esa época habia llegado a Coro el brigadier don Juan Manuel Cajigal llevando de Puerto Rico un refuerzo de tropas i de dinero. Uno de los subalternos de éste, el capitan de fragata don Domingo Monteverde, que adquirió en breve una funesta celebridad, reunió una fuerza de 230 hombres, a cuya cabeza avanzó hácia la provincia de Carácas, protejido por una sublevacion de los realistas de uno de los pueblos mas occidentales de dicha provincia, denominado Siquisiqui. Monteverde, habiendo engrosado sus tropas, ocupó la plaza de Carrora a viva fuerza (23 de marzo de 1812), i parecia dispuesto a marchar sobre Barquisimeto.

Miéntras la república se hallaba amenazada al oriente i al occidente por los españoles, un acontecimiento inesperado vino a complicar la situacion. El juéves santo, 26 de marzo de 1812, a las cuatro de la tarde acaeció un espantoso terremoto que redujo a montones de escombros a Carácas i muchas ciudades, causó grandes estragos en otras i sepultó en las ruinas cerca de 20,000 personas. Casi toda una division de tropas que se hallaba lista en Barquisimeto a las órdenes del coronel patriota don Diego Jalon, para rechazar la invasion de Monteverde, pereció en aquel momento. En otras partes, los independientes perdieron sus armas i sus depósitos de municiones. Esta catástrofe, que en cualquiera circunstancia habria sido mirada como una gran desgracia producida por causas naturales, ejerció la mas funesta influencia sobre la opinion pública El terremoto habia ocurrido en juéves santo, como la instalacion del primer gobierno nacional; i el clero, enemigo en su mayor parte de la revolucion, esplotó aquel cataclismo en favor de sus intereses esplicando a las jentes aterrorizadas que aquel era un castigo del cielo a los que habian intentado segregarse de la metrópoli. Daba fuerza a esta esplicacion la circunstancia de que las provincias que habian quedado fieles a la España no sufrieron nada en el terremoto. La reaccion, que ántes se habia hecho sentir débilmente, adquirió gran desarrollo en medio de las angustias i del duelo que se

siguieron a tan gran catástrofe. Luego se supo que el mismo dia 26 de marzo, los patriotas habian sufrido una derrota en las aguas del Orinoco, i que despues de repetidos descalabros, el ejército de oriente, batido al sur de dicho rio i embarazado por las fuerzas realistas para volver a Carácas, habia tenido que rendirse a discrecion.

El congreso conservó, sin embargo, su enerjía. Revistió a la junta ejecutiva de poderes discresionales, i ésta los delegó en Miranda con el título de jeneralísimo. Apesar de la actividad que éste desplegó para reunir tropas i rechazar a los invasores, solo pudo juntar un cuerpo de cerca de 2,000 hombres. Miéntras tanto, Monteverde avanzaba rápidamente. Ocupó a Barquisimeto sin resistencia alguna; i habiendo recibido refuerzos considerables, siguió su marcha hácia Valencia, dilatando su dominacion a todos los territorios inmediatos. Los patriotas no querian combatir o se pasaban al enemigo, cuyo poder parecia irresistible.

En tan crítica situacion, Miranda no pensó mas que en reconcentrar sus tropas a fin de darse tiempo para reorganizarlas i preparar la resistencia. Valencia fué evacuada por los patriotas, i las fuerzas de éstos ocuparon unos desfiladeros para impedir que Monteverde pudiera seguir su marcha hasta Carácas. El jefe realista, sin embargo, evitó este inconveniente dando un rodeo, de modo que las tropas de Miranda tuvieron que replegarse precipitadamente a sesenta leguas de la capital. En medio de constantes defecciones, los venezolanos desplegaron todavía grande audacía i se batieron heróicamente en diversos encuentros con las columnas realistas que los perseguian.

Pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos contra el cúmulo de desgracias que los agoviaba. El coronel Bolívar habia sido nombrado gobernador de Puerto Cabello, en cuya plaza habia un depósito considerable de armas i municiones. Un gran número de prisioneros españoles estaba retenido en uno de sus castillos; pero el jefe de su guarnicion, apellidado Vinoni, sublevó las tropas de su mando, dió libertad a los presos i se pronunció en abierta rebelion (30 de junio de 1812). Bolívar, sin embargo, combatió por algunos dias a los sublevados sin poderlos reducir; pero las fuerzas que sacó de la plaza para rechazar a los realistas que se acercaban a aquel puerto, fueron derrotadas, i entónces le fué forzoso replegarse por mar a la Guaira i de allí a Carácas (4 de julio).

Los españoles en tanto avanzaban sobre la capital en-

grosando sus tropas. El jeneral Miranda, manteniéndose siempre a la defensiva, desplegó grande actividad; pero sus soldados, a pesar de que alcanzaron algunas ventajas, fueron batidos de ordinario, quedando así reducido a mui poco espacio el territorio ocupado por los independientes. La desercion disminuia sus fuerzas, miéntras el enemigo aumentaba las suyas con los pasados i con los negros esclavos. Considerándolo todo perdido, Miranda pensó solo en capitular, talvez con el objeto de ganar tiempo. Monteverde pareció dispuesto a entrar en negociaciones, pero continuó avanzando hácia Carácas. Por fin, los comisionados de ámbos jenerales arribaron a un convenio; pero Monteverde lo imponia como vencedor, i exijió que Miranda lo ratificase ántes de cuarenta i ocho horas i sin consultar al gobierno de quien dependia. Fué necesario acceder a esta exijencia; i el 25 de julio de 1812 fué firmado el tratado. Por él quedaba establecida la constitucion que acababan de sancionar las cortes españolas; i el jeneral realista prometia no inquietar a nadie por sus opiniones, respetar las propiedades particulares i permitir la libre salida del territorio a todo el que lo deseara. En virtud de este arreglo, Carácas fué ocupada por Monteverde el 29 de julio. Miranda i otras muchas personas caracterizadas por su participacion en los sucesos de la revolucion, desconfiando de la sinceridad de los vencedores, se retiraron a la Guaira para embarcarse.

Tantas i tan repetidas desgracias tenian despechados a los patriotas. En su desesperacion, acusaban a Miranda de haberlos traicionados no solo quedando a la defensiva en la última parte de la campaña, sino manteniendo relaciones con los realistas i recibiendo de ellos una gruesa suma de dinero en pago de su perfidia. Esta calumnia, fraguada en el campo de Monteverde, habia circulado entre los revolucionarios con gran facilidad. En la Guaira gobernaban el coronel don Manuel María Casas i el doctor don Miguel Peña. El primero habia estipulado secretamente con Monteverde la entrega de Miranda; i para llevar a cabo su perfidia, daba pábulo a las injustas acusaciones que hacian al desgraciado jeneral. Los jefes reunidos en aquel puerto, convinieron en apresarlo. Casas i Peña firmaron la órden de prision, i Bolívar i otros jefes se encargaron de ejecutarla. Miranda fué conducido a un castillo en la noche del 30 de julio, i aun se trató de fusilarlo en la mañana siguiente.

Los caudillos revolucionarios trataban de embarcarse el 31 de julio, cuando llegó allí una órden de Monteverde por

la cual mandaba a los gobernadores que impidieran su evasion. Estos cumplieron aquel mandato cerrando el puerto i deteniendo a los que querian ganar los buques. En la misma tarde llegaron las primeras tropas realistas mandadas por el español Cervéris, i éste apresó a los patriotas mas distinguidos, i esperó las órdenes de su jefe. Monteverde, manifestando que un jefe leal no podia tratar con los rebeldes, olvidó sus compromisos, rompió el tratado i dispuso que fueran remitidos a España ocho de los mas notables jefes de la rebelion, en donde les esperaba una larga i penosa prision en los castillos de Ceuta. En poco tiempo mas el número de patriotas apresados en Venezuela pasaba de 1500.

Miranda, sin embargo, fué retenido algunos meses en los calabozos de Puerto Cabello, i trasladado de allí al presidio de Puerto Rico. En su desgracia, manifestó una noble entereza. Reclamó con dignidad i valentía contra la infraccion del convenio celebrado con Monteverde; pero ni éste ni el gobierno español querian dar cumplimiento a lo pactado. El desgraciado jeneral fué conducido a Cádiz, en 1813, i despues de tres años de prision, falleció en un calabozo devorado por los pesares, el 14 de julio de 1816.

Administracion de Monteverde: nueva insurreccion en las provincias orientales.—La fortuna habia protejido singularmente a Monteverde en aquella campaña. Militar sin intelijencia, habia triunfado de los rebeldes por una serie de circunstancias que no era posible prever. Una vez en Carácas, se creyó desligado de toda obediencia a su jefe, el capitan jeneral Miyares, que quedaba en Coro; i el gobierno español, dando a Monteverde una importancia que no tenia, lo confirmó en el gobierno de Venezuela con el honroso título de *pacificador*.

Talvez habria sido fácil a Monteverde merecer este título. Despues de dos años de guerras i fatigas a que no estaba acostumbrado, el pueblo deseaba ardientemente la paz; pero los vencedores no supieron aprovechar esta favorable disposicion para consolidar su conquista. Monteverde desatendió los dictados de la razon para oir los consejos de los que solo reclamaban castigos i venganzas. Decretaba por simples sospechas prisiones en masa no solo contra los corifeos de la revolucion si no contra los que de cualquiera manera hubieran manifestado sus simpatías por la independencia. A la prision se seguia el embargo de las propiedades de los rebeldes; i todo aquello se manejaba con grande altaneria i en medio de un desórden espantoso que reve-

laban la insolencia, la codicia i la torpeza de Monteverde i sus consejeros.

Estas venganzas no se limitaron solo a la capital. En las provincias orientales fueron ejercidas talvez con mayor rigor; pero allí mismo se hicieron sentir los primeros síntomas de reaccion. Don Santiago Mariño, jóven tan rico como audaz, acompañado de don Manuel Piar, de los dos hermanos Bermudez, i de otros cuarenta compañeros, se habian refujiado en Chacachare, islote vecino a la isla de Trinidad. Allí concibieron el atrevido proyecto de pasar al continente i ocupar el pequeño pueblo de Guiria, situado en la península de Paria, que defendian 300 españoles (13 de enero de 1813). Engrosadas las fuerzas de los invasores, pudieron emprender operaciones mas considerables i dilatarse por las provincias de Cumaná i Barcelona. Los patriotas sostuvieron una guerra heróica en que de ordinario obtuvieron ventajas considerables. Los realistas por su parte no dejaron atrocidades por cometer: habiendo batido una columna patriota que ocupaba la villa de Aragua (16 de marzo), los jefes españoles don Antonio Zuazola i don José Tomas Gomez fusilaron a los prisioneros, i ejercieron sobre los pacíficos vecinos de la villa el despotismo mas cruel e injustificable. "Hombres i mujeres, ancianos i niños fueron desorejados o desollados vivos. A quienes hacia Zuazola quitar el cutis de los piés i caminar sobre cascos de vidrios: a quienes hacia mutilar de uno o dos miembros o de las facciones del rostro haciendo mofa despues de su fealdad: a quienes mandaba coser espalda con espalda. Muchos cajones de orejas que envió a Cumaná fueron recibidos con salvas i algazara por los catalanes, quienes adornaron con ellas las puertas de sus casas i las pusieron en sus sombreros a modo de escarapelas.» Pero estas inauditas crueldades, léjos de abatir a los independientes, les dieron mayor resolucion. Las fuerzas de Mariño i de Piar se engrosaron considerablemente, de modo que habiendo ocupado la ciudad de Maturin, pudieron rechazar heróicamente dos vigorosos ataques de las tropas realistas.

Monteverde se hallaba entre tanto en Caracas desarrollando su plan de pacificacion por medio de consejos de guerra permanentes, i de medidas represivas i arbitrarias. La audiencia, horrorizada con tanta atrocidad, i conociendo que ellas habian de producir nuevas revoluciones, reclamaba por el cumplimiento de la lei i por el respeto a los sentimientos de humanidad. Monteverde no oyó nun-

ca estos consejos: la rejencia española que gobernaba con arreglo a la constitucion de 1812, habia aprobado su conducta, a tal punto que el ministro de la guerra don Juan O'Donojú, que fué mas tarde virei de Méjico, hablaba de la induljencia que los vencedores habian mostrado con los insurjentes de Carácas. Los constitucionales españoles, tan torpes para dirijir los negocios de América como lo fué despues Fernando VII, fueron mas léjos todavía: la rejencia no solo aprobó la conducta de Monteverde, sino que lo autorizó para llevar a cabo un plan de pacificacion que consistia en pasar a cuchillo a todos los que tomasen armas contra las tropas del rei i en condenar a muerte a los que admitiesen empleos de las autoridades revolucionarias. Monteverde estaba persuadido que con este sistema iba a consumar la reduccion de Venezuela, cuando supo los triunfos de los rebeldes en las provincias orientales.

Inmediatamente reunió algunas tropas, i con ellas se embarcó en la Guaira el 27 de abril de 1813. Al desembarcar en Barcelona anunció en una arrogante proclama que los facciosos de aquellas provincias iban a desaparecer "con la misma facilidad con que se disipa el humo al impulso del viento". El 25 de mayo se presentó lleno de jactancia, a la cabeza de 2,000 hombres, en frente de Maturin que defendia el heróico Piar. Los independientes tenian poca tropa i escasísimas municiones; pero les sobraba el valor. "Atacamos la plaza con una intrepidez asombrosa, escribia Monteverde: se rechazó la caballería insurjente por tres veces; pero por último, los enemigos arrollaron la nuestra i ámbas el cuerpo de reserva, lo que causó una dispersion jeneral. Yo escapé de milagro i he pasado trabajos que nadie se podrá figurar, pero felizmente lo cuento." Los realistas perdieron cerca de 500 hombres i muchas armas i municiones; i Monteverde pudo salvar por medio de una fuga vergonzosa. Para que su derrota fuera todavía mas alarmante, supo entónces que la insurreccion se levantaba amenazadora en las provincias occidentales i que tenia a su cabeza un militar oscuro, pero que se anunciaba con todas las dotes de un gran jeneral.

PRIMERA CAMPAÑA DE BOLIVAR; LOS PATRIOTAS RECUPERAN A VENEZUELA.—Entre los revolucionarios venezolanos que habian escapado de la persecucion de Monteverde figuraba particularmente el coronel don Simon Bolívar. Jóven entónces de veinte i nueve años, miembro de

una familia ilustre i rica de Caracas, de educacion esmerada, adquirida particularmente en un largo viaje a Europa, se habia señalado hasta entónces mas por estos antecedentes que por sus servicios a la revolucion. Sin embargo, Bolívar habia desempeñado una mision a Inglaterra; i a su vuelta a Venezuela se habia distinguido como militar en el asalto de Valencia bajo el mando de Miranda, i habia desempeñado, es verdad que desgraciadamente, el cargo de gobernador de Puerto Cabello. Ocupada Caracas por Monteverde i preso el jeneral Miranda, Bolívar obtuvo por el intermedio de un comerciante español apellidado Iturbe, un pasaporte para salir de Venezuela i para trasladarse a la isla de Curazao, entónces en poder de los ingleses (10 de agosto). Tan escasa debia ser su importancia en aquella época, que se le concedió fácilmente aquel salvoconducto.

"Bolívar, con todo, poseia un gran jénio i mas que todo un gran corazon. Despues de mes i medio de residencia en Curazao, resolvió con algunos compatriotas suyos trasladarse a Cartajena, i ofrecer sus servicios a los revolucionarios neogranadinos, en guerra entónces con los realistas que ocupaban la provincia de Santa Marta. En Cartajena dió a luz una esposicion de las causa que habian producido la reconquista de Venezuela, documento notable por la rectitud de sus juicios i por el ardor patriótico que respiraba, i que iba destinado a señalar a los neogranadinos los peligro que convenia evitar. El gobierno de Cartajena aceptó los servicios de Bolívar i de sus compañeros, i destinó a estos al ejército que, bajo el mando de un aventurero frances llamado Pedro Labatut, sostenia la guerra en el estenso territorio que baña el Magdalena. Bolívar recibió el mando de una division estacionada en el pequeño pueblo de Barrancas, en la parte alta del rio, miéntras Labatut operaba por la rejion de su desembocadura. El resultado de la campaña fué completamente feliz, pues miéntras Labatut conquistaba la provincia i plaza de Santa Marta, Bolívar cruzaba resueltamente el rio Magdalena, ocupó la villa de Tenerife (23 de diciembre) i continuando su marcha al sur por la orilla izquierda del rio, batió diversas partidas realistas i les quitó la ciudad de Mompox.

Bolívar reveló en estas operaciones grandes dotes militares, que atrajeron sobre él la atencion pública; pero una vez en el camino de la victoria, no se detuvo allí. El enemigo huia delante de él, o fué derrotado en diversos combates de



cuyas resultas quedó limpio de realistas todo el estado del Magdalena (enero de 1813). Autorizado por el gobierno de Cartajena para ausiliar al comandante militar de Pamplona, Bolívar se acercó a las fronteras de Venezuela, batiendo diversas partidas españolas i derrotó un cuerpo considerable en San José de Cúcuta (28 de febrero). El congreso neogranadino reunido en Tunja, lo declaró ciudadano del estado i brigadier de sus ejércitos; pero Bolívar, en la frontera de su patria, no pensaba mas que en invadirla para libertarla de sus opresores.

Desgraciadamente, la Nueva Granada, aunque mas desembarazada de enemigos, no podia prestar por entónces grande apoyo a aquella empresa. La discordia, que nació allí desde los principios del movimiento revolucionario, habia producido la guerra civil; de modo que no era posible facilitar a Bolívar recursos proporcionados a la magnitud de la empresa que proyectaba. Sin embargo, el congreso de Tunja lo autorizó para invadir las provincias mas occidentales de Venezuela, sujetándolo a ciertas condiciones; i en efecto, Bolívar abrió la campaña a la cabeza de 1,000 hombres, i alcanzó en las primeras operaciones mui señaladas ventajas sobre el enemigo. Pero el jeneral venezolano esperimentó en breve nuevas dificultades: algunos jefes neogranadinos que debian acompañarlo, se negaron a hacerlo por haber declarado los oficiales en una junta de guerra que la reconquista de Venezuela era una empresa descabellada. Bolívar conservó su resolucion: seguido de algunos venezolanos que ya se habian ilustrado en su patria i de 500 soldados, comenzó las operaciones militares contra los realistas que contaban con 6,000 hombres.

Los primeros sucesos de la campaña fueron desastrosos. Las tropas de Bolívar se engrosaron desde que penetró en el territorio de Venezuela; pero una division de 200 hombres fué destrozada por el enemigo. Mandaba esta division don Nicolas Briceño, abogado venezolano, tan fogoso revolucionario como militar atolondrado. Su irritacion por las crueldades ejercidas por los españoles lo habia llevado a declarar la guerra a muerte, i su mal dirijido arrojo lo precipitó a la provincia de Barinas en donde comenzó a poner en planta su sistema, fusilando a dos españoles en el pueblo de San Cristóbal. Briceño fué derrotado en aquella provincia i fusilado con siete compañeros. Aunque habia emprendido estas operaciones e iniciado la guerra a muerte contra las órdenes de Bolívar, este desastre debia causar

una impresion desfavorable entre los invasores de Venezuela; pero la actividad del jeneral en jefe restableció el ánimo de sus tropas.

Bolívar dividió su ejército en dos cuerpos, reservando para sí el mando de uno de ellos, i confió el otro al bizarro coronel venezolano don José Félix Rivas. Ambas divisiones se dirijieron a la provincia de Carácas pasando por las ciudades de Mérida i Trujillo i batiendo constantemente las partidas españolas. En Trujillo supo las atrocidades cometidas por los realistas en la rejion oriental de Venezuela, i allí despues de largas vacilaciones, publicó el 15 de junio (2) una célebre proclama por la cual declaraba al enemigo una guerra sin cuartel. "Españoles i canarios, decia; contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obrais activamente en obsequio de la libertad de la América. Americanos, contad con la vida aun cuando seais culpables."

El resto de la campaña fué una série no interrumpida de triunfos. El coronel Rivas batió (23 de junio) una columna española en Niquitao, tomando cerca de 500 prisioneros i un número considerable de armas; i un mes despues obtuvo otra victoria en el sitio denominado de los Horcones, consiguiendo ventajas no ménos señaladas. Reunidas las dos divisiones, i engrosadas con los ausiliares que se presentaban, el ejército de Bolívar alcanzó a contar cerca de 2,000 soldados. Con ellos atacó el grueso de las tropas de Monteverde, que a las órdenes del coronel don Julian Izquierdo, trataban de impedirle el paso a la capital. La batalla tuvo lugar el 31 de julio en los Tahuanes, a poca distancia de Valencia; i en ella los patriotas alcanzaron una espléndida victoria. El siguiente dia, cuando Monteverde supo la derrota de los suyos, huyó apresuradamente de Valencia, en donde se hallaba, para ir a encerrarse detras de las fortificaciones de Puerto Cabello.

El jefe invasor, despues de una penosa campaña consumada con tanta actividad como audacia se encontró en el centro de Venezuela, a la cabeza de tropas victoriosas i con el camino espedito para llegar hasta Carácas.

---

(2) La jeneralidad de los historiadores asigna a esta proclama la fecha de 15 de julio, por haberse publicado así en una hoja suelta. Véase lo que acerca de esto dice Restrepo en la nota 10 puesta al fin del 2.° tomo de su *Historia de la revolucion de Colombia* (2.ª edicion).

El coronel español Fierro, que mandaba en esta ciudad, despues de oir el parecer de una junta de notables, acordó que se despachase una comision cérca de Bolívar para proponerle que los realistas evacuarian todo el territorio de Venezuela si se les acordaban algunas garantías. El vencedor estaba seguro de que la capital no podia oponerle resistencia alguna; sin embargo, trató con los vencidos para evitar una inútil resistencia, i empeñó su palabra de no inquietar a nadie por sus opiniones pasadas i de dejar a todos la libertad de salir de Venezuela con sus bienes.

Los españoles, sin embargo, creian que Bolívar iba a observar la conducta pérfida que habia seguido Monteverde. El gobernador de Carácas se alejó de esta ciudad i se embarcó en la Guaira, dejando abandonados a mas de quinientos españoles que no tenian medio alguno de huir, i que despues del encarnizamiento con que se habia hecho la guerra, no debian esperar favor de sus enemigos. Bolívar, con todo, hizo su entrada triunfal en Carácas el 7 de agosto de 1813, en medio de las espléndidas manifestaciones del entusiasmo público; i en vez de manchar su triunfo con crueles represalias, despachó emisarios a Puerto Cabello a pedir a Monteverde la ratificacion del convenio que salvaba la vida a los prisioneros. El jeneral realista se negó a evacuar el territorio venezolano, declarando que tratar con los rebeldes era rebajar la dignidad española, i dejó por tanto abandonados a su suerte a los infelices a quienes habia comprometido en una guerra cruel. Bolívar, que en cumplimiento de su célebre declaracion de guerra a muerte, habia fusilado algunos prisioneros durante la campaña, trató a los realistas de Carácas con mucha mas induljencia, reduciéndolos solo a prision, i embargando sus bienes para el sostenimiento de la guerra.

"Tales fueron los resultados de esta rápida campaña que los hombres intelijentes colocan al lado de las mas atrevidas empresas militares de que la Europa haya sido teatro, dice un historiador aleman. El ejército patriota habia recorrido en tres meses un camino de doscientas cincuenta leguas desde Cúcuta hasta Carácas, habia presentado quince batallas campales i un gran número de combates ménos importantes. Esta campaña ha sido el jérmen de la grandeza futura de Bolívar, i le ha merecido el primero i quizá el mas hermoso i el mas puro floron de su corona triunfal. Aun esa acta de

triste memoria por la cual proclamó la guerra a muerte no puede marchitar esta gloria" (3).

Apesar de la persistencia de Monteverde, los españoles quedaron por entónces reducidos solo a Puerto Cabello i sus inmediaciones. En el oriente, los patriotas venezolanos habian adquirido ventajas semejantes. La isla de Margarita se habia pronunciado por los independientes, ausiliando con buques i otros recursos a Mariño i sus compañeros. Dirijiendo las operaciones militares con grande actividad, i miéntras Bolívar libertaba de enemigos la rejion occidental, Mariño alcanzaba en la otra estremidad del territorio notables ventajas sobre los españoles i les quitaba las importantes plazas de Cumaná (3 de agosto) i de Barcelona (19 de agosto), obligando a sus últimos restos a refujiarse en los llanos vecinos al Orinoco.

Administracion de Bolívar; prosecucion de la guerra.—Por importantes que fueran los triunfos alcanzados por Bolívar, su situacion distaba mucho de parecer estable. Monteverde estaba encerrado en Puerto Cabello; en Coro quedaba el coronel español don José Ceballos con algunas fuerzas; fuera de estas plazas, la causa de la metrópoli tenia numerosos ausiliares. Los realistas fujitivos de las provincias orientales despues de los triunfos de Mariño, se habian acojido a las inmensas llanuras que riegan el Orinoco i sus afluentes; i dos de ellos, José Tomás Boves i Francisco Tomas Moráles, desplegaron los recursos de un jénio estraordinario. El primero, asturiano oscuro, simple marinero en su juventud, condenado a presidio por actos de piratería, habia cambiado su apellido de Rodriguez por el de Boves, que era el de un benefactor suyo. Moráles, canario igualmente oscuro, hombre grosero i cruel pero astuto i emprendedor, fué su mas importante ausiliar. Ambos habian servido en las filas de los revolucionarios; pero luego las abandonaron para ser sus mas resueltos i feroces enemigos. En los llanos del Orinoco, Boves, tan sagaz como valiente, encontró recursos de que otros no habrian sabido aprovecharse. Sus pobladores, ganaderos errantes i semi-bárbaros, eran hombres tan ájiles como vigorosos, acostumbrados a todos los sufrimientos imajinables, a una vida llena de privaciones i a una lucha tenaz con los animales i con el clima, ávidos de pillaje, sin costumbres de

(3) G. G. Gervinus, *Historia del siglo XIX*, tomo VI, páj. 256 de la traduccion francesa.

trabajo i habituados a mirar en poco los peligros. Esos terribles llaneros iban a entrar en campaña bajo las órdenes de Boves para llevar con él la desolacion i la muerte.

Bolívar, ignorante tal vez del peligro que amenazaba la revolucion en el sur, habia contraido su atencion a cimentar su poder. El gobierno independiente se hallaba constituido en dos dictaduras militares, la de Mariño en el oriente i la de Bolívar en Carácas, miéntras que en otras provincias jerminaba el espíritu de federacion tan opuesto a la unidad de pensamiento que las circunstancias requerian. Una junta de vecinos habia fijado las bases del gobierno en la capital, i confiado a Bolívar el mando supremo; i éste se manifestó desde luego resueltamente enemigo del sistema federal, i supo imprimir a los negocios del Estado una marcha tan firme como uniforme. "Recórrase la presente campaña, decia una proclama publicada en Carácas el 13 de agosto, i se hallará que un sistema mui opuesto ha restablecido la libertad. Malograríamos todos los esfuerzos i sacrificios hechos si volviéramos a las embarazosas i complicadas formas de la administracion que nos perdió."

Apénas hubo restablecido algo el gobierno político, Bolívar volvió su atencion a las necesidades de la guerra. Una parte de sus tropas fué despachada al sur para combatir las guerrillas de Boves, que por entónces empezaba a hacer sus correrías. El resto del ejército, bajo el mando del jeneral en jefe, marchó sobre Puerto Cabello, le puso sitio (fines de agosto de 1813), i aun alcanzó en los primeros dias mui señaladas ventajas. Sin embargo, todo anunciaba que el sitio se prolongaria algun tiempo, cuando el 16 de setiembre entró al puerto una escuadrilla española trayendo un ausilio de 1,200 hombres que venian de la península bajo el mando del coronel don José Miguel Salomon. Bolívar, cuyas tropas sufrian las enfermedades reinantes en aquel clima mortífero, dispuso en el momento la suspension del sitio i la retirada a Valencia, i ejecutó este movimiento con tanta habilidad que derrotó dos veces las fuerzas españolas que marcharon en su persecucion. El mismo Monteverde fué herido en el segundo combate.

Estas ventajas, seguidas de otras que alcanzaron las tropas del sur contra los llaneros de Boves, no fueron decisivas, sino que por el contrario no hicieron mas que aplazar el desenlace de la guerra. Bolívar pasó a Carácas para dar impulso a la organizacion militar. El 14 de octubre de 1813, el cabildo de aquella capital i todas las autoridades civiles lo acla-

maron, con jeneral aplauso del pueblo, capitan jeneral de las tropas de Venezuela, cargo que habia ejercido de hecho; i le dieron el glorioso título de *Libertador*, con que es conocido en la historia. Para no infundir celos, Bolívar creó pocos dias despues (28 de octubre) la órden de Libertadores, i la concedió a los mas distinguidos de sus compañeros.

Pero la guerra no daba tiempo para estos trabajos de organizacion. El coronel Ceballos, aprovechándose del desamparo en que los patriotas habian dejado algunas provincias del occidente, salió de Coro i las invadió con un cuerpo de mas de 1,000 hombres, señalando su marcha por las derrotas de los independientes i engrosando considerablemente sus tropas. Bolívar mismo, que marchó de Carácas con algunas fuerzas, fué batido en Barquisimeto el 10 de noviembre, en el instante en que parecia tener asegurada la victoria, i a causa de una falsa alarma de sus soldados.

El Libertador vengó prontamente esta derrota. Monteverde, queriendo aprovecharse de ella, hizo marchar contra Bolívar un cuerpo de tropas bajo el mando del comandante Salomon; pero éste fué batido en Vijirima, i se vió obligado a replegarse a Puerto Cabello (fines de noviembre). El vencedor no se contentó con esto; siguió su marcha al occidente en busca de las fuerzas de Ceballos; i despues de algunos movimientos tan rápidos como bien ejecutados, las derrotó completamente en Araure (5 de diciembre de 1813), asegurando así la preponderancia de las armas republicanas en aquellas rejiones.

Pero, para afianzar sólidamente los triunfos de Bolívar se habria necesitado de una reconcentracion de todas las fuerzas i recursos con que podia contar la naciente república. Desgraciadamente, no sucedió así: Mariño en el oriente aspiraba a ser jefe supremo, i en vez de ausiliar al Libertador, reclamaba de éste que lo reconociera en aquel rango, perdiendo en inútiles cuestiones el tiempo de que sabia aprovecharse el enemigo. Los realistas habian reconcentrado la guerra en el occidente, eran dueños de los alrededores del lago de Maracaibo, se sostenian en los llanos inmediatos al Orinoco apesar de los triunfos alcanzados por los independientes, e inquietaban a éstos por el lado de Puerto Cabello. Si Mariño se hubiera encargado de combatir los llaneros de Boves, el Libertador habria quedado en situacion de concluir con los últimos restos del poder español; pero en vez de hacer esto, aquel se limitó a mandar algunas naves bajo las órde-

nes de Piar a bloquear a Puerto Cabello, que defendia Monteverde.

Entre los realistas no reinaba mas armonía. Los defensores de Puerto Cabello acusaban a Monteverde de torpeza en la direccion de la guerra, atribuyendo a sus vacilaciones los contrastes sufridos hasta entónces. El 28 de diciembre lo depusieron del mando supremo, sin grandes dificultades, obligándolo a retirarse a Curazao, i esperando que llegara a recibirse del mando el brigadier don Juan Manuel de Cajigal, a quien el gobierno de España habia nombrado capitan jeneral de Venezuela. Miéntras tanto, los realistas quedaron mandados por diversos jefes en toda la estension del territorio. Boves i Rosette, en el sur, arrastraban consigo los llaneros, miéntras Puy, Yañez i Palomo, éste último negro, mantenian la guerra en el occidente. Eran todos estos hombres de baja estraccion, manchados con crímenes horribles, que hacian la guerra con gran vigor, pero con una crueldad injustificable. Los prisioneros eran fusilados sin piedad; e igual suerte corrian todos los hombres que no se presentaban gustosos a seguirlos en la campaña. Algunos de esos caudillos llevaban marcas de fierro para marcar con fuego en la frente a los desafectos a quienes perdonaban la vida. Los jefes españoles que como Ceballos i despues el mismo Cajigal, estaban acostumbrados a la disciplina militar i tenian sentimientos mas humanos i elevados, fueron impotentes para reprimir el furor de sus subalternos.

La guerra se mantenia con un ardor estraordinario. En ninguno de los estados americanos la lucha de la independencia fué mas porfiada i tenaz, ni se señaló por mayores atrocidades. Los caudillos realistas, groseros i feroces, poseian mucha audacia i notables talentos militares. Bolívar, por su parte, desplegó el jenio de un gran jeneral i el tino de un hombre de estado en la direccion de la campaña. No solo supo batir al enemigo en repetidas batallas sino que dominó a los mismos revolucionarios, tan dispuestos a la desobediencia, i cansados ya con los sacrificios que les imponia una guerra tan penosa i tan cruel. El pueblo de Carácas, reunido en una asamblea el 2 de enero de 1814, confirmó a Bolívar en el rango de jefe supremo del ejército i del estado; i éste logró atraerse a Mariño, para reunir sus fuerzas i dar un impulso mas poderoso a las operaciones militares.

La campaña de 1814 se abrió bajo auspicios favorables para los independientes. Yañez, que acababa de cometer los mayores excesos en la provincia de Barinas, fué batido dos

veces por la division patriota que mandaba el jeneral don Rafael Urdaneta, i sucumbió en su segunda derrota (2 de febrero). Pero el principal peligro de la nueva república estaba en el sur, en donde Boves habia reunido 7,000 hombres, a cuya cabeza comenzó una nueva campaña desde fines de enero, de acuerdo con Rosette, señalando ambos sus operaciones por grandes atrocidades. Apesar de las ventajas alcanzadas por éstos en sus primeros pasos, i de su superioridad numérica, el bizarro jeneral Rivas derrotó al primero en Victoria (12 de febrero), i al segundo en Charallave (20 de febrero), sin poder sin embargo consumar su completa dispersion.

Hasta entónces, el decreto de guerra a muerte habia sido para los realistas una simple amenaza fuera del campo de batalla. Bolívar i otros jefes habian fusilado a algunos, particularmente despues de los combates, pero casi siempre la pena habia recaido en hombres manchados con otros crímenes. En Carácas i en la Guaira conservaba cerca de ochocientos prisioneros españoles, tomados el año anterior; i éstos, poniéndose de acuerdo con los realistas refujiados en las islas vecinas, preparaban una vasta conspiracion. Bolívar no quiso tolerar este último acto: los jefes que dirijian la campaña contra los independientes no perdonaban un solo prisionero, de modo que no habia una verdadera retaliacion; pero ahora las cosas cambiaron de aspecto. Desde el 12 de febrero (1814), el coronel don Juan Bautista Arizmendi, que gobernaba en Carácas, dió principio, de órden del Libertador, a las ejecuciones militares que llevaron al patíbulo mas de ochocientos españoles i canarios. Este hecho terrible, considerado por los enemigos de Bolívar como una inútil atrocidad, i por sus parciales como una necesidad de la situacion, no puede ser juzgado segun los principios absolutos de la moral, sino en vista de los antecedentes que dieron lugar a él, i que hasta cierto punto lo justifican. El mismo Libertador ha hecho su defensa en un manifiesto justamente célebre por su elocuencia i por la elevacion de sus miras.

Bolívar se hallaba entónces situado en la aldea de San Mateo, entre el pueblo de la Victoria i el lago de Valencia, i allí habia atrincherado un cuerpo de 1,800 hombres para cerrar a Boves el camino de la capital. Desde el 25 de febrero se dejó ver el jefe español i comenzó sus ataques a las líneas de los independientes, que se renovaron durante un mes entero. Los patriotas desplegaron en la defensa un valor heroico; i aunque perdieron muchos oficiales i soldados, rechaza-

ron victoriosamente todos los ataques de los realistas, gracias a los talentos militares que manifestó Bolivar. En uno de esos combates (25 de marzo) tuvo lugar un acto de heroismo digno de los mejores tiempos de Esparta i de Roma. Las municiones de los independientes estaban colocadas a cierta distancia del campamento, en las casas de una de las haciendas del mismo Bolívar, denominada el Injenio, bajo la custodia de 50 hombres que mandaba el capitan neogranadino don Antonio Ricaurte. Boves, comprendiendo cuanto le importaba tomar posesion de aquel edificio, destacó contra él una gruesa columna, miéntras los patriotas, embestidos por todas partes, veian desde el campamento la pérdida inevitable de sus municiones, sin poderla impedir. Ricaurte, ya que no podia trabar combate, ordenó la retirada de su jente, i esperó que los enemigos, persuadidos de que no hallarian resistencia alguna, penetrasen en las casas para recojer el botin. En esos momentos se oye en todo el campo una espantosa esplosion; i el edificio i los hombres que lo ocupaban saltaron por los aires en medio de un estruendo aterrador. Ricaurte habia prendido fuego a los depósitos de pólvora, para morir como un héroe. "¿Qué hai de semejante en la historia a la muerte de Ricaurte? esclamaba Bolívar. Este suicidio para salvar la patria, al ejército i a mí, sin mas estímulo que el amor a la independencia i a la libertad, es digno de cantarse por un gran poeta."

La defensa de las líneas de San Mateo se prolongó hasta el 30 de marzo; pero Mariño avanzaba de las provincias orientales en ausilio de Bolívar a la cabeza de 3,500 soldados, i obligó a Boves a retirarse al oeste, despues de derrotarlo en Bocachica (31 de marzo). Pero estos repetidos triunfos de los independientes no mejoraban la situacion de la guerra. En esa misma época, el bizarro Urdaneta con 280 hombres estaba sitiado en la plaza de Valencia por 4,000 soldados que mandaba Ceballos, i habia sufrido no solo los vigorosos ataques del enemigo que habia logrado rechazar, sino la falta absoluta de agua i una fatiga constante. Convencido de que no podria resistir nuevos ataques, Urdaneta ordenó a sus oficiales que en cada asalto clavasen los cañones i se replegaran con su tropa al cuartel de artillería en donde estaba el parque de los sitiados, para hacer allí la última defensa i en seguida prender fuego a los depósitos de pólvora. El ejemplo heróico de Ricaurte comenzaba a encontrar imitadores; pero Bolívar, despues de sus triunfos sobre Boves, habia marchado a Valencia, i llegó a tiempo de salvar a los

sitiados de este sacrificio, i de obligar al enemigo a retirarse (3 de abril).

El Libertador prosiguió la campaña con singular ardor en las provincias occidentales. Ceballos se habia reunido con el capitan jeneral de Venezuela don Juan Manuel de Cajigal; i sus tropas eran superiores a las de los independientes. Éstos, sin embargo, alcanzaron señaladas ventajas (abril i mayo); i el 28 de mayo (1814), ámbos ejércitos se encontraron en la llanura de Carabobo. Los historiadores hacen subir a 6,000 el número de los realistas i a 5,000 el de los patriotas; cifras indudablemente exajeradas, pero cuya reduccion no quita la gloria de aquella batalla. Las tropas de Bolívar, mandadas con grande habilidad, i envalentonadas por el ejemplo de Urdaneta i otros jefes, destrozaron en pocas horas el ejército español. Toda su artillería, 500 fusiles, 8 banderas, 4,000 caballos, i un gran número de prisioneros i municiones cayeron en poder de Bolívar. Los patriotas en cambio tuvieron solo 12 muertos i 40 heridos. La revolucion venezolana parecia salvada nuevamente de los peligros que la amenazaban.

SEGUNDA RECONQUISTA DE VENEZUELA POR LAS ARMAS ESPAÑOLAS.—Sin embargo, la espléndida victoria de Carabobo no era decisiva. Bolívar habia derrotado las tropas regulares que mandaba Cajigal en las provincias occidentales; pero éste era el enemigo ménos temible, no solo porque era ménos activo, sino porque queria conducir la guerra con moderacion para evitar las crueldades con que manchaban sus triunfos algunos oficiales españoles a quienes él no podia reprimir. En la rejion de los llanos quedaba Boves rehaciendo sus tropas con el ausilio de los pobladores de aquel pais que se prestaban a acompañarlo con la esperanza de saqueo, i de los españoles de las Antillas que le remitian armas i municiones por los rios que van a desaguar al oriente. Bolívar, que sabia mui bien cuán peligroso era aquel enemigo, al mismo tiempo que encargaba a Urdaneta la persecucion de Cajigal, mandó que Mariño, con una division de 2,200 hombres, se situara al sur del lago de Valencia para embarazar la marcha de Boves, miéntras él mismo organizaba nuevas fuerzas i obtenia nuevos socorros.

Pero la situacion de la naciente república se hacia cada dia mas insostenible. Los triunfos que en esa época habian alcanzado en la península los defensores de Fernando VII contra los ejércitos franceses, hacian presumir que en breve recibirian considerables refuerzos los españoles que manda-

ban en Venezuela, miéntras que este pais se hallaba agotado de recursos i sufriendo las funestas consecuencias de una guerra cruel. En medio de esas confusas alternativas de victorias i de derrotas, aun los mas pacíficos de entre sus habitantes, así como las mujeres i los niños, se habian visto forzados a seguir a los ejércitos, ya porque algunos jefes españoles los obligaban a seguirlos bajo pena de la vida, ya porque voluntariamente marchaban detras de los ejércitos patriotas para sustraerse a la zaña de sus enemigos, que en su despiadado furor no perdonaban sexo ni edad. Este jénero de guerra habia producido muchos otros males, el primero de los cuales era la paralizacion de la industria ocasionada por la falta de brazos, en una época en que con tanta urjencia se necesitaban recursos estraordinarios. La masa de la poblacion, víctima del terror, i cansada con los sufrimientos de una lucha cuyo término no se divisaba, parecia dispuesta en favor de un órden de cosas que ofreciera mayor estabilidad; i como era natural, muchos creian que se alcanzarian estas ventajas con el restablecimiento del antiguo réjimen que durante tantos años habia asegurado una paz inalterable. Los síntomas de este principio de reaccion se hicieron sentir en breve; en el ejército de Bolívar habia comenzado a notarse una considerable desercion que fué necesario reprimir con gran severidad; los jefes patriotas se vieron privados de espías, esos ausiliares humildes pero tan importantes en una campaña, i se hallaron por tanto en la mas completa ignorancia de lo que pasaba en el campo contrario, de las fuerzas del enemigo, de sus planes i movimientos.

A principio de junio (1814), Boves, cuyo ejército hacen subir los historiadores a la cifra indudablemente exajerada de 8,000 hombres, movió sus tropas con direccion a la capital. Mariño, sin tener noticia cierta de los recursos del enemigo ni de la distancia que lo separaba, se adelantó al sur con el propósito de cerrarle el paso, i fué a acamparse en el sitio denominado la Puerta. Allí se le reunió Bolívar, el 15 de junio, en el momento mismo en que se avistaba Boves con todo el grueso de sus tropas. El combate se empeñó con grande ardor: los independientes, aunque solo tenian poco mas de un tercio de las tropas con que contaban los realistas, se batieron con todo denuedo, pero solo alcanzaron a demorar su derrota. Los republicanos perdieron sus cañones i municiones i mas de 1,000 hombres muertos en la batalla o fusilados despues de la derrota. Bolívar i Mariño se salvaron retirándose precipitadamente hácia Carácas.

Boves era demasiado activo i sagaz para que no supiera aprovecharse de su victoria. Marchó prontamente sobre Valencia arrollando los cuerpos enemigos que se pusieron delante, i fué a sitiar al coronel venezolano Escalona que defendia aquella ciudad. Los patriotas resistieron heroicamente, pero nada podian contra fuerzas mui superiores i envalentonadas con su reciente triunfo. Cajigal, Ceballos i otros jefes españoles, que llegaban de las provincias del occidente con sus tropas, se reunieron con Boves en los alrededores de Valencia (4 de julio) i estrecharon el sitio. Por fin, el valiente Escalona se vió obligado a capitular: los españoles prometieron en una misa que se celebró delante de los dos ejércitos, respetar las vidas i las propiedades de los vencidos (10 de julio de 1814); i éstos depusieron las armas. La capitulacion, que habria sido cumplida por el honrado Cajigal, fué violada por Boves i por sus oficiales apesar de las órdenes del jeneral en jefe. Algunos patriotas fueron inhumanamente asesinados, i otros tuvieron que buscar la salvacion en la fuga.

Carácas habia caido tambien en poder de los españoles. Despues de la derrota de la Puerta, Bolívar habia creido poder organizar la resistencia de la capital, esperando al efecto que llegara a reunírsele con sus tropas el jeneral Urdaneta, que entónces se hallaba en las provincias occidentales. Pero, luego desistió de este proyecto que solo habria acarreado mayores males a Carácas, i dispuso la retirada a la rejion del oriente con el resto de sus tropas (6 de julio). El Libertador creia encontrar allí mayores elementos de resistencia, i sobre todo ménos cansancio en sus habitantes, por haber sufrido mucho ménos en la última campaña. Desgraciadamente, los soldados de Bolívar fueron seguidos por masas de jente inerme e inútil, que queria huir de las venganzas i atrocidades de los vencedores, i que embarazaba las operaciones militares. Las primeras partidas del ejército español entraron a Carácas el 8 de julio. De pronto no se hicieron sentir los dolorosos efectos de la reconquista; pero el 16 del mismo mes llegó Boves, i apesar de haber ofrecido indulto a los patriotas que se presentaran, éstos i los demas presos fueron castigados con singular ferocidad, i de ordinario con el último suplicio. Cajigal, no pudiendo reprimir los malos instintos de sus subalternos, i profundamente disgustado por las humillaciones de que era víctima, se habia retirado algunos dias ántes a Puerto Cabello.

Los realistas habian comprendido que se acercaba el fin de la campaña. Para consumar la reconquista de Venezuela,

habian dispuesto que el comandante Calzada marchase al occidente con un cuerpo de tropas en persecucion del jeneral patriota Urdaneta, al mismo tiempo que Moráles, segundo de Boves, se dirijia al oriente con el grueso de sus fuerzas para destruir los últimos restos del ejército de Bolívar. Urdaneta, embarazado para reunirse al Libertador, se retiró hábilmente con cerca de mil hombres hasta penetrar en Nueva-Granada. La retirada de Bolívar fué mucho mas azarosa: acosado por Moráles, que habia reunido cerca de 8,000 soldados, el Libertador no podia marchar con la rapidez conveniente por causa de la multitud de jente de todas edades i sexos que lo seguia. De Cumaná salió en su ausilio un cuerpo de 1,000 patriotas, mandado por el coronel Bermudez; i con estos, sus fuerzas alcanzaron a 3,000 soldados. En la ciudad de Aragua, provincia de Barcelona, fué vigorosamente atacado el 18 de agosto (1814) por el ejército de Moráles, i a pesar del valor que desplegaron los independientes, fueron obligados a retirarse en diversas direcciones, Bolívar hácia al norte, para Cumaná, i Bermudez al oriente, en direccion a Maturin, sitio en otro tiempo de gloriosas victorias de los revolucionarios. La matanza de los prisioneros i de numerosas personas inermes i pacíficas, se siguió al triunfo de los españoles. Se calcula en 4,700 el número de los muertos en aquel dia funesto.

Despues de esta derrota, todo pareció perdido para los independientes. Bolívar se retiró a Barcelona con una parte de su infantería; pero en breve tuvo que evacuar esta ciudad. En Cumaná, penetrado de que sus esfuerzos eran inútiles para mantener en pié la revolucion, se embarcó en compañía de Mariño, llevando consigo el dinero reunido en su retirada, para organizar la resistencia en otra parte. El jefe de la escuadrilla, un italiano apellidado Bianchi, aventurero ruin i codicioso, despojó desvergonzadamente a los fujitivos de la mayor parte de sus tesoros, ántes de dejarlos en la isla de Margarita. No queriendo abandonar su patria sin hacer una nueva tentativa, Bolívar desembarcó en Carúpano (3 de setiembre), donde mandaban todavía los jenerales rebeldes Rivas i Piar; pero allí encontró que se habia operado entre los suyos una revolucion semejante a la que en 1812 se habia formado contra Miranda. Bolívar fué destituido, i Mariño apresado; i quién sabe qué rumbo habrian tomado las cosas, si Bianchi no se hubiera presentado al puerto a reclamar militarmente las personas de los jenerales a quienes acababa de despojar de sus bienes. Depues de pasar por humillantes ul-

trajes, el Libertador se hizo a la vela para Cartajena.

La guerra se mantuvo todavía algun tiempo mas en las provincias orientales. Los últimos restos del ejército revolucionario se batieron allí con grande heroicidad. En la defensa de Maturin, derrotaron completamente las tropas de Moráles (12 de setiembre) i aunque el ejército de Boves dispersó a los rebeldes en Urica (5 de diciembre), este jefe murió de una lanzada en el combate. El valiente Rivas, sorprendido en una retirada por una division española, fué fusilado i su cadáver destrozado i repartido en varios pueblos. La resistencia heróica de los patriotas, si bien prolongó la lucha sin grandes esperanzas de buen éxito, no hizo mas que enfurecer a los españoles i precipitarlos en mayores atrocidades. Moráles, que despues de la muerte de Boves continuó en el mando desobedeciendo al capitan jeneral Cajigal, se señaló por la ejecucion de los mas espantosos crímenes que recuerda la historia del nuevo mundo. A principios de 1815 solo quedaban en pié los patriotas que defendian la isla de Margarita. La segunda reconquista de Venezuela por los realistas quedaba así consumada. La falta de unidad de accion entre los jefes revolucionarios habia contribuido poderosamente a preparar este resultado.

Arribo de una espedicion española mandada por el jeneral Morillo.—El gobierno de Venezuela quedó entónces sumido en el mas espantoso desórden. La autoridad de Cajigal era respetada en Puerto Cabello; miéntras que Moráles, protestando que no reconocia los nombramientos que no hubieran sido firmados por el mismo rei, quedaba en realidad con el mando de las tropas i de la colonia. En marzo de 1815 llegó a Carácas una real órden por la cual el ministerio de Indias reprobaba la conducta de Boves i le mandaba someterse al capitan jeneral. Moráles entendió mui bien que aquella órden lo comprendia a él, cuya autoridad no estaba fundada en mejores títulos que la de Boves, i se avino a reconocer al capitan jeneral. El honrado Cajigal pasó entónces a Carácas, i se ocupó en restablecer el órden en medio de la confusion en que habian dejado los negocios administrativos sus feroces i rapaces subalternos.

En esa época habia partido de España un ejército considerable para someter aquellas provincias a la antigua dominacion. Cajigal habia anunciado a su gobierno desde tiempo atras que la pacificacion de Venezuela no quedaria definitivamente asegurada miéntras no llegasen tropas respetables de España. Fernando VII, reinstalado en el trono desde

marzo de 1814, habia desplegado su terrible autoridad para restablecer las cosas bajo el mismo pié en que se hallaban ántes de 1808. En España disolvió las cortes constitucionales, persiguió a todos los hombres pue se habian señalado por sus ideas de libertad, i reconstituyó la monarquía absoluta. En seguida pensó en América, i dispuso que en Cádiz se reunieran las tropas necesarias para consumar su pacificacion. El mando de ellas fué confiado al teniente jeneral don Pablo Morillo, hombre de oríjen oscuro, elevado de sarjento de marina a este alto rango por sus servicios en la guerra de la independencia española, i dotado de grande actividad, de mucho valor i de alguna intelijencia.

Las tropas espedicionarias alcanzaron a 10,600 hombres; i para ellas se reunieron en Cádiz cerca de cien embarcaciones entre naves de guerra i trasportes. Al principio, el rei las habia destinado al Rio de la Plata; pero luego cambió de determinacion i dispuso que marcharan a Venezuela i Nueva Granada. Las instrucciones de Morillo, dictadas por el soberano desprecio con que Fernando VII i sus consejeros miraban a la canalla americana, lo autorizaban ampliamente para disolver las audiencias, restablecer la administracion i gobernar segun los dictados de la prudencia. El rei, sin embargo, le recomendaba alguna induljencia hácia los insurrectos, i mucha desconfianza respecto de los malvados que se habian proclamado defensores de la causa real para satisfacer ruines pasiones.

En febrero de 1815 zarpó de Cádiz la espedicion pacificadora. El 3 de abril arribó a la costa de Cumaná, donde Moráles habia reunido 5,000 hombres i algunas naves para marchar contra los patriotas que defendian la isla de Margarita bajo las órdenes de los jenerales Bermudez i Arizmendi. Morillo quiso apoderarse de cualquier modo de este último asilo de insurjentes; pero éstos, que conocian la imposibilidad en que se hallaban de defenderse, desistieron de todo pesamiento de resistencia. Bermudez se fugó para Cartajena; i Arizmendi, aunque comprometido con los fusilamientos de Carácas de 1814, se rindió a Morillo; i éste lo trató benignamente. Todo hacia creer que el jeneral pacificador estaba animado de propósitos conciliadores

El 11 de mayo de 1815, entró Morillo a Carácas. La fama de su prudencia lo habia precedido, de manera que se le recibió favorablemente por el pueblo, cansado ya con los horrores que habian acompañado a la guerra. Contrájose a poner órden en el gobierno, manifestando en todo gran modera-

cion. Luego se supo, sin embargo, que esa templanza era afectada. Entre Moráles i Cajigal, entre el malvado que habia cometido tantos crímenes i el mandatario humano i prudente que habia podido reorganizar la administracion, Morillo se pronunció por el primero, dejó impunes sus atentados anteriores, i ni aun lo reconvino por haber fusilado pérfidamente a algunos de los prisioneros de la Margarita.

Pocos dias despues, se descubrieron mejor sus propósitos. El navío *San Pedro*, el mas grande de los buques espedicionarios, se habia incendiado (21 de abril). Se anunció que con esa embarcacion se habia perdido la caja militar i una gran cantidad de vestuarios i de pertrechos. Morillo, queriendo reparar esta perdida, exijió un préstamo forzoso de 200,000 pesos a los habitantes de Carácas, i organizó una junta de secuestros encargada de embargar i vender los bienes de todas las personas comprometidas en la rebelion. Los venezolanos creyeron que el incendio de aquel navío habia sido intencional, para dar pretesto a estas medidas con que los llamados pacificadores querian encubrir un gran robo. Segun ellos, la caja militar habia sido sustraida en Cádiz por los jefes de la espedicion. Otros creyeron que la caja no habia existido nunca, i que el incendio del buque habia sido un espediente preparado en la corte para imponer contribuciones a los venezolanos.

La dominacion de Morillo ofendió en breve a los mismos realitas de Venezuela. La reconquista de aquel pais, como se sabe, no habia sido operada por los españoles: venezolanos eran los vencedores en la Puerta i en Aragua que habian desplegado tan gran valor en la lucha. Los peninsulares que acompañaban a Morillo, venian infatuados por el mas injustificable orgullo, i allí, como en toda la América, comenzaron a hacer alarde de su desprecio por los soldados criollos. No fué dificil divisar una reaccion inmediata en contra de los españoles.

El jefe pacificador cometió todavia nuevas exacciones, organizando tribunales a su maño, i con esclusion de los mienbros de la audiencia de Carácas. En seguida confió el gobierno de Venezuela al brigadier don José Ceballos; i él se embarcó para Santa Marta (12 de julio), con el propósito de consumar la pacificacion del vireinato de Nueva Granada. El nuevo gobernador mantuvo i desarrolló el réjimen militar establecido por los vencedores, con sus consejos de guerra permanentes, las confiscaciones de propiedades i la persecucion de los patriotas.

El triunfo de los realistas quedaba consumado; pero la violenta represion produjo efectos contrarios a los que se esperaban. Los revolucionarios perseguidos en todas partes, fueron a reunirse en los campos vecinos al Orinoco, en donde animados por el coraje que infunde la desesperacion, organizaron algunas guerrillas con que mantuvieron a los realistas en grande inquietud. Distinguiéronse entónces en aquella rejion los cabecillas Saraza, Cedeño, Monagas i Barreto, que estaban destinados a adquirir una gran nombradía en la historia de Venezuela, miéntras otros caudillos abrian las hostilidades en las provincias de occidente (4).

CAPITULO VII.

Revolucion de Nueva-Granada.

Revolucion de Quito.—Creacion de las juntas de Cartajena i de Santa-Fé.—Campañas militares en el sur; fin de la insurreccion de Quito.—Ajitaciones en Nueva-Granada.—Primeras hostilidades entre Santa Marta i Cartajena.—Administracion de Nariño; guerra civil en Cundinamarca.—Declaracion de la independencia en Bogotá; campañas subsiguientes.—Segunda guerra civil.—Toma de Cartajena por Morillo.—Pacificacion de la Nueva-Granada.

(1808—1816)

Revolucion de Quito.—El vireinato de Nueva-Granada, en donde se habian hecho sentir desde años atras notables síntomas de revolucion, estaba gobernado en 1808 por el teniente jeneral don Antonio Amar, hombre desprovisto de la intelijencia i del prestijio que las circunstancias iban a reclamar. Allí, como en las otras colonias, la noticia de la abdicacion de Cárlos IV i de la caida del príncipe de la Paz, fué recibida con jeneral satisfaccion; pero luego se supo (agosto de 1808) que la España habia sido invadida por los franceses, i que José Bonaparte habia sido elevado al trono. Estos sucesos, que produjeron en toda la América española una ha-

(4) Para narrar los sucesos referentes a la revolucion de Venezuela, he tenido constantemente a la vista las historias ya citadas de Baralt i de Restrepo (2.ª edicion) i el 4.º volúmen de la *Jeografía Jeneral* por Montenegro Colon (Carácas 1837), que contiene una historia cabal de aquella república. La *Biografía de don Andres Bello* por don Miguel L. i don Gregorio V. Amunátegui, Santiago de Chile 1854, contiene noticias mui interesantes i desconocidas acerca de los sucesos que prepararon la revolucion de Venezuela, i en los cuales fué testigo i autor aquel eminente literato.

tural alarma, fueron causa de una viva ajitacion en aquel vireinato.

La junta gubernativa establecida en Sevilla para resistir la invasion francesa, envió a Nueva Granada un comisionado, don Juan José Sanllorente, con el encargo de estimular la fidelidad de los colonos, i de remitir a España los caudales que hubiera disponibles en las arcas fiscales. El virei Amar reunió en su palacio el 5 de setiembre una junta de las corporaciones i de las personas notables de Santa Fé de Bogotá; i allí se acordó reconocer el gobierno provisorio de España, levantar suscripciones para socorrerla en la guerra contra los franceses, i enviar comisarios a Popayan i a Quito a fin de obtener igual reconocimiento. En medio de la uniformidad de pareceres que se manifestó en aquella junta, no era difícil descubrir los jérmenes de una oposicion mal encubierta.

Este descontento fué mayor todavía en la provincia de Quito. Gobernaba en ella con el título de presidente, el jeneral español don Manuel Urriez, conde Ruiz de Castilla, viejo débil i torpe, que manejaban completamente sus consejeros. A pesar de haberse reconocido allí el nuevo gobierno de la metrópoli, el presidente alentó la resistencia, decretando algunas prisiones por simples sospechas, i mandando procesar a varias personas sin resultado alguno. Este procedimiento arbitrario produjo una sublevacion: varios vecinos mui caracterizados de Quito prepararon el complot; i el capitan don Juan Salinas, que mandaba la guarnicion de la ciudad, i que habia sido uno de los presos, se encargó de su ejecucion. En la noche del 10 de agosto de 1809, el presidente Urriez fué apresado; i se organizó una junta gubernativa bajo la presidencia de don Juan Pio Montúfar, marques de Selva alegre. Los obispos de Quito i de Cuenca fueron nombrados miembros de la junta para atraerse la opinion del clero. La revolucion quedó consumada en aquella noche sin disparar un tiro i sin derramar una gota de sangre.

Este movimiento habia sido efectuado a pretesto de conservar la fidelidad a Fernando VII, i de rechazar las pretensiones de José Bonaparte al gobierno de España i de sus colonias, fórmula que con mas o ménos sinceridad emplearon en todas partes los revolucionarios americanos, para no despertar la alarma que sin duda habria producido una declaracion mas franca i desembozada. A pesar de esto, la junta decretó la formacion de tres batallones, bajo el mando del capitan Salinas, i comunicó su instalacion a las provincias inmediatas para obtener su reconocimiento. Solo las autori-

dades de Cuenca i de Guayaquil se negaron a prestarle obediencia.

Este suceso, como debe suponerse, alarmó al virei Amar. Habiendo reunido una junta de corporaciones i notables (9 de setiembre de 1809), el virei vió que si los españoles opinaban por la disolucion de la junta de Quito a mano armada, los americanos no solo apoyaban aquel movimiento, sino que pedian la creacion de un gobierno semejante en Santa Fé de Bogotá. Amar se desentendió de todas estas representaciones; i queriendo reprimir vigorosamente a los rebeldes de Quito, despachó contra ellos al teniente coronel don José Dupré a la cabeza de 300 soldados de línea.

Los revolucionaios de Quito se hallaban en una situacion mui difícil. La junta habia decretado la supresion de algunos impuestos para granjearse la adhesion del pueblo; pero luego se hicieron sentir diversos movimientos contra-revolucionarios. Amenazada al norte por las tropas del virei Amar, i al sur por las fuerzas que habia despachado el virei del Perú don Fernando de Abascal, la junta se sentia desfallecer, apesar de la firmeza de algunos de sus miembros. Hizo salir un cuerpo de tropas hácia el norte, pero éste fué derrotado por las milicias de la provincia de Pasto, que permanecian fieles al virei (16 de octubre de1809).

La noticia de este desastre puso término por entónces a la rebelion. La junta de Quito, creyéndose impotente para resistir a los enemigos, capituló con el presidente Urriez devolviéndole el mando que le habia quitado, bajo la promesa de alcanzar del virei i de la corte un completo olvido de todo lo pasado (25 de octubre). Talvez el presidente vacilaba sobre el cumplimiento que deberia dar a su palabra empeñada, cuando llegó a Quito un cuerpo de 800 hombres enviado por el virei del Perú bajo el mando del coronel don Manuel Arredondo. Urriez no trepidó ya: instigado por sus consejeros, el 4 de diciembre de 1809, apresó i mandó procesar a mas de sesenta personas que habian tenido parte en la revolucion anterior. Desde aquel momento, la ciudad fué víctima del receloso despotismo del presidente i de las tropelías cometidas por los soldados del Perú.

Del proceso seguido contra los rebeldes resultó la condenacion a muerte de los principales de ellos i la pena de presidio para los otros. Se esperaba que el virei confirmara esta sentencia, cuando el 2 de agosto de 1810 se hizo sentir en Quito un violento tumulto. Algunos hombres del pueblo, armados de cuchillos, acometieron de improviso los dos

cuarteles en que se hallaban detenidos los presos políticos. Apesar de las ventajas alcanzadas por ellos en el primer momento, su corto número no les permitió consumar la revolucion. La tropa en aquellos instantes de desenfreno, asesinaba a cuantas personas encontraba en la calle. Morales, Salinas, Quiroga i Ascásubi, miembros de la estinguida junta de gobierno, i veinticinco personas mas que se hallaban presos en unos de los cuarteles, fueron bárbaramente asesinados. Crímenes semejantes se cometieron en toda la ciudad: las tropas llegadas del Perú, particularmente, asesinaban a cuantos encontraban, saqueando las casas de los hombres acomodados i cometiendo por todas partes atroces desmanes. En medio de la desesperacion, el pueblo se armó de palos i piedras para resistir a las tropas; i la carnicería se habria prolongado mas sin la intervencion personal del obispo de Quito, don José de Cuero, que interponiendo sus respetos, tranquilizó los ánimos irritados. Se refiere que en aquel dia fueron asesinadas ochenta personas en las calles, fuera de los presos de la cárcel, i que las cantidades saqueadas ascendieron a mas de 300,000 pesos. Se ha dicho, talvez sin fundamento, que la sublevacion que dió oríjen a aquella carnicería fué instigada por los españoles para consumar su venganza.

En el primer momento, el presidente Urriez i sus consejeros quisieron colocar en la horca los cadáveres de los hombres mas notables entre los asesinados en la cárcel. Sin embargo, se temió la irritacion del pueblo: las poblaciones de los alrededores se armaban contra los opresores de la capital, i las autoridades se vieron en la necesidad de ceder para evitar mayores males. El 4 de agosto, el presidente publicó un bando por el cual concedia indulto a todos los presos i procesados por la revolucion de 1809, que aun quedaban vivos, i disponia la vuelta de las tropas que habian ido del Perú, i suspendió la causa de los autores del levantamiento que habia dado oríjen a la matanza. El pueblo, a instancias del obispo, se manifestó mas tranquilo despues de este bando, que consideró como una gracia otorgada por los vencedores.

Creacion de las juntas de Cartajena i de Santa-Fé.—El presidente de Quito se habia apresurado a hacer esas concesiones porque en aquella época el impulso revolucionario habia tomado gran vuelo en Nueva-Granada. El virei Amar habia creido calmar la irritacion haciendo reconocer el consejo de rejencia instalado en España i disponiendo la prision de algunos personajes, como don Antonio Nariño, conocidos por su espíritu revolucionario.

En Cartajena, sobre todo, la exitacion habia tomado caractéres alarmantes; i el gobernador de la provincia, don Francisco Montes, marino brusco i arbitrario, habia manifestado su propósito de mantener la tranquilidad por medio del terror. El cabildo de la ciudad, pretestando sospechar que el gobernador era adicto a los franceses, acordó, el 22 de mayo de 1810, i despues de acaloradas discusiones, que conforme a lo dispuesto por una lei de Indias, debian asociarse a Montes en el gobierno de la provincia, dos miembros del mismo cabildo, Narvaez i Torres. Todas las corporaciones reconocieron esta junta gubernativa; pero Montes, cuya autoridad habia perdido todo su prestijio, se obstinó en gobernar por sí mismo esperando que el virei lo apoyaria en su empresa, i en desentenderse de los colegas que le habian sido impuestos. El cabildo, que estaba sostenido por el pueblo i por las tropas, quiso hacerse respetar; i el 14 de junio de 1810 apresó al gobernador sin dificultad alguna i lo embarcó en una nave que salia para la Habana. Otro oficial, don Blas de Soria, fué colocado en su lugar.

La noticia de este suceso llegó a Santa Fé en momentos mui angustiados para el virei Amar. Carácas, capital de la capitania jeneral de Venezuela, acababa de hacer una revolucion, i en el seno del mismo vireinato comenzaban a hacerse sentir movimientos sediciosos que anunciaban una próxima conmocion. Dos jóvenes de la provincia del Socorro, don José María Rosillo i don Vicente Cadenas, intentaron sublevar los llanos de Casanare, pero fueron apresados en tiempo i fusilados precipitadamente. Sus cabezas fueron remitidas a Bogotá para ser puestas en escarpias, a fin de aterrorizar a la poblacion; mas ni el virei, ni la audiencia se atrevieron a ejecutar este acto. En la provincia de Pamplona, el correjidor español fué depuesto por el cabildo, i sometido a prision (4 de julio de 1810), i reemplazado por una junta de gobierno. En el pueblo del Socorro, el correjidor don José Valdes quiso mantener el órden por medio de amenazas i de injustificables golpes de autoridad; pero la poblacion lo atacó en un convento, en donde se habia asilado con 80 soldados, i lo obligó a rendirse a discrecion (10 de julio de 1810). El cabildo, aumentado con seis vecinos importantes, asumió el gobierno de la provincia, i comunicó lo ocurrido a la audiencia de Bogotá, recomendándole que el establecimiento de juntas gubernativas en cada provincia seria el medio mas eficaz de evitar nuevas calamidades.

Estos diversos movimientos produjeron en Bogotá una

grande ajitacion. Los patriotas habian concebido diferentes planes para efectuar un levantamiento, pero todos ellos fueron desconcertados. Lo que no se habia alcanzado por medio de prolijas combinaciones, se consiguió en un momento de ajitacion i de entusiasmo. El 20 de julio, un comerciante español pronunció algunas palabras en menosprecio de los americanos; i divulgadas éstas en el pueblo, se produjo una irritacion que casi le costó la vida al provocador. Las casas de muchos españoles fueron violentamente atacadas, i los agrupamientos de jente se hicieron tan numerosos que la ajitacion tomó un carácter alarmante. En la tarde, el pueblo se agolpó en la plaza mayor pidiendo un cabildo abierto, a que debian ser convocados todos los vecinos de respeto. El virei trató de resistir a la exijencia popular; pero el temor de mayores males i el consejo de uno de los oidores de la real audiencia, lo obligaron a convocar un cabildo estraordinario.

Presidió aquella reunion el oidor don Juan Jurado. Los debates que allí tuvieron lugar se hicieron notar por su tendencia revolucionaria. La opinion de los patriotas que pedian la instalacion de una junta de gobierno, estaba apoyada por una concurrencia de pueblo de mas de 6,000 hombres armados de cualquier modo, que ocupaba la plaza. El rejidor don José Acebedo, que habia conseguido templar el entusiasmo popular para evitar excesos, comunicó al fin a la concurrencia reunida en la plaza que el virei consentia en la organizacion de una junta de gobierno, compuesta de los miembros del cabildo i de algunos vecinos, cuya eleccion acojió el pueblo con aplausos. El cabildo acordó ademas que el virei fuese nombrado presidente de la junta, quedando ésta encargada de sostener la relijion católica i los derechos de Fernando VII, a cuyo nombre debia acordar una constitucion política. A las tres de la mañana quedó instalado el nuevo gobierno.

El pueblo de Santa Fé aprendió ese dia a hacer respetar sus derechos; i del uso de esos derechos pasó fácilmente al abuso i al desórden. Pidió tumultuariamente la prision de los oidores de la audiencia, i en seguida la del virei Amar i de su esposa, por suponérseles conatos de disolver la junta (25 de julio). Pocos dias despues, tres de los oidores fueron remitidos al presidio de Cartajena; i el virei, despues de haber sufrido diversas humillaciones del populacho, que la junta mitigó en cuanto era posible, salió tambien para aquel pueblo (15 de agosto) con el objeto de embarcarse para Es-

paña. Desde entónces, libre de toda traba, la junta pudo dar un impulso mas sério a la revolucion. Desconoció oficialmente la autoridad del consejo de rejencia de España, declarando que no admitiria los empleados que nombrase aquella corporacion, i dirijió una circular a todas las provincias para recomendarles que enviaran a la capital sus representantes a fin de reunir un congreso i de organizar el gobierno provisorio.

La revolucion de Bogotá fué imitada en casi todas las provincias. Cartajena, Santa-Marta i muchos otros pueblos de menor importancia, instalaron tambien juntas gubernativas. Quito mismo, apesar de las sangrientas escenas del 2 de agosto, se sintió ajitado; i el conde Ruiz de Castilla tuvo que aceptar la instalacion de una junta bajo su presidencia (22 de setiembre), como el único medio de conservar la tranquilidad. Desde estos primeros pasos de la revolucion quedaron perfectamente diseñados los partidos que debian sostener la lucha, el español i el americano.

Pero la division comenzó a aparecer en breve entre los mismos revolucionarios. La junta de Cartajena, ya fuera movida de celos por la preponderancia de la de la capital, o ya por un error político, publicó, el 19 de setiembre de 1810, un manifiesto en que invitaba a todas las provincias a la reunion de un congreso que debia reunirse no en Bogotá sino en Antioquía, i organizado bajo las bases del sistema federal. Este manifiesto estimuló i produjo la desunion no solo de las provincias sino de las ciudades en momentos en que era indispesable la unidad. Se creia jeneralmente en el vireinato que la España sucumbiria en su lucha contra los franceses, i que por tanto la independencia nacional se conseguiria sin disparar un tiro. Por eso, en vez de reconcentrar sus esfuerzos para sostener la revolucion, los neo-granadinos se preocupaban ante todo de la nueva organizacion política que debian dar a aquel pais, i perdian un tiempo precioso en cuestiones inoportunas.

No se hicieron esperar los resultados de este error. Las provincias de Panamá i de Rió-Hacha, que no habian aceptado la revolucion, siguieron gobernadas segun el viejo réjimen. El gobernador de Popayan don Miguel Tacon, trató de disolver las juntas instaladas en su provincia; i fué necesario reunir tropas i batirlas militarmente. El gobernador de Santa-Marta, don Tomas Acosta, que habia quedado presidiendo la junta gubernativa, la disolvió el 22 de diciembre de 1810, apoyándose en la fuerza armada. En la misma

ciudad de Cartajena se hizo sentir (4 de febrero de 1811) un movimiento reaccionario que fué reprimido en tiempo.

Miéntras tanto, habian llegado a Bogotá los representantes de seis provincias: las demas, halagadas con las ideas de federacion, no habian aceptado la convocatoria del congreso. Esos pocos diputados se reunieron (22 de diciembre de 1810); pero faltos de todo prestijio i desairados por la junta gubernativa, se vieron obligados a separarse. La junta, en efecto, notando que todas las provincias habian concentrado su administracion interior, pronuciándose por el sistema federal, quiso tambien darse una constitucion propia, con la esperanza de que su ejemplo seria imitado en otros puntos del vireinato i de que contribuiria a estrechar los vínculos de union. Reunió a los representantes elejidos por el pueblo en una asamblea que se llamó colejio constituyente. Allí se discutió un proyecto de constitucion que fué promulgado el 5 de abril de 1811. La provincia recibió el nombre de estado de Cundinamarca, que debia ser gobernado por un presidente i dos gobernadores miéntras durase el cautiverio de Fernando VII, el cual, sin embargo, para ser reconocido por rei, tendria que traladarse a Santa Fé. Quedaba igualmente organizado el poder lejislativo en dós cámaras, i el judicial en un tribunal supremo. El presidente, elejido segun las disposiciones de aquel código, fué don Jorje Lozano, hombre de talento i de merecida popularidad. Poco tiempo despues, la provincia de Mariquita se incoporó al estado de Cundinamarca i aceptó su constitucion.

En medio del desórden con que habia comenzado la revolucion neo-granadina, estimulando la desunion i el fraccionamiento de sus fuerzas, solo Bogotá habia previsto los futuros peligros; i al paso que trataba de reunir todas las provincias, pedia a los Estados-Unidos armas a fin de prevenirse para la guerra. Hizo mas todavía: la junta instalada en Carácas habia enviado un emisario para felicitar a la de Bogotá i fijar las bases de una alianza. Ese emisario, el canónigo don José Cortés Madariaga, celebró el 24 de mayo de 1811 un tratado de confederacion, por el cual Venezuela i Nueva-Granada se garantizaban mutuamente la integridad de su territorio, debiendo fijarse mas adelante la capital de la confederacion. Este pacto, que entónces no fué reconocido por las otras provincias, fué el primer paso dado hácia la organizacion de la república de Colombia.

CAMPAÑAS MILITARES EN EL SUR; FIN DE LA INSURRECCION DE QUITO.—La guerra entre patriotas i realistas co-

menzó en el sur, i dió por resultado la pacificacion de la provincia de Quito. En noviembre de 1810 habia llegado a Guayaquil el jefe de escuadra, don Joaquin de Molina, nombrado por la rejencia española presidente de Quito, en reemplazo del conde Ruiz de Castilla; i allí, ausiliado por el virei del Perú Abascal, reunió un cuerpo de tropas para tomar el mando. La junta de aquella ciudad habia formado tambien un ejército de 2,000 hombres, que puso bajos las órdenes de don Cárlos Montúfar, caballero quiteño a quien el consejo de rejencia instalado en Cádiz habia enviado a América con el título de comisario réjio para mantener la sumision de las colonias. La primera campaña de Montúfar contra el jeneral Molina no tuvo un resultado decisivo. Los rebeldes de Quito, a pesar de la impericia que siempre distingue a los ejércitos recien organizados, amenazaban concluir con las tropas realistas, cuando el jefe de éstas inició negociaciones para ganar tiempo a fin de engrosar i disciplinar sus fuerzas.(febrero de 1811).

La revolucion quiteña se encontró así aislada, i reducida a sus propios recursos. Miéntras Molina la amenazaba por el sur, en el norte los realistas de Popayan le impedian comunicarse con el gobierno revolucion de Bogotá. Gorbernaba en la provincia de Popayan el teniente coronel español don Miguel Tacon, hombre de enerjía i de alguna intelijencia que no habia querido reconocer las nuevas autoridades. Los pobladores del valle del Cauca, bajo la direccion del doctor don Joaquin Caicedo, habian sin embargo organizado una junta de gobierno en Calí i se habian puesto sobre las armas para obrar contra Tacon; pero la lucha no habria tenido importancia sin los ausilios llegados de Bogotá. El coronel don Antonio Baraya, que los mandaba, batió a Tacon en Palacé (28 de marzo de 1811) i lo obligó a retirarse al territorio de Pasto, sometido entónces a la presidencia de Quito. La junta de Calí se trasladó inmediatamente a Popayan, reconociendo por jefe al doctor Caicedo.

Tacon pensaba resistir todavía a los revolucionarios en aquellos lugares. Con todo, miéntras las tropas de Quito lo inquietaban por el sur, las fuerzas de Popayan, bajo las órdenes de Baraya i de Caicedo, lo atacaban por el norte. La lucha no se prolongó largo tiempo; Tacon, creyéndose impotente para sostenerse, se retiró a la costa de Chocó esperanzado en recibir auxilios del Perú i continuar la guerra en aquella rejion. Pasto fué ocupado por los quiteños

(22 de setiembre); i las comunicaciones de los patriotas quedaron por éntonces espeditas en esa parte del antiguo vireinato.

A pesar de estas ventajas, la situacion de Quito era cada dia mas angustiada. Incomunicado con Guayaquil, donde mandaba el jeneral Molina, su industria sufria una absoluta paralizacion. Los patriotas parecian vacilar; i la junta, queriendo poner término a las incertidumbres, reunió en su seno algunos otros miembros, tomó el nombre de congreso i proclamó la absoluta independencia del pais (11 de diciembre de 1811). Los revolucionarios pensaban que despues de haber contraido este solemne compromiso nadie pensaria en volver atras. Aquel estado de cosas no se mejoró despues de esta declaracion: miéntras los españoles dominaban en las provincias del sur i amenazaban a la capital, los patriotas sufrian en ella grandes privaciones i se hallaban faltos de armas i de soldados para resistir la invasion. En Quito se hicieron sentir terribles ajitaciones: en una de ellas, el conde Ruiz de Castilla, el antiguo presidente de la provincia, tan odiado por los sucesos de agosto de 1810, que habia sido separado de la junta de gobierno (11 de octubre de 1811), i que desde entónces se hallaba retirado en un convento, fué estraido de allí por el pueblo, a causa de las sospechas que circulaban respecto a su participacion en los planes de los realistas. Ruiz de Castilla, sin embargo, no queriendo someterse a prision, trató de resistir con una escopeta, pero recibió dos heridas de puñal, i pereció pocos dias despues (15 de junio de 1812).

La irritacion creciente de los quiteños era causada en gran parte por los embarazos de su situacion. En las provincias del norte, los realistas fujitivos de Popayan habian sembrado las semillas de la guerra entre los habitantes semi-bárbaros de Patia i de Pasto; i éstos habian manifestado un tino singular i una grande audacia para combatir a los insurjentes. No solo se enseñorearon de los campos sino que intentaron un ataque contra la ciudad de Popayan (abril de 1812) en que fueron batidos; pero entónces volvieron sobre el pueblo de Pasto, que ocuparon i que defendieron heróicamente contra las tropas de la junta de Popayan (julio de 1812).

En esa misma época, las operaciones militares de los realistas recibieron un poderoso impulso en la rejion del sur. El 9 de julio se recibió del mando de sus tropas el mariscal de campo don Toribio Montes, militar activo e impetuoso que venia de España nombrado presidente de Quito. El nuevo

gobernante alcanzó a reunir 2,000 hombres de tropa, i emprendió la campaña con toda resolucion. Los quiteños fueron batidos en Mocha (2 de setiembre); i aplicando un severo castigo a los rebeldes para producir el espanto, los vencedores llegaron hasta las puertas de Quito. El vencedor insurjente, don Cárlos Montúfar, opuso alguna resistencia (3 de noviembre); pero el siguiente dia, Móntes i los suyos penetraron en la ciudad que habian abandonado los enemigos. Una division realista, a las órdenes del coronel don Juan Sámano, mui célebre despues en el trascurso de la guerra, marchó al norte, en persecucion de los patriotas que se habian replegado hácia Ibarra, i despues de varios encuentros los dispersó completamente. Sámano, siguiendo las instrucciones del presidente Móntes, fusilaba en su marcha a los jefes insurjentes que hacia prisioneros. De este número fué el doctor Caicedo, que en la revolucion de Popayan habia desplegado talento i enerjía. Desde fines de 1812 la insurreccion de Quito quedó completamente vencida (1).

Ajitaciones interiores en Nueva Granada.—La revolucion neo-granadina no estaba inquietada solo por el sur. En las dos estremidades de la costa del antiguo vireinato, las autoridades españolas eran reconocidas. Desde diciembre de 1810, Santa-Marta se habia pronunciado por el viejo réjimen. En el occidente, Panamá no habia aceptado el cambio introducido por la revolucion. Sin embargo, en medio de los peligros de una situacion que podía considerarse precaria, los insurjentes parecian olvidados del enemigo comun para ocuparse de cuestiones domésticas i de darse una organizacion interior.

En Nueva Granada habian nacido las ideas de federacion casi con el movimiento revolucionario. Las juntas gubernativas organizadas en las diferentes provincias, i aun en muchas villas de poca importancia, deseaban conservar sus prerogativas de autonomía. El presidente Lozano, por su parte,

(1) He adelantado la narracion de los sucesos de la insurreccion de Quito, apartándome del órden cronolójico para facilitar la intelijencia de la revolucion neo-granadina que, como verá el lector, es sumamente complicada. Aquellos sucesos, desligados hasta cierto punto de la historia del vireinato, han sido prolijamente espuestos por Restrepo en la historia ya citada; pero he consultado tambien un librito publicado en Quito en 1851 por el doctor Salazar con el título de *Recuerdos de los sucesos principales de la revolucion de Quito, desde el año de* 1809 *hasta el de* 1814. Esta narracion, aunque mui imperfecta i confusa, contiene datos que no se hallan en otra parte.

conociendo la conveniencia de conservar la unidad de fuerzas de la revolucion, pero convencido de que las provincias no depondrian sus pretensiones, quiso conciliar los principios opuestos en un proyecto de constitucion jeneral que propuso el 7 de mayo de 1811. Segun él, debia organizarse un estado federal compuesto de solo cuatro provincias, Quito, Popayan, Cundinamarca i Cartajena, a las cuales debian unirse las otras.

Este pensamiento fué casi jeneralmente aceptado. Poco tiempo despues comenzaron a llegar a Bogotá los diputados de diversas provincias, i éstos iniciaron la discusion de una acta federal de los Estados-Unidos de Nueva-Granada, que habia redactado con bastante habilidad el doctor don Camilo Torres. Pero entónces surjió un nuevo embarazo. Don Antonio Nariño, el activo revolucionario de 1794, se habia declarado de tiempo atras enemigo decidido del sistema federal, manifestando que solo un gobierno fuerte por la union podia asegurar el triunfo de las nuevas ideas. Para ajitar la opinion i ganar partidarios a sus principios no vaciló en exajerar los peligros de la situacion en un periódico que con el título de *La Bagatela* daba a luz en Bogotá. En un número publicado el 19 de setiembre de 1811, anunció que la revolucion neo-granadina estaba amenazada por todas partes, i que su ruina seria inevitable si el gobierno no tomaba una actitud mui enérjica contra los enemigos de la patria, i si todos los ciudadanos no se unian en el pensamiento i en la accion. Aquel escrito produjo en el momento una impresion estraordinaria: el pueblo, movido por hábiles ajitadores, indujo al senado a reunir la representacion nacional i los altos poderes públicos, como lo requeria la constitucion en circunstancias estraordinarias. En aquella reunion, los amigos de Nariño hicieron al presidente Lozano todo jénero de acusaciones; hasta que éste, que nunca habia tenido grande apego al poder, lo renunció. Nariño fué elejido allí mismo en su reemplazo, i revestido de gran suma de atribuciones, para lo cual se suspendió el cumplimiento de algunos artículos de la constitucion (19 de setiembre).

Bajo la presidencia de Nariño, el congreso continúo la discusion del acta federal, hasta dejarla sancionada (27 de noviembre); pero entónces se suscitaron nuevas dificultades. Por influjo del presidente, dos diputados se negaron a firmarla, declarando que solo el sistema unitario podia salvar la revolucion. El acta fué firmada por los demas, i aceptada en diversas provincias; pero el congreso se vió molestado en Bo-

gotá por las resistencias tenaces de Nariño i tuvo que trasladarse a la provincia de Mariquita.

Al mismo tiempo nacian en otras partes nuevas i peligrosas complicaciones. En Cartajena existian dos partidos en el seno mismo de los insurjentes: el de los aristócratas, que se hallaba en el poder desde la creacion de la primera junta de gobierno, i el popular, que se habia pronunciado en hostilidad abierta contra el primero. El 11 de noviembre de 1811 estalló una revolucion capitaneada por don Gabriel Piñerez i ejecutada por el populacho i una parte considerable de la guarnicion. La junta no se atrevió a resistir a las exijencias del pueblo, i a peticion de éste declaró por un bando que la provincia de Cartajena quedaba convertida en estado soberano e independiente del gobierno español. En el mismo dia fué estinguido el tribunal de la inquisicion, que hasta entónces subsistia en aquella ciudad como un recuerdo vergonzoso de la dominacion española. La junta consintió tambien en dividir los poderes lejislativo, ejecutivo i judicial que habia reunido en sus manos. Estas innovaciones, que sin duda alguna debian ser el resultado de la revolucion, produjeron por entónces un efecto contrario al que se proponian sus autores. La opinion pública no estaba aun bastante preparada para aceptar cambios radicales, i mucho ménos la supresion de aquel tribunal, que, a causa de las preocupaciones de aquella época, era mirado todavía con gran respeto. Poco tiempo despues, el 21 de enero de 1812, se reunió en Cartajena la convencion encargada de formar el primer código constitucional.

Primeras hostilidades entre Santa-Marta i Cartajena. — Desde que Santa-Marta habia vuelto a ser sometida al antiguo réjimen (22 de diciembre de 1810), se hicieron sentir los primeros síntomas de una guerra próxima. Algunos pueblos de aquella provincia desconocieron la autoridad contra-revolucionaria del coronel Acosta, i solicitaron incorporarse a Cartajena. La junta que aquí gobernaba, los acojió favorablemente; i queriendo reducir a Santa-Marta por medios indirectos, dispuso que en el rio Magdalena se cobraran derechos a las mercaderías de esa provincia. El gobierno de Santa-Marta, usando de represalias, creó tambien aduanas en otros puntos del rio; i mas tarde, mediante el establecimiento de algunas fortificaciones, cerró su navegacion a los cartajeneros. Los realistas, hostilizados i perseguidos en otras partes del vireinato, acudian entónces a Santa-Marta a acojerse bajo el amparo del gobernador español; de manera que

cuando Cartajena emprendió operaciones militares en forma, ya el coronel Acosta tenia recursos suficientes para sostener la guerra.

Miéntras tanto, la situacion de Cartajena era mas crítica cada dia. Los gastos considerables que tenia que hacer la habian empobrecido estraordinariamente, i al paso que no recibia auxilios del interior, tenia que mantenerse en pié de guerra para rechazar a los realistas de Santa-Marta. La junta gubernativa apeló a los empréstitos, i en seguida a la emision del papel moneda con curso forzoso. Su situacion se complicó mas todavía a principios de 1812. El 19 de febrero de este año arribó a Puerto-Bello el brigadier español don Benito Perez, nombrado virei de Nueva-Granada por la rejencia de Cádiz. Despues de haber reunido en las Antillas algunos elementos de guerra para combatir a los revolucionarios, Perez se instaló en Panamá, i desde allí hizo socorrer al gobierno reaccionario de Santa-Marta para ponerlo en estado de comenzar la campaña. Las primeras operaciones fueron desastrosas para los cartajeneros: sus tropas fueron batidas en las orillas del Magdalena i sus buques echados a pique. El coronel Acosta llegó a tener sobre las armas cerca de mil hombres, poco disciplinados, pero valientes i resueltos. La convencion de Cartajena, queriendo dar vigor al gobierno, dió poderes dictatoriales al doctor don Manuel Rodríguez Torríces, jóven de 24 años, dotado de intelijencia i de actividad, pero desprovisto de la prudencia que la situacion exijia (19 de marzo de 1812).

La guerra comenzó mal para Cartajena. Las fuerzas realistas de Santa-Marta, robustecidas despues de la reconquista de Venezuela por Monteverde, ocuparon muchos pueblos de las orillas del Magdalena i proclamaron el restablecimiento del gobierno español. El dictador Torríces dió el mando de las tropas de Cartajena a un aventurero frances, don Pedro Labatut, i le encargó la direccion de las operaciones militares en el bajo Magdalena, es decir, en la rejion que baña este rio al desaguar en el mar. Felizmente, cuando el espíritu público comenzaba a decaer, llegaron a aquella plaza Bolívar i otros jefes venezolanos, que iban huyendo de la dominacion española (principios de octubre). Estos militares reanimaron el entusiasmo en Cartajena, i recibiendo el mando de algunas tropas, se dispusieron a marchar contra el enemigo. Las operaciones cobraron desde luego gran vigor.

El comandante Labatut emprendió la campaña a principios de noviembre por la rejion del norte; i mediante una sé-

rie de triunfos, fué ocupando diversas poblaciones, en las cuales quitó a los españoles muchos cañones i municiones. En seguida se embarcó con sus tropas en el Magdalena, i saliendo al mar, fué a caer sobre Santa-Marta que ocupó sin dificultad (6 de enero de 1813). Los defensores de esta plaza la habian abandonado para buscar su salvacion en Puerto-Bello, en donde era reconocida la autoridad del virei Perez. Al mismo tiempo, el coronel don Manuel Cortés Campomanes, emigrado de Venezuela, aunque español de nacimiento, a la cabeza de otra columna insurjente, obtuvo otras victorias en la rejion de las sábanas. Pero Bolívar, como ya hemos dicho en otra parte, realizó una empresa mas admirable todavía. Encargado de la comandancia del pueblo de Barranca, en el alto Magdalena, emprendió sin órden superior el ataque del fuerte de Tenerife, de que se apoderó el 23 de diciembre de 1812; i adelantándose al sur, reconquistó a Mompox, Ocaña i otros pueblos de menor importancia. Los triunfos de Bolívar despertaron los celos de Labatut quien pidió el castigo del denodado militar que habia derrotado a los españoles sin órdenes para ello. La convencion de Cartajena hizo justicia al futuro Libertador de Colombia. En cambio de esto, no supo asegurar las ventajas alcanzadas con sus triunfos. Santa-Marta fué tratada no como pueblo hermano, sino como enemigo irreconciliable.

Administracion de Nariño; guerra civil en Cundinamarca.—En esta misma época, las provincias centrales del vireinato de Nueva-Granada eran el teatro de la guerra civil. Nariño, siempre resuelto a sostener el establecimiento de un gobierno unitario, habia ganado a su causa varios pueblos; pero en otras provincias se mantenia la desorganizacion interior en nombre del principio federal. Casanare, Tunja i Pamplona trataron de unirse a Venezuela, empresa descabellada por entónces, puesto que esta capitanía jeneral habia sido reconquistada por los españoles. Nariño hizo marchar contra ellas un cuerpo de tropas bajo el mando del coronel Baraya. Este jefe, sin embargo, abandonó el partido de Nariño i se puso a las órdenes del gobierno provincial de Tunja.

Este contratiempo fué seguido de varios otros. Nariño trató todavía en vano de resistir a la corriente de la opinion; pero se vió obligado a capitular con los federales en Santa-Rosa (30 de julio de 1812), i a aceptar la reunion de un congreso jeneral, encargado de deslindar el territorio de cada estado. A su vuelta a Bogotá, renunció el mando de Cundina-

marca (19 de agosto) manifestándose dispuesto a alejarse de los negocios públicos; pero como su separacion del gobierno fuese el oríjen de algunos desórdenes, un levantamiento popular lo restableció en el mando con poderes dictatoriales.

Segun el convenio de Santa-Rosa, el 4 de octubre se reunió el congreso federal en la ciudad de Leiva. Los representantes elijieron por presidente al doctor don Camilo Torres, partidario decidido del sistema federal i enemigo declarado de Nariño. El congreso consideró desde entónces a este último jefe solo como mandatario de la provincia de Cundinamarca. Nariño, a su vez, convocó en Bogotá otra asamblea, la cual acordó conservarle las facultades absolutas que se le habian concedido, desconoció la autoridad del congreso de Leiva i declaró que Cundinamarca no entraria en la confederacion.

La guerra civil iba a comenzar en el centro del antiguo vireinato. El congreso federal lo comprendió así, i se trasladó a la ciudad de Tunja (noviembre), que era el centro de sus recursos. Nariño, con una singular actividad reunió 1,500 hombres i marchó contra los federales, que mandaba el coronel Baraya. La suerte de las armas fué desfavorable a las tropas de Bogotá en dos combates que tuvieron lugar (2 i 24 de diciembre de 1812). Nariño se vió obligado a replegarse a Bogotá, desde donde propuso a los federales una capitulacion. Baraya no quiso tratar: orgulloso con sus anteriores triunfos, pedia solo que el jefe unitario se rindiera a discrecion. Esta petulancia hubo de costarle caro: los bogotanos, exasperados por el orgullo del enemigo, resistieron heroicamente a las tropas de Baraya i las destrozaron en el ataque que aquellas intentaron contra la ciudad, tomándoles 1,000 prisioneros i obligando a los fujitivos a refujiarse en Tunja (9 de enero de 1813). Nariño, en vez de abusar de su victoria, celebró con los vencidos un tratado, por el cual Cundinamarca se mantendria independiente de la confederacion, miéntras el congreso gobernaba en las demas provincias.

Aquella guerra civil, en circunstancias supremas para la revolucion, vino a producir grandes males. Los realistas, vencedores entónces en Quito bajo el presidente Montes, amenazaban la provincia de Popayan. Por el oriente, los reconquistadores de Venezuela se preparaban tambien para invadir el vireinato. Miéntras tanto, los insurjentes neo-granadinos parecian olvidados de estos peligros para no pensar mas que en sus contiendas domésticas. La opresion ejercida en Santa-Marta por Labatut produjo un movimiento reaccio-

nario en aquella provincia. Sus pobladores, poniéndose de acuerdo con una tribu de indios, invadieron la ciudad (5 de marzo de 1813), obligando a aquel jefe a ponerse en fuga, i apresando las tropas que la guarnecian. Entónces fué cuando Bolívar, acariciado por el congreso de Tunja i por el mismo Nariño, se propuso libertar a Venezuela de sus opresores. Su proyecto, mirado entónces como una locura, fué realizado con tanta audacia como jenio, i libertó por entónces a la Nueva-Granada de ser reconquistada por los españoles.

Declaracion de la independencia en Bogotá; campañas subsiguientes.—Las ventajas alcanzadas por Bolívar en Venezuela no desalentaron, sin embargo, a los realistas de Santa-Marta. Las tropas de Cartajena, depachadas contra ellos, i mandadas por el mismo Torríces, fueron batidas completamente. La situacion de aquellas provincias se complicó mas pocos dias despues. El 30 de mayo de 1813 llegó a Santa-Marta el mariscal de campo don Francisco Montalvo, nombrado capitan jeneral de Nueva-Granada por la rejencia de Cádiz, que habia abolido el título de virei en la administracion de las colonias de América. Montalvo era natural de la Habana; i la rejencia habia creido que por su nacionalidad le seria mas fácil que al virei Perez el consumar la pacificacion de aquella provincia. Bajo sus órdenes se continuaron las operaciones militares con varios descalabros de los insurjentes de Cartajena.

En el interior del antiguo vireinato, el arribo del nuevo mandatario no produjo el resultado que esperaba la rejencia española. Apesar de que en esa misma época las tropas realistas de Quito mandadas por Sámano obtenian importantes ventajas en Popayan i entregaban al saqueo varios pueblos, los patriotas conservaron su enerjía i su entusiasmo. En Cundinamarca fué declarada la independencia absoluta de España (16 de julio de 1813). Un mes despues (11 de agosto), la provincia de Antioquía hizo igual declaracion. Esta actitud de los revolucionarios vino tambien a alejar los temores que entre ellos se habian despertado, acusando a algunos caudillos de abrigar proyectos monárquicos. Los independientes acuñaron la primera moneda nacional, enarbolaron un nuevo pabellon i procedieron en todo como miembros de un estado soberano.

En medio de estos afanes, el peligro de la patria vino a llamar imperiosamente la atencion de los rebeldes de Cundinamarca. El jeneral Sámano, con una actividad superior a cuanto podia esperarse de su edad, puesto que contaba mas

de sesenta años, se habia apoderado de Popayan (1.° de mayo), habia penetrado en el valle del Cáuca i amenazaba marchar hasta Bogotá. Nariño no quiso quedar en la inaccion. Apesar de su desintelijencia con el congreso federal reunido en Tunja, solicitó su cooperacion para rechazar a los espanoles, i obtuvo en efecto un continjente de tropas. En seguida renunciando la dictadura que habia ejercido con singular moderacion i templanza, reunió hasta 14,000 hombres, i se dispuso a mandar en persona las operaciones. Por eleccion de la asamblea de Bogotá, tomó el gobierno de Cundinamarca don Manuel Bernardo de Alvarez.

La campaña de Nariño fué mui feliz en sus principios. El 30 de diciembre batió a Sámano en Palacé, i pocos dias despues derrotó a uno de sus tenientes. Nariño entró a Popayan sin hallar resistencia alguna; pero, léjos de aprovechar sus triunfos para avanzar hasta Quito, como habria podido hacerlo, talvez sin grandes dificultades, estableció su cuartel jeneral en aquella ciudad, perdiendo así un tiempo precioso. Montes, el presidente de Quito, aprovechó aquella tardanza para reorganizar su ejército. Quitó el mando al brigadier Sámano, i lo confió al jeneral don Melchor Aymerich, con órden de embarazar la marcha de los rebeldes de Nueva-Granada.

Cuando Nariño recomenzó la campaña poniéndose en marcha hácia Pasto (22 de marzo de 1814) ya encontró el camino embarazado por las guerrillas. Habiendo llegado a las orillas del rio Juanambú, cuyas aguas corren como un torrente entre barrancos i rocas escarpadas, i cuyo paso presenta las mayores dificultades, Nariño notó que Aymerich habia guarnecido convenientemente la orilla opuesta, i le fué necesario perder muchos dias, i emprender riesgosas operaciones para atravesar el rio por otra parte i tomar por asalto las líneas del enemigo (29 de abril). En su marcha a Pasto, el ejército insurjente sufrió un gran descalabro. Nariño, que marchaba adelante con la vanguardia, fué batido por las tropas españolas (10 de mayo), i como volviera atras para reunirse con el grueso de su ejército, halló con sorpresa que el campo que éste ocupaba liaba sido abandonado. El coronel don José Ignacio Rodríguez, que habia quedado con el mando del grueso de las tropas, se dejó abatir por la falsa noticia de que Nariño habia caido prisionero; i clavando su artillería se retiró apresuradamente a Popayan.

Despues de aquella desgracia, i vista la dificultad de re-

tirarse, Nariño se determinó a presentarse al enemigo bajo las apariencias de querer celebrar un armisticio de diez i ocho meses. A pesar de esto, fué hecho prisionero por los realistas, de quienes sufrió toda clase de insultos i vejaciones. El presidente Montes encargó a Aymerich que lo hiciera fusilar inmediatamente; pero este jefe, creyendo que la ejecucion de Nariño precipitaria a los independientes a tomar las mas atroces represalias, demoró en dar cumplimiento a aquella órden, i consiguió así que, pasado el primer momento de irritacion, se perdonase la vida a aquel tenaz revolucionario. Nariño, despues de haber recorrido muchos calabozos de América, fué remitido preso a Cádiz, en donde permaneció encerrado hasta 1820, época en que, en virtud de un indulto decretado por las cortes revolucionarias, recuperó su libertad. De este modo, uno de los primeros promovedores de la revolucion americana, el propagador de escritos sediciosos en 1794, el hombre que en 1796 solicitaba el apoyo de los gobiernos europeos para alcanzar la independencia americana, mas feliz que la mayor parte de sus compañeros que murieron en el cadalso, salvó la vida despues de haberse hallado tres veces preso en poder de sus implacables enemigos.

Segunda guerra civil.—El descalabro sufrido por el ejército del sur no era la única desgracia que por entónces amenazaba la existencia de la nueva república. Los realistas de Santa-Marta conservaban sus ventajas sobre los revolucionarios de Cartajena. En el oriente la revolucion de Venezuela, a pesar de los hábiles esfuerzos de Bolivar, estaba a punto de sucumbir. En tan críticas circunstancias, se supo en Nueva-Granada que Fernando VII habia hecho su entrada solemne en Madrid, i que la España, completamente libre de sus invasores, podia volver sus ejércitos contra los insurjentes de América. Hubo un momento en que se operó en la opinion pública cierta reaccion producida por el convencimiento de la impotencia; pero los caudillos de la revolucion conservaron su espíritu i se prepararon a resistir a todo trance.

El peligro que amenazaba la existencia de la república sujirió a muchos hombres pensadores el deseo de dar union a todas las fuerzas de la Nueva-Granada bajo un gobierno comun. El congreso federal de Tunja inició las negociaciones al parecer con buen éxito, i llegó a acordarse que el gobierno de la república seria federal, pero que las diversas provincias quedarian sometidas a un gobierno jeneral, com-

puesto de un congreso i de una junta ejecutiva formada por tres miembros. A ese gobierno correspoderian los ramos de guerra i de hacienda. Esta reforma quedó acordada en breve, i el poder ejecutivo fué compuesto por el gobernador de Cartajena, Torríces, el del Socorro, don Custodio García Robira, i el secretario del gobernador de la provincia de Antioquía, don José Manuel Restrepo.

Parecia que en la situacion asaroza en que se hallaba la república, todos los partidos iban a deponer sus ódios para unirse en un esfuerzo comun. No sucedió así, sin embargo: en Cartajena se suscitaron algunas dificultades; i Alvarez, el presidente de Cundinamarca, obstinado siempre en no reconocer otro gobierno que el unitario, se negó á aceptar todo pensamiento de federacion. Esta obstinada negativa iba a hacer la causa de nuevas divisiones i nuevos escándalos, cuando importaba tanto la unidad de pensamiento i de accion.

En estas circunstancias llegaron a Cartajena los jenerales venezolanos Bolívar i Mariño (25 de setiembre). No queriendo permanecer en aquella ciudad, en donde tenia gran valimiento uno de sus mas encarnizados enemigos, Bolívar se puso en marcha para Tunja a fin de dar cuenta al congreso de su conducta durante la gloriosa, aunque desgraciada campaña que habia hecho en Venezuela. El congreso le dió las gracias por sus importantes servicios a la causa de la independencia. El doctor Torres, que lo presidia, le dijo: "Aunque Venezuela haya sido ocupada por los españoles, la república existe aun, porque nos queda todavía vuestro corazon i vuestro jénio." Inmediatamente se le confió el mando de las tropas destinadas a asegurar por la fuerza la union de Cundinamarca al gobierno federal. Bolívar reunió las tropas que el jeneral Urdaneta habia salvado en su gloriosa retirada de Venezuela, i marchó sobre Bogotá a la cabeza de 3,000 hombres. Despues de los primeros ataques, que Bolívar dirijió con su impetuosidad ordinaria i con su talento habitual, el presidente Alvarez se vió obligado a capitular, reconociendo al efecto el gobierno de la union (12 de diciembre de 1814). El congreso federal, aprovechándose de tan importantes ventajas, se trasladó en breve a aquella ciudad (23 de enero de 1815), i dió a Bolívar el grado de capitan jeneral de la confederacion, título que hasta entónces no habia dispensado a nadie.

Despues de estos triunfos, Bolívar recibió del congreso

federal otra comision. Debia reunir sus tropas i marchar sobre Santa-Marta, solicitando al efecto la cooperacion del gobierno provincial de Cartajena. El congreso queria utilizar así todas las fuerzas de que podia disponer la Nueva-Granada. Bolívar, por su parte, pensaba en consumar la reduccion de Santa-Marta, i en llevar en seguida la guerra aVenezuela. Con esta esperanza llegó hasta Mompox, i desde allí reclamó de Cartajena los ausilios necesarios. En esta provincia, dividida siempre en parcialidades i partidos, tenian grande inflencia el coronel venezolano don Manuel Castillo, i otros compatriotas suyos, enemigos irreconciliables de Bolívar, i que le contestaron negándose terminantemente a enviarle los socorros de armas i de soldados que habia pedido. Bolívar, olvidándose por un momento de los españoles, se puso en marcha para Cartajena con ánimo de imponer a aquel gobierno i de obtener así los ausilios que necesitaba (marzo de 1815). El primer resultado de este movimiento fué una gran ventaja alcanzada por los realistas. Aprovechándose de la marcha de los patriotas, ellos avanzaron hasta Mompox, i se establecieron en esta ciudad sin dificultad ninguna (29 de abril).

La exaltacion de los enemigos de Bolívar no conoció límites en Cartajena. Forjaron contra él las mas espantosas calumnias i se dispusieron a resistir a todo trance a sus exijencias, encendiendo al efecto una nueva guerra civil. La campaña comenzó con resultado vario: los cartajeneros llegaron a envenenar las cisternas en que el ejército de Bolívar debia surtirse de agua, arrojando a ellas cadáveres i otras materias infectas. Las enfermedades se declararon en el campo de éste haciendo grandes estragos, al paso que las operaciones militares avanzaban mui lentamente, i sin esperanza de un desenlance inmediato. En esas circunstancias, llegó a Cartajena la noticia del arribo de Morillo a la isla de Margarita con un cuerpo de tropas capaz de consumar la sumision de Venezuela i de Nueva-Granada. Bolívar, cuyo ejército estaba mui reducido por las enfermedades, prefirió dejar el mando ántes que seguir empeñado en una vergonzosa guerra civil i en momentos tan supremos para la América. Convencido de la inutilidad de sus servicios en aquella situacion, i creyendo que su presencia seria causa de mayores males, el 8 de mayo se embarcó para la isla inglesa de Jamaica, dejando al jeneral don Florencio Palacios el mando de sus tropas, cuya desorganizacion se consumó en breve. Pocos dias despues,

se embarcaron con el mismo rumbo el jeneral Mariño i otros venezolanos afectos a Bolívar.

Toma de Cartajena por Morillo.—El gobierno de Cartajena comprendió bien el peligro que lo amenazaba. Consumada la pacificacion de Venezuela, Morillo debia marchar sobre Nueva-Granada, i aquella plaza debia ser el primer punto de ataque de los espedicionarios españoles. Sin embargo, faltó todavía la union i el concierto entre los revolucionarios; al paso que la poblacion de los campos, cansada con los estragos de la guerra, parecia dispuesta en favor de los invasores. Cartajena era considerada la primera plaza fuerte de la América del sur. Provista de excelentes fortificaciones, poseia grande abundancia de cañones, pero le faltaban soldados i fusiles. Felizmente, una de la naves que habia empleado el gobierno de la plaza para hostilizar el comercio español, apresó uno de los trasportes de la espedicion de Morillo que marchaba a Panamá, i en él tomó 300 prisioneros, 2,000 fusiles i otros artículos de guerra. Pocos dias despues, el 30 de julio, el gobierno de Cartajena recibió de Estados-Unidos un refuerzo de 15,000 fusiles; pero en vez de pensar en formar un ejército considerable en el interior, guardó este armamento en la plaza.

Morillo, entretanto, llegó a Santa-Marta (22 de julio); i desde allí preparó la campaña contra Cartajena. Morales, el feroz caudillo de la guerra de Venezuela, marchó por tierra con la vanguardia española, cometiendo grandes atrocidades en su tránsito. El jeneral en jefe se dirijió a la plaza insurjente por mar, i el 20 de agosto desembarcó sus tropas en los alrededores i dió principio a las operaciones del sitio. Los defensores de Cartajena habian cometido una grande imprudencia que iba a serles fatal: a pesar de que sufrian escasez de provisiones, no solo dejaron en su recinto las bocas inútiles, sino que admitieron numerosas familias que huian de los invasores, las cuales iban a buscar un refujio en aquella plaza en vez de retirarse al interior.

El sitio de Cartajena es uno de los hechos mas memorables de la revolucion neo-granadina. Desde luego, todas las ventajas estuvieron de parte de los sitiadores. Los sitiados habian montado sesenta i seis cañones i reunido cerca de 3,600 soldados en su mayor parte desprovistos de disciplina. Morillo, a la cabeza de tropas mui superiores en número i calidad, estableció el bloqueo por tierra i por mar; i sabiendo que los sitiados estaban escasos de víveres, trató de inducirlos a la rendicion por medio de artificiosas proclamas. Un

ausilio de dinero que remitia el gobierno federal, cayó en poder de los realistas: los sitiados adquirieron en breve el convencimiento de que no podian recibir socorros ni del interior ni del esterior, al mismo tiempo que comenzaban a esperimentar las miserias de su situacion; sin embargo, se mantuvieron en la resolucion de resistir hasta el último momento.

En esos mismos instantes, la anarquía se hizo sentir en el recinto de la plaza sitiada. El jefe de las tropas, Castillo, acusado de flojedad i de inercia en la direccion de la defensa, tuvo que dejar el mando al jeneral Bermúdez (17 de octubre), en cuyas manos la situacion no mejoró. El hambre i la peste comenzaron desde luego a hacer estragos entre los defensores de la ciudad, i particularmente entre los ancianos i los niños. Gran parte de la poblacion se alimentaba con carne de caballos, burros, perros, gatos i hasta de ratones; pero en medio de tan estremada miseria, nadie habló de rendirse a los españoles, que estaban precedidos por la fama de sus crueldades, i porque todo el mundo esperaba ausilios de afuera. Sin embargo, los ausilios no pudieron llegar del interior; i las naves que remitian de Jamaica los comisionados del gobierno, tenian que burlar con grandes dificultades la vijilancia de los cruceros españoles. Morillo, ademas, comenzó el bombardeo de la plaza desde el 25 de octubre, i aun intentó varios ataques con que consiguió ventajas parciales, sin doblegar el espíritu de los cartajeneros. En su desesperacion, despacharon emisarios cerca del gobernador ingles de Jamaica con encargo de ofrecerle someter la provincia a la dependencia del gobierno británico. Desechada esta propuesta por el gobernador ingles, que no tenia instrucciones para entrar en negociaciones de esta naturaleza, los sitiados se resolvieron a defenderse hasta el último trance; pero las hostilidades del enemigo no hacian entre ellos males tan considerables como el hambre i la peste. La falta de alimentos produjo todos sus horribles males desde mediados de noviembre. Los soldados morian de hambre en sus puestos: las calles estaban sembradas de cadáveres o cubiertas de hombres i mujeres de aspecto macilento i enfermizo. En los hospitales se hallaban amontonados los moribundos sin mas esperanza que la muerte, porque faltaban las medicinas i los víveres. A principios de diciembre, el número de las personas muertas cada dia de hambre i de miseria en las calles, llegó a 300: se calcula que un tercio de la poblacion (6,000 hombres) pereció de esta manera. A pesar de todo, los cartajeneros prolongaron la defensa de la plaza con un valor desesperado; i cuando cono-

cieron que no podian resistir mas tiempo al enemigo, se prepararon a evacuarla. En la noche del 5 de diciembre, los defensores de Cartajena, reducidos a poco mas de 2,000 personas, se embarcaron en trece buques, que se alejaron con gran peligro de aquel sitio de dolor i desolacion. Los españoles, desde sus baterías i sus naves, hicieron todavía grandes males a los fujitivos; i el hambre i las desgracias durante la navegacion, continuaron su obra de esterminio. Solo 600 hombres encontraron un asilo en la república de Haití. Así terminó el sitio de Cartajena, despues de 108 dias de resistencia, que costaba a los españoles la pérdida de cerca de 3,000 hombres. El rei premió la conducta de Morillo dándole el título de conde de Cartajena.

La ocupacion de la ciudad fué seguida de los mas atroces venganzas. El jeneral Moráles, que mandaba la vanguardia española, promulgó un bando ofreciendo indulto a todos los insurjentes que se presentasen voluntariamente; i luego hizo degollar en la ribera del mar a los ancianos, mujeres i niños, en número de 400 personas, que habian creido en la sinceridad de sus promesas. Los fujitivos de Cartajena que cayeron prisioneros en otros puntos, corrieron una suerte idéntica, de tal modo que las primeras operaciones del ejército pacificador en la Nueva-Granada fueron marcadas por arroyos de sangre, que iban a convertirse en breve en verdaderos torrentes.

Pacificacion de la Nueva-Granada.—La toma de Cartajena por Morillo fué un rudo golpe para la revolucion neo-granadina. Desde que ese jefe se presentó en el territorio del antiguo vireinato, los realistas de la capital prepararon una revolucion que fué descubierta a tiempo. Poco despues comenzaron a llegar por el lado del oriente las divisiones del ejército que acababa de someter a Venezuela. El coronel Calzada, a la cabeza de 2,400 hombres, habia avanzado en persecucion de Urdaneta. Los patriotas de Casanare, mandados por el jeneral don Joaquin Ricaurte, obtuvieron sobre los invasores una señalada ventaja en Chire (31 de octubre); pero despues de ella, Calzada siguió su marcha a la provincia de Tunja, donde se le opuso una resistencia desordenada e infructuosa.

El congreso jeneral se alarmó seriamente al saber los progresos de los realistas. Creyendo que la junta gubernativa no poseia la suficiente unidad de accion para rechazar al enemigo en aquellos momentos supremos, acordó reconcentrar el poder en una sola mano, i elijió al doctor don Camilo Torres

para el cargo de jefe supremo del estado, con el título de presidente de las provincias unidas, por un período de seis meses. Torres, a pesar de que aceptaba el poder con gran repugnancia por creerse impotente para conjurar la tempestad, fué investido de facultades estraordinarias para tratar con el enemigo. Quedó igualmente constituido un consejo de estado, con quien debia consultarse. García Robira, que habia sido miembro de la junta ejecutiva, obtuvo el mando de un cuerpo de tropas que se denominó ejército de reserva.

Pero ya era demasiado tarde para impedir la ruina de la revolucion. Los independientes no pudieron reunir los recursos necesarios para rechazar a los invasores. Calzada obtuvo en breve (25 de noviembre) sobre el jeneral Urdaneta otra victoria en Chitagá, que le dejó espedito el camino de Pamplona. El dia siguiente, los realistas ocuparon esta ciudad; i avanzando en seguida hácia el occidente, alcanzaron luego nuevas ventajas. El 22 de febrero de 1816, García Robira fué derrotado en Cachirí por las tropas de Calzada. Despues de esta batalla, los vencedores habrian podido llegar hasta Santa Fé de Bogotá; pero Morillo, que queria que tocase a un oficial de su espedicion el honor de ocupar la capital del vireinato, dispuso que aquel demorase su marcha hasta que se le reuniese el coronel español don Miguel La-Torre. Los jefes de la espedicion, animados por el mas injustificable orgullo, parecian interesados en fomentar la desunion entre los soldados españoles i los criollos que en defensa del rei, habian consumado la pacificacion de Venezuela.

Estos descalabros, como era natural, fueron el oríjen de apasionadas acusaciones al gobierno revolucionario. El presidente Torres renunció el mando, i en su lugar fué nombrado por el congreso (14 de marzo) el doctor don José Fernandez Madrid, poeta justamente célebre i uno de los mas distinguidos oradores del congreso. Madrid, patriota vehemente i entusiasta, no poseia ni el tino ni la enerjía que reclamaban las circunstancias. Confió el mando de los últimos restos de las tropas a un coronel frances apellidado Serviez, propuso un plan de campaña que consistia en abandonar la capital i preparar la resistencia en el sur del territorio, i luego inició las negociaciones con el enemigo.

Las armas insurjentes no eran entónces mas felices en otros puntos. Una columna realista mandada por el teniente coronel don Julian Bayer habia salido de Cartajena en el mes de diciembre; i penetrando por el rio Atrato, que va a desembocar en el golfo de Darien, invadió la provincia del Chocó,

Despues de varios combates de resultado mas o méuos próspero, Bayer ocupó a Popayan (fines de junio de 1816) i se puso en comunicacion con los realistas de Quito, que por el impulso que les daba el presidente Montes, i bajo el mando del activo jeneral Sámano, habian avanzado victoriosos por aquella parte para consumar la pacificacion del vireinato.

En esa época ya los españoles gobernaban tranquilamente en la capital. El 5 de mayo, Madrid, Serviez i muchos otros jefes evacuaron la ciudad, conduciendo un cuerpo de tropas, que en breve comenzó a dispersarse. La-Torre entró a Bogotá el dia siguiente, i se inició en el gobierno con la publicacion de un bando en que ofrecia ámplio indulto a los patriotas que depusieran las armas i que volvieran a sus ocupaciones habituales. La poblacion se manifestaba bien dispuesta en favor de los españoles que terminaban la guerra de aquel modo, cuando llegó Morillo a la capital (26 de mayo). Su presencia iba a cambiar radicalmente aquel estado de cosas.

Despues de la ocupacion de Cartajena, i de haber dispuesto el fusilamiento del jeneral Castillo i de siete de los mas importantes prisioneros, Morillo se habia dirijido a Mompox, a orillas del Magdalena, en marcha para la capital. Allí hizo ahorcar a otros patriotas, llevando su furor hasta hacer decapitar el cadáver del teniente coronel don Fernando Carabaños, que falleció en un calobozo momentos ántes de la ejecucion. Sus subalternos repitieron estos actos en otros puntos. Al saber la ocupacion de la capital, encargó a La-Torre (22 de mayo) que apresara a los patriotas mas comprometidos; i cuatro dias despues, cuando el mismo Morillo entró a la ciudad, se cumplieron estas órdenes con todo rigor. Las cárceles fueron estrechas para encerrar los presos, i fué necesario habilitar al efecto dos conventos. Morillo se negó obstinadamente a recibir a nadie, para no oir solicitudes de los patriotas, i pasaba el dia entero ocupado en leer los documentos oficiales del gobierno revolucionario que habian quedado abandonados, para rastrear en ellos la culpabilidad de los insurjentes.

Para desembarazarse de aquellos oficiales que se habian manifestado dispuestos a seguir una política conciliadora, Morillo hizo salir de la capital con comisiones militares a los coroneles Calzada i La-Torre. En seguida anuló el indulto promulgado por el segundo de esos militares, i publicó otro tan lleno de restricciones, que todos los patriotas se consideraron escluidos de él. Entónces organizó un consejo de guerra permanente, institucion que luego se jeneralizó en otras provincias, encargado de juzgar a los autores de la re-

volucion de la independencia, con arreglo a las prescripciones de las leyes españolas que se refieren a los tumultos, desórdenes i asonadas. Ese tribunal, compuesto de militares oscuros i ruines, despertó los temores i recelos de todo el mundo. Morillo mismo cometió la inprudencia de anunciar en una proclama, el 1.° de junio, i cuando los procesos estaban apénas iniciados, que ciertos caudillos revolucionarios que señalaba, pagarian sus faltas en el cadalso. Al mismo tiempo, creó un consejo de purificacion, tribunal encargado de juzgar a los patriotas que no merecian pena capital, i a los que querian justificar su conducta por haber desempeñado cargos públicos durante la revolucion. Entónces tambien se creó la junta de secuestros, encargada de confiscar para el real tesoro los bienes de los patriotas. Desde luego, quedaron embargados todos los que pertenecian a los numerosos presos que se hallaban encerrados en las cárceles, i a los revolucionarios que andaban fujitivos.

El 5 de junio de 1816, tuvo lugar en Bogotá la primera ejecucion capital. La víctima fué el jeneral don Antonio Villavicencio, aquel comisionado de la rejencia de Cádiz que habia pasado a Nueva-Granada a manifestar las benévolas intenciones del gobierno español, i que, como americano, habia tomado parte en la revolucion. El pueblo vió luego renovarse los espectáculos de este jénero. Hombres distinguidos por su probidad i patriotismo, que habian ocupado la primera majistratura, como Torres, Lozano, Robira i Torríces, o militares como Baraya i Montúfar, fueron ejecutados como traidores al rei. Don Francisco José Cáldas, el célebre matemático, astrónomo i naturalista de Bogotá, quizá la primera ilustracion científica de la América española, fué fusilado el 30 de octubre de 1816, porque habia servido de injeniero a una de las divisiones del ejército independiente. Estas ejecuciones iban acompañadas de circunstancias atroces. Se trasladaba a las víctimas al pueblo de su nacimiento para aumentar las angustias de sus familias. En poco tiempo, Morillo habia hecho fusilar 125 hombres notables, haciendo alarde de estas atrocidades, por haber "espurgado el vireinato, decia, de doctores i letrados, que siempre son los promotores de rebeliones,, (2). "Si el rei quiere sostener estas provincias,

(2) Puede verse en la *Historia de la revolucion de Colombia*, por Restrepo (1.ª edicion) tomo X, páj. 152 una lista nominal i cronolójica de aquellas víctimas. Tenemos motivos para creer que esa lista es incompleta.

decia a su gobierno el jeneral pacificador, debe mandar que se tomen las mismas medidas que se emplearon en los tiempos de la conquista.''

Pero la maldad de Morillo fué mas léjos todavía. No le bastó fusilar i perseguir a los hombres, sino que quiso afrentar a sus esposas. El gobernador de Santa Fé de Bogotá, coronel don Antonio María Casano, simple instrumento del jefe pacificador, dió el 25 de junio de 1816, una órden para que las familias de los revolucionarios fueran confinadas a diversos puntos, i confiadas al cuidado de los curas i alcaldes provinciales, a fin de que éstos cuidaran de su educacion moral i relijiosa, i corrijieran así ''la corrupcion de costumbres i la vida licenciosa i perversa que los innovadores turbulentos i desleales establecieron.'' Morillo, soldado grosero, queria así infamar a las señoras que se habian distinguido por su patriotismo i sus virtudes.

A estos vejámenes, se siguieron otros. Los pacificadores impusieron contribuciones, multas i trabajos forzados para la apertura de caminos, emprendidos principalmente con un objeto militar. La inquisicion fué restablecida; i ese tribunal se estrenó en sus funciones haciendo quemar públicamente todos los libros que no estaban escritos en español o en latin, por contener, decia, principios impíos i heréticos. ¡A tanto llegaba la ignorancia de los jefes españoles i de sus ajentes! En las provincias se repitieron los mismos horrores. Los coroneles españoles don Francisco Warleta i don Cárlos Tolrá, desplegaron un altanero despotismo en Antioquía i en Popayan, mandando azotar por mero capricho i arrancando el dinero con tormentos.

Por fin, Morillo salió de Bogotá en viaje para Venezuela (20 de noviembre); pero dejó en el gobierno de la capital al brigadier Sámano. El virei Montalvo quedó en Cartajena alejado de los negocios i anulado por el jeneral pacificador. Sámano desplegó en el gobierno el carácter feroz que habia distinguido a Morillo, i mereció la confianza de éste hasta el punto de solicitar del rei que lo nombrara virei de Nueva-Granada. Fernando VII concedió a Sámano aquel título a fines de 1817. Durante su administracion, es verdad, fué resteblecida la audiencia (27 de mayo de 1817) i promulgado un indulto que abrió las puertas de las cárceles a muchos presos que jemian en ellas desde un año atras por el delito de patriotismo (18 de junio); pero se repitieron las ejecuciones capitales i se mantuvo en pié el réjimen del mas rudo despotismo. El 14 de noviembre fué fusilada por la espalda en la plaza

de Bogotá, una jóven llamada Policarpa Salvatierra, porque habia preparado la fuga de algunos patriotas condenados a servir en el ejército realista.

Al terminar el año de 1816 toda la Nueva-Granada quedaba sometida a la dominacion española, abatida i aterrorizada. Los pacificadores creian terminada su obra i así lo comunicaban al rei, llenos de orgullo. Sin embargo, en los llanos de Casanare comenzaron a aparecer las guerrillas patriotas que, a las órdenes de don Juan Galea i de don Ramon Nonato Pérez, arrojaron de esa provincia a los españoles i sostuvieron la lucha en los momentos en que parecia perdida la causa de la revolucion neo-granadina. "La historia, dice un distinguido escritor aleman, presenta pocos ejemplos en que se encuentre en el mismo grado que entre los revolucionarios de la América española esa preseverancia en la adversidad, esa abnegacion de sí mismo, esa facilidad para soportar las privaciones i para sufrir penas i trabajos indecibles, ese espíritu de adhesion siempre presto a sacrificar a los penates de sus padres el reposo i la propiedad, la salud i la vida (3)." Cuando Morillo referia al rei los triunfos de sus soldados tenia cuidado de decirle que apesar de ellos el ejército pacificador estaba reducido a un esqueleto, i que necesitaba prontos i copiosos refuerzos. "Si los rebeldes pierden terreno, escribia en 1816, reconcentran sus fuerzas, i al fin se encuentran en mejor situacion que nosotros para mantenerse en el puesto que quieren ocupar" (4).

---

(3) G. G. Gervinus, *Historia del siglo XIX*, tomo VI, páj. 147 de la traduccion francesa.

(4) Para formar este capítulo he seguido casi como única autoridad la obra ya citada de Restrepo, en la cual el primer volúmen de la segunda edicion contiene la historia de la revolucion neo-granadina con grande acopio de datos i pormenores. Las *Memoirs of Bolivar* por el jeneral Ducoudray-Holstein (Lóndres 1830, 2 vols), libro escrito con mucho ódio al Libertador, contienen algunas noticias mui interesantes sobre el sitio de Cartajena que, sin embargo, no deben recibirse sin reserva.

CAPITULO VIII.

Revolucion de las Provincias Arjentinas.

El virei Hidalgo de Cisneros.—Sublevacion de Chárcas i de la Paz.—Revolucion del 25 de mayo de 1810: instalacion de una junta de gobierno.—Primeras campañas en el Alto Perú, el Paraguay i la Banda Oriental.—Disenciones civiles en Buenos Aires.—Derrota de Huaqui; el primer triunvirato.—Alto Perú; campaña de Sarratea en la Banda Oriental —Victoria de Salta; derrotas de Belgrano en el Alto Perú.—Campaña de la Banda Oriental; rendicion de Montevideo.—Crítica situacion de la revolucion arjentina; azares de la campaña del Alto Perú.—El director Alvarez; derrota de Sipe-Sipe.—Congreso de Tucuman; declaracion de la independencia.

(1808—1816)

El virei Hidalgo de Cisneros.—El vireinato de la Plata estaba gobernado en 1808 por el héroe de la lucha contra los ingleses, don Santiago Liniers (1). Cárlos IV, en premio de sus importantes servicios, lo dejó en el cargo de virei que el pueblo le habia confiado, i le concedió el título de conde de Buenos-Aires. La noticia de los sucesos ocurridos en España en la primera mitad de aquel año, produjo en Buenos-Aires una natural perturbacion. Los españoles temieron que Liniers, como frances de nacimiento, se dejase arrastrar por sus simpatías de nacionalidad hácia los invasores de la península. Napoleon habia despachado a Buenos-Aires un emisario, para obtener el reconocimiento de la nueva dinastía en el trono español, al mismo tiempo que la junta de Sevilla enviaba otro comisionado para hacerse reconocer en el vireinato de la Plata. Liniers, apesar de todas las desconfianzas a que su nacionalidad habia dado orijen, hizo la jura del rei Fernando VII el 21 de agosto de 1808.

La plaza de Montevideo estaba mandada por el coronel español don Francisco Javier Elío, hombre altanero i atrabiliario que no podia perdonar a Liniers su rápida i merecida elevacion. Cuando llegó a aquella ciudad el comisario español, Elío trató de indisponerlo con el virei, haciéndole creer que este alto funcionario abrigaba simpatías disimuladas por los franceses i que habia hecho una favorable acojida al emisario de Napoleon. El brigadier don Manuel José Goyene-

(1) Véanse las páj. 137 i siguientes de este mismo tomo.

che, este era el nombre del comisionado por la junta de Sevilla, hombre igualmente atrabiliario, oyó estas acusaciones, i aun aceptó el pensamiento de Elío de formar en Montevideo una junta de gobierno independiente de la autoridad del virei. La junta fué instalada el 24 de setiembre.

Aquel movimiento efectuado con el propósito de servir a la causa real, sirvió de estímulo a la revolucion de la independencia. Elío manifestabá un gran desprecio por los americanos a quienes no reconocia el derecho de intervenir en los negocios de gobierno; i Goyeneche, aunque americano, puesto que habia nacido en la ciudad de Arequipa, volvia de España imbuido en las misma ideas. Miéntras tanto, los patriotas de Buenos Aires, que en la reconquista i en la defensa de esta ciudad habian adquirido la conciencia de su propio valer, estâban dispuestos a intervenir en la administracion del vireinato a lo ménos miéntras durara el estado anómalo de la monarquía española. Existian, pues, dos partidos, el español que estaba apoyado por Elío i la junta de Montevideo; i el americano que capitaneaban algunos hombres notables por su intelijencia i su resolucion, los cuales buscaban su apoyo en el virei Liniers.

A estos elementos de division se agregó en breve otro. La familia reinante en el Portugal habia emigrado al Brasil a consecuencia de la invasion francesa (1807); i la infanta doña Carlota Joaquina, esposa del príncipe rejente i hermana de Fernando VII, vió en los conflictos de la monarquía española un arbitrio para posesionarse de algunas provincias de América. La infanta despachó al efecto emisarios a las diversas colonias españolas para hacer valer sus derechos con comunicaciones insinuantes dirijidas a les principales funcionarios de cada colonia. Los patriotas de Buenos-Aires. hallaron en la ambicion de la infanta un medio para disimular sus verdaderos propósitos i preparar la revolucion bajo su amparo. Liniers, sin embargo, rechazô las proposiciones de la infanta Carlota.

Los dos partidos estaban a la espectativa de los sucesos que pudieran favorecer sus proyectos respectivos. Los españoles a cuya cabeza estaba don Martin de Alzaga, aquel alcalde que tanto se habia distinguido en la defensa de Buenos-Aires en 1807, quisieron aprovecharse de la eleccion de miembros del cabildo que debia hacerse en esta corporacion el dia primero de cada año. Su plan se reducia nada ménos que a deponér al virei i a formar una junta de gobierno que representase dicididamente sus intereses. En

efecto, el 1.° de enero de 1809, miéntras se hacia la eleccion en el cabildo, se presentaron algunos cuerpos de tropas en la plaza mayor de Buenos-Aries pidiendo a gritos la deposicion de Liniers. El cabildo, en donde los españoles tenian mayoría, pasó al palacio a intimar a Liniers que dejara el mando. El obispo Lue i Alzaga dirijian el movimiento. El virei, creyéndose impotente para resistir, ofreció su dimision a condicion de que no se formase junta de gobierno, sinó que el mando pasase al oficial de mas alto rango. Pero los patriotas habian salido de su sorpresa i estaban resueltos a impedir que se consumase aquella revolucion. Los jefes de las milicias nacionales habian reunido sus cuerpos i acudido tambien con ellos a la plaza mayor; i uno de los comandantes, don Cornelio Saavedra, penetró en el palacio i anunció al virei en nombre de sus compañeros que las tropas estaban dicididas a sostenerlo. La revolucion quedó desconcertada: Liniers cobró ánimo i mandó disolver la reunion de los facciosos. En seguida apresó a Alzaga i a cuatro de los miembros del cabildo i los desterró al puerto de Patagones.

Los planes de los españoles, en que Elío i la junta de Montevideo habian tomado una parte principal, quedaron así desbaratados. Elío, sin embargo, mandó un buque de guerra a Patagones para sacar los presos i esperó confiado la resolucion del gobierno de la península. En efecto, la junta central, que acababa de instalarse en España, predispuesta contra Liniers por los informes de Elío i deseando impedir todo movimiento revolucionario en el vireinato de la Plata, confió el mando de éste al teniente jeneral de marina don Baltasar Hidalgo de Cisneros, que se habia destinguido en el combate de Trafalgar. El nuevo virei llegó a Montevideo a principios de julio de 1809. Temiendo que Liniers se negara a entregarle el mando, Cisneros reunió las fuerzas que halló en aquella plaza, i desde alli despachó a Buenos-Aires con el título de gobernador político i militar, al jeneral don Vicente Nieto, i dispuso que Liniers i las principales autoridades pasaran a recibirlo a la Banda Oriental. Contra las esperanzas i los consejos de los patriotas, Liniers no opuso resistencia alguna a esta órden, i entregó dócilmente el mando a su sucesor. Cisneros hizo su entrada solemne en Buenos-Aires el 30 de julio de 1809.

SUBLEVACION DE CHÁRCAS I DE LA PAZ.—En esa época, la revolucion habia estallado en las provincias mas apartadas del vireinato de la Plata. La presidencia de Chárcas se hallaba gobernada en 1808 por el teniente jeneral don

Ramon García Leon de Pizarro, cuando pasó por aquella provincia el comisionado español, jeneral Goyeneche, en viaje para el Perú. Goyeneche no tenia hasta entónces mas que una idea fija, i ésta era de que sus compatriotas, los americanos, debian vivir sometidos a la servidumbre. Al partir de España, habia recibido en Madrid del mariscal frances Murat el encargo de coadyuvar al reconocimiento de la dominacion francesa. En Sevilla, la junta instalada allí para sostener la independencia española, le confió la comision de sostener en América los derechos de Fernando VII. Finalmente, al pasar por Rio Janeiro, Goyeneche recibió de la infanta doña Carlota Joaquina, nuevas instrucciones para sostener sus derechos al gobierno de la América. El comisario español carecia del discernimiento indispensable para trazarse una línea fija de conducta. En Montevideo fué partidario de la junta de Sevilla, i autorizó la rebelion de Elío contra Liniers, fomentando así el desprestijio de las autoridades en una época en que tanto les convenia conservarlo. En Chárcas se manifestó inclinado por la infanta doña Carlota, i despues de una corta permanencia, siguió su viaje a Lima.

El presidente Pizarro se inclinó igualmente por la princesa del Brasil; pero deseando salvar su responsabilidad, pidió informe a la universidad de Chárcas sobre lo que debia hacer. Aquella corporacion se pronunció abiertamente en contra de las pretensiones de la infanta, empleando al efecto palabras duras contra los que pretendieran desconocer los derechos de Fernando VII. Este fué el oríjen de una imprevista ajitacion política en aquella ciudad. El presidente, temiendo que de allí pudieran resultar mayores embarazos, ordenó el 25 de mayo de 1809, la prision de los doctores don Manuel i don Jaime Zudañez, el primero de los cuales era síndico procurador de la universidad i el segundo redactor del acta de aquella corporacion que habia estimulado el descontento. Solo el último fué llevado a la cárcel.

El pueblo de Chárcas, mal dispuesto de antemano contra el presidente Pizarro, no quiso tolerar este golpe de autoridad. El mismo dia 25 de mayo tocó a rebato con las campanas de las iglesias, i armado de cualquier modo, atacó el palacio del presidente arrollando la guardia despues de una hora de lucha. El jeneral Pizarro fué reducido a prision: en su reemplazo, se confió el gobierno civil al oidor decano de la real audiencia, i el militar al coronel don Juan Antonio Alvarez de Arenáles, español de nacimiento establecido en América desde muchos años atras i que prestó importantes

servicios a la causa de la revolucion de la independencia. Los revolucionarios habian consumado aquel movimiento en nombre de Fernando VII; pero a la sombra de aquella aparente lealtad, abrigaban el pensamiento de la emancipacion. Con el objeto de propagar esta doctrina, despacharon diversos ajentes a varias provincias. Uno de ellos fué el doctor don Bernardo Monteagudo, tan célebre más tarde en los fastos de la revolucion americana.

La revolucion de Chárcas no fué segundada en todas las provincias. El intendente de Potosí, don Francisco de Paula Sanz se preparó para combatirla; pero el vecindario de la ciudad de la Paz, apoyándose en un batallon de milicias, atacó a las tropas de línea, depuso las autoridades españolas i formó una junta de gobierno compuesta de revolucionarios audaces, cuyas opiniones estaban de manifiesto en sus propias proclamas. "Hasta aquí, decian, hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por mas de tres siglos, sometida nuestra primitiva libertad al despotismo i tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana, nos ha reputado por salvajes i mirado como esclavos, etc. Ya es tiempo de sacudir tan funesto yugo.......... Ya es tiempo de organizar un sistema nuevo de gobierno, fundado en los intereses de nuestra patria...... Ya es tiempo, en fin, de levantar el estandarte de la libertad en estas desgraciadas colonias, adquiridas sin el menor título, i conservadas con la mayor injusticia i tiranía."* La junta organizó una columna de tropas para sostener los principios que proclamaba, pero solo pudo disponer de 800 fusiles i de 11 piezas de artilleria.

La noticia de la revolucion ocurrida en la presidencia de Chárcas, o en el Alto Perú, como entónces se denominaba aquel territorio, voló con gran rapidez. En Buenos-Aires, el virei Cisneros equipó apresuradamente una columna de 1,000 hombres que hizo marchar sobre Chuquisaca a las órdenes del jeneral Nieto (2). El virei del Perú, don José Fernando de Abascal no desplegó menor celo para reprimir la insurreccion. Habia nombrado al jeneral Goyeneche presidente interino del Cuzco (3); i a éste le dió encargo de que

(2) Como hemos dicho en otra parte, la capital de la provincia de Chárcas era conocida tambien con el nombre de Chárcas, de Chuquisaca i de la Plata, i hoi tiene el nombre de Sucre.

(3) Con motivo de la creacion de la real audiencia del Cuzco en 1787, el territorio sometido a su autoridad fué elevado a presidencia dependiente del virei del Perú, así como la presidencia de Quito dependia del virei de Nueva-Granada, i la de Chárcas del virei de Buenos-Aires.

reuniera toda las milicias de las provincias del sur del Perú i marchase sobre los rebeldes de la Paz. Goyeneche formó un ejército de 5,000 hombres con que se puso en marcha para el sur; pero ántes de principiar las operaciones militares, comenzó por estimular la desercion entre los sublevados, enviando frecuentes emisarios con el pretesto de entablar negociaciones pacíficas.

En efecto, luego se hicieron sentir los primeros síntomas de reaccion en la ciudad de la Paz. La junta se disolvió, i en su lugar tomó el mando político i militar don Pedro Domingo Murillo, osado revolucionario que desplegó un carácter notable en aquellos momentos. Pero, todo hacia prever que la revolucion seria sofocada en breve, pues la reaccion se habia manifestado de una manera alarmante. Murillo, sin embargo, esperó resueltamente a Goyeneche en la inmediaciones de la Paz. La batalla tuvo lugar el 25 de octubre de 1809; i en ella alcanzó la victoria el mayor número. Una division del ejército peruano, mandada por el coronel don Domingo Tristan, derrotó igualmente otras fuerzas revolucionarias. A los triunfos de Goyeneche se siguieron los castigos i venganzas. Hasta marzo de 1810, fueron sucesivamente condenados ochenta i seis individuos, unos a la horca, otros a garrote i los mas a presidio o a destierro, pero todos sufrieron la confiscacion de bienes. La insurreccion de la Paz fué sofocada con horrible ferocidad.

Miéntras tanto, la insurreccion de Chárcas habia sido dominada igualmente por las tropas de Buenos Aires. El jeneral Nieto penetró hasta el Alto Perú sin resistencia alguna, i el 21 de diciembre de 1809 ocupó la ciudad de Chuquisaca. Los revolucionarios, aterrorizados con el trájico fin de los rebeldes de la Paz, se rindieron a Nieto, i fueron reducidos a prision i sometidos a juicio, junto con los oidores de la audiencia, a quienes se atribuia gran participacion en el movimiento. Como en aquella ciudad los revolucionarios no habian dejado entrever propósito alguno de independencia, los vencedores se manifestaron mucho mas induljentes, contentándose con mantener en prision o deportar a diversos lugares a los autores de la revolucion del 25 de mayo de 1809 (4).

---

(4) La sublevacion de Chárcas, que constituye el primer acto de la revolucion hispano-americana, ha sido mui imperfectamente narrada por los historiadores españoles García Camba i Torrente, i hasta por el virei Abascal en una esposicion de su conducta miéntras rijió el Perú. Sin embargo, he consultado esas autoridades comparándolas con algu-

REVOLUCION DEL 25 DE MAYO DE 1810; INSTALACION DE UNA JUNTA DE GOBIERNO.—Cuando la revolucion era sofocada en el Alto Perú, renacia con mayor vigor i consistencia en la capital del vireinato. La situacion de Cisneros habia ido complicándose rápidamente desde que tomó las riendas del gobierno; i la opinion se preparaba para un cambio radical que parecia próximo.

El virei pasó los primeros meses de su administracion en arreglos interiores, reorganizó las milicias i mandó suspender el proceso que se seguia a los autores de la revolucion del 1.° de enero de 1809. Comprendiendo los males que aquejaban a aquel pais por causa del monopolio que existia en el comercio, Cisneros, despues de oir los pareceres mas caracterizados, decretó la libertad comercial como una medida transitoria, i hasta que la España se viera libre de la guerra contra los franceses i pudiera seguir surtiendo los mercados de sus colonias. Pero, miéntras aquel alto funcionario estaba ocupado en estos trabajos, la revolucion arjentina nacia en las reuniones de los criollos que mas se habian distinguido en la lucha contra los ingleses. Las noticias de España que llegaban a Buenos-Aires desde 1808, daban motivo a los proyectos de un cambio gubernativo. En las elecciones de cabildantes que tuvieron lugar el 1.° de enero de 1809, los patriotas habian alcanzado a equilibrar la influencia española en el ayuntamiento, llevando a él los miembros necesarios para contar con la mitad de los votos.

A mediados de mayo llegó al rio de la Plata una noticia que debia ser fatal a la dominacion española. La junta central que gobernaba en la peninsula desde Sevilla, habia sido disuelta: los ejércitos franceses, vencedores en todas partes, habian penetrado en las Andalucias i parecian dispuestos a consumar la sumision completa de España. El virei conociendo la impresion que esa noticia habia producido en Buenos-Aires, creyó conveniente exitar la fidelidad de sus gobernados por medio de una proclama que hizo circular el 18 de aquel mes. En ella enunciaba la idea de establecer una representacion de la soberanía real en América, de acuerdo con los demas vireyes, i concluia pidiendo el apoyo de los

nos documentos publicados en diversas épocas i con lo que acerca de ella ha consignado don Manuel José Cortes en su *Ensayo sobre la historia de Bolivia*, Sucre 1861, i don Manuel María Urcullo en una obrita anónima que dió a luz en Sucre con el título de *Apuntes para la historia de Bolivia*.

colonos, como si reconociera que sus títulos para el gobierno habian caducado. "Aprovechaos, si quereis ser felices, decia, de los consejos de vuestro jefe." Cisneros no hablaba ya de obediencia ciega, como habian hablado siempre los mandatarios españoles.

El pueblo arjentino no oyó los consejos del virei. Se creía que el gobierno español habia dejado de existir; i los patriotas hablaron en sus reuniones de la necesidad de formar una junta encargada de rejir el vireinato en aquellos momentos de acefalia. Por medio de dos de sus parciales del cabildo, el alcalde don Juan José Lezica, i el procurador de ciudad don Julian Leiva, arrancaron privadamente de Cisneros el permiso de celebrar una asamblea en que se tratara de lo que debia hacerse en aquellos momentos. Fué inutil que el virei solicitara el apoyo de los comandantes de los cuerpos que formaban la guarnicion de Buenos-Aires, porque el mas acreditado de todos ellos, el comandante de Patricios don Cornelio Saavedra, que debia representar en breve un importante papel en la revolucion, le dijo francamente que habiendo caducado el gobierno español, el pueblo debia proveer a su propia seguridad (20 de mayo).

El siguiente dia se reunió el cabildo. Como estaba convenido, envió una diputacion cerca del virei Cisneros, a fin de pedir la autorizacion para convocar una asamblea a que debia concurrir la parte sana del vecindario, con el objeto, decia, de "evitar los desastres de una convulsion popular." El virei se vió comprometido a acceder a esta solicitud. El 22 de mayo tuvo lugar la reunion acordada: concurrieron a ella cerca de cuatrocientas personas, bajo la presidencia de las corporaciones civiles i del obispo Lue. El doctor don Juan José Castelli, revolucionario osado e impetuoso, el comandante Saavedra i otros parcialessuyos, repesentaban el pueblo arjentino i pedian la formacion de un gobierno nacional. El obispo, los miembros de la audiencia i algunos altos funcionarios sostuvieron con toda arrogancia los derechos de España i de los españoles para gobernar las colonias de América. Un tercer partido, que buscaba un término medio entre tan encontradas exijencias, tuvo ménos eco, i acabó mas tarde por reunirse, a lo ménos su mayoría, a los revolucionarios. Despues de una discusion de muchas horas, en que casi la mitad de los concurrentes habia fundado su voto, quedó acordado que el cabildo reasumiese el gobierno, miéntras nombraba una junta que rijiese el vireinato.

Como es fácil suponer, todo esto mantenia viva la ajita-

cion del vecindario de Buenos-Aires. Los habitantes de aquella capital, que nunca se habian hecho conocer de la metrópoli por movimientos sediciosos, habian adquirido la conciencia de su valer despues de haber rechazado las invasiones inglesas en el rio de la Plata. Los caudillos revolucionarios querian a todo trance la deposicion del virei; i como ellos eran en su mayor parte los hombres que mas se habian distinguido en aquellas luchas, poseian un prestijio inmenso entre sus conciudadanos. El cabildo, compuesto de españoles i de patriotas irresolutos, conoció, aunque tarde, la tempestad que se acercaba, i quiso desarmarla. En efecto, el dia 23, el cabildo, en cumplimiento del encargo que le habia conferido el pueblo, dispuso que èl virei conservase el mando asociado con algunos funcionarios, dos de los cuales eran el comandante Saavedra i don Manuel Belgrano, mui famoso despues en los fastos de la revolucion arjentina, los cuales tenian un gran prestijio en la ciudad. Sin embargo, ambos se negaron a aceptar el puesto que se les ofrecia: el pueblo i los jefes de las tropas aspiraban a una revolucion mas radical; i el acuerdo del cabildo no satisfacia sus esperanzas i sus deseos. El cabildo se vió obligado a publicar por bando la cesacion del virei, como el pueblo lo habia acordado el dia anterior.

No fué éste el último esfuerzo del cabildo para dominar la situacion eludiendo artificiosamente el acuerdo de la asamblea del 22 de mayo. El 24 decretó la organizacion de una junta gubernativa compuesta de cuatro miembros, todos ellos patriotas, bajo la presidencia del virei. Pero el pueblo no pudo tolerar impasible la supercheria de que era víctima. La ajitacion cundia en la ciudad tomando a cada momento caracteres mas alarmantes; i en ella tomaban parte las tropas que permanecian acuarteladas. Los miembros de la junta recien elejida conocieron los peligros de la situacion, i en aquella misma noche hicieron su renuncia. El cabildo comenzó a comprender que era imposible luchar contra el pueblo entero. La situacion iba a resolverse el siguiente dia, 25 de mayo. El cabildo se reunió mui temprano para discutir lo que convenia hacer en aquellos momentos; pero el pueblo se agolpó a las puertas de la sala capitular pidiendo a voces la instalacion de una junta de gobierno en que no tuviera participacion el virei Cisneros. Los comandantes de las tropas declararon que era imposible contener la ajitacion por otro medio que no fuera accediendo a la solicitud del pueblo. El mismo virei, notificado de lo que pasaba en la ciudad,

consintió en abandonar el mando para evitar peligrosas conmociones. Talvez el cabildo habria vacilado todavia sin saber qué partido tomar en definitiva; pero el pueblo invadió de nuevo el lugar de sus sesiones, i allí espuso que desconocia la junta instalada el dia anterior, i que pedia la designacion de otra presidida por el comandante Saavedra i compuesta de seis miembros mas, entre los cuales figuraban Castelli i Belgrano. Fué necesario ceder a esta exijencia: el cabildo se vió forzado a proclamar la junta que se le proponia, como gobernadora del vireinato durante el cautiverio de Fernando VII. Apesar de esta fórmula, usada, como ya se ha visto, en todas las colonias americanas, la revolucion del 25 de mayo de 1810 marca la época de la cesacion del gobierno español i el nacimiento de la república en las provincias del Plata.

No pasó mucho tiempo sin que los realistas comprendieran la importancia del cambio gubernativo efectuado en Buenos-Aires. A principios de junio llegó allí la confirmacion de la noticia de haberse organizado en Cádiz el consejo de rejencia; i los oidores pretendieron que fuera reconocido por la junta gubernativa. Esta, sin embargo, no solo no accedió a lo que se le pedia, sino que obligó a la real audiencia a prestar juramento de fidelidad al nuevo gobierno. Pocos dias despues, habiendo circulado el rumor de que el virei Cisneros i los oidores trataban de fugarse a Montevideo, los hizo citar a la casa de gobierno i los embarcó de noche en un buque ingles que zarpó inmediatamente para las islas Canarias (21 de junio). Aquel golpe de autoridad asentó el respeto de la junta gubernativa.

Primeras campañas en el Alto Perú, el Paraguay i la Banda Oriental.—Los defensores del réjimen español no se dejaron engañar con esas apariencias de fidelidad. Impotentes para operar una contrarevolucion en la capital, i en las provincias centrales, en donde la autoridad de la junta habia sido reconocida, contaban en cambio con poderosos elementos de resistencia en las provincias del Alto Perú, en el Paraguay i en la Banda Oriental del rio de la Plata. El pueblo de Buenos-Aires, que comprendia su situacion, habia pedido el 25 de mayo, el mismo dia en que se instaló el nuevo gobierno, el envio de una espedicion de 500 hombres contra las provincias del norte.

La junta gubernativa no desatendió este encargo. El pueblo habia nombrado dos secretarios de gobierno. Uno de éstos era don Mariano Moreno, abogado jóven que se habia

hecho conocer por un talento raro i por un carácter impetuoso i firme. La junta le encargó el ministerio de gobierno i guerra, ramos en que todo estaba por crearse, depositando en él una confianza ilimitada. Moreno supo corresponder dignamente a tan delicado encargo. Fué el consejero del destierro del virei i el organizador del primer ejército arjentino. Faltaban jefes preparados para dirijir una campaña i recursos para hacer frente a los gastos que ella debia orijinar: Moreno suplió a todo utilizando los cortos conocimientos militares de los oficiales de milicias que se habian ilustrado en la defensa contra los ingleses, i promoviendo suscripciones patrióticas en todas las ciudades.

A mediados de julio salió a campaña con direccion a las provincias del norte, una division de 1,200 hombres bajo el mando del coronel don Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, como jeneral en jefe, i del coronel don Antonio Gonzalez Balcarce como jefe de estado mayor. En Córdova, el gobernador intendente de la provincia don Juan de la Concha, ausiliado por Liniers, que se encontraba retirado del servicio, por el obispo Orellana i por otros empleados españoles, habia desconocido las nuevas autoridades i se habia preparado a combatirlas. Al saber la aproximacion de las tropas de Buenos-Aires, Concha i los suyos se pusieron en fuga hácia el norte; pero fueron alcanzados por Balcarce i tomados prisioneros (7 de agosto). La junta gubernativa dió órden de fusilar inmediatamente a cinco de ellos; i como Ocampo vacilara para cumplirla, partió de la capital el doctor Castelli, i mandó ejecutar la sentencia en el sitio denominado Cabeza del Tigre, en la provincia de Córdova (5). Este acto de rigor, solo puede esplicarse despues de conocer las crueldades cometidas por los españoles en el Alto Perú: sin embrago, los caudillos de la revolucion arjentina habian decretado el fusilamiento de aquellos prisioneros no solo para tomar represalias sino para deslindar claramente su situacion haciendo imposible todo avenimiento. "Hemos decretado el sacrificio de estas víctimas, decia la junta en una proclama, a la salud de tantos millones de inocentes. Solo el terror del suplicio puede servir de escarmiento a sus cómplices".

(5) Los seis prisioneros eran el capitan de fragata Concha, el jeneral Liniers, el coronel Allende, el tesorero Moreno, el obispo Orellana i el asesor de la intendencia de Córdova Rodriguez, con cuyas iniciales formaron los españoles la palabra *clamor*. Todos ellos, ménos el obispo Orellana, fueron fusilados por el delito de rebelion contra las autoridades constituidas.

Los jefes arjentinos entregaron el mando de la provincia de Córdova al coronel Puirredon, i siguieron sus marcha al Alto Perú, en donde los gobernadores españoles, instigados por Goyeneche, el feroz presidente del Cuzco, cometian inauditas vejaciones. Los oficiales arjentinos que en 1809 habian salido de Buenos-Aires bajo las ordenes del jeneral Nieto para sofocar la insurreccion de Chárcas, eran condenados a trabajos forzosos en las minas por simples sospechas. Balcarce se adelantó hasta Cotagaita, en donde los realistas tenian un campamento atrincherado; pero rechazado despues de cuatro horas de combate (27 de octubre), fué perseguido por el comandante español don José Córdoba hasta la ciudad de Tupiza. A pesar de esta retirada, los arjentinos se rehicieron en Suipacha, a pocas leguas al sur de aquella ciudad, i allí esperaron resueltamente a sus perseguidores. El combate tubo lugar el 7 de noviembre, i en él alcanzaron los patriotas una espléndida victoria. Los realistas dejaron en el campo 40 muertos i 150 prisioneros, i se retiraron en desordenada fuga. Aquella derrota produjo entre ellos tal pavor que el presidente de Chárcas, Nieto, el intendente de Potosí, Sans, i el coronel Códoba se rindieron a discrecion. Las tropas de Buenos-Aires continuaron su marcha al norte recibiendo en todas partes las mas esplícitas manifestaciones de adhesion. El 16 de noviembre todas las provincias del Alto Perú se habian pronunciado por la causa de los rebeldes. Un mes despues (15 de diciembre), fueron fusilados en la plaza de Potosí aquellos tres condecorados prisioneros. El triunfo de la revolucion parecia asegurado en las provincias del norte.

En esa época, otro cuerpo de tropas arjentinas operaba en el Paraguay, con ménos fortuna, es verdad, pero no con ménos decision. Gobernaba allí el coronel español don Bernardo Velasco, hombre honrado i bondadoso, que habia correjido cuanto era posible los abusos del réjimen colonial en una provincia que parecia segregada del movimiento de las otras colonias. La junta gubernativa de Buenos-Aires, queriendo que el Paraguay reconociese su autoridad, como habia reconocido por tantos años la de los vireyes, formó una division de 500 hombres i puso a su cabeza a don Manuel Belgrano, vocal, como ya hemos dicho, de la misma junta. Era éste un abogado distinguido por su intelijencia, su ilustracion i sus virtudes, que habia trabajado empeñosamente en favor de la libertad de comercio i de la propagacion de la enseñanza; pero que solo se habia ejercitado en la milicia durante las invasiones inglesas. Belgrano, sin embargo, dispuesto

a cualquier sacrificio por la causa de la patria, aceptó aquel cargo, i salió a campaña a fines de setiembre (1810).

Mas de dos meses de penosas marchas necesitó Belgrano para llegar a la frontera del Paraguay. A mediados de diciembre atravesó el rio Paraná, i un mes despues avistó las fuerzas del gobernador Velasco, en número de 7,000 hombres, a orillas del arroyo Paraguari, en donde tuvo lugar el primer combate (19 de enero de 1811). Las tropas arjentinas fueron cortadas, i obligadas a retirarse al sur hasta las orillas del rio Tacuarí, en donde se empeñó el segundo combate, igualmente adverso para Belgrano (9 de marzo). El siguiente dia firmó allí mismo una capitulacion mediante la cual se facilitó la retirada i preparó el terreno para disponer los ánimos a la independencia (6).

La revolucion arjentina tenia enemigos mas inmediatos i temibles en la Banda Oriental del Uruguay. Montevideo, plaza militar i apostadero naval de alguna importancia, era la capital de aquella dilatada provincia; i allí una asamblea popular, convocada por el cabildo, habia desconocido la autoridad de la junta gubernativa de Buenos-Aires (junio de 1810). Por un decreto de ésta, quedaron interrumpidas las relaciones entre una i otra banda del rio de la Plata (13 de agosto). El comandante de marina don José Salazar, que mandaba en Montevideo, puso grande empeño en cortar en tiempo todo proyecto de revolucion i reunió las fuerzas navales de su dependencia para poner estrecho bloqueo a la capital del vireinato (setiembre). Este acto de hostilidad no acarreó a Buenos-Aires los perjüicios que eran de temerse. Falta de elementos navales para combatir a los enemigos, la junta movió el interes del comercio británico, que entónces comenzaba a tomar grande incremento; i éste vino en su ayuda mediante una artificiosa aplicacion de los principios del derecho internacional. Lord Strangford, embajador ingles cerca del rei de Portugal, establecido entónces en Rio Janeiro, declaró que no reconocia el bloqueo porque ese reconocimiento importaria una violacion de la neutralidad. La escuadra española se alejó al fin de Buenos-Aires despues de dos meses de bloqueo.

(6) La campaña del Paraguay ha sido referida con grande acopio de pormenores en los capítulos XI, XII i XIII del tomo I. de la *Historia de Belgrano* por Mitre. El lector encontrará mas detalles acerca de la revolucion paraguaya en el capítulo que destinamos a esta república en el presente volúmen.

La Banda Oriental quedó así segregada de la revolucion arjentina i sometida a la autoridad del jeneral de la real armada don Gaspar de Vigodet, que acababa de tomar el mando de la provincia. Pero un cambio gubernativo introducido en ella vino a preparar la insurreccion. El consejo de rejencia de España, tan incapaz de dirijir los negocios de América como lo habian sido los reyes, al saber la instalacion de la junta de Buenos-Aires, nombró virei al jeneral don Francisco Javier Elío, hombre conocido i detestado en las provincias arjentinas por su carácter arrogante i por su altanero desprecio hácia los americanos. Como es fácil suponer, la junta gubernativa no quiso reconocer a aquel mandatario; i entónces Elío declaró la guerra (12 de febrero de 1811) lanzando proclamas altaneras en que llamaba traidores a los gobernantes de Buenos-Aires i a todos los que los sostuvieran. Inmediatamente puso en campaña sus fuerzas navales contra las débiles embarcaciones que habia preparado el gobierno insurjente, i en efecto las batió i apresó en las aguas del Paraná (2 de marzo).

Pero entónces asomaba la revolucion en el territorio del Uruguay. El 28 de febrero (7) las milicias que guarnecian el pequeño pueblo de Mercedes, se sublevaron reconociendo la autoridad de la junta de Buenos-Aires. Esta misma prestó ausilios al teniente don José Artigas, caudillo valeroso i feroz que debia desempeñar un papel mui notable en la historia de la revolucion oriental. Belgrano, a su vuelta del Paraguay, fué comisionado por el gobierno arjentino para dirijir las operaciones militares contra Montevideo; i pudo reunir en efecto un ejército de mas de mil hombres de todas armas.

Pocos dias mas tarde, casi toda la Banda Oriental del rio de la Plata se habia pronunciado por los patriotas. Los realistas, despues de intentar una resistencia en el pueblo de San José, en donde quedó prisionera la guarnicion (25 de abril), se reconcentraron en Montevideo. Belgrano marchó contra aquella ciudad; pero ántes de acercarse a sus fortificaciones, supo que el gobierno arjentino, a consecuencia de una revolucion acaecida en Buenos-Aires, lo habia separado del mando del ejército de operaciones (2 de mayo). La campaña no se paralizó por esto: los patriotas, bajo las órdenes del

(7) El 28 de marzo dice, por descuido sin duda, Mitre en su *Historia de Belgrano*, tom. I. paj. 347.

coronel don José Rondeau i del comandante Artigas, siguieron adelante i derrotaron complètamente las tropas de Elío en las Piedras el 18 de mayo de 1811, tomándole cerca de 500 prisioneros, toda su artillería i bagajes. La ocupacion de todo el territorio oriental por las fuerzas insurjentes pareció inevitable. El titulado virei de Buenos-Aires, tan arrogante a su arribo a aquel pais, quiso celebrar un armisticio con los vencedores; i como sus propuestas fueran desechadas por Rondeau, se dirijió a la junta de Buenos-Aires invitándola a un arreglo pacífico, que tampoco fué aceptado por el gobierno revolucionario.

Disenciones civiles en Buenos-Aires.—Las ventajas alcanzadas por los insurjentes en el norte i en el oriente del antiguo vireinato hacian presentir el triunfo definitivo de la revolucion arjentina. En el mismo Paraguay, de donde habia sido rechazado Belgrano, estalló una sublevacion el 14 de mayo que dió por resultado la formacion de una junta gubernativa análoga a la de Buenos-Aires. Pero los revolucionarios no sacaron de sus triunfos todo el provecho que debian esperar porque luego asomaron las disenciones civiles que mas tarde habian de embarazar su marcha.

La junta de gobierno habia desplegado grande actividad en la administracion. Decretó la creacion de una biblioteca pública en Buenos-Aires (13 de setiembre de 1810), i preparó la fundacion de una academia de matemáticas, sin descuidar los negocios de la guerra, a los cuales daba la mayor importancia; pero en su propio seno se dejaron sentir en breve los primeros jérmenes de desunion. Durante la ausencia del doctor Castelli, que habia pasado al Alto Perú, el secretario Moreno era el representante del partido exaltado, el consejero de las medidas enérjicas contra los enemigos de la revolucion, i el defensor franco de las ideas de independencia. El presidente de la junta don Cornelio Saavedra, apoyado por algunos de sus colegas, era el jefe del partido moderado, que caminaba sin duda al mismo punto que Moreno, pero que queria marchar con mas calma para no comprometer imprudentemente la revolucion. Belgrano, cuyo carácter conciliador habria podido evitar un rompimiento, se hallaba en campaña en el Paraguay.

La impetuosidad de Moreno, sin embargo, imprimia la direccion a los negocios. El cabildo de Buenos-Aires fué disuelto porque contrariaba las miras de la junta, i reemplazado por otro compuesto de patriotas mas decididos. Un vecino respetable, don Basilio Viola, pariente de uno de los miem-

bros de la junta, fué fusilado porque mantenia comunicaciones con los españoles de Montevideo. En la campaña militar, como ya hemos visto, los jefes arjentinos procedian con igual rigor.

Al instalarse la junta, el pueblo habia acordado que se invitase a todas las provincias a mandar sus representantes a un congreso jeneral que debia reunirse en Buenos-Aires, con el encargo de fijar en definitiva la forma de gobierno que se considerara mas conveniente para aquel pais. En diciembre de 1810 ya habian llegado a la capital nueve diputados, los cuales solicitaron incorporarse desde luego en la junta gubernativa. Apoyados por el presidente Saavedra, que veia en este espediente una arma de partido para arruinar a los radicales, fueron llamados a la sesion en que debia tratarse tan grave asunto; i despues de tomar parte en el debate, ellos mismos votaron en favor de su propia solicitud (18 de diciembre). Desde entónces quedaron incorporados en el gobierno los representantes de las provincias. Moreno renunció el cargo de secretario de la junta; i como sus adversarios quisieran alejarlo del pais, lo mandaron a Inglaterra a desempeñar una mision diplomática de alta importancia. El osado revolucionario no alcanzó a llegar a su destino: falleció en la navegacion el 4 de marzo de 1811.

La lucha de los partidos no terminó con esto solo. La incorporacion de los diputados en la junta gubernativa habia consolidado en el poder a los conservadores, pero el partido demócrata no se desalentó por su derrota. En los clubs se hicieron oir algunos vehementes oradores, que censuraban la conducta del gobierno, i que despertaron las sospechas de éste. Llegó a temerse una revolucion en Buenos-Aires; i entónces los conservadores creyeron que debian prevenirla por medio de otra revolucion preparada por ellos mismos. En la noche del 5 al 6 de abril (1811) numerosos grupos de jente reunida en los suburbios de la ciudad ocuparon la plaza, i pocos momentos despues se unieron a ellos varios cuerpos de tropas de la guarnicion. Los sublevados dirijieron por escrito sus peticiones a la junta gubernativa, i en ellas exijian la separacion de algunos de sus miembros, cuyas ideas radicales eran jeneralmente conocidas, la espatriacion de algunos corifeos de aquel partido, el nombramiento de Saavedra para jefe superior de las tropas, i el llamamiento de Belgrano para dar cuenta de su conducta en la campaña del Paraguay. La junta accedió a cuanto se le pedia, i la revolucion quedó consumada ántes de amanecer.

Aquel movimiento, en cuya preparacion talvez no tuvo parte alguna Saavedra apesar de haber sido hecho en favor de los intereses de su partido, fué el primer asomo de las ideas de federacion. Los revolucionarios pidieron entre otras cosas, que no se mandara a las provincias funcionario alguno que hubiese nacido fuera de ellas, i dejaron ver mui claramente las tendencias descentralizadoras que en breve habian de dar oríjen a graves discordias i complicaciones.

DERROTA DE HUAQUI; EL PRIMER TRIUNVIRATO.—El ejército arjentino que habia libertado el Alto-Perú, estaba entónces acampado en la márjen izquierda del rio Desaguadero bajo el mando del brigadier don Antonio Gonzalez Balcarce. Al lado de éste se hallaba el doctor don Juan José Castelli como representante de la junta gubernativa de Buenos-Aires. Ese rio señalaba el límite entre los dos vireinatos, el de la Plata i el del Perú. En su orilla opuesta se hallaba acampado el jeneral Goyeneche, con el ejército que le habia confiado el virei Abascal.

Castelli i Goyeneche iniciaron negociaciones pacíficas, el primero con el objeto de asegurar la dominacion de la junta de Buenos-Aires i el segundo esperando distraer con ellas a su enemigo para atacarlo en el momento ménos pensado. Las negociaciones se alargaron sin resultado alguno, hasta que el 16 de mayo (1811) se firmó entre ámbos un armisticio de cuarenta dias. Goyeneche olvidó el compromiso solemne que habia contraido, pasó el Desaguadero i treinta i cinco dias despues del convenio, cayó sobre los patriotas en los cerros de Huaqui (20 de junio). La resistencia no fué larga ni tenaz; el ejército arjentino fué puesto en completa derrota i se vió obligado a retirarse a Oruro en dispersion.

Este desastre no fué el único contratiempo que amenazó a la revolucion arjentina, poco ántes vencedora en todas partes. En la banda oriental, el ejército de Rondeau se habia acercado a Montevideo para estrechar el sitio de esta plaza; pero los marinos españoles se habian situado en la bahía de Buenos-Aires, i acercando dos cañones a la ciudad, arrojaron sobre ella algunas granadas en la noche del 15 de julio. Un mes despues, la insolencia de los marinos fué mayor todavía: llegaron a solicitar del gobierno revolucionario la rendicion de Buenos-Aires.

En medio del despecho que produjeron estas desgracias, el pueblo acusó a la junta gubernativa de falta de habilidad para dirijir los negocios públicos. Desde entónces fué inútil que los gobernantes quisieran mantenerse en el poder con

medidas mas o ménos enérjicas. El presidente Saavedra, pretestando una visita a las provincias, se retiró a Córdova a fines de agosto, dejando tras de sí la tormenta que habia de modificar la forma de gobierno. Las conmociones populares se hicieron sentir en breve: el cabildo mismo tomó parte en ellas; i la junta, cediendo a las exijencias de la opinion, formó un poder ejecutivo compuesto de tres miembros, en atencion, decia a las trabas que ofrecia la multitud de vocales i de opiniones en el gobierno anterior (23 de setiembre de 1811). Los doctores don Feliciano Chiclana, don Juan José Passo i don Manuel de Sarratea formaron el primer triunvirato.

Asumia éste el poder en circunstancias mui difíciles para la revolucion arjentina. A la discordia incesante de los partidos en el interior, se agregaban los peligros esteriores. Buenos-Aires permanecia bloqueado por la escuadra española: el ejército de la Banda Oriental no podia penetrar en Montevideo: una division portuguesa mandada por el jeneral Diego de Souza avanzaba por el lado del Brasil con el pretesto de pacificar el territorio uruguayo, pero con el designio verdadero de conquistarlo militarmente; por último, el Paraguay parecia dispuesto a separarse de Buenos-Aires, constituyendo un gobierno independiente. Imposibilitado para desarmar por la fuerza todos estos peligros, el triunvirato apeló a las negociaciones.

En efecto, lord Strangford, embajador de la Gran Bretaña en Rio Janeiro, desconoció a nombre de su gobierno el bloqueo de Buenos-Aires. Elío, alarmado sériamente con la invasion portuguesa en la Banda Oriental, i conociendo que el jeneral Souza abrigaba pensamientos de conquista, i apesar del altanero desprecio con que miraba a los insurjentes, abrió negociaciones con el triunvirato, i alcanzó al fin a celebrar un tratado de paz (20 de octubre). Buenos-Aires se comprometia a evacuar el territorio del Uruguay, que quedaria ocupado por las tropas españolas: Elío debia levantar el bloqueo de la capital dejando libre la navegacion de los rios que van a desaguar al caudaloso Plata. Poco tiempo despues, Elío se embarcó para España dejando el mando de la plaza al brigadier don Gaspar de Vigodet.

Por ese convenio, los revolucionarios arjentinos renunciaban a toda dominacion en la Banda Oriental, si bien parecian abrigar el pensamiento de reconquistarla mas tarde, cuando su situacion interior fuera ménos angustiada. Las negociaciones entabladas con el Paraguay no dieron mejor resultado. Los ajentes de Buenos-Aires, como veremos en otra parte,

tuvieron que aceptar la convencion de 12 de octubre, por la cual aquella provincia quedó segregada de la revolucion arjentina, i formando un gobierno aparte.

Libre de embarazos esteriores, el triunvirato contrajo su atencion a otros negocios. Los miembros electos del congreso, que formaron parte de la junta de gobierno, habian quedado en Buenos-Aires constituidos en cuerpo lejislativo i constituyente con la denominacion de junta conservadora. En su seno se formó un reglamento o constitucion política destinado a deslindar los poderes públicos; pero el triunvirato, de acuerdo con el pueblo i con el cabildo, le negó su aprobacion; i de propia autoridad, dictó un estatuto provisional de gobierno (22 de noviembre). Bajo este nombre se comprendia una constitucion provisoria del estado. Segun ella, el triunvirato debia renovar uno de sus miembros cada seis meses, mediante la eleccion de una asamblea consultiva que debia subsistir hasta la convocacion de un congreso jeneral. La libertad de imprenta i las garantías individuales quedaron afianzadas por aquel código político. Habiendo estallado pocos dias despues un motin militar, instigado por los representantes de las provincias (6 de diciembre), el triunvirato lo sofocó con gran resolucion, i en seguida castigó enérjicamente a sus autores.

El triunvirato desplegó bastante tino en la direccion de los negocios públicos. Hubo un momento en que estuvieron rotas las hostilidades con los españoles de la Banda Oriental; pero el embajador de la Gran Bretaña en el Brasil alcanzó el aplazamiento de una guerra que perjudicaba en gran manera los intereses mercantiles de sus nacionales. Fué entónces posible prestar mayor atencion a los asuntos administrativos; i el triunvirato, en efecto, no olvidó las reformas que reclamaba el espíritu liberal e ilustrado de la revolucion americana. El 25 de mayo de 1812, con motivo de la celebracion del segundo aniversario de la instalacion del gobierno nacional, fué decretada en Buenos-Aires la prohibicion del tráfico de esclavos, que hasta esa época se habia hecho allí en grande escala para proveer a las otras colonias españolas.

Hasta entónces la ciudad de Buenos-Aires vivia en la confianza de que los enemigos de la revolucion estaban léjos de su seno. En los primeros dias del mes de julio el triunvirato descubrió que esa confianza era infundada. Denuncióseles una vasta conspiracion tramada por don Martin de Alzaga, el célebre alcalde de 1807, con el apoyo de muchos españoles. Los conjurados debian sorprender la guarnicion de los cuarteles durante una noche, apoderarse del gobierno i cas-

tigar con mano de hierro a los autores de la revolucion. Los triunviros se alarmaron ante el peligro que corria el órden público; e inmediatamente organizaron una comision encargada de instruir el proceso contra los conspiradores. Alzaga i treinta i siete personas mas, en su mayor parte comerciantes españoles de alguna representacion, fueron fusilados en Buenos-Aires, para escarmiento de los que en adelante pensaran en restablecer el viejo réjimen.

Triunfos de Belgrano en el Alto-Perú; campaña de Sarratea en la Banda Oriental.—Un peligro de otra especie amenazaba entónces la revolucion arjentina. Despues de la derrota de Huaqui, el ejército arjentino del Alto-Perú se habia visto precisado a retirarse al sur, sufriendo pérdidas considerables, hasta situarse cerca de la ciudad de Tucuman. Goyeneche se lisonjeaba con la esperanza de dominar la revolucion en aquellas provincias i de reunirse en seguida con los realistas de Montevideo para obrar contra Buenos-Aires. El levantamiento de los habitantes del Alto-Perú i particularmente de la heroica ciudad de Cochabamba, que mantuvo ajitadas aquellas provincias apesar de las fuerzas con que contaban los españoles i de las crueldades que ejercian, impidió por entónces que Goyeneche llevara a cabo su proyecto de pacificacion del vireinato de la Plata.

El gobierno comprendió el peligro que lo amenazaba. El jeneral don Manuel Belgrano, nombrado jeneral en jefe de los últimos restos del ejército batido en Huaqui, se reunió a éste el 26 de marzo de 1812, en los momentos en que Goyeneche, creyendo pacificado el Alto-Perú, se preparaba para emprender su marcha contra los revolucionarios arjentinos. La situacion de los patriotas era sumamente angustiada: sus fuerzas alcanzaban a 1,500 hombres, pésimamente armados, i lo que aun era peor, desprovistos de la disciplina indispensable para abrir la campaña contra un enemigo vencedor. Belgrano no era un jeneral, en la verdadera acepcion de esta palabra; pero poseia una laboriosidad incansable, i un patriotismo tan ardiente como desinteresado. Trabajó con un tezon heroico en la organizacion de su ejército, venciendo dificultades que parecian insubsanables, avanzó hasta Jujui (19 de mayo) con el propósito de abrir la campaña contra los españoles prestando ausilios a los rebeldes del Alto Perú. Desgraciadamente, no alcanzó a poner en ejecucion este plan de campaña. Goyeneche habia ocupado militarmente a Cochabamba ejerciendo en ella las mas atroces venganzas a fin de aterrorizar a los insurrectos, i desde allí despachó diversos

destacamentos para consumar la pacificacion de aquellas provincias. Entónces confió al jeneral don Pio Tristan, natural tambien de Arequipa i primo de Goyeneche, un cuerpo de mas de 3,000 hombres con órden de batir al ejército arjentino i de avanzar al sur hasta ponerse en comunicacion con los realistas de Montevideo.

La situacion de Belgrano se hizo entónces sumamenre crítica. Como sus tropas no se hallaban en estado de empeñar batalla con el ejército de Tristan, se vió precisado a replegarse rápidamente hácia Tucuman. El 2 de setiembre la vanguardia realista alcanzó al ejército de Belgrano, i trabó un combate en que fué batida. La retirada, sin embargo, continuó en el mismo órden hasta la ciudad de Tucuman que ocuparon las tropas arjentinas a mediados de setiembre. Tristan que las seguia de cerca, dió un rodeo en la madrugada del dia 24 para colocarse al sur de aquella ciudad i cortar así la retirada al jeneral Belgrano. La batalla se trabó en la misma mañana: todas las ventajas, el número, las armas, la disciplina estaban por los realistas; pero los arjentinos se batieron con heroica resolucion. Despues de un penoso combate en que Belgrano probó tanto tino como sangre fria, Tristan emprendió su retirada hácia el norte dejando en el campo de batalla 450 muertos, 60 oficiales i mas de 600 soldados prisioneros, siete cañones, cinco banderas i un número considerable de fusiles (24 de setiembre de 1812). La batalla del Tucuman, en que el jefe realista creia obtener a mui poca costa una espléndida victoria sobre los estropeados restos del ejército de Belgrano, fué la victoria mas importante que hasta entónces hubiera alcanzado la revolucion arjentina. Una columna patriota, capitaneada por el comandante don Eustoquio Diaz Velez persiguió a los fujitivos por el camino del norte hasta la ciudad de Salta.

A las ventajas alcanzadas por Belgrano en el Alto-Perú, se unieron en breve otras no ménos importantes para la causa de la revolucion arjentina. El gobierno de Buenos-Aires habia colocado un cuerpo de tropas a orillas del rio Uruguay, bajo las órdenes del presidente del triunvirato don Manuel Sarratea, con órden de invadir la Banda Oriental i llegar hasta Montevideo para disolver el centro de constantes conspiraciones contra el nuevo órden de cosas. Sarratea pasó resueltamente el rio Uruguay a principios de octubre (1812) i abrió la campaña contra las tropas españolas. El coronel arjentino don José Rondeau, que mandaba la vanguardia de su ejército, se adelantó hasta el Cerrito, pequeña altura, situada a

una legua de Montevideo (20 de octubre). Los patriotas sostuvieron entónces constantes escaramusas contra los defensores de la plaza; pero el 31 de diciembre, las fuerzas españolas, mandadas personalmente por el brigadier Vigodet, empeñaron un resuelto ataque contra la division de Rondeau. El combate se sostuvo con grande ardor, i hubo un momento en que los realistas pudieron cantar victoria; pero los soldados arjentinos, rehechos de su primer contraste i municionados de nuevo, cargaron por el flanco del enemigo i lo pusieron en completa derrota, tomándole algunos prisioneros i causándole muchos muertos. Desde entónces, la preponderancia de las armas revolucionarias en la Banda Oriental quedó perfectamente asentada. Los españoles no fueron dueños mas que del recinto de Montevideo i de las naves que tenian fondeadas en el rio.

Imposibilitado Vigodet para emprender operaciones militares por el lado de tierra, dispuso que su escuadra penetrara en el rio Paraná para efectuar algunos desembarcos i asolar las poblaciones riberanas. Vigodet creia fundadamente que este jénero de operaciones habia de distraer i confundir a sus enemigos. El 3 de febrero de 1813, 250 marinos con dos piezas de artillería desembarcaron en frente del convento de San Lorenzo, en la provincia de Santa-Fé, a seis leguas al norte del Rosario. Allí los esperaba el comandante don José de San-Martin, situado en emboscada con un rejimiento de caballería. Los españoles sufrieron ese dia un gran descalabro: los soldados de San-Martin les mataron 50 hombres, les quitaron 14 prisioneros i dos cañones, i los obligaron a reembarcarse en completa dispersion. Desde entónces Vigodet no volvió a pensar en empresas de esta especie.

Victoria de Salta; derrotas de Belgrano en el Alto-Perú.—En medio de las operaciones militares, las discordias civiles no habian cesado de manifestarse en Buenos-Aires. El elemento provincial, tantas veces vencido, parecia renacer de nuevo en el seno mismo del triunvirato. Los miembros de éste, como ya hémos dicho, se renovaban por turno cada tres meses, mediante la eleccion de la asamblea. De esta manera, el partido provincial fué ganando influjo en el gobierno mismo, i despertó al fin una violenta oposicion de parte de los radicales. Instigados éstos por el doctor don Bernardo Monteagudo, tribuno tan audaz como caviloso, ejecutaron el 8 de octubre un movimiento revolucionario, con el apoyo de la tropa que guarnecia a Buenos-Aires, i formaron otro triunvirato compuesto de hombres conocidamente adictos

al bando radical o unitario (8). El primer acto del nuevo gobierno fué convocar una asamblea jeneral constituyente, cuyos miembros debian ser elejidos, no por los cabildos, como se habia hecho hasta entónces en circunstancias análogas, sino por el pueblo i mediante el voto universal.

La asamblea constituyente abrió sus sesiones el 31 de enero de 1813, declarando que en sus manos residia la soberanía nacional, i recibiendo en este carácter el juramento de fidelidad de todos los funcionarios públicos. La primera lei que dictó la asamblea, sancionó que eran libres los hijos de esclavos que naciesen en el territorio arjentino (2 de febrero). Mas tarde, abolió el tribunal de la inquisicion, el tormento como medio de prueba judicial, i los títulos de nobleza, que en realidad no existian sino en las provincias del Alto-Perú. La asamblea, ademas, deseando poner término a los gobiernos provisorios que se habian sucedido desde principios de la revolucion, elijió las personas que debian componer el triunvirato, dejando a éste como gobierno estable (9).

En esos momentos la atencion pública estaba fija en las operaciones del ejército del Belgrano. El gobierno lo habia socorrido cuanto le era dable, de modo que alcanzó a contar 3,000 hombres. Los realistas por su parte, atrincherados en la ciudad de Salta, bajo el mando del jeneral Tristan, habian recibido tambien algunos ausilios i contaban con fuerzas un poco superiores. Sin embargo, Belgrano se adelantó con su ejército hasta Salta, colocándose al norte de la ciudad con el objeto de cortar la retirada a Tristan. Los realistas formaron su línea afuera de la poblacion; pero despues de las primeras cargas de las tropas arjentinas, se replegaron a las calles, i allí sostuvieron el combate durante tres horas. Al fin Tristan se creyó perdido: contaba 480 soldados muertos i mas de 300 prisioneros arrancados de sus propias trincheras. Entónces levantó la bandera de parlamento i ofreció rendirse mediante una capitulacion (20 de febrero de 1813). Belgrano, demasiado jeneroso con un enemigo que durante toda la campaña habia dado muchas pruebas de perfidia, acepió la capitulacion de los vencidos i les permitió su retirada al Perú bajo el juramento de no tomar las armas contra el gobierno

(8) Compuesto de don Nicolas Rodriguez Peña, don Juan José Passos i don José Antonio Alvarez Jonte.

(9) Fueron elejidos don Nicolas R. Peña, doctor Alvarez Jonte i don José Julian Perez. El 19 de agosto fue elejido vocal del triunvirato don Gervasio A. Posadas, en reemplazo de Alvarez Jonte.

revolucionario dentro de los límites del antiguo vireinato de la Plata. El jeneral vencedor creia que los capitulados de Salta, atraidos por su jenerosidad a la causa de la revolucion, habian de convertirse en ausiliares suyos tan pronto como volviesen a sus hogares. El arzobispo de Chárcas i el obispo de la Paz, sin embargo, absolvieron del juramento a los capitulados de Salta, declarando que Dios no consideraba válidos los tratados hechos con los insurjentes.

Belgrano no perdió mucho tiempo en celebrar el triunfo, pero no anduvo tan activo como convenia para adelantar la campaña aprovechándose de sus recientes ventajas. En el Alto-Perú, la revolucion volvió a asomar mas vigorosa que ántes, aunque el jeneral arjentino no solo se manifestaba tardío en las operaciones militares, sino que habia negociado un armisticio de cuarenta dias con el jeneral Goyeneche. Solo el 17 de mayo, esto es, dos meses despues de la victoria de Salta, el primer cuerpo de tropas insurjentes ocupó la ciudad de Potosí, que pasó a ser el centro de las operaciones militares del ejército arjentino. Cansado de una guerra a que no se le veia término, i creyendo con razon que la pacificacion definitiva de aquellas provincias era una empresa superior a sus fuerzas, Goyeneche se retiró con su cuartel jeneral a Oruro, i desde allí pidió al virei su separacion del mando del ejército para retirarse a España. Goyeneche, en efecto, volvió a la península en posesion de una fortuna colosal, i allí fué agraciado por Fernando VII con el título de conde de Huaqui, en premio de la victoria de este nombre que habia alcanzado sobre los patriotas mediante una injustificable perfidia.

En reemplazo de aquel jeneral, el virei del Perú nombró jefe del ejército acantonado en Oruro al brigadier de artillería don Joaquin de la Pezuela, que estaba destinado a desempeñar un papel mui importante en la historia de la revolucion hispano-americana. Pezuela pasó cerca de tres meses reconcentrando sus tropas hasta reunir mas de 4,000 hombres, i entónces emprendió su marcha sobre el ejército arjentino. Belgrano se habia adelantado tambien por entre las montañas del Alto Perú hasta la pampa de Vilcapujio, a 30 leguas al norte de Potosí. La batalla tuvo lugar el 1.° de octubre de 1813. Pezuela, que habia ocultado mañosamente sus movimientos a las tropas enemigas, cayó sobre ellas de improviso aprovechándose del desórden que debia causar la sorpresa. Hubo sin embargo un instante en que los patriotas pudieron cantar victoria; pero los soldados de Pezuela, reanimados en los momentos en que emprendian la fuga, vol-

vieron cara sobre los patriotas i los pusieron en completa dispersion, obligándolos a retirarse precipitadamente hácia Potosí.

Pezuela continuó su marcha hácia el sur. El 14 de noviembre encontró de nuevo las derrotadas tropas de Belgrano i les presentó la batalla en Ayouma. El ejército arjentino se batió con valor estraordinario durante tres horas, pero al fin el mayor número i la disciplina de los realistas alcanzaron la victoria, no sin grandes pérdidas de su parte. Belgrano alcanzó a reunir cerca de 1,000 hombres de su destruido ejér. i con ellos se retiró precipitadamente hácia Jujui. Su crédito como jeneral, tan bien sentado despues de las victorias de Tucuman i de Salta, desapareció casi completamente despues de estas dos grandes derrotas. Los realistas por su parte reconquistaron el prestijio de sus armas; e incapaces de atraerse a los revolucionarios por las medidas de la suavidad i de la política, cometieron las mayores atrocidades sobre los vencidos con la esperanza de restablecer por medio del terror su dominacion tan minada ya en las colonias del nuevo mundo.

Campaña de la Banda Oriental; rendicion de Montevideo.—En esa misma época la revolucion arjentina sostenia tambien otra campaña contra los realistas que se hallaban encerrados en Montevideo. Don Manuel de Sarratea mandaba las fuerzas que sitiaban aquella plaza; pero en enero de 1813 sus propias tropas lo depusieron, i confiaron el mando al coronel Rondeau, que poco ántes se habia ilustrado con la victoria del Cerrito. El nuevo jefe estrechó el sitio de la plaza con toda actividad, obteniendo al efecto algunos ausilios de Buenos Aires; pero no le fué posible llevar las cosas a un desenlace final por falta de los elementos necesarios para batir una ciudad fortificada. El gobierno provisorio de España, algo desembarazado de las atenciones que le imponia la guerra contra los franceses, mandó a Montevideo mas de 2,000 soldados para ayudar a la defensa de aquella plaza (agosto i setiembre de 1813).

El gobierno arjentino daba por entónces mas importancia a las operaciones del ejército de Belgrano i a los trabajos de organizacion interior, sobre todo a los que se referian a la hacienda pública a fin de nivelar las entradas fiscales con los gastos que exijia la revolucion. Cuando llegaron a Buenos-Aires las noticias sucesivas de las derrotas sufridas por el ejército del norte en Vilcapujio i en Ayouma, el gobierno, en vez de desalentarse, creyó llegado el caso de hacer el último

esfuerzo, i en efecto dió principio al rescate de esclavos por medio de compras para organizar con ellos nuevos cuerpos de tropas. El coronel don José de San Martin, ilustrado ya por el combate de San Lorenzo, i que debia desempeñar un papel mui distinguido en la revolucion americana, fué nombrado jeneral en jefe del ejército del Alto Perú (16 de diciembre). El triunvirato creyó que los peligros de la situacion exijian mas actividad i mas vigor en la accion gubernativa; i que esto no se conseguiria miéntras el gobierno no se reconcentrase en manos de un solo hombre. La asamblea aprobó este pensamiento; i por unanimidad elijió director supremo del estado a don Jervasio Antonio Posadas, que desempeñaba desde cinco meses atras el cargo de vocal del triunvirato (26 de enero de 1814). Cinco dias despues quedó establacido el nuevo gobierno.

Este importante cambio en el órden administrativo era indispensable en los momentos en que se llevó a cabo. La revolucion arjentina iba a entrar en una época de prueba de que solo podria sacarla airosa la concentracion de todas sus fuerzas i recursos bajo un gobierno vigoroso i enérjico. En España, los triunfos de Wellington sobre los ejércitos franceses estaban a punto de consumar la independencia de la metrópoli i la restauracion de los Borbones: en América, la revolucion perdia terreno en todas partes. En el Alto Perú, Pezuela vencedor amenazaba marchar sobre las provincias que se conservaban reveladas: en la Banda Oriental no solo los españoles se habian fortalecido i engrosado en Montevideo, sino que en el campo mismo de los revolucionarios habia nacido i desarrolládose rápidamente la anarquía. Artígas, aquel oficial oriental que en 1811 figuraba entre los iniciadores de la revolucion, se habia pronunciado en abierta rebelion contra Rondeau proclamando en ese territorio los principios de federacion. El gobierno de Buenos-Aires, justamente alarmado por esos movimientos, i deseando castigar en tiempo las atrocidades con que comenzaba a señalarse el feroz Artígas, lo destituyó del cargo militar que ejercia i puso precio a su cabeza (11 de febrero de 1814).

Entónces tambien el gobierno arjentino quiso concluir definitivamente con la dominacion española en las orillas del Plata. Para someter a Montevideo se necesitaba de una escuadrilla capaz de batir a las naves españolas; i el director supremo, sin arredrase por las dificultades que ofrecia esta empresa, compró cuatro buques mercantes de diversas nacionalidades, los armó del mejor modo que le fué posible, los

tripuló con 250 hombres i las puso bajo las órdenes de don Guillermo Brown, irlandes de nacimiento, que iba a adquirir la reputacion de un héroe; pero que hasta entónces no habia sido mas que capitan de una nave de comercio. Los españoles en cambio tenian catorce buques de guerra i ocho o diez barquichuelos mercantes, armados tambien militarmente.

Vigodet, sin embargo, cometió la imprudencia de dividir sus fuerzas navales en dos cuerpos. Uno quedó en las aguas de Montevideo para defender esta plaza, el otro fué a colocarse cerca de la isla de Martin Garcia, en la confluencia de los rios Paraná i Uruguay, con el propósito de impedir que el gobierno arjentino socorriese su ejército de la Banda Oriental. Brown elijió este último cuerpo para comenzar sus operaciones. Rechazado en un primer ataque (11 de marzo), el intrépido marino efectuó un desembarco en Martin Garcia, se apoderó de las baterias que ahí mantenian los españoles (16 de marzo) i los obligó a remontar el Uruguay para buscar su salvacion. Por este movimiento, una division de las fuerzas navales españolas se vió separada del resto de la escuadra, i se imposibilitó para tomar parte en el resto de la guerra.

De esta manera, la escuadrilla de Brown estableció su superioridad en el rio de la Plata. Engrosada en breve con otras embarcaciones mercantes, fué a mediados de abril a bloquear el puerto de Montevideo, estrechando así el campo de operaciones del enemigo i favoreciendo las del ejército sitiador. El coronel don Cárlos Alvear, militar impetuoso e intelijente, tomó el mando de las tropas sitiadoras, que con los ausilios enviados por el gobierno arjentino, alcanzaron a contar cerca de 5,000 soldados. En esa situacion, los españoles intentaron un ataque contra la escuadra bloqueadora. Tenian aun algunas naves, i en ellas 150 cañones i cerca de 1,200 hombres; i con estas fuerzas emprendieron el ataque el 14 de mayo. Brown se retiró mañosamente para alejar a los enemigos del centro de sus recursos; i despues de tres dias de escaramuzas hábilmente dirijidas, dispersó las naves españolas, apresó tres de ellas al abordaje tomándoles 417 prisioneros, i obligó a las otras a asilarse bajo el cañon de la plaza o a estrellarse en la costa para librarse de ser tomadas.

Despues de este desastre, Vigodet no se atrevió a acometer empresa alguna por el lado de tierra. Miéntras tanto, Alvear continuaba estrechando el sitio de la ciudad; i seguro de su ventajosa situacion, ofreció a los defensores de Monte-

video una capitulacion que éstos aceptaron en el momento (20 de junio). La guarnicion debia salir con los honores de la guerra, entregar sus armas i ser enviada a España. El 22 de junio, Alvear ocupó a Montevideo como vencedor, i en nombre del gobierno de Buenos-Aires tomó posesion de 300 cañones i de 8,000 fusiles que habia en la plaza, i de todos los buques españoles que quedaban en el rio de la Plata. Cinco dias despues Alvear derrotó las fuerzas rebeldes de Artígas i redujo a éste a someterse al gobierno nacional cuya autoridad habia desconocido.

CRÍTICA SITUACION DE LA REVOLUCION ARJENTINA; AZARES DE LA CAMPAÑA DEL ALTO-PERÚ.—La ocupacion de Montevideo por las tropas rebeldes no podia dejar de ejercer una grande influencia en la suerte de la revolucion. Pero en esos mismos momentos se hallaba amenazada por grandes peligros dentro i fuera del territorio arjentino. En España, Fernando VII, restablecido al trono en ese mismo año, preparaba un ejército poderoso contra el vireinato de la Plata. En algunas provincias comenzaba a asomar el espíritu de federacion instigado por la rebelion encabezada por Artígas en el territorio oriental. En el Alto-Perú, el jeneral Pezuela habia avanzado hasta Salta i amenazaba la revolucion por aquel lado. Agréguese a esto que en esa misma época la revolucion americana sucumbia tristemente en Méjico, en Chile, en Venezuela i en Nueva-Granada.

El gobierno arjentino hizo frente a estos peligros con toda resolucion. Despachó a Europa una mision diplomática compuesta de don Bernardino Rivadavia, de don Manuel Sarratea i de don Manuel Belgrano con instrucciones de negociar en cualquiera de las cortes europeas un tratado que garantizase la independencia arjentina bajo el protectorado de algunas de las grandes potencias. Los plenipotenciarios tenian poder hasta para presentarse en España i para pedir al rei el nombramiento de un monarca de la casa de Borbon que viniese a rejir las provincias arjentinas. Esta mision, concebida bajo un pensamiento que desnaturalizaba la tendencia republicana i democrática de la revolucion americana, no produjo resultado alguno; pero Fernando VII, cambiando de determinacion, envió a Venezuela i Nueva Granada el ejército que, bajo las órdenes del jeneral Morillo, habia destinado al principio contra las provincias arjentinas.

En el Alto-Perú, los españoles se ostentaban vencedores. Los patriotas, batidos en Vilcapujio i en Ayouma, se habian replegado a Tucuman dejando las provincias del norte en

poder del enemigo. Las tropas de Pezuela avanzaron sin dificultad hasta Salta; i allí mismo se disponian a marchar hácia el sur. El gobierno de Buenos-Aires, alarmado a la vista de tamaños peligros, habia nombrado jeneral en jefe del ejército del Alto-Perú al coronel don José de San-Martin, que ya se habia ilustrado con el triunfo de San Lorenzo.

San Martin se presentó en Tucuman en enero de 1814, a ponerse a la cabeza de los últimos restos del ejército de Belgrano. Inmediatamente dió principio a la reorganizacion de sus tropas; i no hallándolas en estado de entrar en campaña formal, dió impulso a otro jénero de guerra. Entabló comunicaciones con algunos jefes enemigos para fomentar la discordia entre los realistas, i reforzó las guerrillas que operaban a espaldas de ellos. El coronel don José Antonio Alvarez de Arenales, español de nacimiento que servia a la revolucion americana desde 1809, i gobernador póco ántes de Cochabamba, reunió algunas tropas i obtuvo sobre los realistas un brillante triunfo en la Florida, el 29 de mayo. Otro oficial patriota, el teniente coronel don Martin Güemes, natural de Salta, se hizo por entónces jefe de las guerrillas de aquella provincia, i por medio de habilísimas correrias, mantuvo en constante inquietud a la vanguardia española, impidiéndole marchar hácia el sur. San-Martin, convencido de que aquella campaña no podria dar jamas un resultado definitivo, i satisfecho con haber mejorado la situacion de la guerra, solicitó del gobierno su relevo, i fué nombrado gobernador intendente de la dilatada provincia de Cuyo, que acababa de crearse.

La campaña del Alto Perú tomó desde entónces mejor aspecto. El jeneral Pezuela, al saber la ocupacion de Montevideo por los patriotas, abandonó a Salta i se replegó apresuradamente hácia el norte. En el sur del vireinato del Perú, en el Cuzco, estalló una alarmante revolucion (3 de agosto de 1814) encabezada por un jefe indíjena, que hasta entónces habia sido fiel aliado de los españoles. El brigadier don José Rondeau, que habia marchado al Alto-Perú en reemplazo de San-Martin, se aprovechó de esos momentos de confusion de los enemigos para recuperar el terreno perdido, i avanzó felizmente hasta Jujui, restableciendo en aquellas provincias el gobierno de la revolucion. Tal vez en esas circunstancias habria podido adelantar la campaña i alcanzar ventajas mas importantes sobre el enemigo; pero en el campo de los patriotas asomaron entónces las desavenencias i rivalidades que tanto embarazaban en su marcha a la revolu-

cion arjentina. El director Posadas habia mandado en ausilio de Rondeau tres rejimientos de infantería que habian servido en Montevideo; i luego se anunció que Alvear tomaria el mando del ejército del Alto-Perú. Rondeau i sus compañeros no pudieron soportar este cambio; i en la noche del 7 de diciembre (1814) apresaron a los jefes partidarios de Alvear i se manifestaron dispuestos a impedir que éste tomara el mando del ejército.

El director Alvarez; derrota de Sipe-Sipe.—La revolucion arjentina estaba triunfante desde entónces. Es cierto que el antiguo vireinato de la Plata estaba destrozado, i que la nueva nacion que se levantaba tenia límites mucho mas reducidos. La provincia del Paraguay quedaba, como veremos en otra parte, formando un estado independiente. El territorio del Uruguay, como se verá en el capítulo especial que destinamos a su historia, estaba dividido por el espíritu de revueltas i próximo a ser absorbido por los portugueses. El Alto-Perú, que hoi forma la república de Bolivia, se hallaba dominado por los españoles. Pero en medio de este fraccionamiento del antiguo vireinato, el vasto territorio que hoi constituye la república arjentina se encontraba libre de enemigos esteriores i en situacion de declarar su independencia i de mantenerla de hecho. Aquel año, que habia sido funesto para la revolucion hispano-americana en Méjico, en Venezuela, en Nueva-Granada i en Chile, dejó constituida de un modo definitivo la nacionalidad arjentina.

Sin embargo, si la revolucion habia alcanzado este gran triunfo, las divisiones interiores comenzaban a asomar con una violencia estraordinaria poniendo serios obstáculos a la organizacion política del pais. Se temia ademas que el poder español, mui vigoroso todavía en América, acometiera nuevas empresas contra aquellas provincias. Los realistas, que habian reconquistado a Chile, amenazaban salvar la barrera puesta por los Andes i llevar la guerra por las provincias occidentales. Fué necesario que el intendente de Cuyo, don José de San-Martin, organizara un ejército para impedirles el paso.

El director don Jervasio Posadas, a quien se debian en gran parte las ventajas alcanzadas por la revolucion, no se sintió con fuerzas para luchar con los peligros interiores que la amenazaban; i el 9 de enero de 1815 renunció el alto puesto que habia desempeñado con bastante felicidad. La asamblea lejislativa nombró en su reemplazo al jeneral don Cárlos Alvear con el mismo título de director supremo.

Alvear fué en el gobierno el representante de un partido político titulado unitario, heredero tradicional de las ideas de Moreno en 1810, i opuesto al partido denominado federal, cuyos principios tenian grande opinion en las provincias. Alvear, hombre dotado de alguna intelijencia, pero precipitado por carácter, no hizo mas que aumentar la irritacion de los partidos. Una revolucion puso término a su gobierno (15 de abril de 1815) i produjo un cambio radical en la administracion pública. El jeneral Rondeau fue elejido director supremo; pero como se hallase al frente del ejército del Alto-Perú, fué nombrado en su reemplazo el coronel don Ignacio Alvarez Tómas, que habia encabezado el movimiento revolucionario.

El cambio de gobierno trajo un cambio en la marcha administrativa. Una vez en el poder, el partido federal se manifestó implacable con sus contrarios, i creyó calmar las exijencias de las provincias haciendo concesiones a los caudillos que se ajitaban en nombre de la independencia provincial. Como es fácil suponer, las concesiones hicieron mas exijentes a los jefes federales. Otra desgracia no ménos importante señaló tambien la administracion del director provisorio Alvarez. El jeneral Rondeau, persuadido de que los españoles del Alto-Perú no se hallaban en situacion de oponer una seria resistencia, abrió la campaña en abril (1815) i despues de un pequeño triunfo ocupó felizmente a Potosí. Envalentonado con este primer triunfo, continuó su marcha hácia el norte; pero el 28 de noviembre las tropas realistas mandadas por el jeneral Pezuela le cortaron el paso en las alturas de Sipe-Sipe i lo derrotaron enteramente obligándolo a retirarse en completa dispersion (10). Despues de aquel gran desastre, los españoles habrian continuado su marcha a las provincias arjentinas, que al parecer quedaban abiertas, si las guerrillas de Salta, encabezadas, como ya hemos dicho, por don Martin Güemes, no hubieran acudido a cerrar el camino a los vencedores, hostilizándolos con tanta habilidad como resolucion.

La situacion interior se complicó mucho despues de este gran descalabro. Los españoles, es verdad, no pudieron aprovecharse de la ventaja alcanzada, ni mucho ménos poner en

---

(10) En los documentos españoles se da el nombre de Wiluma a las alturas en que tuvo lugar esta batalla. De ahí provino el título de marques de Wiluma o Viluma con que el rei premió a Pezuela, i que hoi conserva el heredero de éste en España.

peligro la existencia de la revolucion arjentina; pero las facciones interiores se levantaban mas prepotentes cada dia. Güemes proclamó la federacion en la provincia de Salta, i redujo a Rondeau, cuyo prestijio habia sufrido un gran menoscabo despues de la derrota de Sipe-Sipe, a reconocer sus pretensiones. Córdova queria hacerse independiente de la capital; i la Rioja queria serlo de Córdova. En la Banda Oriental del Uruguay, el feroz Artígas se ostentaba como señor independiente, i estendia su dominacion a las provincias de Entre-Rios i de Corrientes, en donde surjian nuevos caudillos. La revolucion federal, dominada un momento en la provincia de Santa-Fé, volvia a aparecer mas enérjica i vigorosa. Los caudillejos de aquella provincia apoyados por Artígas, asediaron i rindieron las tropas arjentinas que mandaba el jeneral don Juan José Viamont.

En estas circunstancias, el director Alvarez creyó refrenar la anarquía con mano firme mediante activas operaciones militares. El jeneral Belgrano, que acababa de llegar de Europa, recibió el mando de un ejército encargado de obrar en la provincia de Santa-Fé. Por el momento se creyó que aquella campaña no ofrecia dificultad alguna, pero luego se vió Belgrano en la necesidad de negociar con el enemigo. Comisionó con este objeto al jeneral don Eustoquio Diaz Velez; i éste, burlando la confianza que se habia hecho en su persona, trató con el enemigo, unió sus fuerzas a las de éste, i separó a Belgrano del mando del ejército (9 de abril de 1816). El director Alvarez no pudo resistir a este último golpe, i renunció el gobierno que habia ejercido durante un año entero (16 de abril). La junta de observacion, asamblea lejislativa creada por la revolucion de 1815, nombró en su reemplazo al jeneral don Antonio González Balcarce, con el título de director supremo provisorio.

Congreso de Tucuman; declaracion de la independencia.—Los revolucionarios de abril de 1815 habian acordado la convocacion de un congreso jeneral que debia reunirse fuera de Buenos-Aires para no despertar la desconfianza de las provincias. En medio de la anarquía que entónces las destrozaba, algunas de éstas se negaron a mandar sus representantes; pero los diputados elejidos se reunieron en Tucuman i allí abrieron las sesiones del congreso el 24 de marzo. Conocian ellos demasiado bien los graves peligros de la situacion; i con una honradez indisputable, si bien no con toda la intelijencia apetecible, emprendieron sus trabajos en la confianza de que bastaban sus esfuerzos para remediar los

males que divisaban por todas partes. El primer acto importante del congreso fué la eleccion de un director supremo, designando para este cargo al jeneral don Juan Martin Puirredon (3 de mayo de 1816). Este militar, distinguido por importantes servicios a la causa de la revolucion, i mas que todo por la entereza de su carácter i por su incansable actividad, iba a contener por algun tiempo el desquiciamiento social i político preparado en nombre de las ideas federales. Puirredon hizo mas que esto todavía: convencido de que la revolucion arjentina no podia considerar suficientemente asegurada su existencia miéntras los españoles dominasen en los paises limítrofes, prestó como veremos mas adelante, un importante apoyo al ejército que San-Martin organizaba en Mendoza para libertar a Chile, i que mas tarde debia llevar sus armas vencedoras al Perú.

Este nombramiento estuvo a punto de precipitar una crísis revolucionaria en la capital. Las ideas federales habian echado raices profundas en la misma ciudad; i los hombres que las abrigaban creian que la preponderancia de Buenos-Aires le era altamente perjudicial, i que le convenia mas que la capital fuese trasladada a otra parte. En este sentido, los separatistas de la ciudad i de la campaña dirijieron algunas peticiones al gobierno para constituirse en provincia federal, protestando, sin embargo, reconocer i obedecer la autoridad del congreso i la del director supremo elejido por aquella corporacion, en el punto en que éstos fijasen su residencia. El director interino Balcarce, que veia espirar el término de su gobierno con la eleccion de Puirredon, apoyaba estas exijencias de los federales con la esperanza de conservar a lo ménos el poder como gobernador de la provincia de Buenos-Aires. El cabildo i la junta de observacion se pusieron de acuerdo para terminar de golpe estas dificultades; i el 11 de julio espidieron un bando por el cual se declaraba depuesto el gobernador interino, debiendo gobernar la provincia dos individuos conocidos por su rectitud, hasta que asumiese el mando el director propietario Puirredon.

En el tiempo en que estos sucesos tenian lugar en Buenos-Aires, el congreso reunido en Tucuman seguia discutiendo las mas graves cuestiones sobre la organizacion política de las provincias arjentinas. En 1816 la guerra con España parecia terminada: los realistas vencedores en el Alto-Perú, no podian invadir el territorio ocupado por los revolucionarios porque las guerrillas de Salta mandadas por el jeneral Güemes, les cerraban el paso, i porque temian que

alejándose un poco de las provincias en que estaban acampados, la insurreccion habia de asomar a sus espaldas. Pero si la independencia estaba alcanzada de hecho, faltaba todavía proclamarla; i esta declaracion era tanto mas necesaria cuanto que en medio de las oscilaciones revolucionarias se habia llegado a proponer sin resultado alguno el establecimiento de un gobierno sometido a cierta dependencia de la España. Los diputados trataron esta cuestion en Tucuman. San-Martin desde Mendoza i Belgrano en el mismo congreso pidieron con toda enerjia la declaracion de la independencia; i al fin, el 9 de julio de de 1816 fué proclamada solemnemente. El congreso ademas mandó que en las provincias Unidas de Sur-América, nombre con que se constituia la nueva nacion, usaran la bandera bicolor, celeste i blanca, que en tiempo atras habia enarbolado Belgrano en su ejército.

Declarada la independencia, faltaba todavía fijar la forma de gobierno. En medio de la anarquía que amenazaba destrozar a las provincias arjentinas, la idea de coronar un rei se presentaba a muchos de los diputados i de los corifeos de la revolucion como el único medio de establecer el órden i de fijar una organizacion política. Belgrano, que acababa de llegar de Europa, i que en 1814 habia observado la reaccion monárquica del viejo mundo, venia preocupado con estas ideas. San-Martin, que desde su cuartel de Mendoza tomaba una parte activa en la direccion de la política, simpatizaba con esta opinion. Los consejos de ámbos eran seguidos ciegamente por muchos personajes que creian que la forma republicana era inadecuada para el gobierno de la América ántes española. Unos querian buscar un príncipe europeo que coronar en Buenos-Aires. Otros se afanaban por hallar en el Perú un indio descendiente de los incas para hacerlo rei de la nueva monarquía. Puirredon debia conservar el mando, no como director supremo, sino solo como rejente, i hasta que llegase el soberano.

Lo que hai de mas singular en este movimiento monárquico de la revolucion arjentina es que los mismos hombres que buscaban un rei eran republicanos de corazon, si bien creian que debian reprimir sus sentimientos en favor de la felicidad comun. Buenos-Aires era, entre todas las colonias hispano-americanas, la ciudad democrática por excelencia: poblada principalmente por comerciantes, en ella no habia ni condes ni marqueses: el monarca no habria tenido corte; i sin embargo, el deseo de estirpar la anarquía i de organizar el pais hacia que esos hombres apelaran a un remedio que no habria producido los resultados que se esperaban.

En el congreso de Tucuman estuvo a punto de resolverse esta cuestion en favor de la monarquía. Fueron pocos los diputados que se pronunciaron contra ella; pero el mas audaz de todos fué don Manuel Tomas de Anchorena, doctor formado en el coloniaje, que habia estudiado algunos libros de los escritores revolucionarios de Europa i que de ellos sacaba ciertas doctrinas con que fortalecer sus opiniones. La educacion de la colonia hacia indispensables esas citaciones, por inconducentes que fueran, para dar vigor i consistencia a las opiniones mas lójicas i fundadas. Así, el doctor Anchorena se apoyaba en la desprestijiada doctrina de Montesquieu sobre la influencia de los climas en el carácter de los pueblos, para pronunciarse en contra de la monarquía i para pedir el establecimiento de la federacion. La posteridad, perdonando su respeto por una doctrina absurda, le agradece la enerjía con que salvó la revolucion arjentina de ser desnaturalizada con la coronacion de un rei, que en ningun caso habria producido el establecimiento de una monarquía estable i duradera.

La declaracion hecha por el congreso de Tucuman el 9 de julio de 1816, cierra la época de la revolucion de la independencia arjentina. La anarquía, contenida un momento por la mano vigorosa de Puirredon, reapareció en breve dando lugar a una série de prolongadas guerras civiles cuya historia no tiene cabida en el presente libro (11).

---

(11) Los lectores que quieran conocer mas prolijamente la historia de la revolucion arjentina, que hemos referido tan sumariamente en este capítulo, pueden consultar la *Historia de Belgrano*, por Mitre (Buenos-Aires-1859), la *Historia Arjentina*, por L. L. Dominguez (1861), las *Noticias Históricas*, por Nuñez (1857), i algunos libros menos jenerales que los ya citados, como las *Memorias Póstumas* del jeneral Paz (1855) i la *Coleccion de memorias para la historia arjentina*, por Lamas (Montevideo 1849). Don Santiago Arcos ha hecho tambien una apreciable reseña histórica de la revolucion arjentina en un libro frances publicado en Paris en 1865, titulado *La Plata*.

CAPITULO IX.

Revolucion de Chile.

Caracteres jenerales de la revolucion chilena.—Gobierno de Carrasco.—Deposicion de Carrasco.—Gobierno del conde de la Conquista.—El primer gobierno nacional.—Motin de Figueroa.—El primer congreso.—Don José Miguel Carrera; disolucion del congreso.—Ajitaciones interiores; destierro del doctor Rozas.—Campaña militar del jeneral Pareja.—Sitio de Chillan.—Deposicion del jeneral Carrera.—Campaña de O'Higgins.—Tratados de Lircay.—Don José Miguel Carrera recupera el gobierno de Chile; guerra civil.—Sitio de Rancagua; reconquista de Chile.

(1808—1814)

Caracteres jenerales de la revolucion chilena.—La revolucion de Chile presenta caractéres mui orijinales. Ninguna de las colonias españolas parecia ménos preparada que ésta para alcanzar su independencia: ninguna habia sido mas desatendida por la metrópoli, ninguna era mas pobre i atrazada; i sin embargo, su revolucion se hizo con bastante órden, i una vez alcanzada la independencia, Chile se adelantó a todas sus hermanas en la regularizacion del gobierno i en el establecimiento de la paz bajo sólidas bases. El desden con que la España habia mirado a la mas apartada de sus colonias fué causa de que ésta recibiera una herencia menor de vicios i de corrupcion, i de que al constituirse en república soberana e independiente, se viera libre de muchas de las llagas que han demorado la organizacion de los otros pueblos del nuevo mundo.

Chile era un pais esencialmente agrícola. El antiguo sistema de los repartimientos modificado por la lei i la costumbre, habia dado oríjen a una organizacion social mui semejante al feudalismo de la edad-media. Los grandes propietarios de la tierra, muchos de ellos simples poseedores de vínculos hereditarios, tenian a su lado una especie de colonia de campesinos que les debian respeto i vasallaje. Los *inquilinos*, éste era el nombre con que en el pais eran conocidos esos vasallos, estaban sometidos por la costumbre mas bien que por la lei; i esa sumision no les imponia un despotismo duro sino una dominacion casi siempre suave i benéfica. Resultaba de aquí que la gran mayoría de los pobladores del pais estaba bajo la dependencia de los propietarios, i que éstos tenian suficiente poder i prestijio para cambiar la

faz de los negocios públicos el dia que mejor les pareciera.

Para triunfar, la revolucion no tenia mas que conquistarse el apoyo de los grandes propietarios, hombres poco ilustrados en jeneral, pero en cuyos corazones existia el amor a la patria como habia penetrado en sus espíritus el convencimiento del desprecio con que Chile era mirado por los monarcas españoles. Era, pues, necesario guiar estos instintos de descontento; i esta fué la obra de algunos espíritus superiores, doctores en leyes i cánones unos, que habian estudiado en los libros ciertas teorías sociales i políticas, viajeros otros que habian podido comprender por observacion propia la diferencia que habia entre la oscura colonia i los pueblos independientes. Al acercarse el movimiento revolucionario en la América española, el observador mas perspicaz habria creido que Chile iba a sustraerse a su influencia; i sin embargo, bastó que se ajitaran los instigadores de la revolucion para que los grandes propietarios, que formaban la aristocracia colonial, se pusieran de pié, i tras de ellos los millares de campesinos que poblaban este territorio.

Así fué que la revolucion se hizo casi siempre con órden. La anarquía popular, el desenfreno de las masas no se hicieron sentir nunca. Hombres de un órden mas elevado fueron los directores del movimiento revolucionario: i lo que constituye su mas justo título de gloria, es que trabajaron por organizar un nuevo órden de cosas que iba a poner término a su influencia tradicional.

Gobierno de Carrasco.—A principios de 1808 gobernaba en Chile el brigadier don Luis Muñoz de Guzman, hombre sagaz i bondadoso que habia sabido captarse la estimacion de sus gobernados. Una mañana (11 de febrero) se anunció en Santiago que el presidente acababa de morir casi repentinamente. Era aquel el primero de una serie de accidentes fortuitos que habian de precipitar la ruina de la dominacion colonial. La real audiencia, acostumbrada a ver que su jefe inmediato desempeñase el mando supremo en circunstancias semejantes, se reunió apresuradamente i proclamó capitan jeneral i gobernador de Chile a su rejente don Juan Rodríguez Ballesteros. Pero el rei habia dispuesto en 1806, como ya lo hemos dicho en otras partes, que por muerte o ausencia del gobernador propietario, tomase el mando el militar de mayor graduacion. En el sur, las tropas que guarnecian la frontera araucana desconocieron el nombramiento hecho por la audiencia de Santiago; i en una junta que celebraron en Concepcion los jefes militares, proclama-

ron sucesor de Muñoz de Guzman al brigadier de injenieros don Francisco Garcia Carrasco. La audiencia tuvo que reconocer este nombramiento.

La disposicion de la real cédula de 1806 iba a producir en Chile resultados que sin duda no esperaron sus autores, Carrasco era un pobre hombre, no precisamente malo, pero desprovisto de las cualidades de intelijencia i de corazon indispensables para gobernar en circunstancias difíciles. Entraba al gobierno indispuesto con la real audiencia; i en vez de hacer cesar esas dificultades por medio de una conducta prudente, se mantuvo alejado de los oidores, que al fin eran los consejeros mas discretos del jefe supremo, i se indispuso con las otras corporaciones. Carrasco se rodeó de favoritos; i para sostener a éstos se vió envuelto en cuestiones con la universidad, con el cabildo eclesiástico, con el cabildo secular i hasta con el tribunal de mineria. Estas primeras dificultades, en que Carrasco hacia ostentacion de una falsa entereza para ceder a la primera resistencia, se agravaron sobre manera al saberse en Chile que la España habia sido invadida por los ejércitos franceses i que José Bonaparte reinaba en la metrópoli en lugar de Fernando VII. Los vínculos que ligaban a Chile con España eran demasiado débiles; pero esas noticias produjeron una profunda impresion. Los hombres mas avanzados de la colonia comenzaron a hablar de la situacion política de la península; i divulgando la voz de que la España seria sometida a un poder estranjero, ajitaban la opinion a fin de encaminarla a un cambio de gobierno una vez que el sometimiento de España fuese completo. El doctor don Juan Martinez de Rozas, asesor de la intendencia de Concepcion, i don Bernardo O'Higgins, coronel de las milicias de Arauco, preparaban en el sur el movimiento revolucionario. En Santiago, don José Antonio Rojas, anciano venerable que en su juventud habia viajado por Europa i que habia leido las obras de Voltaire i de Rousseau, reunia en su casa a los hombres mas caracterizados, i fomentaba entre ellos la propaganda de las nuevas doctrinas. El cabildo de Santiago, en que los chilenos habian alcanzado a estar en mayoría, era el foco organizado de la resistencia.

Carrasco divisó la tempestad cuando ésta era mas amenazadora. Sus consejeros le pidieron una represion violenta; i el presidente preparó un golpe de estado con que se proponia poner término a la ajitacion. En la tarde del 25 de mayo de 1810 fueron apresados don José Antonio Rojas, el pro-

curador de ciudad don Juan Antonio Ovalle i el doctor don Bernardo Vera. En la misma noche fueron remitidos a Valparaiso; i uno de los oidores de la audiencia se trasladó a aquel puerto a mediados de junio para instruir un proceso por el delito de conspiracion.

Esta violenta medida produjo en la capital una grande alarma; pero la represion gubernativa no dió el fruto que se habia buscado. Las quejas contra el presidente fueron mas duras desde entónces. Pocos dias despues llegó a Santiago la noticia de que el mismo dia 25 de mayo el pueblo de Buenos-Aires habia organizado un gobierno nacional; i el ejemplo de esta revolucion infundió ánimos a los chilenos. Los señores mas importantes de la colonia, dirijidos por el cabildo de Santiago, elevaron una representacion al presidente pidiéndole la libertad de los presos. Carrasco se mantuvo firme; i procediendo en todo esto con la mayor cautela, dispuso que los tres reos fuesen envindos a Lima en el primer buque que saliese de Valparaiso. Cuando el pueblo de Santiago tuvo sospechas de que el presidente habia ordenado esta medida, el cabildo i el vecindario renovaron sus representaciones con mayor actividad que ántes. Carrasco contestó de palabras que los presos volverian a Santiago en pocos dias mas.

Deposicion de Carrasco.—El presidente, sin embargo, no pensaba por entónces en revocar sus órdenes. Los presos fueron embarcados el 10 de julio en una fragata mercante que zarpaba para el Callao, en donde debian ser puestos a disposicion del virei del Perú. Solo uno de ellos, el doctor Vera, quedó en Valparaiso bajo pretesto de que estaba enfermo.

Las órdenes pérfidas i violentas del presidente Carrasco quedaron ejecutadas; pero la indignacion de los habitantes de Santiago se manifestó con una violencia amenazadora. En la mañana del 11 de julio, al saberse que los presos quedaban embarcados en Valparaiso, el pueblo se agrupó en la plaza, el cabildo se reunió como si un gran peligro amenazase la tranquilidad pública, i la real audiencia, divisando la tempestad que se alzaba, acudió a su sala de sesiones para buscar un remedio a aquella situacion. Carrasco parecia dispuesto a resistir todavía; pero a la vista de la actitud amenazante que habia tomado el pueblo, se resolvió a presentarse en la sala de la audiencia a donde lo llamaban los miembros de ésta. Allí cedió al fin de sus propósitos; firmó un decreto por el cual mandaba que los tres presos fuesen

devueltos inmediatamente a Santiago, separó de sus destinos a los empleados a quienes el pueblo atribuia participacion en aquel golpe de estado, i se resignó a no tomar en adelante medida alguna sin el consejo del oidor decano de la audiencia, don José de Santiago Concha.

Fué aquella la primera derrota de la autoridad real en Chile. La audiencia habia creido que aquellas medidas bastaban para tranquilizar la opinion; i a trueque de conseguir esto no habia vacilado en menoscabar la autoridad del jefe supremo. Luego se convenció que aquellas medidas se habian tomado demasiado tarde. Los presos habian salido de Valparaiso ántes que llegara la órden de Carrasco. Sin duda, éste mismo era el que mas sufria con aquella contrariedad; pero el pueblo seguia formulando contra él las mas terribles acusaciones, i preparando la opinion para un movimiento revolucionario que habia de dar por resultado la creacion de un gobierno nacional. Los jefes de las milicias, chilenos de nacimiento, aceptaban esta idea prestándole su apoyo.

La audiencia se alarmó tambien con el nuevo peligro. La ajitacion del vecindario aumentaba por momentos: el pueblo armado recorria de noche las calles de la ciudad como si se tratara de defender a los vecinos mas carecterizados de nuevos golpes de autoridad. En la mañana del 16 de julio los miembros de la real audiencia se presentaron en el palacio i pidieron a Carrasco que dejase el mando, como el único medio de poner término a la ajitacion i de afianzar la autoridad real en la colonia. Carrasco cedió al fin a esta representacion. Inmediatamente fué convocada una reunion de los jefes militares i de los empleados mas importantes de Santiago. Celébrase esta junta en uno de los salones del palacio; i allí Carrasco manifestó su decidida voluntad de dejar el mando de que se hallaba investido. Los concurrentes convinieron en aceptar la renuncia; i en su reemplazo, nombraron presidente de Chile al conde de la Conquista, don Mateo de Toro Zambrano, que tenia el título de brigadier de milicias, i que por tanto poseia los requisitos exijidos por la real cédula de 1806 (16 de julio de 1810). Carrasco quedó viviendo oscuramente en Santiago hasta que se trasladó a Lima, diez meses despues.

Gobierno del conde de la Conquista.—El conde de la Conquista era un anciano de 85 años, ajeno a los negocios políticos i desprovisto de la voluntad que las circunstancias exijian en el primer mandatario. Pero esta misma falta de intelijencia i de entereza era el título que tenia a los ojos de

la audiencia para ser elevado a aquel alto rango. El supremo tribunal pensaba que siendo el conde chileno de nacimiento, sus compatriotas debian darse por satisfechos con su elevacion; pero contaba ademas con influir sobre el ánimo debilitado del presidente, dominarlo i dirijir a su nombre los negocios públicos.

La audiencia habia jugado un juego peligroso. Los patriotas, irritados en el primer momento al ver desconcertados sus planes de revolucion por los sucesos del 16 de julio, adoptaron una política hábil i artificiosa que consistia en rodear al conde de la Conquista para menoscabar el influjo de la audiencia i en ganárselo al fin para realizar sus proyectos. El cabildo de Santiago que era, como ya hemos dicho, el centro de accion de los patriotas, logró colocar al lado del presidente a los doctores don Gaspar Marin i don José Gregorio Argomedo con los títulos de ascesor el primero i de secretario el segundo.

El gobierno del conde de la Conquista fué una lucha constante de los dos partidos, cada uno de los cuales queria atraerlo a su causa. La misma familia del conde se dividió en bandos: su hijo primojénito, el heredero de su título, era realista decidido: los otros hijos apoyaban la accion de los patriotas. Hubo un momento en que éstos parecieron derrotados: se trataba de reconocer el consejo de rejencia instalado en Cádiz; i el presidente, cediendo a las sujestiones de la audiencia, i a despecho del cabildo, que creia que aquel reconocimiento era contrario a los intereses de la revolucion, prestó el juramento de obediencia al nuevo gobierno español (18 de agosto de 1810). Los patriotas, sin embargo, no se dejaron abatir por este contraste; estrecharon mas i mas al presidente con sus exijencias, i al fin lo determinaron a convocar a los altos majistrados de la colonia i los vecinos mas notables a una reunion en que se discutirian los medios que podian emplearse para asegurar la tranquilidad pública.

El primer gobierno nacional.—Aquella memorable reunion tuvo lugar en el salon principal del palacio en que se reunia el tribunal del consulado. Los patriotas habian encaminado las cosas con bastante habilidad para alcanzar un triunfo espléndido i completo. Fueron citados a ella el cabildo en cuerpo, los empleados jefes de oficina, los comandantes militares, los superiores de las órdenes relijiosas i cerca de cuatrocientos vecinos. Entre éstos la opinion era casi uniforme: con escepcion de algunos comer-

ciantes españoles, todos querian un cambio de gobierno. Así fué que no hubo lugar a largos debates ni a vacilaciones. El conde de la Conquista comenzó por renunciar el mando supremo; i despues de un corto discurso del procurador de ciudad don José Miguel Infante, quedó acordada la creacion de una junta de gobierno compuesta de siete miembros (18 de setiembre de 1810).

Inmediatamente, la concurrencia pasó a elejir las personas que debieran componerla. Don Mateo de Toro Zambrano, conde de la Conquista, fué nombrado presidente de la junta. Don José Antonio Martínez de Aldunate, obispo electo de Santiago, fué elejido vice-presidente. Ambos eran ancianos: incapaces de imprimir carácter al movimiento revolucionario, otros miembros de la junta eran casi en su totalidad vecinos respetables por su caracter i su posicion social, pero poco aparentes para el cargo a que se les elevaba. Felizmente, el pueblo colocó entre ellos un hombre que estaba a la altura de la situacion.

Era este el doctor don Juan Martinez de Rozas, asesor entónces de la intendencia de Concepcion, hombre impetuoso i sagaz, que desde aquella apartada provincia habia dado impulso al movimiento revolucionario. Los patriotas lo miraban con cierta veneracion, persuadidos de que la superioridad de sus talentos lo constituia en verdadero jefe del gobierno. Cuando mes i medio despues (1.° de noviembre) hizo Rozas su entrada en la capital, el pueblo lo recibió con repiques de campana i con una parada militar, como si fuera uno de los antiguos presidentes que venia a recibirse del mando supremo.

La revolucion operada en Santiago fué reconocida en todas las provincias desde Atacama hasta Concepcion. La junta habia despachado emisarios a notificar su instalacion, i en todas partes fueron recibidos éstos favorablemente. En Chile no habia entónces una imprenta para publicar un periódico; en su lugar circularon proclamas manuscritas en que se hablaba de los derechos del hombre, del antiguo despotismo i de la libertad futura. El doctor don Juan Egaña, uno de los hombres mas ilustrados con que por entónces contaba Chile, presentó a la junta un plan de gobierno en que se encuentran consignadas algunas ideas mui notables. Pedia la creacion de colejios i otros establecimientos científicos, señalaba la necesidad de que todos los pueblos americanos celebraran una especie de alianza o federacion para presentarse fuertes i poderosos ante el estranjero. Este fué el pri-

mer pensamiento de una union americana, que despues ha preocupado tanto a los políticos del nuevo mundo.

Miéntras tanto, la junta gubernativa, bajo la direccion de Rozas, emprendia sus trabajos. Aquel caudillo manifestó en esos momentos que comprendia mui bien la situacion del pais. Era de temerse que el virei del Perú, guardian celoso de la autoridad real, enviase tropas contra Chile. Rozas se contrajo a levantar un ejército, creando nuevos cuerpos i engrosando los que ya existian. Para hacer frente a los gastos que la revolucion iba a exijir, la junta mandó parar la construccion de algunos edificios públicos de segunda necesidad, i dictó una medida económica de grande alcance. El 19 de febrero de 1811, decretó la apertura de los puertos de Coquimbo, Valparaiso i Talcahuano al comercio libre de todas las naciones de la tierra. Esta medida, impugnada entónces por todos aquellos a quienes beneficiaba el antiguo monopolio, cuadriplicó al cabo de un año las entradas de aduana, facilitó la esportacion de nuestros frutos i atrajo a Chile algunos estranjeros industriosos.

Rozas, como hemos dicho, era el alma de la junta i el principal iniciador de estas reformas. El conde de la Conquista, ajeno a los trabajos del gobierno, falleció el 26 de febrero, cuando su existencia era innecesaria a la causa de la revolucion. El obispo Martínez de Aldunate, imposibilitado para atender los negocios públicos por los achaques de la vejez, vivia retirado del gobierno. Al lado de Rozas, i como ausiliares suyos, figuraban algunos hombres distinguidos que se iniciaban en la carrera política. Entre éstos se contaba el padre Camilo Henríquez, chileno de nacimiento, perseguido poco ántes por la inquisicion de Lima a causa de sus ideas liberales i de su aficion a la lectura de los filósofos franceses. El padre Camilo escribia en Santiago proclamas ardorosas que circulaban manuscritas en todos los círculos. En una de ellas, repartida a principios de 1811, habló, con singular franqueza, de la necesidad de declarar nuestra independencia para dar a Chile "una representacion política entre las naciones del orbe." La junta gubernativa, con el deseo de dar mayor circulacion a esas ideas, habia pedido al gobierno de Buenos-Aires, con quien estaba en estrechas relaciones, que le comprara una imprenta.

MOTIN DE FIGUEROA.—La suprema junta debia gobernar en Chile solo hasta la reunion de un congreso jeneral de diputados de todas las provincias, encargado de los poderes lejislativo i ejecutivo. Se habia fijado que la eleccion tuviese

lugar el 1.° de abril para que el 15 de dicho mes pudiera reunirse el congreso en Santiago. Los patriotas, esperaban que aquel congreso fijase definitivamente el sistema i el plan de gobierno en Chile.

Hasta entónces, la revolucion no habia tenido que vencer ninguna resistencia séria. Desgraciadamente, el 1.° de abril, dia señalado para la eleccion, tuvo lugar un sangriento motin que estuvo a punto de trastornar el órden. El teniente coronel de dragones, don Tomas de Figueroa, español de nacimiento, estimulado talvez por la real audiencia, se puso a la cabeza de una parte de la guarnicion de la capital i con ella ocupó la plaza para pedir la disolucion de la junta i el restablecimiento del gobierno antiguo. Aunque el pueblo permaneció impacible a la vista de este aparato militar, el triunfo de los amotinados parecia inevitable.

La junta se reunió en el momento en casa de uno de sus miembros. Rozas deplegó ese dia su natural ardimiento. Contra las tropas sublevadas hizo salir un cuerpo de infanteria de nueva creacion i algunos cañones, i mandó que bajo las órdenes de don Juan de Dios Vial comandante jeneral de ármas fueran a combatir a la plaza. El combate se redujo a dos o tres descargas que produjeron la muerte de catorce soldados i algunos heridos. Despues de esto, los insurrectos se dispersaron por las calles inmediatas, arrojando sus armas i corriendo a toda prisa. Los soldados vencedores los persiguieron tenazmente durante algunas horas (1.° de abril de 1811).

Rozas se empeñó en esta persecucion con el propósito de hacer un sério escarmiento. Montó a caballo; i seguido de una escolta i de mucha jente del pueblo, penetró en el convento de Santo Domingo, en donde se habia refujiado Figueroa, i lo sacó de su escondite para llevarlo a la cárcel. El infeliz caudillo fué sometido a juicio i condenado a muerte pocas horas despues. Para comprometer la revolucion i no dar lugar a vacilaciones de parte de los patriotas, Rozas lo hizo fusilar en la misma noche.

El gobierno no se detuvo aquí. Creyendo que la real audiencia habia instigado el movimiento de Figueroa, disolvió resueltamente este tribunal, confinó a sus miembros fuera de Santiago, i creó una corte de justicia compuesta de hombres conocidamente adictos al nuevo réjimen. El ex-presidente Carrasco, que despues de su deposicion habia quedado viviendo pacíficamente en la capital, fué obligado a salir de Chile i a dirijirse al Perú. Despues de estos hechos, no era posible

dudar del rumbo que la junta suprema daba a los negocios públicos.

El primer congreso.—El triunfo alcanzado por la revolucion el 1.° de abril, duplicó su prestijio i su fuerza. Sin embargo, desde tiempo atras comenzaban a aparecer los primeros jérmenes de division entre los mismos patriotas. Rozas, por una parte, representaba los principios radicales, esto es, queria marchar mui de prisa en las reformas i en la ruptura abierta con la metrópoli. El cabildo, por el otro lado, órgano por decirlo así de la aristocracia colonial i representante de las ideas conservadoras, se alarmaba seriamente ante la impetuosidad con que Rozas i sus parciales querian dirijir la revolucion. Estos partidos iban a tener por campo de batalla el salon del congreso nacional.

Estas diverjencias de opiniones eran mucho ménos sensibles en las provincias. En todas éstas se hicieron las elecciones en medio de la mayor tranquilidad, confiriendo el cargo de diputados a los vecinos mas caracterizados por su posicion i su fortuna, o a algunos magnates de Santiago conocidos por su ardiente patriotismo. En la capital, el motin de Figueroa habia retardado las elecciones; pero a fines de abril se habian reunido en Santiago todos los diputados de las provincias, entre los cuales Rozas contaba con una considerable mayoría. No satisfecho con este triunfo, el impetuoso tribuno hizo que la junta admitiera en su seno a los diputados elejidos, para imponer así al partido moderado que capitaneaba el cabildo (30 de abril de 1811). Esta medida era una imitacion de otra análoga tomada en Buenos-Aires por el partido moderado para menoscabar la influencia del doctor Moreno (1).

El cabildo no se desconcertó con esta derrota. Señaló el dia 6 de mayo para hacer las elecciones en Santiago; i en lugar de seis diputados como estaba convenido, propuso doce; i encaminó las cosas de tal manera que alcanzó en la eleccion un triunfo completo. Desde entónces, el partido moderado estuvo en mayoría en el directorio ejecutivo que formaban la junta suprema i los diputados electos.

El congreso abrió sus sesiones el 4 de julio, asumiendo los poderes de la junta gubernativa, que dejó de existir desde ese dia. Sus primeras sesiones no ofrecieron interes alguno: el congreso no pensaba en reformas radicales ni en romper

---

(1) V. la pájina 267.

abiertamente con la tradicion colonial. Los esfuerzos de los diputados radicales para comunicar su impulso a la revolucion fueron infructuosos; i desalentados a la vista de tantas resistencias, se retiraron del congreso en número de trece, protestando de ante mano de cuanto allí se acordase. La mayoria, sin hacer caso de esa protesta, creó una junta de gobierno compuesta de tres miembros, i encargada del póder ejecutivo (10 de agosto). Los moderados creyeron definitivamente asegurado su triunfo desde que toda la autoridad estaba depositada en manos de sus parciales.

DON JOSÉ MIGUEL CARRERA; DISOLUCION DEL CONGRESO.— Rozas era demasiado emprendedor para que se resignara a su derrota. Convencido de su impotencia para hacer una revolucion en Santiago, se trasladó a Concepcion a fin de procurar la instalacion de una junta de gobierno que contrarrestase el poder de la que se habia creado en Santiago. Sus ajentes prepararon un movimiento igual en la provincia de Valdivia. El espíritu de partido comenzaba a estraviar a Rozas, precipitándolo a buscar apoyo en las ideas de independencia provincial i de federacion, que por fortuna no jerminaron en Chile.

En Santiago, los radicales no se dieron tampoco por vencidos, i prepararon un movimiento revolucionario que debia cambiar la faz de los negocios públicos. Habia llegado a la capital don José Miguel Carrera, jóven chileno que acababa de servir en España en las tropas peninsulares contra el ejército frances. Carrera contaba entónces 27 años de edad, i poseía un corazon ardoroso i emprendedor i una cabeza llena de recursos, pero que aun no habia adquirido la firmeza que solo da la esperencia. Los radicales buscaron a don José Miguel para que encabezara la revolucion; i éste preparó el golpe con tanta maestría que sin derramamiento de sangre i mediante solo el movimiento de algunas tropas que habia logrado atraerse, consumó el cambio gubernativo en la mañana del 4 de setiembre. Creóse una nueva junta de gobierno en la cual Rozas debia tener un lugar; i fueron separados del congreso algunos de los diputados de Santiago elejidos en contravencion de la convocatoria, para nivelar así las fuerzas de ámbos partidos, o mas bien, para asegurar la preponderancia de los radicales.

Rozas entretanto habia ejecutado un movimiento análogo en Concepcion (5 de setiembre), creando tambien una junta de gobierno sometida a su influencia. Dos meses despues (1.º de noviembre), la provincia de Valdivia se sublevó

igualmente i formó su junta gubernativa. Los radicales quedaron dominando en todo el territorio; i su accion se hizo sentir en breve en el seno mismo del congreso. Entre otras leyes que entónces dictó este cuerpo, son notables dos que prueban su espíritu reformador. Por una de ellas quedaron abolidos los derechos parroquiales que gravaban fuertemente a la clase pobre. Por otra se declaró la libertad de los hijos de esclavos, i se prohibió para siempre este comercio en el suelo chileno (11 de octubre de 1811). El congreso no se atrevió a declarar libres a los esclavos residentes en Chile para no herir los intereses de sus propietarios. Con el mismo celo, quiso libertar la industria nacional de algunas de las numerosas trabas que la mantenian postrada.

Preocupados con estos negocios, los radicales habian olvidado a don José Miguel Carrera, cuya cooperacion les habia sido tan útil para escalar el poder. Carrera, sin embargo, no pudo resignarse a desempeñar el humilde papel de instrumento de voluntades ajenas, a que se le queria reducir. La jornada del 4 de setiembre habia aumentado el prestijio de que gozaba por sus relaciones de familia; i don José Miguel quiso aprovecharse de ese prestijio para elevarse al puesto a que se creia merecedor. Su situacion, sin embargo, era mui embarazosa: no podia contar con el apoyo de los moderados a quienes habia arrebatado el poder, ni con el de los radicales que estaban en el gobierno. Carrera pensó entónces en los godos, esto es, los españoles o los partidarios de la causa de España, a quienes hizo entender que se proponia restablecer el gobierno bajo las mismas bases que tenia ántes de 1810. Por medio de este artificio encontró recursos pecuniarios, se atrajo nuevamente una parte de las tropas, que estaban bajo las órdenes de dos de sus hermanos, i el 15 de noviembre operó una revolucion tan feliz como la que habia consumado dos meses ántes.

En esta ocasion, Carrera consiguió conservar el poder en sus manos. Por influencia suya se organizó una junta de gobierno compuesta de tres miembros, representantes de las tres principales provincias en que estaba dividido el territorio: el mismo don José Miguel por la de Santiago, don Gaspar Marin por la de Coquimbo i el doctor Rozas por la de Concepcion. En ausencia de éste debia ocupar su puesto don Bernardo O'Higgins.

Como se vé, al organizar el gobierno, Carrera habia querido atraerse a Rozas i sus partidarios; pero estos no acepta-

ron sus ofrecimientos. El congreso, en donde los exaltados estaban en mayoría desde el 4 de setiembre, no perdonaba a don José Miguel la revolucion por medio de la cual se habia elevado al gobierno. Rozas no solo no quiso aceptar el puesto que se le ofrecia en la junta gubernativa, sino que se quedó en Concepcion; i desde allí ofreció socorros a sus correlijionarios de Santiago para derrocar a Carrera. En la misma capital se fraguó una conspiracion que fué descubierta ántes de ejecutarse. Desde entónces don José Miguel no quiso contemporizar mas largo tiempo. Jóven i lleno de arrogancia, creia que no debia encontrar obstáculos en su camino, i no podia resignarse a que el congreso, que suponia compuesto de hombres rutineros i atrazados, pretendiera embarazar su accion. El 2 de diciembre, despues de haber reunido las tropas para evitar todo proyecto de resistencia a sus órdenes, Carrera decretó la disolucion del congreso por considerarlo nulo desde su órijen i por no haber correspondido a las esperanzas i deseos del pais. Los diputados no pudieron oponer resistencia alguna a aquel mandato, desocuparon la sala de sesiones i se dispusieron a dar cuenta de todo a sus comitentes (2 de diciembre de 1811).

AJITACIONES INTERIORES; DESTIERRO DEL DOCTOR ROZAS.—La disolucion del congreso no produjo en Santiago grande ajitacion. Marin i O'Higgins, sin embargo, la reprobaron resueltamente por ser tomada sin su consejo, i se retiraron del gobierno; Carrera los reemplazó con otros personajes mas dóciles i complacientes que los que salian. Desde entónces se estableció la verdadera dominacion de don José Miguel.

En Concepcion, Rozas persistia en desconocer el gobierno elevado por la revolucion del 15 de noviembre. Al saber que el congreso habia sido disuelto, anunció que se proponia restablecerlo aunque fuese a mano armada, i mandó poner sobre las armas las tropas i milicias de la frontera araucana. Carrera temió por las consecuencias de una campaña contra los cuerpos veteranos del sur, i quiso tratar con Rozas. Las negociaciones, sin embargo, no produjeron otro resultado que aplazar el desenlace de la contienda. Al fin, los dos caudillos juntaron sus tropas i las pusieron en marcha en son de guerra. En abril de 1812, se encontraban separados por el rio Maule; pero ambos temian empezar las operaciones militares. Ni Rozas ni Carrera tenian mucha confianza en sus fuerzas, i querian iniciar nuevas negociaciones para salir de aquella embarazosa situacion.

Un acontecimiento inesperado vino a acelerar el término de aquellas diferencias. El 16 de marzo de 1812 los vecinos de Valdivia depusieron la junta de gobierno creada allí en el mes de noviembre anterior; i proclamando el restablecimiento del antiguo réjimen, confirieron a don José Miguel Carrera el mando supremo con el mismo rango que tenian los capitanes jenerales de la colonia. Aquel suceso era el primer síntoma de una peligrosa reaccion: Rozas i Carrera temieron que tras de Valdivia, otros pueblos de Chile desconociesen las autoridades revolucionarias para restablecer el gobierno español. Carrera reprobó terminantemente la contra-revolucion de Valdivia; i creyendo que las divisiones interiores daban aliento a los instintos reaccionarios de algunos pueblos, transijió las dificultades pendientes con Rozas retirando sus tropas i ofreciendo convocar un congreso que decidiese en definitiva las diferencias de ámbos.

La paz quedó restablecida; pero el pais estaba dividido en diferentes gobiernos. Desde Atacama hasta el Maule, dominaba una junta de gobierno, o mas bien, don José Miguel Carrera que la presidia. Desde el Maule hasta el Bio-bio, imperaba la junta de Concepcion que tenia por jefe al doctor Rozas. En Valdivia estaba triunfante la reaccion realista. Chiloé quedaba sometido a la dependencia del virei del Perú. Carrera queria dar unidad de gobierno a todo el territorio; i creyéndose impotente para llevar su accion hasta las apartadas provincias de Valdivia i de Chiloé, se empeñó solo en disolver la junta de Concepcion para dilatar su autoridad siquiera hasta las orillas del Bio-bio. No le fué difícil conseguir este resultado: dejó de enviar a Concepcion los subsidios necesarios para el pago de las tropas; i sus ajentes prepararon una asonada militar que estalló en la noche del 8 de julio de 1812. Rozas i los otros miembros de la junta fueron reducidos a prision por sus propios soldados. El hábil tribuno de 1810 fué remitido en seguida a Santiago, i confinado mas tarde a Mendoza por órden de su feliz rival. Las nuevas autoridades de Concepcion reconocieron el gobierno presidido por Carrera. Desde entónces quedó éste constituido en árbitro de los destinos de Chile. Rozas, por el contrario, no volvió a figurar mas en la direccion de los negocios públicos: en Mendoza llevó una vida oscura i falleció en los primeros meses de 1813, sin haber visto consumada la grande obra a que tan poderosamente habia contribuido.

En medio de estas ajitaciones, que mas de una vez es-

tuvieron a punto de producir la guerra civil, la revolucion seguia felizmente su marcha. Habiendo llegado a Chile la imprenta pedida por la primera junta gubernativa, comenzó a publicarse en Santiago, desde el 13 de febrero de 1812, un periódico titulado la *Aurora*. El padre Camilo Henríquez, que redactaba este periódico, comenzó a hablar de los derechos de los pueblos, i de allí pasó a pedir la absoluta independencia de Chile. La junta de gobierno, por su parte, protestando públicamente que mandaba en Chile como representante de Fernando VII i durante el cautiverio de éste, imprimia a la administracion un espíritu mui diferente del que la habia caracterizado hasta 1810. Mandó abrir escuelas gratuitas en todos los conventos para la educacion del pueblo, i aun dictó una constitucion (octubre de 1812) cuyo artículo 5.° disponia que ninguna providencia emanada de cualquiera autoridad que no residiese en el territorio de Chile, tendria efecto alguno, debiendo castigarse como reos de estado a los que intentasen darle valor. La constitucion, mui incompleta i defectuosa por otra parte, creaba un senado lejislativo con poderes para imponer contribuciones, declarar la guerra i celebrar tratados con otras potencias. Despues de la promulgacion de aquel código constitucional, no era posible harmonizar las protestas de respeto i de acatamiento a los reyes de España con los principios de independencia consignados en él.

Campaña militar del jeneral Pareja. — El virei del Perú don Fernando de Abascal comprendió perfectamente que aquella constitucion i los otros actos gubernativos que se desenvolvian en Chile importaban una desclaracion de guerra al poder español. Era tanto el desden que inspiraba Chile a los mas caracterizados representantes del rei, que Abascal habia creido siempre que la revolucion de este pais no tenia importancia alguna; i por eso en lugar de combatirla, habia empleado sus recursos contra los rebeldes del vireinato de la Plata i los de Quito. Al fin Abascal abrió los ojos i quiso anonadar la revolucion de Chile ántes que tomase mayor importancia. A fines de 1812 preparó una espedicion que debia mandar el brigadier de la real armada don Antonio Pareja; pero como no tuviera en Lima tropas suficientes para esta empresa, puso a las órdenes de Pareja un cuerpo de oficiales con encargo de organizar su ejército en las provincias de Chiloé i Valdivia, reuniendo al efecto las fuerzas veteranas i de milicias que las guarnecian.

En enero de 1813 se presentó Pareja en el puerto de San Cárlos de Ancud, capital de la provincia de Chiloé. Allí reunió cerca de 1,400 hombres de infantería i de artillería; i en seguida se trasladó a Valdivia en donde engrosó su ejército con cerca de 700 soldados. Pareja estaba firmemente convencido de que esas fuerzas bastaban para consumar la pacificacion de Chile casi sin disparar un tiro. Sus tropas abrieron la campaña animadas de una confianza idéntica.

Los primeros pasos del jeneral español parecieron justificar esta confianza. El 26 de marzo su escuadrilla fondeó en el puerto de San Vicente. Sus tropas ocuparon a Talcahuano al dia siguiente venciendo la resistencia que trató de oponerles el gobernador de esta plaza. Un batallon veterano que salió de Concepcion bajo el mando del coronel don Ramon Jiménez Navia para reforzar a Talcahuano, se pasó al enemigo, dejando así desguarnecida la capital de la provincia. Los realistas se hicieron dueños de Concepcion; i despues de un corto descanzo, empendieron su marcha al norte con ánimo de llegar hasta Santiago. Su presencia habia producido tal perturbacion en las provincias del sur que la ocupacion de todos sus pueblos no les ofreció la menor dificultad. Solo ciertos empleados o comandantes de milicias de la frontera pudieron reunir algunos soldados para retirarse al norte, seguros de que el gobierno de Santiago habia de pensar en oponer a los invasores una vigorosa resistencia. De este número era el coronel de milicias de la Laja, don Bernardo O'Higgins, que se retiró batiéndose con las partidas de avanzada del ejército enemigo.

Cuando llegó a Santiago la noticia del desembarco de Pareja (31 de marzo), produjo, como era natural, una grande alarma. Los afanes anteriores del gobierno revolucionario para organizar un ejército nacional no habian producido gran resultado, de manera que Chile se hallaba provocado a una guerra sin contar con armas ni con soldados. A pesar de esto, Carrera no vaciló un instante en asumir la posicion que le convenia. El 1.º de abril salió de Santiago, dejando órdenes para que las tropas lo siguieran a Talca, en donde pensaba establecer su cuartel jeneral. Allí se reunieron los soldados de las porvincias del sur que venian huyendo de Pareja, i las milicias de las provincia centrales llamadas por Carrera. El ejército chileno alcanzó a contar cerca de 12,000 hombres, en su mayor parte desprovistos de armas i faltos de toda instruccion mi-

litar. Las tropas realistas, que contaban con algunos oficiales esperimentados, i con mas de 1,500 soldados veteranos, ascendian por todo a cerca de cuatro mil hombres.

A fines de abril, el ejército de Pareja marchaba sobre el Maule, con el pensamiento de atravesar este rio i de llegar hasta Santiago. En la tarde del 26 de dicho mes, acampó en el sitio denominado Yerbas-Buenas, a pocas leguas de aquel rio. Sabedor de este movimiento, Carrera apartó 500 hombres de su ejército i los despachó a Yerbas-Buenas para que cayeran de sorpresa sobre el campamento enemigo, en medio de las tinieblas de la noche. Este plan se logró casi completamente: la columna patriota desorganizó en el primer momento el campo realista, i se retiró al amanecer cuando ápenas volvian de la sorpresa las tropas de Pareja (27 de abril).

Este primer ensayo de las armas patriotas no podia considerarse como un verdadero triunfo; pero sus consecuencias le dieron esta importancia. Cuando el jeneral Pareja reunió sus tropas i se disponia a pasar el Maule, los soldados de Chiloé i de Valdivia se pronunciaron en abierta rebelion. Se les habia anunciado que la pacificacion de Chile no costaria una sola gota de sangre; i sin embargo, comenzaban a sufrir los percances de la guerra casi ántes de abrirse la campaña. Pareja tuvo que transijir con sus soldados, i dispuso la vuelta del ejército a Chillan, con el propósito de pasar allí el invierno. Carrera lo siguió de cerca, i el 16 de mayo lo alcanzó a la salida del pueblo de San Cárlos. Allí tuvo lugar un segundo combate, mas jeneral que el primero, pero que no tuvo tampoco un resultado definitivo. Al fin, las fuerzas realistas, desordenadas i desmoralizadas, repasaron el rio Ñuble i fueron a encerrarse en Chillan. Pareja que habia abierto la campaña con tanta arrogancia, no pudo sobrellevar con paciencia tan repetidas desgracias. Se vió atacado de una fiebre violenta, i pocos dias despues murió (21 de mayo).

Sitio de Chillan.—La retirada de Pareja fué celebrada en todo Chile como una gran victoria de las armas de la patria; i en efecto, sus resultados equivalian a un espléndido triunfo. Carrera, sin embargo, no supo aprovecharse de las ventajas de su situacion. En vez de marchar rápidamente sobre Chillan para ocupar esta plaza ántes que el enemigo se hubiera apercibido para su defensa, marchó al sur i reconquistó las ciudades de Concepcion i Talcahuano, apresando en este puerto un buque que venia del Perú con

socorros para Pareja. El coronel O'Higgins al frente de algunos milicianos de la frontera, se apoderó de los Anjeles i de los demas pueblos inmediatos al Bio-bio.

Los realistas quedaban reducidos a la plaza de Chillan. Al morir, el jeneral Pareja habia confiado el mando de sus tropas a don Juan Francisco Sánchez, simple capitan de infantería que, si no estaba dotado de talentos militares i políticos, tenia sobre los otros jefes realistas dos grandes ventajas. Era español de nacimiento, i poseia una maravillosa actividad i una constancia estraordinaria. La situacion de su ejército era casi desesperada. Sánchez, sin embargo, no se desalentó un instante: pensó solo en organizar la resistencia en Chillan; i eficazmente ayudado por los padres franciscanos que desde aquella ciudad dirijian las misiones en el territorio araucano, construyó trincheras i se preparó a defenderse en ella a todo trance. Desde allí, hizo salir algunas guerrillas para batir las partidas insurjentes que encontrasen, i para recojer víveres en los campos inmediatos.

Desde mediados de julio, fueron llegando a los alrededores de Chillan los diversos cuerpos del ejército patriota. Al fin, todo éste se colocó en unas alturas inmediatas a la plaza, al lado sur-oeste, formando parapetos de paja i tierra para su defensa. El 29 de julio, rompió el fuego sobre Chillan, despues de intimarle rendicion infructosamente. Las lluvias del invierno, que en aquel año fué excesivamente rigoroso, i los vientos terribles de que iban acompañadas, hacian mui embarazosa la situacion de los sitiadores.

Sin embargo, no flaqueó el valor de los chilenos en aquellos momentos supremos. Una noche, el comandante de injenieros don Juan Mackenna, irlandes de nacimiento al servicio de Chile, colocó una batería de seis cañones como a cuatrocientos metros de la plaza, dejándola bajo el mando de O'Higgins. Al amanecer del siguiente dia (3 de agosto), Sánchez hizo salir una division realista a combatir con los defensores de la batería; pero despues de una obstinada lucha en que tomó parte casi todo el ejército español, se vió éste obligado a encerrarse de nuevo en la plaza. El combate se renovó en la tarde de aquel dia. Una bala de cañon disparada de la ciudad comunicó el fuego en la batería avanzada de los patriotas produciendo una violenta esplosion de pólvora i causando la muerte de algunos oficiales i soldados. Por un instante, la suerte de las tropas de Carrera pareció desesperada; pero el valor se sobrepuso a la turbacion, i al fin los enemigos fueron reducidos nuevamente a encerrarse en Chillan.

Dos dias despues, el 5 de agosto, los sitiados hicieron una nueva salida para apoderarse de la batería de los patriotas; pero otra vez fueron rechazados. Sin embargo, el sitio no se podia prolongar por mas tiempo. Carrera comenzó a sufrir escasez de municiones, i creyó que sus elementos militares no bastaban para rendir a los defensores de Chillan, que se hallaban guarecidos en cómodos cuarteles miéntras que los soldados patriotas estaban espuestos a todas las penalidades consiguientes a un invierno rigoroso, en medio de un campo abierto. El 10 de agosto, el ejército chileno se retiró de aquella plaza dejando a Sanchez en situacion de sostener la guerra por largo tiempo todavia.

Deposicion del jeneral Carrera.—La retirada de Chillan marca la época en que el prestijio militar i político del jeneral Carrera comienza a decaer. Las operaciones de la guerra perdieron desde entónces su importancia i sobre todo su unidad. Los ejércitos se dividieron en destacamentos i en guerrillas que recorrian los campos regados por los rios Itata i Ñuble, sosteniendo combates con diversos resultados, pero sin obedecer a un plan ordenado i conveniente. El mas célebre de esos combates tuvo lugar a orillas del primero de aquellos rios, en el sitio denominado el Roble (17 de octubre de 1813). Un cuerpo realista atacó de sorpresa al amanecer de ese dia a una division chilena que mandaba en persona el jeneral Carrera. Este jefe, cortado por las tropas enemigas, se vió obligado a buscar su salvacion arrojándose a nado al Itata. La confusion de los patriotas hacia presentir su completa derrota; pero el coronel don Bernardo O'Higgins, desplegando en esos momentos una gran serenidad, consiguió reorganizar las tropas i rechazar con mucha gloria el ataque de los realistas.

Miéntras Carrera sostenia en el sur la campaña sin alcanzar resultados definitivos, en la capital la revolucion seguia su marcha desenvolviéndose con gran rapidez. La junta de gobierno que mandaba en Santiago, sin descuidar las necesidades de la guerra, habia contraido su atencion a las reformas administrativas. Decretó la libertad de imprenta (23 de junio de 1813), mandó que en cada villa de cincuenta vecinos se estableciese una escuela pública costeada por las municipalidades (18 de junio), creó el Instituto nacional, vasto establecimiento de enseñanza en que se abrieron diez i nueve cátedras de ciencias, en su mayor parte desconocidas en Chile (10 de agosto), i fundó la bibliotica nacional, reuniendo al efecto todos los libros que podian obsequiar los

vecinos de Santiago. Estos actos, tan contrarios a la política de la metrópoli, significaban claramente el espíritu revolucionario que animaba a los jefes del gobierno: pero fueron mas léjos todavía, i el 17 de junio, con motivo de la festividad del *corpus*, mandaron enarbolar el pabellon tricolor en lugar de la bandera española que hasta entónces se usaba en Chile.

Como es fácil suponer, los corifeos de la revolucion no podian avenirse con que la campaña del sur se prolongara por tanto tiempo. Acusaban a Carrera de flojedad i de torpeza en la direccion de las operaciones militares, quejándose de que no hubiese cumplido las promesas que habia hecho en tantas ocasiones de terminar la campaña en pocos dias. Los enemigos del jeneral atizaban esas quejas, creyendo preparar así su descrédito i su ruina. La junta de gobierno, compuesta de don José Miguel Infante, don Agustin Eyzaguirre i don José Ignacio Cienfuegos, queriendo poner término a aquel estado de cosas, se trasladó a Talca para estudiar mas de cerca la situacion militar i tomar una resolucion definitiva.

La junta oyó los informes de muchas personas i creyó al fin que era conveniente separar a Carrera del mando de las tropas; pero se suscitaba naturalmente una dificultad que parecia insubsanable. Era de temerse que Carrera se negase a entregar el mando de sus soldados, i que por medio de su desobediencia, produjese un trastorno tanto mas lamentable cuanto que el enemigo se habia de aprovechar de él para dominar la revolucion chilena. Carrera, sin embargo, se resignó a dejar el mando, sin oponer resistencia a los decretos de la junta. El coronel O'Higgins fué nombrado en su reemplazo jeneral en jefe del ejército de Chile (27 de noviembre de 1813). El jeneral Carrera se hallaba en Concepcion al frente de un cuerpo de tropas cuando recibió el decreto de la junta. Allí entregó el mando en manos del coronel O'Higgins el 1.° de febrero de 1814, i se puso en marcha para Santiago en compañía de su hermano don Luis Carrera, a quien el gobierno acababa de separar tambien del mando de la artilleria chilena. El segundo dia de viaje fueron asaltados por una guerrilla realista que los hizo prisioneros i los llevó a la ciudad de Chillan, en donde estaba establecido el cuartel jeneral de los españoles.

CAMPAÑA DE O'HIGGINS.—En los mismos momentos en que O'Higgins se recibia del mando del ejército chileno, llegaba a la costa de Arauco un refuerzo de 800 soldados

enviados por el virei del Perú, junto con un nuevo jefe para las tropas realistas (31 de enero de 1814). Era éste el brigadier español don Gavino Gainza, militar de escaso mérito, pero activo i emprendedor. Ocultando felizmente sus movimientos, se puso en marcha para Chillan dando una vuelta considerable para no acercarse al campamento de los patriotas, i se presentó en aquella ciudad a tomar el mando del ejército, que hasta entónces habia obedecido al coronel Sanchez. Pocos dias despues abrió las operaciones militares con grande actividad i resolucion.

El ejército patriota estaba dividido en dos cuerpos, uno acantonado a las orillas del Itata, en el sitio denominado Membrillar, a las órdenes del coronel don Juan Mackenna, i el otro en Concepcion bajo el mando de O'Higgins. Gainza, aprovechándose de aquella situacion, movió una parte de sus tropas para aislar i estrechar al coronel Mackenna en el Membrillar, cortándole toda comunicacion con el jeneral en jefe que permanecia en Concepcion, i con el gobierno de la capital. Un destacamento realista, dirijido por el comandante don Ildefonso Elorreaga, pasó el Maule i ocupó la importante ciudad de Talca despues de una gloriosa aunque inútil resistencia (4 de marzo de 1814). Desde entónces, Gainza quedó dueño del camino de Santiago.

Sin embargo, el jeneral español no se atrevió a alejarse de aquellas provincias dejando a sus espaldas el ejército patriota. En vez de marchar directamente a la capital, que no habria podido oponerle ninguna resistencia, alcanzando así una gran ventaja i mas que todo un gran triunfo moral, Gainza se empeñó en impedir la reunion de los dos cuerpos patriotas i en destruirlos uno en pos de otro. El 19 de marzo ofreció a O'Higgins, que marchaba a reunirse con Mackenna, un combate en las alturas del Quilo en que las tropas realistas fueron desbaratadas. El siguiente dia todo el ejército de Gainza cargó sobre el campamento del Membrillar i empeñó uno de los mas rudos i gloriosos combates de aquellas campañas. Mackenna desplegó en la defensa notables talentos militares i rechazó al enemigo causando grandes estragos en sus filas (20 de marzo de 1814).

Despues de estos dos desastres, Gainza se rehizo rápidamente en Chillan, i se resolvió en seguida a dirijirse a Santiago a marchas forzadas. Pensaba en adelantarse al ejército de O'Higgins, dejándolo en las provincias meridionales, i ocupar la capital en la confianza de que desde entónces

la pacificacion de Chile no podria presentar ninguna dificultad. O'Higgins, comprendiendo perfectamente el plan del enemigo i las grandes ventajas que esperaba sacar de él, abandonó tambien su campamento i se movió con gran rapidez hácia el norte. Los dos ejércitos marchaban paralelamente, separados solo por el espacio de unas cuantas leguas. La victoria parecia ser del que pasase primero el rio Maule.

Miéntras tanto, habian tenido lugar importantes sucesos al norte de ese rio. Al saberse en Santiago que la fuerzas españolas habian ocupado a Talca, el vecindario se alarmó estraordinariamente La opinion acusaba a la junta gubernativa de las desgracias de la guerra; i en todos los círculos se hablaba de que convenia reconcentrar el gobierno en una sola mano para darle vigor i unidad. El 7 de marzo el pueblo, reunido en la plaza pública, pidió este cambio de gobierno. La junta renunció el mando sin oponer ninguna dificultad. En su remplazo se creó un director supremo encargado del poder ejecutivo, i se nombró para desempeñar este cargo al coronel don Francisco de la Lastra, que ocupaba el destino de gobernador de Valparaiso.

Los primeros afanes del nuevo gobierno se contrajeron a organizar una division de tropas destinada a reconquistar a Talca. Los cuerpos de milicias regulares de Santiago formaron la base de aquella division, que llegó a contar cerca de mil hombres. Su mando fué entregado al teniente coronel don Manuel Blanco Encalada, americano de nacimiento que habia hecho sus primeras armas en la península española. Desgraciadamente, esta division en que se habian fundado tantas esperanzas, fué batida completamente por las guerrillas realistas que defendian a Talca (29 de marzo de 1814). El camino de Santiago quedó nuevamente abierto al ejército español.

Tal era el estado de las cosas cuando los españoles i los patriotas llegaron a las orillas del Maule (3 de abril de 1814). Gainza, protejido por las fuerzas realistas que dominaban en Talca i en toda la orilla norte del rio, lo pasó felizmente en espaciosas balsas con todo su ejército. O'Higgins, en cambio, se encontró embarazado en esta operacion por las fuerzas enemigas, i tuvo que resignarse a permanecer en aquel punto.

En la noche los patriotas emprendieron la marcha. Dejándo encendidos los fuegos de su campamento para engañar a sus enemigos, hicieron un rodeo por el lado del oriente i

atravezaron el rio por un vado lejano, con gran peligro, pero sin que nadie intentara impedirles el paso. En la mañana siguiente se dirijió O'Higgins al norte a marchas forzadas para colocarse entre el ejército español i la capital. Una division realista que intentó cerrarle el camino, fué batida por las fuerzas patriotas en el lugar denominado los Tres-Montes. Al fin, el 7 de abril O'Higgins quedó acampado con sus tropas en Quechereguas dejando cortado al enemigo. Aquella série de movimientos, concebidos con bastante habilidad, i ejecutados con gran resolucion, salvaron por entónces la capital i con ella la revolucion chilena.

Al ver frustrados sus planes, Gainza comprendió lo peligroso de su situacion. Su retirada era imposible desde que tenia que atravezar de nuevo el caudaloso Maule hostilizado por un enemigo resuelto i activo. Temiendo verse sitiado en Talca i encontrarse privado de los medios para sostener una resistencia vigorosa, concibió el atrevido proyecto de romper las líneas del ejército de O'Higgins i abrirse por entre ellas camino para la capital. Dos dias (8 i 9 de abril) empleó en esta empresa, cargando impetuosamente sobre los acantonamientos que mantenian los patriotas en Quechereguas; pero constantemente rechazado, el jeneral español dió la vuelta a Talca casi sin tener un plan fijo de operaciones para el porvenir. La desercion de sus soldados comenzaba a enrarecer sus filas. El alejamiento del cuartel jeneral de Chillan lo privaba de muchos de sus recursos. Sus caballos i sus bestias de carga estaban rendidos despues de las marchas anteriores. Todo hacia creer que la campaña estaba a punto de terminarse: faltaba solo que los patriotas, reforzados con los ausilios que podian venir de Santiago, emprendieran un vigoroso ataque contra el último atrincheramiento de los españoles para que éstos quedaran aniquilados i destruidos.

Tratados de Lircay.—O'Higgins lo comprendia así; i se disponia a terminar la guerra en una batalla cuyo resultado no era difícil prever. Cuando ménos lo pensaba, recibió del gobierno de Santiago la órden de tratar con el enemigo, de permitirle su retirada al sur, i lo que era peor que todo esto, de reconocer bajo su firma el restablecimiento del réjimen colonial, i la sumision a la detestada autoridad a los reyes de España.

¿Qué habia dado oríjen a este cambio de ideas de los mandatarios de Santiago? Vamos a esplicarlo, porque este es uno de los hechos mas importantes i trascendentales de la revolucion chilena.

A principios de 1814, el porvenir de la revolucion se presentaba oscuro i sombrio. En todas partes los ejércitos españoles obtenian grandes victorias sobre las tropas insurjentes. Los rebeldes arjentinos acababan de sufrir dos espantosas derrotas en Vilcapujio i en Ayouma, perdiendo así, como hemos visto en el capítulo anterior, la posesion de todo el Alto-Perú, i dejando al virei Abascal en situacion de mandar a Chile nuevos i mas poderosos refuerzos de tropas. Por otra parte, los revolucionarios hispano-americanos fiaban mucho en el estado de los negocios de España, persuadidos de que miéntras durase la guerra contra los franceses, el gobierno de la metrópoli no podria enviar nuevos ejércitos a someter sus antiguas colonias. Cabalmente las noticias que se recibian de España a principios de 1814 eran fatales. El ejército ausiliar ingles mandado por el duque de Wellington, realizaba en la península lo que no habian podido hacer los españoles, derrotaba a los franceses i los obligaba a replegarse de provincia en provincia hasta abandonar definitivamente el territorio español. Todo hacia creer que en poco tiempo mas Fernando VII seria restablecido en el trono de sus mayores; i era seguro que entónces habia de mandar numerosos refuerzos de tropas para consumar la reconquista de América i el castigo de los rebeldes.

El director Lastra veia cercana una horrible tempestad; i de acuerdo con sus consejeros, aprovechó la primera ocasion que se presentaba para conjurarla. En abril de 1814 llegó a Valparaiso el comodoro ingles M. James Hillyar, el cual habia tenido en Lima algunas conferencias con el virei del Perú, don Fernando de Abascal, en que este alto funcionario se habia manifestado dispuesto a tratar con los insurjentes de Chile, i aun habia aceptado la mediacion del mismo comodoro ingles. El virei no habia fijado las bases precisas de la negociacion, creyendo sin duda que los revolucionarios de Chile se darian por contentos con obtener un indulto por los delitos cometidos desde 1810 contra la autoridad real. Hillyar, por su parte, creia que sus poderes eran mucho mas ámplios; i le parecia que el virei habia de celebrar que por un medio u otro se consiguiese la pacificacion de Chile. El director Lastra aceptó las propuestas como un medio de obtener una tregua honrosa, i envió a O'Higgins i a Mackenna las instrucciones para tratar con Gainza.

Cuando Hillyar se presentó en Talca i reveló al jeneral español el objeto de su mision, Gainza vió que se le abria

un camino para efectuar su retirada sin ser molestado, i para darse un descanso miéntras recibia nuevos ausilios del Perú con que renovar la guerra. Como se ve, ninguno de los dos bandos obraba con sinceridad en estas negociaciones. Despues de varias conferencias, el tratado fué firmado por los jenerales de ámbos ejércitos a las orillas del rio Lircay (3 de mayo de 1814). Los patriotas reconocian por él la autoridad de Fernando VII i del consejo de rejencia que gobernaba en España durante su cautiverio: los realistas consentian en dejar subsistente el gobierno establecido en Chile, miéntras las cortes españolas resolvian lo que debia hacerse, i en evacuar el territorio en el término de treinta dias.

Como debe suponerse, ni los realistas ni los patriotas quedaron satisfechos con este tratado. Los primeros querian lisa i llanamente el restablecimiento del réjimen que existia ántes de 1810: los segundos aspiraban nada ménos que a la absoluta independencia de la metrópoli; i lo conseguido distaba mucho de corresponder a los deseos i esperanzas de unos i otros. Sin embargo, Gainza pudo emprender su retirada favorecido por los elementos de movilidad que le facilitó O'Higgins; pero en vez de pensar en evacuar el territorio chileno en el término fijado, permaneció en Chillan espiando la oportunidad i esperando refuerzos para renovar las hostilidades (2). A mediados de julio, O'Higgins, indignado por la perfidia del jeneral enemigo, solicitaba permiso del supremo director para abrir la campaña i concluir con los últimos restos del ejército español. Sucesos inesperados impidieron la realizacion de sus proyectos.

DON JOSÉ MIGUEL CARRERA RECUPERA EL GOBIERNO DE CHILE; GUERRA CIVIL.—Por el tratado de Lircay se habia estipulado que los prisioneros de ámbos ejércitos serian puestos en libertad; pero por un artículo secreto, se convino

---

(2) Se ha escrito mucho para censurar la conducta del gobierno de Chile por haber celebrado un tratado que se ha creido deshonroso por cuanto importaba una abjuracion de los principios proclamados por la revolucion. Sin embargo, el director supremo queria que este convenio fuese solo una tregua, i así lo notificó al gobierno revolucionario de Buenos-Aires, con el cual estaba en la mejor armonia. Este gobierno no solo aprobó este procedimiento sinó que encargó a sus jenerales del Alto-Perú que celebraran con los enemigos tratados semejantes para procurarse algun descanso i volver a las armas en mejor oportunidad.

en que el jeneral don José Miguel Carrera i su hermano don Luis, que permanecian presos en Chillan, serian embarcados en Talcahuano i remitidos a Valparaiso. El gobierno queria evitar que ámbos jefes pasasen por Talca, en donde estaba acuartelado el ejército chileno, temiendo que su presencia allí fuera el oríjen de una insurreccion peligrosa.

Pero Gainza habia comprendido esto mismo; i en vez de cumplir con lo pactado, facilitó, o a lo ménos permitió la fuga de los dos ilustres prisioneros. Es justo decir que el jeneral Carrera no supo nada de esto; i que entre él i Gainza no medió acuerdo alguno. De todos modos, la fuga de Carrera fué un motivo de graves inquietudes para los gobernantes de Chile. Los patriotas exaltados, descontentos por el convenio de Lircay, volvieron sus ojos al jóven jeneral. En el ejército, muchos oficiales estaban prontos a sublevarse en nombre de la dignidad nacional. Las medidas represivas adoptadas por el gobierno, i las persecuciones decretadas en breve contra Carrera, su familia i sus amigos, aumentaron el descontento prodijiosamente. Por fin, don José Miguel sublevó la guarnicion de Santiago al amanecer del 23 de julio, depuso al director supremo, apresó a los mas caracterizados de sus consejeros i creó una junta de gobierno a cuya cabeza quedó colocado él mismo.

Aquel movimiento fué el oríjen de una guerra civil tanto mas funesta cuanto que la revolucion pasaba por circunstancias mui solemnes. La situacion especial en que se encontraba colocado, obligó al jeneral Carrera a pensar mas en consolidar su gobierno que en batir a los españoles. Miéntras tanto, sus enemigos pidieron ardorosamente a O'Higgins que viniera con su ejército a reponer el gobierno derrocado. En efecto, el jeneral en jefe celebró en Talca una junta de guerra a que asistieron todos los oficiales de alguna graduacion; i allí acordaron éstos desconocer la autoridad de la nueva junta de gobierno i marchar sobre Santiago a deponerla. Carrera, por su parte, organizó apresuradamente un cuerpo de tropas, i con él salió de Santiago a esperar a su adversario. El combate tuvo lugar el 26 de agosto a poca distancia de la orilla norte del Maipo; i aunque su resultado no fué decisivo, el campo quedó por Carrera. Las tropas de O'Higgins repasaron el rio para reorganizarse i renovar el combate al dia siguiente.

Allí recibió O'Higgins una noticia tan funesta como inesperada. En la tarde del mismo dia en que tuvo lugar la batalla fratricida se presentó en el campamento patriota un

oficial español llamado don Antonio Pasquel que venia a intimar rendicion a los dos jefes chilenos. Pasquel anunciaba que el virei del Perú habia desaprobado el convenio de Lircay, i que deseoso de consumar la pacificacion de Chile, habia enviado al coronel don Mariano Ossorio con considerables tropas de refuerzo. En vez de acceder a las exijencias del parlamentario, i de prestar sumision al nuevo jefe español, O'Higgins comunicó estas ocurrencias a su rival ofreciéndole ponerse bajo sus órdenes para rechazar al enemigo comun. Los dos jenerales chilenos se abrazaron i prometieron mantenerse cordialmente unidos para salvar la revolucion. La junta suprema instalada por Carrera, fué reconocida como el gobierno legal. O'Higgins, por su parte, pidió solo el mando de la vanguardia del ejército patriota para ser el primero en romper los fuegos contra el enemigo.

Sitio de Rancagua; reconquista de Chile.—Ossorio habia desembarcado en Talcahuano el 13 de agosto. Traia consigo un batallon denominado de Talavera, el primer cuerpo enteramente español que hubiera venido a Chile; i junto con él, algunos oficiales instructores i un repuesto considerable de armas, municiones i vestuario. En las provincias del sur no halló quien le opusiera resistencia alguna. En Chillan reorganizó el ejército realista elevándolo al número de 5,000 soldados; i a su cabeza emprendió la marcha hácia Santiago. En el camino recibió nuevas comunicaciones del Perú. Abascal le avisaba que habia estallado una revolucion en el Cuzco encabezada por un jefe indíjena que hasta entónces se habia hecho notar por su fidelidad al rei, i en consecuencia le ordenaba que abandonando la campaña de Chile se apresurase a volver al Perú con sus tropas para someter prontamente a los rebeldes. Ossorio sin embargo no vaciló en desobedecer ésta órden: a su juicio, la pacificacion de Chile era la obra de pocos dias, i no convenia perder la favorable oportunidad que le ofrecian las recientes disenciones de los patriotas. En los últimos dias de setiembre se encontraba en la orilla sur del Cachapoal, próximo a empeñar el combate con las tropas chilenas.

Desgraciadamente, la situacion de Chile no era la mas a propósito para rechazar con ventaja aquella invasion. La reconciliacion de O'Higgins i Carrera no habia concluido con las desconfianzas recíprocas de ámbos jefes i de sus soldados. Se discutió mucho el plan de defensa que debia seguirse; i al fin fué aceptado el que proponia O'Higgins

Segun ese plan, este jeneral debia encerrarse en la ciudad de Rancagua con las dos primeras divisiones del ejército chileno, para atraer a ese punto las tropas de Ossorio. La tercera division, mandada por don José Miguel Carrera, debia caer sobre los españoles por la espalda i concluir su dispersion. O'Higgins se situó en Rancagua con algunos dias de anticipacion, i allí construyó apresuradamente pequeñas barricadas de adobe i barro para resguardar sus cañones i cerrar el paso de las calles que conducen a la plaza del pueblo.

Al amanecer del 1.º de octubre se supo en el campo patriota que los realistas habian pasado el Cachapoal, i se encontraban cerca de Rancagua. Despues de algunas evoluciones, las tropas españolas cayeron sobre Rancagua acometiéndola por las cuatro calles que dan entrada a la plaza. Cuando estuvieron cerca de las baterias patriotas, O'Higgins mandó romper el fuego sobre ellas causándoles estragos considerables. El combate se trabó entónces con singular ardor: los chilenos se batieron con resolucion heroica poniendo en sus banderas jirones de crespon negro para anunciar que no querian capitular. Al anochecer, los realistas estaban rendidos de cansancio i aun pensaron en retirarse de la plaza i repasar el Cachapoal; pero el temor de ser acometidos por la espalda, los retuvo en sus puestos esperando estrechar el sitio en la mañana siguiente.

En efecto, desde el amanecer se renovó el combate: los españoles comenzaron por cortar las acequias que dan agua a la ciudad privando así de este ausilio a los soldados de O'Higgins i a sus caballos. En seguida prendieron fuego a varios edificios para reducir a escombros la poblacion i abrirse paso hasta la plaza central. O'Higgins, sin embargo, no desmayó un solo instante: habia esperado mas de veinte i cuatro horas que Carrera viniera en su ausilio con la tercera division, i en efecto habia divisado desde la torre de una iglesia que el jeneral en jefe se acercaba por los callejones del norte; pero luego vió que las tropas de que esperaba su salvacion se retiraban de nuevo. En aquel momento de dolorosa angustia, O'Higgins se resignó a su suerte, pero quiso vender caro las vidas de sus soldados i la suya propia. Mantuvo el combate con mayor ardor despreciando la muerte que lo amenazaba por todas partes. Jamás nuestros soldados habian desplegado tanto heroismo, i nunca se habian hallado en una situacion mas desesperada. Por fin, en la tarde de aquel dia (2 de octubre de 1814) la defensa de la plaza

parecia insostenible. El incendio de las casas ahogaba a los sitiados. Faltaba el agua con que refrescar los cañones que estaban caldeados. De los 1,900 hombres que defendian la ciudad solo quedaban 300. Cuando toda resistencia era completamente inútil, i cuando al parecer no quedaba otro arbitrio que capitular con el enemigo, O'Higgins reunió sus soldados, los hizo montar en los caballos que le quedaban i cargó sobre los españoles que avanzaban por la calle del norte, abriéndose paso con la punta de las lanzas i con el filo de los sables. Aquel movimiento de heroica desesperacion salvó de una muerte segura este puñado de bravos.

Los excesos a que se abandonaron los vencedores parecen casi increibles. No perdonaron la vida ni aun a los heridos. Muchos prisioneros fueron fusilados en el momento. Dejaron cundir el fuego que consumia algunos barrios de la poblacion, i miraron impasibles que las llamas devorasen un hospital de sangre de los patriotas en que habia muchos enfermos, casi moribundos de sed i de debilidad.

La gloriosa derrota de Rancagua dió por resultado la ruina completa de los patriotas. Nadie pensó en organizar una nueva resistencia. Los o'higginistas i los carrerinos, como sucede siempre despues de los grandes desastres, se dirijian mutuamente las mas tremendas acusaciones, reprochándose la pérdida de la campaña i las desgracias de la patria. La capital era el teatro de una espantosa confusion, porque todos, militares i paisanos, pensaban solo en abandonar el pais o en ocultarse para sustraerse a las persecuciones i venganzas de los vencedores. No habia mas camino que tomar que el de la cordillera que conduce a Mendoza; pero la cordillera estaba cubierta de nieve. Sin embargo, los patriotas tomaron ese camino sin pensar en los peligros con que los amenazaba la naturaleza salvaje de aquellos ásperos senderos. La emigracion de hombres i de mujeres, de ancianos i de niños, fué mui considerable. Los últimos restos del ejército patriota marcharon a su retaguardia para favorecer la retirada.

Las avanzadas de Ossorio comenzaron a entrar a Santiago el 4 de octubre. Hallaron la ciudad casi desierta, i siguieron su marcha al norte en persecucion de los patriotas. Todavía les fué necesario a éstos empeñar nuevos combates para libertarse de sus tenaces perseguidores. Al fin, el 12 de octubre de 1814 atravezaron las cumbres de los Andes en medio de mil penalidades i pisaron el territorio amigo de la

provincia de Cuyo. Todo el suelo chileno quedaba abandonado al jefe español que habia tenido la fortuna de alcanzar la victoria de Rancagua.

CAPITULO X.

La Independencia de Chile.

Gobierno de Ossorio.—El jeneral San-Martin; organizacion del ejército de los Andes.—Gobierno de Marcó del Pont.—Ardides de San-Martin; las guerrillas.—Campaña de San-Martin; batalla de Chacabuco.—O'Higgins es nombrado director supremo.—Campañas de 1817.—Nueva espedicion del jeneral Ossorio.—Declaracion de la independencia de Chile.—Campaña de 1818; batalla de Maipo.—Los patriotas recuperan a Concepcion; captura de la *María Isabel*.—Primeras campañas de Benavides.—Lord Cochrane; toma de Valdivia.—Salida de la espedicion libertadora del Perú. —Ultimas campañas de Benavides.—Administracion política del director O'Higgins. Su abdicacion.—Reincorporacion del archipiélago de Chioé.

(1815—1826).

La reconquista española no fué caracterizada en Chile por los actos de injustificable crueldad que la ensangrentaron en otros paises de América como Méjico, Venezuela, Nueva-Granada, Alto-Perú i Quito. La moderacion observada jeneralmente por los revolucionarios, no daba lugar a actos de violentas represalias. Ossorio, por otra parte, era un jefe mucho mas humano que la mayor parte de los jenerales españoles que entraron a gobernar las colonias reconquistadas; i si bien estaba resuelto a reprimir vigorosamente la revolucion chilena, deseaba evitar inútiles horrores.

Sin embargo, la represion fué dura i muchas veces pérfida. Ossorio comenzó por anunciar que queria el olvido de los sucesos pasados, i consiguió así que volviesen a sus casas los vecinos que se habian retirado al campo para sustraerse a las persecuciones. Por fin, en la noche del 7 de noviembre (1814), en cumplimiento de las órdenes que habia traido del Perú, Ossorio hizo arrestar a todos los hombres que habian desempeñado algun papel en la revolucion chilena. Eran éstos en su mayor parte ancianos venerables, a quienes la vejez habia impedido emigrar a las provincias arjentinas, i cuya complicidad en los sucesos revolucionarios no los hacia acreedores a medidas rigorosas. Muchos de ellos fueron remitidos al presidio que los españoles mante-

nian en la isla de Juan Fernandez: otros fueron confinados a ciudades distantes de la capital, separándolos violentamente de sus familias i de sus comodidades. Los bienes de los patriotas fueron embargados. La justicia ordinaria fué encargada de juzgar a los presos por los documentos i por las declaraciones que se presentaban, pero sin oir sus descargos, ni tomarles sus confesiones. Pocos dias despues se estableció un tribunal denominado de *purificacion*, ante el cual debian presentarse todos, así chilenos como españoles, a justificar su conducta para probar que habian sido fieles a la causa del rei durante el período de la revolucion.

En la ejecucion de estas medidas, los soldados españoles se hicieron notar por su insolencia brutal i por el mal tratamiento que dieron a los presos; pero luego tuvieron ocasion de perpetrar un verdadero crímen, de que fué teatro un calabozo de la cárcel de Santiago. Estaban encerrados en ella varios patriotas de posicion mucho mas humilde que la de los magnates confinados a Juan Fernandez. El gobierno supo que esos infelices hablaban en su prision de la futura reconquista de Chile por los patriotas, lisonjeándose con la esperanza de verse libres. El capitan del batallon de Talavera don Vicente San Bruno, sostenedor fanático de la causa del rei, se encargó de castigar esas conversaciones de una manera feroz. Colocó en la guardia de la cárcel al sarjente Ramon Villalobos, con el encargo de fomentar las esperanzas de los presos haciéndoles comprender la facilidad de ejecutar una revolucion mediante el ausilio que podian prestarle las tropas que guarnecian a Santiago, i cuya cooperacion él podia solicitar. Los presos se dejaron engañar con estas mentidas promesas, i llegaron a fijar el 6 de febrero para dar el golpe. Antes de amanecer de ese dia, cuando los presos esperaban que Villalobos viniera a abrirles la puerta de su calabozo, penetró en él la compañía de zapadores de Talavera, i desenvainando sus sables, cargaron sobre los indefensos prisioneros para consumar la mas inicua matanza. Dos de los presos fueron asesinados en el momento: otros quedaron cubiertos de heridas; i hubieran sido ultimados inmediatamente si no se hubiese presentado allí el coronel don Luis Urréjola, chileno de nacimiento, que desempeñaba el cargo de comandante de armas de Santiago, i que llegaba oportunamente para impedir la consumacion de una carnicería tan innecesaria como atroz. Para justificar aquel crímen, las autoridades españolas hablaron de una gran conspiracion descubierta, i colgaron en

una horca plantada en la plaza de la capital los cadáveres de las víctimas (6 de febrero de 1815).

A estos actos de violenta represion se siguieron otros de un carácter mas jeneral. Fué restablecida la real audiencia compuesta de oidores conocidos como enemigos de la revolucion, fué disuelto el cabildo que habian organizado los patriotas, i fueron derogadas todas las leyes i destruidas todas las instituciones i establecimientos fundados durante la revolucion. No se escaparon del odio tenaz de los españoles la biblioteca nacional ni las escuelas i colejios fundados en 1813. Los vencedores, sin embargo, utilizaron la imprenta introducida en 1812, para maldecir a los patriotas i para aplaudir los castigos i venganzas que en esa época se ejecutaban en la mayor parte del territorio americano. Los españoles, ademas, fueron tan ciegos en Chile como lo habian sido en los otros paises de América; i en vez de tratar de conciliarse la voluntad de los chilenos miraban con soberano desden aun a los que se habian distinguido sirviendo en las filas del ejército realista, i a los cuales se debia casi esclusivamente la reconquista del pais. Al cabo de poco tiempo se habia producido una violenta escision entre chilenos i españoles, que vino a ser de grande utilidad a la causa de la revolucion.

No fueron estos los únicos males de que vino acompañada la reconquista. Ossorio tenia que mantener un ejército considerable para asegurar la tranquilidad en el territorio reconquistado; i sin embargo, los recursos del erario no le permitian pagarlo puntualmente. Fué necesario imponer pesadas contribuciones a todos los vecinos i cobralas con una rigorosa escrupulosidad, en una época en que la reducida industria chilena sufria las consecuencias de la revolucion i de la suspension del comercio con el Perú durante tres años.

Ossorio, como ya hemos dicho, no estaba dotado de un carácter duro i vengativo. El pueblo de Santiago llegó a comprender que aquellos actos de rigor eran ejecutados por órden del virei del Perú, i que Ossorio habria sido un mandatario mejor si hubiese poseido mas ámplios poderes. El cabildo, compuesto de chilenos que, aunque adictos a la causa del rei, lamentaban aquellos males, acordó mandar a España dos emisarios encargados de felicitar a Fernando VII por su vuelta al trono de sus mayores, de pedirle que confiriera a Ossorio en propiedad el cargo de capitan jeneral de Chile i de suplicarle que concediese un

indulto en favor de los chilenos que jemian en las cárceles i presidios. Aquella mision no produjo los resultados que se esperaban. Fernando VII, desatendiendo los servicios de Ossorio, habia nombrado otro gobernador de Chile; i aunque accedió a la súplica del indulto, el nuevo mandatario. como verémos mas adelante, se negó a darle cumplimiento.

EL JENERAL SAN-MARTIN; ORGANIZACION DEL EJÉRCITO DE LOS ANDES. El año de 1815 fué fatal para la revolucion hispano-americana. En todas partes los patriotas eran vencidos i dispersados, i en lugar del sistema cimentado por ellos, habia sido restablecido el réjimen colonial con mayor dureza todavia que ántes de 1810. Solo las provincias arjentinas quedaban en pié, pero estaban amenazadas por tres puntos a la vez. La España, libre de enemigos esteriores, anunciaba el envio de una espedicion a Buenos-Aires. El virei del Perú amenazaba invadir el territorio arjentino por las provincias del norte. Los españoles que dominaban en Chile, tenian encargo de trasmontar las cordilleras i apoderarse de las provincias vecinas de los Andes. La revolucion americana parecia, pues, próxima a sucumbir cuando apareció en el sur del continente un gran jénio político i militar que iba a abatir la dominacion española en estas comarcas, al mismo tiempo que Bolivar, el gran caudillo del norte, emprendia nuevas i mas brillantes campañas en Venezuela i Nueva Granada.

Don José de San-Martin, éste era el nombre del nuevo campeon de la independencia americana, nació en 1778 en Yapeyú, pequeño pueblo de la provincia de Misiones que los jesuitas habian fundado en las fronteras del Paraguay. San-Martin se habia educado en España i habia servido en los ejércitos de la península hasta fines de 1811, distinguiéndose siempre por un valor frio i sereno, por un espíritu organizador i por una circunspeccion i una reserva que lo hacian aparecer como incapaz de todo entusiasmo. En España habia alcanzado a obtener el grado de teniente coronel, i se le abria un lisonjero porvenir en la carrera militar; pero oyó hablar de la revolucion del nuevo mundo, i abandonando secretamente el ejército, se embarcó para Buenos-Aires, a donde llegó a ofrecer su intelijencia i su espada al gobierno revolucionario. Allí organizó el primer cuerpo de tropas de caballeria, verdaderamente dignas de este nombre, i mas tarde alcanzó sobre los españoles una señalada victoria en San Lorenzo, a orillas del rio Paraná (3 febrero de 1813).

La merecida reputacion de militar intrépido i organizador que se habia ganado San-Martin le valió el cargo de jeneral en jefe del ejército arjentino que sostenia la guerra en las provincia del Alto-Perú. Este ejército estaba desmoralizado i casi destruido despues de las derrotas de Vilcapujio i de Ayouma. San-Martin trabajó empeñosamente en su reorganizacion; i no creyéndose en estado de abrir una nueva campaña contra los españoles, entabló relaciones secretas con algunos jefes de éstos para fomentar la division i la discordia en el campo enemigo. Allí pudo convencerse de que los ejércitos arjentinos no podrian obtener nunca victorias decisivas sobre los españoles que dominaban en el Perú; i persuadido de que seria incierta la independencia de América miéntras aquellos dominasen en Lima, concibió un plan de operaciones mucho mas vasto i mucho mas atrevido. San-Martin pensaba en llegar a la capital del Perú por un camino diferente, esto es, haciendo su viaje por Chile i el Pacífico. Era tal el poder de los vireyes en aquella época, i tal el prestijio de que gozaba Lima por sus recursos militares i pecuniarios, que si San-Martin hubiera descubierto su pensamiento en 1814 sus, compañeros de armas i el gobierno arjentino le habrian creido loco. Ocultó, pues, hábilmente sus planes; i tomando por pretesto una enfermedad verdadera o finjida, solicitó su separacion del mando del ejército del Alto-Perú, i pidió que se le nombrase gobernador de la oscura i tranquila provincia de Cuyo, compuesta entónces de las atuales provincias de Mendoza, San Juan i San Luis. San-Martin creia acercarse a la realizacion de sus vastos proyectos colocándose en la frontera del territorio chileno (1814).

Al poco tiempo de haber llegado a Mendoza ocurrió la reconquista de Chile por el ejército español. San-Martin reunió las milicias de la provincia i fué a las laderas de los Andes a ausiliar en su marcha á la emigracion chilena. El jeneral don José Miguel Carrera, apoyado por una parte de las tropas que en Chile habian estado bajo su mando, intentó desconocer la autoridad del gobernador de Cuyo sobre los emigrados; pero San-Martin, con esa resolucion i esa serenidad que lo acompañaron durante toda su vida, apresó al jeneral Carrera, sometió a su soldados i los obligó a marchar a Buenos-Aires casi en calidad de presos. Desde entónces, no pensó mas que en formar un cuerpo de tropas capaz de defender la provincia de Cuyo por el momento, i bastante fuerte mas tarde para invadir a Chile.

La provincia que mandaba San-Martin era pobre, despoblada i estraña por decirlo así al movimiento revolucionario de la América, puesto que no habia pasado por ninguno de los sacrificios que ocasionaba la causa de la independencia, ni habia sentido el entusiasmo que en otras partes habia inspirado la lucha. San-Martin, sin embargo, allanó todas las dificultades con una paciencia verdaderamente heroica. Pidió al gobierno de Buenos-Aires algunos ausilios de tropas, de armas i de dinero, que obtuvo con grandes dificultades i en pequeño número; pero supo levantar el espíritu público de la provincia que mandaba, i sacar recursos casi de la nada. San-Martin pidió donativos patrióticos i exijió contribuciones estraordinarias en dinero i en especies, indujo a los pobladores de aquella provincia a dar libertad a sus esclavos bajo la condicion de servir en el ejército de la patria, i estableció entre sus tropas la mas rigorosa disciplina, mediante un trabajo de organizacion que lo ocupaba el dia i la noche. San-Martin, sin embargo, manifestaba solo el pensamiento de mantenerse a la defensiva, i de impedir que el territorio arjentino fuese invadido por los españoles que dominaban en Chile. Como era de esperarse, los chilenos emigrados formaron parte del nuevo ejército; pero San-Martin elejia particularmente entre ellos a los desafectos a Carrera. O'Higgins i sus partidarios fueron incorporados al ejército en el mismo rango que habian ocupado en Chile. San-Martin habia descubierto en ellos ciertas dotes de subordinacion i de templanza que no encontraba en los parciales de Carrera. Tal fué el oríjen del ejército denominado de los Andes, que como veremos mas tarde, desempeñó un brillante papel en la lucha de la independencia.

Gobierno de Marcó del Pont.—Por algun tiempo se creyó que los dominadores de Chile llevarian sus armas vencedoras contra los patriotas de la provincia de Cuyo; pero la escasez de sus recursos, i mas que todo su falta de verdadero talento para aprovecharse de los triunfos alcanzados, fueron causa de que perdieran el tiempo en perseguir infructuosamente a los patriotas en vez de tratar de poner fin a la revolucion americana. El jeneral Ossorio se dejó engañar por algunas artificiosas comunicaciones de San-Martin en que bajo pretesto de entablar relaciones comerciales con Chile, le daba informes inexactos sobre el estado de Mendoza, i lo inducia a permanecer en la inaccion durante todo el verano de 1815.

Tal vez Ossorio habria pensado en abrir la campaña a fines de aquel año, apesar de que entónces la situacion de San-Martin era mucho mejor; pero cuando esperaba que el rei en remuneracion de sus servicios le confiase el gobierno de Chile en propiedad, supo que venia de España el mariscal de campo don Francisco Casimiro Marcó del Pont, nombrado su sucesor. El 26 de diciembre de 1815, Ossorio le entregó el mando, i poco despues se retiró al Perú.

Marcó del Pont era un militar torpe, cobarde i afeminado, ascendido al gobierno de Chile sin méritos de ningun jénero, i solo por el valimiento de que gozaba en la corte uno de sus hermanos. En Santiago se rodeó de los españoles mas exaltados i atrabiliarios; i siguiendo los consejos de éstos adoptó medidas mas rigorosas aun que las tomadas por su antecesor para el cobro de los impuestos estraordinarios, i para la persecucion de los patriotas. Estableció un tribunal de vijilancia bajo la presidencia del capitan San Bruno, i encargado de evitar todo acto o conversacion contraria a la fidelidad al rei, de impedir toda comunicacion con las provincias arjentinas, i de hacer cumplir los bandos o decretos dictados por la capitania jeneral para asegurar la sumision de los chilenos. Ese tribunal, que procedia verbal i sumariamente, i que podia aplicar hasta la pena de muerte con consulta del presidente, anulaba las facultades privativas de la real audiencia i establecia un réjimen de verdadero terror.

El gobierno de Marcó fué señalado por muchas otras providencias igualmente violentas i represivas. Para afianzar su poder e imponer a los habitantes de Santiago en caso que intentasen una sublevacion, Marcó i sus consejeros determinaron construir dos fortalezas en el cerro de Santa Lucia, colocado casi en el centro de la poblacion, i convirtieron en trabajadores a todos los infelices que caian presos a consecuencia de los rigorosos bandos que dictaba el gobierno. Habiendo llegado de España una cédula por la cual el rei concedia a todos los procesados políticos de Chile una amplia amnistia junto con la devolucion de los bienes embargados, Marcó se resistió a darle cumplimiento, i mantuvo en Juan Fernandez i en los otros lugares de confinacion a los patriotas que estaban sometidos a juicio. Estas medidas arbitrarias, iban acompañadas de muchas otras providencias de un órden inferior dictadas por el espíritu suspicaz i desconfiado de Marcó i de sus consejeros, i mantenian viva la profunda irritacion de todos los chilenos.

ARDIDES DE SAN-MARTIN; LAS GUERRILLAS. - San-Martin se aprovechó hábilmente del descontento que reinaba en Chile para preparar la realizacion de sus vastos planes. Por medio de destacamentos de tropas hábilmente distribuidos en los desfiladeros de la cordillera, cerró toda comunicacion entre Chile i los emigrados que se hallaban en Mendoza, o mas bien dicho, se apoderó de todas las cartas que se dirijian de una a otra parte de los Andes. Por medio de esa correspondencia, adquiria noticias de lo que ocurria en Chile; i poniendo en juego todos los artificios que le sujeria su injenio, logró hacer llegar al territorio chileno informes completamente falsos, pero mui bien calculados para ocultar sus proyectos i sus trabajos. Todavía fué mas léjos San-Martin. Residian en Mendoza algunos españoles espatriados anteriormente de Chile por el gobierno revolucionario, cuya lealtad a la causa del rei era perfectamente conocida por Marcó del Pont. El gobernador de Cuyo tomó el nombre de éstos; i por medio de hábiles combinaciones de detalle, dirijió a Marcó prolijas correspondencias en que, finjiéndose realista exaltado, le daba los informes mas falsos sobre la miserable situacion de los emigrados i la absoluta imposibilidad en que el mismo San-Martin se hallaba para emprender cosa alguna contra los reconquistadores de Chile. Como es fácil comprender, Marcó del Pont, infatuado con su poder, creyó esos informes i se dejó colocar en una situacion profundamente ridícula.

San-Martin pensó tambien en distraer las fuerzas españolas que dominaban en Chile; i al efecto, quiso provocar levantamientos parciales que las mantuvieran en constante inquietud. Por aquella época se supo en Chile que en octubre de 1815 habia salido de Buenos-Aires una escuadrilla de corsarios insurjentes con el propósito de perseguir las naves españolas en el Pacífico i de hostilizar cuanto fuera posible los puertos del Perú i de Chile. Marcó, en efecto, dictó varias providencias para resguardar la costa; pero si bien los corsarios, haciendo rumbo al Callao i Guayaquil, no dejaron verse en las aguas de Chile, luego comenzaron a esperimentarse en este pais los resultados de otro jénero de hostilidades. Los emisarios despachados de Mendoza por San-Martin, fomentaban hábilmente el descontento en los campos i en las ciudades, despertando en todas partes el espíritu público. Un abogado chileno que se habia distinguido en los primeros años de la revolucion por su espíritu inquieto i por su ardoroso entusiasmo en favor de las nuevas

ideas, fué el héroe de aquella resistencia. Don Manuel Rodríguez, este era su nombre, adquirió en esa lucha modesta i oscura de los guerrilleros la alta popularidad con que lo honraron sus contemporáneos i con que lo menciona la historia.

Rodríguez salió de Mendoza a fines de 1815, reñido al parecer con San-Martin, i finjiendo marchar confinado a un lugar remoto de la provincia de Cuyo. Cuando los patriotas chilenos, emigrados en Mendoza, lamentaban la persecucion de que suponian víctima a Rodriguez, éste daba principio a sus trabajos en la parte del territorio que hoi forman las provincias de Santiago i de Colchagua. En estos afanes desplegó un injenio lleno de recursos para fomentar la resistencia a las autoridades españolas i para burlar la persecucion de los realistas. A mediados de 1816 una guerrilla compuesta de campesinos armados de cualquier modo recorria los campos de Colchagua, interceptaba las comunicaciones i atacaba cuando podia hacerlo con ventaja, a los ajentes de la autoridad. Como debe suponerse, esa guerrilla tuvo que desvandarse bajo el peso de las persecuciones de las tropas realistas.

La desgracia de los montoneros no fué de larga duracion. En octubre aparecieron de nuevo diversas guerrillas en todo el territorio comprendido entre los rios Cachapoal i Maule. Inútiles fueron los esfuerzos de las tropas españolas para poner fin a este jénero de hostilidades. Los guerrilleros se batian poco, porque de ordinario no podian hacerlo con ventaja; pero en cambio mantenian a sus enemigos en la mas constante inquietud, obligándolos a distraer sus fuerzas de los puntos en que Marcó queria colocarlas para asechar los movimientos de San-Martin. Inútil fué que Marcó ofreciera premios pecuniarios al que denuciase el paradero de Rodríguez i de los otros jefes de guerrilla. Fué tambien inútil que los militares españoles, obedeciendo a las instrucciones dadas por el gobierno, fusilasen sin piedad i sin fórmula de proceso a los infelices montoneros, o a los simplemente sospechosos de tomar parte en las guerrillas. El terror no hacia otra cosa que aumentar el descontento i vigorizar la resistencia

A principios de 1817, cuando San-Martin se preparaba ya para abrir la campaña, las operaciones de las guerrillas fueron mas importantes. El 3 de enero, Rodríguez cayó sobre el pueblo de Melipilla, apresó a los españoles que halló en él i repartió entre los campesinos que lo seguian



las especies reunidas en el estanco i los capitales recojidos por órden del gobierno i por via de contribucion estraordinaria de guerra. El 11 de enero, otra guerrilla patriota se apoderó del mismo modo del pueblo de San Fernando. Poco dias despues, otra guerrilla intentó en vano apoderarse del pueblo de Curicó. Estos golpes de audacia, ejecutados por bandas indisciplinadas i sin armas, i contra un gobierno que contaba con un ejército de 5,000 hombres, no tenian, como debe suponerse, mas objeto que el obligar a Marcó a distraer sus fuerzas distribuyéndolas en diversas partes del territorio.

Campaña de San-Martin; batalla de Chacabuco. —En esa época, San-Martin estaba preparándose para abrir la campaña. Mediante un trabajo de toda hora, habia logrado formar a pocas leguas al norte de Mendoza un campo de instruccion i reunir en él cerca de 3,000 soldados, a quienes disciplinaba de dia i de noche. Por mucho tiempo guardó la mas estricta reserva acerca de sus proyectos; pero desde que sus tropas formaron un cuerpo que podia llamarse respetable, no ocultó inútilmente sus propósitos. El gobierno arjentino habia aprobado en jeneral el pensamiento de invadir a Chile, cuando el congreso reunido en Tucuman nombró director supremo al coronel Puirredon. San-Martin, que tenia motivos para creer que el nuevo mandatario no seria favorable a sus proyectos, se trasladó a Córdova donde tuvo con él una larga conferencia. Despues de ella, el gobernador de Cuyo quedó suficientemente autorizado para emprender la campaña contra los españoles que dominaban en Chile.

Los aprestos militares que se hacian en Mendoza, recibieron desde entónces mayor vigor. San-Martin hizo reconocer los desfiladeros de la cordillera por donde pensaba invadir a Chile; i cuando hubo elejido el lugar que mas convenia a sus propósitos, preparó un nuevo ardid para engañar a Marcó. Reunió a los indios bárbaros que habitan las faldas de los Andes al sur de Mendoza, i en una larga i solemne conferencia, despues de recomendarles artificiosamente la mayor reserva, les pidió permiso para pasar sus tropas por aquella parte del territorio. Los indios concedieron fácilmente lo que se les pedia; pero, como era de esperarse, revelaron el falso secreto a los ajentes de Marcó. El gobierno de Chile, preocupado ademas entónces con las correrias de los guerrilleros, se vió obligado a repartir su ejército en una vasta porcion de territorio.

Esto era lo que necesitaba San-Martin para hacer desaparecer la diferencia que existia entre sus fuerzas i las de Marcó. El 17 de enero de 1817, las tropas revolucionarias comenzaron a salir del cuartel jeneral. San-Martin habia desprendido de ellas diversas partidas que debian pasar la cordillera por el norte i por el sur para llamar la atencion de los realistas; i él a la cabeza del grueso de su ejército emprendió la marcha por el camino de los Patos, para caer sobre el valle de Putaendo, en la provincia de Aconcagua. Una division de 500 hombres, mandada por el coronel don Juan Gregorio de las Heras, debia seguir una marcha paralela, atravezar la cordillera por el camino de Huspallata, algunas leguas mas al sur que el de los Patos, i caer sobre el valle de los Andes, donde se operaria la reunion de todo el ejército. En los primeros dias de marcha, San-Martin recibió una nota en que el director supremo Puirredon le representaba la situacion excesivamente grave de la revolucion americana, en esa época en que los españoles eran vencedores en todas partes, i las dificultades sin cuento de la empresa que acometia. Por toda contestacion, el jefe espedicionario dió resueltamente a sus tropas la órden de seguir su marcha por los desfiladeros de la cordillera.

Jamas jeneral alguno desplegó mayor actividad i mayor intelijencia que San-Martin en esos momentos. Dirijiendo personalmente todas las operaciones hasta en sus mas pequeños detalles, impartiendo a sus subalternos las órdenes mas precisas i terminantes, señalándoles con la mayor fijeza la marcha de cada dia i las diversas evoluciones que debian hacer para sorprender i para engañar al enemigo. San-Martin realizaba con singular acierto el vasto plan de campaña que habia preparado en Mendoza. El ejército, por su parte, soportó con valor i entusiasmo las fatigas de una marcha peligrosa por laderas escarpadas, i por alturas en que el aire enrarecido hacia sumamente difícil la respiracion. La artilleria de los patriotas, bajo el cuidado de un fraile chileno, frai Luis Beltran, a quien la revolucion habia convertido en militar, era conducida desmontada a lomo de mula i con grandes dificultades.

Las fuerzas españolas que ocupaban la actual provincia de Aconcagua, trataron en vano de embarazar la marcha del ejército patriota. Tan pronto sabian que los revolucionarios se dejaban ver por el camino de Huspallata, como se les anuciaba que se habian retirado, i que se acercaban por la via de los Patos, hácia Putaendo. Los realistas se

ajitaban inútilmente corriendo sin cesar de un punto a otro, miéntras los patriotas avanzaban con toda seguridad mediante una série de maniobras i de pequeñas marchas i contra-marchas combinadas con suma habilidad. Las Heras batió, en el punto denominado la Guardia, un destacamento español, casi al mismo tiempo que San-Martin ocupaba el pueblo de Putaendo i hacia sablear por sus granaderos las fuerzas realistas que se replegaban por el cerro de las Coïmas. El 8 de febrero, despues de una marcha dirijida con un gran talento militar, i ejecutada con toda felicidad, el ejército patriota se reunió en el valle de Aconcagua. Los realistas confundidos i aterrorizados abandonaron aquella provincia replegándose hacia el sur para acercarse a Santiago, centro de todos sus recursos.

Marcó del Pont tembló de cólera i de pavor cuando supo que el enemigo pisaba el territorio chileno i ponia en dispersion a sus tropas. Publicó pomposas proclamas para exaltar el valor de sus soldados i la fidelidad de los colonos, pero desconfiando del exito de la campaña, se empeñó mas aun en poner en salvo sus muebles i vestuarios remitiéndolos a Valparaiso a fin de que fuesen embarcados en el primer buque que saliese para el Perú. Sus subalternos hicieron lo que el capitan jeneral no podia hacer por sí solo. Por medio de órdenes impartidas a gran prisa, reunieron aceleradamente una division de mas de 2,000 hombres que fué a colocarse en el camino de Aconcagua a las órdenes del brigadier español don Rafael Maroto. Otros cuerpos de tropas que llegaban de todas partes, quedaron reuniéndose en Santiago, con el pensamiento de reforzar a Maroto si aun era tiempo, o de presentar a los patriotas una segunda batalla en caso que aquel fuese derrotado ántes de recibir nuevos ausilios.

Entre tanto, San-Martin no permanecia ocioso. Miéntras sus tropas i sus caballadás tomaban el descanso indispensable para proseguir la campaña, hizo montar su artilleria i despachó ajentes a fin de conocer la situacion exacta del enemigo. No queriendo dar a los españoles el tiempo de reconcentrar sus fuerzas, i sabiendo que la division de Maroto no estaba separada de él mas que por las cerranias de Chacabuco que limitan por el sur la provincia de Aconcagua, San-Martin emprendió resueltamente su marcha en la noche del 11 de febrero. El jeneral O'Higgins, a la cabeza de un cuerpo de tropas, debia escalar esas cerranias por el camino que conducia a Santiago. Otro cuerpo, man-

dado por el jeneral arjentino don Miguel Soler, debia hacer un rodeo por otro punto de la sierra para caer por el flanco del campamento español. San-Martin se reservó para sí el mando de la retaguardia.

Aquella batalla iba a decidir de la suerte de la campaña, i de la libertad de Chile i de una gran parte de la América. El ejército insurjente, comprendiendo la gravedad de aquella situacion, se condujo con todo el ardor que podia exijirse. Al amanecer del dia 12, O'Higgins despreciando los fuegos de las fuertes partidas de avanzada del ejército español, ocupó la cima de las cerranias, i obligó a los enemigos a replegarse a gran prisa hácia su cuartel jeneral. Dejándose arrebatar por su ardoroso entusiasmo, O'Higgins bajó de las alturas en persecucion de los realistas, i avanzó hasta el mismo sitio en que Maroto estaba ventajosamente colocado. Sin aguardar el arribo de la division de Soler, el jeneral chileno empeña el combate i carga a la bayoneta contra la línea enemiga. La division patriota, mui inferior en número a las fuerzas que mandaba Maroto, desplegó tal arrojo en ese momento supremo que el cuadro realista fué roto por varias partes despues de una sangrienta i tenaz lucha. Los primeros cuerpos de la division de Soler, que bajaban de las cerranias i caian sobre el flanco de los realistas, consumaron la derrota de éstos. La persecusion de los fujitivos duró algunas horas mas, pero a medio dia la victoria de los patriotas era completa (12 de febrero de 1817). En sus manos habia caido casi todo el armamento del enemigo i un gran número de prisioneros. Dos de estos, el capitan San Bruno i el sarjento Villalobos fueron fusilados pocos dias despues en Santiago, en castigo del crímen cometido en 1815 en las personas de los infelices presos de la cárcel.

O'Higgins es nombrado director supremo.—En la tarde del mismo dia 12 comenzaron a llegar a Santiago los fujitivos del campo de batalla. Hubo un momento en que Marcó i sus consejeros trataron de reconcentrar sus fuerzas i presentar un segundo combate; pero luego se apoderó de ellos la turbacion i el desaliento, i desde entónces no pensaron mas que en ponerse fuera del alcance de los vencedores. En efecto, las tropas realistas evacuaron la ciudad en el mayor desorden durante la noche, i se dirijiron a Valparaiso a fin de embarcarse i de hacerse a la vela para el Perú. La ciudad quedó abandonada hasta el siguiente dia en que entraron a ella las primeras partidas del ejército patriota.

El 15 de febrero el vecindario de la capital, reunido en cabildo abierto, confió el mando supremo del estado a don José de San-Martin. El hábil jeneral, conociendo perfectamente que su elevacion al gobierno político de Chile, le traeria solo desagrados i dificultades sin ventaja alguna para la causa de la revolucion, renunció tenazmente el mando que se le ofrecia. El dia 16 el pueblo reunido nuevamente en cabildo abierto, proclamó director supremo del estado al jeneral don Bernardo O'Higgins.

Los primeros trabajos del nuevo mandatario se dirijieron, como era natural, a activar las operaciones de la guerra. Un reducido cuerpo de tropas desprendido del cuartel jeneral de Mendoza, habia pasado la cordillera por Coquimbo, i restablecido sin la menor resistencia el gobierno revolucionario en las provincias del norte. Otro cuerpo, mandado por el bizarro capitan don Ramon Freire, habia penetrado en Chile por la provincia de Talca, batido a los realistas que recorrian aquellos campos, i acordonado el rio Maule para impedir la retirada de los fujitivos. Solo en Concepcion quedaban en pié las autoridades españolas. Mandaba allí con el cargo de intendente el coronel don José Ordóñez, militar valiente i entendido que con una actividad verdaderamente maravillosa, reunió todas las fuerzas diseminadas al otro lado del Maule, i organizó una tenaz i vigorosa resistencia. Impuesto de este estado de cosas, el director supremo dispuso que el coronel Las Heras marchase al sur con una division regular para restablecer el gobierno revolucionario en aquellas provincias (19 de febrero).

A estas medidas militares se siguieron otras de simple reparacion. O'Higgins mandó a la isla de Juan Fernandez un buque mercante, tripulado por soldados chilenos, para volver al seno de sus familias a los patriotas confinados en aquel presidio. El gobierno desterró al otro lado de los Andes a los realistas que habiéndose comprometido en las persecuciones de la época de la reconquista, cayeron prisioneros. El presidente Marcó del Pont, capturado cerca de la costa, cuando buscaba una nave en que fugar al Perú, fué del número de los confinados.

Campaña de 1817.—Al principio no dió el gobierno grande importancia a la resistencia que Ordóñez habia preparado en el sur; pero luego se vió que allí surjia un gran peligro para la causa de la revolucion. Las Heras habia avanzado rápidamente hasta las orillas del Maule; pero una

vez al otro lado de este rio, se vió obligado a caminar con precaucion. Su marcha por esto mismo fué sumamente lenta. Al amanecer del 5 de abril (1817), se hallaba en la hacienda de Curapalihue, en las inmediaciones de Concepcion, cuando fué atacado de improviso por las tropas de Ordóñez. Despues de algunas horas de combate, los realistas fueron dispersados i puestos en completa fuga. Ordóñez abandonó a Concepcion i se replegó apresuradamente al puerto de Talcahuano, que habia fortificado con anticipacion, para defenderse allí miéntras recibia ausilios del virei del Perú.

Gobernaba entónces en el Perú el virei don Joaquin de la Pezuela. Al ver llegar al Callao a los españoles fujitivos de Chile, los reunió apresuradamente i los hizo embarcarse con rumbo a Talcahuano en número de 1,600 hombres para socorrer a Ordóñez. Estas fuerzas desembarcaron en este puerto el 1.° de mayo; i con ellas preparó Ordóñez un nuevo i mas formidable ataque contra el campamento de Las-Heras, situado en el cerrito del Gavilan, que limita a Concepcion por el nor-oeste. El jefe patriota esperaba tambien refuerzos; el director O'Higgins habia salido de Santiago con algunas tropas i marchaba aceleradamente a Concepcion a tomar el mando del ejército de operaciones. Previendo este movimiento, Ordóñez adelantó el golpe de mano que preparaba.

El 5 de mayo, los defensores de Talcahuano, en número de mas de 2,000 hombres mandados personalmente por Ordóñez, cayeron denodadamente sobre la division patriota acampada en el Gavilan. Felizmente, los soldados de Las-Heras, enorgullecidos por sus recientes triunfos i mandados hábilmente, pusieron de nuevo en dorrota a los realistas obligándolos a refujiarse detras de sus fortificaciones. El director O'Higgins, que llegó pocas horas mas tarde a recibirse del mando del ejército, encontró a los soldados patriotas celebrando la victoria que acababan de alcanzar.

El resto de aquel año se pasó en constantes combates. Talcahuano está situado en una pequeña península unida al continente por una estrecha lengua de tierra. En esta angostura, Ordóñez habia cortado una zanja profunda detras de la cual construyó espesas palizadas defendidas por setenta cañones. Esta línea de defensa podia considerarse formidable atendida la falta de elementos de ataque en el ejército revolucionario. Agréguese a esto que Ordóñez era verdaderamente dueño del mar; i que, si bien no contaba

con fuerzas navales, le bastaron unas cuantas lanchas para mandar hacer escursiones en la costa vecina, proporcionarse víveres e inquietar por todos medios a los patriotas. Ordóñez utilizó estos recursos con tanta actividad e intelijencia, que sostuvo la guerra durante un año entero. Por medio de ajentes, que despachaba por mar, inquietó a los indios araucanos i armó montoneras, que comenzaron a hacer sus escursiones en los campos que se estienden entre Chillan i los Anjeles. La plaza fuerte de Arauco, situada al sur del Biobio i reconquistada por los patriotas, fué recuperada por los realistas i vuelta a conquistar por los patriotas, dando lugar a combates encarnizados, en que formó su reputacion uno de los mas valientes capitanes del ejército de Chile, don Ramon Freire (junio i julio de 1817).

Estas operaciones i otras semejantes ocuparon a los dos ejércitos durante casi todo el año. Al fin, O'Higgins, despues de haber limpiado de enemigos toda aquella parte del territorio i de haber recibido de Santiago considerables continjentes de tropas i de armas, preparó el asalto de las fortificaciones españolas. Poco tiempo ántes habia llegado al campamento un militar frances llamado Miguel Brayer, jeneral distinguido del ejército de Napoleon, proscripto en su patria despues de la batalla de Waterloo, que habia venido a Chile a ofrecer su espada a la causa de la revolucion. O'Higgins, cediendo al prestijio militar del jeneral Brayer, aceptó su plan de ataque de las fortificaciones, i lo dispuso todo para dar el asalto en la madrugada del 6 de diciembre. Los insurjentes hicieron ese dia prodijios de valor: empeñaron el ataque con un arrojo i una disciplina verdaderamente admirables; pero un conjunto de pequeñas circunstancias imprevistas fué causa de que se malograran sus esfuerzos. Los patriotas fueron rechazados dejando el campo cubierto de muertos i de heridos; pero volvieron a su campamento para mantener sitiado al ejército español (6 de diciembre de 1817).

Nueva espedicion del jeneral Ossorio.—Aquel descalabro produjo una impresion profunda en todo Chile. El jeneral San-Martin, que despues de un corto viaje a Buenos-Aires, se hallaba en Santiago ocupado en formar nuevos cuerpos de tropas, no se dejó abatir, sin embargo, por tan gran desgracia. Léjos de eso, redoblando su celo i su actividad, se preparó entónces para hacer frente a las eventualidades de una nueva campaña.

En efecto, el virei del Perú preparaba otra espedicion contra Chile; i con este objeto, habia reunido mas de 3,000 hombres de tropas en su mayor parte recien llegados de España, i las habia puesto bajo el mando del jeneral don Mariano Ossorio, el mismo que en 1814 habia consumado la reconquista de Chile. El virei Pezuela habia fijado un plan de campaña hábilmente concebido. El ejército de Ossorio debia, segun ese plan, desembarcar de improviso en Talcahuano, reunirse con las fuerzas de Ordóñez i destruir inmediatamente la division patriota que mandaba O'Higgins. En seguida, aprovechándose de la mobilidad que le permitian sus naves, Ossorio debia embarcar sus tropas i traerlas al puerto de San Antonio para caer sobre Santiago si era posible ántes que en esta ciudad se tuviese noticia de la inevitable derrota de O'Higgins. Las fuerzas de Ossorio, mui superiores en número a la division patriota que sitiaba a Talcahuano i a las tropas acantonadas en Santiago bajo el mando de San-Martin, habria consumado seguramente la reconquista de Chile.

Felizmente, San-Martin supo por los tripulantes de un buque español, apresado por un corsario chileno, los aprestos del virei, i que éste destinaba su espedicion sobre el puerto de San Antonio. Mas tarde, recibió noticias mas completas todavía. Bajo el pretesto de entablar negociaciones con los gobernantes del Perú sobre el canje de prisioneros, i aprovechándose de la oficiosidad del comodoro ingles Bowles, que mandaba la estacion británica del Pacífico, San-Martin habia enviado a Lima un parlamentario, que se entendió con algunos empleados de la secretaria del virei. Estos suministraron al ajente de San-Martin una copia de las instrucciones que se debian entregar a Ossorio i un estado de su fuerza i armamento.

Al saber la primera noticia de estos aprestos, el jeneral San-Martin puso en juego todo su talento i toda su actividad para desbaratar los planes del enemigo. Sacó de Santiago todas las fuerzas de que podia disponer i fué a colocarse con ellas en la hacienda de las Tablas, entre los puertos de Valparaiso i de San Antonio para acudir al punto que pudiera ser amenazado por la invasion española. Al mismo tiempo, encargó que O'Higgins se retirara de Concepcion con todas las tropas de su mando para librarlas de un ataque de los invasores.

O'Higgins levantó su campamento en los primeros dias de enero (1818), i emprendió su retirada hácia el norte

arrastrando consigo a casi todos los pobladores de las provincias meridionales, como tambien los ganados i víveres para privar de recursos a los realistas. Las tropas espedicionarias, miéntras tanto, desembarcaron en Talcahuano con toda felicidad; pero Ossorio viendo desbaratado su plan de campaña con la retirada de O'Higgins, no pensó mas que en internarse en el pais para seguir en su persecucion. Las guerrillas de avanzada de los realistas recorrieron los campos de las actuales provincias de Concepcion, Ñuble i Maule, pero en todas partes hallaron solo las huellas del ejército patriota que continuaba su retirada con todo órden, o fueron batidas por la retaguardia de éste, cada vez que intentaron atacarla. El 20 de enero todo el ejército de O'Higgins se hallaba acampado al norte del rio Maule.

DECLARACION DE LA INDEPENDENCIA DE CHILE. — En momentos tan solemnes para la revolucion chilena tuvo lugar la declaracion de la independencia.

Todos los actos del gobierno revolucionario manifestaban desde tiempo atras que Chile queria ser considerado como estado soberano e independiente. El disimulo de los primeros tiempos habia desaparecido del todo despues de Chacabuco: ya no se hablaba del rei de España en términos de sumision i de reverencia, sino que por el contrario en la prensa i en los documentos se le daba el apodo de déspota detestable. Durante la campaña del sur, los delegados de O'Higgins en el mando supremo acuñaron monedas con las armas del *Estado de Chile*, representadas por una columna, emblema de la fuerza. O'Higgins habia suprimido por un simple decreto los títulos de nobleza i las armas de familia, como contrarios al espíritu democrático del nuevo órden de cosas; i en lugar de ellas habia creado la órden de la léjion de mérito, con cuyas condecoraciones fueron premiados los buenos servidores de la revolucion. La prensa manifestaba cada dia que la separacion entre Chile i la metrópoli era un hecho consumado.

Faltaba solo la declaracion solemne de este hecho. Parecia natural que para este efecto se hubiese convocado un congreso, que representando la voluntad nacional hiciese aquella declaracion. Así se habia hecho en todos los otros pueblos americanos, siguiendo en esto el ejemplo de los Estados Unidos. O'Higgins, sin embargo, procedió de distinto modo. Creyendo que la reunion de un congreso podia producir en Chile las mismas divisiones que se habian hecho sentir en este pais en 1811 i en todos los otros pue-

blos del mismo orijen, en iguales circunstancias, imajinó otro arbitrio para consultar la opinion nacional. Mandó que en todos los cuarteles de cada ciudad o aldea abriese cada inspector dos rejistros en uno de los cuales podrian firmar los que estuviesen por la pronta declaracion de la independencia i en el otro los de opinion contraria. Solo despues de quince dias debian darse por cerrados los rejistros.

El resultado de esta operacion correspondió a los deseos del director supremo. Miéntras que se cubrian de nombres los rejistros en que debian firmar los partidarios de la independencia, nadie se atrevió a poner su firma en los otros. Terminada esta operacion, el director supremo mandó estender el acta de la declaracion de la independencia; pero los afanes de la guerra, i las correcciones que O'Higgins introdujo en la redaccion de aquel documento, remitiéndolo al efecto a Santiago para que fuera rehecho, retardaron por algunos dias su promulgacion. A principios de febrero, estando O'Higgins acampado en Talca, firmó el solemne documento por el cual hacia "saber a la gran confederacion del jenero humano que el territorio continental de Chile i sus islas adyacentes forman de hecho i por derecho un estado libre, independiente i soberano, i quedan para siempre separados de la monarquía de España." Este documento, aunque firmado en Talca, como ya hemos dicho, fué datado en Concepcion i con fecha de 1.° de enero, como estaba convenido.

El 12 de febrero (1818), primer aniversario de la victoria de Chacabuco, tuvo lugar en todo el territorio ocupado por los patriotas, la jura de la independencia, en medio del entusiasmo loco de los pueblos. Nadie creia entónces que las operaciones militares, que en esa misma época comenzaban a desarrollarse, fuesen un peligro para Chile.

CAMPAÑA DE 1818; BATALLA DE MAIPO. —En esos momentos, el ejército español se reconcentraba en la orilla sur del Maule. Al ver que O'Higgins abandonaba sin combatir las provincias meridionales, el presuntuoso Ossorio creyó que los patriotas no se hallaban en estado de oponerle resistencia alguna. San-Martin, por su parte, temia aun que Ossorio volviese a Talcahuano, se embarcase allí i viniese a San Antonio con intencion de caer sobre la capital. Con el objeto de inducir a Ossorio a pasar el Maule, O'Higgins se retiró hácia Curicó, dejando solo algunas partidas volantes para vijilar los movimientos del enemigo. Ossorio se dejó engañar por este movimiento: pasó el Maule, i cre-

yendo que nadie se atreveria a ponerle resistencia, avanzó hasta las orillas del rio Lontué, diez i ocho leguas al norte de Talca.

La division patriota acampada hasta entónces en las Tablas, se habia puesto en marcha para el sur, i se reunió al ejército de O'Higgins en las inmediaciones de San Fernando, el dia 14 de marzo. San Martin abrió entónces la campaña con toda resolucion. Su pensamiento era cortar a Ossorio la retirada i obligarlo a aceptar la batalla ántes de repasar el Maule. El ejército patriota, en efecto, despues de algunas escaramuzas i ataque de vanguardias, atravezó el rio Lontué, i se puso en marcha para el sur. Ossorio, conociendo solo entónces el lazo en que se le habia hecho caer, emprendió una retirada rápida, deseando evitar una batalla que debia serle fatal, puesto que miéntras sus fuerzas alcanzaban solo a 5,000 hombres, el ejército de los patriotas contaba con cerca de 7,000. Los dos ejércitos siguieron durante dos dias una marcha paralela. En la tarde del 19 de marzo, los realistas se hallaban en las inmediaciones de Talca, en los momentos en que San-Martin se acercaba a ellos para presentarles la batalla. Ossorio, sin embargo, logró salvar sus tropas de este peligro encerrándose apresuradamente en la ciudad.

La victoria de los independientes parecia inevitable. Su superioridad numérica, la habilidad del jeneral en jefe i la union que reinaba en todo el ejército hacian augurar un triunfo seguro. En el campamento enemigo, por el contrario, no existia una confianza igual. Ossorio, falto de talento i de arrojo, no gozaba de prestijio entre sus soldados, la mayor parte de los cuales lamentaban que el virei del Perú no hubiese confiado a Ordóñez el mando de la espedicion. Habia, pues, en el campamento realista una profunda division; pero el peligro comun obligó a los jefes a ponerse de acuerdo para salir de algun modo de aquella embarazosa situacion. Ordóñez, resuelto e impetuoso como siempre, propuso caer de sorpresa durante la noche sobre el ejército patriota, que permanecia acampado al este de Talca. Este plan fué aceptado por los otros jefes; i el mismo Ordóñez recibió el encargo de ejecutarlo.

El ejército patriota permanecia acampado al oriente de Talca en la llanura de Cancharayada. Recelando San-Martin que pudiese ser sorprendido durante la noche, ordenó un cambio de posiciones para burlar los planes del enemigo; i en efecto la primera division fué a colocarse al

norte de la ciudad. La segunda division habia comenzado a ejecutar este mismo movimiento, cuando de improviso cae sobre ella el ejército realista que salia de la plaza al mando del intrépido Ordóñez. El jeneral O'Higgins, jefe de aquella division, sostuvo el combate por algunos momentos; pero luego cundió la turbacion i el desorden en sus filas. A causa de la oscuridad, los batallones patriotas se hicieron fuego unos contra otros. Las mulas que debian mover la artilleria de la segunda division, se dispersaron en todas direcciones rompiendo las filas de los soldados chilenos. El caballo que montaba O'Higgins cayó muerto de un balazo; i el mismo jeneral recibió otro balazo en el brazo derecho. A la turbacion siguió el desaliento i la dispersion de los patriotas. Los esfuerzos de San-Martin para organizar su ejército i rechazar el ataque fueron impotentes; i él mismo se vió obligado a disponer la retirada en medio de la mas espantosa confusion (19 de marzo de 1818).

Solo la primera division patriota, acampada, como hemos dicho, al norte de Talca, habia quedado intacta. Bajo el mando del coronel Las Heras se retiró del sitio del desastre, i siguio su marcha hácia el norte con toda felicidad, En la retirada se le fueron reuniendo algunos cuerpos o partidas de las otras divisiones; de manera que al llegar a San Fernando ya contaba mas de 3,000 hombres, núcleo respetable para la reorganizacion del ejército. En este pueblo tambien los jenerales San-Martin i O'Higgins detenian a los dispersos i los hacian marchar ordenadamente a Santiago.

En la tarde del dia 21 de marzo comenzaron a llegar a la capital las primeras noticias del descalabro de Cancharayada. Como es fácil comprender, en el momento se apoderó de los gobernantes i ciudadanos un terror pánico. Se decia que O'Higgins i San-Martin habian muerto en la sorpresa, que la dispersion de los independientes era completa i que los realistas vencedores marchaban rapidamente hácia Santiago. Se pensaba solo en huir a Mendoza como en 1814, despues del desastre de Rancagua, llevando consigo los caudales del estado i las armas que pudieran recojerse. El coronel don Luis de la Cruz, que mandaba en la capital por ausencia de O'Higgins, participaba de esos temores i se manifestaba inclinado a disponer la retirada, cuando algunos patriotas exaltados, a cuya cabeza aparecia don Manuel Rodríguez, el famoso guerrillero de 1816, se presentaron en todas partes a tranquilizar al pueblo aterro-

rizado recordándole el deber de defender la capital a todo trance. Aquel estado de turbacion duró cerca de dos dias: el 23 de marzo, el pueblo reunido en cabildo abierto, i algo tranquilizado con las noticias mas favorables que anunciaban la reorganizacion del ejército patriota, acordó que don Manuel Rodríguez fuese asociado al coronel Cruz en el gobierno del estado. La confianza pareció renacer en el ánimo de todos.

El siguiente dia, 24 de marzo, entró O'Higgins a la capital i reasumió el mando supremo. El gobierno cobró entónces su antiguo vigor: dictáronse la órdenes mas activas i terminantes para reunir las milicias, contener los dispersos i reorganizar el ejército. La presencia del jeneral San-Martin, que llegó poco despues, i la noticia de que Las Heras se retiraba con una division respetable, infundieron valor a los mas aterrorizados. En las llanuras de Maipo, al sur de la ciudad, se formó el campamento; i allí se reunieron en breve cerca de 5,000 soldados.

La sorpresa de Cancha-Rayada, aun que habia ocasionado la dispersion del ejército patriota, habia sido costosa para los realistas. Perdieron cerca de 300 hombres, i entre ellos algunos jefes i oficiales. Cansados con las marchas i contramarchas de los dias anteriores, inciertos sobre la verdadera situacion de los patriotas, divididos entre sí por los celos i rivalidades de los dos jefes, los españoles no se atrevieron a emprender la marcha inmediatamente; i cuando se determinaron a hacerlo, se vieron obligados a caminar con lentitud, i tomando mil precauciones. Solo en los últimos dias de marzo, pasó el Cachapoal la vanguardia de Ossorio, despues de haber sufrido algunos ataques de las guerrillas patriotas. El ejército realista siguió su marcha con la misma cautela por el territorio que hoi forma el departamento de Rancagua. El 4 de abril acampó en la parte occidental de las llanuras de Maipo, a tres leguas de distancia de la capital. Los independientes habian tenido, pues, diez i seis dias para reponerse de los estragos causados por el desastre de Cancha-Rayada.

Los dos ejércitos pasaron la noche sobre las armas. Al amanecer del siguiente dia (5 de abril de 1818) San-Martin movió sus tropas para colocarlas enfrente de las de Ossorio. Ambos ejércitos ocuparon las alturas de unas lomas, i se hallaron separados solo por una angosta hondanada que se estiende entre aquellas alturas. Los independientes emprendieron el ataque marchando resueltamente sobre las

posiciones enemigas. Por un instante, la batalla pareció indecisa; pero los realistas, reforzando apresuradamente su ala derecha, opusieron una resistencia tan vigorosa a la ala izquierda de los patriotas, que ésta comenzó a vacilar, i al fin, tuvo que retroceder en gran desórden. En aquel momento, los españoles pudieron creerse vencedores; pero la artilleria patriota, colocada ventajosamente en las alturas de la izquierda, rompió un fuego nutrido de cañon e impidió la marcha de los enemigos. La reserva de los independientes entró entónces en combate: los dispersos se rehicieron tambien i cargaron con nuevo ímpetu sobre las columnas vencedoras de los españoles. La lucha se renovó con nuevo ardor: San-Martin dirijia personalmente todas las operaciones, dando al ataque de sus tropas un empuje irresistible. Los españoles comenzaron a ceder, i se pronunciaron en breve en completa retirada. Ossorio, creyéndolo todo perdido, fugó del campo de batalla a las tres de la tarde buscando solo su salvacion personal. El denodado Ordóñez organizó todavia una heroica aunque inútil resistencia en las casas de la hacienda de Espejo; pero, acosado por todas partes i reconociendo su impotencia para resistir mas largo tiempo, ántes de anochecer se rindió con la mayor parte de los jefes, oficiales i tropa que lo rodeaban. Solo algunos centenares de españoles dispersos lograron atravesar el rio Maipo para buscar su salvacion en las provincias del sur. Todo el parque i la mayor parte del armamento de los realistas cayó en poder de los patriotas.

El director O'Higgins, debilitado por la herida que habia recibido en Cancha Rayada, i mas aun, por los fatigosos trabajos que habia exijido la reorganizacion del ejército, se hallaba enfermo en Santiago el dia de la batalla. Pero, olvidando sus sufrimientos, salió de la capital acompañado por algunos cuerpos de milicias, i llegó al sitio del combate a tiempo todavia para presenciar el triunfo decisivo i completo de las armas patriotas, i para tomar parte en el último ataque contra los realistas refujiados en las casas de Espejo.

La independencia de Chile quedó definitivamente afianzada desde aquel dia. La batalla de Maipo tuvo ademas una grande influencia en la suerte de la independencia hispano-americana. El virei del Perú, el poderoso representante del rei de España en la América del sur, el omnipotente organizador de ejércitos contra los revolucionarios de las provincias arjentinas i de Chile, tuvo que mantenerse

desde entónces a la defensiva dentro de los límites de su vireinato, i que aceptar en el hecho la existencia de dos estados independientes que no podia destruir.

Los patriotas recuperan a Concepcion; captura de la Maria Isabel.—La guerra, sin embargo, se prolongó en Chile algun tiempo mas, pero bajo condiciones mui favorables para los independientes. Los fujitivos de Maipo, reforzados por las milicias de las provincias del sur, quedaron dominando en Concepcion, Chillan i los pueblos inmediatos. Habian sido tantos i tan costosos los sacrificios hechos por los patriotas ántes de la batalla, que despues de su gran triunfo no pudieron emprender una campaña séria contra los últimos restos de los vencidos. Despues de algunas escaramusas de guerrillas que obligaban a los realistas a seguir replegándose hácia el sur, las partidas patriotas se reconocieron impotentes para recuperar a Chillan (julio de 1818).

Ossorio, con todo, temia con fundamento que los patriotas dirijiesen todas sus tropas a las provincias del sur. El virei del Perú al saber que sus tropas habian sido batidas en Maipo, se habia apresurado a remitir a Talcahuano un continjente de armas para mantener la guerra en aquella parte del territorio chileno; pero al mismo tiempo manifestaba a Ossorio sus temores de que los independientes emprendieran una campaña naval en las costas del Perú, i le recomendaba con este motivo que se volviera a Lima con las tropas de su mando, dejando solo en Chile algunas guerrillas que sostuviesen en el sur la campaña de montoneros. Ossorio, que conocia perfectamente los peligros de su situacion, despues de consultar la opinion de los jefes de su ejército, apartó de él 750 hombres que formaban los únicos restos de las tropas que habia traido del Perú, i con ellos se embarcó en Talcahuano. El resto de sus fuerzas, compuesto de 1,500 hombres de los cuerpos chilenos i de las milicias de la frontera, quedó en las provincias del sur bajo el mando del coronel español don Juan Francisco Sánchez, el porfiado defensor de Chillan en 1813.

En esa época estaba próximo a llegar a Chile un continjente de tropas españolas. Al saberse en Madrid la recuperacion de este pais por los vencedores de Chacabuco, i la resistencia que Ordóñez oponia a los patriotas en Talcahuano, Fernando VII reunió con grandes dificultades un cuerpo de 2,080 hombres que salió de Cádiz el 21 de marzo de 1818 en nueve trasportes convoyados por la

magnífica fragata de guerra *Maria Isabel*. Los ajentes de Chile en Buenos-Aires recibieron por un buque ingles oportuno aviso de la salida de esta espedicion; i poco despues tuvieron noticia completa de sus fuerzas i de sus planes. La tropa que montaba uno de los trasportes españoles se sublevó en alta mar i entregó el buque a las autoridades de Buenos-Aires con todos sus papeles. El rei habia cometido el grave error de embarcar en esta espedicion a los oficiales i soldados que se manifestaban en España descontentos con su gobierno.

Cuando se supo en Chile la salida de la espedicion de Cádiz, el director O'Higgins dió nuevo impulso a los aprestos navales en que estaba empeñado desde tiempo atras. Despues de la batalla de Chacabuco habia enviado ajentes a Inglaterra i a los Estados-Unidos, a comprar buques i contratar oficiales entre los marinos que habian quedado sin ocupacion despues del desarme de las escuadras de aquellos paises en 1815. Esos ajentes habian enviado a Chile algunas naves que fueron compradas por el gobierno independiente, como base de su futura escuadra. A fines de setiembre (1818), O'Higgins tenia regularmente equipados cinco buques, un navio, una fragata, una corbeta i dos bergantines, cuyo mando confió al coronel de artilleria don Manuel Blanco Encalada, que en su juventud habia servido en la escuadra española. La oficialidad i las tripulaciones de esos buques eran compuestas de chilenos que casi no poseian ninguna disciplina naval, i de aventureros ingleses o americanos que no comprendian el español. O'Higgins, sin embargo, tuvo fé en aquella escuadrilla, fruto de tantos afanes i trabajos, i no vaciló en despacharla contra el enemigo (10 de octubre de 1818). Al acercarse a Talcahuano, el comandante Blanco supo que algunos de los trasportes españoles habian desembarcado su jente en ese puerto i habian vuelto a hacerse a la vela para el Perú; pero se le informó tambien que la fragata *Maria Isabel* quedaba fondeada bajo el fuego de las fortalezas de la costa. Apesar de esto, dos buques chilenos entraron al puerto i rompieron el fuego sobre la fragata enemiga. Los españoles que la tripulaban, considerándose perdidos, levaron el ancla i bararon la fragata en la playa de Talcahuano. Los marinos chilenos tomaron entónces posesion de la *Maria Isabel* apesar del fuego que contra ellos se hacia desde tierra (28 de octubre de 1818). El siguiente dia, protejidos por un viento favorable, las dos naves chilenas arrancaron la fragata de su baradero i la sa-

caron del puerto con toda felicidad. La escuadrilla chilena fué entónces a colocarse en los alrededores de la isla de Santa María, i allí apresó cinco trasportes españoles que conducian cerca de 700 soldados. Las fuerzas espedicionarias en que Fernando VII habia fundado tan lisonjeras esperanzas a su salida de Cádiz, despues de haber sufrido grandes pérdidas por las enfermedades que las asaltaron en una navegacion de seis meses, cayeron en su mayor parte en poder de los marinos chilenos. Solo lograron desembarcar en Talcahuano cerca de 600 hombres, que fueron a reforzar el ejército que mandaba Sánchez.

Fácil es inferir cuán grande seria el regocijo de los patriotas al ver llegar a Valparaiso la escuadrilla vencedora trayendo consigo una hermosa fragata española de 50 cañones, i cinco buenos trasportes. O'Higgins, sin embargo, no se dejó dormir sobre los laureles cegados por sus naves. En esos momentos preparaba una espedicion formal contra los realistas que dominaban aun en las provincias del sur, i la puso bajo el mando del brigadier arjentino don Antonio González Balcarce. El coronel don Ramon Freire, a la cabeza de la vanguardia de la division patriota ocupó a Concepcion sin dificultad. El coronel Sánchez, creyéndose impotente para resistir a los independientes, habia abandonado esa ciudad con todas sus tropas, arrastrando consigo todos sus pobladores, i se habia establecido en los Anjeles, punto central del territorio, desde donde quedaba en inmediata comunicacion con los indios araucanos, cuya alianza iba a solicitar.

El brigadier Balcarce hizo contra los realistas una campaña que duró solo los últimos quince dias del mes de enero (1819). Las tropas de Sánchez opusieron alguna resistencia a los patriotas; pero en todas partes fueron batidas i obligadas a replegarse al territorio araucano. Sánchez, al fin, abrumado por tanto desastre, i notando la desercion diaria de sus soldados, emprendió con los últimos restos de su ejército una penosa retirada hácia Valdivia al travez del territorio araucano. Desde Valdivia, Sánchez se embarcó para el Perú, centro todavia de la resistencia española en esta parte de la América.

Primeras campañas de Benavides (1).—La guerra

(1) Aunque la independencia de Chile quedó consumada en 1818, he creido conveniente estender algo mas este capítulo para dar noticia de algunos sucesos importantes i particularmente de la acupacion de Val-

pareció terminada en todo el territorio chileno. El coronel Freire, nombrado intendente de Concepcion, restableció la tranquilidad en la frontera, nombrando autoridades patriotas para el gobierno de los diversos pueblos. Algunos emisarios despachados por él al territorio araucano, reunieron los dispersos del ejército de Sánchez i entraron en conferencias con los indios para restablecer la paz en aquellas rejiones.

Entre esos emisarios figuraba un oficial, chileno de nacimiento, pero que habia servido siempre con raro valor en el ejército realista. Llamábase Vicente Benavides, nombre repetido todavia con terror por las poblaciones del sur de la república. Benavides comenzó su carrera de simple soldado i servia a las órdenes del jeneral español Gainza cuando cayó prisionero de los patriotas en la batalla del Membrillar (21 de marzo de 1814). Pocos dias despues, se fugó del campamento de O'Higgins aprovechándose de la turbacion producida por el incendio de un repuesto de pólvora, i fué de nuevo a ofrecer sus servicios a los españoles. Benavides se distinguió en Rancagua i despues en la defensa de Talcahuano bajo las órdenes de Ordóñez alcanzando por sus servicios el grado de capitan. Este rango tenia cuando cayó prisionero en la batalla de Maipo. Cuatro dias despues fué condenado a muerte por su fuga de 1814, i ejecutado durante la noche a estramuros de Santiago. Por una casualidad casi incomprensible, las balas de los soldados encargados de fusilarlo le rozaron lijeramente la piel; pero el astuto Benavides se finjió muerto, i en efecto, fué dejado como tal en el lugar de la ejecucion. Sus parientes, que habian obtenido del gobierno el permiso de sepultar su cadáver, lo recojieron en la misma noche i lo ocultaron cuidadosamente. Benavides permaneció oculto siete meses. En noviembre de 1818. se presentó una noche al jeneral San-Martin, le descubrió la manera como se habia escapado de la muerte i le pidió perdon por sus pasadas faltas ofreciéndose a servir lealmente en el ejército de la patria. San-Martin lo perdonó, i le encargó que acompañase al coronel Freire en su espedicion al sur para que, haciendo valer sus relaciones en el campamento realista, provocase la desercion de los soldados de Sánchez.

---

divia i Chiloé por las armas patriotas, acontecimientos que completaron nuestra revolucion constituyendo el territorio de la república chilena.

Talvez Benavides queria cumplir lealmente la palabra empeñada; pero así que se vió en el territorio araucano, recordó sus antiguos agravios. Se presentó al coronel Sánchez, que entónces se retiraba hácia Valdivia, i le pidió que le dejase algunos soldados para mantener la guerra en la frontera. Sobre la base de 70 hombres que le dejó Sánchez, Benavides reunió una pequeña division de dispersos i de indios araucanos, i dió principio a las hostilidades degollando desapiadadamente a algunos soldados chilenos que habia tomado como prisioneros, i haciendo sablear a un oficial que Freire le habia mandado como parlamentario.

La guerra renació de nuevo en la frontera. Benavides organizó guerrillas que hostilizaban a los patriotas siempre que podian hacerlo con ventaja; pero era bastante astuto para esquivar todo combate con tropas superiores a las suyas. Freire, sin embargo, lo sorprondió en Curalí (1.° de mayo de 1819); i despues de un reñido combate, puso en completa derrota i dispersion el grueso de las fuerzas de Benavides. Desgraciadamente, éste logró escaparse con algunos de los suyos, i fué de nuevo a organizar otro ejército al interior de la Araucania. Aquel año, con todo, no se renovaron las hostilidades: solamente algunas guerrillas de bandoleros, que obedecian a la voz de Bernavides, cometieron diversas depredaciones en los pueblos fronterizos del lado de la cordillera.

Lord Cochrane; toma de Valdivia.—En esa época, el gobierno chileno estaba preocupado con el gran pensamiento de llevar la guerra al Perú. O'Higgins comprendia que miéntras los españoles dominasen en este pais, la independencia de Chile no estaria definitivamente asegurada, i queria hacer cesar ese peligro destruyendo para siempre la dominacion española en esta rejion de la América. Por otra parte, la industria chilena necesitaba premiosamente de un mercado en què vender sus productos; i se sabia que, miéntras los españoles dominasen en el Perú, los puertos de este pais debian estar cerrados al comercio de Chile. Por este motivo, O'Higgins no habia cesado de trabajar en el incremento de la escuadra, arbitrando recursos casi de la nada.

A principios de 1819, la escuadrilla chilena vencedora en Talcahuano se habia engrosado considerablemente con las presas quitadas al enemigo i con otros buques traidos del estranjero. Entónces tambien llegaban a Chile algunos marinos atraidos de Inglaterra por los ajentes de O'Higgins.

El mas notable de todos éstos fué lord Tomas Cochrane, almirante ingles que se habia labrado una reputacion europea por sus talentos i por su arrojo durante las guerras que se siguieron en el viejo mundo a la revolucion francesa. Cochrane se hallaba en Inglaterra en desgracia cerca del gobierno, privado de mando, i ademas, pobre i arruinado. Su espíritu osado i aventurero lo traia a Chile a ofrecer sus servicios a una causa mal conocida en Europa, pero noble i simpática. O'Higgins aceptó esos servicios i le dió el mando de la escuadra con el título de vice almirante.

Lord Cochrane correspondió dignamente a la confianza que en él depositaba el director supremo. Tan laborioso en la época de aprestos, como audaz en frente del enemigo, trabajó empeñosamente en el equipo de la escuadra i en la instruccion de las tripulaciones; i el 14 de enero de 1819, zarpó de Valparaiso con siete naves para ir a hostilizar al virei del Perú en sus propios atrincheramientos. Las naves españolas fueron a encerrarse en la bahia del Callao, bajo lo fuegos de sus fortificaciones: allí las atacó Cochrane valerosamente, i sino consiguió capturarlas, lo que era casi imposible, logró a lo ménos introducir el terror en el mismo campo del virei. Estacionado en seguida en la boca de aquel puerto, el célebre marino se empeñó inútilmente en sacar las naves españolas de sus escondrijos; pero convencido de la inutilidad de sus esfuerzos se retiró del Callao, apresó algunas naves mercantes, desembarcó en varios puntos de la costa para proveerse de víveres, i volvio a Valparaiso (17 de junio), conduciendo sus presas i dispuesto a emprender una nueva campaña.

El director O'Higgins renovó sus esfuerzos para equipar nuevamente la escuadra, i para armar otros buques que habian llegado del estranjero. Entónces se hablaba mucho en Chile de cohetes a la congreve, de brulotes i de otros medios de destruccion empleados en Europa en las guerras navales; i el gobierno se empeñó tambien en fabricarlos, haciendo en estos aprestos grandes gastos, que despues resultaron inútiles. Por fin, el 12 de setiembre (1819) salió de nuevo Cochrane con una escuadra de nueve buques bien guarnecidos.

La segunda campaña del célebre marino no dió resultados mas desicivos. Quizo empeñar un nuevo ataque contra las naves españolas, amparadas siempre por las fortalezas del Callao, pero le faltó el viento para consumar el golpe preparado, i ademas resultó que los elementos de destruccion

en que habia puesto tanta confianza no produjeron el efecto esperado. Despues de inútiles ardides para atraer fuera del puerto las naves enemigas, i de haberlas provocado tambien inútilmente a un combate con fuerzas iguales, Cochrane recorrió de nuevo la costa del Perú hasta Guayaquil en búsca de las naves españolas, i a mediados de diciembre dió la vuelta a Valparaiso.

Pero el denodado marino no podia resignarse a presentarse en Chile despues de dos campañas en que no habia realizado ninguna proeza digna de su nombre. En su viaje se le ocurrió apoderarse de la plaza de Valdivia, que junto con el archipiélago de Chiloé, quedaba todavia en poder de los españoles. Valdivia era entónces una de las plazas mejor fortificadas del Pacífico. Situada a orillas de un rio navegable i a cinco leguas de la costa, estaba defendida por nueve castillos levantados en ámbas riberas, cuyos fuegos cruzados impedian el paso de los buques. Esos castillos estaban guarnecidos con 118 cañones i mas de mil soldados.

Cochrane se acercó a aquel puerto, a mediados de enero, i en una chalupa reconoció las fortificaciones de ámbas orillas del rio sin ser sentido por el enemigo. Allí mismo apresó un buque español que llevaba instrucciones del virei del Perú para los defensores de la plaza. Convencido de que solo por sorpresa podria apoderarse de Valdivia, i sabiendo que las tropas de su mando no bastaban para empeñar un ataque, Cochrase se dirijió a Talcahuano, en busca de refuerzos. Allí mandaba el coronel Freire, como intendente de Concepcion; i este bizarro jefe, aunque no tenia instrucciones para ello, puso a sus órdenes un cuerpo de 250 hombres mandados por el mayor don Jorje Beauchef. El almirante se hizo a la vela para Valdivia con solo tres naves, i resuelto a dar un golpe de mano.

En la tarde del 3 de febrero (1820), Cochrane se presentó enfrente de los fuertes de Valdivia. Antes que los realistas hubieran podido organizar una resistencia formal, las tropas chilenas habian desembarcado i acometido vigorosamente los fuertes, tomando unos de sorpresa i esparciendo la confusion entre los españoles, hasta obligarlos a abandonar los otros castillos sin oponer resistencia alguna. El número de prisioneros realistas fué mucho mayor que el de los soldados chilenos que atacaron la plaza. El mayor Beauchef, a la cabeza de un cuerpo patriota, recorrió en seguida el interior de la provincia de Valdivia i desbarató por me-

dio de ataques enérjicos i vigorosos, todos los planes de resistencia que quisieron oponer los realistas del interior. Cochrane, despues de haber intentado infructuosamente un desembarco en Chiloé, volvió a Valparaiso cargado de gloria por el golpe audaz que acababa de dar a la dominacion española.

Salida de la espedicion libertadora del Perú.— En esos momentos, O'Higgins terminaba los aprestos para llevar a cabo la proyectada espedicion libertadora del Perú. Contando con un pais empobrecido por siete años de guerra i con el cansancio natural que diez años de revolucion debian haber infundido en casi todos los ánimos, el director supremo tenia que luchar con la pobreza del erario i de las fortunas particulares i con el disgusto de todos los que anhelando la paz, consideraban una locura el envio de aquella espedicion. Las provincias arjentinas, devoradas entónces por la anarquía, no podian prestar a Chile los ausilios i recursos para llevar a cabo aquella grande empresa. Un rejimiento de infanteria del antiguo ejército organizado en Mendoza habia pasado los Andes para mantener el órden en la provincia de Cuyo; pero allí se sublevó contra sus jefes i se dispersó despues de un motin escandaloso. Este movimiento hizo presumir a San-Martin que el espíritu de insurreccion habia cundido aun en las tropas arjentinas que se hallaban en Chile; así fué que, cuando el gobierno de Buenos-Aires le dió órden de pasar con sus tropas a las provincias arjentinas para combatir la revolucion, San-Martin se negó a hacerlo, temeroso de ver desbaratado su proyecto de llevar la libertad al Perú.

En esas revueltas de las provincias arjentinas aparecia como principal actor el jeneral don José Miguel Carrera, que conservaba en Chile importantes relaciones. El director O'Higgins temia a su vez que el espíritu de insurreccion prendiera en este pais; i este temor, unido a tantas otras causas de intranquilidad i de desconfianza, embarazaba la accion administrativa. O'Higgins, sin embargo, fué superior a las circunstancias en que gobernaba. Por medio de contribuciones estraordinarias i de donativos voluntarios de los ciudadanos, se proporcionó recursos para equipar once buques de guerra i quince trasportes, i para preparar un ejército de 4,100 hombres perfectamente armados i vestidos. Reunió una provision de víveres para seis meses i el armamento necesario para formar en el Perú un ejército de 15,000 hombres. El jeneral San-Martin recibió el mando en jefe de

la espedicion, i lord Cochrane el de la escuadra. El 20 de agosto de 1820 la espedicion se hizo a la vela en el puerto de Valparaiso.

ULTIMAS CAMPAÑAS DE BENAVIDES.—El feroz Benavides quedaba todavía en pié en el sur de Chile. Rehecho de su derrota de 1819, habia mantenido en la frontera la campaña de guerrillas contra las fuerzas del intendente de Concepcion, i se preparaba a empresas mayores. El audaz montonero habia llegado a comunicarse con el virei del Perú, i recibido de éste un ausilio de armas junto con el título de coronel de los ejércitos del rei.

Al saber la partida del ejército libertador del Perú, Benavides habia dado un impulso mas vigoroso a sus trabajos. Convencido de que los patriotas no podrian oponerle una séria resistencia por falta de tropas i de recursos, llegó a pensar en reducir a todo Chile bajo el peso de sus armas vencedoras. Benavides daba títulos i ascensos a sus subalternos en nombre del rei de España; i para pagarles sus sueldos, les daba unos billetes firmados por él, dándoles circulacion forzosa como papel moneda.

En setiembre de 1820 abrió Benavides la campaña. Su segundo don Juan Manuel Pico, antiguo militar español, pasó el Bio-bio con 1,500 hombres, i obtuvo en poco dias dos señalados triunfos en Yumbel i el Pangal (20 i 23 de setiembre). En éste último combate, el coronel don Cárlos Maria O'Carrol, oficial irlandes al servicio de Chile, fué apresado por los indios que seguian a Pico, i asesinado inhumanamente.

Estos desastres esparcieron el terror en todos los pueblos inmediatos. El mariscal don Andres del Alcázar, militar chileno de mas de 80 años de edad, que mandaba las fuerzas que guarnecian la plaza de los Anjeles, temió verse atacado por tropas mas numerosas, i resolvió retirarse a Concepcion para reunirse con la division de Freire. Desgraciadamente, al pasar el rio de la Laja por el sitio denominado Tarpellanca fué atacado por todo el grueso de las fuerzas enemigas mandadas por el mismo Benavides. Despues de un corto tiroteo, Alcazar tuvo que rendirse mediante una capitulacion. Benavides, despreciando lo pactado, sacrificó a Alcazar i a otro de los jefes haciéndolos lancear por sus indios, i en seguida hizo fusilar a todos los oficiales patriotas. Los soldados de aquella division fueron incorporados en el ejército de Benavides (26 de setiembre).

La guerra del sur, que hasta entónces se habia mirado con desprecio, aparecia en esos momentos como un gran peligro para la República. El intendente de Concepcion don Ramon Freire abandonó esta ciudad i se replegó a Talcahuano para defenderse allí, i para conservar espeditas sus comunicaciones con el gobierno jeneral por la via marítima. Cuando el director supremo supo lo que ocurria en el sur, mandó que el coronel don Joaquin Prieto marchase al otro lado del Maule, que reuniese las milicias de los pueblos vecinos i que organizase una division capaz de contener a Benavides, si como era de presumirse intentaba marchar sobre Santiago. O'Higgins ademas envió por mar a Freire un ausilio de tropas.

Aquella situacion tan peligrosa para la República duró dos meses enteros. El valiente Freire soportó el sitio de las hordas de Benavides hasta que obtuvo refuerzos. Entónces salió de la plaza i cargó resueltamente sobre los sitiadores obligándolos a retirarse derrotados i casi dispersos a Concepcion (25 de noviembre). Una fuerte lluvia le impidió consumar por entónces su victoria; pero dos dias despues (27 de noviembre) avanzó sobre Concepcion i empeñó de nuevo el combate contra las tropas de Benavides en los suburbios de la ciudad. En esta vez la victoria fué espléndida i completa: Benavides fugó con unos pocos soldados para encerrarse otra vez en sus guaridas de la Araucania. Antes de abandonar aquella parte del territorio chileno de que se habian enseñoreado, las partidas de Benavides incendiaron nueve pueblos i asolaron todos los campos.

Benavides hizo todavia otra campaña el año siguiente. Por medio de dos buques mercantes que apresó de sorpresa en la costa de Arauco, se puso en comunicacion con el coronel español don Antonio Quintanilla, que mandaba en el archipiélago de Chiloé, i obtuvo de él algunos ausilios de soldados, armas i municiones. En la primavera de 1821 tenia a sus órdenes cerca de 3,000 hombres, mal disciplinados, sin duda, pero capaces de llevar a cabo una grande empresa. Benavides pensaba entónces nada ménos que en llegar a Santiago sin cuidarse de las tropas que guarnecian a Concepcion, i que en el año anterior lo habian entretenido en las provincias del sur i lo habian derrotado al fin. Sus esperanzas quedaron frustradas: al acercarse a Chillan, se encontró con la division que el coronel Prieto habia organizado en 1820 por encargo del director supremo, i tuvo que aceptar el combate en el sitio denominado Vegas de Saldias

(9 de octubre de 1821). Benavides sufrió de nuevo una derrota completa i tuvo que volver al territorio araucano en el mayor desórden i con unos pocos soldados, para buscar su salvacion. Las tropas patriotas lo persiguieron encarnizadamente hasta sus guaridas.

El audaz caudillo se salvó tambien de esta tercera persecucion; pero tan constantes desastres acabaron con su prestijio militar. En su propio campamento jerminó fácilmente el espíritu de insurreccion: algunos soldados españoles lo llamaban traidor creyendo que solo por traicion podia haberse dejado derrotar en las Vegas de Saldias. La rivalidad entre españoles i criollos, que se habia hecho sentir en todos los campamentos realistas durante la revolucion hispano-americana, surjió tambien entre las hordas de aquellos montoneros. Benavides, viendo destruido su poder, no pensó mas que en abandonar el pais e irse al Perú, seguro de que el virei premiaria dignamente sus esfuerzos. Para llevar a cabo este proyecto, i no teniendo un solo buque de que disponer, se embarcó resueltamente en una chalupa tripulada por unos cuantos hombres de su confianza i se hizo a la mar. Sus mismos compañeros, en quienes habia depositado toda su confianza, no le fueron fieles; i habiendo desembarcado en la costa de Topocalma para renovar su provision de agua, lo entregaron a las autoridades chilenas para merecer su propio perdon. El famoso montonero que durante tres años habia mantenido la guerra de esterminio en la frontera araucana, fué condenado a muerte en castigo de sus grandes crímenes i ahorcado en la plaza de Santiago el 23 de febrero de 1822.

Las correrias de los guerrilleros no se terminaron con esto solo. Otros caudillos continuaron por algunos años las depredaciones en las provincias del sur, proclamándose siempre defensores de los derechos del rei de España; pero sus operaciones perdieron el vigor i la importancia que habia sabido imprimirles Benavides.

Administracion política del director O'Higgins.—En medio de los afanes de la guerra i de algunos amagos de revueltas interiores, O'Higgins seguia gobernando a Chile felizmente. Rodeado de exijencias de toda especie i contando con un pais excesivamente pobre, el director supremo no descuidó los progresos morales i materiales exijidos por la revolucion. Abrió la biblioteca i el instituto nacional, que los españoles habian cerrado durante la reconquista; dió franquicias i libertades al comercio; fomentó la agricultura

por medio de leyes prudentes i de algunos trabajos públicos, i realizó grandes reformas para dar ornato i salubridad a la ciudades. Construyó paseos i mercados, i fundó los primeros cementerios para desterrar la costumbre de sepultar los cadáveres en las iglesias.

La administracion de O'Higgins hizo por el progreso de Chile casi cuanto se podia esperar; pero al lado de esos trabajos, es preciso tambien recordar sus faltas. "Hombre honrado i afable en la vida privada, dice un distinguido historiador; bravo en la guerra hasta el punto de no economizar jamas su vida, O'Higgins estaba en la vida pública esento de todo egoismo mezquino i de toda ambicion personal e interesada. Era un verdadero patriota cuyo ídolo era la felicidad de su patria. Tenia poca capacidad para dirijir un gobierno civil regular porque sus luces eran reducidas, i porque desconfiaba de sí mismo". Este es el retrato de O'Higgins en los primeros tiempos de su carrera. Pero "observando los defectos de las personas que lo rodeaban, agrega el mismo historiador, aprendió poco a poco a deshacerse de su antigua desconfianza en sí mismo; i despues de la derrota de Rancagua, se consideraba como el único hombre que pudiese gobernar a Chile. Los años de desgracia lo habian enseñado a desafiar los obstáculos; i el hábito del poder en tiempos tan difíciles, le habia enseñado a no retroceder delante de los medios duros i violentos. Se habia reconciliado con las teorias revolucionarias, segun las cuales vale mas recurrir a una crueldad que esponerse a los peligros que puede traer consigo una suavidad intempestiva." (2) Así se esplican el ambio efectuado en el carácter de O'Higgins i las faltas cometidas bajo su administracion.

El gobierno instalado en Chile despues de la batalla de Chacabuco no encontró nunca en el interior una oposicion formal. Los enemigos de O'Higgins, es decir, los partidarios de Carrera, habian quedado en el estranjero despues de la emigracion de 1814. Para evitar toda causa de ajitacion futura, San-Martin i O'Higgins se obstinaron en no darles ocupacion alguna en el ejército organizado en Mendoza, Los hermanos Carrera, así como casi todos sus amigos i parciales, quedaron en Buenos-Aires estraños a los trabajos

(2) G. G. Gervinus, *Histoire du XIX siécle,* tom. 7, páj, 17 de la traduccion francesa.

emprendidos por aquellos dos jenerales para dar libertad a Chile.

Don José Miguel Carrera no quiso resignarse a esta forzada inaccion. Habiendo reunido algunos fondos con grandes trabajos, se embarcó para los Estados-Unidos en 1815; i allí fué a buscar naves, armas i aventureros que quisieran acompañarlo, para emprender otra campaña contra los españoles que dominaban en Chile. Empleando una actividad prodijiosa, Carrera compró a crédito armas i naves i contrató algunos oficiales estranjeros, en su mayor parte franceses proscriptos de su patria despues de la caida de Napoleon. Con esos recursos se dirijió al rio de la Plata esperando completar sus aprestos en Buenos-Aires i reunir en sus filas a los emigrados chilenos, para seguir su campaña en las aguas del Pacífico. Carrera llegó a Buenos-Aires en febrero de 1817, en los momentos mismos en que San-Martin ejecutaba su atrevida i gloriosa campaña sobre Chile. Los recursos que traia de los Estados-Unidos habrian sido sin duda de grande utilidad para consumar la empresa de San-Martin; pero el gobierno arjentino, perfectamente impuesto de las rivalidades que ántes de 1814 habian preparado en cierto modo los desatres de los patriotas chilenos, i temiendo que la presencia de Carrera fuera causa de nuevos i mas peligrosos disturbios, desbarató la espedicion con toda decision i enerjía.

La exasperacion de los deudos i parciales de Carrera no conoció límites. Dos de sus hermanos, don Juan José i don Luis, que se habian distinguido en los primeros años de la revolucion, se dirijieron de incógnito a Chile acompañados por algunos amigos, con el ánimo de conspirar en este pais, para derrocar el gobierno de los vencedores de Chacabuco. En su viaje fueron descubiertos i apresados; i despues de un largo proceso en que quedaron manifiestos sus planes, fueron fusilados en Mendoza el 8 de abril de 1818. Esta fué la primera sangre vertida en el patíbulo durante las discordias civiles a que dieron lugar aquellas rivalidades. Ese rigor excesivo; que la historia ha condenado francamente, probaba que los gobernantes chilenos i arjentinos estaban resueltos a no retroceder ante las medidas mas violentas para apartar todo peligro que pudiera amenazar la unidad de accion de los caudillos revolucionarios.

Un mes mas tarde, otro hecho menos disculpable todavia vino a probar cuáles eran los propósitos del gobierno chileno. Don Manuel Rodríguez, el famoso guerrillero de

1816, sin estar precisamente ligado a los Carrera, habia sido sorprendido despues de la batalla de Chacabuco fraguando planes subversivos contra el gobierno de O'Higgins En atencion a sus servicios, el director supremo miró con induljencia sus faltas i resolvió enviarlo a los Estados-Unidos con una mision importante. Rodríguez estaba a punto de partir para este destierro disimulado cuando ocurrió el desastre de Cancha-Rayada; i entónces volvió a aparecer en la escena pública para reanimar el ánimo desfalleciente de los patriotas. O'Higgins miró con desconfianza los servicios prestados por Rodríguez en esos momentos, atribuyéndole el propósito de conquistar influencia política, o talvez de arrebatarle el mando del estado. Rodríguez, en efecto, dotado de un espíritu inquieto i turbulento, no cesaba de censurar al gobierno i de ajitar los ánimos para obligar al director supremo a dar una constitucion, que cohartara el poder discrecional de que habia dispuesto hasta entónces. Doce dias despues de la batalla de Maipo, el 17 de abril, se reunieron en Santiago muchos vecinos en cabildo abierto para tratar de estos negocios. Rodríguez tomó una parte principal en todo esto, i cuando vió que O'Higgins se negaba a acceder a las exijencias de los vecinos reunidos en cabildo abierto, se presentó en el palacio al frente de una poblada. El director supremo no se dejó imponer: léjos de eso, en el mismo momento hizo apresar a los principales instigadores del desórden; i entre ellos, como era de esperarse, cayó don Manuel Rodríguez. Despues de un mes de prision, se dispuso que Rodríguez acompañase en calidad de preso a Quillota a uno de los batallones del ejército para ser juzgado militarmente como perturbador del órden público. Durante la marcha, Rodríguez fué asesinado por sus guardianes en el lugar denominado Tiltil (24 de mayo de 1818). Se dijo entónces que habia intentado fugarse, i que los soldados que lo custodiaban se habian visto en la necesidad de hacer fuego sobre él; pero la opinion pública entónces, i la historia despues, han acusado al gobierno del jeneral O'Higgins.

La solidaridad de estas faltas no recae solo sobre el director supremo i sobre el jeneral San-Martin. Ambos jefes habian organizado desde tiempo atras una sociedad secreta, conocida en la historia con el nombre de *lojia lautarina*, cuyo fin principal era trabajar por la independencia americana. Los miembros de esta lojia, en su mayor parte hombres de alma templada en las borrascas de la revolucion, creian lici-

to cualquier acto que condujese a la realizacion de sus propósitos, i pensaban que era indispensable no pararse en nada para ahogar en jérmen todo proyecto de revuelta interior que hubiera podido entorpecer en algo la accion gubernativa en la guerra contra España. Estas medidas de rigor, en efecto, aseguraron la tranquilidad en Chile durante todo el gobierno de O'Higgins; pero la guerra civil estalló en el esterior, comprometiendo gravemente los altos intereses de la revolucion americana.

Don José Miguel Carrera se hallaba en Montevideo confinado por el gobierno de Buenos-Aires, cuando supo que sus hermanos habian sido fusilados en Mendoza. Tomó entónces la resolucion suprema i terrible de vengarlos por cualquier medio. Publicó proclamas i manifiestos incendiarios contra los gobernantes de Chile i de las provincias arjentinas; i aprovechándose de las tendencias federalistas que comenzaban a hacerse sentir en este pais, se lanzó en la guerra civil con una decision desesperada. Apoyado en el caudillaje que las campañas de la independencia habian elevado en las provincias, Carrera prestó un poderoso ausilio a la revuelta i al trastorno del órden público. El ejército arjentino que sostenia la guerra contra los españoles en el Alto Perú, fué distraido de sus operaciones por las discordias civiles; i el ejército de San-Martin habria corrido igual suerte, i por lo tanto se habria retardado la independencia del Perú, si el vencedor de Chacabuco i de Maipo no se hubiese negado abiertamente a obedecer las órdenes del gobierno arjentino. Por fortuna para la causa de la independencia americana, Carrera i sus compañeros tenian propósitos diferentes, i no debian mantenerse unidos durante mucho tiempo. Carrera queria solo pasar a Chile a derrocar a sus enemigos: los caudillos que lo habian acompañado se dieron por satisfechos tan luego como se apoderaron del gobierno de las provincias en que querian establecerse. Carrera, dominado por un vértigo, buscó la alianza de los indios de la pampa i recomenzó una guerra horrorosa. En la provincia de Mendoza, cuando se creia próximo a realizar sus proyectos, despues de tres años de persecusiones i de campañas penosísimas, fué batido por las fuerzas del gobernador de la provincia, i fusilado poco despues en la plaza de Mendoza, en el mismo sitio en que tres años ántes habian sido ejecutados sus hermanos. La ejecucion de Carrera tuvo lugar el 4 de setiembre de 1821, a los diez años cabales de una revolucion consumada en Santiago bajo

sus auspicios, i que señala el principio de su carrera pública.

ABDICACION DEL DIRECTOR O'HIGGINS.—Estas revueltas, volvemos a repetirlo, preocuparon mucho al director supremo i embarazaron la marcha jeneral de la revolucion de la independencia; pero no turbaron en lo menor la tranquilidad interior de Chile. O'Higgins gobernó en paz seis años consecutivos, fenómeno sumamente raro en la historia de la revolucion de los pueblos hispano-americanos. La esplicacion de este hecho se encuentra en el carácter tranquilo i laborioso del pueblo chileno i en el sistema de gobierno adoptado por el director supremo. O'Higgins conocia bien que los congresos i las juntas populares habian sido en toda la América oríjen de trastornos; i por eso se obstinó en gobernar por sí mismo o con la ayuda de cuerpos deliberantes compuestos de mui pocos miembros i con facultades mui reducidas, de tal modo que la suma del poder público residia casi esclusivamente en sus manos.

El director O'Higgins supo hacerse perdonar por largo tiempo esta usurpacion de los poderes públicos. En el esterior, alcanzó a hacer de Chile, que hasta entónces habia sido la colonia mas pobre i atrazada de la España, el pueblo mas respetado a la vez que el mas influyente de la América del sur. Al mismo tiempo que el pabellon chileno se enseñoreaba del Pacífico i llevaba la libertad al Perú, el gobierno de O'Higgins socorria con armas i con dinero, i prestaba un poderoso apoyo moral a los otros pueblos que luchaban por la independencia. En el interior, trabajó con un celo vigoroso por el desarrollo material i moral del pueblo, miéntras impedia con mano enérjica las luchas desastrosas de los partidos. Preciso es advertir que fuera de las faltas anteriormente referidas, i de algunas medidas represivas, que las circunstancias del pais parecian justificar, O'Higgins gobernó con moderacion i templanza, administró los escasos caudales del estado con una economía casi constante, i ejecutó verdaderos prodijios con mui mezquinos recursos.

En octubre de 1818, el director supremo dictó una constitucion provisoria en que se hallaban confirmadas las atribuciones con que habia gobernado hasta entónces, i que depositaban en su persona un gran poder. A su lado debia funcionar un senado compuesto de cinco miembros designados por votacion popular i encargados del poder lejislativo. Ese senado, formado de amigos decididos del director supremo, no hizo mas que robustecer su poder.

Aquel órden de cosas, sin embargo, no podia durar mucho tiempo. A mediados de 1822, terminada, puede decirse, la guerra contra los españoles, comenzaron a hacerse sentir las aspiraciones de los ciudadanos hácia un órden de cosas ménos restrictivo i mas conforme con el sistema republicano que Chile estaba dispuesto a adoptar. El mismo director supremo no pudo resistir por mas tiempo a estas exijencias de la opinion; i dispuesto a dar al pais una nueva constitucion, convocó un congreso de diputados de todas las provincias con el encargo de determinar las bases bajo las cuales deberia reunirse una convencion constituyente. Dado este primer paso, O'Higgins vaciló i luego retrocedió ante los peligros de su misma obra. El congreso preparatorio, compuesto de parciales del director supremo elejidos con alguna resistencia, fué convertido en convencion constituyente, i como tal, dictó una constitucion jurada el 30 de octubre de 1822. El nuevo código no correspondia a las exijencias liberales de la opinion: el director supremo quedaba siempre armado de un poder casi sin límites. La duracion de sus funciones fué tambien prorrogada por mucho tiempo mas.

O'Higgins, como hemos dicho ántes, habia llegado a convencerse profundamente de que solo él podia gobernar el pais, i de que Chile necesitaba por largos años todavia de un poder fuerte que arrancase todos los jérmenes de anarquía. Republicano por carácter i por sistema, habia combatido las sujestiones de San-Martin i de otros políticos de aquella época, que pensaban que la América no podria gobernarse sinó con monarcas elejidos entre las familias reinantes en Europa; pero creia al mismo tiempo que la república no podia plantearse de repente, i que era menester esperar que el tiempo i la educacion del pueblo permitieran establecer este sistema con toda verdad.

La jeneralidad de los chilenos era de diversa opinion. Por eso fué que cuando vieron burladas las esperanzas que habian cifrado en la convencion de 1822, se hizo sentir un gran descontento en toda la república. En Coquimbo i en Concepcion, el cabildo i el vecindario se pronunciaron en abierta insurreccion. En esta última provincia acaudilló el movimiento el jeneral don Ramon Freire, el militar mas afamado de Chile despues del director supremo. A su voz, se pusieron en armas todos los pueblos del sur de Chile hasta las orillas del rio Maule (diciembre de 1822).

Apesar del gran peligro de que se veia amenazado, O'Hig-

gins pensó todavia en resistir. Despachó tropas contra los rebeldes, pero tuvo el dolor de ver que sus soldados lo abandonaban para formar en las filas de la insurreccion. El gran poder de O'Higgins se desmoronaba cuando éste se creia mas fuerte i poderoso que nunca. El pueblo mismo de Santiago, los acaudalados propietarios de la capital que hasta entónces habian sido el mas firme sosten del director supremo, se sintieron tambien dominados por la ajitacion jeneral; i el 28 de enero de 1823, se reunieron en el salon del consulado, en el mismo sitio en que el 18 de setiembre de 1810 el pueblo de Santiago organizó el primer gobierno nacional, i allí comenzaron a tratar con una entereza verdaderamente republicana i heroica de los males que aquejaban a la nacion. O'Higgins, el mandatario respetado i temido por el pueblo, fué llamado a aquella asamblea popular para manifestarle los males que podria orijinar su permanencia en el gobierno. El director supremo habria podido hacer frente por mas largo tiempo a aquella situacion, pero acudió al llamamiento de los vecinos reunidos en el consulado, para discutir con ellos acerca de los destinos de la patria. En esa memorable reunion, O'Higgins conservó esa entereza llena de dignidad que poseen los hombres que por largos años han contado con el respeto i el amor del pueblo; pero no queriendo luchar por mas tiempo contra tantas resistencias, entregó el mando de que estaba investido a una junta de gobierno compuesta de don Agustin Eyzaguirre, don José Miguel Infante i don Fernando Errázuriz. La junta entró en el ejercicio de sus funciones aquel mismo dia (28 de enero de 1823). "La marcha decente de toda esta importante revolucion, dice un distinguido historiador, estaba en harmonia con la historia entera de Chile i formaba un contraste mui ventajoso con los sucesos análogos que entónces tenian lugar en los otros estados" (3).

Como debe suponerse, la administracion de O'Higgins habia despertado odios profundos. Sus enemigos alzaron la voz para acusarlo por las faltas de su gobierno; i en efecto se abrió un juicio de residencia de que en realidad no resultó nada contra el director supremo. La junta gubernativa, por su parte, guardó a O'Higgins las consideraciones a que lo hacian acreedor sus eminentes servicios, i manifestó particular empeño en acallar las acusaciones de que se queria

(3) G. G. Gervinus *Hist. du XIX siècle*, vol. X páj. 91.

hacerlo víctima. El mismo O'Higgins, creyendo que su separacion de Chile calmaria esas quejas, solicitó permiso para salir del pais por dos años, i partió para el Perú. Este destierro voluntario en su principio, se hizo al fin perpetuo: O'Higgins quedó en el Perú hasta el fin de sus dias (24 de octubre de 1842).

Reincorporacion del archipiélago de Chiloé.—El jeneral don Ramon Freire fué elejido director supremo el 31 de marzo de 1823. Bajo su gobierno se dió una nueva constitucion mucho mas liberal que las anteriores, pero que fué derogada ántes de mucho tiempo. Entre otros actos lejislativos de aquel año debe mencionarse la lei de 24 de julio que declaró la libertad de los esclavos, complemento indispensable de otra lei dictada por el congreso del 1811. A Chile le cabe la gloria de ser el primer pueblo americano que hizo estas importantes declaraciones. No entra en los límites de este libro el referir la historia de la administracion del jeneral Freire, que forma parte de la era de la república; pero sí debemos dar cuenta de las campañas militares que dieron por resultado la reincorporacion del archipiélago de Chiloé.

El director Freire organizó una division a fines de 1823 para ausiliar a los patriotas que combatian aun por la independencia del Perú. Esa division hizo una campaña inútil a los puertos del sur de aquella república, i volvió a Chile en los primeros meses del año siguiente. Entónces Freire resolvió emplear esas fuerzas en la reconquista del archipiélago.

Mandaba allí el brigadier español don Antonio Quintanilla, militar activo i resuelto, que no habia perdonado medio alguno para hostilizar a los patriotas, ya sea armando corsarios, ya ausiliando a los montoneros que sostenian la guerra en el sur de Chile. Poniendo sobre las armas todas las milicias de aquella provincias, Quintanilla habia logrado organizar un ejército reducido, pero bien disciplinado i vigoroso.

En Chile se creia jeneralmente que la ocupacion del archipiélago no presentaria grandes dificultades. Las fuerzas patriotas preparadas para esta empresa formaron un cuerpo de 2,500 hombres i cinco buques de guerra, que se encontraron reunidos en Valdivia a mediados de marzo (1824). El jeneral Freire mandaba en persona la espedicion; pero en vez de atacar vigorosamente la plaza de San Cárlos (hoi Ancud), que era el centro de los recursos del ene-

migo, dividió sus tropas en varios cuerpos i comenzó a operar por diversos puntos a la vez. Esos cuerpos obtuvieron fácilmente varias ventajas parciales: uno de ellos mandado por el valiente coronel Beauchef obtuvo en el interior de la isla, en el sitio denominado Mocopulli, una victoria despues de un combate reñidísimo (1.º de abril). Estas operaciones, sin embargo, no produjeron los resultados que se buscaban. Las lluvias del invierno, tan abundantes en aquellas latitudes, vinieron a embarazar los movimientos del ejército patriota i obligaron al fin a Freire a retirarse de Chiloé postergando para mejor oportunidad la ejecucion de su proyecto.

Cerca de dos años se pasaron sin que el gobierno chileno emprendiese operacion alguna contra el archipiélago. Freire esperó por algun tiempo que los realistas de Chiloé, abandonados a sus propios recursos, capitularian con el gobierno independiente; pero burlado en sus espectativas, preparó un ejército de cerca de 3,000 hombres.

A la cabeza de este ejército se embarcó el director en Valparaiso en noviembre de 1825. En esta ocasion, la campaña fué dirijida con mayor acierto. Freire desembarcó el 9 de enero de 1826 en las inmediaciones del puerto de San Cárlos; i despues de cuatro dias de marcha i de algunas escaramuzas con las guerrillas del enemigo i con las lanchas cañoneras que habia armado, Quintanilla, se colocó en frente de las fuerzas de éste, situadas a espaldas de la ciudad. El 14 de enero tuvieron lugar dos combates, a las orillas del estero de Pudeto i en las alturas de Bellavista. Apesar de sus ventajosas posiciones, Quintanilla se vió obligado primero a retirarse con algun órden; pero acosado tenazmente por los patriotas, i dispersardo su ejército, tuvo que pronunciarse en completa derrota. Todavia quiso organizar una nueva resistencia; pero el desaliento se habia apoderado de los últimos restos de sus tropas; i al fin el tenaz caudillo se vió obligado a capitular cinco dias despues de su derrota. El 22 de enero de 1826, el supremo director don Ramon Freire proclamó solemnemente que el archipiélago de Chiloé dejaba de formar parte de la monarquía española i quedaba incorporado en la república de Chile.

Este fué el último acto del drama revolucionario iniciado en Santiago en 1810 i concluido diez i seis años mas tarde en las selvas de Chiloé. La colonia mas pobre i mas oscura de la España en el nuevo mundo, pasó a ser una república independiente, que mas feliz que casi todas sus hermanas, ha

aprovechado su libertad para desarrollar los jérmenes de su riqueza, i para alcanzar a un grado de prosperidad que sin duda no se imajinaron los padres de la independencia (4).

CAPITULO XI.

La república de Colombia.

Insurreccion de la Margarita.—Segunda espedicion de Bolívar a Venezuela.—Primeros contrastes de Bolívar; campaña de Mac Gregor.—Espedicion a la Guayana.—El congreso de Cariaco; trájico fin de Piar.—Campaña de Paez en el occidente.—Campaña de Morillo en Venezuela; es rechazado en la Margarita.—Bolívar abre las operaciones militares contra Morillo.—Las tropas ausiliares inglesas.—Trabajos de reorganizacion política i militar.—Espedicion de Bolívar a Nueva-Granada.—Paso de los Andes.—Batalla de Boyacá; toma de Bogotá.—Formacion de la república de Colombia.

(1815—1819).

Insurreccion de la Margarita.—El año de 1816 señala, como hemos visto, la época de mayor decadencia de la revolucion hispano-americana. Los españoles, vencedores en todas partes, parecian próximos a consumar la pacificacion de sus estensas colonias. Fué en este momento supremo cuando San-Martin emprendió su admirable campaña sobre Chile, i cuando Bolívar renovó la lucha en las rejiones occidentales de Venezuela con nuevo heroismo i con mejor resultado que hasta entónces.

El brigadier don Salvador de Moxó continuaba mandando a Venezuela, i ejerciendo en aquel infeliz pais el mas rigoroso despotismo. Los montoneros patriotas mantenian la lucha contra la dominacion española en diversas partes del territorio, pero principalmente en las orillas del Orinoco, en donde Zaraza, Cedeño i Monágas, hacian verdaderos pro-

---

(4) La historia de la revolucion de Chile ha sido estudiada con mayor prolijidad que la de casi todos los otros estados hispano americanos. El lector encontrará todo jénero de noticias en las numerosas memorias históricas presentadas a la Universidad, i que actualmente se reimprimen bajo la direccion de don Benjamin Vicuña Mackenna en una coleccion ordenada i metódica. Pueden consultarse tambien dos obras publicadas por este último con los títulos de *Ostracismo de los Carrera* i *Ostracismo de O'Higgins*, i la *Historia jeneral de la Independencia* en 4 volúmes, publicada por mí, que comprende desde 1808 hasta 1819. Don Miguel Luis Amunátegui ha hecho una reseña sumaria pero mui clara de la revolucion chilena, en su *Compendio de la historia política i eclesiástica de Chile*.

dijios de valor. Las fuerzas realistas destacadas contra esos guerrilleros no alcanzaron nunca ventajas decisivas. Poco mas tarde, la lucha recomenzó en otra parte del territorio venezolano.

La pequeña isla de Margarita, situada al norte de la provincia de Cumaná, era el asilo de algunos patriotas, que por haberse rendido a las armas realistas, habian sido perdonados por Morillo. Esa isla, distante solo catorce leguas del continente i poblada entónces por unos 12,000 habitantes, tenia una grande importancia para las futuras operaciones militares, razon por la cual Morillo puso allí una regular guarnicion bajo el mando del teniente coronel don Antonio Herraiz. Como este jefe no se prestara a ejecutar el sistema de secuestros i de persecuciones, cuyas funestas consecuencias percibia claramente, Moxó lo separó del mando i confió el gobierno de la isla al teniente coronel don Joaquin Urreistieta, hombre desconfiado i cruel e instrumento a propósito para llevar a cabo la represion, como la comprendian los realistas.

El nuevo gobernador, obedeciendo a las instrucciones de sus jefes, preparó cautelosamente un golpe de mano para apresar a los patriotas en un festin en que se proponia celebrar la caida de Napoleon (24 de setiembre de 1815). Uno de los venezolanos designados por las autoridades era el coronel don Juan B. Arizmendi, que se habia distinguido por su valor i por una firmeza que no retrocedia aun ante los mayores compromisos, como lo habia probado en Carácas en 1814; pero advertido en tiempo, huyó a los montes de la isla i se burló de sus perseguidores. La esposa de Arizmendi, llamada Luisa Cáceres, fué apresada, i despues de recibir con singular entereza los peores tratamientos, fué remitida a Cádiz, de donde se escapó algunos años mas tarde disfrazada de marinero.

Arizmendi no se intimidó por esta desgracia, ni por las persecuciones i crueldades de que fueron víctimas sus amigos. Con una resolucion verdaderamente heroica, i acompañado solo por 30 hombres, se apoderó por sorpresa del puerto de Juan Griego (16 de noviembre) i pasó a cuchillo la guarnicion española. Sus filas se engrosaron imediatamente; de tal modo que habiendose apoderado de la villa del Norte, en que se repitió la carniceria de los realistas, Arizmendi llegó a contar 1,500 hombres mal armados, pero llenos de resolucion. Empeñóse entónces una lucha terrible entre Urreistieta i Arizmendi, en que la suerte de

las armas fué alternativamente fovorable a los dos partidos, i en que ámbos cometieron grandes atrocidades. El capitan jeneral Moxó recomendaba desde Carácas a sus subalternos que no perdonasen la vida de un solo patriota. "Todos los insurjentes o los que los sigan con armas o sin ellas, decia Moxó en una carta célebre, los que hayan ausiliado o ausilien a los mismos, i todos los que hayan tenido parte en la crísis en que se encuentra esa isla, seran fusilados irremisiblemente sin formarles proceso ni sumaria, sinó con breve consejo verbal de tres oficiales." Arizmendi, por su parte, hacia degollar a todos los prisioneros, i mantuvo la guerra con enérjia i felicidad. El brigadier español don Juan Bautista Pardo, que mandaba en Cumaná i que habia cometido allí todo jénero de atrocidades haciendo azotar mujeres i ejecutando otros desmanes, pasó a la Margarita con un refuerzo de cerca de 600 hombres dispuesto a castigar a la canalla insurjente, como llamaba a los patriotas, i a no perdonar ni aun a los inocentes; pero no fué mas feliz en su empresa; i despues de diversos combates de resultado indeciso que tuvieron lugar en enero de 1816, los patriotas quedaron dueños de la mayor parte de la isla, i se sostuvieron en pié hasta que de nuevo se presentó en sus playas el infatigable Simon Bolívar.

Segunda espedicion de Bolivar a Venezuela.—Hemos visto en otra parte (1) que Bolívar, convencido de que sus servicios no serian aceptados por los defensores de Cartajena, a consecuencia de los odios i rivalidades enjendrados por los disturbios civiles, habia abandonado la Nueva-Granada, para buscar un asilo en la isla inglesa de Jamaica (mayo de 1815). Bolívar se estableció en Kingston, capital de la isla, en donde fué recibido favorablemente por el gobernador duque de Manchester. Impaciente i apasionado por caracter, el caudillo venezolano escribió entónces una interesante memoria en que juzgando con gran talento la revolucion hispano-americana, hacia la defensa de su conducta contra las acusaciones de que era víctima. Bolívar, hombre de un talento de primer órden, no imitó en esos momentos la conducta delicada de Washington, que lleno siempre de moderacion i de patriotismo, toleró impasible las mas injustas acusaciones sin querer defenderse nunca.

(1) Part. IV, Cap. VII, páj. 213.

Pero Bolívar no pensaba mas que en volver a su patria a encender de nuevo la guerra contra sus opresores. A su lado se agrupaban muchos otros patriotas americanos que no podian resignarse a vivir en la inaccion. El gobierno español de Venezuela sabia mui bien que miéntras Bolívar viviese, la tranquilidad no seria duradera en aquel pais; i resolvió deshacerse de él por la mano de un vil asesino. Los ajentes del capitan jeneral Moxó corrompieron a un negro llamado Pío, que habia sido esclavo de Bolívar i que lo acompañaba en su proscripcion como sirviente doméstico. En la noche del 9 de diciembre (1815), el negro se acercó a la hamaca en que solia dormir Bolívar, i apuñaleó a un hombre que dormia en ella. Era éste un oficial apellidado Amestoi, que se habia acostado sabiendo que el caudillo venezolano no volveria esa noche a su casa. Amestoi murió en el momento; pero el asesino fué apresado allí mismo i entregado a la justicia. El negro sufrió pocos dias despues la pena capital con grande entereza i sin querer revelar los nombres de las personas que lo habian precipitado a cometer tan horrible crímen.

El peligro que habia corrido su vida no arredró a Bolívar. Convencido de que las autoridades de Jamaica no le prestarian ningun apoyo para sus futuras empresas, i sabiendo que un armador holandes preparaba en la república de Haití una espedicion para ausiliar a los patriotas que todavia defendian a Cartajena contra el ejército de Morillo, se embarcó para aquella república con la esperanza de tomar parte en la defensa de la plaza sitiada. En su viaje supo por un corsario neo-granadino que Cartajena habia sucumbido. Entónces se dirijió a Puerto Príncipe, capital de Haití.

Gobernaba allí con el carácter de presidente un mulato llamado Alejandro Petion, hombre de un talento notable que habia elevado a un cierto grado de prosperidad la república de los negros. Petion profesaba ardientes simpatías por los revolucionarios hispano-americanos, i queria cooperar a la realizacion de sus proyectos. Bolívar recibió de él la mas decidida proteccion: no solo obtuvo la amistad del presidente, sino que alcanzó que éste le suministrara armas i recursos para llevar a cabo su empresa sobre Venezuela. En Haití encontró tambien Bolívar a un rico armador de Curazao, llamado Luis Brion, que habia abrazado con ardoroso entusiasmo la causa de los revolucionarios de Nueva-Granada, esponiendo por ella su fortuna i su vida; i a un acaudalado comerciante ingles nombrado Roberto Southerland que esta-

ba dispuesto a ausiliar con sus tesoros a los futuros espedicionarios. El primero ofreció para la empresa siete goletas mercantes armadas en guerra, que el mismo Brion debia mandar; i el segundo prestó importantes socorros pecuniarios para completar el equipo de la espedicion.

En el puerto de los Cayos de San Luis, en la costa sur de la república de Haití, comenzaron a hacerse aquellos aprestos desde enero de 1816. Allí se habian reunido los jenerales Piar, Montilla, Mariño, Bermudez, el escoses Gregorio Mac Gregor, el coronel don Cárlos Soublette, el ciudadano neo-granadino don Francisco Antonio Zea i otros venezolanos i estranjeros de menor importancia. Las rivalidades que se habian hecho sentir en Venezuela desde las primeras campañas, surjieron tambien en aquel puerto cuando se trató de designar el jefe de la espedicion. Brion, sin embargo, se pronunció decididamente por Bolívar; i el presidente Petion interpuso su poder para vigorizar la autoridad de este jeneral. Se convino entónces en que Bolívar mandaria las fuerzas espidicionarias hasta que, llegando al territorio de Venezuela, pudieran designar un jefe. Algunos oficiales, no queriendo olvidar antiguos resentimientos, se separaron de Bolívar.

El 30 de marzo de 1816 zarpó de Haití la espedicion libertadora. Componíanla, como ya hemos dicho, siete pequeñas embarcaciones armadas en guerra, i 250 hombres, en su mayor parte oficiales, que debian servir de base al ejército que se pensaba organizar en Venezuela. Despues de una larga i penosa navegacion, en que, sin embargo, apresaron algunas naves españolas, los espedicionarios desembarcaron en la Margarita (3 de mayo) i se reunieron a las fuerzas insurjentes que mandaba Arizmendi. Los realistas abandonaron algunas de sus posiciones i fueron a encerrarse en la fortaleza de Pampatar.

Parecia imposible que aquel puñado de hombres pudiera consumar la reconquista de Venezuela, donde dominaban mas de 5,000 soldados españoles apoyados por el ejército que Morillo mantenia en Nueva Granada. Bolívar, sin embargo, no desmayó un instante; i habiendo sido designado por sus compañeros jefe supremo de la república sin sujetarse a otra lei que la salvacion de la patria (7 de mayo), anunció a los venezolanos que habia llegado a salvarlos de la dominacion de los tiranos, i abrió la campaña sobre la tierra firme con toda resolucion. Mandó que Mariño i Piar iniciasen las operaciones por Güiria, en el oriente de Vene-

zuela, i él mismo se dispuso a desembarcar en la provincia de Cumaná.

PRIMEROS CONTRASTES DE BOLIVAR; CAMPAÑA DE MAC-GREGOR.—Bolívar desembarcó en el continente, en el pequeño puerto de Carúpano el 1.° de junio. La guarnicion española, despues de oponer una reñida resistencia, se retiró al interior. Allí Bolívar anunció su proyecto de reconquistar la independencia de Venezuela; i en cumplimiento de una promesa hecha a Petion, decretó la liberad de los esclavos negros que se enrolasen en su ejército. Sin embargo, las tropas independientes no se engrosaron como era de esperarlo. La provincia de Cumaná, agotada por la guerra desoladora de los años anteriores i dominada por el terror, ofreció a los libertadores mui pocos combatientes. Bolívar habia anunciado su propósito de regularizar la guerra; pero el presidente Moxó contestó a esa proposicion ofreciendo diez mil pesos por la cabeza del jefe rebelde. Los infelices pobladores de Venezuela conocieron entónces que la guerra a muerte no habia llegado a su término.

Irritado por este primer desengaño, Bolívar se hizo de nuevo a la vela, i fué a desembarcar cerca de Ocumare (6 de julio), al occidente de Carácas, con el propósito sin duda, de amenazar la capital. Allí anunció de nuevo sus proyectos libertadores, pero tampoco obtuvo la cooperacion que necesitaba. Despues de lijeras escaramuzas, los oficiales invasores resolvieron avanzar rápidamente hácia el sur para reunirse con las guerrillas de caballeria que mandaban Monágas i Zaraza en las orillas del Orinoco. Desgraciadamente, cuando se hacian los aprestos para esta marcha, se esparció en el campamento la voz de que Morales habia ocupado el puerto de Ocumare con un ejército formidable. La noticia era falsa; pero produjo tal turbacion entre los invasores que no se pensó mas que en retirarse con la mayor rapidez para evitar una derrota segura (14 de julio). Los soldados de Bolívar se reembarcaron con gran precipitacion, i se dirijieron a Bonaire, pequeña isla holandesa inmediata a Curazao.

Una parte de las tropas independientes quedó en tierra por no haber alcanzado a embarcarse en medio de la jeneral confusion. Los soldados elijieron por jefe al jeneral escoses Mac-Gregor, jóven lleno de valor que se habia conquistado una alta nombradía en Venezuela i en Nueva-Granada durante las primeras campañas de la guerra de la independencia. A su lado se colocó con el rango de jefe de estado ma-

-yor el coronel venezolano don Cárlos Soublette, jóven tan valiente como entendido que gozaba tambien entre los suyos de una merecida fama. Estos dos militares, seguidos por 650 hombres mal armados, realizaron una de las empresas mas heroicas de que haya sido teatro el nuevo mundo. Atravezando una estension de mas de ciento cincuenta leguas de un territorio en que dominaban los enemigos con fuerzas mucho mas numerosas i mejor disciplinadas, batieron cuantas partidas realistas le salieron al encuentro i obtuvieron una espléndida victoria en Quebrada Honda contra tropas mas formidables. El 10 de agosto (1816), se reunieron con las guerrillas del jeneral don José Tadeo Monágas; i emprendieron la marcha hácia el nor-oeste. Los patriotas obtuvieron todavia otra gran victoria en Los Alacranes (6 de setiembre), que les dejó espedito el camino hasta Barcelona. Los españoles evacuaron esta plaza; i Mac-Gregor la ocupó el 13 de setiembre, estableciendo allí el cuartel jeneral de la insurreccion. Desde entónces contó ésta con un centro de operaciones, que por su situacion sobre el mar, le permitia recibir refuerzos de la Margarita i de las otras islas vecinas.

No pasó mucho tiempo sin que los patriotas se viesen amenazados en aquella posicion. El jeneral español Morales, con 3,000 soldados, se acercó a Barcelona pocos dias despues lleno de arrogancia i creyendo que nada podia resistirle. Los independientes, sin embargo, mandados por el jeneral don Manuel Piar, que viniendo de Güiria acababa de reunirseles con alguna infanteria, presentaron batalla a Morales fuera del pueblo, en el sitio denominado el Juncal, i lo derrotaron completamente (27 de setiembre). La dispersion de los realistas fué tan grande que pasaron muchos dias para que Morales pudiera reorganizar algunos cuerpos.

Hasta entónces, la participacion de Bolívar en la campaña libertadora habia sido casi nula. Los patriotas de Venezuela no tenian noticia alguna suya, i ni aun sabian cuál era su paradero. En efecto nunca habia sido ménos afortunado aquel jeneral. Despues de su retirada de Ocumare, se refujió, como ya hemos dicho, en la isla de Bonaire. Allí se le juntó Brion con algunas naves. Bolívar no pensó entónces mas que en volver al continente a tentar fortuna abriendo nuevamente la campaña. Ignorando la suerte de Mac-Gregor i de sus compañeros, se dirijió a las costas de Cumaná, en donde esperaba encontrar a Mariño i a Piar,

encargados por él de operar en aquella provincia. El 16 de agosto, desembarcó Bolívar en Güiria, i encontró en efecto un cuerpo patriota que ocupaba aquella parte de la provincia de Cumaná; pero en vez del recibimiento que esperaba, vió desconocida su autoridad i que se le trataba de cobarde i de traidor. El jeneral Bermudez, que encabezaba la rebelion, despues de ultrajarle cruelmente, sacó su espada ciego de rabia, i habria acometido contra el Libertador, a no haberse interpuesto algunas personas (22 de agosto). Bolívar pudo felizmente reembarcarse, i dar la vuelta a Haití, a solicitar de nuevo el amparo del presidente Petion. Mariño i Bermúdez quedaron mandando en Güiria: el jeneral Piar, que habia salido poco ántes de este pueblo i marchado sobre Cumaná, supo el arribo de Mac Gregor a Barcelona, i fué, como hemos dicho, a juntarse con él.

Espedicion a la Guayana.—El desprestijio i la ruina de Bolívar parecian definitivamente consumados. Una serie de desgracias habia desbaratado sus planes i destruido casi completamente su crédito. En esos momentos, fueron mui pocos los hombres que le quedaron fieles; pero el activo desinteresado Brion fué de este número. Dueño de algunas naves, que debian ser mui útiles a los revolucionarios, fué solicitado por los rebeldes de la Margarita, que necesitaban de su poderoso apoyo. Brion hizo valer su situacion en favor de Bolívar, convencido de que, apesar de los contrastes sufridos, éste era el único jefe capaz de reconciliar a todos los patriotas que hasta entónces vivian enredados en enojosas querellas.

No tardó mucho Bolívar en ser llamado al continente. El escoces Mac Gregor, disgustado por las discordias que a cada rato se suscitaban entre los jefes venezolanos, se retiró de Bacelona para buscar alguna tranquilidad en las islas neutrales de las Antillas. El jeneral Piar se retiró tambien de la plaza con 500 hombres i marchó a las llanuras regadas por el rio Orinoco con la esperanza de reunirse al guerrillero patriota Cedeño, i de abrir una campaña formal en la provincia de Guayana.

Bolívar desembarcó en Bacelona el 31 de diciembre. Las fuerzas que allí le reconocieron por jefe eran mui poco numerosas; pero resuelto a hacer algo memorable, pensó en una tentativa contra Carácas. Supo entónces que los realistas, en número de mas de 5,000 hombres mandados por Morales, se acercaban a Barcelona, i le fué forzoso mantenerse a la defensiva. En este estado pasó Bolívar has-

ta mediados de marzo de 1817, empeñando algunos ataques parciales, pero sin lograr batir las respetables fuerzas del enemigo.

El Libertador no era hombre de soportar por mucho tiempo una situacion semejante: resuelto i tenaz en su propósito de consumar la independencia de Venezuela, variaba, sin embargo, de planes en cada nueva dificultad que se le presentaba. Imposibilitado para llevar a cabo una empresa cualquiera sobre Carácas, se resolvió al fin a abrir la campaña en las orillas del Orinoco, del mismo modo que lo habian hecho los realistas en 1813, cuando, batidos en todas partes, armaron a los pobladores de los llanos i recomenzaron por el sur la reconquista de Venezuela. Bolívar esperaba reunir bajo su mando a los guerrilleros del sur i establecer una base sólida de operaciones mediante la subordinacion de los jefes subalternos. El Orinoco i sus afluentes, rios navegables hasta el centro de la Nueva-Granada, podian ponerlo en comunicacion con las islas de las Antillas, de donde esparaba algunos recursos. El proyecto de Bolívar encontró resistencia de parte de algunos de los jefes que defendian a Barcelona; pero el Libertador, impaciente con tantas resistencias, i deseando salir cuanto ántes de aquella situacion, dejó 700 hombres para la defensa de la plaza, i él marchó con una pequeña escolta de jefes i oficiales hácia Guayana (fines de marzo de 1817). Como debia esperarse, Barcelona fué ocupada pocos dias despues por los españoles, que cometieron en ella las atrocidades acostumbradas.

Cuando Bolívar se presentó en el campamento de los patriotas que combatian en las orillas del Orinoco (2 de mayo), ya éstos habian abierto la campaña i sitiaban la plaza de Angostura. El jeneral Piar habia obtenido importantes ventajas en aquella parte del territorio batiendo diversos cuerpos de tropas enemigas. Para consolidar su posicion i apartar embarazos, apresó a los padres capuchinos catalanes que dirijian las misiones de la Guayana, i que eran mui detestados por los indíjenas. Durante la guerra, esos misioneros fueron asesinados por los oficiales encargados de su custodia, cruel atentado que solo puede esplicarse por el furor producido por las atrocidades de aquella horrible guerra. Con el objeto de asegurar la provision de su ejército, Piar estableció en las cuarenta i siete misiones sometidas a los capuchinos una administracion regular, que fué mui útil a los patriotas durante todo el trascurso de la guerra.

Bolívar continuó el sitio de Angostura; sin embargo, los españoles mandados por el jeneral don Miguel de Latorre habrian resistido miéntras dominaran sus naves en el Orinoco. Pero Bolívar contaba con un poderoso ausiliar: se habia puesto de acuerdo con el almirante Brion, i éste debia operar en el rio con su escuadra. En efecto, las naves de Brion, acompañadas por una division de pequeñas embarcaciones que mandaba un piloto venezolano, don Antonio Diaz, se acercaron a la desembocadura del Orinoco. En un combate brillante sostenido contra fuerzas mui superiores cerca de la isla de Pagallos, las fuerzas sutiles que mandaba Diaz abrieron a las naves patriotas la entrada del rio (8 de julio). Brion pasó en efecto con su escuadra, i remontando el Orinoco fué a juntarse con Bolívar para atacar al enemigo. No llegó el caso de empeñar un combate: el jeneral Latorre, creyéndose perdido, evacuó la plaza de Angostura i toda la provincia de Guayana (17 de julio), dejando así a los independientes la llave de todo el pais.

El congreso de Cariaco; trájico fin de Piar.—La ocupacion de la Guayana por las armas patriotas tenia una grande importancia militar. Sirvió ademas para consolidar la autoridad de Bolivar, tan menoscabada poco ántes por los primeros contratiempos de la campaña. Los jefes que servian a sus órdenes, i entre los cuales figuraba Bermúdez, el mismo que lo habia insultado en Güiria, reconocieron en él al jeneral hábil i emprendedor que podia dirijir la guerra con acierto i con audacia.

En esos momentos era mas que nunca necesaria la sumision de los jefes que servian a las órdenes de Bolívar. Aparte de la guerra contra los españoles, que entónces comenzaba solamente, surjia entónces un peligro nuevo i tal vez mas inmediato entre los mismos patriotas.

El jeneral Mariño se mantenia aun en la provincia de Cumaná, donde su ejército ocupaba algunos puntos. A mediados de abril llegó a Carúpano el canónigo don José Cortes Madariaga, aquel tribuno de orijen chileno que el 19 de abril de 1810 decidió la caida de Emparan i la instalacion del primer gobierno nacional de Venezuela. Enviado a España por Monteverde en calidad de prisionero, fué encerrado en los presidios de Ceuta, de donde se habia escapado hacia poco. Cortes venia ignorante de todo lo que habia ocurrido durante su cautiverio; i pensando en sublevar de nuevo a toda Venezuela, publicó un manifiesto en que recomendaba la formacion de un gobierno representativo naci-

do del voto popular, i combatia las autoridades militares que la revolucion se habia dado. En seguida se presentó a Mariño en el pueblo de San Felipe de Cariaco e indujo a éste a convocar un congreso. Eran tales la sagacidad i el entusiasmo del canónigo chileno que consiguió seducir a sus propósitos a algunos personajes que, como el neo-granadino don Francisco Antonio Zea, gozaban de una merecida reputacion de hombres serios i discretos. El congreso se instaló en Cariaco el 8 de mayo (1817); pero era tan reducida la porcion de territorio en que dominaba Mariño, que solo se juntaron diez diputados elejidos por unos cuantos pueblos i villorrios. El congreso restableció el gobierno federal, confió el mando supremo a una junta compuesta de dos individuos i el mando de las tropas al jeneral Mariño.

Bolívar, como debe suponerse, desconoció la autoridad de aquel congreso, en cuya instalacion solo veia peligros para la causa de la patria. Por fortuna, Brion, que en el principio habia reconocido el nuevo gobierno, se separó de él e hizo con su escuadra la importante campaña del Orinoco que aseguró la libertad de la Guayana. Otros jefes patriotas, i entre ellos el valiente jeneral Urdaneta i el coronel don José Antonio Sucre, tan famoso mas tarde en la historia de la revolucion hispano-americana, desobedecieron los mandatos de Mariño, i fueron a ponerse a las órdenes de Bolívar. Pero no faltaron militares que abandonasen a este último para reconocer la autoridad del congreso. Piar fué de este número: solicitando del Libertador una licencia temporal, que éste le concedió con dificultad, trató de fomentar la discordia entre los patriotas, haciendo al efecto al Libertador las mas injustas inculpaciones.

Habiendo hecho una inútil tentativa para atraerse nuevamente a Piar, Bolívar se resolvió a obrar enérjicamente. Convocó una junta de guerra, i asegurándose allí que todos los jefes reconocian su autoridad, dió la órden de apresar a Mariño i a Piar para poner término a la constante discordia que trababa cada dia mas la marcha de la revolucion. Para asegurarse de la fidelidad de las tropas, Bolívar prometió solemnemente a sus soldados, como recompensa de sus servicios, la distribucion de los bienes confiscados a los españoles durante la guerra (10 de setiembre). El jeneral Bermúdez, que despues de sus antiguas desobediencias habia llegado a ser uno de los jefes mas fieles a Bolívar, fué encargado de apresar a Mariño; pero con consentimiento del Libertador, le permitió retirarse a la isla de Margarita. Piar,

fujitivo i abandonado por todos, fué aprehendido en Aragua por Cedeño, que lo condujo a la presencia de Bolívar. Un escarmiento solemne era indispensable para acostumbrar a los jefes a la subordinacion. Bolívar formó un consejo de guerra presidido por el almirante Brion i compuesto de jenerales i coroneles del ejército. El infortunado Piar fué condenado a muerte, i en virtud de esta sentencia, fusilado en presencia de todo el ejército. Sufrió la última pena con la misma serenidad e intrepidez que habia demostrado en todo tiempo (16 de octubre).

Esta ejecucion, i la retirada de Mariño a la Margarita afianzaron la subordinacion del ejército i pusieron fin al cáos que hasta entónces habia reinado en el mando militar. En seguida, i para manifestar que queria compartir con otros el peso del gobierno en tan difíciles circunstancias, organizó Bolívar un consejo de estado compuesto de trece miembros en cuyas manos depositó una parte del poder público, conservando, sin embargo, el mando del ejército i la direccion jeneral de los negocios (10 de noviembre).

Campañas de Paez en el occidente.—Miéntras Bolívar i sus compañeros abrian la campaña libertadora de Venezuela en las rejiones orientales, otros patriotas sostenian una lucha heroica en el estremo opuesto de la república. Los patriotas que defendian la provincia de Barinas habian querido abandonarla cuando viendo a los realistas vencedores en todas partes creyeron imposible la resistencia. Entónces apareció un guerrero formidable que, con mui escasos recursos, supo tener a raya a los españoles i alcanzar sobre ellos brillantes ventajas.

Era este el capitan venezolano don José Antonio Paez, jóven mucho ménos hábil i tambien ménos ilustrado que el Libertador Bolívar, pero que por su osadía estraordinaria, por su incansable actividad i por su abnegacion i patriotismo, casi alcanzó a compartir con él el prestijio i la autoridad. En los momentos en que el jeneral neo-granadino Ricaurte (el hermano del famoso héroe de San Mateo) enfermo i abatido, se preparaba para evacuar el pueblo de Guasdualito i retirarse a Casanare (Nueva-Granada) porque no podia resistir a las fuerzas con que marchaba contra él el coronel español don Francisco López, Paez, simple capitan entónces, se ofreció a rechazar a los realistas, si se le dejaban tropas con que defenderse (16 de febrero de 1816). El capitan Paez recibió el mando de quinientos jinetes; i en la tarde de ese mismo dia, fué a atacar a López, que con mil seiscientos hombres

i dos cañones ocupaba un sitio denominado Mata de la miel. Aprovechándose de las tinieblas de la noche, cayó sobre los realistas con tanto ímpetu que los destrozó completamente, causándoles una horrible mortandad, les quitó gran número de armas i de caballos i les tomó cuatrocientos prisioneros, a quienes perdonó la vida con una jenerosidad poco acostumbrada en aquella terrible lucha. Cuatro meses mas tarde, habiéndose presentado de nuevo López con un ejército de dos mil hombres, fué rechazado otra vez por las tropas indomables de Paez, en el combate del Mantecal (junio de 1816).

En esa época el gobierno independiente habia dejado de existir en Bogotá. El brigadier español don Miguel de Latorre ocupó la provincia de Casanare en persecusion de los patriotas que venian de la Nueva-Granada para escapar de las venganzas de Morillo. Paez reconcentró sus fuerzas en la parte sur de la provincia de Barinas (2), i estableció su cuartel jeneral en el pueblo de Guasdualito. Los patriotas, así venezolanos como neo-granadinos, pensaron en establecer allí un gobierno que diese unidad a los esfuerzos comunes; i reuniéndose en una junta (16 de julio), nombraron presidente de la república al doctor don Fernando Serrano i jefe del ejército al coronel don Francisco de Paula Santander. La graduacion de Paez fué sin duda causa de que no hubiera alcanzado puesto alguno de importancia en aquella eleccion; pero la elevacion de Serrano i de Santander suscitó desde luego sérias dificultades. Ambos jefes eran neo-granadinos, abogados convertidos en militares por las necesidades de la guerra, que no tenian prestijio alguno entre los soldados venezolanos Así fué que ese gobierno duró mui corto tiempo: el descontento de las tropas se manifestó por alarmantes síntomas de rebelion; i los oficiales patriotas, reunidos en una junta, convinieron, de acuerdo con el mismo Santander, en proclamar a Paez jefe político i militar de la provincia. Los mismos militares lo nombraron jeneral de brigada, con el pensamiento de hacer mas respetable su autoridad.

Venciendo dificultades insuperables para cualquier otro

---

(2) La provincia venezolana de Bárinas era mui estensa bajo la dominacion española. Posteriormsnte se ha formado de una parte de ella, al sur del rio Apure, la provincia de este nombre en que se hallan situados los pueblos de Guasdualito, Achaguas i otros que fueron teatro de las hazañas de Paez. Véase sobre esto el excelente Atlas de Venezuela por Codazzi.

hombre, recomenzó Paez las operaciones. Sus soldados, faltos de todo, de vestidos, de alimentos, de armas i de municiones, seguidos de mujeres i de niños "sin hogar ni patria, dice un historiador venezolano, representaban a lo vivo la imájen de un pueblo nómade que, despues de haber consumido los recursos del pais que ocupaba, levanta sus tiendas para conquistar otro por la fuerza." Los caminos estaban intransitables a consecuencia de las lluvias de la estacion; pero Paez, dejando a los emigrados en un punto que creyó seguro, marchó resueltamente sobre Achaguas, pueblo venezolano situado cerca de las orillas del rio Apure. En el camino batió otra vez mas al coronel español López en el sitio denominado Yagual (8 de octubre), i cinco dias despues ocupó la ciudad de Achaguas.

Paez habria querido atravesar el rio Apure para invadir la parte norte de la antigua provincia de Barinas; pero las lanchas cañoneras de los españoles se lo impedian. Una casualidad le permitió vencer aquel inconveniente. Queriendo castigar a un oficial llamado Peña, que habia ejecutado mal una órden, Paez le mandó que atravesase el rio en una chalupa con ocho hombres, i que se arrojase sobre el campo enemigo a medio dia, en la hora en que el calor de los trópicos enervaba las fuerzas de los soldados (8 de noviembre). Este ataque imprevisto esparció por el momento un repentino terror en el campo realista: Paez se aprovechó de esa confusion para pasar el Apure con todas sus fuerzas i terminar la derrota i dispersion de los enemigos. El mismo coronel López fué apresado i muerto, sin que Paez hubiera alcanzado a salvarle la vida. Los patriotas avanzaron hasta el pueblo de de Nutrias, i mantuvieron la guerra a ambos lados del Apure durante todo el resto del año de 1816.

Campaña de Morillo en Venezuela; es rechazado en la Margarita.—Cuando Morillo habia llegado a América en 1815, Venezuela estaba casi completamente sometida. Al marchar a Nueva-Granada, creyó que la paz se mantendria inalterable en aquel pais; pero luego supo la rebelion de la Margarita i la espedicion de Bolívar al continente. En el principio, se limitó recomendar a los jefes subalternos que habia dejado en Venezuela que no diesen paz ni descanso a los patriotas i que los castigasen con la mayor severidad. Canallas i malvados eran los títulos que Morillo prodigaba en su correspondencia a los patriotas venezolanos. Miéntras tanto, la insurreccion, aunque contrariada por la escasez de recursos i por las disensiones de sus jefes, se desarrollaba

rápidamente. El capitan jeneral don Pablo Morillo, conde de Cartajena, se resolvió al fin a entrar en campaña a fines de 1816; i lleno de jactanciosa arrogancia, se puso en marcha para Venezuela.

La vanguardia de Morillo, mandada por los jenerales Latorre i Calzada, i compuesta de 4,000 soldados aguerridos, penetró en la provincia de Barinas en enero de 1817. Paez, que dominaba allí, se vió obligado a retirarse ante tropas tan numerosas; pero el 28 de enero les presentó batalla en la llanura de Mucuritas con solo ciento once jinetes. El astuto guerrillero venezolano finjió atacar al ejército español por sus dos flancos, i retirándose en seguida, obligó a la caballería realista a emprender su persecucion. Con ella trabó un combate en que los españoles fueron completamente batidos. Para impedir que la infantería realista acudiera en ausilio de sus jinetes, Paez prendió fuego a las yerbas secas que cubrian la llanura. Los españoles se vieron obligados a retirarse ante este jénero de hostilidades, que no habian podido prever. Paez los persiguió tenazmente apesar de que las armas de sus soldados no eran apropósito para empeñar un combate contra la infantería. "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones, escribia Morillo al rei, me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habian informado."

El conde de Cartajena se incorporó a su vanguardia el 29 de enero. Entónces se impuso de la verdadera situacion de las armas realistas en Venezuela. Supo que la guerra estaba encendida en varias partes del territorio; i queriendo sofocar la insurreccion en todas ellas, dividió sus tropas en dos cuerpos; i confiando el mando de uno de ellos al brigadier Latorre, le mandó qae, bajando los rios Apure i Orinoco, fuera a defender la provincia de Guayana, amenazada entónces por Piar i mas tarde por Bolívar. Mas atras hemos contado los desastres de Latorre en aquella provincia, i la ocupacion de ella por las armas vencedoras de Bolívar.

En su marcha hácia el norte, Morillo alcanzó a reunir cerca de seis mil hombres. Supo entónces que acababa de llegar a las costas de Cumaná una division de dos mil ochocientos hombres traida de España por el brigadier don José Canterac, que habia recibido del rei el encargo de apoderarse de la isla de Margarita, asilo entónces de muchos traficantes anglo-americanos, ingleses i holandeses que, a título de corsarios del gobierno insurjente, hostilizaban sin cesar el comercio español de las Antillas. Morillo se juntó con Cante-

rac en el pueblo de Cumaná en los primeros dias de junio (1817); i despues de ocupar militarmente algunos puertos de esa costa, se embarcó con 3,000 hombres para la Margarita. Sin embargo, desde que pisó tierra en esta isla (16 i 17 de julio), debió conocer que los patriotas mandados por el jeneral venezolano don Francisco Estévan Gómez, estaban resueltos a resistir hasta el último trance. En efecto, durante un mes que pasó Morillo en la Margarita empeñando frecuentes combates, no pudo conseguir ventaja alguna sobre los defensores de la isla. Al fin, la inmensa superioridad numérica de los realistas habria alcanzado talvez a someter a los rebeldes; pero Morillo supo entónces los triunfos de Bolívar en Guayana, i no pensó mas que en volver al continente (17 de agosto). La campaña de la Margarita habia sido una imprudencia que costó a Morillo la pérdida de un tiempo precioso i que produjo las mas funestas consecuencias para las armas realistas.

BOLIVAR ABRE LAS OPERACIONES MILITARES CONTRA MORILLO.—El altanero Morillo llegó a Carácas en los primeros dias de setiembre, i pudo imponerse de que su situacion habia dejado de ser tan ventajosa como creia. Los independientes quedaban dominando en la Margarita: la provincia de Guayana estaba en manos de Bolívar: Paez, en el occidente, recorria los llanos bañados por el Apure; i el guerrillero Zaraza se habia avanzado a hacer sus correrias hasta en las llanuras de Carácas. Bolívar meditaba en ese momento un ataque combinado sobre la capital de Venezuela, que debian ejecutar él i Paez, aprovechándose del descontento jeneral que reinaba en todo el pais contra los españoles.

Morillo, por su parte, sin ser un gran jeneral, comprendió los peligros de su situacion, i trató de hacerles frente del mejor modo posible. Para calmar la irritacion de los ánimos, habia separado del mando superior al jeneral Moxó, acusado de crímenes atroces i de robos vergonzosos, i lo habia hecho apresar, confiando el mando interino de la capitanía jeneral al brigadier don Juan Bautista Pardo. Poco despues (21 de setiembre), publicó solemnemente un indulto concedido por el rei a los rebeldes de Venezuela; pero estas medidas conciliadoras se avenian mal con la proteccion que al mismo tiempo dispensaba a Morales i a los otros feroces caudillos españoles que habian ensangrentado inhumanamente aquel territorio.

Para hacer frente a los peligros de la guerra, Morillo colocó el grueso de sus tropas en Calabozo, importante situacion

en los llanos de Carácas (fines de noviembre de 1817). El brigadier Canterac, que segun sus instrucciones debia haber marchado al Perú con las tropas que traia de España tan luego como hubiese sometido la isla de la Margarita, tuvo que dejar a Morillo casi toda su division i que seguir su viaje a Lima con mui escasas fuerzas. Desde Calabozo, Morillo despachó una division hácia el occidente para atacar a Paez i puso otra a las órdenes del brigadier Latorre, que acababa de salvarse de Guayana, para combatir las fuerzas de Zaraza. El primero de estos jefes patriotas, Paez, poniendo en ejercicio su prudencia habitual, evitó todo combate contra fuerzas superiores. Zaraza, por el contrario, sufrió en Hogaza una vergonzosa derrota que le costó la pérdida de cerca de mil hombres.

Este descalabro desconcertó el plan que Bolívar habia concebido para operar contra Carácas. El Libertador, sin embargo, no se dejó abatir por esta desgracia. Reuniendo todo su ejército, remontó las aguas del Orinoco hasta operar su reunion con Paez, que se hallaba siempre a orillas del Apure (fines de enero de 1818). A la cabeza de todas las fuerzas patriotas, i mediante una marcha tan rápida como temeraria, el Libertador cayó de improviso sobre Calabozo obligando a Morillo a encerrarse dentro del pueblo (12 de febrero). Bolívar con todo no supo sacar ventaja de aquel audaz movimiento: en lugar de colocarse al norte de Calabozo por cortar la retirada a Morillo, se mantuvo al sur de este pueblo dejando que los enemigos se retiraran hácia Carácas. Los patriotas sin embargo, persiguieron al enemigo hasta el sitio denominado Sombrero, situado en la sierra que separa a Carácas de los llanos; pero allí la caballeria de Bolívar, que formaba la mayor parte de las fuerzas venezolanas, no pudo operar con ventaja, i fué rechazada por Morillo.

Los patriotas perdieron de esta manera la oportunidad de dar un gran golpe a la dominacion española en Venezuela. En el ejército se trató de retirarse al occidente para consolidar la posesion de las provincias de Barinas i de Casanare acercándose a la Nueva Granada. Esta era la opinion de Paez; pero Bolívar, que se hallaba en las inmediaciones de Carácas, se empeñó en sostener la guerra en esta parte del territorio con la esperanza de destruir las fuerzas españolas atacàndolas por divisiones, i realizar el objeto de todo su anhelo, la ocupacion de la capital. Desgraciadamente, una parte considerable de su caballería fué sorprendida i dispersada por los españoles el 14 de marzo. Bolívar mismo fué atacado en

uno de los desfiladeros de la sierra, i solo pudo retirarse con grandes dificultades i dejando doscientos muertos en el campo de batalla. En medio de la pelea, Bolívar parecia comprender con un sentimiento de vergüenza i de desesperacion las faltas cometidas por su obstinacion de marchar contra Carácas. Se le vió hacer los mayores esfuerzos de arrojo con desprecio completo de su persona, como si buscase la muerte o como si hubiese perdido la cabeza. Esta batalla denominada de la Puerta (15 de marzo de 1818) fué terrible para los patriotas; pero los realistas no pudieron aprovecharse de las ventajas alcanzadas porque sus pérdidas fueron tambien mui considerables i porque el mismo Morillo cayo gravemente herido de una lanzada. En premio de esta victoria, el rei de España le concedió poco despues el título de marques de la Puerta.

Comenzó entónces para Bolívar una serie de desastres que casi produjeron su completa ruina. Paez, que pocos dias ántes se habia separado de él, i que en la línea del Apure habia alcanzado importantes ventajas sobre los españoles, vino en auxilio del Libertador obligando a sus perseguidores a retroceder. Estando Bolívar acampado en las llanuras de Calabozo, un capitan español, don Tomas Renovales, instruido por un prisionero de la distribucion del campo patriota, ejecutó un golpe de audacia que casi costó la vida a Bolívar. Durante la noche del 17 de abril, i engañando a los centinelas patriotas, cuya consigna conocia, Renovales, acompañado por un corto piquete de tropas, penetró hasta el mismo sitio en que dormia el Libertador e hizo una descarga de fusileria sobre éste i sus compañeros. Una division realista atacó al ejército de Bolívar cuando no salia aun de la sorpresa: i aunque los patriotas hicieron prodijios de valor, se vieron obligados a retirarse.

Bolívar salvó ileso de aquel gran peligro; pero despues de los últimos descalabros, el resto de sus tropas presentaba el cuadro de la miseria, del dolor i de la desesperacion. La campaña emprendida con tanto acierto i con tan buena estrella a principios de 1818, habia llevado al Libertador cuatro meses mas tarde al borde de su ruina. Cualquier otro hombre de ménos audacia i de ménos constancia que Bolívar se habria sentido desalentado. El, por el contrario, se retiró seriamente enfermo al pueblo de San Fernando, en las inmediaciones del Apure, para combinar la defensa de aquella parte del territorio; i en seguida, bajando con su estado mayor i un cuadro de oficiales, las caudalosas aguas del Orinoco en de

biles embarcaciones llegó a Angostura (7 de junio), capital de la provincia de Guayana i centro de sus futuras operaciones.

Las tropas ausiliares inglesas.—En medio de los desastres de estas campañas, Bolívar habia cometido grandes desaciertos, pero habia probado tambien grandes talentos. Sin estudios teóricos del arte de la guerra, sin haber servido a las órdenes de un jeneral verdaderamente superior, habia desplegado grandes dotes militares aun en medio de las repetidas faltas de estratejia. En el principio, habia creido que el valor de los soldados i la enerjía de los jefes bastarian para alcanzar la victoria. Luego se convenció de que la guerra necesitaba ademas de otro elemento indispensable, la disciplina. Los soldados venezolanos se habian batido siempre como leones, i habian arrancado ardientes elojios al mismo Morillo; pero les faltaba instruccion militar, i los oficiales del pais no estaban en estado de dársela. Bolívar sabia demasiado que en esa misma época el jeneral San-Martin, hombre formado en los campamentos i educado para la carrera militar, obtenia en el otro estremo de la América i con un ejército reducido, los triunfos mas espléndidos que jamas hubieran alcanzado los independientes.

El Libertador estaba tan penetrado de esto mismo, que desde 1815 habia encargado a un comerciante irlandes llamado Devereux, mui conocido en la costa de Venezuela, i al ajente de esta república en Lóndres don Luis López Méndez, que contratasen en Inglaterra los oficiales i soldados que en aquel pais habian quedado sin destino por la suspension de la guerra europea i el desarme del ejército británico. Los ajentes de Bolívar ofrecieron a los voluntarios que quisieran enrolarse una prima fija de enganche, un sueldo constante i una reparticion de tierras i de dinero pagadero a la terminacion de la guerra. Muchos oficiales ingleses se apresuraron a offecer sus servicios a Bolívar i a formar un cuadro para organizar en Venezuela cuerpos de caballería, de tiradores i de artillería. Desgraciadamente, no todos ellos alcanzaron a llegar a Venezuela. Otros no pudieron soportar las privaciones consiguientes a las penosas campañas en que se hallaban empeñados los venezolanos; i sabiendo que tendrian que tomar parte en una guerra a muerte, que hacer marchas abrumadoras bajo un sol de fuego i en paises agotados por la guerra, que formar parte de un ejército indisciplinado, falto de armas i de vestuario, espuestos a las fiebres i a la disentería tan fre-

cuente en aquellas rejiones, abandonaron el servicio i volvieron a Inglaterra desengañados i abatidos.

Pero, si un gran número de esos oficiales fué inútil a la causa de la independencia americana, si muchos de ellos eran soldados groseros e ignorantes que venian a Venezuela alhagados con la esperanza de una remuneracion, i si vivian enredados en cuestiones i dificultades, no faltaron entre ellos hombres de elevado corazon, de intelijencia clara que abrazasen la causa de la independencia del nuevo mundo con un verdadero desinteres i con un entusiasmo que los hizo soportar todo jénero de sacrificios. Estos últimos se hicieron querer i respetar de los soldados americanos, acostumbraron a los llaneros a la guerra regular i dieron el ejemplo de valor i de subordinacion. El rejimiento de rifleros de Colombia, compuesto en gran número de ingleses, i mandado por oficiales tambien ingleses, tomó una parte importante en las campañas sucesivas i decidió mas de una vez el triunfo de las armas patriotas (3).

TRABAJOS DE REORGANIZACION POLÍTICA I MILITAR.— En Angostura, Bolívar puso en ejercicio su maravillosa actividad para organizar su ejército i el gobierno de Venezuela.

---

(3) Muchos de los oficiales ingleses que tomaron parte en estas espediciones escribieron sus memorias o simples relaciones de sus viajes en que han consignado muchas noticias históricas de aquellas campañas. Recordaré aquí los libros de esta especie que he consultado.—Brown (capitan) *Narrative of the expedition to South América which sailed from England at the close of* 1817, *for the service of the Spanish patriots*, 1 vol en 8.°, London 1829.—Robinson (cirujano) *Journal of an expedition* 1400 *miles up the Orinoco and* 300 *up the Arauca* 1 vol en 8.°, London 1822.—*The present state of Columbia; containing an account of the principal events of its revolutionary wars etc. by an officer in the columbian service*, 1 vol. London 1827.—*Recollections of a service of three years during the war of extermination in the republics of Venezuela and Columbia*, by an officer of the columbian navy-2 vol. London 1828—Hippisley (coronel) *A narrative of the expedition to the rivers Orinoco and Apure*, London 1819—Hackett, *Narrative of the expedition which sailed from England in* 1817 *to join the south american patriots*, London 1818—El *Correo del Domingo*, periódico de Santiago de Chile, dió a luz en 1862 una prolija narracion de las campañas del rejimiento de rifleros ingleses en Colombia, escrita por el jeneral ecuatoriano Wrigth, que sirvió en ese cuerpo.

Se calcula en cerca de cinco mil el número de oficiales i soldados ingleses que vinieron a Venezuela en los años de 1818 i 1819. Algunos de estos volvieron a Europa sin combatir, o murieron al llegar a América. El historiador español Torrente, siempre apasionado contra los patriotas, los hace subir a nueve mil para quitar a los americanos la gloria de los triunfos subsiguientes.

Véase sobre este particular el estado formado por don José Manuel Restrepo en su *Historia de la revolucion de Colombia* (2.ª edicion), tom. III, páj. 607.

Desgraciadamente, su situacion bastante comprometida con los descalabros de la última campaña, era todavia mas crítica a consecuencia de las incesantes desobediencias de sus subalternos i del espíritu de insurreccion que se hacia sentir con tanta frecuencia. Mariño, que poco ántes se habia reconciliado con el Libertador, i que mandaba las tropas en Cumaná, desconoció su autoridad, como lo habia hecho ántes. En el occidente, el ejército del Apure, cediendo a las sujestiones del coronel de caballeria Wilson, recien llegado de Inglaterra, proclamó jeneral en jefe a Paez con desconocimiento de Bolívar. Wilson hizo mas todavia: bajó el Orinoco; i una vez en Angostura, trató de hacer otra sublevacion semejante. El Libertador lo redujo a prision, i poco mas tarde lo espulsó ignominiosamente de Venezuela. Despues se supo que Wilson era ajente del embajador español en Lóndres, i que tenia encargo de procurar la discordia entre los patriotas (4).

Bolívar emprendió la reorganizacion de su ejército mandando formar nuevos batallones. Entónces cabalmente llegó a Angostura el almirante Brion trayendo en sus naves un valioso continjente de armas i de municiones, adquiridas en su mayor parte en las Antillas. Aquella ciudad, tan admirablemente situada para estas operaciones por la facilidad que tenia de comunicarse con el estranjero por las aguas del Orinoco, fué convertida en un importante arsenal de donde debia partir un ejército mejor organizado para consumar la independencia de la República.

Angostura fué oficialmente designada como la capital provisoria del estado. El Libertador despachó desde allí al coronel Santander para la provincia neo-granadina de Casanare, que por su situacion jeográfica al otro lado de los Andes, habia sido casi abandonada por la tropas del virei Sámano que gobernaba en Bogotá. Santander debia empeñarse en inclinar a los pobladores de esa provincia a incorporarse accidentalmente a la República de Venezuela para robustecer su influencia i su poder. En seguida, convocó un congreso jeneral (22 de octubre de 1818), a que debia concurrir los diputados de todos los pueblos que estaban libres de la dominacion española.

Queriendo entónces hacer una manifestacion del pensa-

(4) Restrepo, *Historia de la revolucion de Colombia* (2.ª edicion) tom. II, páj. 472.

miento que lo dominaba respecto de la guerra, declaró por un documento solemne (20 de noviembre) que aun cuando el gobierno español habia solicitado la mediacion de las altas potencias europeas para restablecer su autoridad, a título de reconciliacion, sobre los pueblos libres e independientes de América, la República de Venezuela, por derecho divino i humano, estaba emancipada de la nacion española i constituida en estado independiente, libre i soberano; que la España no tenia justicia para reclamar su dominacion, ni la Europa derecho para intentar someterla al gobierno español; que Venezuela no habia solicitado, ni solicitaria jamas su incorporacion a la nacion española; que tampoco habia solicitado la mediacion de las potencias estranjeras; i que no trataria jamas con la España sinó de igual a igual, en paz i en guerra, como lo hacen recíprocamente todas las naciones. Por medio de esta declaracion, Bolívar deslindaba perfectamente su resolucion i sus propósitos.

Antes de la apertura del congreso, Bolívar se presentó con un cuerpo de tropas en las llanuras del Apure (15 de enero de 1819), en donde estaba acampado el jeneral Paez. El Libertador queria restablecer su autoridad en aquella rejion; i en efecto, el valiente Paez, tan patriota como desinteresado, se sometió a las órdenes de Bolívar sin la menor resistencia, i recibió de manos de este jefe el grado de jeneral de division. Tranquilizado por esta parte, el Libertador volvió a Angostura, i abrió allí las sesiones del congreso el 15 de febrero. Como lo habia dispuesto, tuvieron un asiento en aquella corporacion no solo los diputados de las provincias libres de Venezuela, sinó tambien los de la provincia neogranadina de Casanare, elejidos por indicacion de Santander.

Bolívar abrió aquella memorable sesion pronunciando un interesante i animado discurso en que, al paso que esponia la situacion de la República, recomendaba a los representantes del pueblo que designasen las personas que debieran gobernar el pais i mandar el ejército, manifestando que la reunion del poder civil i del poder militar en manos de un solo individuo ofrecia grandes peligros. En este desinteres de que hacia alarde el Libertador habia algo mas que una falsa modestia: queria probar a sus subalternos el respeto que él tributaba al congreso, i robustecer su propio poder con la aprobacion de sus actos pasados, que esperaba merecer. El congreso, en efecto, le confirió el título de presidente de la República i de jeneral en jefe, i ensanchó considerablemen-

te sus facultades políticas i militares. La constitucion dictada en Angostura, aunque dividiendo el poder público entre el presidente de la República, que debia durar cuatro años en sus funciones, i dos cuerpos lejislativos, dejaba en sus manos una suma considerable de poderes para dirijir los negocios de la administracion i de la guerra. Como complemento de aquel nuevo órden de cosas, Bolívar habia hecho publicar en Angostura un periódico titulado *El Correo del Orinoco*, que debia servir de órgano oficial a la revolucion, i contrarestar la influencia de las publicaciones que los realistas hacian en Caráças para estraviar la opinion de los venezolanos.

Espedicion de Bolívar a Nueva-Granada.—Desembarazado de estos afanes, i creyendo suficientemente robustecido su poder, Bolívar concibió el proyecto de una nueva i combinada campaña contra Morillo. Las tropas estacionadas en la provincia de Cumaná, convenientemente reforzadas, debian llamar la atencion de los españoles por aquella parte: Urdaneta, con algunas tropas ausiliares inglesas, recibió el encargo de operar, por mar i de atacar las costas de Carácas; i Bolívar se dispuso para marchar al occidente, reunirse con Paez i proseguir la campaña en aquella rejion. Los patriotas se creian bastante fuertes para abrir las operaciones en una vasta escala i dar una solucion terminante i decisiva a la guerra.

Las circunstancias parecian favorables para esta empresa. A principios de 1819, Morillo habia reunido un ejército de 6,500 hombres, i marchado a su cabeza sobre las llanuras del Apure con el pensamiento de destruir las fuerzas indomables de Paez. En el principio, el proyecto del arrogante conde de Cartajena pareció realizarse: los patriotas, que apénas contaban con 2,000 soldados, se retiraron prontamente; pero continuaron batiéndose con todas las ventajas que les daban un conocimiento perfecto del terreno i la rapidez de sus movimientos. Despues de inútiles marchas, en que Morillo no pudo alcanzar a sus enemigos ni forzarlos a presentarle batalla campal, se vió obligado a volver sobre sus pasos. "La marcha de los españoles se convirtió rápidamente en una verdadera retirada. Rodeado por las tropas lijeras de Paez, que con ojos de águila, espiaban sus menores faltas, i fatigado por el paso de los rios i por marchas inútiles al travez de los pantanos i de los matorrales, el ejército español era hostilizado continuamente durante el dia. Del mismo modo, durante la noche, se veia engañado por los fue-

gos de finjidos vivaques. Los enemigos lo envolvian, caian sobre sus bagajes i sobre su retaguardia, i cortaban sus convoyes de víveres sin que la caballeria realista pudiese perseguir a una gran distancia a los tenaces guerrilleros. Cuando la caballeria tenia que atender algun ataque, carecia de todo medio de subsistencia. Morillo se vió al fin obligado a repasar el rio Arauca con una pérdida de 1,000 hombres" (5).

Estas operaciones entretuvieron a Morillo durante todo el mes de febrero. En el mes siguiente, Bolívar, a la cabeza de un regular cuerpo de tropas, en que figuraban particularmente los soldados recien llegados de Inglaterra, se reunió con Paez en los llanos del Apure. El Libertador habria querido presentar a Morillo una gran batalla; pero cediendo a los consejos de Paez, se limitó a disponer pequeñas correrias en que los patriotas, con su habilidad i con su audacia, obtuvieron grandes ventajas sobre el enemigo. En el combate denominado de las Queseras del medio, 150 jinetes, mandados en persona por el mismo Paez, arrollaron a 1,000 jinetes realistas obligándolos a retirarse en desórden con pérdida de 400 (2 de abril). Bolívar premió a los 150 soldados con la medalla del órden de los Libertadores. Morillo, por su parte, se retiró a sus posiciones de Calabozo, i allí dió por terminada la campaña de aquel año (14 de mayo).

La retirada de Morillo permitió a Bolívar pensar en una campaña mas importante todavia que todas las anteriores, i que sobre todas ellas ha contribuido a granjearle una inmensa gloria. Supo entónces que Santander, haciendo cesar las diferencias que existian entre algunos patriotas de Casanare, rebelados contra el despotismo del virei de Nueva Granada, habia preparado el terreno a las tropas de Bolívar. Al otro lado de los Andes, en el centro de aquel dilatado vireinato, el sistema brutal de sangrientas venganzas entronizado por el virei Sámano habia puesto sobre las armas a algunos patriotas neo-granadinos; i las guerrillas de éstos comenzaban a hostilizar a los vencedores. Bolívar ademas acababa de recibir comunicaciones de O'Higgins, director supremo de Chile, en que lo empeñaba a reunir

(5) G. G. Gervinus, *Histoire du XIX siécle,* tom. VII, páj, 77.—El historiador aleman ha tomado los rasgos principales de esta retirada de otra narracion no ménos animada que se encuentra en la *Historia de la revolucion de Venezuela,* (tom. 1, páj. 357) de Baralt.

sus fuerzas para emprender una campaña combinada contra el Perú, centro principal de recursos de los españoles en América. El Libertador, alma ardorosa i capaz de comprender este gran proyecto, haciéndose superior a todos los obstáculos que debia encontrar en su camino, se puso en marcha para Casanare resuelto a llegar hasta Bogotá. El valiente Paez quedó siempre en los llanos del Apure, encargado de operar al norte de este rio para interrumpir las comunicaciones entre Venezuela i Nueva-Granada, entre Morillo i Sámano.

Paso de los Andes.—Al emprender esta campaña, Bolívar habia encargado al jeneral Urdaneta que llevase a cabo la proyectada espedicion en la costa de Venezuela. El Libertador queria llamar la atencion de Morillo por aquella parte; pero desgraciadamente, el jefe patriota que debia operar allí no consiguió ninguna de las ventajas que esperaba. Los independientes de la Margarita se negaron a ausiliarlo; i le fué forzoso apresar al jeneral Arizmendi i enviarlo a Guayana para someterlo a juicio. Despues de inútiles dilijencias, Urdaneta, separado de la escuadra, que mandaba siempre el almirante Brion, se vió obligado a volver por tierra a Guayana. En esta provincia, el desastre de la espedicion fué causa de nuevos disturbios mediante los cuales el mismo Arizmendi fué llevado de la prision a la vice-presidencia de la República (agosto de 1819).

Bolivar, entre tanto, ejecutaba su grandiosa empresa con admirable talento i con suma felicidad. El 4 de junio (1819), dejó su campamento del Mantecal i pasó resueltamente el rio Apure. Las lluvias tropicales, que en aquella rejion comienzan en el mes de abril i acaban en agosto, habian inundado todas esas llanuras de tal modo que, ántes de encontrar un punto de descanso, sus tropas tenian que marchar durante horas enteras con el agua hasta la cintura i espuestas a las mordeduras de peces dañinos (6), o a sumirse en los agujeros ocultos de este suelo pantanoso. Al acercarse a las montañas de la provincia de Casanare, el ejército era

(6) El padre Gumilla en su libro titulado *El Orinoco ilustrado*, habla de estos peces, que llama palometa o guacarito, pero conocidos jeneralmente con el nombre de caribes a causa de su gusto por la carne humana. Refiere este historiador que algunas tribus de las orillas del Orinoco, que conservan en canastos los huesos de los muertos de su familia, esponen durante una noche los cadáveres en el rio i al dia siguiente no encuentran mas que los esqueletos perfectamente limpios.



detenido frecuentemente en su marcha por los torrentes hinchados por las lluvias i de difícil paso. Los infantes no se atrevian a cruzarlos sinó entrelazando sólidamente sus brazos i formando dos filas, porque los individuos aislados habrian sido arrastrados por la violencia de la corriente. Los jinetes tenian que sufrir molestias diferentes, pero no ménos dolorosas. En Pore, capital de la provincia de Casanare, Bolívar se reunió con la columna granadina de Santander (22 de junio); i su ejército contó desde entónces 2,400 hombres. Desde allí dirijió su marcha hácia las cordilleras de los Andes, tomando el camino de Morcote. Pocos dias despues, dispersó una columna enemiga de 300 hombres que defendia una ventajosa posicion denominada Paya (27 de junio).

El ejército siguió su marcha por ásperos desfiladeros, por senderos estrechos cubiertos muchas veces de selvas inmensas formadas por árboles de un gran tamaño, a cuya sombra se forman pantanos resbalosos. El camino ademas está frecuentemente interrumpido por torrentes que se precipitan de las alturas, i que es menester pasar por puentes de madera débiles i estrechos que parecen hundirse a cada rato. En otras partes era menester pasar esos abismos en la *taravita*, especie de hamaca pendiente de dos cuerdas paralelas tendidas de una orilla a otra, i por medio de las cuales se hace pasar i repasar la hamaca con la ayuda de correas. Miéntras el ejército atravezó la parte montañosa de la sierra, estuvo protejido contra el frio; pero subiendo siempre la cordillera, llegó al fin a los páramos, rejiones desnudas de toda vejetacion en que se hace sentir el frio con todo su vigor. Las tropas sufrieron en esta parte de la cordillera tormentos indescribibles. En la imposibilidad de encender el menor fuego por la falta de combustible, los soldados se agrupaban en monton durante la noche para calentarse así los unos a los otros. Mas de cincuenta soldados ingleses murieron de frio en aquellas alturas.

Despues de haber doblado el punto mas elevado de la sierra, el ejército, bajando del lado de Tunja, siguió caminos que no eran tan ásperos ni tan escarpados como los de la pendiente oriental, i que a causa de la grande elevacion del valle central de Nueva-Granada, eran tambien ménos largos. Cuando el ejercito llegó a la aldea de Socha (6 de julio), se encontraba en un estado espantoso de miseria. En la marcha habia abandonado grandes cantidades de armas i de material de guerra: todos los caballos i todas las

bestias de carga habian perecido: los hombres marchaban como si estuvieran privados de sentido. Bolívar, sin embargo, habia soportado con ánimo incontrastable tan grandes sufrimientos i prestado a sus tropas todas las atenciones que podia dispensarles. Dividia con los enfermos todo lo que tenia, un poco de arroz, galleta i azúcar; i al acercarse a los valles de la Nueva-Granada, envió adelante algunos indíjenas en busca de víveres i de zapatos para sus soldados (7).

Batalla de Boyacá; toma de Bogotá.—Bolívar permaneció tres dias en Socha, no solo para dar descanso a sus tropas, sino para procurarse caballos i los otros elementos de guerra, i para provocar la sublevacion de las aldeas vecinas. Santander, a la cabeza de un cuerpo de vanguardia, obtuvo un triunfo sobre las primeras partidas realistas; pero detras de éstas, estaba el jeneral español don José María Barreiro, jóven valiente i arrogante, pero poco esperimentado, que debia talvez su puesto a la proteccion que le dispensaba Morillo. Barreiro, a la cabeza de 3,000 hombres, esperó a los patriotas en el valle de Zogamozo; pero Bolívar, por una marcha de flanco, evitó el combate i dejó a un lado a su enemigo. Barreiro tuvo que cambiar posiciones para defender el camino de la capital, miéntras Bolívar sublevaba algunos pueblos con el fin de recojer víveres i ropa para sus soldados. El 25 de julio, los dos ejércitos tuvieron un nuevo combate en el sitio denominado Pantanos de Várgas; i aunque Barreiro se mantuvo a la defensiva en una ventajosa posicion, fué batido i obligado a retirarse. Despues de este triunfo, el Libertador despachó emisarios para sublevar otras provincias del territorio neogranadino.

En todos estos movimientos, Bolívar desplegó gran jenio militar envolviendo i engañando al enemigo con mucha astucia. Despues de haberles presentado otro combate, finjió volver atras; i entónces, tomando el camino de Tunja, cayó de improviso sobre esta poblacion (5 de agosto), en donde encontró armas i provisiones para reforzar su ejército. Con la rapidez del rayo, el Libertador corrió entónces a ocupar el camino de Bogotá para situarse entre el jeneral Barreiro i el virei Sámano. Colocó su ejército a las orillas del riachuelo

(7) El historiador aleman Gervinus, teniendo a la vista la relacion de algunos oficiales ingleses, ha hecho una brillante discripcion del paso de los Andes por Bolívar, de donde he tomado algunas de las noticias consignadas en el testo.

de Boyacá, cerca de un puente por donde debian pasar los españoles para seguir su marcha a la capital. Allí les presentó batalla el Libertador (7 de agosto); i despues de una encarnizada resistencia de cuatro horas, los puso en la mas completa derrota. Los realistas contaban al entrar en batalla 3,000 hombres, mil mas que el ejército de Bolívar: al terminarse el combate, todos los soldados españoles que sobrevivieron al desastre, es decir, 1,600 hombres, cayeron en manos de los vencedores con todos sus bagajes i todo su material de guerra. Poco tiempo despues, Barreiro i treinta i ocho oficiales de sus compañeros, fueron fusilados por órden de Santander, en represalias de las crueldades cometidas por ese i por otros jefes españoles.

Miéntras tanto, en Bogotá se esperaban las noticias de la guerra con la mayor ansiedad. El virei Sámano habia puesto toda su confianza en el ejército de Barreiro, porque se hallaba en una imposibilidad casi absoluta de presentar a los patriotas otra resistencia. Poco tiempo ántes, i creyendo que el vireinato de Nueva-Granada estaba completamente tranquilo, Sámano habia enviado tropas al virei del Perú para defender este pais contra las amenazas de los chilenos. Al saberse en la capital que Barreiro habia sido derrotado en Boyacá, Sámano abandonó la ciudad i huyó hácia Honda con los ministros de la real audiencia, los empleados de la administracion i los realistas comprometidos en las atrocidades de que habia sido víctima el vireinato. Bogotá, con todos sus archivos i un millon de pesos depositados en la casa de moneda, quedó abandonada a merced de los vencedores.

Tres dias despues de su espléndido triunfo, el 10 de agosto de 1819, Bolívar entró a Bogotá entre las aclamaciones de un pueblo enajenado de alegría, que lo saludaba con el título de Libertador. Una campaña de setenta i cinco dias habia dado la libertad a la mayor parte de la Nueva-Granada, i habia puesto a los patriotas en estado de consumar la obra de su independencia. La autoridad, el prestijio, la gloria de Bolívar, débiles i vacilantes en ocasiones hasta entónces, se afianzaron desde ese dia de tal modo que la veneracion i el respeto de sus soldados fueron en adelante el primer elemento de sus triunfos posteriores.

Formacion de la República de Colombia.—El Libertador se halló entónces en situacion de llevar a cabo un pensamiento acariciado en su mente desde mucho tiempo atras. Queria nada ménos que formar una República del vireinato de Nueva Granada i de la capitanía jeneral de Ve-

nezuela, que se dilatara desde la desembocadura del Orinoco en el Atlántico hasta el puerto de Guayaquil en el Pacífico. Santander, a quien destinaba el Libertador para vice-presidente del gobierno provisorio de aquella rejion, ayudó a Bolívar a hacer aceptable este proyecto entre los neo-granadinos. En seguida, i despues de tomar algunas medidas militares para perseguir a los realistas que mandaban todavia en algunas provincias apartadas del vireinato, Bolívar se puso en marcha para Venezuela (20 de setiembre) para hacer aceptable este pensamiento al congreso reunido en Angostura.

La marcha del Libertador fué una série no interrumpida de ovaciones. En todos los pueblos se le hacia una recepcion triunfal, i en todas partes dictaba las medidas necesarias para la defensa de la patria. En los llaños del Apure se encontró con Paez, que, siempre fiel, habia mantenido la guerra contra los españoles en aquella rejion. Por fin, el 11 de diciembre se presentó en Angostura, en donde el congreso, cediendo a las veleidades de algunos personajes, habia suscitado nuevas dificultades i ajitaciones. Bolívar, superior a los móviles que habian preparado esa resistencia, dió cuenta al congreso de su gloriosa campaña i le impuso como un hecho consumado la union de los dos pueblos. El congreso declaró constituida la República de Colombia (17 de diciembre de 1819), proclamando como lei fundamental la reunion de Venezuela i de Nueva-Granada. La capital futura de la República debia tener el nombre de Bolívar, denominacion que conserva hasta ahora la ciudad en que se hizo esta declaracion. El congreso queria combinar así el nombre del descubridor del nuevo mundo con el del Libertador de Venezuela i de Nueva Granada. Bolívar fué ademas reconocido en el carácter de presidente de toda la República, i se acordó que ambos pueblos fuesen rejidos en sus asuntos interiores por dos mandatarios conocidos con el título de vice-presidentes.

La formacion de la República de Colombia, despues de las grandes victorias alcanzadas por Bolívar, importaba el triunfo de la revolucion de la independencia en aquella parte de la América; pero quedaban todavia los españoles dominando en todo el norte de Venezuela i de Nueva-Granada i en el estenso territorio que formaba la presidencia de Quito. Morillo tenia aun a sus órdenes 12,000 soldados solo en Venezuela, i esperaba refuerzos de España. El Libertador, conociendo esto mismo, no se demoró mucho tiempo en Angostura para gozar de su triunfo; i el 24 de diciembre, se puso en marcha

hácia el occidente con el fin de emprender nuevas campañas (8).

CAPÍTULO XII.

Completa independencia de Colombia; espulsion definitiva de los españoles.

Influencia de la revolucion de Cádiz en la guerra de Colombia.—Armisticio de Trujillo.—Ruptura del armisticio; batalla de Carabobo.—Campañas en el sur de Nueva-Granada.—Batalla de Pichincha; incorporacion de la presidencia de Quito a la República de Colombia.—Ultimas operaciones militares de los españoles en Venezuela i Nueva-Garnada.—Constitucion de Colombia.

(1820—1824.)

INFLUENCIA DE LA REVOLUCION DE CÁDIZ EN LA GUERRA DE COLOMBIA.—Al proclamar la República de Colombia, Bolívar preparaba una vigorosa campaña contra los poderosos cuerpos del ejército español que quedaban aun en aquella vasta rejion. De Angostura partieron emisarios para los Estados-Unidos i las Antillas, encargados de comprar armas i municiones para los independientes. El Libertador, despues de

(8) Las autoridades que he consultado para la formacion de este capítulo son los libros ya citados de Baralt, Restrepo, Montenegro Colon i Larrazabal; pero he tenido constantemente a la vista el interesante capítulo que ha destinado Gervinus a las campañas de Bolívar que dieron por resultado la formacion de la Republica de Colombia. Esta parte de la obra del ilustre historiador aleman, aunque escrita sin conocimiento de la prolija historia de Restrepo, cuya segunda edicion forma la obra mas minuciosa i completa sobre la historia de la revolucion de Colombia, tiene en la relacion de los hechos i en las apreciaciones un fondo de verdad que es mui raro hallar en las obras escritas en Europa en que se trata de algo relativo a la América española.—No seria difícil agrupar aquí algunos de los numerosos errores que se encuentran en los libros ingleses i franceses en que se habla de estos sucesos. Así por ejemplo, en una biografía francesa de Bolívar, que sin embargo, no contiene muchos errores, se dice que el Libertador, despues de su campaña en la costa de Venezuela en 1816, se retiró a Buenos-Aires, confundiendo esta ciudad con la isla de Bonaire, en las Antillas.

La *Histoire de la Colombie*, escrita por M. de Lallemant, sin ser completamente defectuosa, no merece ser consultada.

Para la mejor intelijencia de las numerosas i complicadas campañas de Bolívar i de los otros militares que pelearon en la guerra de la independenciá de Venezuela, conviene tener a la vista los mapas del excelente Atlas jeográfico de aquella República, compuesto por el injeniero italiano don Agustin Codazzi, en los cuales están trazadas con mucha claridad las operaciones de los ejércitos belijerantes.

haber meditado un vasto plan de campaña, dió a sus subalternos las instrucciones necesarias para llevarlo a cabo.

Desde Bogotá, Santander habia enviado tropas contra una division realista, que a las órdenes del brigadier Calzada, se habia retirado hácia el sur por Popayan i Pasto. Los patriotas ocuparon felizmente aquella ciudad (21 de octubre de 1819); i durante algunos meses, sostuvieron la guerra en esas provincias con resultados favorables. Al fin, el presidente de Quito, mariscal de campo don Melchor Aymerich, reforzó las tropas de Calzada con dinero, armas i soldados, poniéndolas en estado de tomar la ofensiva. En efecto, el jefe realista reconquistó a Popayan por sorpresa (24 de enero de 1820); pero fué rechazado en las nuevas operaciones que emprendió contra los patriotas.

En el norte de la Nueva-Granada la guerra se sostenia tambien por los españoles. El virei Sámano, establecido en Cartajena, habia enviado diversas espediciones al interior por el rio Magdalena, contra Antioquia i los valles del Cauca i del Atrato; pero todas fueron rechazadas por los patriotas despues de numerosos combates.

En la misma costa de la Nueva-Granada la guerra se hacia con ventaja para los independientes. El jeneral don Mariano Montilla, a la cabeza de 200 venezolanos i de un cuerpo de 400 ausiliares irlandeses, recien llegados de Europa, habia emprendido por mar otras operaciones. Trasportado por la escuadra del almirante Brion, Montilla tomó el puerto de Rio Hacha (13 de marzo) i estendió en breve las operaciones militares por los valles del sur derrotando las fuerzas realistas que intentaron atacarlo. Los patriotas habrian alcanzado mayores ventajas por aquella parte; pero a poco de haber desembarcado, los ausiliares irlandeses se pronunciaron en abierta rebelion a la vista del enemigo, reclamando los sueldos que se les habian ofrecido, i que en esos momentos no se les podian pagar. Montilla se vió obligado a enviarlos a Jamaica, como ellos lo pedian, i a sostener las operaciones militares con las pocas tropas venezolanas que le quedaban.

Por todas partes, los independientes alcanzaban ventajas sobre los realistas. El altanero Morillo, apesar de tener a sus órdenes fuerzas mui considerables, estaba reducido a mantenerse a la defensiva, imposibilitado para acometer empresa alguna. Sabia que Fernando VII habia mandado reunir en las inmediaciones de Cádiz un cuerpo considerable de tropas con el objeto de enviar una espedicion contra Buenos-Aires i de reforzar el ejército realista de Venezuela i de

Nueva-Granada; i esperaba el arribo de esos ausilios para dar mayor impulso a la guerra.

En lugar de los ausilios que esperaba, Morillo recibió la noticia de que las tropas españolas próximas a partir para América, se habian sublevado bajo la instigacion del coronel Riego, apresado a los principales jefes i proclamado el restablecimiento de la constitucion de Cádiz de 1812 (1.° de enero de 1820). La chispa revolucionaria prendió fácilmente en toda España, de tal modo que el mismo rei se vió en la necesidad de decretar el restablecimiento de la constitucion i la convocacion de las cortes lejislativas.

Estos sucesos ejercieron, como debe suponerse, una grande influencia en los pueblos hispano-americanos. La revolucion de Cádiz habia desvaratado los grandes aprestos que el rei de España hacia contra los rebeldes de América, i ponia a la metrópoli en un estado de desorganizacion i de pobreza estremas. En América, los revolucionarios cobraron mayor entusiasmo, no solo porque creyeron mas próximo su triunfo, sino porque vieron al pueblo español sublevarse contra el réjimen administrativo contra el cual ellos mismos luchaban desde 1810. En los paises americanos en que la independencia era entónces un hecho consumado, como sucedia en Chile i las Provincias Arjentinas, la revolucion de Cádiz afianzó las nuevas instituciones. En Méjico, en donde la dominacion española parecia definitivamente restablecida, aquel suceso estimuló i precipitó el levantamiento de Iturbide, que produjo la total independencia de aquel vireinato. En Colombia, el desconcierto de España favoreció a los patriotas para consumar su independencia.

Cuando Morillo recibió las primeras noticias de la revolucion de España (marzo de 1820), perdió toda confianza en sí mismo i desesperó de llevar a cabo la pacificacion de Colombia. Si entónces hubiera encontrado un medio airoso de alejarse de este pais, lo habria hecho sin duda; pero los liberales españoles, instalados en el gobierno despues de la revolucion, continuaron dispensando a Morillo la misma confianza que el rei absoluto, i le encomendaron el establecimiento del réjimen constitucional en Venezuela i en Nueva-Granada, esperanzados de conseguir así el sometimiento de estos pueblos. En cumplimiento de estas órdenes, i cediendo tambien a las instancias de los otros jefes españoles, i de los mas ardientes partidarios de la causa del rei, Morillo se resolvió a proclamar i a jurar solemnemente en Carácas la constitucion española (7 de junio). El virei Sámano, mas



obstinado todavía, resistió en Cartajena a las representaciones de todos los funcionarios; i cuando la tropa se sublevó reclamando el reconocimiento de la constitucion, dejó el mando a cargo de un gobierno provisorio, i se embarcó para Jamaica con algunos jefes tan absolutistas como él (junio 1820).

ARMISTICIO DE TRUJILLO.—Morillo recibió tambien instrucciones de otro jénero. El nuevo gobierno de España, convencido de que ya no podria mandar otros ejércitos a América, ofreció un indulto a todos los comprometidos en la revolucion del nuevo mundo i puso en libertad a los presos que entónces jemian en las cárceles i presidios de la península (1), con la esperanza de ganarse la voluntad de los americanos i de facilitar un arreglo pacífico. Con el mismo objeto encargó a Morillo que abriese negociaciones con los revolucionarios (a quienes se daba en los documentos el apodo de disidentes, en vez de los de rebeldes, facciosos, malvados, etc., con que los nombraban ántes los españoles), autorizándolo al efecto a proponerles las condiciones mas favorables, hasta la de reconocerlos en el gobierno de las provincias que ocupaban, con tal que prestasen juramento de fidelidad al rei de España. Cuéntase que Morillo, al leer aquellas instrucciones, esclamó:—"Es una locura el creer que los insurjentes vayan a aceptar estas proposiciones: las haré solo porque debo cumplir las órdenes superiores."

Estableció en Carácas una junta denominada de pacificacion, con encargo de entender en estas negociaciones; i en seguida dirijió Morillo una nota circular a todos los jefes de divisiones patriotas que recorrian el territorio de Venezuela (17 de junio), en que les daba cuenta de los cambios ocurridos en España, i proponia una suspension de hostilidades durante un mes para entrar en negociaciones. Las contestaciones de los jefes insurjentes no se hicieron esperar: muchos de ellos se manifestaron inclinados en favor de la paz, pero todos declararon que no era posible tratar bajo otra base que

---

(1) Uno de los patriotas americanos que alcanzaron entónces su libertad fué el jeneral neo-granadino don Antonio Nariño, antiguo presidente i dictador de Cundinamarca, hecho prisionero en Pasto en 1813. Despues de seis años de prision en la cárcel de Cádiz, fué puesto en libertad en 1820. Habiendo hecho algunas publicaciones contra Morillo, fué perseguido i tuvo que huir a Lóndres, de dónde volvió al fin a su patria—Obtuvo tambien entónces su libertad el indio Juan Tupac-Amaru, apresado en el Perú en 1781, sin otro motivo que el haberse sublevado su hermano. Retenido primero en Cádiz i despues en el presidio africano de Ceuta, este pobre indio sufrió treinta i nueve años de prision sin haber cometido delito alguno.

el reconocimiento prévio de la independencia de Colombia. Las contestaciones de Bolívar i del congreso de Angostura fueron mas esplícitas todavía: como Morillo les anunciase el pronto envío de plenipotenciarios encargados de ajustar la paz, el presidente del congreso i el presidente de la República le contestaron espontáneamente que no oirian a aquellos plenipotenciarios sino comenzaban por reconocer la independencia.

Morillo soportó con profundo dolor esta amarga humillacion. Los patriotas, por el contrario, cobraron bríos al ver que los mismos españoles reconocian su superioridad, i que en vez del altanero desprecio con que ántes los miraban, se dirijian ahora a ellos de igual a igual, de potencia a potencia, dándoles los tratamientos de *serenísimo* al congreso i de *excelencia* a Bolívar. Muchos americanos, partidarios decididos hasta entónces de la causa real, la consideraron perdida i se pronunciaron en favor de la independencia. En el ejército realista, no solo los criollos, que formaban una parte considerable de las fuerzas, sino tambien muchos españoles se pusieron de parte de los soldados de la independencia.

La revolucion ganaba, pues, mucho terreno miéntras los realistas esperaban el resultado de las negociaciones manteniéndose casi a la defensiva. La provincia de Barcelona fué ocupada por Bermúdez i Monágas; i sus habitantes se apresuraron a declararse en favor de los patriotas. En el sur, Paez tomó posesion de casi toda la provincia de Barinas. Bolívar mismo se apoderó de las provincias de Mérida i de Trujillo, i adelantó las operaciones en los valles regados por el rio Magdalena. Por la costa del norte, el jeneral Montilla, abandonando sus posiciones de Rio Hacha i ausiliado por la escuadra de Brion i por algunas embarcaciones sútiles mandadas por el teniente coronel don José Padilla, abrió las comunicaciones militares i comerciales del Magdalena, se apoderó de Santa Marta i fué a bloquear la importante plaza de Cartajena.

Tal era el estado de la guerra en la segunda mitad de noviembre de 1820. Morillo, aunque contaba todavía con un ejército respetable, propuso a Bolívar una tregua, ya que éste se negaba a aceptar las proposiciones de paz. El Libertador de Colombia, por su parte, recibió bien esta última proposicion, porque, apesar de sus ventajas, no se hallaba en situacion de aceptar una batalla campal contra el grueso del ejército enemigo. Los plenipotenciarios de ámbos ejércitos se reunieron en la ciudad de Trujillo, i allí firmaron el 25 de

noviembre de 1820 un armisticio que debia durar seis meses prorogables por el tiempo que se creyere necesario, siempre que, espirado este término, no se hubiesen concluido las negociaciones que debian entablarse para ajustar la paz. Durante el armisticio, los dos ejércitos deberian mantenerse en sus posiciones respectivas sin acometer empresa alguna. El siguiente dia (26 de noviembre) se firmó, a instigacion de Bolívar, un tratado por el cual se regularizó la guerra, que hasta entónces se habia hecho sin piedad por ámbas partes, comprometiéndose Bolívar i Morillo a respetar la vida de los prisioneros i a cumplir los otros deberes impuestos por la humanidad i los principios del derecho de jentes. No estará demas advertir que este convenio fué firmado en la misma ciudad en que Bolívar, hostigado por las crueldades injustificables que cometian los españoles, decretó la guerra a muerte el 15 de junio de 1813.

Firmado este convenio, Morillo manifestó a sus comisionados que deseaba ardientemente tener una entrevista con Bolívar. El Libertador aceptó esta proposicion, i se puso en marcha para Santa-Ana, pueblo pequeño situado al norte de Trujillo, a corta distancia del lugar en que estaba acampado el jefe español. Allí se encontraron los dos jenerales rodeados por algunos oficiales i edecanes de ámbos ejércitos.[1] Al acercarse, Morillo i Bolívar echaron pié a tierra, i se abrazaron con manifiestas señales de estimacion. Los dos jenerales, despues de haber combatido a muerte durante cinco años, pasaron algunas horas en la mas estrecha cordialidad, i se separaron el dia siguiente despidiéndose como viejos amigos.

No faltaron patriotas vehementes que reprobaran el armisticio celebrado por Bolívar. Habrian querido que la guerra siguiese sin tregua hasta la completa espulsion de los españoles; pero los que conocian el verdadero estado del ejército patriota i de toda la República de Colombia, celebraron cordialmente el convenio que venia a dar un descanso a los belijerantes. El jeneral español, por su parte, se felicitó grandemente de haber alcanzado el armisticio de Trujillo. Desde algunos meses ántes habia solicitado i conseguido del gobierno de Madrid su relevo del mando del ejército; pero no quiso alejarse de América sino cuando creyó que los negocios se encaminaban a la consecucion de una paz definitiva con la metrópoli. El 17 de setiembre (1820), se embarcó para España, llevando, segun se dice, grandes tesoros recojidos en el Nuevo-Mundo, en vez de los laureles que pensaba cegar cuando con tanta arrogancia pisó las playas de Venezuela.

El mariscal de campo don Miguel de Latorre tomó en su reemplazo el mando del ejército español.

RUPTURA DEL ARMISTICIO; BATALLA DE CARABOBO.— El armisticio de Trujillo proporcionó un momento de descanso a los partidos belijerantes; pero no detuvo la marcha de la revolucion colombiana. A la sombra de la paz creada por aquella tregua, los partidarios de la independencia continuaron preparándose para la guerra i fomentaron la insurreccion de las provincias sometidas a los españoles.

La importante ciudad de Maracaibo se habia mantenido fiel a la España durante toda la guerra. El jeneral Urdaneta, que por ser orijinario de esa ciudad tenia en ella numerosas relaciones, envió sus ajentes i preparó las cosas para un levantamiento. El 28 de enero (1821), en efecto, Maracaibo se declaró por la causa de los patriotas i recibió un cuerpo de tropas enviado por Urdaneta para sostener aquella declaracion. Inútiles fueron las reclamaciones entabladas por el jeneral Latorre contra esta violacion del armisticio. Bolívar contestó al fin que someteria a juicio al jefe que habia ocupado la ciudad sin órdenes superiores, pero que él estaba en perfecto derecho para aceptar la incorporacion de Maracaibo desde que sus habitantes lo solicitaban espontáneamente.

Estas comunicaciones iban preparando una nueva ruptura. Bolívar habia nombrado dos plenipotenciarios que debian pasar a España a negociar la paz; pero cuando éstos salian a su destino, llegaron de la península seis ajentes del gobierno español, encargados de tratar aisladamente con los gobernantes de Venezuela i de Nueva-Granada. Bolívar, que queria salir cuanto ántes de aquella situacion indefinida, intimó a Latorre la cesacion del armisticio si los comisionados españoles no traian el poder espreso de reconocer la independencia de Colombia (10 de marzo). El jeneral español conoció que la conservacion de la tregua era imposible, i fijó el 28 de abril para la reapertura de la campaña.

Bolívar, entre tanto, habia desplegado una grande actividad. Despues de dictar mil medidas militares, se reunió con Paez en el pueblo de San-Cárlos, al sur de la montaña que limita los dilatados llanos de Venezuela. Miéntras tanto, el jeneral Soublette debia dirijir las operaciones por el oriente para llamar la atencion del ejército español que estaba acampado en Carabobo. Una parte de las fuerzas de éste, mandada resueltamente por el jeneral Bermúdez, cayó sobre Carácas, obligando a las tropas españolas que la defendian a evacuar esta ciudad (14 de mayo). Estendiendo sus

operaciones por aquella parte del territorio, Soublette distrajo un cuerpo considerable del ejército de Latorre, pero se vió forzado a abandonar la capital i a retirarse a las provincias orientales.

Latorre quedaba acampado en la llanura de Carabobo, entre la estensa montaña que lo separaba de Bolívar i la importante ciudad de Valencia, que era la llave de todo el valle que conduce a la capital i a la costa. A su lado tenia un ejército de 5,500 hombres perfectamente disciplinados i aguerridos; pero en cierto modo divididos por las rivalidades de los mismos jefes. Morales, aquel feroz caudillo que habia hecho la guerra de esterminio en Venezuela, envidioso ahora de la elevacion de Latorre, trataba de desprestijiarlo ante sus propios soldados. Ese jeneral, valiente e impetuoso es verdad, pero poco hábil para dirijir las grandes operaciones, aconsejó a su jefe que permaneciese a la defensiva en Carabobo, i que solo destacase pequeñas partidas para rechazar los cuerpos con que Bolívar queria llamar su atencion por otros lados.

Para llegar al campamento de Latorre, el Libertador tenia que pasar la montaña por la estrecha garganta de Buenavista, en donde un puñado de hombres habria podido detenerlo. Los españoles, sin embargo, habian hecho poco caso de esta ventajosa posicion para mantenerse en la llanura de Carabobo, desde donde creian cerrar a Bolívar la salida de los desfiladeros con el fuego de los cañones favorablemente colocados i con alguna infantería. El ejército patriota, fuerte de 6,000 soldados, penetró resueltamente en la montaña; pero al llegar al desfiladero que conduce a la llanura i cuyo paso era inaccesible, el Libertador ordenó que la division de vanguardia, mandada por el heroico Paez, siguiese su marcha por una vereda mui poco frecuentada que iba a salir sobre la derecha del ejército español. Este movimiento obligó a Latorre a modificar su plan de defensa; i moviendo sus tropas en ausilio del punto amenazado, hizo romper un fuego terrible sobre la vanguardia patriota. El batallon que marchaba a la cabeza de ésta, resistió vigorosamente apesar de hallarse casi solo; pero vacilaba i retrocedia sin oir la voz de Paez, que lo alentaba con la palabra i con el ejemplo, cuando bajó de la montaña un rejimiento de ausiliares ingleses mandado por el coronel John Farrier. Con una sangre fria desconocida de los habitantes de los paises ardientes, el rejimiento ingles se formó en batalla bajo el fuego mas horroroso, i echando una rodilla a tierra, comenzó el combate i resistió el ataque de los españoles hasta que se reorganizó el pri-

mer batallon, i llegaron en su socorro los otros soldados que bajaban la montaña. Entónces, los primeros cuerpos del ejército patriota, i mui principalmente el batallon de ausiliares ingleses, cargaron a la bayoneta sobre la primera division realista obligándola a caer en desórden sobre el grueso de su ejército. El jeneral Moráles, que mandaba la caballería española, no se atrevió a resistir al ataque de los primeros escuadrones colombianos, i se abandonó a la fuga. Esta misma suerte corrió todo el ejército realista despues de una hora de combate, merced al empuje irresistible que habia sabido imprimir a sus movimientos el valor estraordinario de los ingleses. La caballería patriota persiguió a los fujitivos con tanto vigor como felicidad. Batallones enteros rindieron las armas, otros se dispersaron en las selvas; i solo mui débiles restos del poderoso ejército de Latorre llegaron a Puerto Cabello. Esta famosa jornada, que puso término, puede decirse, a la dominacion española en Colombia (24 de junio de 1821), costó al ejército patriota la pérdida de no ménos de 200 hombres; entre éstos se contaron el valiente i leal guerrillero Cedeño i el coronel ingles Farrier, uno de los primeros héroes de la batalla.

Las consecuencias de esta gran victoria no se hicieron esperar mucho tiempo. Bolívar i Paez entraron a Carácas el 29 de julio, i desde allí intimaron rendicion a los realistas que se habian retirado a la Guaira, i los cuales se rindieron en efecto (4 de julio), reconociendo la superioridad del Libertador. En esta ciudad espidió el gobierno independiente un decreto (14 de julio) por el cual se ofrecia pasaporte a los realistas que quisieran salir del pais, i se exijia juramento de fidelidad a los que se quedaran en él, pudiendo en todo caso realizar o estraer libremente sus propiedades, si así lo querian.

Campañas en el sur de la Nueva-Granada.—El Libertador no descansó largo tiempo sobre los laureles de Carabobo. Dejando a Soublette al frente del gobierno de Venezuela, i habiendo dividido este pais en tres grandes cantones militares a cargo de los jenerales Mariño, Paez i Bermúdez, Bolívar salió de Carácas (1.° de agosto), i se puso en marcha para la Nueva-Granada, a donde lo llamaban los trabajos del congreso, i la necesidad de activar la guerra contra las tropas españolas que dominaban en el sur de este pais i en toda la dilatada provincia de Quito.

El jeneral Santander, que mandaba en Bogotá, no habia descuidado aquellas operaciones. Habiendo reunido todas las tropas de que podia disponer, encargó al jeneral don Manuel

Valdes i al coronel don José Mires que persiguieran a los realistas i penetraran a la presidencia de Quito. Mires, siguiendo su marcha por el valle que riega el rio Magdalena en su nacimiento, cayó sobre el pueblo de La Plata, i destrozó una columna del ejército español (28 de abril de 1820). Una vez libre de enemigos aquel valle, Mires se unió con el jeneral Valdes, i desde Neiva emprendieron la marcha al traves de las ásperas montañas que separan aquel valle del del Cauca. Allí derrotaron a los españoles en Pitayó (6 de junio), i obligaron en seguida al jeneral Calzada a abandonar la ciudad de Popayan. Las tropas colombianas la ocuparon sin resistencia (16 de julio); pero Valdes no supo aprovecharse de su victoria, i perdió un tiempo precioso que habria podido emplear en perseguir a los fujitivos que se hallaban completamente desorganizados.

El presidente de Quito, jeneral don Melchor Aymerich hacia entre tanto esfuerzos sobrehumanos para rechazar la invasion. Reunió, en efecto, tropas considerables en la provincia de Pasto, desde donde se preparaba para renovar la campaña. Por fortuna en esa época la revolucion aparecia en otra parte con nuevo vigor. El Perú habia sido invadido en setiembre de ese año por un ejército chileno que mandaba el jeneral San-Martin. La importante provincia de Guayaquil no fué indiferente a este suceso. En la noche del 9 de octubre la ciudad alzó el grito de independencia. Sus pobladores sometieron la guarnicion española i crearon autoridades nacionales, designando como gobernador al ilustre poeta guayaquileño don José Joaquin Olmedo.

La ciudad de Guayaquil, bajo su aspecto militar, formaba entónces parte del vireinato del Perú; pero el gobierno revolucionario, sea porque temiese verse atacado por los españoles que mandaban en Quito, o porque quisiera cooperar a la independencia de Colombia, organizó una division de 1,500 hombres que puso a las órdenes del comandante don Luis Urdaneta. Esas tropas invadieron resueltamente la presidencia de Quito proclamando en todos los pueblos la independencia absoluta. El presidente Aymerich se vió obligado a abandonar sus cuarteles de Pasto i a volar al sur para rechazar la invasion de los guayaquileños. El 22 de noviembre (1820) tuvo lugar en la llanura de Guachi un combate entre las fuerzas españolas de Aymerich i las independientes de Urdaneta, en que estas últimas fueron derrotadas i perseguidas con gran teson. Aymerich volvió entónces al norte sus armas vencedoras para rechazar la invasion de un cuerpo co-

lombiano. El jeneral Valdes, en efecto, habia salido de Popayan i dado un nuevo empuje a las operaciones por aquella parte. Despues de haber pasado el correntoso Juanambú, en cuyas márjenes fué derrotado Mariño en 1813, Valdes tuvo que sostener un encarnizado combate contra una division realista que mandaba el coronel don Basilio García. Los patriotas sufrieron allí una terrible derrota, que los obligó a replegarse al norte en gran desórden (2 de febrero de 1821).

Por fortnna de los vencidos, llegaron entónces a la provincia de Pasto los ajentes enviados por Bolívar para anunciar a los belijerantes el armisticio de Trujillo. Aymerich mandó suspender las hostilidades, i permitió que los comisionados del Libertador avanzasen hasta Quito para arreglar con ellos lo relativo a la tregua (2). Juntos con esos ajentes, Bolívar habia mandado al jeneral don José Antonio de Sucre, militar venezolano de solo 28 años de edad, pero mui distinguido ya por su valor i por su gran talento i que estaba destinado a llenar con su nombre muchas de las mas gloriosas pájinas de la revolucion americana. Sucre traia encargo de tomar el mando de las tropas colombianas que operaban en el sur de la Nueva-Granada; i comenzando a desempeñar sus funciones de jefe con gran prudencia, retiró aquellas tropas hácia Popayan para reorganizarlas i ponerlas en estado de abrir una nueva campaña.

Por mas esfuerzos que hicieron los ajentes de Bolívar, no pudieron conseguir del presidente de Quito que éste reconociera a los revolucionarios de Guayaquil como comprendidos en el armisticio de Trujillo. Los aprestos de Aymerich siguieron, pues, sin interrupcion, miéntras los guayaquileños, divididos en bandos no sabian si incorporarse a Colombia o al Perú, o si debian constituirse en un estado independiente. En esta situacion, pidieron ausilios a Bolívar en el norte, i a San-Martin, que dominaba entónces en el Perú.

El Libertador de Colombia anduvo mas activo. Mandó que Sucre, reuniendo algunas fuerzas patriotas en Popayan, marchase con la mayor presteza a Guayaquil para tomar

---

(2) Aymerich, en cumplimiento de las órdenes de la corte, tuvo que proclamar el indulto de todos los procesados por delitos políticos. El jefe realista Calzada, sometido a juicio por su conducta militar en la campaña de Popayan, fué puesto en libertad. De Pasto se dirijió por el rio Amazonas á España; de allí volvió de nuevo a Venezuela para ser el ultimo jefe español que sostuviera la guerra contra los independientes.

esta provincia bajo la proteccion de Colombia. Sucre, en efecto, se embarcó en el puerto de San-Buenaventura, que habian ocupado poco ántes los patriotas, i llegó a Guayaquil en los primeros dias de mayo con una regular division de soldados colombianos. En aquella ciudad se mantuvo hábilmente separado de todas las influencias de partido, como si fuese estraño a las cuestiones que se debatian respecto a la suerte futura de la provincia. Las tropas colombianas no salieron de este estado de aparente indiferencia sino cuando un peligro inesperado amenazó de muerte la revolucion de Guayaquil. El 17 de julio (1821), las lanchas cañoneras de los patriotas fondeadas en el rio, proclamaron al rei de España i amenazaron cañonear la ciudad. Dos dias despues se sublevó a corta distancia otro batallon patriota. Sucre puso entónces en movimiento las tropas de su mando i obligó a los facciosos a tomar la fuga, ganándose así el afecto de los guayaquileños.

Como aquella insurreccion realista habia sido preparada i dirijida por la influencia de Aymerich, i como se supiese que éste se disponia a invadir a Guayaquil, los patriotas no trepidaron en ordenar una campaña contra los realistas de Quito. Sucre recibió el mando de las tropas independientes, i con ellas batió en Yaguachi, en la provincia de Cuenca, una division de mas de 1,000 españoles que marchaba a reunirse con Aymerich (19 de agosto). El resto de la campaña no fué tan feliz para los patriotas: despues de operaciones bien combinadas, i apesar de su inferioridad numérica, Sucre atacó las tropas de Quito en Guachi, en el mismo lugar en que Urdaneta habia sido batido el año anterior, i como éste fué completamente derrotado (12 de setiembre). El jeneral colombiano regresó a Guayaquil con los miserables restos de su division.

Batalla de Pichincha; incorporacion de la presidencia de Quito a la República de Colombia.—A pesar de su último triunfo, Aymerich no pudo perseguir a los patriotas fujitivos con la actividad i con el vigor que convenia. El jeneral Sucre, por su parte, consiguió que el coronel español Tolrá, encargado de adelantar las operaciones contra Guayaquil, aceptase (20 de noviembre) una tregua de tres meses, debiendo entre tanto conservar ámbos ejércitos las posiciones que ocupaban al firmar el tratado. Aymerich debia imponerse en ese tiempo de los sucesos que en esa misma época ocurrian en el Perú, en Nueva-Granada i en Venezuela, i de los cuales no tenia entónces una noticia cabal.

La tregua celebrada con Tolrá no fué ratificada por el jeneral español. Las operaciones militares, sin embargo, no adelantaron, pero sí los aprestos para una nueva campaña. A fines de 1821 llegó a la provincia de Quito, por la vía de Pamaná, el jeneral español don Juan de la Cruz Mourgeon, nombrado por la corte de Madrid capitan jeneral de las tropas realistas de la Nueva Granada. Militar intelijente e impetuoso, Mourgeon habia hecho las marchas mas penosas para llegar a Quito; i allí desplegó una actividad incansable para dar nuevo impulso a la guerra. Sucre, por su parte, no habia permanecido en la inaccion. Pidió al jeneral San-Martin que le enviara ausilios de tropas para atender a la seguridad i a la defensa de la revolucion guayaquileña; i cuando supo que esos ausilios se hallaban cerca, decretó (18 de enero de 1822) que cesaba el armisticio celebrado con el coronel Tolrá por no haber sido ratificado por los jefes españoles.

El jeneral colombiano comprendia mui bien la necesidad de abrir la campaña ántes que los realistas reunieran todos sus elementos i le cerraran el camino de Quito. Marchó con sus tropas a la provincia de Loja, i allí se reunió con la division ausiliar que llevaba del Perú el coronel don Andres Santa-Cruz (9 de febrero). Las fuerzas de Sucre alcanzaron entónces a mas de 2,000 hombres, bien disciplinados i equipados. Los jinetes chilenos que enviaba San-Martin, renovaron allí sus cabalgaduras para continuar las penosas marchas i llevar a cabo una campaña llena de peligros i de glorias.

La opinion se mostraba por todas partes mui favorable a los patriotas. El coronel español Tolrá que mandaba la vanguardia de los realistas, se vió precisado a replegarse a Quito evitando todo encuentro con las tropas colombianas. Sucre ocupó casi a la vista del enemigo la ciudad de Cuenca, i en seguida se estendió hasta Alausi i Riobamba, de que tomó posesion el 22 de abril sin que los españoles trataran de oponer una resistencia séria. El capitan jeneral Mourgeon habia muerto pocos dias ántes (3 de abril) de abatimiento i de desesperacion al ver el mal estado de los negocios de España en el Nuevo-Mundo. Aymerich que reasumió el mando, se manifestó dispuesto a resistir a los patriotas miéntras le fuese posible; i al saber la marcha de Sucre sobre Quito, mandó defender las inaccesibles gargantas de Jalupana i la Vindita, donde pocos soldados podian triunfar de un ejército.

A fin de evitar aquellas formidables posiciones, Sucre escaló las heladas cimas del Cotopaxi para aparecer en los valles inmediatos a Quito. Los españoles, turbados i confundidos

ante la rapidez i la audacia del ejército patriota, se abstuvieron de presentar combate, i se empeñaron solo en defender otras posiciones. Sucre quiso entónces ocupar el norte de Quito para cortar a Aymerich toda comunicacion con la provincia de Pasto; i emprendiendo una marcha nocturna por la falda del volcan Pichincha, i por un camino sumamente escabroso, en la mañana del 24 de mayo se encontró en las eminencias que dominan a Quito. El jeneral patriota habia burlado con grande habilidad todas las acechanzas del enemigo, i se encontraba al fin en estado de cortarle toda comunicacion con las fuerzas realistas de Pasto. Aymerich no quiso retardar por mas tiempo una batalla decisiva. Las tropas de su mando atacaron a los patriotas ántes que bajaran de las alturas que ocupaban; i allí, en las faldas del Pichincha, se sostuvo un encarnizado combate en que patriotas i realistas hicieron prodijios de valor. Un cuerpo de voluntarios ingleses de la division de Colombia, i los granaderos a caballo, chilenos i arjentinos de la division de Santa-Cruz, consumaron, puede decirse así, la derrota de Aymerich.

La batalla de Pichincha, conocida en la historia de Colombia con el nombre de Carabobo del sur, puso término a la dominacion española en la presidencia de Quito. El dia siguiente de esa gran victoria, los patriotas ocuparon a Quito mediante una capitulacion noble i jenerosa para los vencidos (25 de mayo de 1822). Sucre se comprometió a conservar a los españoles los honores de la guerra i a remitirlos en seguida a la isla de Cuba. El número de los rendidos alcanzaba a 1,100 soldados i a 160 jefes i oficiales. El pueblo de Quito no pudo resistir a las artificiosas exijencias del jeneral vencedor que habia enarbolado en la ciudad el pabellon de Colombia; i el 29 de mayo, se declaró incorporado a la gran república que acababa de crear el jénio de Bolívar.

El Libertador, entre tanto, se hallaba en la provincia de Pasto ocupado en dominar las últimas resistencias de los realistas. Cuando supo que Sucre habia sido derrotado en Guachi, salió apresuradamente de Bogotá; i despues de una campaña de algunos meses, batió a los españoles en Bonabona (7 de abril de 1822). La guerra se habria continuado, sin embargo, en aquella rejion donde los realistas contaban con las simpatías jenerales de la poblacion; pero en los primeros dias de junio se recibió allí la noticia de la batalla de Pichincha, i el coronel español don Basilio García que mandaba las tropas realistas, se vió forzado a capitular. Bolívar entró entónces a Pasto (8 de junio), i estableció allí la administracion

de la república tratando de ganarse por los medios de suavidad i de prudencia la estimacion de los pastusos, hasta entónces enemigos constantes de la revolucion.

La incorporacion de Quito a la República de Colombia no costó en realidad grandes trabajos. Cuando Bolívar entró a esta ciudad (16 de junio), fué recibido por el pueblo como el fundador de la República; pero en Guayaquil se suscitaron dificultades mas sérias todavía. Muchos hombres importantes de esta ciudad querian conservar la segregacion e independencia de Guayaquil, miéntras otros pedian que se incorporase al Perú, con el cual lo ligaban relaciones comerciales que casi no existian respecto de Colombia. Bolívar, sin embargo, no pudo resignarse a soportar esta resistencia. Se presentó en Guayaquil (11 de julio) donde fué recibido con el mayor entusiasmo; i a su sombra, las personas adictas a Colombia pidieron al cabildo que la provincia fuese incorporada desde luego a aquella República. La junta de gobierno mandó reconocer a Bolívar como jefe político i militar; pero esperó que una asamblea de representantes de los pueblos convocada de antemano resolviese en definitiva sobre aquella gran cuestion. El 30 de julio (1822) la representacion de la provincia declaró por fin a Guayaquil incorporado en la República de Colombia. En esa época, la independencia de la gran República estaba definitivamente asegurada; pero aun quedaban algunos enemigos en el otro estremo de su territorio.

Últimas operaciones militares de los españoles en Venezuela i en Nueva-Granada.—A mediados de 1821, la guerra de la independencia parecia casi definitivamente terminada en Venezuela i en Nueva-Granada. En la primera de estas secciones los realistas no conservaban en su poder mas que las plazas de Puerto-Cabello i de Cumaná; pero algunos guerrilleros atrevidos peleaban todavía en los llanos vecinos a Carácas i en las inmediaciones de Coro. En la Nueva-Granada, los españoles dominaban solo en Cartajena i en el istmo de Panamá. Todo hacia presentir que un impulso vigoroso dado a las operaciones militares pondria término a la guerra que asolaba esos paises desde diez años atras.

En efecto, el jeneral Montilla, que permanecia a la cabeza del ejército que sitiaba a Cartajena, activó las operaciones para aprovecharse del desaliento que debia producir en el ánimo de los defensores de la plaza la noticia de la gran victoria de Carabobo. Despues de algunas operaciones hábilmente di-

rijidas, el jeneral patriota convirtió en estrecho sitio el bloqueo de Cartajena; i entónces ofreció al coronel Torres, que mandaba en la ciudad, una honrosa capitulacion. El jefe español, viéndose abandonado por todas partes i rodeado de tropas hambrientas, capituló i entregó la ciudad saludando préviamente en cada fuerte la bandera vencedora de Colombia (10 de octubre). Los patriotas encontraron en aquella plaza mas de 500 cañones i un gran repuesto de fusiles, sables i municiones.

Montilla pensó entónces en llevar sus armas vencedoras a la rejion del istmo, en que todavía dominaban los españoles. Antes de emprender esta nueva campaña, supo que los pueblos de aquella provincia se habian sublevado; i que el 28 de noviembre Panamá habia declarado solemnemente su propósito de incorporarse a Colombia.

La guerra se sostenia entre tanto en la rejion de Venezuela sin grandes sucesos que condujeran a un desenlace. La ciudad de Cumaná se rindió al jeneral Bermúdez (16 de octubre); pero los españoles conservaron siempre la importante plaza de Puerto-Cabello. El jeneral Latorre ausiliaba desde allí a los guerrilleros realistas, o despachaba espediciones a diversos puntos. Por ausencia de Bolívar, que se hallaba entónces en Nueva-Granada, el jeneral Soublette mandaba las operaciones del ejército patriota en aquel pais, i sostenia la guerra con bastante actividad, si bien la falta de elementos mas poderosos no le permitió llevarla a cabo.

La España no se hallaba entónces en situacion de prestar un ausilio eficaz a los realistas que sostenian aun en Colombia una lucha estéril. Latorre, que conocia perfectamente este estado de cosas, solicitó su relevo del mando del ejército, i obtuvo en efecto de la corte el nombramiento de capitan jeneral de Puerto-Rico, colonia pacífica que vivia sometida a la España en la mayor tranquilidad. En su reemplazo, el rei designó al brigadier Moráles, que habia adquirido tan funesta celebridad durante la guerra de la independencia de Venezuela. Latorre entregó el mando (4 de agosto de 1822), i se alejó de aquel pais dejando el recuerdo de un jeneral prudente i pundonoroso, i de un enemigo humano i leal.

Moráles desplegó en el mando una actividad verdaderamente maravillosa. Aprovechándose del desconcierto de los jefes patriotas durante la ausencia del Libertador, el nuevo jeneral realista se embarcó en Puerto-Cabello con 1,200 hombres (24 de agosto), i se dirijió a la península de Goajira,

que cierra por el norte el golfo de Maracaibo. Habiendo dispersado a los cuerpos patriotas que quisieron oponerse a su marcha, se apoderó de la importante plaza de Maracaibo, (7 de setiembre) que defiende la entrada del espacioso lago del mismo nombre. El sarjento mayor don Natividad Villamil que mandaba la guarnicion del castillo de San-Cárlos, lo entregó sin combatir, poniendo de este modo a Moráles en posesion del lago, i por tanto en situacion de operar con ventaja sobre las provincias de Mérida en Venezuela i de Pamplona en Nueva Granada. A estas ventajas de los realistas se agregó otra no ménos importante. El jenerel patriota Montilla, que mandaba en Cartajena, envió una division de mas 1,000 hombres a reconquistar a Maracaibo; pero estas fuerzas fueron completamente derrotadas por Moráles en la llanura de Garabulla (12 de noviembre). Despues de este triunfo, la ciudad de Coro fué ocupada sin oposicion por el mismo Moráles (3 de diciembre), miéntras al occidente de Maracaibo aparecian numerosas partidas de antiguos realistas que volvian a presentarse confiados en la proximidad de una reaccion completa en favor de la España. La ciudad de Santa-Marta fué tomada por esos guerrilleros (3 de enero de 1823).

La guerra de Venezuela tomaba, pues, un jiro mui favorable para los realistas; pero la anarquía que reinaba en España i el desgobierno que se hacia sentir en las dos colonias españolas de las Antillas, en Cuba i en Puerto-Rico, fueron causa de que Moráles no recibiera los ausilios que necesitaba para adelantar la guerra que habia emprendido con tanta impetuosidad i con tan buena fortuna. Los republicanos, por su parte, activaron las operaciones con grande empeño, acercando con admirable rapidez tropas i armamentos a los puntos que ocupaban los españoles. Montilla recuperó a Santa-Marta (22 de enero), i persiguió a los guerrilleros realistas que infestaban aquella provincia. Otro oficial venezolano enviado por el jeneral Soublette, ocupó a Coro.

Pero los principales esfuerzos de los patriotas para combatir la reaccion realista tuvieron por teatro el mar. El coronel don José Padilla, que habia reemplazado definitivamente a Brion en el mando de la escuadra colombiana, reunió sus fuerzas en las costas inmediatas a la desembocadura del Magdalena con la cooperacion del jeneral Montilla, que mandaba allí. Con fuerzas mui poco considerables, pero sí con una audacia estraordinaria, Padilla forzó la entrada del estrecho canal que comunica el lago de Maracaibo con el golfo del mismo nombre sufriendo los fuegos de las fortalezas de tierra

i perdiendo solo una de sus naves, que se baró en un banco de arena (8 de mayo). Poco tiempo despues, derrotó en ese mismo lago la escuadra española que mandaba el capitan de navío don Anjel Laborde (24 de julio). La ocupacion del lago hizo tambien a Padilla dueño de la ciudad de Maracaibo. Moráles, que se encontraba en ella, viéndose cortado por todas partes i suspendidas sus comunicaciones con Puerto-Cabello, que era el último baluarte de la resistencia española en Venezuela, aceptó la capitulacion que le ofrecia Padilla (3 de agosto), entregó la ciudad i se retiró a Cuba, convencido de que habia llegado la última hora de la dominacion española en el continente.

Los españoles dominaban todavía en Puerto-Cabello, cuya guarnicion obedecia al brigadier Calzada. El jeneral Páez mandaba las tropas colombianas encargadas del asedio. Las operaciones de los independientes contra una plaza perfectamente defendida fueron naturalmente largas i penosas. Por fin, en setiembre (1823) el sitio quedó perfectamente establecido. Sin embargo, se habria prolongado mucho tiempo mas si Páez no hubiera recibido aviso de que existia un camino practicable al travez de los dilatados pantanos que forman una fortificacion natural al oriente de la plaza, por donde no existian defensas artificiales. Páez dió el asalto de la plaza en la noche del 7 al 8 de noviembre con gran denuedo i venciendo dificultades que habrian parecido insuperables. Los soldados colombianos enteramente desnudos, emprendieron la marcha por entre los pantanos; i una vez en los suburbios del pueblo, se dividieron en pelotones i atacaron de improviso a la guarnicion española. El combate fué verdaderamente terrible; pero ántes de amanecer, los patriotas eran dueños de la ciudad. Dos dias despues, la bandera colombiana flameaba en el castillo de San Felipe, último asilo de los obstinados defensores de Puerto-Cabello. El brigadier Calzada i muchos otros oficiales i soldados quedaron prisioneros despues de este combate que puso término a las prolongadas i sangrientas guerras de la revolucion colombiana.

Constitucion de Colombia.—Antes de la completa espulsion de los españoles, la República de Colombia se habia constituido definitivamente. Las constituciones provisorias que hasta entónces habian rejido en Nueva-Granada i en Venezuela eran anteriores a la union de los dos pueblos, i no correspondian a las exijencias de todos. Por eso el gobierno revolucionario, dirijido por el doctor don Juan Jerman Róscio, en su carácter de vice-presidente de la República, convocó desde la

ciudad de Angostura (9 de noviembre de 1820) a los venezolanos i neo-granadinos para un congreso verdaderamente colombiano que debia reunirse en el Rosario de Cúcuta, villa pequeña, situada al noreste de Pamplona, i en la raya divisoria de los dos pueblos. El congreso se instaló como estaba anunciado el 6 de mayo de 1821 con los diputados libre i legalmente elejidos por veinte i dos provincias que entónces estaban emancipadas del gobierno colonial.

Dos meses ántes (13 de marzo) habia fallecido el doctor Róscio. El Libertador llamó al cargo de vice-presidente de la República al jeneral don Antonio Nariño, que acababa de llegar de su cautiverio de Cádiz. Apénas instalado el congreso colombiano, Bolívar i Nariño, como presidente i vice-presidente de Colombia, i los jenerales Soublette i Santander, como jefes de Venezuela i de Nueva-Granada, hicieron renuncia de los cargos que desempeñaban. El congreso les pidió que se conservasen en esos puestos hasta el restablecimiento de un arreglo definitivo del gobierno por medio de la constitucion.

La union definitiva de Venezuela i Nueva-Granada llamó con preferencia la atencion de los lejisladores. Las condiciones del pacto de union fueron el objeto de largos i sérios debates; pero al fin, el 12 de julio el congreso fijó las bases repitiendo al mismo tiempo la declaracion solemne de no someterse jamas a la dominacion estranjera. Los lejisladores reconocieron como deuda nacional de Colombia las deudas que los dos pueblos habian contraido separadamente; i acordaron levantar en mejores circunstancias una nueva ciudad con el nombre del Libertador Bolívar que seria la capital de la República de Colombia i el asiento del gobierno jeneral.

En seguida entró el congreso a discutir la constitucion jeneral del estado. Los diputados colombianos, aconsejados por una dolorosa esperiencia, querian apartarse del federalismo que tantos males habia causado a ambos pueblos en los primeros tiempos de la revolucion; i en efecto, la constitucion decretada en 30 de agosto de 1821 estableció la unidad gubernativa en manos de un presidente elejido por el congreso, i con atribuciones restrinjidas por los otros poderes públicos. Segun la nueva constitucion, el cuerpo lejislativo se componia de un senado i de una cámara de representantes elejidos popularmente. Los senadores no eran vitalicios como por la constitucion dictada dos años ántes en Guayana, sino elejidos por el término de ocho años, porque se creia que aquella disposicion, sujerida por el jeneral Bolívar, envolvia un prin-

cipio aristocrático inaceptable en una República. Los diputados debian durar solo cuatro años. El poder ejecutivo estaba confiado a un presidente, cuya duracion era tambien de cuatro años i reelejible solo por una vez, a un vice-presidente que debia subrogar al primero, i a un consejo de gobierno compuesto de los cinco secretarios del despacho i de un miembro de la alta corte de justicia. El poder judicial residia en este supremo tribunal, en otros de apelaciones i en los juzgados de primera instancia.

La constitucion organizaba tambien todos los detalles de la administracion. El congreso designó a Bolívar para el cargo de presidente de la República i al jeneral Santander para vice-presidente. Ambos jefes trabajaron con laudable teson en remover los obstáculos que se oponian al progreso moral i material de la República: abrieron escuelas, llamaron la emigracion estranjera i estimularon el comercio. El congreso, por su parte, secundó estos esfuerzos mediante numerosas leyes de organizacion administrativa. La República fué convenientemente dividida en siete grandes departamentos, i se bleció la capital provisoria en la ciudad de Bogotá.

En 1821, cuando se dictó aquella constitucion, los colombianos creyeron que este código seria el fundamento de la prosperidad nacional. En el esterior se pensó tambien que la República de Colombia iba a ser un estado rival de la gran República del norte por la estension de su territorio, la riqueza de su suelo i la actividad de sus hijos. Jamas pais alguno ha enjendrado al nacer espectativas mas lisonjeras. Pocas veces un hombre alcanzó en pocos años mas prestijio i mas respeto en su propia patria, i mayor renombre en el estranjero que el Libertador. Bolívar fué mirado en Colombia con una veneracion que rayaba en fanatismo: no habia honor que no se le tributara, ni distincion a que no se le creyera merecedor. Se le decretaban estatuas i monumentos que recordaran sus proesas, i se le llamaba por todas partes el padre i el fundador de la República. En el estranjero, el prestijio de Bolívar fué tambien inmenso. Para los europeos, su nombre simbolizaba toda la historia de la revolucion hispano-americana, de tal modo que miéntras se desconocian casi completamente las hazañas i en cierto modo hasta los nombres de San-Martin, de Páez, de O'Higgins i de Morelos, el de Bolívar era repetido en Europa como el de un segundo Washington, mas brillante i mas impetuoso que el primero.

El Libertador aumentó este prestijio todavía con sus campañas posteriores en el Perú, de que daremos cuenta en el

capítulo siguiente; pero despues de haber adquirido tanto lustre, su estrella comenzó a eclipsarse. Bolívar encontró las primeras resistencias cuando comenzaba a ofuscarlo el brillo de su propia gloria. La guerra civil surjió en Colombia durante la vida del Libertador; muchas de sus creaturas hicieron armas contra él, i despues de borrascosas turbulencias, Venezuela se separó de la gran República (1829). Bolívar murió al año siguiente (17 de diciembre de 1830) dejando a Colombia próxima a fraccionarse. En efecto, un año despues se separó tambien la antigua presidencia de Quito formando la República del Ecuador. El territorio que estuvo sometido a la antigua audiencia de Bogotá, tomó entónces el nombre de República de Nueva Granada (5).

CAPITULO XIII.

San-Martin en el Perú; revolucion de este pais.

Estado del Perú ántes de 1814; insurreccion del Cuzco. — Gobierno del virei Pezuela.—Espedicion libertadora bajo el mando de San-Martin; conferencias de Miraflores.—Primeros triunfos de San Martin.—Deposicion de Pezuela; el nuevo virei entabla negociaciones.—El ejército libertador ocupa a Lima; proclamacion de la independencia del Perú.—Rendicion del Callao; derrota de Ica.—Entrevista de Bolívar i San-Martin; éste último se retira del Perú.

(1813—1823).

Estado del Perú ántes de 1814; insurreccion del Cuzco.—Durante los primeros años de la revolucion americana, el Perú habia sido el centro del poder i de los recursos españoles en la América meridional. De allí salieron los ejércitos que llevaron la guerra contra los revolucionarios arjentinos en la antigua presidencia de Charcas. Del Perú salieron tambien cuerpos de tropas para someter la presidencia de Quito, i los que reconquistaron la capitanía jeneral de Chile. El espíritu de resistencia tenaz a la revolucion de las colonias españolas estaba dignamente representado por el virei don José Fernando de Abascal, que con una actividad verdade-

(5) No entra en nuestro plan el dar noticia de estos sucesos que forman parte de la historia de la República, propiamente dicha, i cuyo estudio nos llevaria demasiado léjos. El que desee conocerlos puede consultar con provecho las obras citadas de Restrepo i de Baralt, que refieren la disolucion de Colombia con grande acopio de datos.

ramente maravillosa hacia frente a los peligros de que se veia rodeado por todos partes.

Sin embargo, los jérmenes del descontento i de la insurreccion existian latentes en todo el vireinato, si bien no se dejaban percibir en la capital. Lima, como Méjico, estaba supeditada, puede decirse así, no tanto por las fuerzas que la guarnecian, cuanto por la influencia i el prestijio de los altos funcionarios i de los caracterizados señores que residian en ella. En las provincias mas apartadas del vireinato se habian notado síntomas mas o ménos manifiestos de insurreccion que fueron perseguidos i castigados con gran dureza; pero los pueblos se mantuvieron sumisos por temor a los poderosos recursos con que contaba el virei mas bien que por afeccion a la metrópoli (1).

De todos estos conatos de revolucion, el mas notable fué uno que tuvo lugar en el Cuzco i que puso en gran peligro el poder del virei i la estabilidad de la dominacion española en el Perú. La planteacion del réjimen constitucional creado en España en 1812, i las resistencias que oponian las autoridades a su ejecucion, produjeron un gran descontento en aquella provincia. Algunos vecinos del Cuzco, patriotas ardorosos, tramaron una conspiracion que fué denunciada oportunamente al presidente interino, brigadier don Martin Concha, natural de la misma ciudad. Ignorando este denuncio, los patriotas atacaron una noche (5 de noviembre de 1813) el cuartel de la guarnicion de la plaza; pero fueron recibidos a balazos, i tuvieron que dispersarse dejando en las calles algunos de los suyos muertos i heridos. El dia siguiente, fueron apresados i sometidos a juicio varios caballeros influyentes de la ciudad, a quienes se les atribuia participacion en el malogrado motin. Uno de ellos fué don José Angulo, que estaba destinado a desempeñar un papel notable en la revolucion americana.

El juicio de los presos marchaba con gran lentitud, cuando llegó al Cuzco la noticia de la rendicion de la importante plaza de Montevideo i el triunfo completo de los revolucionarios arjentinos en ambas orillas del Plata. Angulo, creyó que era llegado el momento de dar un golpe decisivo, i poniéndose de acuerdo con los mismos oficiales encargados de su custodia, preparó la revolucion. Algunos de los militares

(1) Don Benjamin Vicuña Mackenna en su libro titulado *La revolucion de la independencia del Perú desde 1810 a 1820*, Lima 1860, ha consignado prolijas noticias históricas sobre todos estos intentos de revolucion.

realistas vencidos en Salta por Belgrano, i capitulados despues de su derrota, quejosos por el mal trato que recibieron de sus jefes, secundaron a Angulo en sus trabajos (2). Al fin, en la noche del 2 de agosto (1814), dió la voz de insurreccion con el apoyo de la tropa, apresó al presidente Concha, a otros altos funcionarios i a casi todos los españoles residentes en el Cuzco. En la mañana siguiente (3 de agosto), fueron convocadas las corporaciones civiles i eclesiásticas, i los vecinos de mayor respeto; i allí se organizó un gobierno provisorio compuesto de tres individuos. Angulo conservó para sí el mando militar de la plaza.

El mas importante de los miembros de ese gobierno fué un indio, cacique de una reduccion inmediata al Cuzco, que gozaba de grandes consideraciones en toda la provincia, i que ha dado su nombre a la revolucion de 1814. Don Mateo García Pumacagua, así se llamaba, se habia distinguido siempre por su fidelidad al rei i a sus delegados. En 1781, a la época de la insurreccion de Tupac-Amaru, i apesar de creerse descendiente de los antiguos incas, Pumacagua se pronunció en favor de las autoridades españolas, i sufrió por ello grandes daños. Treinta años mas tarde, en 1811, sirvió como jefe de una division a las órdenes del jeneral Goyeneche, e hizo una importante campaña en el Alto-Perú. El virei lo elevó al grado de brigadier del ejército español, i le confió durante algunos meses, el gobierno interino del Cuzco. Pumacagua, sin embargo, creia desatendidos sus servicios, i vivia retirado en sus dilatadas posesiones de campo cuando se le avisó que los revolucionarios lo llamaban al gobierno.

Los revolucionarios pusieron inmediatamente sobre las armas fuerzas considerables. Formaron con ellas tres divisiones que salieron a campaña por diversos puntos, una para operar sobre Guamanga, otra sobre Arequipa i la tercera sobre el Desaguadero i la Paz. La revolucion triunfó desde luego en todas partes: la Paz fué tomada a viva fuerza el 24 de setiembre; Guamanga fué ocupada sin dificultad; i Arequipa cayó en poder de Pumacagua despues de sangrientos combates (10 de noviembre). En todas partes tambien la revolucion cometió grandes desmanes, fusilando a los jefes vencidos i permitiendo el saqueo de las propiedades particulares.

---

(2) García Camba, *Memorias para la historia de las armas reales en el Perú*, tomo I, cap. VI, páj. 118.—Véase la páj. 274 de este mismo *Compendio*.

La insurreccion del Cuzco produjo un terror profundo en Lima. Abascal se hallaba separado del grueso del ejército del vireinato, que estaba colocado a las órdenes del jeneral Pezuela en las fronteras de las provincias arjentinas. Otra parte de sus tropas habia partido poco ántes para Chile bajo el mando del coronel Ossorio con encargo de consumar la reconquista de este pais. El virei, en medio de la turbacion i el sobresalto, mandó reunir las fuerzas de que podia disponer i las hizo salir para el Cuzco llevando a su cabeza al teniente coronel don Vicente Gonzalez. En seguida dispuso que Ossorio abandonase la campaña de Chile, se reembarcase a la mayor brevedad i fuese al Perú en ausilio de las autoridades amenazadas por el cataclismo revolucionario.

Todas estas medidas habrian sido completamente infructuosas para pacificar el Perú si el jeneral don Joaquin de la Pezuela no se hubiera apresurado a combatir a los revolucionarios con grande actividad. Temiendo que los arjentinos, libres ya de los realistas que habian ocupado la plaza de Montevideo, reforzasen su ejército del norte, Pezuela se retiraba hácia Potosí cuando tuvo noticia de la insurreccion del Cuzco, que venia a cortarle sus comunicaciones con Lima. En esas circunstancias, el coronel don Saturnino Castro, americano que se habia distinguido como militar en las filas españolas, quiso sublevar una parte del ejército; pero descubierto en sus trabajos, Pezuela tomó una resolucion suprema para estirpar todo jérmen de insurreccion; apresó al coronel Castro, lo sometió a juicio i lo hizo fusilar por el delito de traicion. En seguida, separando de su ejército una division de 1,200 hombres bajo el mando del mariscal de campo don Juan Ramirez, le dió órden de marchar prontamente contra los revolucionarios del Cuzco.

A Ramirez cupo la gloria de pacificar el Perú en tan angustiadas circuntancias. El 16 de setiembre (1814) partió de Santiago de Cotagaita, donde estaba acampado el ejército español, i el 28 del mismo mes se hallaba en los alrededores de la Paz, en donde derrotó a los revolucionarios que cuatro dias ántes habian ocupado aquella ciudad. El resto de su campaña fué una série no interrumpida de triunfos. Pumacagua abandonó a Arequipa (6 de diciembre) al solo anuncio de que se aproximaba el ejército español, llevando consigo en calidad de prisioneros a los jenerales don Francisco Picoaga i don José Gabriel Moscoso, americanos ámbos que se habian distinguido notablemente en el ejército del rei, i que fueron fusilados en el Cuzco pocos dias despues. Ramirez se

demoró en esa ciudad cerca de dos meses para reunir algunas fuerzas que el virei Abascal enviaba desde Lima, porque juzgaba temerario el abrir la campaña contra el Cuzco, en donde esperaba con razon hallar una vigorosa resistencia.

En esta ciudad, en efecto, los rebeldes desplegaron grande actividad para formar un ejército bastante respetable. Las relaciones i documentos españoles, que son los únicos que nos hayan quedado sobre estos sucesos, hacen subir a 20 i hasta a 30,000 el número de los soldados que Angulo i Pumacagun pusieron sobre las armas. Lo que es evidente es que apesar de la actividad desplegada por los caudillos, la gran maza de los habitantes de aquella provincia se sintió desfallecer poco tiempo despues de proclamada la insurreccion. En el Cuzco se supo que Chile habia sido completamente reducido a la dominacion española, que los revolucionarios arjentinos no se hallaban en situacion de atacar i de destruir a Pezuela como se habia creido, que un ejército respetable enviado de España a los órdenes del jeneral Morillo iba a consumar la reconquista de la Nueva-Granada, i por último que el restablecimiento de Fernando VII en el trono de sus mayores, ponia a la metrópoli en situacion de enviar nuevos ejércitos para terminar el sometimiento de los americanos. Por otra parte, las misma sejecuciones con que los revolucionarios del Cuzco habian ensangrentado sus triunfos produjeron un jérmen de reaccion, que se desarrolló considerablemente cuando se comenzó a comprender que era mui difícil sino imposible el resistir al poder del virei. Faltaron ademas a los revolucionarios armas i municiones para sus tropas, de manera que aunque contaban los soldados por millares, solo poseian 800 fusiles i algunos cañones pequeños i malos.

El 13 de febrero (1815) Ramirez salió de Arequipa en busca de los rebeldes. Despues de una larga i penosa marcha avistó al numeroso ejército del Cuzco que estaba acampado a orillas del rio Llalli, que riega el valle de Santa-Rosa (11 de marzo). Las tropas realistas atravesaron ese rio a la vista del enemigo bajo un nutrido fuego de fusil i de cañon; pero una vez en la ribera opuesta, cargaron con grande ímpetu sobre los desordenados pelotones del ejército insurjente poniéndolos en completa derrota. Desde el mismo campo de batalla (conocido en la historia con el nombre de Humachiri) Ramirez despachó algunos destacamentos i tomó otras medidas para sofocar la revolucion en las provincias inmediatas. En el pueblo de Sicuani los rebeldes se pronuncia-

ron por el rei, apresando a Pumacagua i entregándolo al jeneral Ramirez. Allí mismo fué ahorcado, i su cabeza enviada al Cuzco en una pica. En esta ciudad se hallaban reunidos los otros jefes de la insurreccion dispuestos a resistir todavía a sus victoriosos enemigos. En esos momentos de natural turbacion estalló en la misma ciudad una contrarevolucion realista que vino a poner término decisivo a la revuelta (18 de marzo). Los principales jefes de la insurreccion fueron apresados i entregados al jeneral Ramirez, que se presentó en el Cuzco siete dias despues (25 de marzo). Allí fueron ejecutados sin piedad todos los hombres que se habian señalado combatiendo por la insurreccion (29 de marzo). Entre las numerosas víctimas de aquellas sangrientas venganzas se contaba don Mariano Melgar, jóven poeta de un talento admirable, que habia servido de auditor de guerra en el ejército revolucionario (3).

Gobierno del virei Pezuela.—Despues de estas sangrientas ejecuciones, el sur del Perú quedó completamente pacificado. El ejército español mandado por el jeneral Pezuela recibió considerables refuerzos enviados de Lima i de Chile, que lo pusieron en estado de rechazar una nueva invasion de los insurjentes de Buenos-Aires i de derrotarlos completamente en la gran batalla de Sipe-Sipe o de Viluma (29 de noviembre de 1815). En esa época, los españoles se ostentaban vencedores en la America del sur, en donde los revolucionarios no contaban mas que las provincias arjentinas; pero aquellos creian confiadamente que en poco tiempo mas la reconquista de las antiguas colonias seria total i definitiva.

El virei Abascal estaba envanecido con los triunfos alcanzados por las armas realistas bajo su gobierno, cuando supo que el rei habia decretado su reemplazo en el mando del Perú por el jeneral don Joaquin de la Pezuela, que se habia ilustrado por tres grandes victorias en la direccion de la guerra contra los insurjentes arjentinos. Pezuela se recibió del gobierno del vireinato el 7 de julio de 1816. El jeneral don José de La-Serna, recien llegado de España, tomó el mando del ejército realista del alto Perú.

La tranquilidad del Perú se mantuvo inalterable durante

(3) Sobre la insurreccion del Cuzco se pueden consultar una memoria del oidor Pardo, publicada por don B. Vicuña Mackenna en el libro citado, la obra de García Camba i un opúsculo publicado en Lima en 1815 con el título de *Diario de la espedicion del mariscal de campo don Juan Ramirez*, por el teniente coronel don Juan José Alcon.

algunos meses. La-Serna estaba tan infatuado con su poder i con las favorables apariencias que en ese año presentaba para la España el estado de la América, que se persuadió de que le seria fácil llegar hasta Buenos-Aires i concluir la pacificacion de aquel estenso vireinato. Pezuela creyó como Abascal, que los triunfos de las armas realistas eran definitivos, i que la época de peligros para la dominacion española habia pasado para siempre.

Sin embargo, los representantes del rei se engañaban grandemente tomando como fin i término de la guerra lo que no era mas que un descanso. Los revolucionarios vencidos en todas partes durante los años 1814 i 1815, no desmayaron un solo instante; i con nuevo ardor volvieron a la lucha tan pronto como se hubieron repuesto de sus quebrantos anteriores. Cuando La-Serna hizo avanzar su ejército sobre las provincias arjentinas, se encontró detenido por los enjambres de guerrilleros de caballería, que bajo las órdenes del activo i astuto jeneral salteño don Martin Güemes, lo hostilizaban sin cesar i le cerraban el paso. Entónces mismo, la famosa campaña del jeneral San-Martin al travez de los Andes devolvia su libertad a Chile i obligaba al virei a mandar un nuevo ejército para reconquistar otra vez este pais. Por el norte, Bolívar aparecia de nuevo en Venezuela, i desde las márjenes del Orinoco amenazaba el gran poder de Morillo. La situacion de los realistas tomaba un aspecto alarmante i amenazador, cuando mas confianza abrigaban en su poder i en la influencia de sus anteriores triunfos.

Para conjurar esta tormenta, Pezuela desplegó a su vez la misma actividad que ántes habia manifestado Abascal, es decir, organizó un ejército i lo mandó a Chile a las órdenes del jeneral Ossorio, que en 1814 habia reconquistado este pais. Como ya lo hemos visto en otro lugar, ese ejército fué destrozado en Maipo (5 de abril de 1818), quedando desde entónces definitivamente asegurada la independencia de Chile. Los revolucionarios chilenos, ademas, en vez de mantenerse a la defensiva en su propio territorio, prepararon buques i tropas para invadir el Perú i proclamar la independencia. El espíritu de insurreccion se hizo sentir nuevamente en el mismo vireinato. En ese año (1818) se descubrió una conspiracion que tenia por objeto apoderarse de los castillos del Callao, i que fué castigada con la pena de muerte aplicada a sus autores; i luego se descubrió otro complot en la capital. Pezuela, reconociéndose impotente para acometer empresa alguna, se resignó a mantenerse a la defensiva, pi-

diendo ausilios al virei de Nueva-Granada Sámano, i al jeneral Morillo a fin de sostenerse contra los ataques de que se creia amenazado.

Apesar de estos peligros que lo rodeaban por todas partes, el Perú era todavía un centro de poderosos recursos, i el mas firme baluarte de la dominacion española. Pezuela tenia aun bajo su mando cerca de 23,000 soldados distribuidos en toda la estension del vireinato, contaba con jefes militares de un gran mérito, i poseia abundantes recursos pecuniarios para hacer frente a las necesidades de la guerra. Todo hacia creer que Chile, la mas pobre i oscura de las colonias españolas, no osaria pensar siquiera en acometer una empresa que exijia grandes fuerzas i gran poder.

Espedicion libertadora bajo el mando de San-Martin; conferencias de Miraflores.—El gobierno de Chile hacia entre tanto esfuerzos sobrehumanos para organizar la espedicion libertadora del Perú. Venciendo dificultades que parecian insubsanables, sin dinero i sin recursos, el director O'Higgins formó una escuadrilla, que, como hemos dicho en otra parte, puso a las órdenes del almirante Cochranne, i la mandó a hostilizar las costas del Perú (4). Pero la organizacion del ejército de tierra costó esfuerzos i sacrificios de otra naturaleza. En el sur de Chile se sostenia aun la guerra en nombre del rei de España, obligando al gobierno a mantener ahí fuerzas mas o ménos considerables. En las provincias arjentinas, las revoluciones interiores habian producido una dolorosa guerra civil que llamaba con preferencia la atencion del gobierno. La organizacion de un ejército regular i el equipo de la tropa exijian sacrificios que casi no era posible imponer.

En esas circunstancias, el gobierno arjentino mandó que San-Martin se trasladase con su ejército al otro lado de la cordillera para ir a combatir a los caudillos de las provincias que destrozaban el pais proclamando la federacion. El jeneral comprendió perfectamente que el cumplimiento de esta órden importaria la disolucion de su ejército i se negó a obedecerla, para no pensar mas que en llevar a cabo la proyectada empresa sobre el Perú. Los oficiales superiores que servian a sus órdenes inmediatas, bajo la bandera arjentina, celebraron una junta de guerra en Rancagua; i allí, despues de

---

(4) Véanse en la páj. 344 de este mismo tomo las dos compañas de Cochranne en 1819.

leer una nota de San-Martin en que éste les decia que habiendo caducado el gobierno de Buenos-Aires tocaba a ellos el nombrar un jefe, lo proclamaron jeneral i se mostraron dispuestos a acompañarlo a donde quisiera conducirlos (marzo de 1820).

Vencido este inconveniente, se apresuró el equipo de la espedicion con grande actividad. Por fin, a mediados de agosto se hallaron reunidos en Valparaiso ocho buques de guerra i diez i seis trasportes, bajo las órdenes de lord Cochranne. En ellos se embarcaron 4,118 soldados de las tres armas llevando a su cabeza al jeneral San-Martin, encargado del mando superior de las fuerzas de mar i tierra. El 20 del espresado mes, cumpleaños del director O'Higgins, la espedicion libertadora se hizo a la vela en medio de las manifestaciones del mas ardiente entusiasmo de las tropas i de la poblacion entera.

Las costas del Perú estaban guardadas por destacamentos mas o ménos considerables, no para impedir el desembarco de un ejército como el que mandaba San-Martin, sino para hostilizar a las pequeñas partidas que osasen bajar a tierra i para comunicar el aviso a las autoridades inmediatas a fin de hacer la concentracion de tropas. La escuadra chilena llegó al puerto de Parácas en la tarde del 7 de setiembre. El siguiente dia desembarcó el ejército sin dificultad alguna, i avanzó hasta el vecino pueblo de Pisco. San-Martin pensaba aumentar sus fuerzas con los esclavos que en aquel hermoso valle se ocupaban en el cultivo de la caña; pero los destacamentos españoles que estaban acantonados en esas inmediaciones se retiraron al interior llevando consigo a casi todos los hombres que podian tomar las armas.

El desembarco de San-Martin produjo, como debe suponerse, una profunda impresion en Lima. En esos mismos dias (17 de setiembre), el virei hacia publicar i jurar la constitucion española restablecida despues de la reciente revolucion de Cádiz. Creyó que este suceso podria talvez conducir a un avenimiento entre ambos belijerantes. Por eso, al mismo tiempo que dictaba diversas medidas militares para contener a San-Martin, abrió negociaciones con éste, enviando al efecto tres plenipotenciarios. Las conferencias tuvieron lugar en el pueblo de Miraflores, a dos leguas de Lima; pero ellas no condujeron a ningun resultado. Los delegados de Pezuela pedian que los insurjentes se sometieran de nuevo al rei de España, ofreciéndole las garantías de la constitucion española: los ajentes de San-Martin reclamaban nada ménos

que el reconocimiento de la independencia absoluta del Perú. Despues de un armisticio de ocho dias, el 5 de octubre se rompieron de nuevo las hostilidades.

PRIMEROS TRIUNFOS DE SAN-MARTIN.—El jeneral patriota formó una division de cerca de 1,000 hombres i la puso bajo el mando del jeneral don José Antonio Alvarez de Arenales con encargo de internarse en el pais, recorrer una vasta estension de los valles inmediatos a la sierra, proclamar la independencia del Perú en todos los pueblos de su tránsito, i marchar a reunirse con el resto del ejército que iba a situarse al norte de Lima. Arenales abrió esta campaña con grande actividad i la llevó a cabo con rara fortuna. Los destacamentos realistas no se atrevieron a combatir con él i se retiraron apresuradamente. Arenales, sin embargo, los alcanzó en Nasca (15 de octubre) i los dispersó completamente tomándoles muchos prisioneros i una gran cantidad de armamento. Desde allí siguió su marcha al interior donde debia ejecutar una campaña verdaderamente admirable.

Durante su permanencia en Pisco, San-Martin renovó las provisiones de la escuadra, entró en correspondencia con muchos oficiales americanos que servian en el ejército español, pero que estaban dispuestos a separarse de sus filas, i se empeñó por hacer simpática a los pueblos la causa de la independencia. Por último, reembarcando sus tropas (29 de octubre) se dirijió al puerto de Ancon, ocho leguas al norte de Lima, disponiendo que las naves de guerra de la escuadra mantuviesen un estrecho bloqueo en el puerto del Callao. Desde Ancon salieron diversas partidas del ejército patriota a hostilizar al virei casi en los mismos suburbios de la capital.

El espíritu de insurreccion asomaba entónces en varias provincias del Perú. Guayaquil fué la primera en sublevarse. En la noche del 9 de octubre (1820) los patriotas, que se habian ganado de antemano a dos de los cuerpos realistas que guarnecian la provincia, apresaron al gobernador brigadier don Pascual Vivero i a los jefes i funcionarios conocidamente desafectos a la causa de la independencia, i en seguida organizaron una junta de gobierno. Esta se apresuró a comunicar su instalacion al jeneral San-Martin, pidiéndole que la ausiliara con un cuerpo de tropas, puesto que se temia que Guayaquil fuese atacado por las fuerzas del presidente de Quito.

Miéntras tanto, la escuadra chilena mantenia el bloqueo del Callao. Este puerto, defendido por poderosas fortalezas,

era considerado como verdaderamente inespugnable, mucho mas por naves como las que mandaba lord Cochrane. En el fondeadero, i protejidos por el fuego de los castillos, estaban la magnífica fragata española *Esmeralda* i otros buques menores. El almirante preparó contra aquella nave uno de los mas audaces golpes de mano que recuerde la historia de las guerras marítimas. Aprovechándose de la oscuridad de la noche, lord Cochrane desprendió de su escuadra dos divisiones de lanchas i chalupas, tripuladas por 280 hombres entre marineros i soldados; i cayendo casi de improviso sobre la *Esmeralda* la abordaron resueltamente en su fondeadero. El almirante en persona dirijió esta operacion con una sangre fria imperturbable; i despues de un reñido combate con la guarnicion del buque español, se posesionó de él i lo sacó de la bahía, dejando a los defensores del Callao confundidos de rabia i de vergüenza (5 al 6 de noviembre de 1820). A esta gran victoria se siguieron otras ventajas alcanzadas tambien en el mar: las naves chilenas persiguieron i apresaron algunas embarcaciones realistas, recojiendo en ellas valiosas presas i privando al enemigo de importantes ausilios.

Apesar de estas grandes ventajas alcanzadas en los principios de la campaña, San-Martin no podia permanecer mucho tiempo con sus tropas en un solo punto. El virei contaba con un ejército tan poderoso que una vez reconcentrado, los independientes no habrian podido oponerle la mas lijera resistencia. El jeneral patriota se veia por esto mismo forzado a cambiar de posiciones, aprovechándose para ello de las grandes facilidades de movilidad que le ofrecia su escuadra. El 8 de noviembre reembarcó sus tropas, i se hizo a la vela para el norte, dejando burlado al virei, que en esos momentos reunia fuerzas considerables para atacar a los independientes. San-Martin fué a desembarcar en Huacho, veintiocho leguas al norte de Lima, i tomó posesion del importante pueblo de Huaura. Una pequeña division que hizo una correría por el lado de la sierra, i al noreste del campamento, ocupó a Huaras tomando prisionera a toda su guarnicion Desde entónces quedó cortada toda comunicacion entre el virei Pezuela i las importantes provincias de Trujillo, Lambayeque i Piura, que no tardaron en pronunciarse por la independencia. El marques de Torre-Tagle, intendente de Trujillo, dió la primera voz de revolucion, i puso la provincia bajo el mando de San-Martin (24 de diciembre). Todo el norte del Perú, desde Huaura hasta Guayaquil, quedó segregado del poder del virei.

La fortuna siguió favoreciendo a los patriotas. El batallon Numancia, que formaba parte de una division realista encargada de observar los movimientos de las tropas de San-Martin, se presentó a éste con los 650 hombres que componian su fuerza (3 de diciembre). Ese batallon, organido en Venezuela en 1813, i formado casi todo entero de americano, habia servido mui eficazmente a los realistas tanto en Colombia como en el Perú, a donde habia sido enviado por el virei de Nueva-Granada. Tras de él se pasaron a los patriotas muchos oficiales i soldados que hasta entónces habian servido en el ejército de Pezuela.

El jeneral Arenales alcanzaba entre tanto triunfos importantes en el interior. Despues de la victoria obtenida en Nasca, emprendió su marcha por la sierra, tomó a Guamanga, Huanta, Jauja i Jauma produciendo en todas partes un levantamiento casi jeneral contra la dominacion española. El virei, alarmado por los progresos de los patriotas en los pueblos de la sierra, hizo salir de Lima al brigadier don Diego O'Reilly, irlandes de nacimiento al servicio de la España. Este jeneral llevaba consigo una division de mas de 1,000 soldados, i fué a colocarse en Pasco donde esperaba encontrar i batir a los patriotas. En aquel sitio tuvo lugar en efecto el combate; pero contra las espectativas que los españoles habian fundado en la superioridad de su número i en el cansancio i fatigas de sus contrarios, fueron completamente derrotados despues de un corto pero encarnizado combate. O'Reilly i muchos de los oficiales superiores de su division cayeron prisioneros (6 de diciembre). Despues de esta victoria, Arenales siguió su marcha hácia el norte, i fué a reunirse con San-Martin en el cuartel jeneral del ejército independiente sin volver a ser inquietado por los realistas (8 de enero de 1821).

Deposicion de Pezuela; el nuevo virei entabla negociaciones.—El virei habia reunido en Asnapuguio al norte de Lima, un ejército de cerca de 8,000 hombres. Su vanguardia se habia adelantado hasta ponerse a la vista del campamento de San-Martin, i desde allí efectuó diversas evoluciones sin resultado alguno. En Lima se esperaba que de un momento a otro tuviese lugar una gran batalla, pero se creia jeneralmente que la superioridad numérica de los realistas obtendria la victoria. Sin embargo, aquella situacion se prolongaba, i la excitacion parecia aumentarse cada dia. Los patriotas peruanos se aprovechaban de aquel estado de cosas para infundir el desaliento entre sus contrarios por

medio de noticias alarmantes, para fomentar la desercion de las tropas realistas, i para abandonar a Lima i llevar a San-Martin importantes noticias.

El virei parecia agoviado por la responsabilidad que pesaba sobre él, i no acertaba a dictar medidas eficaces para conjurar la tempestad. Los jefes militares le habian aconsejado que reorganizara una junta directiva de la guerra. Pezuela accedió a esta indicacion; pero creyendo que era desdoroso a su autoridad el someterse a los acuerdos de aquella junta, solo dió a sus miembros voto consultivo i se reservó el derecho de seguir o no sus pareceres. Este arreglo, como debe suponerse, no hizo mas que preparar una division entre los jenerales españoles sin dar mas vigor a las operaciones militares.

La turbacion i el desconcierto comenzaron a inclinar a muchos en favor de un arreglo pacífico. Los comerciantes mas acaudalados de Lima, los personajes mas distinguidos de la ciudad elevaron al virei, por el órgano del cabildo, una respetuosa representacion en que le manifestaban cuánto convenia arribar a un avenimiento con San-Martin que evitase los desastres de la guerra (diciembre de 1820). Se dijo entónces que esa solicitud era sujerida por el mismo Pezuela i por sus consejeros que querian la paz a todo trance.

Las últimas desgracias de las armas españolas, así como la indecision que mostraba Pezuela para atacar al ejército de San-Martin, acabaron por determinar a los jefes realistas a tomar una medida definitiva. Reunidos en el campamento de Asnapuguio firmaron el 29 de enero de 1821 una solicitud en la cual pedian al virei clara i terminantemente que entregara el mando supremo al teniente jeneral don José de La-Serna, jefe superior en el mando jeneral del ejército, i designado por su graduacion para tomar el gobierno civil a falta del virei. Pezuela no se atrevió a luchar contra esta insurreccion, i en el mismo dia entregó el mando al jefe designado, aparentando en todo que procedia por su propia voluntad; pero realmente sintiendo en lo mas vivo el ultraje que se le inferia. La Serna, sea por disimulo o por verdadera falta de ambicion, se resistió al principio a aceptar el puesto que se le ofrecia; pero cediendo a las instancias de los otros jefes, se resolvió al fin a tomar la direccion del gobierno i de la guerra.

Contra las esperanzas de los mas exaltados realistas, La-Serna no pudo hacer una guerra eficaz al ejército libertador. San-Martin envió diversos destacamentos a molestar a los españoles; i particularmente a cortarles toda comunicacion con

los lugares en que pudieran proveerse de víveres. A mediados de marzo partió del campamento una division mas respetable. Era compuesta de una parte de la escuadra al mando de lord Cochrane i de 600 soldados bajo las órdenes inmediatas del teniente coronel don Guillermo Miller, militar ingles tan intelijente como osado. Esa columna recuperó la ciudad de Pisco (20 de marzo de 1821), que habia sido abandonada por San-Martin al principio de la campaña. No pudiendo permanecer allí mui largo tiempo, i conviniendo sobre todo llevar las operaciones militares a las provincias vecinas del Alto-Perú, Miller se dirijió a Arica, donde desembarcó el 6 de mayo tomando posesion de aquel puerto. En seguida, avanzó al interior en direccion de Arequipa, para continuar desde allí sus operaciones militares en el sur del Perú; pero luego le faltaron armas con que equipar los reclutas; i las enfermedades endémicas que allí se hacen sentir lo obligaron a volver a Arica, despues de algunas operaciones hábilmente dirijidas. Otra division mandada por el jeneral Arenales, salió tambien del campamento patriota (21 de abril) i cruzando la sierra, pasó por Pasco, Tarma, Jauja i Huancavélica, poniendo a los realistas en la mas completa dispersion (5).

Todas estas operaciones, así como los movimientos constantes de los montoneros que rodeaban a Lima, ponian al nuevo virei en una situacion sumamente embarazosa. El estrecho bloqueo que por el lado de la costa mantenia la escuadra chilena, i la interrupcion de comunicaciones con las provincias agrícolas, ponian a Lima en un estado de escasez mui inmediato al hambre que se sigue a un sitio. En el campamento patriota no faltaban jefes i oficiales que pidieran a San-Martin movimientos mas rápidos, golpes mas trevidos. San-Martin, sin embargo, no abandonó su plan de sistemada circunspeccion porque no queria esponerse a una derrota despues de la cual habria sido imposible la reorganizacion de sus tropas.

En esas circunstancias llegó al Perú el capitan de fragata don Manuel Abreu, comisionado por el gobierno español para celebrar un tratado de paz con los jefes insurjentes. San-

---

(5) Estas dos espediciones han sido referidas con toda prolijidad de parte de sus mismos jefes. La primera por Mr. John Miller en las conocidas *Memorias del jeneral Miller;* i la segunda por el coronel arjentino don José Arenales (hijo del jeneral) en su *Memoria histórica sobre las operaciones de la espedicion libertadora a las órdenes del jeneral Arenales en su campaña de* 1821, Buenos-Aires, 1832.

Martin se ganó la voluntad de este ajente tratándolo con las mas señaladas consideraciones, sin dejarle entrever, sin embargo, sus deseos ni sus propósitos. La-Serna, por su parte, aprovechó la presencia de Abreu para renovar las negociaciones pacíficas con el jeneral patriota; i en efecto le pidió que se sirviera nombrar sus representantes a las conferencias que debian tener lugar en la hacienda de Punchauca, a cinco leguas al norte de Lima. San-Martin, cediendo a las insinuaciones de La-Serna, le envió a la capital una cantidad considerable de trigo.

Las negociaciones se abrieron en aquel lugar el 3 de mayo (1821), i duraron cincuenta i dos dias, sin arribar a un resultado definitivo. Por fin, San-Martin propuso al virei una entrevista en aquel mismo sitio para fijar las bases de un arreglo terminante. Ambos jefes concurrieron a ella acompañados por algunos oficiales superiores; i despues de saludarse con escrupulosa cortesía i de comer en una misma mesa, celebraron una larga conferencia. En ella, San-Martin ofreció la paz al virei bajo las condiciones siguientes: reconocimiento de la independencia absoluta del Perú; formacion de una rejencia compuesta de tres miembros nombrados uno por La-Serna, otro por San-Martin i otro por eleccion popular, que gobernase interinamente; i por último el envío a España de dos comisionados para pedir un príncipe que viniera a ocupar el trono del Perú. San-Martin estaba convencido de que la América no podia ser gobernada sino bajo el réjimen monárquico constitucional. Es de creerse que hizo esas proposiciones con el propósito de cumplirlas lealmente. La-Serna las aprobó tambien individualmente, pero se abstuvo de dar a San-Martin una contestacion definitiva ántes de consultar a los jefes superiores de su ejército.

La opinion de éstos fué desfavorable a aquel arreglo. El reconocimiento de la independencia del Perú exijido por San-Martin, era una condicion que casi todos ellos rechazaban con igual ardor. Conformándose a este parecer, el virei contestó al jeneral patriota que no aceptaba las proposiciones hechas; pero en cambio le ofreció una tregua de un año, durante la cual los dos ejércitos quedarian en posesion del territorio que ocupaban, debiendo miéntras tanto ámbos jefes, San-Martin i La-Serna, pasar a España para informar al rei de lo que ocurria en el Perú, i celebrar un convenenio definitivo. El jefe independiente rechazó en el momento esta proposicion, i la guerra se renovó.

El ejército libertador ocupa a Lima; proclamacion

DE LA INDEPENDENCIA DEL PERÚ.—La situacion del virei parecia cada dia mas difícil. Las calamidades de la capital se renovaron desde la terminacion del armisticio, i el cabildo i la ciudad entera lamentaron la obstinacion de los jefes españoles para no aceptar el convenio propuesto por San-Martin. Miéntras tanto, a espaldas de Lima, la division del jeneral Arenales sublevaba los pueblos de la sierra, i cortaba a los realistas toda comunicacion con el interior. La-Serna comprendió que era imposible sostenerse por mas tiempo en la capital; pero ocultó cuidadosamente sus temores para no hacerlos llegar a conocimiento de San-Martin i para no alarmar al vecindario.

El jeneral don José Canterac, a la cabeza de una division de 4,000 hombres, salió de Lima en direccion a la sierra, con apariencias de dirijirse contra Arenales, pero en realidad para emprender la retirada i salvar ese cuerpo de tropas. El 4 de julio, anunció La-Serna su pensamiento de evacuar a Lima, confiando su gobierno al jeneral marques de Montemira, peruano de nacimiento, jeneralmente considerado i respetado. En la capital dejaba tambien 1,000 soldados enfermos, entregados a la jenerosidad de San-Martin, i en el Callao una guarnicion de 2,000 hombres para la defensa de sus castillos. Dos dias despues, el altanero virei abandonó la opulenta ciudad en son de fuga, i emprendió su marcha hácia la sierra para reunirse con la division de Canterac (6 de julio de 1821).

Como debe suponerse, San-Martin celebró grandemente este suceso; pero no se abandonó a grandes trasportes de alegría. La frialdad de su razon i de su carácter no le permitia dejarse mecer por lisonjeras ilusiones. El prudente jeneral habia visto con profundo desencanto que la gran masa de la poblacion peruana permanecia, a lo ménos al parecer, estraña a la revolucion. San-Martin habia esperado en vano que las provincias del centro i del sur se rebelasen abiertamente, como lo habian hecho Guayaquil i Trujillo; pero en lugar de ver realizados sus deseos, observaba que la poblacion de Lima, aun despues de la retirada de La-Serna, no se atrevia a dar el grito de independencia, i llamaba al ejército patriota mas bien para que la resguardara contra todo intento de saqueo, que por entusiasmo i decision. San-Martin llegó a creer que pisaba un suelo no verdaderamente hostil, pero sí indiferente; i si bien es verdad que habia conseguido organizar algunos cuerpos de soldados peruanos, estaba convencido que si sufria una derrota no podria reorganizar su ejército en el Perú.

Solo así se esplica la excesiva cautela con que San-Martin dirijia las operaciones militares. Despues de la retirada del virei despachó solo algunos montoneros para que lo hostilizaran en su marcha. Cuando comunicó a Arenales la evacuacion de Lima por las tropas realistas, le recomendó que no les presentase batalla en la sierra sino estaba seguro de derrotarlas. Estas medidas de rigorosa precaucion permitieron a los realistas refujiarse en el interior, cuando todo hacia creer que su ruina era inevitable. San-Martin, por otra parte, estaba persuadido de que la pérdida del litoral era la peor de las desgracias que podian ocurrir a los españoles.

La entrada de Lima quedó completamente espedita para el ejército patriota. Las avanzadas penetraron en esta ciudad el 9 de julio; i tres dias despues (12 de julio) hizo su entrada San-Martin sin la menor ostentacion. Cuando el cabildo salió a su encuentro para saludarlo, el jeneral no manifestó descontento ni frialdad, pero se conservó grave, sério i modesto, como lo habia sido siempre. Queriendo que el mismo pueblo peruano decidiese de su propia suerte, dispuso que se celebrara un cabildo abierto a que debian concurrir el arzobispo de Lima, los prelados de las órdenes relijiosas i todos los vecinos notables por su nobleza i por su posicion a fin de que resolvieran lo que debia hacerse. Los asistentes a aquella reunion, acordaron que era urjente declarar la independencia absoluta del Perú así de España como de cualquiera otra potencia (15 de julio).

La proclamacion solemne tuvo lugar el 28 de julio. San-Martin, acompañado por su estado mayor, i por todas las corporaciones civiles i relijiosas anunció al pueblo reunido que desde ese dia cesaba la dominacion española en el Perú. A este acto se siguieron un *Te Deum*, i el juramento de respetar la independencia prestado por todas las autoridades. Pocos dias ántes, San-Martin habia mandado arrancar todos los escudos de armas de España que adornaban los edificios públicos de Lima.

Hecha esta declaracion, era urjente crear en Lima un gobierno que tomara la direccion de los negocios administrativos. San-Martin habria querido tal vez conservar solo el mando del ejército, i pedir que se colocase en el poder a un hombre de patriotismo i de prestijio a quien no se le pudiera reprochar el que fuese estranjero. Esto era lo que habia hecho en Chile en 1817, cuando O'Higgins fué nombrado director supremo; pero la revolucion peruana no habia producido todavía ningun hombre que se encontrase a una al-

tura conveniente para ese elevado puesto. San-Martin creyó que él mismo debia asumir el mando supremo; i por un decreto de 3 de agosto, tomó el título de protector del Perú, i nombró los ministros de estado con quienes debia gobernar. Los primeros actos de esta administracion fueron el complemento del nuevo órden de cosas inaugurado por la proclamacion de la independencia. Declaró que toda persona nacida en el Perú era libre, i aun los hijos de esclavos; suprimió la mita, o impuesto de trabajo que pesaba sobre los indíjenas, i el derecho de capitacion, o impuesto de dinero a que estaban sometidos, mandó que en adelante se les llamara peruanos en vez de indios, como entónces se les nombraba; creó una biblioteca nacional en Lima, i mandó abrir escuelas de ambos sexos. San-Martin, ademas, dictó mil medidas de policía i persiguió el juego con singular teson. En esa época creó tambien una órden denominada del Sol, con cuya medalla fueron premiados los mas ilustres servidores de la independencia del Perú.

Rendicion del Callao; derrota de Ica.—La ocupacion de Lima i la proclamacion de la independencia no pusieron término a la guerra. Los españoles ocupaban todavía las importantes fortificaciones del Callao, i dominaban en una vasta estension del interior del Perú, de modo que podian prolongar la lucha por largo tiempo mas. San-Martin dirijió sus esfuerzos contra el Callao, combinando los ataques del ejército de tierra con las operaciones de la escuadra; pero despues de infructuosos combates se convenció de que importaba mas entablar negociaciones con los defensores de la plaza.

Miéntras tanto, los españoles reorganizaban sus fuerzas en la sierra. La excesiva prudencia de San-Martin habia sido tal vez la causa de que el jeneral patriota Arenales los dejara reunirse i reforzarse sin atacarlos. A fines de agosto, La-Serna contaba ya con un ejército respetable en Jauja, de tal modo que pudo desprender un cuerpo de 4,000 hombres bajo el mando del jeneral don José Canterac, con encargo de socorrer a los defensores del Callao i de atacar si le era posible al ejército de San-Martin, que los realistas creian en un triste estado de postracion.

Canterac salió de Jauja (24 de agosto) con todas sus fuerzas en marcha hácia la costa. El 9 de setiembre estuvo a la vista del ejército patriota, que se hallaba colocado detras de buenos parapetos i puesto a la defensiva. En vez de empeñar el ataque, el jefe realista pasó derecho al Callao, i se mantuvo allí hasta el 17 de setiembre, tratando de desmontar las forta-

lezas i de arbitrar medios para proveerlas de víveres. El ejército de San-Martin habia cambiado de posiciones a fin de observar todos los movimientos del enemigo; pero Canterac volvió a pasar hácia la sierra dejando tras de sí a los defensores del Callao próximo a rendirse, i un gran número de oficiales i soldados que abandonaban sus filas i se pasaban a los patriotas. El coronel Miller fué enviado por San-Martin con 700 hombres en seguimiento de los realistas, i en efecto, los persiguió muchos dias hostilizándolos sin descanso i fomentando la desercion de sus tropas (6).

Esta campaña de Canterac, mui ponderada por los españoles i por todos los enemigos de San-Martin, no produjo en realidad ningun resultado favorable a los realistas. Cuando éstos se retiraban molestados por las guerrillas patriotas, el protector del Perú entabló inmediatamente nuevas negociaciones con los defensores del Callao. El gobernador de esta plaza, jeneral don José La-Mar, peruano de nacimiento que habia alcanzado el grado de mariscal de campo en el ejército español, convencido de que el virei La-Serna no podria socorrerlo en adelante, i creyendo talvez perdida la causa española en el Perú, entregó las fortalezas a los patriotas (21 de setiembre), i tomó en seguida servicio en el ejército independiente.

La guerra se sostuvo desde entónces con mayor flojedad. Los realistas no se atrevieron a acercarse nuevamente a Lima, i permanecieron en el interior reforzando sus tropas con

---

(6) Muchas veces se ha acusado a San-Martin de haber perdido esta oportunidad de atacar i de destruir al enemigo; i al efecto se ha dicho que poseia en Lima un ejército de 12,000 hombres, segun unos, de 7,000, segun otros, que habrian bastado para derrotar a Canterac. Las *Memomorias de Miller*, escritas bajo el dictado de este jeneral, que fué testigo i actor de aquellos sucesos, justifican a San-Martin, diciendo que las tropas de su mando eran en gran parte compuestas de reclutas sin disciplina alguna. Pero en un opusculo publicado en Lima en 1853, he encontrado una apreciacion exacta de esta campaña i una justificacion mas completa del jeneral San-Martin. Copio en seguida sus mismas palabras: «Esta marcha de Canterac fué para los españoles no solo inutil, sino de consecuencias desastrosas, porque no produjo otro resultado que exaltar el entusiasmo de Lima, cuya poblacion se armó en masa, i decidir a la guarnicion del Callao a capitular, entregando sus importantes fortalezas, al convencerse de que no tenia esperanza de ausilio con la forzosa retirada de Canterac, que se verificó en un estado equivalente a una derrota. San-Martin obró sábiamente con su actitud reservada i amenazante; i consiguió con ella lo que talvez no habria logrado en una batalla, atendida la calidad de sus tropas.» *Ensayo histórico de las operaciones del ejército libertador del Perú en la campaña de 1824*, por Valentin Ledesma, páj. 5

los ausiliares que podian reunirse en todo el vireinato. La-Serna se trasladó al Cuzco para acercarse al Alto-Perú i reconcentrar las fuerzas españolas diseminadas en las provincias del sur. Canterac quedó en el valle de Jauja asechando una ocasion propicia para hostilizar a los patriotas.

San-Martin, por su parte, estaba preocupado en esos momentos con negocios de otro jénero. Durante toda la campaña habia mantenido relaciones poco cordiales con lord Cochrane; i las primeras diferencias se convirtieron al fin en abierta rivalidad. El almirante se sublevó de hecho, se apoderó de los caudales que el gobierno del Perú tenia en Ancon, i volvió al Callao a repartirlos entre sus oficiales a título de sueldos atrazados i de gratificaciones ofrecidas i no pagadas (setiembre de 1821). San-Martin, no queriendo tolerar este acto, mandó a lord Cochrane que abandonase las costas del Perú, lo que éste hizo al cabo de algunos dias, dirijiéndose primero al norte en busca de otros buques españoles. Los independientes perdieron el importante apoyo que podia prestarles la escuadra chilena.

El protector, aparte de estos asuntos, tenia otros motivos para estar vivamente preocupado. Como hemos referido en otra parte (7), la provincia de Guayaquil, cuya posesion disputaba sériamente el gobierno de Colombia, habia pedido ausilios al Perú. San-Martin, llegó a emprender un viaje a aquella provincia, pero instruido en el camino de que Bolívar no habia venido aun a Guayaquil, volvió a Lima (febrero de 1822). Poco ántes habia enviado bajo el mando del coronel don Andrés Santa-Cruz, una division ausiliar que se cubrió de gloria en Pichincha.

Miéntras tanto, el ejército independiente continuaba engrosándose con los oficiales i soldados peruanos que hasta entónces habian servido en las filas realistas, i que ahora las abandonaban. Deseando San-Martin fomentar la desercion, daba a esos oficiales las pruebas mas manifiestas de confianza ya encomendándoles delicadas comisiones, ya poniendo bajo su mando algunos cuerpos de tropas. Santa-Cruz, americano de nacimiento (natural de la Paz), que habia hecho su carrera en el ejército español hasta que cayó prisionero en Pasco (6 de diciembre de 1820), fué puesto a la cabeza de la division ausiliar de Guayaquil. La-Mar, el defensor del Callao, fué incorporado en el ejército patriota. El jeneral don

(7) Páj. 398.

Domingo Tristan, igualmente pasado de las filas españolas, recibió el mando de dos batallones i el título de comandante militar de Ica, con el encargo de aumentar las fuerzas patriotas al sur de Lima i de evitar todo combate con fuerzas superiores. Desgraciadamente, estas distinciones produjeron como debia suponerse, celos i rivalidades; i algunas veces, grandes contratiempos.

Canterac, entre tanto, permanecia en el valle de Jauja con cerca de 3,000 hombres. Desde ahí preparó un golpe de mano sobre la division de Tristan, i haciendo una marcha de mas de cincuenta leguas, fué a colocarse al noreste de Ica para cortar la retirada a los patriotas. Al amanecer del 7 de marzo (1822), sorprendió las fuerzas de éstos; i despues de un corto combate, las puso en la mas completa dispersion. Canterac, hizo mas de 1,000 prisioneros, quitó cuatro piezas de artillería i un gran número de caballos i de mulas, i volvió a la sierra para sustraerse a toda persecucion. Este desastre, el primero que habian sufrido los patriotas despues de una felicísima campaña, tuvo una grande influencia en el curso de la guerra i en el crédito i desprestijio de San-Martin.

Entrevista de Bolívar i San-Martín; este último se retira del Perú.—La funesta impresion causada por esta derrota se minoró en parte pocos dias despues cuando llegó a Lima la noticia de la victoria de Pichincha i de la libertad de toda la antigua presidencia de Quito. Pero como estos sucesos habian tenido lugar bajo el mando de un jeneral colombiano, el prestijio de esos triunfos venia a empañar la gloria de San-Martin. Desde algun tiempo atras se acusaba a éste de irresolucion, i hasta de cobardía por no haber atacado mas resueltamente a los realistas. Algunos de los jefes que habian servido a sus órdenes desde tiempo atras, se separaron disgustados del servicio i volvieron a Chile a quejarse de su conducta indecisa. Viendo que los españoles contaban todavía con mui poderosos elementos en el interior del Perú, desconfiando de la importancia de sus propios recursos, i temiendo que cundiera en su ejército el principio de insurreccion que nacia entre sus jefes i oficiales, San-Martin comenzó a perder la confianza que habia abrigado de que en breve vería terminada la campaña i definitivamente afianzada la independencia del Perú.

El protector, ademas, estaba preocupado con otro pensamiento. Las fuerzas colombianas que habian invadido el territorio de Quito estaban resueltas a conservar la provincia de Guayaquil, cuya posecion interesaba en gran manera a los

peruanos. Bolívar, que pretendia estender la influencia de Colombia, prometia tambien su proteccion al Perú. San-Martin creyó que el medio mas seguro de transijir las dificultades referentes a la posecion de Guayaquil, i de convenir en algo respecto de la cooperacion que Colombia podia prestar al Perú, era tratar personalmente con Bolívar. El 26 de julio (1822) los dos grandes capitanes de la América del sur se encontraron reunidos en la ciudad de Guayaquil. El Libertador de Colombia recibió a San-Martin con las mas señaladas manifestaciones de entusiasta amistad; pero sus conferencias no dieron en realidad resultado alguno. Apesar de que aquella famosa entrevista está envuelta en un profundo misterio, que no quiso descubrir ninguno de los dos ilustres personajes que tomaron parte en ella, se sabe que ámbos se separaron descontentos. Bolívar, impetuoso i violento por carácter, envanecido por sus grandes triunfos en Colombia, miraba con profundo desprecio a los soldados del sur. San-Martin tan frio i reservado como sagaz i penetrante, comprendió que la arrogancia del Libertador aspiraba nada ménos que a avasallarlo hasta ponerlo al nivel de sus propios jenerales, por quienes no tuvo nunca mui marcada estimacion. Dos dias despues, San-Martin i Bolívar se separaron recelosos i desconfiados, sin convenir en nada; el primero volvió al Perú: el segundo se quedó en Guayaquil ocupado en diferentes trabajos administrativos para afianzar la incorporacion de aquella provincia a la República de Colombia.

En Lima, miéntras tanto, habia tenido lugar un movimiento revolucionario que comprometia gravemente la situacion de San-Martin. Al partir éste para Guayaquil habia confiado el gobierno del Perú al marques de Torre-Tagle, quien debia aconsejarse con los ministros del protector. Uno de ellos, don Bernardo Monteagudo, patriota distinguido desde los primeros dias de la revolucion americana, pero hombre de un carácter de fierro, se habia hecho aborrecer por las persecuciones de que era instigador, i que iban dirijidas no solo contra los españoles sino tambien contra los patriotas que le eran desafectos. En 1818 habia sido el consejero de las medidas estremas, de las ejecuciones de los dos hermanos Carreras (don Juan José i don Luis), i de don Manuel Rodríguez (8); poco mas tarde de la muerte de los prisioneros realistas detenidos en la ciudad de San Luis (Provincias Ar-

(8) Véase las péjs. 351 i 352 de este libro.

jentinas). En el Perú habia decretado la prision de los españoles i el embargo de sus bienes; i bajo su ministerio estas órdenes se cumplieron con todo rigor. Monteagudo, ademas, era conocido por sus ideas monárquicas, de manera que los mas liberales entre los revolucionarios miraban con mal seño el ascendiente de que gozaba cerca de San-Martin. Miéntras éste permaneció en Lima, la poblacion soportó en silencio el despotismo del poderoso ministro; pero cuando el protector habia partido para Guayaquil, la ajitacion i el descontento no conocieron límites. Al fin, una asonada popular apoyada por el cabildo, pidió la deposicion de Monteagudo; i éste, conociendo que no le era posible resistir a tales exijencias, se apresuró a presentar su renuncia para hacer creer que lo hacia espontáneamente (25 de julio de 1822). Monteagudo, sin embargo, fué apresado; i al fin se le obligó a salir del Perú, embarcándolo para Guayaquil.

Cuando San-Martin volvió a Lima (19 de agosto) observó con profundo pesar este estado de cosas. Formado bajo el réjimen severo de la disciplina militar, acostumbrado a imponer su voluntad en todas partes, no podia ver impasible las contrariedades i las resistencias que comenzaba a encontrar en el gobierno. En Lima fué recibido con señaladas muestras de admiracion i de respeto; pero San-Martin venia de Guayaquil meditando una resolucion suprema, i el disgusto que le ocasionaron las ocurrencias del Perú no hizo mas que fortalecerlo en esa determinacion. Contra sus inclinaciones, i cediendo solo a las exijencias de la opinion, San-Martin habia decretado de antemano la convocacion de un congreso. Elejidos los diputados que debian componerlo, i reunidos en Lima, el protector en persona abrió sus sesiones con gran solemnidad (20 de setiembre). Allí mismo depuso el mando militar i político de que estaba investido, e inmediatamente se retiró a una casa de campo que ocupaba en los alrededores de la capital. El congreso lo nombró jeneralísimo del ejército del Perú i le acordó un voto de gracias por los servicios prestados a la independencia; pero San-Martin aceptó solo aquel título i rehusó el ejercicio del mando.

Apesar de todo esto, pocos creian en Lima que ese desprendimiento fuese sincero. La revolucion americana habia visto surjir tantos ambiciosos que no se podia creer fácilmente que hubiera un hombre tan desinteresado que habiendo llegado a la altura en que se hallaba colocado el protector se desprendiese libre i espontáneamente del mando i de los honores. Sin embargo, la resolucion de San-Martin era firme e

irrevocable. En aquella misma noche, casi sin dar aviso a nadie, se embarcó en Ancon i se hizo a la vela para Chile, dejando una proclama que circuló impresa al dia siguiente, i que revelaba su determinacion. En ella decia que estaba canzado de oir decir que pensaba en coronarse, que creia que era peligrosa la presencia de un soldado feliz en los paises nuevos, i que sus servicios estaban recompensados con usura con la satisfaccion que tenia de haber cooperado a la independencia de Chile i del Perú (9).

---

(9) La separacion de San-Martin del mando del ejército i del gobierno del Perú ha dado lugar a los juicios mas contradictorios. Sus enemigos, entre los cuales figuran hombres tan caracterizados como lord Cochrane, no han querido creer en su desinteres. Unos han dicho que su renuncia fué arrancada por la conviccion profunda de que su poder estaba completamente minado, i que por tanto, su ruina era inevitable. Otros, que San-Martin se proponia obtener que el congreso peruano le confiriera un mando absoluto i discrecional. La verdad es que el ilustre jeneral abdicó el poder porque estaba cansado de diez años de guerra i porque presumia que tendria que vencer todavía grandes dificultades para llevar a término final la empresa en que estaba comprometido. El jeneral arjentino don Tomas Guido, amigo i confidente del jeneral San-Martin, i entónces ministro de la guerra, publicó en 1861, en la *Revista de Buenos-Aires*, un artículo mui interesante en que da cuenta de este hecho con pormenores desconocidos, i que revela que San-Martin habia preparado desde tiempo atras su retirada del Perú, pero que habia guardado sobre ella la mas profunda reserva, hasta el momento en que la ejecutó. Don Benjamin Vicuña Mackenna, en un opúsculo publicado en Santiago en 1863 con el título de *El jeneral don José de San-Martin*, ha dado a conocer, mejor que nadie hasta ahora, esta última parte de la vida pública del ilustre jeneral, i ha revelado la sinceridad i el desprendimiento con que hizo aquella renuncia.

El historiador aleman Gervinus, investigador tan prolijo como juicioso observador, ha sido mui injusto con San-Martin. Ha tomado a lo serio el tejido de torpísimas calumnias publicado en Paris en 1858 con el título de *Memorias i documentos para la historia de la independencia del Perú*, por P. Pruvonena, seudómino con que se han ocultado los injustos detractores del verdadero fundador de la independencia peruana.

Este último acto cierra la vida pública de San-Martin. Despues de una corta residencia en Chile i en la República Arjentina, se trasladó a Europa, donde vivió hasta 1850, completamente ajeno a todas los sucesos que por entónces se desenvolvian en América.

CAPITULO XIV.

Bolivar en el Perú.—Junin i Ayacucho.—Formacion de la República de Bolivia.

Gobierno del triunvirato; derrotas de Torata i de Moquegua.—Presidencia de Riva-Agüero.—Su deposicion.—Arribo de Bolivar al Perú.—Desavenencias entre los jefes españoles.—Batalla de Junin.—Batalla de Ayacucho.—Rendicion del Callao; independencia definitiva del Perú.—Creacion de la República de Bolivia.

(1822—1826).

GOBIERNO DEL TRIUNVIRATO; DERROTAS DE TORATA I DE MOQUEGUA.—Aunque San-Martin habia necesitado de una verdadera grandeza de alma para separarse del mando en el Perú, su renuncia imprevista, mas que el fruto de la magnanimidad i del desinteres, era el resultado de su conocimiento profundo de los hombres i de las cosas. El protector habia comprendido que ante las conspiraciones del ejército, ante los levantamientos populares i las acechanzas de Bolivar, su gobierno debia convertirse en despotismo franco para subsistir. Al retirarse del Perú, San-Martin estaba convencido de que los resortes administrativos estaban gastados i de que habria que vencer grandes dificultades para establecer un órden regular i para llevar a término la guerra.

En efecto, la separacion del protector fué seguida de una serie de contrastes en la guerra i de una gran perturbacion en el gobierno del estado. El congreso confió el poder ejecutivo a una junta compuesta de tres miembros i presidida por el jeneral La-Mar. Despues de muchas vacilaciones, esa junta acordó un plan de campaña contra los españoles, que consistia en enviar dos divisiones; una al sur bajo las órdenes del jeneral arjentino don Rudecindo Alvarado, para obrar contra el ejército del virei La-Serna; i la otra a cargo del jeneral Arenales para atacar a Canterac en sus posiciones de la sierra de Jauja.

Si se hubiera puesto en ejecucion este plan de campaña con toda actividad i resolucion, no habria sido difícil alcanzar grandes ventajas sobre el enemigo; pero desgraciadamente no sucedió así. Arenales no pudo reunir las fuerzas i los elementos indispensables para llevar a cabo la espedicion que se le habia encomendado. Se encontraban entónces en el Callao 2,000 soldados colombianos que Bolivar habia en-

viado en ausilio del Perú; pero el jefe de estas fuerzas, el jeneral don Juan Paz del Castillo, se escusó de salir a campaña con diferentes prétestos, pero en realidad porque el Libertador de Colombia no queria que sus soldados estuviesen subordinados a los jenerales peruanos. La division de Paz del Castillo se reembarcó al fin para Guayaquil sin prestar por entónces servicio alguno al Perú (octubre de 1822).

La espedicion confiada al jeneral Alvarado compuesta de 3,500 hombres de buenas tropas, zarpó del Callao el 10 de octubre, i fué a desembarcar cerca de Arica casi dos meses despues. Defendia aquella costa el coronel realista don Jerónimo Valdes, con cerca de 3,000 hombres; pero al saber la salida de las fuerzas patriotas de Lima, el jeneral Canterac se habia puesto en marcha con todas sus tropas para el sur con el objeto de salvar a Valdes de una ruina que parecia inevitable. Por desgracia, Alvarado, en lugar de moverse con rapidez, avanzó lentamente hácia el interior, obligando a los realistas a retirarse para evitar una batalla, pero sin perseguirlos con la firmeza conveniente cuando ellos se creian casi perdidos. Tacna i Moquegua cayeron en poder de los patriotas a mediados de enero (1823); i dos dias despues (19 de enero), llegaron éstos hasta las alturas de Torata, de donde fueron desalojadas las tropas de Valdes.

Aquella fué la última ventaja alcanzada por los patriotas en toda la campaña. Alvarado se habia movido con tanta lentitud que dió tiempo a Canterac para reunir sus tropas con las del coronel Valdes i para presentarle batalla. Rechazados los patriotas en las faldas de Torata (20 de enero), se replegaron sobre Moquegua; pero aquí fueron batidos con mayor vigor el dia siguiente (21 de enero) i puestos en la mas espantosa derrota. Los fujitivos escapados de este desastre llegaron a la costa en el mayor desórden buscando su salvacion en las naves, que los trasportaron al fin a Lima despues de los mas penosos sufrimientos. Canterac, por su parte, con un ejército de cerca de 9,000 hombres i conduciendo un gran número de prisioneros i de armas quitadas al enemigo, volvió a la sierra para merecer los honores del vencedor.

Estos desastres causaron en Lima una penosa impresion. El congreso, que habia perdido un tiempo precioso en inútiles discusiones dando tiempo a que comenzara a surjir un principio de reaccion en favor de los españoles, conoció entónces la gravedad de la situacion, i creyó que era necesario consolidar el poder público confiándolo a un solo hombre, ya que el gobierno del triunvirato habia llevado la revolucion al

55

borde de su ruina. El marques de Torre-Tagle, hombre débil i vicioso, que habia figurado en el gobierno revolucionario solo por la posicion que le daba su fortuna, fué designado para el importante puesto de director supremo. El ejército, influenciado por el jeneral don Andres Santa-Cruz, se opuso resueltamente a la proclamacion de aquel majistrado; i pidió al congreso que fuese nombrado en su lugar el coronel don José de la Riva-Agüero, tribuno impetuoso que se habia hecho notar por la entereza de su carácter, por una actividad incansable i por su liberalismo franco i resuelto. El congreso accedió, a su pesar, a las exijencias del ejército; i Riva Agüero fué proclamado presidente del Perú (28 de febrero de 1823). El jeneral Santa-Cruz fué promovido al mando en jefe del ejército en reemplazo de Arenales, que se retiraba del Perú, i de Alvarado, que habia perdido todo su prestijio despues de sus recientes derrotas.

Presidencia de Riva-Agüero.—La eleccion de Riva-Agüero fué saludada con entusiasmo; i en efecto, sus primeros actos revelaron enerjía i actividad. Tomó medidas financieras bien concebidas para proveer a las necesidades del tesoro público, aumentó considerablemente la fuerza de su ejército, equipó nuevamente la escuadra para hacerla servir en el trasporte de las tropas i en el bloqueo de los puertos del sur, i pidió ausilios a Chile i a Colombia para concluir la guerra contra los españoles.

El plan de campaña de Riva-Agüero, sin embargo, no se apartó mucho del que habian puesto en planta sus predecesores. Reunió un ejército de 5,000 hombres i lo puso bajo las órdenes del jeneral Santa-Cruz. A mediados de mayo salió éste del Callao con instrucciones de desembarcar en Arica o en Iquique, donde debia juntársele una division ausiliar de soldados chilenos, para emprender en seguida su marcha al interior i operar sobre el Alto-Perú i sobre el Cuzco, que eran el centro, puede decirse así, de recursos de los realistas.

El jeneral Canterac permanecia en la sierra; pero por medio de los espías que tenia en Lima, estaba al corriente de todos los movimientos de los patriotas. Al saber que Santa Cruz habia emprendido la campaña en las provincias del sur, levantó su campamento a la cabeza de 9,000 hombres (2 de junio), i se puso rápidamente en marcha sobre Lima, que creia indefensa, o a lo ménos, imposibilitada para resistir al ejército respetable de que él podia disponer. En efecto, la capital no se hallaba en estado de oponer una vigorosa resistencia.

Desde poco tiempo ántes se hallaba en el Perú una division colombiana de 3,000 hombres, enviada por Bolívar a peticion de Riva-Agüero. Mandaba estas fuerzas el jeneral don Antonio José de Sucre, aquel ilustre militar que despues de los triunfos alcanzados en Quito contra los españoles, gozaba de la reputacion de ser el segundo jeneral de Colombia. Sin embargo, cuando se supo en Lima la noticia de la aproximacion de Canterac, los oficiales patriotas, reunidos en un consejo de guerra presidido por el mismo Riva-Agüero, acordaron evacuar la capital, que no podian defender, i encerrarse en las fortalezas del Callao. De los setenta i nueve diputados que formaban el congreso, solo treinta i ocho se retiraron de Lima con Riva-Agüero: los demas se quedaron en la ciudad dispuestos a congraciarse con los españoles. Canterac ocupó la capital sin dificultad alguna el 18 de junio, i aun pretendió atacar a los defensores del Callao, persuadido de que la revolucion peruana se hallaba próxima a sucumbir.

Deposicion de Riva-Agüero—El presidente Riva-Agüero fué entónces el objeto de las mas vivas acusaciones. Reprochábansele todas las desgracias de la patria, la pérdida de el capital i la decadencia de la revolucion. Los diputados la quitaron el mando militar, que pusieron en manos del jeneral Sucre (21 de junio), i en seguida quisieron tambien despojarlo del mando político (23 de junio). Riva-Agüero, sin embargo, resistió con toda enerjía a esta última humillacion; pero en lugar de disponer una empresa cualquiera contra los realistas que ocupaban a Lima, se retiró con los miembros del congreso hácia el norte, al pueblo de Trujillo (26 de junio), donde se proponia ponerse al frente de una division patriota que allí se habia organizado.

Se ha acusado a Sucre de haber fomentado estas desavenencias para preparar el terreno al ejército colombiano, i para hacer indispensable la presencia de Bolívar en el Perú. El jeneral colombiano, sin embargo, aparentó guardar la mas escrupulosa circunspeccion, manifestándose al parecer ajeno a esas disensiones, i aun aconsejando a los diputados peruanos que depusieran sus odios en aras de la patria i de la revolucion. Despues de la partida de Riva-Agüero, Sucre quedó defendiendo el Callao a la cabeza de las tropas independientes que se habian retirado de Lima; pero convencido de que los españoles no podrian apoderarse de aquellas fortificaciones, i creyendo dar un golpe decisivo al ejército del virei, organizó una division de 3,000 hombres que embarcó para el sur en ausilio del jeneral Santa-Cruz (4 de julio).

Los realistas, en efecto, se convencieron que no podian reducir a los defensores del Callao. El jeneral Canterac, que por un momento habia soñado la pacificacion completa del Perú, se encontró en Lima rodeado de guerrillas enemigas que le cortaban toda comunicacion, i temió que en el entretanto los patriotas del sur, reforzados por los ausilios que les enviaba Sucre, pusiesen en gran peligro la dominacion españoles en toda la presidencia de Chárcas i en las provincias de Arequipa i el Cuzco. Para evitar esto último, evacuó la capital (17 de julio), i marchó resueltamente hácia el sur. Los cuerpos patriotas que picaron su retirada, no consiguieron molestarlo por largo tiempo.

Los independientes ocuparon de nuevo la ciudad de Lima. Sucre, investido accidentalmente del mando supremo, no pensó en otra cosa que en adelantar las operaciones militares. Delegó sus poderes en el marques de Torre-Tagle, que quedó gobernando en Lima, i él se embarcó para el sur con el propósito de tomar el mando de todo el ejército patriota i de dirijir personalmente la campaña que se sostenia en aquellas rejiones (20 de julio).

Desde entónces, aquella parte del Perú en que dominaban los independientes quedó dividida en dos gobiernos diversos: el de Torre-Tagle, establecido en Lima, i el de Riva-Agüero, establecido en Trujillo. Este último, no pudiendo soportar por mas tiempo las resistencias que le oponian los diputados que lo acompañaron en su retirada al norte, disolvió francamente aquel simulacro de congreso (19 de julio), apresó a siete de sus miembros i organizó un senado compuesto de los hombres que le eran mas adictos. Este golpe de autoridad fué mirado en el campamento con una indiferencia que casi equivalia a una esplícita aprobacion. Riva-Agüero, sin embargo, no supo aprovecharse de las ventajas de esta situacion; i en vez de marchar resueltamente sobre Lima para reconquistar el gobierno apartando de él al inepto Torre-Tagle, abrió negociaciones con los españoles con la esperanza de alcanzar la paz para volver entónces sus armas contra el gobierno de Lima, que Riva-Agüero consideraba anárquico i revolucionario.

Estas vacilaciones del presidente Riva-Agüero aceleraron su ruina. Los chilenos, los arjentinos, los colombianos i hasta los peruanos mismos que servian en la guarnicion de Lima, estaban animados por un espíritu belicoso, i consideraron una traicion a la patria el pensamiento de negociar con los españoles. A la fraccion del congreso que residia en Lima,

se habian unido los diputados perseguidos en Trujillo, que volvian resueltos a vengarse del presidente legal. El congreso entero se dejó influenciar por esos sentimientos nombrando a Torre-Tagle presidente del Perú (16 de agosto). Tres dias despues, el mismo congreso declaró solemnemente que Riva-Agüero quedaba destituido de la presidencia, i puesto fuera de la lei como culpable de alta traicion.

Arribo de Bolívar al Perú.—En medio de estas desavenencias, la guerra se sostenia en el sur del Perú contra el ejército que obedecia al virei La-Serna. El jeneral patriota Santa-Cruz habia desembarcado con sus tropas en Iquique (15 de junio); i despues de ocupar las ciudades de Arica i Tacna consiguiendo algunas ventajas sobre varios destacamentos enemigos, pasó resueltamente la cordillera de los Andes i penetró en el Alto-Perú casi sin encontrar resistencia, i recibiendo, por el contrario, el ausilio de los guerrilleros patriotas que en aquella rejion sostenian la lucha contra los españoles. En la ciudad de la Paz, proclamó la independencia en medio de un entusiasmo loco (7 de agosto). Una division patriota, mandada por el coronel don Agustin Gamarra, avanzó hasta Chuquisaca i proclamó igualmente la independencia. El triunfo de los patriotas en aquellas rejiones parecia asegurado. El jeneral Sucre con las tropas que sacó del Callao, habia desembarcado tambien en Chala i ocupado la importante ciudad de Arequipa (30 de agosto). En el sur del Perú, ademas, se esperaba por momentos el arribo de una division que el gobierno de Chile enviaba en ausilio de los independientes.

Los realistas conocieron perfectamente el peligro que corria su dominacion en aquellas rejiones; i con una actividad verdaderamente maravillosa, corrieron a deshacer la tempestad que los amenazaba. El jeneral español don Jerónimo Valdes, a la cabeza de una division de 4,000 hombres, se habia separado de Canterac en Lima, en el mes de junio, i ejecutó uno de los mayores prodijios de rapidez que recuerde la historia de las campañas de la revolucion hispano-americana. Durante cincuenta i siete dias de marcha, teniendo que atravesar montañas escabrosas i áridos desiertos, anduvo siete leguas por dia, i se presentó delante de Santa-Cruz en los alrededores de la Paz, en Zepita, el 25 de agosto. Allí se trabó un combate en que los realistas fueron rechazados. Los independientes, sin embargo, no pudieron aprovecharse de esta ventaja. El virei La-Serna, abandonando sus cuarteles del Cuzco, habia corrido a reforzar a Valdes, de manera que

los patriotas, separados en divisiones que ocupaban una vasta estension de territorio, se vieron amenazados por un ejército fuerte i poderoso, i mandado por jenerales tan activos como intrépidos. Despues de diversos combates casi siempre desfavorables para los independientes, se vieron éstos forzados a retirarse a la costa para buscar sus naves i replegarse a Lima. Sucre mismo, despues de sostener un denodado combate en las calles de Arequipa (8 de octubre), se vió tambien forzado a retirarse al puerto de Quilca para reembarcar sus tropas. La division chilena, que acababa de tomar tierra en Arica bajo las órdenes del jeneral don Francisco Antonio Pinto, se halló, pues, abandonada en aquel lugar i tuvo que ganar de nuevo sus buques para replegarse a Chile i salvarse de una ruina inevitable e innecesaria.

En esas circunstancias se presentó en Lima el jeneral Bolívar (1.º de setiembre de 1823), donde era esperado con impaciencia. Los ajentes del gobierno del Perú que habian ido a Bogotá a solicitar su apoyo, lo habian determinado, al fin, a ponerse al mando de las tropas patriotas para arrojar definitivamente a los españoles de su último atrincheramiento en la América del sur. El Libertador de Colombia fué acojido en Lima en medio de los gritos de alegría de la muchedumbre. El congreso le confió inmediatamente un poder dictatorial en los negocios políticos i militares, encargándole particularmente que pusiese término a las discordias intestinas (2 i 10 de setiembre). Torre-Tagle conservó, sin embargo, la presidencia, mas bien para secundar las miras de Bolívar que para dirijir un gobierno independiente.

El gobierno del Perú ofrecia entónces los mayores peligros tanto en los negocios de la guerra contra España como en los asuntos de su organizacion interior. Para cualquiera otro hombre era aquella una situacion llena de escollos a que no habria osado hacer frente; pero para un jenio superior que tenia tanta confianza en sí mismo como Bolívar, no se podia imajinar una situacion mas favorable. "El pais languidecia en la mas espantosa miseria, dice un eminente historiador, todos los negocios estaban interrumpidos: el numerario habia sido absorbido por los empréstitos forzosos: las tropas no eran pagadas i no tenian otro recurso que el merodeo: ningun camino era seguro, i aun las comunicaciones entre el Callao i Lima quedaban durante muchos dias cortadas por bandas de salteadores. Ademas, no habia gobierno reconocido: los hombres del poder estaban en lucha constante entre sí: se veia dos presidentes (por que Riva-Agüero

no habia desistido de sus pretensiones de gobernar desde Trujillo) un congreso i un senado que se declaraban mútuamente culpables del delito de alta traicion i que se ponian los unos a los otros fuera de la lei, un ejército en el norte que estaba pronto para hacer la guerra al congreso i, en fin, una escuadrilla que no obedecia al gobierno. I sin embargo, en ese mismo momento, el Alto-Perú que los patriotas acababan de atacar, habia sido perdido de nuevo: las tropas ausiliares suministradas por Chile, habian vuelto a su pais: el gobierno de Lima habia tomado un nuevo santo por patron del ejército, por que su predecesor no habia cumplido con su deber: Valdes dominaba en todo el sur; i el centro del ejército español, que de nuevo se habia acrecentado hasta alcanzar a un efectivo de 20,000 hombres, se reconcentró por segunda vez en Jauja para amenazar la capital del Perú'' (1).

Bolívar se contrajo ante todo a establecer la tranquilidad interior para consolidar su gobierno. Al efecto, envió dos ajentes suyos a Trujillo con encargo de allanar las diferencias con Riva-Agüero; pero como este proyecto no produjera los resultados fovorables que se buscaban, i como el congreso representase las negociaciones de aquel jefe con los españoles, el gobierno de Lima preparó un golpe que fué ejecutado felizmente. Uno de los oficiales en quienes Riva-Agüero habia depositado su confianza, el coronel don Antonio Lafuente, lo apresó en Trujillo, arrebatándole toda sombra de auroridad (25 de noviembre), i lo mandó a Guayaquil, de donde pasó luego a Europa para no volver a su patria sino diez años despues, cuando la independencia del Perú era un hecho consumado, i cuando habian muerto muchos de sus mas tenaces perseguidores. Se ha dicho que los ajentes de Bolívar tenian instrucciones para hacer fusilar a Riva-Agüero, i que no se ejecutó esta órden por exijencia del mismo Lafuente i del vice-almirante de la escuadra peruana, Guise.

Desde entónces, Bolívar fué el verdadero soberano de toda aquella parte del Perú que permanecia en poder de los independientes. Torre-Tagle, aunque conservaba el título de presidente, era incapaz de ocuparse de la direccion de los negocios públicos, mucho ménos de contrarestar la imperiosa voluntad del Libertador, i vino a ser solo un instrumento de su poder. El congreso habia promulgado (13 de noviembre) una constitucion democrática i liberal para sa-

(1) G. G. Gervinus, *Histoire du XIX siècle*, tomo X, páj. 113.

tisfacer las exijencias de la opinion; pero en realidad, ese código no tuvo vida propia, ni fuè puesto en práctica en atencion a las circunstancias porque entónces pasaba el Perú. Bolívar, sin embargo, no pudo dar a las operaciones militares el impulso vigoroso que reclamaban. El congreso de Colombia tardó mucho en concederle los ausilios que necesitaba. El gobierno de Chile disgustado con lo que habia ocurrido a la division ausiliar en los puertos del sur del Perú, i preocupado entónces con el proyecto de conquistar el archipiélago de Chiloé, no atendió las exijencias de Bolívar que le pedia nuevos socorros de tropa. El Libertador ademas se encontró enfermo durante algun tiempo; de manera que apesar de sus esfuerzos, la reorganizacion del ejército independiente marchaba con mucha lentitud.

El Libertador habia sentado su campamento en Huarás, al norte de Lima, en donde el ejército independiente seguia engrosándose poco a poco i aumentando su disciplina. Convencido de que por entónces no podia abrir la campaña, Bolívar indujo a Torre-Tagle a entablar negociaciones pacíficas con los jenerales españoles, con la esperanza de ganar tiempo. El jeneral Canterac, segundo del virei en el mando del ejército realista, se negó a oir las proposiciones de paz impidiendo a los comisionados patriotas que pudieran llegar hasta el Cuzco, donde estaba establecido La-Serna.

Desavenencias entre los jefes españoles.—Al comenzar el año de 1824 la independencia de la mayor parte de la América española era un hecho consumado; pero la espulsion de los realistas del Perú era todavía un problema difícil de resolver. No solo ocupaban la mayor parte del vireinato, sino que contaban con un ejército mui superior, por el número i por la disciplina, al de los patriotas. Las poblaciones no habian manifestado en este pais aquel entusiasmo loco por la causa de la independencia que en los otros pueblos americanos habia sido el primer elemento de triunfo, haciéndolos soportar todo jénero de sufrimientos aun en los instantes en que la revolucion parecia perdida para siempre. Miéntras los realistas contaban con regulares recursos arrancados por bien o por mal a los habitantes de las provincias que ocupaban, el Libertador no tenia dinero con qué pagar a sus tropas o se veia obligado a alimentarlas con gran dificultad. En esta tristísima situacion comenzaron a hacerse sentir entre los mismos destacamentos patriotas motines militares que creaban los mayores embarazos.

El mas importante de estos motines tuvo lugar dentro de

las fortificaciones del Callao. Guarnecian este puerto algunas tropas arjentinas del antiguo ejército de San-Martin. Mal pagadas desde mucho tiempo atras, i reducidas a una miserable racion, se sublevaron el 5 de febrero capitaneadas por un sarjento apellidado Moyano, i prendieron al gobernador de la plaza jeneral Alvarado i a los oficiales de la guarnicion, reclamando que se les pagasen sus sueldos atrasados i que se les trasportase gratuitamente a su pais. Los patriotas habrian podido desarmar aquella tempestad mediante el sacrificio de una suma de dinero; pero el gobierno no tenia recursos para ello i los particulares no quisieron contribuir a sofocar un movimiento que amenazaba seriamente la revolucion. Un destacamento de caballería enviado por Bolivar en ausilio de la capital, se unió a los rebeldes del Callao. Estos últimos, por fin, viendo desatendidas sus reclamaciones, i temiendo sobre todo los terribles castigos a que se habian hecho acreedores, se dejaron seducir por algunos partidarios de la causa de España, i avisaron a Canterac, situado entónces en Jauja, que podia ocupar las fortalezas del Callao en nombre del rei (18 de febrero).

La rabia i la desesperacion de Bolívar no conocieron límites cuando tuvo noticias de estas ocurrencias. Acusó a Torre-Tagle de torpeza en la direccion de los negocios públicos i hasta de connivencia con los españoles, i pidió al congreso que lo destituyera de la presidencia del estado. Al efecto, envió a Lima al jeneral arjentino don Mariano Necochea con órden de apresar a Torre-Tagle i sus consejeros por el delito de traicion i de tomar el mando de la capital. El congreso cedió fácilmente a las exijencias del Libertador: destituyó a Torre Tagle (10 de febrero), abolió la constitucion, revistió a Bolívar de la suma del poder público i acabó por disolverse (20 de febrero de 1824). Torre-Tagle, temiendo ser fusilado por el delito que se le imputaba, i no teniendo donde ocultarse para sustraerse a la saña de sus perseguidores, se entregó a los rebeldes del Callao, i fué retenido allí como prisionero de guerra. La revolucion peruana se desembarazó así de un instrumento inútil, que habia empleado en los primeros puestos solo por el prestijio de su posicion elevada en la sociedad aristocrática de Lima i por su fortuna considerable.

Miéntras tanto, los realistas avanzaban sobre la capital para aprovecharse de aquel estado de confusion tan favorable a sus intereses. El Libertador habia dispuesto que se retiraran de ella las armas, los vestuarios i los recursos que podia utilizar el enemigo; i arrastrando con todo ello, se retiró él

mismo hasta Trujillo para completar su ejército i recibir los refuerzos que esperaba de Colombia. Una division de 3,000 realistas, mandada por el coronel don Ramon Rodil, ocupó el Callao, i otra division despachada por Canterac, a cargo del jeneral don Juan Antonio Monet, se posesionó nuevamente de Lima (29 de febrero).

Al lado de estas grandes ventajas, los realistas tuvieron que sufrir los mas serios contratiempos. Las disenciones políticas estallaron tambien en su campo haciendo desaparecer la unidad de accion tan indispensable para reprimir a los independientes.

La revolucion liberal de España en 1820 i el restablecimiento de la constitucion habian encontrado ardorosos partidarios entre los jefes que mandaban el ejército español del Perú. La-Serna, Canterac, Valdes i muchos otros jenerales de menor importancia no solo se habian apresurado a promulgar la constitucion española en el Perú, sino que habian hecho censurar por un periódico que se publicaba en el Cuzco la intervencion francesa en los negocios de España para reponer en el trono a Fernando VII como rei absoluto. En ese mismo periódico se insinuó la idea de formar en el Perú una monarquía independiente, colocando al frente de ella al virei La-Serna. En las provincias del Alto-Perú mandaba las tropas españolas el mariscal de campo don Pedro Antonio Olañeta, realista atrabiliario, defensor obstinado de la monarquía absoluta, i enemigo, por tanto, de la revolucion española i de los propósitos falsos o verdaderos que se atribuian al virei. Alentado por algunas cartas que le escribian de España los mas exaltados partidarios de Fernando VII recomendándole que a todo trance se opusiese en el Perú a los proyectos contrarios a la fidelidad al rei absoluto, Olañeta no vaciló en pronunciarse en abierta rebelion contra La-Serna, ocupó las ciudades de Potosí i Chuquisaca (22 de enero i 8 de febrero), i proclamó el restablecimiento de la monarquía absoluta. Los patriotas de aquellas provincias rodearon a Olañeta, i finjiéndose partidarios exaltados de Fernando VII, estimularon su desobediencia al virei.

Cuando La-Serna tuvo noticia de estas ocurrencias, concibió los mas serios temores sobre la suerte de la guerra. Inmediatamente hizo partir para el sur al jeneral don Jerónimo Valdes al frente de una division, con encargo de someter al jeneral disidente, i de restablecer su autoridad en todo el Alto-Perú. Valdes, sin embargo, no se atrevió a abrir desde luego la campaña contra el jeneral Olañeta: por el contrario,

tuvo con éste una entrevista en el pueblo de Tarapaya (9 de marzo de 1824), i ahí celebró un convenio por el que Olañeta conservó el mando de las provincias del Alto-Perú, sin otras condiciones que las de suministrar a La-Serna un ausilio mensual de 10,000 pesos i de enviarle algunas tropas para reforzar el ejército del norte. La paz ajustada por este convenio, sin embargo, no fué de larga duracion: Olañeta persistió en desconocer la autoridad del virei, estimulado, como hemos dicho, por los patriotas que veian en estos sucesos un acontecimiento favorable para la causa de la revolucion; i Valdes, por su parte, se empeñó en reducirlo por la fuerza, envolviéndose, en consecuencia, en una guerra obstinada i desastrosa.

Batalla de Junin.—Estas desavenencias, como debe suponerse, produjeron para los realistas las mas desastrosas consecuencias. El virei, mui a su pesar, se vió en la necesidad de disponer que sus tropas evacuaran la ciudad de Lima i que se retiraran hácia Jauja, para reconcentrarse con el ejército que allí tenia Canterac. Los realistas acantonados en este valle llegaron a contar cerca de 9,000 hombres perfectamente disciplinados, pero no les fué posible emprender nuevas espediciones hácia el norte temerosos de que las revueltas del Alto-Perú tomaran mayor desarrollo i pudieran llegar hasta poner en peligro la autoridad del virei, que permanecia establecido en el Cuzco.

Bolívar, miéntras tanto, eficazmente ayudado por Sucre, por La-Mar i por otros jefes, engrosaba su ejército con toda actividad i con una grande intelijencia. Recibió refuerzos de tropas de Colombia, que fueron colocadas en las inmediaciones de la cordillera para aclimatarlas al frio de las alturas. Para proveer a las necesidades pecuniarias, impuso contribuciones, exijió empréstitos i donativos, tomó el dinero de las iglesias i pagó a sus soldados alguna parte de su sueldo. Completó el armamento de sus tropas, las disciplinó con gran celo; i ántes de mediados de 1824, contó un ejército de 10,000 hombres. En él, figuraban colombianos, peruanos, chilenos i arjentinos, i muchos oficiales europeos de bastante distincion. Terminados estos aprestos, el Libertador abrió resueltamente la campaña que iba a decidir al fin de la suerte del Perú.

El jeneral don Guillermo Miller, comandante en jefe de la caballería patriota, se puso en marcha a principios de junio, pasó los Andes i tomó el mando de las montoneras peruanas que hostilizaban al ejército español acantonado en Jauja.

Miller desplegó en esas correrías su arrojo acostumbrado i ese tino que lo habia hecho famoso en las anteriores campañas de la independencia. No solo hostilizó con mucha habilidad al enemigo, sino que preparó la marcha del ejército de Bolívar distribuyendo en varios puntos del camino los víveres i pertrechos que habian de necesitar los patriotas. Por fin, a principios de julio, el Libertador levantó su campamento de Huarás, i emprendió su marcha al traves de las cordilleras para caer sobre el ejército realista que ocupaba a Jauja.

El paso de los Andes ofrecia las mayores dificultades, cortaduras profundas, senderos impracticables, laderas escarpadas i peligrosas, i alturas en que faltaba el aire para la respiracion; pero los patriotas lo sobrellevaron todo con aquel noble entusiasmo que los hacia superiores a los mayores sufrimientos. El ejército marchaba escalonado en divisiones con intervalos de una o dos jornadas; i era socorrido en la travesía por los montoneros de Miller, que guardaban los repuestos de víveres i forrajes. Los jenerales independientes, i particularmente Sucre, manifestaron en esa marcha una grande intelijencia militar. Venciendo todos los obstáculos puestos por la naturaleza, pero sin encontrar ninguna resistencia de parte de los enemigos, el ejército patriota llegó a Pasco, donde Bolívar le pasó una revista jeneral, anunciándole que en breve iba a empeñar una gran batalla en que se habia de decidir la suerte del nuevo mundo.

Canterac no tuvo noticia de la aproximacion de los patriotas sino cuando éstos ocupaban a Pasco. Los montoneros de Miller le habian interceptado todas las comunicaciones i ocultado hábilmente los movimientos de Bolívar. Entónces (1.° de agosto) el jeneral realista se adelantó hácia Pasco; pero luego supo que los patriotas se habian puesto en movimiento precipitado hácia la orilla occidental de la laguna de Junin para colocarse a su retaguardia i cortarle toda retirada al sur. Canterac se vió obligado a retroceder a toda prisa i fué a colocarse en la pampa de Junin. La caballería patriota, compuesta de 900 jinetes que marchaba dos leguas adelante de la infantería, llegó a aquel lugar en la tarde del 6 de agosto. Canterac que contaba con 1,300 caballos, cargó sobre ella con la arrogancia que infunde la seguridad de la victoria. El choque fué verdaderamente terrible: por ambas partes se hicieron verdaderos prodijios de valor; pero los escuadrones colombianos, agobiados por el mayor número fueron arrollados. La caballería española victoriosa por un momento, se dispersó imprudentemente; i entónces el oportuno ataque de

dos escuadrones de la reserva peruana restableció la lucha, operó la reconcentracion de los jinetes colombianos, i obligó al fin al enemigo a buscar su salvacion refujiándose en las filas de su infantería que no habia interrumpido la retirada. Los españoles dejaron en el campo de Junin 350 muertos i 80 prisioneros junto con el prestijio de invencibles con que se enorgullecian (6 de agosto de 1824).

Este combate, casi insignificante por el número de los combatientes, tuvo sin embargo una influencia inmensa en la suerte de la guerra. Canterac se retiró al sur con la mayor presteza, i en medio de tal desórden que ántes de llegar al Cuzco habia perdido casi la mitad de su ejército por la desercion constante de sus soldados. En su fuga el jeneral realista inutilizaba los puentes para evitar la persecucion de los patriotas, i perdiendo su antigua seguridad, parecia exajerar la importancia de la derrota que acababa de sufrir. Bolívar, sin embargo, no pudo sacar de aquella victoria todas las ventajas que deseaba. Los soldados colombianos, poco acostumbrados a hacer marchas penosas por las escabrosidades de la sierra, no podian seguir con la rapidez conveniente al ejército español.

Batalla de Ayacucho.—Los patriotas llegaron en la persecucion hasta la orilla norte del rio Apurimac. Como se acercaba la estacion de las lluvias en aquellas rejiones, Bolívar creyó terminada por entónces la campaña, entregó a Sucre el mando del ejército, encomendándole que tomara los cuarteles de invierno, i él dió la vuelta a Lima para reunir nuevos continjentes de tropas con que esperaba recomenzar la guerra el año próximo.

Miéntras tanto, los realistas hacian esfuerzos sobrehumanos para reponerse de la derrota i reparar su afrenta. Por órden del virei La-Serna, el jeneral Valdes, que entónces sostenia la guerra en el Alto Perú contra los soldados de Olañeta, abandonó este pais, i ejecutando una de esas marchas prodijiosas que lo hicieron célebre, atravesó en un mes una distancia de 270 leguas, recojiendo en su tránsito todos los destacamentos que guarnecian diversos pueblos i recojiendo numerosos reclutas. A fines de octubre, el virei tenia en el Cuzco un ejército de mas de 10,000 hombres, con 14 cañones i 1,600 caballos. A la cabeza de estas tropas, La-Serna abrió la campaña, pasando el rio Apurimac con el pensamiento de colocarse a la retaguardia de Sucre para cortarle la retirada a Lima.

Desde que Bolívar se habia retirado del campamento pa-

triota, Sucre temia ser atacado ántes de recibir los refuerzos que esperaba. Las tropas de su mando no alcanzaban a 6,000 hombres, número mui reducido si se le compara al efectivo del ejército realista; i apesar de su buena voluntad, el jeneral independiente no habia podido tomar con ellas la ofensiva sobre el enemigo ántes que Canterac i Valdes hubiesen efectuado su reunion. Los patriotas se vieron forzados a retirarse; peró La-Serna les ganó la delantera, dando un rodeo, i ocupó la ciudad de Huamanga (16 de noviembre). Durante algunos dias los dos ejércitos maniobraron con gran maestría en un terreno montañoso que ofrece las mayores dificultades para el movimiento de las tropas, asechándose mutuamente i empeñando algunos ataques de vanguardia, en que los independientes tuvieron la peor parte i perdieron casi toda su artilllería. Esas operaciones tenian por teatro el centro mismo de los majestuosos Andes, por senderos que tan pronto se elevan sobre la cima de montañas escabrosas i elevadas, como bajan a la profundidad de los valles. Sucre, en medio de las penalidades de aquella marcha, conservó su inalterable sangre fria; i aunque conocía perfectamente los grandes peligros de su situacion, teniendo que batirse con un ejército casi doble en número, buscaba solo el momento favorable para presentar al enemigo una batalla decisiva.

Al fin, el 8 de diciembre los dos ejércitos quedaron a la vista. Los españoles ocupaban las escabrosas alturas de Condorcunca, en el límite oriental de la llanura de Ayacucho. Al occidente de ésta i sobre unos lomajes, estaban acampados los patriotas. Todo aquel llano está rodeado por quebradas profundas o por barrancos peligrosos i de difícil paso, de manera que los vencidos no debian abrigar esperanza de salvacion en la retirada. La posicion ventajosa de los realistas, el mayor número de sus tropas, la confianza adquirida por ellos en las escaramusas de los dias anteriores, todo parecia anunciar la destruccion próxima del ejército patriota, al cual no quedaba otra espectativa que sostener una lucha desesperada.

Desde el amanecer del dia siguiente (9 de diciembre de 1824) los dos ejércitos cambiaron algunos tiros; pero la batalla no se empeñó hasta las nueve de la mañana. Los realistas bajaron con grande arrojo i resolucion, de las alturas que ocupaban; pero los patriotas los recibieron en la llanura con una entereza verdaderamente heroica, i los acometieron con un empuje irresistible ántes que los españoles hubiesen alcanzado a ordenar su línea. La primera division de éstos fué fácilmente destrozada por las fuerzas que mandaba el bizarro

jeneral colombiano don José María Córdova. Los realistas precipitaron entónces sus movimientos; pero Sucre hace redoblar el empuje de sus soldados, i las otras divisiones enemigas son igualmente batidas ántes de ordenarse en la llanura. El virei La-Serna se arroja con sus últimas tropas entre los combatientes, pero cae herido i prisionero. El combate se sostuvo todavía por el flanco de los patriotas: el jeneral don Jerónimo Valdes, haciendo un hábil rodeo con la division de su mando, fué a atacar a los independientes por su costado izquierdo, i detras de unos barrancos que hacian mui difícil una resistencia a la bayoneta. La division peruana, mandada por el jeneral La-Mar, que ocupaba aquel lado, vaciló un momento, i luego comenzó a ponerse en desórden; pero el jeneral Miller, poniéndose a la cabeza de la caballería patriota, trabó el combate en ese punto, pasó los barrancos con mucha valentía, i fué a dispersar la division de Valdes, quitándole sus cañones. A la una del dia, la batalla estaba terminada: los realistas habian perdido mas de 2,000 hombres entre muertos i heridos, i cerca de 3,000 prisioneros. El resto de sus tropas estaba en la dispersion mas espantosa, i no podia oponer una seria resistencia ni retirarse del teatro de su desastre.

La batalla de Ayacucho, como la de Carabobo en Colombia i la de Maipo en Chile, iba a decidir en definitiva de la suerte de la guerra en el Perú, último asilo de la dominacion española en el Nuevo-Mundo. Sucre se aprovechó de su triunfo proponiendo en el mismo dia a los vencidos una honrosa capitulacion, que éstos aceptaron casi sin vacilar. Los jefes realistas reconocieron la independencia del Perú, rindiendo sus armas i comprometiéndose a evacuar las fortalezas del Callao, i todo el territorio: el jeneral patriota, en cambio, les garantizó la vida i las propiedades, i se comprometió a enviarlos a Europa a espensas del gobierno independiente. Pocos dias despues, salieron del campo de Sucre diversos destacamentos para someter las provincias en que todavía se mantenian fuerzas españolas.

Rendicion del Callao; independencia del Perú.— La noticia de la batalla de Ayacucho voló por todo el Perú con maravillosa rapidez. En el primer momento, los militares realistas que quedaban en el Cuzco pensaron en mantener la resistencia i aun proclamaron virei al jeneral don Pio Tristan, en reemplazo de La-Serna que quedaba prisionero. Tristan comunicó su nombramiento a las autoridades del Alto-Perú, i desplegó grande actividad para reunir un nuevo

ejercito; pero la insurreccion asomaba por todas partes; i el pretendido virei se vió en la necesidad de acojerse a la salvaguardia concedida por el tratado de Ayacucho. Un cuerpo de la division de Miller ocupó la antigua capital del imperio de los incas (25 de diciembre) i estableció allí las autoridades patriotas.

En el Alto-Perú, el jeneral Olañeta no quiso obedecer la capitulacion de Ayacucho. Retiró, sin embargo, las tropas de su mando que ocupaban a Puno; pero encerrándose dentro de los límites de la antigua presidencia de Chárcas, que, como se sabe, habia formado parte del vireinato de la Plata, se dispuso a sostener en aquella rejion la autoridad del rei de España. En otras circunstancias, aquella resistencia habria podido entrañar los mas serios peligros: entónces, por el contrario, la revolucion, sofocada despues de innumerables combates, i a costa de millares de víctimas, renacia con un vigor irresistible. La Paz, Santa-Cruz i Cochabamba se pronunciaron de nuevo por la independencia, contando con el apoyo de las mismas tropas realistas. Olañeta se veia obligado a retirarse hácia el sur, para evitar todo encuentro con el ejército de Sucre, que invadia el Alto-Perú por el lado opuesto, i que llegó hasta Potosí (29 de marzo de 1825) sin encontrar ninguna resistencia. Olañeta, que se retiró de esta ciudad a la aproximacion de los patriotas, habia ido a acamparse al pequeño pueblo de Tumusla (diez i seis leguas al sur de Potosí). Un batallon que habia quedado enfrente de ese pueblo, i separado de él solo por el rio del mismo nombre, se sublevó proclamando la independencia; i como Olañeta saliese a someterlo, un soldado hizo fuego i le causó la muerte (2 de abril). Los otros jefes i oficiales de su ejército depusieron las armas, i pidieron a Sucre que los declarara comprendidos en la capitulacion de Ayacucho. La dominacion española habia llegado a su término en el Alto-Perú.

En el Callao, entre tanto, se prolongó la lucha mas largo tiempo. El coronel Rodil, que mandaba la guarnicion española de esa plaza, se negó a obedecer la capitulacion, i resistió con admirable constancia a los ataques combinados de una division colombiana i de la escuadra independiente. Durante trece meses de ataques diarios i de sufrimientos indescribibles, el hambre, el escorbuto i las fiebres arrebataron mas de 6,000 personas. En el Callao desaparecieron familias enteras que por los compromisos contraidos en la guerra, habian ido a buscar allí un asilo contra las persecuciones de los patriotas.

Torre-Tagle murió tambien en esa plaza, dejando su nombre empañado con la sospecha de haber traicionado la causa de la patria; i aunque el Libertador dió despues un decreto restableciendo su crédito, la posteridad no lo ha justificado francamente. Por fin, Rodil, comprendiendo que no recibiria recursos de ninguna parte, rindió las fortalezas por una capitulacion celebrada el 22 de enero de 1826. En esos mismos dias, los españoles, que todavia conservaban el archipiélago de Chiloé, lo entregaban por otra capitulacion, al gobierno de la República de Chile.

Libre de enemigos esteriores, el Perú pensó entónces en organizarse como nacion independiente. Bolivar continuaba ejerciendo el poder público sin resistencia ni contrapeso; pero la opinion del pais comenzó a ajitarse desde que la independencia fué un hecho consumado. El mismo Bolívar se vió obligado a ceder, i convocó un congreso que se reunió en Lima el 10 de febrero de 1825. Contra las esperanzas de los liberales, aquel cuerpo no hizo mas que prolongar la dictadura confiriendo al jefe supremo los títulos de Libertador i de Padre del Perú. Su gobierno fué al principio una serie no interrumpida de ovaciones, en que el entusiasmo i el agradecimiento de los pueblos tenian la principal parte; pero de allí se pasó a los actos de la mas servil adulacion, que acabó por ofuscar a Bolívar. Se decia que sin éste el Perú no podia subsistir independiente i tranquillo. Las conspiraciones, sin embargo, no tardaron en hacerse sentir en varias partes del territorio, i aunque fueron castigadas con excesivo rigor, el descontento no se acalló. El Libertador, llamado a Colombia por asuntos importantes, salió del Perú (3 de setiembre) en medio de las demostraciones de sentimiento preparadas por sus parciales; pero dejaba tras de sí los jérmenes encubiertos de una revolucion que debia hacerse sentir en breve. Inútil fué que el 9 de diciembre de 1826, segundo aniversario de la victoria de Ayacucho, se hiciese jurar una constitucion que conferia a Bolívar un poder vitalicio; porque esta declaracion no hizo mas que irritar los ánimos i preparar la revuelta. Una division colombiana que guarnecia a Lima, deseando apoyar un movimiento liberal que por entónces tenia lugar en Colombia, depuso el gobierno provisorio dejado por Bolívar (28 de enero de 1827); i a la sombra de esta revolucion, el Perú recobró el uso de sus libertades pronunciándose contra el gobierno vitalicio. Un congreso proclamó restablecida la constitucion liberal de 1823, i elevó al jeneral La-Mar a la presidencia de la República. El Perú, independiente de

la dominacion española, i libre de la tutela colombiana, entraba entónces apénas en el goce de su autonomía.

CREACION DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA.—La rejion conocida bajo la dominacion española con los nombres de presidencia de Chárcas o Alto-Perú, formaba parte del vireinato de la Plata, i habia sido desde 1809, como hemos visto, el teatro de constantes revoluciones, de una guerra atroz i de sangrientas represalias. Los insurjentes de Buenos-Aires, vencedores al principio en aquellas provincias, se habian visto al fin obligados a abandonarlas ante las huestes que contra ellos despachaba desde Lima el virei del Perú. Pero cuando los ejércitos españoles de este vireinato sucumbieron en Ayacucho, los habitantes de la antigua presidencia de Chárcas se levantaron de nuevo sin esperar el ausilio de las tropas vencedoras. Cuando Sucre pasó el rio Desaguadero para sostener a los patriotas del Alto-Perú, una gran porcion de este pais se habia pronunciado por la independencia, i estaba libre de enemigos. El jeneral español Olañeta, como hemos visto, se retiraba rápidamente hácia el sur, dejando tras de sí la revolucion próxima a estallar.

Este movimiento jeneral en aquellas provincias presentó desde el principio caractéres peculiares. El jeneral patriota don José Miguel Lanza, hermano de dos jóvenes que quince años ántes habian sido inmolados en castigo de su patriotismo, se habia apoderado de la importante ciudad de la Paz (25 de enero de 1825); i allí declaró solemnemente la independencia del Alto-Perú. Este era el sentimiento dominante en todos aquellos pueblos: se queria la independencia absoluta no solo de la España sino tambien de los dos antiguos vireinatos, convertidos ahora en repúblicas, el Perú i las Provincias Arjentinas, que se creian ambos con derecho a aquel territorio. El jeneral Sucre comprendió perfectamente esta tendencia de los espíritus; i por eso al entrar a la ciudad de la Paz (7 de febrero) declaró solemnemente que "su único objeto era redimir las provincias del Alto-Perú de la opresion española, dejándolas en posesion de sus derechos." Dos dias despues, el vencedor de Ayacucho dió un decreto por el que se convocaba una asamblea de diputados de los pueblos que decidieran, libremente de la suerte de aquel pais.

Reunióse esta asamblea en la ciudad de Chuquisaca el dia 24 de junio de 1825. El gobierno de Buenos-Aires, sintiéndose incapaz de sostener por la fuerza sus derechos al Alto-Perú, declaró de acuerdo con el congreso arjentino, que este pais quedaba en plena libertad para disponer de su suerte.

Bolívar, sin embargo, insistió que aquel territorio fuese de un modo u otro incorporado al Perú; pero la asamblea de Chuquisaca declaró solemnemente que el Alto-Perú se erijia en estado independiente de todas las naciones del antiguo i del nuevo-mundo (10 de agosto de 1825).

Pero el Libertador, ofuscado con la gloria de su nombre, no podia resignarse a no intervenir en los negocios del nuevo estado. Se dirijió a la Paz para estudiar por sí mismo la situacion. En todas partes fué recibido con las demostraciones de admiracion i de entusiasmo a que lo hacian acreedor sus grandes servicios; pero la asamblea insistió en su anterior declaracion, si bien por deferencia a Bolívar le dió el título de Libertador i lo nombró presidente de la República miéntras permaneciese dentro de su territorio. Por declaracion de la asamblea, el nuevo estado debia tomar el nombre de *República de Bolívar*, que ha sido convertido despues en el de Bolivia. El Libertador aceptó como un hecho consumado la independencia de las provincias que bajo la dominacion española habian formado la antigua presidencia de Chárcas.

La nueva república pensó desde luego en darse una organizacion política. Un congreso constituyente reunido el 25 de mayo de 1826 en la ciudad de Chuquisaca, que desde entónces tomó el nombre de Sucre, acometió la empresa de reformar la administracion pública creando instituciones que estuviesen en armonía con la forma republicana. Despues de largas discusiones i de decretar muchas reformas parciales, el congreso sancionó con lijeras modificaciones un proyecto de constitucion elaborado por Bolívar, que establecia una presidencia vitalicia. Era el mismo código que el Libertador queria imponer a Colombia i al Perú, i que en ambos paises suscitó violentas revoluciones. En Bolivia, sin embargo, la constitucion fué aceptada sin dificultad; i en conformidad a ella, el vencedor de Ayacucho fué elejido presidente. El jeneral Sucre se resistia a aceptar el alto cargo que se le confiaba; pero instado por Bolívar, tomó al fin las riendas del gobierno.

Jamas mandatario alguno infundió mas confianza al subir al poder. Sucre, hombre ilustrado, jeneroso, activo i entusiasta hizo en el mando cuanto le fué dable por la prosperidad i por el progreso del pais que se habia entregado en sus manos, pero la decadencia del prestijio de Bolívar vino a perjudicarlo en sus planes. La política del Libertador comenzaba a despertar en todas partes las mas serias resistencias; i en Bolivia como en el Perú se creia que Sucre no era mas que el instrumen

to de esa política. Las tropas de Colombia, que habian acompañado a aquellos dos jenerales en su camino de triunfos i de glorias, fueron las primeras en alzar el grito de insurreccion. Sucre pudo sofocar los primeros síntomas de rebelion; pero al fin fué impotente para dominarla. Al amanecer del 18 de abril de 1828, estalló en Chuquisaca un motin militar que parecia tener grandes ramificaciones en el ejército. Sucre fué herido i hecho prisionero; i aunque el pueblo boliviano manifestó en esos momentos que reconocia los grandes servicios de ese jeneral, convino en su separacion de la presidencia i en la supresion del réjimen creado por la constitucion de Bolívar. Entónces comenzó para aquel pais una larga serie de revoluciones i de guerras civiles de que no se ha visto libre sino por intervalos (2).

CAPÍTULO XV.

Revolucion e independencia de la República Oriental del Uruguay.

Artígas; revueltas en la Banda Oriental del Uruguay.—La ocupan los portugueses.—Inútiles reclamaciones del gobierno arjentino; afianzamiento de la dominacion portuguesa.—Treinta i tres emigrados uruguayos invaden la Banda Oriental.—Guerra entre la Republica Arjentina i el Brasil; batalla de Ituzaingó.—Tratado de paz; reconocimiento de la independencia de la República Oriental del Uruguay.

(1814—1828).

ARTIGAS; REVUELTAS EN LA BANDA ORIENTAL DEL URUGUAY.—La revolucion de la República Oriental del Uruguay

(2) Las autoridades que he consultado para formar estos dos últimos capítulos son las *Memorias del jeneral Miller* que contienen una reseña interesante i animada de la guerra de la independencia del Peru, las *Memorias para servir a la historia de las armas reales en el Perú* por el jeneral español García Camba, las *Memorias* de lord Cochrane i muchos otros documentos de ménos estension, como una *Esposicion* de Riva-Agüero sobre su gobierno, que fué publicada en Lóndres en 1824. He tenido tambien a la vista dos compendios de historia del Perú escritos en Lima para la enseñanza en los colejios; pero en jeneral no me han sido de gran ausilio, i he preferido las autoridades ántes citadas i los documentos.

Los lectores que deseen adquirir mas latas noticias acerca de la formacion de la República de Bolivia pueden consultar el *Ensayo sobre la historia de Bolivia* por don Manuel José Cortes (Sucre 1861, un vol. en 8.°) i los *Apuntes para la historia de la revolucion del Alto-Perú, hoi Bolivia*, escritos por un testigo i actor en aquellos sucesos, don Manuel Maria Urcullu, i publicados sin nombre de autor en Sucre en 1855.

se diferencia mucho de la guerra que tuvieron que sostener las otras colonias españolas para alcanzar su independencia. El territorio que hoi forma aquella República, conocido indiferentemente con el nombre de Uruguay o de Banda Oriental del Uruguay, era solo una provincia del vireinato de la Plata, sometida por tanto al gobierno que residia en Buenos-Aires, i sus habitantes eran denominados alternativamente orientales o uruguayos. En los primeros tiempos de la revolucion arjentina, la provincia del Uruguay, como hemos visto en otra parte (1), fué el centro del poder de los realistas; pero desde 1811 la guerra prendió en aquel mismo territorio fomentada i dirijida por el gobierno rebelde de Buenos-Aires. Despues de cuatro años de lucha, los españoles fueron arrojados de la Banda Oriental, i ésta fué incorporada al territorio de las provincias arjentinas. Entónces, desgraciadamente, las discordias intestinas i la guerra civil atrajeron al Uruguay a los portugueses que dominaban el Brasil, i a los cuales fué necesario arrojar despues de una costosa guerra, que dió al fin por resultado el nacimiento de una nueva República.

Desde los primeros tiempos de la guerra que los arjentinos tuvieron que sostener para espulsar a los españoles de la Banda Oriental, se hicieron sentir en esta provincia violentos síntomas de independencia, no solo contra las autoridades españolas, sino tambien contra los revolucionarios arjentinos. Don José Artígas, militar uruguayo que desde 1811 hacia la guerra a los realistas bajo el mando de los jenerales de Buenos Aires, fué el principal instrumento sino el primer promotor de esta rebelion. En diciembre de 1813, miéntras el jeneral Rondeau a la cabeza de un ejército arjentino sitiaba a los españoles que defendian a Montevideo, una asamblea de orientales, reunida en el mismo campamento de los patriotas, declaró que el Uruguay formaba parte de la República Arjentina, pero solo como provincia confederada. Como el gobierno nacional establecido en Buenos-Aires no aceptase esta declaracion, Artígas se retiró repentinamente con sus tropas dejando descubierta una parte de la línea sitiadora, arrebató sus caballadas al ejército de Rondeau, i se pronunció en abierta rebelion proclamando la independencia absoluta del Uruguay.

Este fué el principio de una sèrie de revueltas que distrajeron la atencion i los recursos del gobierno casi tanto como

---

(1) Cap. VIII, páj. 261 i siguientes de este tomo.

la misma guerra que era necesario sostener con los españoles. El director supremo don Jervasio A. Posadas, que gobernaba en Buenos-Aires, puso precio a la cabeza de Artígas (11 de febrero de 1813), i declaró resueltamente la guerra a las bandas indisciplinadas del audaz montonero; pero en realidad nada pudo hacer para conjurar el peligro. Artígas, caudillo ignorante i feroz, revolucionario por espíritu de pillaje i de insubordinacion mas que por principios fijos, ejecutó mil correrías en toda la Banda Oriental i se manifestó dispuesto a unirse a los españoles, miéntras éstos conservaron su dominacion en Montevideo. Desde que esta plaza cayó en poder de los patriotas (junio de 1814) i desde que las tropas arjentinas persiguieron sus bandas, Artígas finjió someterse a las autoridades de Buenos-Aires a condicion de que se le diese el cargo de comandante de las milicias de la campaña.

Pero Artígas no queria la paz. Aprovechándose de la autoridad que le daba el nuevo cargo, sublevó otra vez la Banda Oriental, derrotó en diversas ocasiones las fuerzas arjentinas que marcharon contra él, cometió las mas inauditas depredaciones en todas partes, i pasó varias veces el caudaloso rio Uruguay proclamando la federacion en la vecina provincia de Entre-Rios. La insurreccion cundió fácilmente en otras partes; i la anarquía se enseñoreó de una porcion considerable de la República Arjentina. Artígas i sus montoneros dominaban en Montevideo i en toda la Banda Oriental, ejerciendo en ella su accion destructora i el mas rudo i salvaje despotismo. Allí no habia un gobierno regular, un mandatario con quien tratar, una persona caracterizada con quien contar. Las negociaciones pacíficas, entabladas muchas veces por el gobierno de Buenos-Aires, eran desatendidas apenas iniciadas, o rotas con una ultrajante insolencia. Bajo la dominacion provocadora de los montoneros, los orientales eran enemigos de Buenos-Aires como de la España, i no conocian otra lei que la voluntad i el capricho de Artígas.

Los portugueses ocupan la Banda Oriental.—Este estado de cosas despertó la antigua ambicion de la corte de Portugal, que entónces residia en el Brasil. Desde fines del siglo XVII, como hemos visto en otra parte (2), el gobierno portugues se habia preocupado con el pensamiento de dilatar sus posesiones americanas hasta la márjen boreal del Plata; incorporando a sus dominios todo el territorio que forma la

(2) Véase la parte III, cap. IV, páj. 69 de este *Compendio*.

Banda Oriental del Uruguay. Burlado en sus pretensiones por la España, que estaba resuelta a conservar la integridad de sus posesiones en el nuevo-mundo, el Portugal habia pensado en llevar a cabo sus planes de conquista cuando la revolucion asomó en el vireinato de la Plata. En 1811 una division portuguesa, mandada por el jeneral don Diego de Souza, salió del Brasil con el pretesto de pacificar el territorio uruguayo, pero con el verdadero designio de conquistarlo militarmente. El gobierno arjentino se vió por entónces en la necesidad de capitular con los portugueses, abandonando todo el territorio uruguayo en manos de los españoles.

No faltaron al gobierno portugues pretestos para meditar nuevas empresas. Una lei dictada en Buenos-Aires (4 de febrero de 1813) por la cual se declaraban libres todos los esclavos estranjeros que entrasen al territorio arjentino, habia provocado quejas i amenazas de la corte del Janeiro, que veia en esa declaracion un estímulo para la fuga de los esclavos empleados en la industria brasilera. Mas tarde se dijo que Artígas habia pasado la frontera i enviado emisarios al Brasil para sublevarlo en favor de las ideas republicanas. Algunos personajes caracterizados de Montevideo, que llegaban a Rio Janeiro huyendo del despotismo de Artígas, representaron a la corte portuguesa las grandes ventajas de emprender una espedicion al Uruguay, no solo para salvar las fronteras de las contínuas invasiones de los guerrilleros, sino para conquistar en favor de la causa de la civilizacion el territorio destrozado por las bárbaras i atroces persecusiones de Artígas.

Don Juan VI, rejente de Portugal, establecido, como hemos dicho, en Rio Janeiro, se dejó arrastrar a esta empresa, persuadido de que acometia una conquista fácil i rápida. Declaró a la España que no pensaba en posesionarse definitivamente del territorio uruguayo, sino en contener a los insurjentes que lo asolaban i que amenazaban las fronteras del Brasil. Al mismo tiempo, hizo traer de Portugal un ejército de 4,800 hombres aguerridos en la campaña de la península contra los franceses, bajo el mando de Cárlos Federico Lecor, despues baron i vizconde de la Laguna, jeneral portugues recomendable por su talento i por su entereza. Estas tropas llegaron a Rio Janeiro el 30 de marzo de 1816. Dos meses despues, el 12 de junio, partieron para Santa Catalina considerablemente reforzadas i ausiliadas por algunas naves de guerra. El gobernador de Rio Grande, provincia meridional del Brasil, recibió órden de hacer marchar

todas las tropas disponibles sobre el territorio uruguayo; i en efecto, una division de 2,000 soldados, a las órdenes del jeneral portugues Curado, abrió la campaña en las riberas del rio Uruguay. El ejército invasor alcanzaba a cerca de 10,000 hombres i poseia un núcleo considerable de tropas aguerridas.

¿Con qué recursos contaba la revolucion arjentina para rechazar esta invasion? Gobernaba entónces en Buenos-Aires el director supremo don Juan Martin Puirredon, hombre intelijente i enérjico que por un momento creyó poder conjurar aquella tempestad. Despachó emisarios a la Banda Oriental para llamar a su deber al caudillo Artígas a fin de rechazar con él a los invasores, i para representar al jeneral portugues la violacion de los tratados anteriores, e inducirlo a desistir de toda empresa militar contra una provincia que formaba parte del territorio arjentino. Los esfuerzos de Puirredon fueron completamente ineficaces: Artígas recibió con desconfianza las proposiciones que se le hacian manifestándose, sin embargo, dispuesto a combatir contra los portugueses: Lecor declaró que no tenia nada que ver con el gobierno arjentino tratándose de una provincia que se habia separado voluntariamente de Buenos-Aires. Las fuerzas portuguesas penetraron resueltamente en el territorio oriental venciendo fácilmente la resistencia heroica pero desesperada que les opusieron las guerrillas de Artígas. La division principal, mandada por el jeneral Lecor, que marchaba por el lado del mar, derrotó completamente en el sitio llamado India Muerta (19 de noviembre 1816) las fuerzas que mandaba don Fructuoso Rivera, segundo de Artígas. Éste mismo fué dispersado en el estero Catalan, cerca del rio Uruguay, por la division del jeneral Curado (4 de enero de 1817). El camino de Montevideo quedó desde entónces libre i espedito, puesto que las guerrillas patriotas que trataban de hostilizar a los invasores eran impotentes para embarazar su marcha. El 20 de enero de 1817, Lecor entró en aquella ciudad conducido en triunfo por el cabildo i por una parte respetable del vecindario. Tres años de desquicio i de violencias, de depredaciones i de atrocidades habian puesto a una gran parte de los patriotas orientales en la dura necesidad de aceptar como un beneficio la dominacion portuguesa para libertarse de la dura opresion ejercida por Artígas.

La ocupacion de la Banda Oriental por los portugueses pareció consumada. El cabildo de Montevideo acordó en una sesion secreta enviar cerca de don Juan VI, proclamado ya

rei de Portugal i del Brasil, una diputacion que le ofreciese la incorporacion efectiva del Uruguay a sus dominios. El monarca portugues, sin embargo, no se atrevió a aceptar francamente la cesion que se le hacia, porque la España que creia conservar aun sus derechos sobre aquel territorio, lo reclamaba tenazmente por la via diplomática, ya que no le era posible disputarlo con las armas en la mano. En la misma provincia del Uruguay, los portugueses tuvieron todavía que sostener la guerra contra las bandas del inflexible Artígas. Los montoneros, vencedores en unas ocasiones, vencidos en otras, fueron al fin definitivamente derrotados en Tacuarembó (22 de enero de 1820) por el conde de Figueroa, gobernador portugues de la provincia de Rio Grande. Esta batalla acabó con los recursos i con las esperanzas de los montoneros. Artígas, abandonado por los suyos, se vió obligado a buscar un asilo en el Paraguay, donde el doctor Francia, que gobernaba ese pais, lo retuvo confinado en el interior durante mas de veinte años. Don Fructuoso Rivera, el segundo de Artígas, viendo perdida la causa de éste, se entregó a los portugueses a condicion de que se le conservara en el mando de un rejimiento de caballería compuesto solo de orientales. Lecor aceptó esta i otras proposiciones semejantes para asentar la dominacion portuguesa en el Uruguay bajo las bases de suavidad i de la templanza.

INÚTILES RECLAMACIONES DEL GOBIERNO ARJENTINO; AFIANZAMIENTO DE LA DOMINACION PORTUGUESA.—El gobierno de Buenos-Aires tuvo que aceptar la ocupacion de la Banda Oriental por los portugueses como un mal inevitable. Durante la guerra que Artígas sostuvo contra los invasores, el director Puirredon entró en negociaciones con los montoneros orientales ofreciéndoles los ausilios que podia prestarles; pero desgraciadamente luego se convenció de que Artígas i los suyos no se someterian nunca a ningun gobierno regular; i la revolucion arjentina no se hallaba entónces en situacion de entrar a la vez en campaña contra Artígas i contra los portugueses. El desquisiamiento del órden interior en las provincias, producido por los caudillos groseros i ambiciosos que habian lanzado el grito de federacion, tenia de tal modo embarazada la accion i el poder de la República Arjentina, que durante algunos años los diversos gobiernos que se sucedieron en Buenos-Aires se limitaron a protestar contra la dominacion de los portugueses en la antigua provincia del Uruguay.

Don Juan VI, como hemos dicho mas arriba, no se habia

atrevido por consideraciones a la España, a declarar francamente la incorporacion de la Banda Oriental a sus dilatados dominios. La conquista de ese territorio era denominada solo ocupacion; pero en realidad la corte portuguesa trataba de asentar su dominacion en las márjenes del Plata, i todas sus medidas, dictadas con bastante sagacidad, iban dirijidas a este importante objeto. Por fin, en 1820 estalló en España una formidable revolucion que puso el trono de los Borbones al borde de un abismo. El rei de Portugal creyó llegado el momento de abandonar todo disimulo. Por encargo suyo se reunió en Montevideo una asamblea de diputados orientales que debia dar a este pais una organizacion política. Despues de algunas discusiones públicas, en que tomaron parte muchos hombres importantes de la Banda Oriental que mas tarde se hicieron famosos en la lucha de la independencia, la asamblea acordó en julio de 1821, ofrecer al rei don Juan a nombre del pueblo uruguayo, la incorporacion de este territorio al reino unido de Portugal i Brasil bajo la condicion de que se le considerara como una de las provincias de la monarquía. El rei aceptó esta delaracion; i la Banda Oriental fué incorporada al Brasil con el nombre de provincia Cisplatina.

El año siguiente (1822), el Brasil se separó de la monarquía portuguesa i pasó a formar un imperio independiente. La provincia del Uruguay se hallaba entónces ocupada por un ejército de 4,000 portugueses mandados no ya por Lecor, que habia sido separado poco ántes, sino por el jeneral don Alvaro da Costa, en cuya fidelidad tenia plena confianza el rei don Juan. Da Costa, en efecto, desconoció el nuevo gobierno i dispuso que sus tropas negasen la obediencia al titulado emperador del Brasil. La poblacion oriental, por el contrario, aceptó la proclamacion del imperio, prestándole solemne reconocimiento, i mas tarde envió sus diputados al congreso jeneral reunido en el Janeiro. Da Costa se vió obligado a encerrarse en Montevideo; despues de un sitio de diez i siete meses sostenido contra las tropas brasileras que mandaba el mismo jeneral Lecor, declarado ahora en favor de la independencia, se embarcó para el Portugal, convencido de que la metrópoli era impotente contra una revolucion definitivamente consumada.

El gobierno de Buenos-Aires creyó por un momento que la creacion del nuevo imperio seria una circunstancia favorable para reincorporar al territorio arjentino la provincia del Uruguay. Apesar de todos sus esfuerzos, vió consumarse la

anexion de la Banda Oriental como un hecho que no le era dado impedir; pero protestó contra él en términos llenos de altivez i de resolucion. En una nota dirijida al gabinete imperial por el ministro arjentino en Rio Janeiro se encuentran estas palabras que revelan en cuánto se estimaba en Buenos-Aires la posesion de esta provincia. "Las provincias del Plata no pueden sustraerse a la necesidad de sostener su honor i su dignidad; i no consultando mas que su independencia i sus otros intereses nacionales, espondrán, si esto es necesario, hasta su propia existencia para obtener la reincorporacion de una plaza que es la llave del inmenso rio que baña sus costas, abre los canales de su comercio i facilita la comunicacion entre una multitud de puntos sometidos a su dependencia." La corte de Rio Janeiro contestó a estas reclamaciones con el altanero desprecio de quien tiene fé en la inmensa superioridad de sus recursos.

Treinta i tres emigrados uruguayos invaden la Banda Oriental.—Los actos de adhesion al imperio brasilero de parte de la poblacion oriental, no eran en manera alguna espontáneos. Un descontento profundo pero disimulado jerminaba en todas partes, i aun se dejó traslucir por algunos proyectos de conspiracion prevenidos en tiempo. La dominacion brasilera no era cruel ni rigorosa; pero la maza del pueblo oriental, ligada por la identidad de lengua i de raza i hasta por las relaciones de familia con la poblacion de Buenos-Aires, deseaba su incorporacion a la República Arjentina, que en esa misma época hacia grandes progresos políticos i materiales bajo la influencia decisiva del ilustrado ministro don Bernardino Rivadavia.

En Buenos-Aires residian como emigrados muchos militares i ciudadanos orientales que no habian querido someterse a la dominacion brasilera. Uno de ellos, el coronel don Juan Antonio Lavalleja, preparó una empresa que podia considerarse descabellada, i que sin embargo fué ejecutada con toda resolucion i con gran fortuna. De acuerdo con treinta i dos de sus compatriotas, reunió algunas armas, i embarcándose secretamente, atravesó el rio de la Plata i desembarcó en el puerto de las Vacas, en la Banda Oriental (19 de abril de 1825), dispuesto a hacer la guerra a los dominadores de su patria. Un pequeño triunfo alcanzado el dia siguiente sobre un destacamento brasilero, dió nuevo crédito a su causa i engrosó sus filas con nuevos voluntarios. El comandante Rivera, que servia en el ejército brasilero desde 1820, abandonó sus filas i engrosó las fuerzas de la insurreccion, poniendo al

servicio de ésta toda la influencia de que gozaba en la campaña. Antes de dos meses toda la Banda Oriental estaba sobre las armas. Los brasileros, batidos en muchos encuentros parciales por Rivera i Lavalleja, se vieron obligados a encerrarse en Montevideo i la Colonia, a donde fueron a hostilizarlos los insurjentes.

Miéntras tanto, la pequeña villa de la Florida fué declarada capital provisoria del estado, i allí se organizó un gobierno presidido por don Manuel Caballero, vecino respetable del Uruguay, con el encargo de dar unidad a los elementos de que podia disponer la revolucion (14 de junio). Uno de sus primeros actos fué reconocer la autoridad del congreso soberano de la República Arjentina i enviar a él dos diputados representantes de la Banda Oriental. Ese mismo gobierno provisorio reunió en la Florida la primera asamblea provincial; i allí fué proclamada la independencia de todo el Uruguay, i declarados nulos i sin ningun valor todos los actos de incorporacion al Portugal o al Brasil.

Esta solemne declaracion fué sancionada pocos dias despues por una espléndida victoria. Lavalleja habia alcanzado a reunir una division de 2,000 hombres bien armados; i ocupaba con ellos el lugar de Sarandí. El jeneral brasilero Bento Manuel Ribeiro, que se habia ilustrado en la invasion de la Banda Oriental, osó atacarlo en aquel sitio; pero fué completamente derrotado (12 de octubre de 1825). Los brasileros se retiraron del campo de batalla en entera dispersion, dejando en poder de los patriotas cerca de doscientos prisioneros. La superioridad de las armas de Lavalleja quedó establecida desde entónces en todo el Uruguay; i el prestijio de su causa ganó nuevos i mas poderosos ausiliares.

El gobierno arjentino declara la guerra al Brasil; batalla de Ituzaingó.—El gobierno arjentino habia prestado hasta entónces una cooperacion indirecta, por decirlo así, a los patriotas de la Banda Oriental. Habia favorecido los esfuerzos de los particulares para suministrar armas i dinero a los insurjentes, pero no se habia atrevido a declarar francamente la guerra al Brasil. Por fin, el 4 de noviembre (1825), el ministro arjentino don Manuel José García dirijió a la corte del Janeiro una nota que importaba una declaracion solemne de quedar abiertas las hostilidades. Anunciábale que el congreso de Buenos-Aires reconocia incorporada a la República Arjentina la provincia del Uruguay, i que por tanto aquel gobierno estaba comprometido a mantener la seguridad i defensa de este territorio. El emperador del Brasil

aceptó la guerra, i comenzó desde luego a hacer los aprestos necesarios. Una division naval mandada por el vice-almirante brasilero Rodrigo Lobo fué a bloquear el Rio de la Plata.

El gobierno arjentino, entre tanto, no descuidó los aprestos militares. Rivadavia, elevado al mando supremo de la República (7 de febrero de 1826), imprimió a la direccion de la guerra el mismo vigor con que habia ejecutado las grandes reformas políticas. Organizó una escuadrilla de naves pequeñas que puso bajo el mando del almirante Brown, el mismo que en 1814 habia batido completamente la escuadra española; i levantó un ejército de cerca de 6,000 hombres en que figuraban muchos jefes i oficiales de las grandes guerras de la independencia, bajo las órdenes de don Cárlos María de Alvear, el jeneral que en aquella misma epoca obligó a los españoles a entregar la plaza de Montevideo. Armáronse numerosos corsarios que fueron a hostilizar el comercio de los brasileros burlando con tanta audacia como habilidad las persecuciones de las naves enemigas.

Las primeras operaciones de esta campaña fueron completamente felices para los arjentinos. En tierra i en mar, batieron las fuerzas brasileras; pero no alcanzaron ventajas positivas que hicieran preveer el fin de la guerra. Por el contrario, el emperador del Brasil reforzó su ejército elevándolo hasta cerca de 6,000 hombres; i separando al jeneral Lecor, a quien se acusaba de faltas de actividad i de acierto, puso al frente de sus tropas al marques de Barbacena. Lleno de arrogancia, el nuevo jeneral anunció en una proclama al tomar el mando del ejército, que en pocos dias mas el pabellon brasilero tremolaria en Buenos-Aires.

Apesar de esta arrogancia, las operaciones de la guerra no tomaron un jiro mas favorable para los brasileros. Una espedicion de 650 hombres enviada contra el fuerte de Patagones, situado al sur de la costa de la provincia de Buenos-Aires, bajo el mando del capitan Shepperd, cayó casi toda en poder de los arjentinos. Este jefe murió en el primer encuentro; i las tropas que desembarcaron, cortadas por un incendio intencional de las yerbas de la pampa, tuvo que rendirse a discrecion. Una division entera de la escuadra brasilera, que habia remontado las aguas del rio Uruguay, fué atacada con grande ímpetu por el almirante Brown i destruida completamente. Apénas salvaron los brasileros tres naves: Brown les tomó once i les quemó cinco, estableciendo desde entónces su superioridad sobre la marina imperial. En tierra, no fueron mas felices los brasileros: i despues de una serie de mar-

chas i contramarchas casi sin objeto, Alvear atacó al ejército del marques de Barbacena cerca del arroyo de Ituzaingó i lo puso en una espantosa derrota (20 de febrero de 1827).

TRATADO DE PAZ; RECONOCIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.—La guerra duraba solo dos años, i en ella los arjentinos habian nido de ordinario el triunfo; pero los recursos de la República estaban casi completamente agotados. El Brasil no se hallaba en mejor situacion; de manera que por ambas partes se deseaba la paz. Don Manuel José García, el mismo que en su carácter de ministro del gobierno arjentino hizo la declaracion de guerra en 1825, se presentó en mayo de 1827 en Rio Janeiro para celebrar la paz bajo la influencia de la legacion inglesa. En efecto, celebróse una convencion por la cual la República Arjentina renunciaba a todos sus derechos sobre la Banda Oriental; i el Brasil se comprometia a considerar ese territorio como una provincia del imperio i a dispensarle igual o mayor proteccion que a las otras que estaban bajo la dependencia del emperador del Brasil. Una convencion de esta naturaleza, celebrada despues de los repetidos triunfos del ejército arjentino, fué desaprobada por todo el pueblo de Buenos-Aires i rechazada enérjicamento por el gobierno.

La guerra debia encenderse de nuevo. El emperador del Brasil dispuso que se hicieran grandes aprestos militares que no alcanzaron a prepararse. El jeneral marques de Barbacena fué separado del mando del ejército; i el jeneral Lecor fué llamado de nuevo al servicio para reemplazarlo. Despacháronse comisionados a Europa para enganchar soldados voluntarios en Irlanda. Miéntras tanto, las operaciones militares marchaban lentamente, pero en ellas, como de ordinario, los brasileros obtuvieron la peor parte. Una division de orientales mandada por el jeneral Rivera ocupó las Misiones del Uruguay (21 de abril de 1828) que hasta entónces estaban en poder del Brasil. Los voluntarios reunidos en Irlanda se sublevaron en Rio Janeiro (junio de 1828) i obligaron al gobierno brasilero a embarcarlos de nuevo para Europa.

Los ajentes diplomáticos de la Gran-Bretaña, que veian en esta guerra comprometidos los intereses comerciales de sus súbditos, se aprovecharon de esta situacion para jestionar de nuevo en favor de la paz. El emperador, que se veia acosado de reclamaciones diplomáticas por las presas tomadas a negociantes estranjeros durante la guerra naval, previendo nuevas dificultades, i convencido sobre todo de la ineficacia de

sus recursos, recibió de nuevo a los comisarios de Buenos-Aires, que pasaban a Rio Janeiro a proponer la paz bajo la mediacion del gabinete ingles.

No fué difícil arribar a un avenimiento. El 28 de agosto de 1828, se concluyó en Rio Janeiro un tratado de paz i de amistad, que fué ratificado mes i medio despues en Montevideo (4 de octubre). Rivadavia habia dejado ya el mando supremo: su sucesor, el coronel don Manuel Dorrego fué el que firmó ese tratado i puso término a una guerra gloriosa, es verdad, pero que habia agotado los recursos de la República Arjentina.

El tratado no satisfacia en realidad las exijencias de ninguno de los belijerantes. Ni el Brasil ni la República Arjentina ensancharon los límites de sus territorios respectivos. Las dos partes contratantes reconocieron la independencia de la Banda Oriental, i se comprometieron a prestarle su ausilio en el caso en que la guerra civil viniese a turbar la tranquilidad o la integridad de la nueva República, ántes que estuviese definitivamente constituida o en los primeros cinco años que se siguiesen a la proclamacion de la constitucion. Esa constitucion que seria elaborada por los representantes del pais, debia ser sometida a los comisarios brasileros i arjentinos.

Así nació la pequeña República del Uruguay. Sometida por ese tratado a la influencia del Brasil i de la República Arjentina, i mas todavía, por su debilidad respecto de dos naciones vecinas mucho mas poderosas, la República Oriental ha vivido envuelta en guerras civiles i en complicaciones esteriores desarrollando lentamente los jérmenes de su riqueza (3).

(3) Para la formacion de este capítulo, he tenido a la vista, entre otras fuentes, una interesante *Coleccion de memorias i documentos para la historia i la jeografía de los pueblos del Rio de la Plata*, publicada en Montevideo (1849) por don Andrés Lamas, en la cual se encuentra una memoria sobre los sucesos de la guerra de la independencia escrita por el jeneral don Fructuoso Rivera. He consultado igualmente la *Historia arjentina* de Dominguez, que solo alcanza hasta 1820, i las historias del Brasil de Varnhagen i de Abreu i Lima, la primera de las cuales refiere solo, aunque con muchos pormenores, la invasion portuguesa en el Rio de la Plata.

No conozco ni creo que exista publicada ninguna historia completa de la República Oriental del Uruguay. Un español establecido en Montevideo, llamado don José Manuel de la Sota, compuso en años atras una obra mui voluminosa sobre esta materia, de la cual solo publicó cuatro entregas que comprenden la historia de la conquista de los paises vecinos del Rio de la Plata. El resto de su obra, que debe ser lo mas interesante de ella, permanece todavía inedito. El mismo autor formó un rápido sumario que existe manuscrito, i del cual poseo una copia que me ha sido de alguna utilidad en la formacion de este capítulo.

CAPITULO XVI.

Revolucion e independencia del Paraguay.

El Paraguay se resiste a tomar parte en la revolucion arjentina.—Revolucion del Paraguay; el doctor Francia.—El Paraguay se segrega de las provincias arjentinas.—Administracion del doctor Francia.

(1810—1824)

El Paraguay se resiste a tomar parte en la revolucion arjentina.—Entre las provincias que formaban el estenso vireinato de la Plata habia una cuya poblacion se diferenciaba esencialmente de los indios agricultores i mineros que poblaban el Alto-Perú i de los gauchos que cuidaban los ganados de la pampa en las provincias mas inmediatas a la capital. El Paraguay, primer asiento de la colonizacion española en aquellas rejiones, alejado del océano i de los puertos del Rio de la Plata donde desembarcaban los europeos, no habia esperimentado la influencia del comercio, que durante los últimos años del coloniaje imprimió una virilidad tan poderosa a Buenos-Aires. En los primeros tiempos de la conquista, los españoles habian querido hacer de aquella provincia un paso para llegar al Perú desde las costas del Atlántico; pero convencidos luego de las inmensas dificultades de ese camino, buscaron otro por el Tucuman, i desde entónces el Paraguay vivió en medio del mas completo aislamiento.

Sin embargo, la suavidad del clima, la abundancia de los medios de subsistencia i la facilidad de proporcionárselos habian aumentado rápidamente su poblacion. Esta poblacion formada de una mezcla de españoles i de indios guaranies, oprimida por el sistema de las misiones, tan opuesto a la independencia i a la vitalidad moral del individuo, habia perdido completamente la enerjía que caracterizaba los primeros colonos. Por su mansedumbre, por su sumision, por su ignorancia en todo lo concerniente a sus intereses morales, los paraguayos formaban el pueblo ménos preparado para gozar de los beneficios de la independencia.

En 1810 gobernaba el Paraguay el coronel don Bernardo Velasco, militar intelijente cuyo buen carácter atenuaba en gran parte los abusos inveterados en la administracion de la provincia. El pueblo vivia tranquilo bajo una administracion

que no se hacia sentir por el rigor ni por la aspereza de los predecesores de Velazco. Cuando llegó allí un emisario de la junta de Buenos-Aires, anunciando la deposicion del virei i la revolucion del 25 de mayo, el pueblo supo con indiferencia estas ocurrencias, i las autoridades se negaron a reconocer el nuevo gobierno instalado en la capital del vireinato.

La junta de Buenos-Aires resolvió entónces hacerse reconocer por la fuerza. En octubre de 1810, puso sobre las armas una division de 500 hombres, i colocándola bajo el mando de don Manuel Belgrano, la hizo marchar hácia el Paraguay. En el camino, estas tropas se incrementaron con algunas milicias provinciales, de manera que cuando Belgrano atravesó el rio Paraná i pisó el territorio paraguayo (18 de diciembre), su ejército se componia de poco mas de 800 hombres.

El gobernador Velazco estaba resuelto a resistir la invasion. Confiando en la superioridad de sus recursos militares, desoyó las proposiciones pacíficas i conciliadoras del jefe arjentino. Puso sobre las armas cerca de 7,000 milicianos i los reconcentró en un antiguo convento de jesuitas, en Paraguarí, diez i ocho leguas al sur de la Asuncion, capital de la provincia. Belgrano, miéntras tanto, empleó cerca de un mes en atravesar una vasta estension del territorio paraguayo cubierta de bosques i de pantanos, sin encontrar un solo hombre con quien combatir o de quien recojer noticias. Velazco habia ordenado que todos los habitantes se retirasen a la aproximacion del ejército invasor i que destruyesen lo que no pudieran llevar consigo.

Por fin, a mediados de enero, Belgrano se encontró enfrente de las líneas enemigas. Su ejército estaba reducido a 600 hombres: el resto habia quedado a orillas del Paraná para favorecer la retirada. El jefe patriota, sin embargo, no vaciló en empeñar la batalla. El 18 de enero al amanecer, sus columnas cayeron con la impetuosidad del rayo sobre el centro de la línea paraguaya, la hicieron vacilar i, por último, la pusieron en vergonzosa dispersion. Desgraciadamente, el desórden se introdujo tambien entre los vencedores, que en vez de perseguir al enemigo, se entretuvieron en ocupar el convento de Paraguarí. Los fujitivos, reunidos por sus oficiales i apoyados por las dos alas del ejército paraguayo, que habian quedado intactas, volvieron a la carga, hicieron numerosos prisioneros i obligaron a Belgrano a retirarse al sur.

El jefe patriota, sin ser sériamente inquietado, se retiró

hasta Tacuarí, a orillas del rio Paraná, donce se estableció esperando nuevos ausilios de tropas, que le habia prometido el gobierno de Buenos-Aires. En ese sitio, Belgrano fué nuevamente atacado por el ejército enemigo. Un oficial paraguayo, apellidado Cabañas, a la cabeza del ejército reunido por el gobernador Velazco, envistió allí a los patriotas con fuerzas tan superiores i con tanta enerjía i resolucion que despues de un dia de combate, i apesar de la heroica entereza de Belgrano, éste se vió en la necesidad de proponer una capitulacion (9 de marzo de 1811). El dia siguiente se firmó un convenio mediante el cual los restos del ejército arjentino pudieron evacuar el territorio paraguayo sin ser molestados. Belgrano, sin embargo, pasó hasta fines de ese mes en pacíficas i cordiales conferencias con Cabañas i con los otros oficiales enemigos, i aprovechó hábilmente este tiempo para manifestarles las ventajas que el Paraguay sacaria segregándose de la dominacion española. "En breve se oyeron entre las filas paraguayas conversaciones de independencia que las habrian hecho temblar pocos dias ántes" (1).

Revolucion del Paraguay; el doctor Francia.— Despues de las conferencias de Tacuarí, los oficiales i el ejército que habian combatido a los arjentinos volvieron a la Asuncion, pero volvian dispuestos a operar mas tarde o mas temprano un cambio gubernativo. Don Fuljencio Yegros, segundo jefe de Cabañas en la última guerra, habia quedado en Itapua con 200 hombres, desde donde mantenia sus comunicaciones con Belgrano. En la Asuncion se comenzó a hablar de la necesidad de hacer un cambio de gobierno que diera a los paraguayos la importancia a que se juzgaban acreedores despues de la campaña que acaban de llevar a cabo. El gobernador Velazco habia perdido gran parte de su prestijio en esa misma campaña, miéntras que Yegros i otros jefes se habian ilustrado en ella. El acesor de la intendencia del Paraguay, don Pedro Somellera, natural de Buenos-Aires i relacionado con Belgrano, gozaba en la Asuncion de

---

[1] Rengger et Longchamp, *Essai historique sur la révolution du Paraguay*, chap. 1. Esta obra (publicada en Paris en 1827), escrita por do viajeros suisos que residieron en el Paraguay desde 1819 hasta 1825 contiene el mas rico caudal de noticias fidedignas sobre la revolucion de ese pais i sobre el sombrío despotismo del famoso doctor Francia. En 1846, don Florencio Varela publicó en Montevideo una traduccion de esta obra enriquecida con curiosísimas notas escritas por el doctor don Pedro Somellera, acesor de la intendencia del Paraguay, i testigo i actor de los sucesos mas importantes de la revolucion.

la grande influencia que le daban sus talentos i su posicion oficial. Somellera empleó esta influencia en preparar los ánimos de los patriotas paraguayos para consumar una revolucion en favor de Buenos-Aires.

Los conspiradores esperaban el regreso de Yegros con sus doscientos hombres para dar el golpe; pero sospecharon que sus planes eran conocidos por el gobernador Velazco, i se apresuraron a ejecutar su proyecto. En la noche del 14 de mayo (1811), ocuparon de improviso los cuarteles, habiéndose puesto ántes de acuerdo con los oficiales que los guarnecian. En ninguna parte encontraron la menor dificultad; i la revolucion quedó consumada sin la efusion de una sola gota de sangre. El gobernador Velazco no pudo oponer la menor resistencia; i aceptó el cambio ocurrido cuando supo que los revolucionarios estaban animados de los mejores sentimientos de moderacion i templanza.

Una vez alcanzado el triunfo, Somellera propuso que se confiara el mando a una junta gubernativa compuesta de tres miembros, e indicó para el desempeño de estas funciones a don Pedro Juan Caballero, don Fuljencio Yegros i el doctor don Gaspar Rodríguez de Francia. Los dos primeros fueron aceptados inmediatamente por los otros caudillos de la revolucion. Francia encontró alguna resistencia; i fué necesaria toda la tenacidad de Somellera para obtener que se le llamase a formar parte del gobierno.

El doctor Francia, que debia ocupar en breve en su patria el primer puesto, i dejar en la historia la mas singular nombradía, contaba en esa época cincuenta i tres años de edad. Por su talento i por su ilustracion jurídica, Francia se habia adquirido una gran reputacion en un pais en que los hombres de saber eran mui raros, i se habia granjeado la estimacion de sus compatriotas. Despues de desempeñar diversos cargos consejiles, vivia retirado en el campo, cuando la revolucion, consumada sin su consentimiento, lo llamó a tomar una parte principal en la direccion de los negocios públicos. Aunque su instruccion era bastante limitada, Francia era uno de los pocos paraguayos que en esa época tuviesen algunas nociones de gobierno, i el único capaz de dirijir una revolucion. "Insensible por naturaleza, misántropo por temperamento, implacable en sus odios, perseverante hasta en sus manías, Francia era una de esas figuras sombrías, de labios pálidos i delgados en los cuales no aparece sino rara vez una fria i siniestra sonrisa. Como todo hombre que vive en el aislamiento, Francia tenia una fé ciega en sí mismo: lleno de

orgullo, intolerante, tenia tanto desprecio por sus compatriotas como distancia por los estranjeros. Tal era el hombre predestinado que, arrancado de su retiro por la revolucion, debia dominar en esta provincia como el jénio sombrio del despotismo (2)."

El Paraguay se segrega de las provincias arjentinas.—La revolucion paraguaya se habia hecho en nombre de las ideas proclamadas en Buenos-Aires en mayo de 1810. El doctor Francia que entraba en la vida pública dominando todas las voluntades bajo el peso de su voluntad de fierro, dió un nuevo rumbo al movimiento revolucionario tan luego como estableció su supremacia sobre sus colegas. A instancias de Somellera, se habia convenido en el envío de un emisario que manifestase a la junta de Buenos-Aires los votos de adhesion de los revolucionarios del Paraguay. Francia impidió la salida de ese emisario; i asumiendo una actitud resuelta i decisiva, sometió a prision a todos los hombres que por su enerjía o por su influencia pudieran oponerse a sus proyectos. Los antiguos servidores i partidarios de la causa real, i entre ellos el ex-intendente Velazco, fueron apresados junto con Somellera i los otros partidarios de la causa de Buenos-Aires que habia en la Asuncion. En vez de enviar un emisario cerca de la junta de Buenos-Aires, le dirijió simplemente una nota en que, al paso que le daba cuenta de la revolucion operada en el Paraguay, declaraba que esta provincia no formaria parte del estado que se iba a constituir en el antiguo vireinato, sino por medio de una confederacion. "Este ha sido el modo, decia, como la provincia por sí misma se ha constituido en libertad i en el pleno goce de sus derechos; pero se engañaria cualquiera que llegase a imajinar que su intencion habia sido entregarse al arbitrio ajeno i hacer dependiente su suerte de otra voluntad." Esta nota, que lleva la fecha de 20 de julio de 1811, fijaba las bases sobre las cuales podia fundarse una confederacion de las provincias que componia el vireinato de la Plata.

La junta de Buenos Aires comprendió perfectamente las consecuencias que debian resultar de las pretensiones del doctor Francia; pero su situacion era tan embarazosa a consecuencia de la guerra que tenia que sostener contra los españoles de la Banda Oriental i del Alto-Perú, que se vió forzada a aceptar esas proposiciones para librarse por el momen-

(2) S. Arcos, *La Plata, étude historique*, páj. 295.

to de nuevas dificultades. El jeneral don Manuel Belgrano se hallaba entónces en Buenos-Aires próximo a partir para el Alto-Perú, en donde debia tomar el mando del ejército patriota. La junta le encargó que, pasando primeramente por la Asuncion, estipulara un tratado que garantizase las relaciones entre Buenos-Aires i el Paraguay. El 12 de octubre (1811), se firmó el tratado segun lo propuesto por Francia, es decir, la segregacion de la provincia del Paraguay bajo la base de una confederacion que debia organizarse mas tarde.

El doctor Francia, sin embargo, estaba resuelto a mantener la absoluta independencia del Paraguay. Dominando en este pais como señor absoluto, seguro de que la distancia que lo separaba del poder central de las provincias arjentinas i la situacion especial en que éstas se encontraban lo ponian a salvo de ataques, habia suspendido toda comunicacion con Buenos-Aires. Habiéndose instalado en esta ciudad una asamblea constituyente en enero de 1813, el gobierno arjentino dispuso que un enviado estraordinario pasase al Paraguay a pedir que esta provincia mandase sus diputados a la asamblea. El enviado fué favorablemente recibido por el gobierno paraguayo, pero se postergó toda resolucion esperando que se instalara en la Asuncion un congreso provincial. Cuando éste se reunió, se dijo al ajente arjentino que por el momento, el supremo congreso del Paraguay no pensaba en enviar diputados a la samblea constituyente reunida en Buenos-Aires. Desde entónces quedó aquella provincia definitivamente separada de las demas que formaron la Confederacion Arjentina.

Administracion del doctor Francia en el Paraguay.—En esa época, el poder del doctor Francia casi no tenia límites. En los primeros tiempos, la junta de gobierno instalada en la Asuncion encontró algunas resistencias, i aun descubrió conspiraciones urdidas en contra de ella; pero desplegó un gran rigor para reprimir a los descontentos, apresó a unos, castigó a otros con el último suplicio, i consiguió sin gran trabajo mantener el órden en todo el territorio paraguayo. El pueblo, por su parte, se mantuvo siempre quieto, indiferente a los sucesos políticos en que solo se interesaban algunos empleados de la administracion que habia sido derrocada.

La junta resolvió al fin la convocacion de un congreso o asamblea en que tendrian su representacion todos los pueblos del Paraguay, i que abrió sus sesiones el 1.° de octubre. "El

gobierno, dice uno de los historiadores de aquellos sucesos, hacia comparecer a los principales habitantes de los diferentes distritos para formar el congreso. Estos desgraciados diputados llegaban mas bien como acusados que como lejisladores, i se apresuraban a votar todo lo que se les exijia, para que se les permitiese volver pronto a sus casas." En nombre de esta asamblea, como hemos dicho mas arriba, Francia se negó a mandar diputados por el Paraguay al congreso constituyente de Buenos-Aires. En el gobierno interior del estado, decretó otra reforma mui importante. Por indicacion del doctor Francia que buscaba en la historia romana una forma de gobierno para su pais, el congreso paraguayo acordó que el estado fuese rejido por dos cónsules, elejidos anualmente. Francia i el comandante Yegros fueron los primeros cónsules de aquella nueva República. Construyéronse dos sillas curules, sobre las cuales se inscribieron los nombres de César i de Pompeyo: el doctor Francia se instaló en la primera.

Por mas que Francia fuera quien dominaba completamente en aquel gobierno, la idea de compartir el mando con un colega le desagradó en breve. En 1814 (3 de mayo) se reunió otro congreso encargado de designar los nuevos cónsules. Francia le propuso que imitase tambien el ejemplo de los antiguos romanos, que en circunstancias solemnes para la patria reconcentraban toda la suma del poder público en manos de un dictador, cuyas funciones durasen tres años. El congreso aceptó esta proposicion sin saber lo que se le pedia, i se inclinó en el momento a confiar a Yegros la dictadura. Francia demoró la votacion durante dos dias hasta que al fin los diputados, sea por que quisieran volver cuanto ántes a sus provincias respectivas, o sea, lo que es mas probable, que temiesen caer en el enojo del doctor, lo nombraron el tercer dia dictador del Paraguay por una gran mayoría de votos. Cuando las tropas que estaban a las órdenes de Yegros, supieron la eleccion hecha por el congreso, se amotinaron negándose a reconocer otro jefe superior; pero el comandante don Pedro Juan Caballero, vocal que habia sido de la primera junta, aunque enemigo personal del doctor Francia, se presentó en el cuartel de los sublevados, los hizo entrar en su deber i conjuró la tormenta que amenazaba a la dictadura en su nacimiento.

"Tan pronto como Francia se vió resvestido del poder absoluto, se instaló en la casa que habia servido de residencia a los gobernantes españoles, i comenzó desde entónces,

solo, sin consultar jamas à nadie, sin que se le conociese ningun amigo, a fundar el despotismo silencioso que iba a completar para este desgraciado pais todos los ensayos de embrutecimiento que se habian practicado ántes con los guaranies.

"Su primer cuidado fué la reforma de su propia vida: en adelante mostró la mas grande austeridad en sus costumbres." Pasaba el dia entero entendiendo en los mas pequeños detalles de la administracion, i ocupaba la noche en la lectura i en el estudio. Convencido de que la independencia del estado que queria fundar, i de que la existencia de su propio poder exijian una fuerza militar imponente i adicta a su persona, contrajo sus cuidados a la organizacion del ejército. Licenció los oficiales i los comandantes de distritos que por sus relaciones de familia le parecian sospechosos, o que podian ejercer ascendiente sobre los soldados, i los reemplazó por hombres humildes que por necesidad debian ser sumisos i obebientes. Organizó diversos cuerpos de tropas, los ejercitó diariamente i los sujetó a una severa disciplina; pero esta disciplina se limitaba solo al tiempo en que el soldado se encontraba bajo las armas o en el cuartel: fuera de allí, éste no conocia ningun freno. Contrájose igualmente a aumentar su material de guerra i sus municiones. Sus relaciones con las provincias vecinas, i sobre todo con Buenos-Aires, no eran satisfactorias; i Francia no ignoraba que en el caso de una guerra, el enemigo se apresuraria a cerrar la única comunicacion que el Paraguay tiene para proveerse de armamento. En consecuencia, solo a los comerciantes que llevaban armas i pólvora les permitió tomar cargamentos de retorno. Por medio de estas licencias pudo procurarse lo que necesitaba.

En la administracion civil, su política llevaba el mismo sello de desconfianza. Separó a todos los funcionarios que no le parecieron bastante dóciles a su voluntad, se arrogó el derecho de nombrar los cabildos; i elevó en todas partes hombres de su amaño que debian ser instrumentos serviles de su despotismo. Las instituciones relijiosas fijaron tambien sus miradas. Abolió la inquisicion; i habiendo notado que el obispo de la Asuncion por su edad i por los sufrimientos morales comenzaba a padecer una especie de enajenacion mental, el dictador lo obligó a hacer dimision de sus poderes en favor de un provisor, i en nombre de éste siguió Francia gobernando la diócesis. En seguida suprimió las procesiones i el culto nocturno en las iglesias, porque podian dar lugar a reu-

niones sospechosas. Por sus ideas relijiosas, aquel mandatario no parecia nacido i educado en una colonia española.

El dictador ejecutó estos cambios administrativos lentamente, i a medida que su poder se afirmaba. En los primeros tiempos observó ciertos miramientos; pero sus órdenes encontraron tan poca resistencia, que en mayo de 1817, cuando el congreso se reunió para elejir un nuevo dictador, Francia se hizo renovar sus poderes por el resto de sus dias. Desde entónces, se estableció en toda su desnudez el mas sombrio despotismo. Algunas ejecuciones capitales acabaron de sembrar el terror i de desconcertar toda resistencia. El doctor Francia no salia sino a caballo i seguido por algunos soldados, que cuidaban que todo el mundo se colocase en respetuosa fila al pasar el dictador. Mas tarde recibieron órden de hacer que volviese atras cualquiera que se acercase al lugar por donde debia pasar el doctor Francia. Cada cual huia al aproximarse la escolta: cerrábanse las puertas i ventanas; i el dictador atravesaba las calles de la ciudad convertidas en desierto.

Este sistema necesitaba para sostenerse del mas completo aislamiento. La presencia de estranjeros que enseñasen a los paraguayos lo que pasaba en otros paises era un peligro para aquel órden de cosas. Fué prohibido todo comercio, i negado todo pasaporte a los estranjeros i nacionales, sin distincion. De allí nacieron mil medidas vejatorias, imposibles en un pais cuyos habitantes hubiesen tenido la menor nocion de sus derechos. El célebre botanista frances, M. Aimé Bompland, el compañero del baron de Humboldt en sus viajes al nuevo mundo, fué retenido diez años en el Paraguay (de 1821 a 1831) en virtud de las órdenes del dictador. Los médicos suizos Rengger i Longchamp, vivieron seis años confinados por idénticas razones, pero a esa residencia forzada se debe la formacion de un libro admirable por su sencillez i su veracidad que ha dado a conocer en todos sus pormenores el despotismo singular del doctor Francia.

El mismo espíritu llevó al dictador a rechazar toda relacion diplomática con otras naciones. En 1824 el gobierno arjentino envió un ajente al Paraguay para pedir al doctor Francia que mandase sus diputados al congreso jeneral arjentino. El ajente no se atrevió a llegar hasta la Asuncion; i desde la ciudad de Corrientes mandó un emisario que presentase sus credenciales al dictador. Por toda contestacion, éste hizo encerrar al emisario en una prision. Con la misma terquedad hizo salir del Paraguay a un ajente diplomático del Brasil.

Como justificacion de este curioso despotismo, el doctor Francia se complacia en recordar los desastres causados en los paises vecinos por las guerras civiles, i en compararlos con la tranquilidad incontrastable que reinaba en el Paraguay. Sin embargo, este desgraciado pais vivia embrutecido bajo la paz que imponen el terror i la ignorancia, i sufria el peso de un despotismo mas letal i funesto que las guerras civiles i la anarquía. El gobierno del doctor Francia era la reproduccion bajo formas mas ásperas i palpables, del sistema planteado por los jesuitas en sus misiones; i pudo subsistir porque el terreno estaba preparado para ello. Conservado en todo su rigor hasta 1840, época en que murió el doctor Francia, se mantiene todavía en pié, aceptando sin embargo algunas modificaciones en el órden económico e industrial (3).

CAPITULO XVII.

Revolucion e independencia de la América central.

Revolucion de Guatemala.—Primeras desavenencias; Guatemala queda incorporada a Méjico.—Su segregacion i absoluta independencia.—República federal de Centro-América; su disolucion.

(1821—1825)

REVOLUCION DE GUATEMALA.—La capitanía jeneral de Guatemala se mantuvo tranquila mucho mas tiempo que todas las otras colonias que la España poseia en el continente americano. Miéntras la guerra de la independencia ajitaba a los otros pueblos del mismo oríjen, Guatemala se conservó sumisa i obediente a los delegados del rei; i no entró en el sendero de la revolucion sino cuando ésta era un hecho consumado en la mayor parte de la América.

---

[3] Aparte de la obra de Rengger i Longchamp ántes citada, i que anotada por el doctor Somellera constituye la mejor fuente de noticias sobre la historia de la revolucion del Paraguay i del gobierno del doctor Francia, he tenido a la vista las obras siguientes: L. Alfred Demersay, *Histoire phisique, économique et politique du Paraguay*, cuyo segundo tomo, publicado en 1864, contiene una reseña histórica de ese pais jeneralmente cuidada i exacta; las dos obras de los dos hermanos Robetson tituladas *Francia's reign of terror* (Reinado del terror bajo Francia) i *Letters on Paraguay* (Cartas sobre el Paraguay), i la obra del marino norte-americano J. Page, *La Plata, the Argentine Confederation, and Paraguay*, publicada en 1859, con numerosos grabados. Don Santiago Arcos ha destinado a la historia especial de este pais el último capítulo de su interesante libro *La Plata* (Paris, 1865).

Gobernaba esta provincia el teniente jeneral don José Bustamante. Bajo su administracion, fueron descubiertos algunos proyectos de revolucion en los distritos de San Salvador i de Nicaragua; pero la autoridad pudo reprimirlos oportunamente i acallar las manifestaciones liberales de la opinion. De ordinario, los conspiradores fueron indultados, pero algunos de ellos sufrieron la confiscacion de sus bienes i su traslacion a España.

En 1818, fué relevado del mando el jeneral Bustamante. En su lugar, colocó el rei en la capitania jeneral de Guatemala al mariscal de campo don Cárlos de Urrtuia, anciano débil i achacoso, incapaz de gobernar aquella provincia en circunstancias difíciles. Bajo la administracion de éste, se restableció en Guatemala el imperio de la constitucion de Cádiz (1820); i como consecuencia de esta innovacion, se estableció la libertad de imprenta i se hizo sentir una division de partidos entre patriotas i españoles. En la ciudad de Guatemala, debia establecerse una junta provincial, segun lo dispuesto por la constitucion; i al elejirse los miembros que habian de componer ese cuerpo, se irritaron mas i mas los ánimos. Sin embargo, el partido español obtuvo el triunfo en las elecciones.

La diputacion provincial temió que la efervescencia de los dos partidos pudiera producir una verdadera conmocion. Persuadida de que el capitan jeneral Urrutia no podia gobernar en circunstancias tan delicadas, lo indujo a renunciar el mando (marzo de 1821), i llamó en su lugar a un militar que acababa de llegar de España con el empleo de sub-inspector del ejército de Guatemala. Era éste el brigadier don Gavino Gainza, el mismo que en 1814 habia mandado el ejército español en Chile.

La efervescencia política no se calmó con esto. En setiembre de ese mismo año, se supo en Guatemala la proclamacion del Plan de Iguala en Méjico (1), i que Chapas i otros pueblos de la capitania jeneral inmediatos a ese vireinato aceptaban la revolucion encabezada por Iturbide, i se adherian a ella. Estas noticias produjeron en Guatemala una gran sensacion. Gainza mismo, en cuyo carácter habian puesto tanta confianza los españoles, se convenció de que era imposible resistir al poder de la opinion i no hizo esfuerzo alguno para impedir el movimiento revolucionario cuya proximidad todos

(1) V. la pájina 176 de este tomo.

sentian. Los patriotas comenzaron a recojer firmas para una representacion que tenia por objeto invitar a Gainza a que él mismo declarase la independencia. El capitan jeneral, queriendo salvar su responsabilidad cerca de la corte, mandó instruir un sumario sobre este hecho; pero no tomó ninguna medida represiva contra sus autores.

La ajitacion crecia siempre. La misma diputacion provincial pidió a Gainza que convocase una junta jeneral de todas las autoridades. Celebróse ésta en la ciudad de Guatemala el dia 15 de setiembre (1821); i allí se acordó que inmediatamente se jurase la independencia. Gainza debia prestar el juramento en manos del primer alcalde bajo la forma de reconocimiento al Plan de Iguala; pero la concurrencia exijió a gritos que reconociese la independencia absoluta de España, de Méjico i de cualquiera otra nacion. Gainza lo hizo así, prometió tambien convocar luego un congreso jeneral, i quedó con el mando de Guatemala, pero sometido a las decisiones de una junta consultiva, compuesta de la diputacion provincial i de algunas otras personas designadas al efecto.

Gainza, español de nacimiento i realista decidido, se habia visto empujado a su pesar en el sendero de la revolucion. Hubiera querido colocarse bajo la dependencia de Iturbide, cuyos proyectos eran entónces hasta cierto punto consiliadores respecto de la España, puesto que reclamaba que un príncipe de la familia de Fernando VII viniese a ocupar el trono de Méjico; pero la voluntad del pueblo guatemalteco habia llevado demasiado léjos al capitan jeneral. Gainza, sin embargo, comunicó a Iturbide todo lo ocurrido en términos vagos i jenerales, sin ofrecerle directamente la sumision de Guatemala, pero dejándole entrever sus propios sentimientos. "A nombre de Guatemala, i como adicto a la causa de la América, decia, tengo el honor de ofrecer a V. E. mis sentimientos i los de este pueblo, dándole las mas espresivas gracias por haber sido en esta época el primer libertador de la Nueva España, i las mas afectuosas enhorabuenas por el triunfo de sus armas" (2).

Primeras desavenencias; Guatemala queda incorporada a Méjico.—La revolucion consumada en la capital fué reconocida i aceptada en todas partes; pero en muchos

---

(2) Nota de Gainza a Iturbide, de 18 de setiembre de 1821. Esta importante nota fué publicada en el núm. 9 de la *Gaceta Imperial de Méjico,* coleccion periódica mui importante para conocer la historia del efímero imperio mejicano.

pueblos los patriotas pidieron su anexion al imperio mejicano. En Nicaragua i en Honduras, sobre todo, la opinion fué casi unánime por este último sistema. De aquí surjieron embarazos i dificultades. El brigadier don José Tinoco, gobernador de Honduras, invadió el distrito de Guatemala. En San Salvador, un cura de apellido Delgado, se pronunció en abierta rebelion i arrojó de ese distrito al doctor don Pedro Barriere que lo gobernaba.

La anarquía estaba a punto de tomar mayor desenvolvimiento cuando llegaron a Guatemala las primeras comunicaciones de Iturbide (noviembre de 1821). Recomendaba en ellas a Gainza las ventajas que resultarian a los pueblos de la América central de su incorporacion al imperio mejicano, i anunciaba el envio de una respetable division para sostener el órden en todo el territorio de la antigua capitanía jeneral. La junta consultiva dispuso la publicacion de aquel documento, i mandó que en cada poblacion se reuniese el vecindario i acordase lo que convenia hacer sobre la anexion a Méjico. Cuando llegó el caso de hacer el escrutinio de todas las votaciones parciales (5 de enero de 1822), se encontró que una gran mayoría de la poblacion guatemalteca queria incorporarse al imperio mejicano.

La provincia de San Salvador, sin embargo, se pronunció abiertamente en sentido contrario. Bajo la influencia del cura Delgado, no solo se negó a incorporarse al imperio mejicano, sino que amenazó a los pueblos inmediatos que habian espresado opuesta opinion. En esa época, avanzaba sobre Guatemala una division de 6,000 hombres de tropa aguerrida, enviados de Méjico por Iturbide a las órdenes del jeneral don Vicente Filisola. Gainza, por su parte, se habia adelantado a poner sobre las armas cerca de 1,000 soldados de milicias, que hizo salir a campaña llevando a su cabeza al coronel don Manuel Arzú. Este jefe no encontró resistencia sino en el pueblo de San Salvador, cabecera de la provincia; i aun esa resistencia fué tan poco séria, que la venció fácilmente i ocupó la poblacion. Los soldados de Arzú se dispersaron en las calles mui confiados en su triunfo cuando las fuerzas del cura Delgado cayeron de improviso sobre ellos i los obligaron a retirarse en desórden (enero de 1822).

En esa época, llegó a Guatemala el jeneral Filisola; i deseando someter toda la América Central a la dominacion del imperio mejicano, marchó sobre San Salvador con todas sus fuerzas, i lo redujo, despues de una larga resistencia, a aceptar la anexion al imperio. Desde febrero de 1822, este jene-

ral habia quedado reconocido i acatado como jefe político i militar de la estensa provincia de Guatemala, i ésta fué incorporada al imperio. El brigadier Gainza se marchó a Méjico, en donde fué bien recibido por Iturbide en recompensa de los servicios prestados a su causa.

Su segregacion i absoluta independencia.—Filisola gobernó con prudencia i con honradez las provincias de Guatemala; pero la administracion imperial no fué mui favorable a los intereses de la antigua capitanía jeneral. Iturbide comenzó por separar los distritos o provincias poniendo en cada uno de ellos un gobernador político i militar con quien se entendia directamente. El emperador mejicano queria fraccionar de esta manera a los guatemaltecos para impedir que jerminara todo principio de resistencia. Las leyes de hacienda dictadas tambien en esa época, perjudicaron el comercio i la industria de Guatemala, en tiempo en que la suspension de las relaciones comerciales con España habia causado grandes perjuicios a los industriales guatemaltecos. El desconten to comenzaba a aparecer en toda la América Central, cuando se supo que una revolucion militar, iniciada en Veracruz i secundada en otras provincias, tenia al imperio mejicano a las puertas de su ruina.

Ante una situacion tan crítica e inesperada, Filisola se encontró perplejo. Faltábanle los recursos para mantener sus tropas i temia que la desaparicion del imperio fuese la causa de nuevos i mas considerables trastornos en la América Central. El mismo manifestó despues que creia incompatible que cuando el ejército mejicano se esforzaba por restablecer la libertad de su patria sublevándose contra el imperio, o a parte de ese mismo ejército se ocupase en sofocarla en la ajentr. Despues de consultar con los jefes i oficiales de su division ao que deberia hacerse en aquellas circunstancias, espidió un decreto (29 de marzo de 1823) por el cual convocaba a los pueblos a que enviasen diputados a un congreso que debia reunirse en Guatemala conforme a lo acordado en 15 de setiembre de 1821.

El jeneral Filisola continuó en el mando hasta la reunion del congreso; pero las elecciones se hicieron en todas partes bajo la influencia del partido opuesto a la union de Méjico. Así fué que a los seis dias de reunida aquella corporacion, el 1.° de julio de 1823, declaró la independencia absoluta de Guatemala con el nombre de Provincias unidas del Centro de América. Filisola salió de Guatemala el 3 de agosto i se dirijió a Méjico, en donde tuvo que justificar su conducta contra

las acusaciones que se le hacian de haber estimulado i favorecido la segregacion de aquel pais.

La República federal de Centro América; su disolucion.—El congreso constituyente siguió gobernando la República en medio de turbulencias i ajitaciones, de que fueron víctimas algunas provincias. Decretó la absoluta libertad de esclavos (17 de abril de 1824), medida liberal e importante en teoría, pero que en realidad no tenia un grande alcance por cuanto la esclavitud no habia hechado hondas raices en aquella rejion (3). Decretó en seguida que las provincias de Guatemala, Honduras, San Salvador, Nicaragua i Costa-Rica, elevadas a la condicion de estados federales, tuviesen cada una un congreso independiente (5 de mayo). Por último decretó la constitucion federal de Centro América (22 de noviembre de 1824), que fué jurada por todas las corporaciones i practicada durante diez i seis años.

La organizacion de la República quedó establecida de esta manera. Los cinco estados, independientes entre sí para el nombramiento de sus autoridades, elejian de comun acuerdo un presidente de la República i un congreso federal compuesto de dos cámaras. Como se ve, los constituyentes centro-americanos habian imitado la constitucion de los Estados Unidos sin tomar en cuenta las condiciones especiales del pais para el cual lejislaban. El primer presidente de la República fué el jeneral don Manuel José Arce, hombre honrado i patriota que no pudo, sin embargo, gobernar en paz aquel estado. La guerra civil se encendió en breve en casi toda la República i se continuó con escasas interrupciones hasta 1840. Los pueblos de la confederacion, cansados de esta larga lucha, i creyendo que el sistema federal era la causa de los disturbios i trastornos, se separaron entre sí i formaron los cinco estados independientes que hoi componen la rejion de la América Central (4).

---

(3) Se calcula que en toda la América Central no habria mas de mil esclavos, en su mayor parte sirvientes domésticos. El territorio que hoi forma la República de Costa-Rica, tendria a lo mas cincuenta.

(4) Para la narracion de estos sucesos he tenido a la vista las *Memorias para la historia de la revolucion de Guatemala* por un guatemalteco publicadas en Jalapa (Méjico) en 1832, por un testigo i actor (don Manuel Montúfar), un estenso *Manifiesto* dado a luz por Filisola en Puebla en 1824. Alaman ha referido tambien con mucha claridad estos mismos sucesos en su importante *Historia de la revolucion de Méjico* (véase el tomo V. pájs. 346 i siguientes, 474 i siguientes, 757 siguentes. He consultado igualmente el libro publicado en Nue-York (1851) por don Felipe Molina con el título de *Bosquejos de Costa-Rica*, las dos obras que acerca de Nicaragua i de la América Central ha dado a luz el viajero norte-americano Squier).

CAPITULO XVIII.

Revolucion del Brasil.

(1807—1825.)

Invasion del Portugal por los franceses; la familia real se traslada al Brasil.—El rejente del Portugal en el Brasil; sus primeras providencias administrativas.—Revolucion de Pernambuco.—Revolucion constitucional.—Vuelta del rei a Portugal.—Grito de Ipiranga; proclamacion de la independencia.—Las tropas portuguesas evacuan el Brasil—Organizacion política del Brasil.—Segunda insurreccion de Pernambuco.—El Portugal reconoce la independencia del Brasil.

Invasion del Portugal por los franceses; la familia real se traslada al Brasil.—Las ricas i dilatadas colonias de los portugueses en la América meridional no permanecieron tranquilas en medio del torbellino revolucionario que ajitaba a las colonias españolas. Las causas inmediatas que produjeron la revolucion del Brasil, surjieron tambien de las complicaciones europeas de principios de este siglo.

En 1807, el trono de Portugal estaba nominalmente ocupado por doña María de Braganza. Esta reina habia llegado a un estado de absoluta demencia. Su hijo don Juan, conocido entónces con el título de príncipe del Brasil, i mas tarde con el nombre de don Juan VI, gobernaba la monarquía en el carácter de rejente. Dotado de un corazon humano i bondadoso i de cierta intelijencia para comprender los detalles de la administracion, este príncipe carecia del talento superior del hombre de estado, i mas que todo, del carácter firme i sereno que siempre requiere el gobierno de los pueblos, i que era indispensable en la época en que le tocó mandar.

En efecto, don Juan no habia podido mantener la neutralidad del Portugal en medio de las guerras que se siguieron a la revolucion francesa. Arrastrado, mas por debilidad que por conviccion política, a una alianza con la Gran Bretaña, se vió envuelto en una guerra, contra la república francesa i contra la España, cuyo gobierno obedecia, tambien por debilidad i por torpeza, a la voluntad imperiosa de la Francia. Despues de una campaña vergonzosa para el Portugal, don

Juan firmó el tratado de Madrid (27 de noviembre de 1801), en que, al paso que aceptaba otras condiciones humillante, prometia mantenerse en la mas estricta neutralidad.

El Portugal cumplió puntualmente ese tratado. Esto, sin embargo, no satisfizo a la arrogancia de Napoleon, cuando se vió elevado al rango de emperador de los franceses. Para arruinar a la Gran Bretaña, el poderoso capitan decretó el bloqueo continental (21 de noviembre de 1806), medida política i financiera con que pensaba arruinar el comercio ingles i su preponderancia marítima, cerrándole todos los puertos de Europa. Don Juan habria querido permanecer neutral en aquel conflicto; i en efecto, los ingleses continuaron sus negociaciones con el Portugal. El emperador, sin embargo, exijia mucho mas: hizo entender al embajador portugues en Paris que, si en el tiempo rigorosamente necesario para escribir a Lisboa i recibir una respuesta, no le anunciaba la espulsion completa de los ingleses, la captura de sus bienes i de sus personas i una franca declaracion de guerra, romperia sus relaciones con el Portugal, no para hacer una campaña accidental, sino para ocuparlo definitivamente.

El rejente se encontró entónces en una situacion mui embarazosa. De una parte estaba la Inglaterra, que podia arrebatarle sus colonias, i de la otra el emperador frances, que podia quitarle el Portugal. Incapaz de asumir una posicion resuelta en cualquiera de estos casos, falto de recursos i de elementos para defender sus dominios de uno de esos enemigos, don Juan creyó salvar su trono i sus colonias decretando una aparente esclusion de los ingleses de todos sus dominios, i ganándose a Napoleon por medio de manifestaciones de adhesion, que solo revelaban su debilidad i su impotencia.

Esta indesicion produjo el resultado que debia esperarse. Napoleon resolvió invadir el Portugal, i equipó al efecto un considerable cuerpo de tropas, que puso a las órdenes del mariscal Junot. Queriendo tener propicia a la España para emprender esta guerra, i meditando, sin duda, desde entónces el proyecto de arrebatar mas tarde a los Borbones el trono español, firmó el tratado de Fontainebleau (27 de octubre de 1807), por el que quedaba estinguida la monarquía portuguesa, i sus dominios europeos repartidos en tres porciones, que debian tocar a la España, a la Francia i al príncipe de la Paz, el favorito de Cárlos IV.

El ejército frances que mandaba el mariscal Junot penetró en el Portugal casi sin encontrar resistencia. Los esfuer-

tos del rejente don Juan para desarmar la tempestad que se alzaba sobre su cabeza i para ganarse a los invasores fueron completamente infructuosos. La corte no pensó mas que en reunir todas las riquezas trasportables, embarcarse en la escuadra que estaba fondeada en frente de Lisboa i en fugarse al Brasil, dejando la patria sin recursos i sin gobierno, presa de los audaces invasores. El embajador ingles en Portugal, temiendo que los francese se apoderaran de la escuadra portuguesa, como se habian apoderado de una gran parte del territorio, urjia al rejente para que se embarcarse cuanto ántes. En efecto la familia real, el consejo de estado, los ministros i casi todos los grandes señores portugueses, con sus servidumbres i comitivas, componiendo por todo el número de trece mil personas, se embarcaron en medio de la consternacion de todo el pueblo, en catorce buques de guerra i en muchas naves mercantes llevando consigo sus tesoros. La corte, demorada en el puerto de Lisboa por vientos contrarios, pasó dos dias de mortal zozobra. Por fin el 29 de noviembre, las naves desplegaron sus velas i salieron del Tajo en los momentos en que Junot ocupaba a Lisboa i se empeñaba inútilmente por embarazar la partida de la escuadra que marchaba al Brasil.

El rejente del Portugal en el Brasil; sus primeras providencias administrativas.—La escuadra portuguesa fué dispersada por una tempestad, i las naves que la componian llegaron unas en pos de otras a los puertos del Brasil. El 23 de enero (1808) desembarcó en Bahía el rejente don Juan, donde fué recibido por el pueblo en medio de las mas entusiastas aclamaciones. El rejente pareció olvidar los intereses de su patria comprometida en una guerra desastrosa, i pensó solo en asegurar su dominacion en el Brasil. Cediendo a las inisinuaciones de algunos brasileros i deseando sobre todo ganarse la voluntad del gobierno ingles, bajo cuya proteccion se colocó decididamente, decretó (28 de enero) la apertura de los puertos del Brasil al comercio directo de todas las naciones amigas, lo que en aquellas circunstancias equivalia a abrir los puertos brasileros al comercio británico.

Despues de dictar otras providencias igualmente favorables a los intereses de la colonia, i de recibir las mas ardientes manifestaciones de adhesion, el rejente se hizo a la vela para Rio Janeiro, donde llegó el 7 de marzo. El pueblo lo recibió tambien ahí en medio de grandes regocijos i de ardientes salutaciones. Don Juan se oyó aclamar por el pueblo empera-

dor del Brasil, i en efecto todo tendia a formar un imperio independiente de la estensa colonia portuguesa. El rejente comenzó por organizar un ministerio; i queriendo que sus nuevos consejeros estuviesen al cabo de las necesidades del pais, dió el cargo de ministro del interior a don Marcos de Noronha e Brito, Conde dos Arcos, que gobernaba en el Janeiro con el título de virei desde dos años atras. Creáronse nuevas autoridades de un órden superior, consejos administrativos, i un tribunal supremo que debia reemplazar a que e n Lisboa entendia en las causas de última apelacion. el estable ció una imprenta real, i aparecieron los primeros Siarios que hubiera conocido el Brasil: se abrió un teatro, i dse estableció un banco al cual quedó confiada la administracion de todos los monopolios reales. Todas estas medidas daban a la colonia una vida nueva i la preparaban para la independencia que habia de proclamar en breve.

La administracion portuguesa en el Brasil se inauguró por otros actos de política esterior. El rejente, con el pensamiento de hostilizar en América al gobierno frances que le habia arrebatado sus dominios en Europa, envió una pequeña division a la Guayana francesa, cuya conquista presentaban como mui fácil los numerosos emigrados de aquella nacion en el Brasil. En efecto, el gobernador de aquella colonia, jeneral Víctor Hugues, entregó a los portugueses la plaza de Cayena, por capitulacion i sin combatir (14 de enero de 1809) i se embarcó para Francia con toda la guarnicion. La Guayana francesa quedó en poder de los portugueses hasta la paz jeneral en 1815.

La esposa del rejente, por su parte, emprendió otros trabajos para ensanchar sus dominios en América. La princesa doña Carlota Joaquina de Borbon, éste era su nombre, era hermana de Fernando VII de España; i aprovechando el cautiverio de este monarca quiso hacer valer sus derechos a las posesiones españolas en el nuevo mundo. Al efecto, dirijió cartas i proclamas a los mandatarios i a las personas mas caracterizadas de los vireinatos de Méjico i de la Plata i de la capitania jeneral de Chile. En paises, sin embargo, los trabajos de la princesa sirvieron solo para acelerar la revolucion de la independencia. Debe observarse aquí que el rejente don Juan fué estraño a estas intrigas: ofendido por la conducta lijera de su esposa, vivia separado de ella desde tiempo atrsa, i no tenia participacion en sus ambiciosos proyectos.

Miéntras la corte portuguesa emprendia estos trabajos en el Brasil, parecia olvidar los sacrificios que en esa misma

época hacian sus vasallos en Europa para libertarse de la dominacion francesa. Tal vez don Juan llegó a creer imposible la restauracion de la monarquía portuguesa, i pensó solo en asentar su trono en el Brasil. En el manifiesto por el cual declaraba la guerra a Francia (1.º de mayo de 1808) anunció solemnemente que habia pasado a América a crear un nuevo imperio. El rejente i su esposa habian traido sus tesoros de Portugal, i vivian en Rio Janeiro con gran boato, sin cuidarse de los conflictos de la madre patria, i sin prestarle los socorros de que tánto necesitaba. En el Brasil mismo, i a pesar del grande aumento de las rentas públicas producido por la declaracion de la libertad comercial, el gobierno no podia satisfacer sus necesidades. Miéntras el rejente atesoraba grandes capitales, miéntras su esposa derrochaba injentes riquezas, i miéntras los señores portugueses que habian acompañado a la corte al Brasil se reponian de la pérdida de sus bienes, se retardaba el pago de los sueldos de los empleados i no se podian destinar grandes cantidades a los trabajos públicos emprendidos por don Juan. Para salir de estos embarazos i para remunerar a sus servidores, la corte creó la órden de caballeros de la Torre e Espada (noviembre de 1808) cuyas condecoraciones i cuyos títulos se prodigaron con estraordinaria profusion.

"A la sombra de este estado de cosas, la Inglaterra obtenia de la corte portuguesa todo jénero de concesiones. En los consejos de gobierno, el embajador ingles, lord Strangford, tenia palabra decisiva. Los funcionarios públicos se mostraban mui favorables a los ingleses, quienes se aprovechaban de esta situacion para obtener los mas exorbitantes privilejios, al paso que esplotaban casi sin competidores el rico comercio del Brasil.

Revolucion de Pernambuco.—El Brasil podia considerarse entónces como un estado independiente. Por algun tiempo se creyó que la monarquía portuguesa no seria restablecida nunca; i cuando se supieron los triunfos de los ingleses en Portugal, la corte no se determinó a volver a Europa. Restaurada la monarquía, i afianzada su existencia por el reconocimiento del famoso congreso de Viena, el rejente pareció resuelto a permanecer en el Brasil, elevando al efecto esta colonia "a la dignidad, preeminencia i denominacion de reino," en virtud de un decreto de 15 de diciembre de 1815. "Para nosotros, dice un célebre historiador brasilero, el Brasil, aun sin esa declaracion, era reino emancipado desde 1808, i así lo consideraba la misma Europa, que, segun

el testimonio de un diplomático portugues, prestaba mayores consideraciones a esta nacionalidad desde que don Juan fijó el asiento de su gobierno en el Brasil (1)."

En estas circunstancias, falleció la reina doña Maria (20 de marzo de 1816), dejando el trono a su hijo el rejente, que tomó el título de don Juan VI. La direccion de los negocios públicos no sufrió cambio alguno: el rei siguió la marcha trazada de antemano tanto en la política interior como en las relaciones esteriores. En efecto, deseando realizar un antiguo proyecto de los reyes portugueses para estender sus dominios de América hasta las márjenes del caudaloso rio de la Plata, don Juan habia pedido anteriormente a Portugal un ejército de cerca de 5,000 hombres; i en 1816, siendo ya rei efectivo, lo envió al territorio que hoi forma la república oriental del Uruguay para incorporarlo a sus Estados. Esta campaña, llevada felizmente a cabo en los momentos en que los revolucionarios arjentinos estaban impedidos para rechazar la invasion portuguesa, fué una grande imprudencia que creó desde entónces a la corte del Janeiro las mas graves complicaciones diplomáticas con la España, cuyos derechos a aquella rejion eran mejores, i que produjo mas tarde una guerra costosa i desfavorable para el Brasil (2).

Miéntras el ejército portugues alcanzaba estos fáciles triunfos en las orillas del Plata, surjia en el norte una tempestad contra el trono, que amenazaba tomar las mas alarmantes proporciones. En efecto, desde tiempo atras se hacia notar cierta fermentacion de los ánimos, cuyo alcance no era difícil descubrir. Las relaciones comerciales con la Inglaterra i con la América del norte habian puesto a los brasileros en comunicacion con un mundo que ántes les era completamente desconocido. El ejemplo de las colonias españolas, luchando en esa misma época con una nacion mucho mas poderosa que el Portugal, para constituirse en repúblicas libres e independientes, alimentaba tambien el espíritu de revuelta. Los gastos inconsiderados de la corte, a los cuales se atribuia el aumento de los impuestos, i el favoritismo de que gozaban cerca del rei los señores portugueses, provocaban la irritacion de muchos i aun las quejas de algunos altos funcionarios. En Pernambuco se estableció una sociedad se-

(1) Varnhagen, *Historia do Brasil*, tomo II, páj. 332 i 333.

(2) El capítulo consagrado a la historia de la revolucion de la República del Uruguai, contiene todas las noticias referentes a las empresas de los brasileros en aquella rejion.

creta (1814) cuyo propósito era trabajar por el establecimiento de un gobierno republicano. Esa provincia fuerte i vigorosa, i ensoberbecida con el recuerdo de sus triunfos sobre los holandeses en el siglo XVII, miraba ahora con mal seño, si no con profundo desden, a los portugueses que dominaban todavía en el Brasil.

Existian ya desde ántes disgustos i rivalidades entre brasileros i portugueses en aquella provincia. Se acusaba a estos últimos de vivir infatuados con su pretendida importancia de europeos i de señores. En los cuerpos del ejército, estas rivalidades eran todavía mas ardientes porque los oficiales, así brasileros como portugueses, se lanzaban frecuentes provocaciones. El gobernador de Pernambuco, Miranda Motenegro, receloso siempre de la fidelidad de los brasileros, recibió el denuncio de que se tramaba una conspiracion contra el soberano. Despues de oir el parecer de los oficiales superiores portugueses que habia en la plaza, dió órden de prision contra varios paisanos i militares todos brasileros, sobre quienes recaian las sospechas de ser conspiradores. Uno de éstos el capitan de artillería José de Barros Lima, recibió de su jefe el brigadier Barbosa, la órden de prision; pero en vez de obedecerle, Barros sacó la espada i lo mató en el acto, en presencia de la tropa que a instigacion de otros oficiales se pronunció en abierta rebelion (6 de marzo de 1817).

La revolucion estalló en el momento al saber lo que ocurria en el cuartel. El gobernador Miranda Montenegro, despachó algunas tropas para aprehender a los amotinados; pero estos rompen el fuego sobre los soldados del rei haciéndolos retroceder, ponen en libertad a los otros patriotas que se hallaban presos, i obligan al gobernador a abandonar su palacio i a refujiarse en la fortaleza de Brum. El dia siguiente (7 de marzo), Miranda Montenegro capituló con los revolucionarios, i fué enviado a Rio Janeiro en completa libertad.

Aquel movimiento no podia, pues, ser la obra de un accidente casual. Los patriotas pernambucanos preparaban la revolucion desde tiempo atras, i una ocurrencia imprevista habia venido a precipitar el golpe. El mismo dia en que capituló el gobernador de la plaza, los revolucionarios triunfantes se reunieron en las salas de la tesoreria provincial, i allí nombraron un gobierno provisorio compuesto de cinco miembros representantes de las órdenes militar, eclesiástico, judicial, agrícola i comercial. El designado para este último puesto fué el que en realidad dió tono al gobierno revolucionario. Domingo José Martins, así se llamaba, era un comerciante natural

de Bahia, que habia pasado largos años en Inglaterra i adquirido allí ardientes opiniones republicanas en la lectura de la historia i de la lejislacion de los Estados-Unidos. En Pernambuco, sus doctrinas liberales, de que hablaba con singular franqueza, le atrajeron la persecucion del gobernador portugues. La revolucion del 6 de marzo lo encontró en la cárcel; i de allí salió para imprimirle una direccion republicana, suprimiendo los títulos de nobleza i declarándose separado de toda obediencia al rei. Los revolucionarios, sin embargo, iniciaron su gobierno con toda la inesperiencia de hombres nuevos en el ejercicio de una administracion turbulenta.

El movimiento revolucionario se estendió a las provincias del norte, Parahiba i Rio Grande, en donde se establecieron tambien gobiernos provisorios a imitacion del de Pernambuco. En el sur de esta provincia, la revolucion no pudo progresar. El padre Abreu i Lima, comisionado para sublevar la provincia de Bahia, fué apresado al desembarcar en este puerto (26 de marzo) i fusilado tres dias despues por sentencia de un consejo de guerra.

Reducida a estos estrechos límites, la revolucion de Pernambuco comenzó a debilitarse i sucumbió en breve. El goberndor de Bahia, conde dos Arcos, antiguo virei de Rio Janeiro i ministro del rejente don Juan, se mostró en esas circunstancia firme i leal vasallo. Organizó a la vez un ejército de 5,000 hombers i una escuadrilla; puso aquel a las órdenes del mariscal Mello de Lacerda, i ésta a las del capitan Perez Baptista, i mandó que el primero marchase por tierra a combatir a los rebeldes miéntras el segundo bloqueaba a Pernambuco e impedia el arribo de armas i de ausilios que los revolucionarios habian pedido al estranjero. Cuando la corte supo lo ocurrido en Pernambuco, hizo salir una escuadra a las órdenes del jefe de division Rodrigo Lobo para reforzar el bloqueo; i en efecto, cerró toda la costa de las provincias sublevadas.

Todo hacia creer que la revolucion iba a sucumbir en breve. El gobierno provisorio habia perdido un tiempo precioso en los momentos en que era urjente armarse i levantar cuerpos de tropas. El desaliento comenzó a cundir en breve en las provincias revolucionadas; i tan luego como se acercó a la de Pernambuco el ejército de Mello de Lacerda, i así que la escuadra bajo las órdenes de Lobo puso el bloqueo de las costas, se hizo sentir un principio de reaccion en varios puntos. Las tropas republicanas, mandadas por el mayor Francisco de P. Cavalcanti, alcanzaron algunas ventajas

sobre los realistas en Utinga; pero se mantuvieron allí en la mas completa inaccion, miéntras los enemigos amenazaban a los revolucionarios por todos lados. En ese momento decisivo, Martins, el verdadero jefe de la revolucion, sale a campaña; i tomando bajo sus órdenes una parte de las tropas pernambucanas, marcha sobre los realistas. Martins, fué sorprendido i apresado por los enemigos; i el ejército de Cavalcanti, derrotado por Mello de Lacerda, se desorganizó abandonando su artillería i sus bagajes.

En Pernambuco se creyó todo perdido despues de estos contrastes. Los miembros del gobierno provisório quisieron capitular con el jefe de la escuadra real que bloqueaba el puèrto; pero ê̂ste se limitó a exijirles que se rindieran sin condicion alguna (18 de mayo). Despues de inútiles amenazas i protestas, los cabecillas revolucionarios abandoron la plaza el siguiente dia en el mayor desórden, con la intencion talvez de organizar la resistencia en otra parte; pero era tan grande su desconcierto que solo pensaron en ponerse en salvo. Uno de ellos, el padre José Ribeiro, se suicidó para no caer prisionero. El comandante Lobo desembarcó sus tropas el 20 de mayo de 1817, i puso fin a la revolucion republicana proclamada setenta i cinco dias antes.

La corte castigó con gran dureza a los revolucionarios de Pernambuco. Martins i doce personas mas, comprometidos en aquéllos sucesos, fueron juzgados militarmente i sufrieron el último suplicio, unos en Pernambuco i otros en Bahia. Los procesos contra los patriotas no se terminaron con esto solo: por decreto de 6 de agosto, el rei mandó que el juicio de los revolucionarios que no habian sido ejecutados se siguiese por un tribunal superior de alzada; i en febrero del año siguiente, cuando ya no habia verdaderos reos a quienes castigar, don Juan VI publicó un indulto llamado jeneral; pero que en realidad no alcanzó mas que a los infelices que jemian aun en las prisiones por el crímen de haber simpatizado con la revolucion pernambucana. Los verdaderos autores de ésta habian pagado su deslealtad en el cadalso (3).

Revolucion constitucional.—La paz quedó restable-

(3) La historia de la desgraciada revolucion de Pernambuco ha sido referida con grande acopio de datos, aunque con gran severidad, por el distinguido historiador brasilero don Francisco A. de Varnhagen, en su *Hist. geral do Brasil*, sec. LIV, i por M. Ferdinand Denis, en su obra titulada *Le Bresil* (en la coleccion del *Univers pittoresque)*, páj. 260 i siguientes al hacer la descripcion de la provincia de Pernambuco.

cida en el Brasil; pero no desaparecieron con esto solo los motivos de rivalidad entre brasileros i portugueses. Estos últimos disgustados por la larga residencia de la familia real en Rio Janeiro, comenzaron a temer que el Portugal quedera reducido a la condicion de colonia del Brasil. Los magnates portugueses que rodeaban al rei, por su parte, no cesaban de recomendarle que mirase con desconfianza a los antiguos colones. Uno de los jefes militares llegó a pedir al soberano que no concediese a los brasileros puestos mas elevados en el ejército que el de capitan; i aunque esta exijencia fué desatendida en la forma, en el hecho se cumplió casi constantemente. La ajitacion i el descontento, que la revolucion pernambucana no habia podido inflamar en todas partes, existian pues latentes, i esperaban solo una ocasion favorable para presentarse en todo su vigor.

Esa ocasion se presentó en breve. El Portugal, oprimido por un réjimen de rigoroso absolutismo entronizado en el gobierno despues de la espulsion de los franceses, aspiraba desde tiempo atras a un cambio de cosas. En los primeros dias de 1820 se supo que la España, víctima tambien de un réjimen semejante, se hallaba sublevada en nombre del restablecimiento de la constitucion liberal de 1812. El ejemplo de la España, preparó un movimiento análogo que tuvo lugar en la ciudad de Oporto el 24 de agosto de ese mismo año (1820). La guarnicion de la plaza, puesta sobre las armas desde la noche anterior, publicó un manifiesto en que señalando la postracion a que habia llegado el Portugal, pedia tambien el establecimiento del réjimen constitucional como el único remedio de los gaandes males. El pueblo acudió a ese llamado; i de acuerdo con las autoridades i con el clero, formó una junta provisoria de gobierno encargada de convocar a la nacion a la reunion de un congreso constituyente. La rejencia que gobernaba en Lisboa, quiso por un instante resistir al movimiento revolucionario, finjiendo ceder a él, pero tratando en realidad de embarazarlo. Las tropas que guarnecian la ciudad decidieron esta cuestion poniéndose de parte del pueblo (15 de setiembre). La rejencia fué disuelta, i una junta de gobierno que se instaló en su reemplazo, se pronunció tambien en favor de la reunion de un congreso constituyente.

En el Brasil esta noticia fué recibida con grande entusiasmo. En la provincia de Pará, el pueblo manifestó su adhesion formando tambien una junta provisoria de gobierno partidaria de la constitucion (1.° de enero de 1821). En

Bahia, el teniente coronel Freitas Guimaraens encabezó una sublevacion militar; i despues de una corta resistencia en que perdieron la vida algunos de los soldados contrarios al movimiento, organizó otra junta de gobierno igualmente afecta a la revolucion constitucional (10 de febrero).

Don Juan VI vivia en el Brasil en medio de la mayor inquietud desde que supo los primeros acontecimientos de la revolucion portuguesa. Sus consejeros le representaron que el Portugal estaba perdido para el viejo réjimen, i que era preciso aceptar el nuevo órden de cosas como una necesidad irresistible. El rei se manifestaba dispuesto a seguir estos consejos cuando llegó a Rio Janeiro la noticia del movimiento de Bahia (22 de febrero), llevada por el mismo gobernador que acababa de perder el mando en esta provincia. Entónces publicó un manifiesto o decreto en que anunciaba a sus fieles súbditos la intencion que tenia de mandar al Portugal a su hijo don Pedro, el príncipe heredero, con plenos poderes para tratar con las cortes constituyentes sobre la nueva forma de gobierno que debia darse a la nacion. El soberano, ademas, prometia convocar en el Janeiro un congreso de los procuradores de las ciudades para resolver qué parte de la constitucion que trabajaban las cortes portuguesas era aplicable al Brasil (4). Este manifiesto publicado el 25 de febrero, tenia la fecha de 18 del mismo mes, para dar a entender que el monarca lo habia dictado libre i espontáneamente i ántes de tener conocimiento de la revolucion de Bahía.

Las promesas contenidas en ese manifiesto, con todo, no calmaron la inquietud de los ánimos. Por el contrario, creyéndose burlados en sus espectativas, los patriotas brasileros se irritaron grandemente al saber que el monarca estaba dispuesto a aprobar con restricciones la futura constitucion. El dia siguiente de la publicacion de ese manifiesto, el 26 de febrero, al amanecer, las tropas portuguesas que guarnecian la ciudad, bajo el mando del brigadier Carretti, se presentaron en la plaza pública a exijir que fuese jurada en el Brasil la constitucion portuguesa, tal como saliera de manos de las cortes constituyentes. El pueblo, adhiriendo al movimiento revolucionario, se reunió en un teatro vecino para esperar el desenlace de aquellos sucesos.

---

(4) Varnhagen, *Historia jeral do Brasil*, tomo II, páj. 400, publica íntegro este célebre documento.

Don Pedro, el príncipe heredero, sabedor de lo que pasaba, corrió al palacio de San Cristóbal, residencia de campo de su padre, situada a estramuros de la ciudad, i le dió cuenta de la sublevacion de las tropas. El rei tembló de espanto ante aquel aviso: creyó en peligro su corona i tal vez su vida; i para salir de tan azarosa situacion no halló mas arbitrio que ceder a las exijencias de los sublevados. En el mismo momento firmó un decreto en que se encuentran estas palabras. "Habiendo llegado a mi conocimiento que el mayor bien que puedo hacer a mis pueblos es el de aprobar desde ahora la constitucion que se está haciendo en Lisboa, la apruebo i acepto en los dominios sometidos a mi corona." Para salvar las apariencias, i para hacer creer que este decreto era la obra de su voluntad libre i espontánea, don Juan le puso una fecha atrazada de dos dias (24 de febrero), como lo habia hecho el dia anterior con otro documento igualmente importante.

Cuando desde los balcones del teatro, el príncipe heredero, leyó ese decreto al pueblo reunido, la asamblea prorrumpió en aplausos del mas loco entusiasmo. Don Pedro juró allí mismo la constitucion futura de la monarquía: la municipalidad i diversos funcionarios hicieron otro tanto; pero no contentos con esto, los concurrentes fueron al palacio de San Cristóbal, i arrastrando a brasos el carruaje real, llevaron en triunfo al mismo rei don Juan para que prestara el juramento de reconocer i de aceptar la futura constitucion. Allí mismo aclamó el pueblo un ministerio liberal, en que cupo un puesto al célebre publicista portugues Silvestre Pinheiro Ferreira. El rei, embargado por el terror aun en medio de las felicitaciones de que era objeto, lo aceptó todo sin discutir, i volvió al palacio contento de haber salvado la monarquía de imajinarios peligros.

Las nuevas instituciones fueron aclamadas en casi todas las provincias del Brasil. La tropa fraternizaba con el pueblo; i el anuncio de que el rei aceptaba la constitucion era recibido en todas partes como la esperanza de la rejeneracion política. Publicáronse periódicos en muchas provincias, i en ellos el rei era saludado como el restaurador de la antigua grandeza de la monarquía.

Vuelta del rei a Portugal.—Las espontáneas demostraciones de alegría de los brasileros no fueron de larga duracion. Las cortes constituyentes, reunidas en Lisboa, decretaron, como primera condicion del pacto social, que el rei residiese en la capital de la monarquía, en la ciudad

misma en que funcionaban las cortes. Don Juan VI, apoyado en este punto por los mas caracterizados de sus consejeros, no vaciló en obedecer aquella órden. Por decreto de 7 de marzo, el rei anunció su determinacion de volver al Portugal, dejando en el Brasil a su hijo don Pedro encargado del gobierno provisorio. Con la misma fecha ordenó el rei que se hiciesen en el Brasil las elecciones de diputados para las cortes de Lisboa.

Las elecciones tuvieron lugar el 21 de abril, pero en vez de limitarse a desempeñar sus funciones, los brasileros reunidos en la plaza del comercio comenzaron a deliberar sobre la situacion política, i sobre si convenia o no la partida del rei. El pueblo, constituido sediciosamente en autoridad suprema, daba órdenes para que las fortalezas del puerto impidiesen la salida de la escuadra que debia trasportar al monarca. No contento con esto, el pueblo pidió a éste que dictase la observancia de la constitucion española hasta que fuese sancionada la que preparaban las cortes de Lisboa (5). Don Juan VI, por un nuevo acto de debilidad, sancionó esta nueva exijencia con un decreto.

Aquel movimiento era la obra del partido brasilero. Los portugueses por su parte veian con mal seño las medidas tomadas por el pueblo para impedir el viaje del rei. El príncipe don Pedro, sea porque conociese cuán humillante era la situacion a que estaba reducido su padre, o porque desease, como es mas probable, el viaje de éste para tomar el mando del Brasil, arrancó a don Juan VI la órden de disolver por la fuerza la asamblea de los electores. Las tropas portuguesas que guarnecian a Rio Janeiro, se reunieron en la plaza de Rocio bajo las órdenes del príncipe don Pedro. La asamblea continuó sus deliberaciones durante toda la noche; pero ántes del amanecer del siguiente dia (22 de abril) una parte de la fuerza militar cercó la plaza del comercio i dispersó a los electores a mano armada i no sin encontrar alguna resistencia. Pocas horas mas tarde, el rei anuló el decreto por el cual habia reconocido la constitucion española.

Antes que la ciudad se repusiese de la consternacion causada por estos últimos acontecimientos, don Juan VI se dió a la vela para el Portugal (26 de abril). "Pedro, dijo el rei

(5) Esta última exijencia tenia por fundamento un decreto análogo dado por la junta gubernativa de Lisboa a peticion del pueblo rebelado (11 de noviembre de 1821).

a su hijo al despedirse, si el Brasil a de separarse del Portugal, como se deja ver, toma tú la corona ántes que la coja otro aventurero." Este consejo profético del anciano monarca parecia autorizar las ambiciones posteriores de don Pedro. Este príncipe, jóven entónces de 23 años, franco, intelijente i simpático, iba a consumar en su favor la independencia del Brasil iniciada i preparada por causas estrañas.

Grito de Ipiranga; proclamacion de la independencia.—La residencia de don Juan VI en Rio Janeiro habia realizado, puede decirse así, la separacion del Brasil. Las cortes del Portugal comprendieron esto mismo; i este temor les sujirió la idea de hacer que la familia real volviera a Lisboa. Cuando se supo que el príncipe heredero quedaba en el Brasil encargado del gobierno, las cortes trataron de disminuir su poder para restablecer el antiguo réjimen colonial. Decretaron con este objeto que las juntas gubernativas de las provincias del Brasil, así como los comandantes militares, dependiesen directamente de la metrópoli. Las cortes, ademas, suprimieron algunas instituciones o establecimientos públicos creados por el rei; i como todo esto no bastase para destruir el poder del príncipe rejente del Brasil, acordaron que éste se trasladase a Portugal con el pretesto de que concluyese ahí su educacion viajando en los diversos paises de Europa. En algunas provincias del norte, i particularmente en Bahia estos decretos fueron acojidos con respeto; pero la mayor parte de los brasileros vió en todas esas medidas un plan preparado para arrebatar a su patria la importancia que se habia conquistado.

Don Pedro sufrió en silencio estos ataques hechos a su autoridad, i se preparaba a partir para Lisboa cuando sucesos imprevistos vinieron a embarazar su viaje. La publicacion de los decretos de las cortes produjo una grande efervescencia. En Rio Janeiro se celebraron reuniones patrióticas en que se recojian firmas para una representacion que debia hacerse al rejente a fin de pedirle que se estableciese en el Brasil. De esas mismas reuniones salieron emisarios encargados de incitar a los pueblos a la resistencia contra las cortes de Lisboa. La junta gubernativa de la capitanía jeneral de San Pablo se dirijió al rejente por medio de un memorial en que le pedia que desistiese de su proyecto de volver al Portugal. Estas representaciones estaban destinadas a ejercer una grande influencia sobre el ánimo del príncipe.

Mas de ocho mil personas firmaron la representacion hecha en igual sentido por el pueblo de la capital. El 9 de

enero de 1822 fué presentada a don Pedro por uno de los altos funcionarios, el presidente de la municipalidad José Clemente Pereira. En el discurso que con este motivo dirijió al príncipe, Pereira le dijo que la salvacion de la patria exijia de él que permaneciese en el Brasil para conservarlo unido al Portugal. "Si V. A. R. nos deja, decia, la desunion es cierta, el partido de la independencia que no duerme levantará su imperio."—"Siendo en bien de todos i para felicidad jeneral de la nacion, contestó el príncipe, decid al pueblo que me quedo." Los deseos de los patriotas brasileros quedaron satisfechos con esta declaracion.

El partido portugues comprendió que la permanencia del rejente en el Brasil, i su desintelijencia con las cortes de Lisboa iban a producir al fin la absoluta separacion de los dos pueblos. El rejente se manifestaba tan bien dispuesto por los brasileros, que separando de su lado a los portugueses que lo rodeaban, llamó como ministros a los patriotas mas decididos. El puesto de ministro de gobierno i relaciones esteriores cupo a José Bonifacio da Andrada, vice-presidente de la junta gubernativa de San Pablo, i verdadero autor de la solicitud en que los habitantes de esa provincia pedian al rejente que no saliese del Brasil (16 de enero de 1822). El jeneral Avilez Zuzarte, que mandaba las tropas portuguesas quiso imponer por la fuerza la volutad de las cortes i obligar al rejente a volver al Portugal. Sacando las tropas de sus cuarteles, las colocó en una altura denominada Morro del Castillo, que domina toda la ciudad desde donde pensaba sin duda someter a don Pedro i al pueblo. Nadie, sin embargo, se dejó imponer por aquellas amenazas. La guardia nacional i los paisanos casi desarmados, rodearon por todas partes las tropas de Avilez, obligando a éste a aceptar casi como un favor el permiso de instalarse al otro lado de la bahia i de regresar al Portugal pocos dias despues (15 de febrero). La desicion del pueblo era tan pronunciada que cuando pocos dias despues llegó a ese mismo puerto la escuadra portuguesa que debia escoltar al rejente durante su viaje, solo se le permitió entrar en el puerto con la condicion de salir de él tan pronto como hubiese renovado sus provisiones. De las tropas que traia esa escuadra para reforzar la guarnicion de Rio Janeiro, solo desembarcaron 600 hombres que voluntariamente quisieron establecerse en el Brasil.

Las cosas permanecieron en este estado durante algunos meses mas. Las cortes portuguesas no quisieron comprender aquella situacion i siguieron hostilizando al Brasil con la es-

peranza de mantenerlo sumiso por los medios de coaccion. En el Brasil, por el contrario, todas las medidas dictadas por las cortes producian una profunda irritacion i preparaban los ánimos para la absoluta independencia. El rejente era el objeto de las mas entusiastas manifestaciones de simpatía i de lealtad. Habiéndose intentado en la provincia de Minas Geraes desconocer la autoridad de don Pedro, éste se trasladó allí, hizo cesar todas las dificultades con su sola presencia, i volvió lleno de prestijio a Rio Janeiro, en donde fué saludado por la municipalidad, por el pueblo i por la tropa con el honroso título de *defensor perpétuo del Brasil* (13 de mayo).

La ruptura entre el príncipe rejente i las cortes portuguesas era cada dia mas inevitable. Don Pedro llegó a convocar una asamblea constituyente i lejislativa para el Brasil (3 de junio); i poco tiempo despues declaró en una proclama que consideraba como enemigos las tropas portuguesas que permanecian en América. Siete de los diputados brasileros que asistian a las cortes de Lisboa, desagradados con las hostilidades de que era víctima su patria, se retiraron del Portugal. Faltaba solo pronunciar la palabra independencia para resolver definitivamente aquella situacion.

No pasó mucho tiempo sin que el rejente diera este paso decisivo. A mediados de agosto, don Pedro emprendió un viaje a la provincia de San Pablo con el objeto de poner fin a algunas disenciones que habian estallado entre los miembros del gobierno de esta provincia. Volvia el príncipe de este viaje, i hallábase a orillas del pequeño rio Ipiranga, cuando recibió nuevos decretos de las cortes portuguesas en que anulaban todos sus actos i declaraban criminales las juntas gubernativas que habian reconocido su autoridad. Las cortes consideraban en esos documentos al rejente como un jóven sin esperiencia a quien no se podia hacer responsable de los sucesos del Brasil; pero al mismo tiempo consideraban culpables de alta traicion i dignos de ser sometidos a juicio a sus ministros i consejeros. Don Pedro no quiso tolerar este último ultraje. Ahí mismo, i en el mismo dia 7 de setiembre de 1822 proclamó la independencia completa del Brasil i su separacion absoluta de la metrópoli. La historia brasilera recuerda este acto con el nombre de *Grito de Ipiranga.*

Esta declaracion, que como ya hemos dicho, no hacia mas que dar forma a un sentimiento jeneral en el Brasil, fué recibida con grande entusiasmo casi en todas partes. Al llegar a Rio Janeiro (15 de setiembre), don Pedro se presentó en el teatro llevando en su brazo izquierdo una cinta en que se

leian estas palabras: *independencia o muerte*. El pueblo, tanto en la capital como fuera de ella siguió este ejemplo. Un mes despues, el 12 de octubre, dia de su cumple-años, fué saludado con el título de emperador constitucional. La solemne consagracion tuvo lugar el 1.° de diciembre (6).

Las tropas portuguesas evacuan el Brasil.—El verdadero instigador de todas estas medidas que elevaron el Brasil al rango de estado independiente fué el ministro de gobierno i relaciones esteriores José Bonifacio da Andrada. Sabio distinguido que habia estudiado las ciencias naturales recorriendo casi la Europa entera i oyendo las lecciones de Lavoisier i de Volta, i que las habia enseñado en Portugal con jeneral aplauso, Andrada se distinguia mas aun por la fijeza de sus principios liberales i por el temple de su carácter firme i resuelto (7).

Para afianzar la independencia del Brasil, Andrada aconsejó a don Pedro las medidas mas decisivas i enérjicas. Los portugueses tenian aun tropas en las provincias del norte; i para arrojarlos de ahí se dió principio a la organizacion de de una escuadrilla, con oficiales contratados en Lóndres i en las costas de Chile, en donde la suspension de la guerra marítima habia dejado sin ocupacion algunos oficiales ingleses. El nuevo emperador, ademas, decretó (11 de diciembre) el secuestro de todas las propiedades portuguesas en el Brasil; i declaró que todas las presas quitadas al enemigo serian premio esclusivo de los captores. Junto con éstas tomó otras medidas para espulsar del Brasil a sus antiguos dominadores.

Los portugueses tenian por centro de sus recursos i de su poder la importante ciudad de Bahía. Mandaba en ella el brigadier portugues Ignacio Luis Madeira; i estaba apoyado por una escuadra de trece buques de guerra llegados hacia poco tiempo del Portugal para someter a los brasileros. El emperador envió contra las tropas portuguesas una division mandada por el jeneral Pedro Labatut, aquel frances que en años anteriores habia servido al gobierno revolucionario de Nueva Granada en la guerra contra los españoles. Labatut fué desgraciado en un ataque que intentó contra la plaza por el lado de tierra; pero la suerte de las armas cambió comple-

(6) La bandera del Brasil fué decretada por don Pedro el 18 de setiembre de 1822. El himno nacional, compuesto por el mismo príncipe, comenzó tambien a entonarse en ese año.

(7) Pereira da Sylva ha publicado una prolija biografía de Andrada en su *Plutarco Brasileiro*, tomo II.

tamente desde que pudo obrar la escuadrilla brasilera. El gobierno del emperador consiguió que se pusiese al frente de las fuerzas navales del Brasil lord Tomas Cochrane, el famoso campeon de las guerras navales del Pacífico, que por entónces se hallaba sin ocupacion (marzo de 1823). Con ocho buques, de los cuales solo dos merecian el nombre de naves de guerra, salió Cochrane de Rio Janeiro (3 de abril) para ir a combatir la escuadra portuguesa, compuesta, como hemos dicho, de trece naves de guerra con 198 cañones.

La superioridad de la táctica naval de los ingleses que servian bajo la bandera del Brasil, alcanzó la victoria fácilmente. Cochrane estableció el bloqueo de los enemigos a pesar de la grande inferioridad de sus fuerzas; i el hambre se hizo sentir en Bahía de una manera atroz. Entónces circuló entre los portugueses la noticia de que Cochrane hacia construir brulotes para lanzarlos sobre la escuadra enemiga, produciendo un verdadero terror. Poco dias despues Cochrane practicó un reconocimiento nocturno de las posiciones del enemigo; i esto bastó para que los portugueses, creyéndolo todo perdido, evacuaran la ciudad con la escuadra, con el ejército de tierra i con un convoi de setenta buques mercantes cargados de valiosas mercaderías (2 de julio). Las tropas brasileras, a las órdenes del coronel José Joaquin de Lima, que habia reemplazado en el mando a Labatut, ocuparon la ciudad, miéntras Cochrane seguia navegando al norte en persecucion de los fujitivos.

El almirante, en efecto, temia que los portugueses fueran a desembarcar en algunas, de las provincias del norte; i para evitar que esto sucediese, no trepidó en desobedecer sus instrucciones que le prescribian solo bloquear a Bahía. Sin perder un solo hombre, quitó a los portuguese un gran número de naves mercantes cargadas con un rico botin i algunos transportes llenos de tropa. El almirante portugues, a pesar de la superioridad de sus fuerzas, no se atrevió a presentar un combate a la escuadrilla de Cochrane, ni tampoco quiso acercarse de nuevo a las costas del Brasil. Abandonando para siempre sus posesiones de América, los soldados portugueses siguieron su viaje a Lisboa escoltados, puede decirse así, por las naves del Brasil.

De vuelta de esta fácil i provechosa espedicion, lord Cochrane se acercó a la plaza de Marañon, donde todavía mandaban los portugueses. Cuando se preparaba para hostilizar la ciudad, sus gobernantes se presentaron a bordo de la escuadra para poner la plaza a disposicion del almirante

del Brasil (27 de julio). El capitan Grenfell, encargado por Cochrane de una operacion análoga en la provincia del Pará, obtuvo el mismo resultado, si bien le fué forzoso reprimir enérjicamente los desmanes del populacho, que proclamándose partidario de la causa de la independencia, cometió graves desórdenes (7).

La guerra se sostuvo todavía contra algunas partidas de tropas portuguesas que quedaban en las provincias del norte; pero en setiembre de 1823 la autoridad del emperador del Brasil era reconocida en todas partes. Cochrane pudo dar la vuelta a Rio Janeiro, en donde fué recibido como vencedor i premiado con el título de marques de Marañon (noviembre). En el espacio de seis meses, con una escuadra que casi no estaba en estado de servir, sin ejército, sin pérdidas de ninguna especie i sin otros gastos que los que habia ocasionado el primer equipo, el hábil i valiente marino habia llevado a cabo la campaña mas feliz de que haya sido teatro la América. Quitó al enemigo ciento veinte naves cuyos cargamentos valian muchos millones de pesos, apresó casi la mitad del ejército portugues, libertó las tres estensas provincias del norte, que eran el centro de recursos de los antiguos dominadores, i al fin dilató la dominacion de don Pedro en todo el vasto territorio del Brasil (8).

Organizacion política del Brasil.—La revolucion brasilera, como se vé, fué consumada con gran facilidad. Los portugueses no pudieron oponer a los independientes una resistencia tenaz, como lo hicieron los españoles en sus colonias. El Brasil era por si solo bastante fuerte para luchar con el Portugal, que a mas de estar débil i pobre, se encontraba ajitado por las contiendas civiles. La revolucion bra-

---

(7) Los historiadores del Brasil refieren en esta parte un suceso verdaderamente atroz. No creyéndose seguras las prisiones de tierra, fueron encerrados en un buque 258 malhechores bajo la custodia de quince soldados, i esos infelices perecieron durante una noche sofocados por el calor de los trópicos. Un suceso semejante tuvo lugar en la India en junio de 1756. Los soldados del nabad Surajah Dosolad encerraron 146 ingleses en un estrecho calabozo, i allí perecieron estos desgraciados durante la noche. Véase el cuadro admirable que sobre este gran crímen ha atrazado el eminente historiador Macaulay en su estudio sobre *Lord Clive*.

(8) La feliz campaña de lord Cochrane en el Brasil ha sido referida por los diversos historiadores de este pais; pero conviene tambien consultar, aunque con alguna reserva, la segunda parte de las memorias del mismo Cochrane publicadas en Lóndres en 1859 con el título de *Naval services in Chile, Perú and Brasil*.

silera, por otra parte, se efectuó insensiblemente. Con motivo de la residencia del rei en Rio Janeiro, el Brasil adquirió en realidad los derechos de metrópoli, de tal manera que en 1821 las cortes de Lisboa temian con sobrada razon que el Portugal quedase reducido a la triste condicion de colonia. Este hecho esplica tambien la forma de gobierno que adoptó el Brasil despues de su independencia. En efecto, la revolucion de este pais comenzó en verdad en 1808, el dia en que el rejente don Juan pizó las playas del nuevo mundo i estableció en ellas el asiento de su gobierno. Diez años de una administracion regular, a cuya sombra se desarrollaron los intereses materiales i morales en mas vasta escala que durante un siglo del antiguo réjimen, hicieron simpático el sistema monárquico en las colonias portuguesas. Agréguese a esto que en el Brasil fué un príncipe de la familia real, el heredero de la corona nada ménos, el que lanzó el grito de independencia i formó un imperio separado de la metrópoli. El prestijio de que gozó ese príncipe por sus virtudes i por sus talentos, sirvió para consolidar el nuevo órden de cosas por sus medio de instituciones liberales que don Pedro daba a sus súbditos casi espontáneamente.

Desde ántes de proclamar la independencia, el emperador habia convocado una asamblea constituyente i lejislativa que debia reunirse en Rio Janeiro. Don Pedro en persona abrió las sesiones de aquel congreso (3 de mayo de 1823), haciendo a los diputados una esposicion del estado del imperio i de las bases que debian servir de punto de partida para su futura organizacion. La asamblea se dividió desde luego en dos partidos perfectamente demarcados. El mas moderado de ellos contaba con la mayoría de los diputados, i era abiertamente contrario a la política enérjica e impetuosa del ministro Andrada. Este célebre estadista, apoyado en el consejo del emperador por un hermano suyo que desempeñaba el cargo de ministro de hacienda, i en la asamblea por otro hermano que gozaba igualmente de grande influencia, representaba en el poder las ideas avanzadas que la revolucion francesa habia proclamado. El partido opuesto atacó esa política como funesta en un estado naciente que trabaja todavía por organizarse. Al fin don Pedro se inclinó por este último partido; i los Andradas fueron separados del ministerio (17 de julio).

Desde ese dia los tres hermanos, que tenian un asiento en la asamblea constituyente, pusieron sus talentos i su popula-

ridad al servicio de una oposicion constante i exaltada. Habiendo llegado a Rio Janeiro un enviado diplomático del Portugal para establecer negociaciones que condujesen a reunir de nuevo las dos coronas (7 de setiembre) se acusó al emperador de mantener comunicaciones secretas con el diplomático portugues, a pesar de que don Pedro habia declarado que no recibiria ningun despacho si préviamente no se reconocia la independencia del Brasil. Por otra parte, la prensa declarada libre despues de la independencia, no cesaba de atacar al gobierno imperial suscitándole dificultades de todo jénero. Los embarazos del emperador producidos por esta oposicion tan resuelta i destemplada, fueron en aumento i amenazaron comprometer la tranquilidad del estado. En esas circunstancias don Pedro creyó que debia asumir una actitud enérjica. Reunió la tropa en su palacio de San Cristóval, i marchando al frente de ella, hizo cercar el palacio de los diputados, intimándoles el decreto de disolucion. Seis de ellos, entre los cuales estaban los tres hermanos Andrada, fueron desterrados a Francia con una pension del gobierno imperial. Don Pedro prometió al pueblo brasilero la convocacion de una nueva asamblea que daria una constitucion al imperio i que afianzaria las libertades públicas (12 de noviembre de 1823).

El emperador no realizó esta promesa. En vez de la asamblea prometida organizó un consejo de estado compuesto de diez de individuos (26 de noviembre); i a ese cuerpo presentó un proyecto de constitucion que fué discutido i aprobado en ménos de dos meses. Ese proyecto mereció ademas la aprobacion de todas las municipalidades del imperio, cuyo parecer fué consultado por el emperador. Por fin, el 25 de marzo de 1824, don Pedro i los altos funcionarios del estado prestaron el juramento solemne de cumplir el nuevo código constitucional. En casi todas las provincias del imperio, la constitucion fué aceptada favorablemente i puesta en práctica desde luego.

La monarquía quedó organizada desde entónces en el Brasil. Esa constitucion elaborada en vista de las necesidades del pais i que se ha conservado hasta hoi con mui pequeñas modificaciones, deslindaba clara i convenientemente la accion de los poderes públicos i organizaba una verdadera monarquía constitucional (9).

(9) M. Charles Reybaud ha hecho un excelente análisis de la la constitucion brasilera en el capítulo II del interesante libro que con el título de *Le Bresil* publicó en Paris en 1856.

SEGUNDA INSURRECCION DE PERNAMBUCO.—Las provincias del sur aceptaron las consecuencias de la disolucion de la asamblea constituyente i juraron sin dificultad la nueva constitucion; pero en el norte tuvieron lugar sucesos de un carácter alarmante. En Pernambuco se conservaba aun el recuerdo de la desgraciada insurreccion de 1817, i la famila real i el sistema monárquico no contaban allí con muchas simpatías. Cuando el emperador quiso imponer a esa provincia un jefe de su eleccion, la guarnicion de la plaza se sublevó poniendo a su cabeza al gobernador depuesto, i manifestando la resolucion de resistir a todo trance las órdenes del gobierno de Rio Janeiro (20 de marzo de 1824). Manuel de Carvalho, éste era el nombre del gobernador destituido por el monarca, acusó a don Pedro en una proclama del crímen de traicion i de que abrigaba el propósito de entregar el Brasil a los portugueses. En seguida, invitó a las provincias del norte para que proclamasen su independencia i formasen una liga denominada Confederacion del Ecuador (2 de julio).

Contra sus inclinaciones pacíficas i conciliadoras, el emperador se vió obligado a emplear las armas para someter a los rebeldes del norte. Envió a Pernambuco un ejército de tierra i una parte de la escuadra mandada personalmente por lord Cochrane. Los pernambucanos se batieron heroicamente con las tropas imperiales; pero despues de cinco dias de constantes ataques a la ciudad, los rebeldes la abandonaron retirándose al interior (17 de setiembre). Las tropas de don Pedro tuvieron todavía que mantener la guerra en aquellas provincias contra los insurjentes, i que restablecer la paz en Marañon, en donde tambien habian prendido los movimientos revolucionarios. La anarquía fué al fin reprimida en toda aquella parte del imperio i desbaratada la proclamada confederacion del Ecuador.

EL PORTUGAL RECONOCE LA INDEPENDENCIA DEL BRASIL.—Miéntras que se verificaban estos acontecimientos en el interior, las hostilidades continuaban siempre con el Portugal, o a lo ménos, se mantenia el estado de guerra i la suspension de relaciones. En el Portugal se suponia jeneralmente que don Pedro habia sido arrastrado a declarar la independencia casi contra su voluntad; i se esperaba que mas tarde o mas temprano pudiera operarse la union de los dos paises. Miéntras tanto, la suspension de las relaciones comerciales mantenia descontentos a los portugueses i a los

brasileros. El comercio de Lisboa pedia que se reconociese la independencia como un hecho consumado i que, aun cuando el Brasil no volviera a reunirse al Portugal, convenia a lo ménos mantener las provechosas relaciones comerciales.

El gobierno ingles intervino entónces para reconciliar a ámbos pueblos. Redujo fácilmente al rei don Juan VI de Portugal a entrar en negociaciones con el nuevo imperio, e hizo nombrar como plenipotenciario de la corte de Lisboa a un diplomático ingles, sir Cárlos Stuart, para que ajustase con el emperador del Brasil un tratado de paz.

No fué difícil inclinar a don Pedro a aceptar las bases de un arreglo. Despues de un mes de negociaciones con el diplomático ingles, el 29 de agosto de 1825, fué firmado en Rio Janeiro el tratado en virtud del cual quedó solemnemente reconocida por el Portugal la independencia del imperio del Brasil. Ambos gobiernos se comprometieron a la devolucion de las propiedades conficadas durante la guerra, i a la indemnizacion de los valores capturados en el mar por las escuadras respectivas. Esta última condicion era ventajosa para el Portugal, cuyo comercio habia perdido muchas naves i mui valiosos cargamentos en la guerra marítima. Todavía consiguió sir Cárlos Stuart otra ventaja mayor aun para el Portugal; el Brasil se comprometió a pagar como deuda propia un empréstito de dos millones de libras esterlinas que el gobierno portugues habia contratado en Lóndres en 1823. Los historiadores brasileros han acusado jeneralmente a don Pedro por haber aceptado un gravámen tan oneroso para el imperio, comprometiéndose a pagar un empréstito que no habia contratado i del cual el Brasil no habia reportado beneficio alguno.

El tratado de 1825 dejó por resolver una cuestion importantísima para ambos pueblos, el órden de sucesion de la corona de Portugal. Don Pedro, el emperador del Brasil, era el heredero natural de su padre don Juan VI; pero no se resolvió en aquel tratado si su elevacion al imperio lo privaba o no de sus derechos al trono portugues. La muerte del rei don Juan, ocurrida el año siguiente (1826), vino a hacer mas sencible esta omision del tratado, desde que la corona se encontró vacante. En Portugal, sin embargo, todas las miradas se dirijieron a don Pedro, cuyo espíru liberal e ilustrado lo hacia jeneralmente simpático; pero en esa designacion del pueblo portugues habia ademas otro motivo. Se creia que don Pedro reuniria bajo su cetro los dos paises separados.

por la revolucion de 1822, i se le llamaba al trono de Portugal con la esperanza de que realizara esta grande obra.

Don Pedro, sin embargo, no satisfizo esta esperanza de los patriotas portugueses. Promulgó una constitucion liberal para este reino; pero renunció la corona que se le ofrecia en favor de su hija doña María de la Gloria, niña entónces de siete años, a cuyo nombre debia gobernar una rejencia designada tambien por el emperador. Las ajitaciones i guerras civiles a que dió lugar la menor edad de la reina doña María, i la ambicion, desmesurada del príncipe don Miguel, hermano menor del emperador del Brasil, i la intervencion de los gobiernos estranjeros en los negocios del Portugal, son sucesos completamente estraños a los asuntos que comprende este libro.

En el Brasil tambien se hicieron sentir borrascosas ajistaciones políticas. Los primeros ensayos de la vida constitucional fueron turbulentos i azarosos. La asamblea lejislativa i la prensa periódica fueron el campo de violentos ataques contra el emperador i sus ministros. La guerra de la Banda Oriental, de que hemos hablado en otra parte, los desastres de las armas brasileras, i el tratado que puso término a esa guerra, sirvieron de fundamento para las hostilidades incesantes de los partidos políticos. Por fin don Pedro, aunque jóven i vigoroso, se rindió ante una lucha que se renovaba sin cesar, i al fin se resolvió a abdicar la corona (7 de abril de 1831), en favor de su hijo. En seguida se embarcó para Europa con el fin de conquistar para su hija doña María el trono de su mayores, de que se habia apoderado el príncipe don Miguel.

El nuevo emperador, don Pedro II, tenia solo ocho años cuando fué aclamado por su padre i aceptado con grande entusiasmo por el pueblo brasilero. Sometido a la tutela de una rejencia, don Pedro tomó las riendas del gobierno en 1840. Encontró el imperio dividido por facciones violentas i agresivas, revolucionadas algunas provincias del sur contra el réjimen imperial i establecido, puede decirse así, un gran desórden en la administracion. Don Pedro II acometió con intencion sana i con intelijencia serena la reforma de este estado de cosas, i consiguió cimentar la paz i la tranquilidad, afianzar las libertades públicas i favorecer el desarrollo de los intereses materiales i morales del imperio (10).

(10) El Brasil posee un buen número de historiadores que han referido estos sucesos con grande acopio de datos i pormenores. La obra citada

CAPÍTULO XIX.

Haiti i Santo Domingo.

Estado de la isla de Santo Domingo a fines del siglo XVIII; su division.—Primeros síntomas de rebelion en la colonia francesa.—Campaña de los ingleses en Santo Domingo.—Administracion de Toussaint Louverture.—Espedicion del jeneral Leclerc—Muerte de Toussaint Louverture.—Espulsion definitiva de los franceses.—Independencia de Haiti.—Formacion de la república de Santo Domingo.

(1789—1845.)

Estado de la isla de Santo-Domingo a fines del siglo xviii; su division.—La isla Española o de Santo-Domingo, sitio del primer establecimiento de los españoles en el nuevo mundo i centro de donde partieron los valerosos espedicionarios que en los primeros años del siglo XVI conquistaron casi todas las Antillas i que esploraron una gran porcion de las costas vecinas, fué tambien tres siglos mas tarde el teatro de una sangrienta revolucion, despues de la cual se han formado allí dos estados independientes. En este capítulo vamos a trazar sumariamente la historia de esos movimientos.

Hemos visto en la segunda parte de este libro la grande importancia que la colonia española de Santo-Domingo adquirió en los primeros tiempos de la conquista. Los colonos europeos que buscaban en el nuevo mundo los inagotables tesoros de que entónces se hablaba en todas partes, poblaron rápidamente aquella colonia i la mayor parte de la isla. Pero cuando los españoles descubrieron los ricos imperios de Méjico i del Perú, i cuando conquistaron otros paises mas abun-

---

de don F. A. Varnhagen, que solo llega hasta la proclamacion del imperio, es un precioso arsenal de noticias. Para marcar los sucesos posteriores he consultado la obra del ingles Armitage, traducida al portugues con el título de *Historia do Brasil desde* 1808 *ate a abdicacao do imperador don Pedro I* (Rio Janeiro 1837) i los compendios de Constancio (Paris 1828, 2 vol) i de Abreu i Lima (Rio Janeiro 1843, 2 vol). Esta ultima contiene en el segundo volumen los documentos mas notables de la revolucion Brasilera. Pereira da Sylva, el autor del *Plutarco brasilero*, ha comenzado a publicar en los últimos años una historia de la revolucion de la independencia de aquel imperio, escrita con grande acopio de datos i con un espíritu verdaderamente liberal i filosófico, principiando por el arribo del rei de Portugal; pero los tres primeros tomos, que he podido consultar, están todavía mui distante de la revolucion.

dantes en minas, los colonos de la isla, que esperimentaban tambien la falta de trabajadores por el esterminio de los indíjenas, comenzaron a alejarse de ella para buscar fortuna en las otras islas o en el continente. El cultivo de las tierras fué casi abandonado, i la mala administracion establecida por los españoles no hizo mas que acelerar la decadencia de la colonia. Una suerte semejante corrian entónces las islas de Cuba i de Jamaica, como todos los paises que no poseian minas en abundancia.

Las escursiones de los filibusteros, ingleses, franceses i holandeses, turbaron tambien mas de una vez la tranquilidad de aquellas colonias, i obligaron al gobierno de España a enviar escuadras considerables para combatirlos. Hácia 1630, una banda de filibusteros de diversas nacionalidades, en que predominaban los franceses, se estableció en la pequeña isla de la Tortuga, situada al noroeste de la Española, i a mui corta distancia de sus costas. Desde allí, hicieron varias correrías en la isla grande, atacando a los españoles i retirándose cada vez que las tropas de éstos se presentaban en gran número. Al fin, despues de muchas alternativas de triunfos i de reveces, un marino frances, Bertran d'Ogeron, formó la primera habitacion en la isla grande (1664). Nombrado por Luis XIV gobernador de la Tortuga, i de la posesion que los franceses tenian en la Española, d'Ogeron i sus compañeros asentaron poco a poco la dominacion francesa en la parte occidental de la isla; pero no fué reconocida oficialmente por la España hasta la famosa paz de Riswick, en 1697. Los límites entre las posesiones francesas i españolas, sin embargo, no fueron establecidos sino por un tratado que se celebró ochenta años despues.

La isla quedó entónces dividida en dos porciones desiguales por su estension i por las condiciones de su suelo. Los franceses poseian en el occidente de la isla casi un tercio de ella, formado todo él por un pais montañoso i de difícil cultivo. Sin embargo, desplegaron allí una actividad tan maravillosa que lograron elevar esa colonia a un alto grado de riqueza. El comercio tomó rápido incremento, i la poblacion de la colonia alcanzó a mas de medio millon de hombres, de los cuales 60,000 eran blancos o jente de color, i los restantes negros esclavos. Los progresos de la colonia francesa influyeron tambien sobre la de los españoles, la cual comenzó desde entónces a salir de su letargo, dedicándose a la propagacion de los ganados i al cultivo del cacao i de la caña de azúcar.

La administracion de la colonia francesa, aunque diferente en sus detalles de la que habian adoptado los españoles en sus estensas posesiones, era, sin embargo, el fruto de ideas i de preocupaciones semejantes. Un gobernador jeneral i un intendente, nombrados por el rei, estaban a la cabeza de la administracion i de la justicia. El primero, ademas, era el jefe de la fuerza armada. La lei i la costumbre mantenian ahí una violenta demarcacion de castas. El blanco que hubiera contraido matrimonio con una negra se habria creido deshonrado. Los delitos contra las personas eran castigados segun el color de los hombres que los habian cometido. Así, un negro que golpeaba a un blanco era castigado frecuentemente con la mutilacion de un miembro; miéntras que el blanco que golpeaba a un negro no sufria mas que una simple multa. La lejislacion era todavía mucho mas severa respecto de los esclavos. Estas diferencias, harto mas notables aun en la práctica que en la letra de la lei, despertaron odios profundos i produjeron una sangrienta revolucion.

Primeros síntomas de rebelion en la colonia francesa de Santo-Domingo.—La convocacion de los estados jenerales decretada en Francia por Luis XVI produjo una violenta conmocion en las colonias, que tambien sufrian males semejantes a los de la metrópoli. En Santo-Domingo, se formaron asambleas populares, i a pesar de las prohibiciones del marques Du Chilleau, gobernador entónces de la provincia, ellas declararon que las colonias tenian derecho de enviar sus diputados a los estados jenerales, i al efecto nombraron diezicho. Cuando estos llegaron a Francia, los estados jenerales se habian declarado en asamblea nacional constituyente; i este cuerpo, prevenido de antemano contra los diputados de las colonias, no admitió en su seno mas que a seis de ellos. En Paris, los revolucionarios se preocupaban tambien de la administracion colonial, i se habia formado una sociedad que pedia en alta voz la abolicion de la esclavitud, haciendo conocer las desgracias que pesaban sobre los infelices negros en las Antillas. Los mas ricos colonos de Santo-Domingo formaron en Paris otra sociedad con el objeto de poner trabas a las disposiciones liberales de la asamblea nacional i de ganarse aquellos de sus miembros cuyas opiniones no estaban aun formadas.

La asamblea nacional, miéntras tanto, continuaba sus trabajos. En su famosa declaracion de los *Derechos del hombre*

(20 de agosto de 1789), consignó las palabras siguientes: "Todos los hombres nacen i mueren libres e iguales en derechos." Este principio, tan sencillo i verdadero para nuestro siglo, produjo entónces una profunda perturbacion en las colonias francesas. Los propietarios creyeron que se les iba a despojar de sus esclavos, que formaban una parte considerable de su riqueza. Los mulatos i los esclavos pensaron que era llegado el tiempo de su redencion i que en breve se verian igualados a los hombres blancos en derechos i prerogativas. El rei, temiendo estas perturbaciones, encargó al gobernador de Santo-Domingo que convocase a los habitantes i formase una asamblea lejislativa para arreglar los negocios interiores. Pero los colonos se habian adelantado a sus órdenes: los habitantes de la provincia del norte habian establecido una asamblea provincial en la ciudad de Cabo-Frances; i su ejemplo fué seguido en las otras dos provincias. En esas asambleas, ajitadas por las exijencias encontradas de los mulatos i de los propietarios, se resolvió que si el rei no les enviaba instrucciones precisas para su gobierno, la colonia tomaria por sí misma sus determinaciones.

Estas ajitaciones infundieron en Francia los mas serios temores acerca de la fidelidad de las colonias. La asamblea nacional, recordando lo que poco antes habia pasado con los Estados-Unidos, temió que Santo-Domingo marchara a hacerse independiente. En su sesion del 8 de marzo (1790), declaró "que no habia tenido la intencion de comprender a las colonias en la constitucion que preparaba para el reino, ni de sujetarlas a leyes que pudiesen ser incompatibles con sus conveniencias locales i particulares." Segun esta declaracion, "la asamblea no queria innovar nada, sea directa, sea indirectamente, en ninguno de los ramos del comercio de las colonias;" i por el contrario, deseaba que los colonos le hicieran conocer sus necesidades para atenderlas.

Esta declaracion, que dejaba las cosas en el mismo estado, no volvió la calma a los espíritus. Se la consideró como una confirmacion tácita del tráfico de esclavos; i se sostuvo que la asamblea dejaba a los colonos libres de toda sumision, i con facultad de darse leyes. Las tres asambleas provinciales que formaban la colonia, convocaron a los habitantes a enviar sus diputados a una asamblea jeneral de toda la colonia. El 16 de abril se reunió ésta en el pueblo de San Márcos, con 213 representantes de las diversas localidades.

La asamblea jeneral de Santo-Domingo se ocupó desde

uego en estirpar ciertos abusos chocantes que existian en la administracion, i en mejorar la situacion de los hombres de color suprimiendo algunas gabelas o impuestos de trabajo, con que estaban gravados. En seguida dictó un decreto de solo diez artículos en que establecia las bases de la constitucion futura de la colonia (28 de mayo). El artículo 6.° dice así: "Como todas las leyes deben ser fundadas sobre el consentimiento de aquellos para quienes son hechas, la parte francesa de Santo-Domingo tendrá el derecho de proponer los reglamentos relativos a los intereses comerciales i comunes, i todos los decretos que la asamblea nacional francesa dictare en semejantes casos, no seran ejecutados en la colonia sino despues de haber sido aprobados por su asamblea jeneral."

Grande fué la alarma que produjo esta declaracion. Se creyó que la asamblea marchaba resueltamente hacia la independencia de la colonia. Muchos distritos retiraron a sus diputados anulando sus poderes. La asamblea provincial del norte desconoció la autoridad de la asamblea jeneral; i el gobernador de la colonia, conde de Peynier, que acababa de reemplazar al marques Du Chilleau, decretó la disolucion de aquel cuerpo, acusando a sus miembros del delito de traicion por haber concebido proyectos de independencia. Por encargo del gobernador, el coronel Mauduit, a la cabeza de un batallon de línea disolvió a balazos la asamblea provincial del oeste; i en seguida, engrosando sus tropas, marchó sobre el pueblo de San Márcos para disolver la asamblea jeneral. Cuando se esperaba que ésta organizaria una vigorosa resistencia, visto el empeño que ponia en reunir tropas, sus miembros se desbandaron, i solo ochenta i cinco de ellos se embarcaron en el navío de guerra *Leopard*, haciéndose a la vela para Francia, donde esperaban hallar justicia (8 de agosto de 1790). La asamblea nacional, en vez de aprobar su conducta, los hizo poner en prision.

Despues de este suceso, hubo todavia algunos movimientos sediciosos que fueron oportunamente reprimidos. La tranquilidad parecia renacer en la colonia, cuando fué turbada de nuevo por el arribo de un jóven mulato, cuyo corazon estaba preparado para grandes empresas. Vicente Ogé, este era su nombre, habia nacido en Santo-Domingo, en el seno de una familia de mediana fortuna que lo habia mandado a Francia a seguir sus estudios. En Paris habia contraido amistad con muchos hombres notables del partido liberal, i

volvia a su patria impregnado con los principios de igualdad. Las autoridades de la isla tuvieron noticia anticipada de los proyectos revolucionarios de Ogé; pero éste burló hábilmente su vijilancia. Hizo su viaje por los Estados-Unidos, i desembarcó en uno de los puertos del norte de la colonia con el traje de un marinero norte americano (octubre de 17[illegible]0). Creia que a su voz se iban a juntar algunos millares de descontentos con que operar una gran revolucion; pero solo alcanzó a formar en los campos una columna de doscientos hombres, mulatos i negros. A la cabeza de ellos pidió al gobernador la supresion de todas las cargas que pesaban sobre la jente de color; pero la autoridad, en vez de ceder a sus exijencias, desplegó su poder para combatir en tiempo la insurreccion. Ogé, vencedor en sus primeros pasos, fué al fin desbaratado, i se vió reducido a buscar un asilo en la parte de la isla que quedaba en poder de los españoles. Los mulatos que en otros puntos de la isla habian intentado rebelarse, fueron sometidos o dispersados sin gran dificultad.

El conde de Peyner, sin embargo, pareció conocer los peligros de la situacion. Hizo su renuncia del cargo de gobernador, i se volvió a Francia (noviembre de 1790) dejando el mando de la colonia al jeneral Blanchelande, que se habia hecho conocer en las Antillas por su valor i por su carácter. El primer acto administrativo del nuevo jefe fué reclamar de las autoridades de la colonia española la entrega de Ogé i de sus cómplices. El infeliz mulato fué juzgado por el delito de traicion i ejecutado en el cruel e infamante suplicio de la rueda (26 de marzo de 1791). Veinte de sus compañeros sufrieron tambien la última pena en una horca.

Este terrible castigo produjo por un momento una gran tranquilidad; pero en esos mismos dias llegaron a la colonia dos frégatas de guerra conduciendo de Francia dos batallones de infantería i un destacamento de artillería. El gobierno de la metrópoli, sabedor de los disturbios de Santo-Domingo, enviaba esos refuerzos de tropas para poner atajo a la revolucion que se veia asomar; pero esas tropas venian de Francia imbuidas en todas las ideas de libertad que entónces se ajitaban en este pais. Por mas empeño que el jeneral Blanchelande puso para inpedir que la guarnicion de la isla se dejase seducir por esas ideas, el espíritu revolucionario cundió en todo el ejército. El coronel Mauduit, a quien se reprochaba el haber disuelto por la fuerza la asamblea jeneral de la colonia, fué asesinado inhumanamente por sus mismos

soldados, en medio de un espantoso motin (4 de marzo). El gobernador Blanchelande tuvo gran trabajo para reducir de nuevo a la tropa amotinada; i no pudiendo aplicarle el severo castigo a que se habia hecho acredora, la embarcó para Francia, dando cuenta al gobierno de lo ocurrido.

Rebelion de los negros en Santo-Domingo.—En medio de los afanes que por entónces preocupaban a la asamblea nacional francesa, los desórdenes de Santo-Domingo llamaron particularmente su atencion. Incierta durante algun tiempo sobre el camino que debia seguir, i deseando conservar la integridad del territorio frances, habia creido calmar la ajitacion con medidas transitorias i con el envío de algunas tropas; pero el descontento de los colonos no desapareció con esto; i la asamblea se vió al fin obligada a tomar una medida que se creyó decisiva. Despues de dos elocuentes discursos pronunciados el uno por el abate Grégoire i el otro por Robespierre en favor de los hombres de color, la asamblea dictó un decreto (15 de mayo de 1791), por el cual declaraba que todos los negros o mulatos residentes en las colonias tenian los mismos derechos i prerogativas que los ciudadanos franceses, pudiendo, por lo tanto, votar en las elecciones, i aun tener un asiento en la asamblea colonial.

Esta declaracion produjo en Santo-Domingo una profunda indignacion entre todos los hombres blancos. En la ciudad de Cabo-Frances, se resolvió por unanimidad negarle el juramento cívico, i la cucarda tricolor que usaba la guardia nacional fué pisoteada por los soldados i reemplazada por el penacho blanco, símbolo de adhesion a la causa del rei. Miéntras tanto, los negros i mulatos, que en la declaracion de la asambléa nacional veian el reconocimiento de sus derechos de hombres libres, se enfurecieron al saber la resistencia que aquel decreto encontraba entre los blancos. De una fermentacion sorda pasaron a una abierta rebelion, i en la noche del 22 de agosto mataron sin piedad a todos los blancos que pudieron encontrar en los alrededores de Cabo-Frances. Al amanecer del siguiente dia, una multitud de jente, escapada de la matanza, fué a refujiarse a la ciudad. Desde que se supo que los rebeldes obraban con arreglo a un plan meditado, la costernacion fué jeneral. Los vecinos embarcaron las mujeres en los buques fondeados en el puerto, i entónces tomaron las armas determinados a resistir a todo trance a la rebelion. Un oficial frances que se habia ilustrado en la guerra de la independencia de los Estados-Unidos,

Touzard, se puso a la cabeza de las milicias i de las tropas de la ciudad, i con ellas marchó contra un cuerpo de 4,000 negros que se habia reunido en los alredores. Touzard hizo una carnicería espantosa; pero agobiado por el gran número de los rebeldes, se vió obligado a retirarse. A pesar de todas las precausiones que se tomaron para defender la ciudad, ésta habria sido destruida infaliblemente si los negros hubiesen tenido mayor disciplina, i si hubiesen conocido las ventajas de su situacion.

La rebelion se habia hecho jeneral en todos los campos vecinos. La resistencia que quisieron oponer los colonos en diversos puntos fué ineficaz; i los mulatos i los negros quedaron dueños de la dilatada llanura del Cabo i de las montañas vecinas, donde ejercieron las mas espantosas crueldades sobre todos los blancos que cayeron en su poder. La sangre corrió a torrentes: dos mil blancos de toda edad i sexo fueron asesinados. Mas de diez mil insurjentes perecieron en los combates o de hambre, i algunos centenares fueron sacrificados en el patíbulo. La rebelion estalló tambien en otras provincias con los mismos horrores que en el norte; i en todas partes, los blancos fueron impotentes para reprimir a los sublevados.

Calmada un momento la sed de venganza, se entablaron negociaciones entre los contendientes. Los rebeldes consintieron en deponer las armas a condicion de que se decretase una amplia amnistía i de que se declarase que en la asamblea provincial los blancos, los mulatos i los negros indistintamente pudiesen tener asiento; pero, miéntras se hacian otros arreglos, la asamblea nacional de Francia, temiendo que la irritacion de los colonos pudiera precipitarlos a la independencia, revocó las anteriores declaraciones, por las cuales habia igualado la condicion de los negros i mulatos libres con la de los blancos, i dejó a la asamblea provincial en libertad de resolver las cuestiones pendientes. Por una coincidencia singular, el mismo dia en que la asamblea colonial confirmaba el convenio celebrado con los rebeldes (20 de setiembre) reconociendo la necesidad de respetar el decreto dictado por la asamblea nacional el 15 de mayo, i prometiendo observarlo fielmente, los majistrados de la metrópoli lo anulaban por una gran mayoría.

Los rebeldes de Santo-Domingo, que por un momento se habian tranquilizado, se creyeron entónces víctimas de un engaño infame. Suponian que miéntras los colonos hablaban

de tratados i capitulaciones, habian enviado sus ajentes a Francia para pedir a la asamblea nacional la anulacion de sus declaraciones anteriores. Los negros i los mulatos tomaron otra vez las armas con nuevo furor, i renovaron las matanzas de agosto sin perdonar mujeres, ancianos i niños. La ciudad de Puerto-San-Luis fué tomada i saqueada. Puerto-Príncipe, donde los rebeldes encontraron una vigorosa resistencia, fué incendiada (22 de octubre). El encarnizamiento de la lucha era tal que parecia que las dos razas habian jurado el complero esterminio de sus rivales.

La noticia de estos horrores produjo en Francia una profunda impresion. En medio de la fiebre revolucionaria que entónces preocupaba todos los espíritus, la asamblea lejislativa que desde el 1.° de octubre (1791) funcionaba en vez de la constituyente, pensó en la administracion de las colonias, i al efecto dictó diversas medidas para el envio de tropas, o el cambio de algunos gobernadores. Creyendo que el ensanche de las libertades i de las garantías individuales era el mejor remedio contra esa clase de desórdenes, i acusando a los ricos propietarios de las colonias de ser la causa de los males que se lamentaban, el 28 de febrero (1792) declaró que los mulatos i los negros debian gozar inmediatamente de todos los derechos políticos. Poco despues organizó una espedicion de 8,000 hombre, i la envió a las Antillas a cargo de tres miembros de la asamblea, que con el título de comisarios, llevaban tambien ámplios poderes para arreglar todas las cosas de la colonia.

Los comisarios franceses Ailhaud, Santhonax i Polverel llegaron a Santo-Domingo a mediados de setiembre. Acusando al gobernador Blanchelande de no haber sabido dirijir los negocios de la colonia, i de abrigar sentimientos contrarios a la revolucion de la metrópoli, los comisarios lo pusieron a bordo de un buque i lo enviaron a Francia para ser juzgado. En seguida suprimieron la asamblea colonial, crearon en lugar de ella una comision de doce miembros en que estaban confundidos por iguales partes los blancos i los hombres de color, i por último se inclinaron en favor de éstos atribuyéndoles la razon i la justicia en los movimientos anteriores. Aquellos colonos que se atrevieron a oponerse a los planes de los comisarios organizando una resistencia en Puerto Príncipe, fueron obligados a rendirse (12 de abril de 1793). Cuatrocientos de ellos fueron embarcados i remitidos a Francia como rebeldes al gobierno republicano establecido en la metrópoli.

La arrogancia de los comisarios fué mas léjos todavía. Habiendo llegado a la colonia el jeneral Galbaud (principios de mayo) con el título de gobernador de Santo-Domingo, los comisarios hicieron valer los ámplios poderes de que estaban provistos, miraron en ménos la autoridad de aquel jefe, i por último, lo embarcaron tambien con toda su familia para remitirlo a Francia. La irritacion de los propietarios de la colonia no conoció límites: los tres representantes del gobierno de la república, hombres exaltados i violentos, se habian hecho odiosos, i provocaron al fin una resistencia formal hecha en nombre del restablecimiento de la monarquía i de guerra a la república. Poniéndose de acuerdo con el jeneral Galbaud, que permanecia embarcado en el puerto de Cabo-Frances, prepararon un vigoroso ataque a esta ciudad; i en efecto, el 20 de junio una columna de 1,200 hombres marchó resueltamente contra la casa de gobierno que ocupaban los comisarios. Allí se trabó un choque horrible entre la guardia de éstos, i las tropas que habian reunido los colonos sublevados; pero despues de una cruel carnicería, el combate quedó indeciso. Los comisarios llamaron entónces a las armas a todos los negros i mulatos. En efecto, el dia siguiente, los negros, capitaneados por un caudillejo llamado Macaya, que habia alcanzado a distinguirse entre ellos, se apoderaron de la ciudad de Cabo, mataron a todos los blancos que cayeron en sus manos e incendiaron la mayor parte de la poblacion. En las otras provincias, tuvieron lugar horrores semejantes; pero ántes de mucho tiempo, los comisarios de la República francesa lograron cimentar la tranquilidad ejerciendo el terror sobre los blancos, i buscando su apoyo en las jentes de color.

Campaña de los ingleses en Santo-Domingo.—Los colonos que lograron escapar a estas matanzas, ganaron como pudieron diferentes puertos, donde se embarcaron, unos para los Estados-Unidos, otros para Inglaterra. Estos últimos, con la esperanza de recuperar sus propiedades, se presentaron al gobierno ingles, entónces en guerra con la República francesa, pidiéndole buques i tropas suficientes para tomar posesion de Santo-Domingo en nombre de la Gran Bretaña. Estas proposiciones, recibidas al principio con desden, despertaron al fin la codicia de los ingleses. El gobernador ingles de la isla de Jamaica, jeneral Williamson, recibió la órden de enviar tropas suficientes para ocupar a Santo-Domingo, i de aceptar la sumision de los colonos que solicitasen la proteccion del gobierno británico.

Los comisarios de la República francesa tenian entónces a su disposicion cerca de 25,000 hombres; pero éstos estaban diseminados en una vasta estension de territorio, i no habrian podido por esto mismo rechazar una invasion bien dirijida. En este embarazo, llamaron en su socorro a todos los habitantes de la isla, cualesquiera que fuesen, declarando libres a todos los esclavos, i asimilándolos sin restriccion alguna a los otros ciudadanos. Esta medida no produjo todo el resultado que se esperaba: los negros se aprovecharon de la libertad que se les concedia, pero pocos tomaron servicio en el ejército: los mas se retiraron a las montañas a vivir tranquilos en la miseria i la ociosidad.

Entre tanto, los ingleses continuaban sus aprestos. Un cuerpo de setecientos hombres bajo las órdenes del teniente coronel Whiteloke (el mismo que en 1807 mandó una espedicion contra Buenos-Aires), escoltado por cinco fragatas de guerra, salió de Jamaica (9 de setiembre) con rumbo a Santo-Domingo. Diez dias despues la ciudad i puerto de Jeremias se rindieron a los ingleses en medio de las mas entusiastas aclamaciones i sin disparar un tiro. En seguida, los invasores, ayudados por los colonos rebeldes, ocuparon muchos otros puertos i una grande estension de la costa. La guerra se continuó durante algun tiempo con diversas peripecias; pero casi siempre los ingleses alcanzaron ventajas mas o ménos considerables, hasta que al fin, despues de muchas tentativas, ocuparon la importante plaza de Puerto Príncipe (5 de junio de 1794). A demas de 130 cañones que defendian esta ciudad, los ingleses se posesionaron de todos los buques fondeados en el puerto, cuyos cargamentos importaban cerca de dos millones de pesos. Los comisarios de la República se consideraron impotentes para resistir mas tiempo a la invasion inglesa i resolvieron volver a Francia, confiados en que los mulatos i los negros, por el interes de defender su libertad, mantendrian la guerra contra los invasores. La convencion nacional aprobó su conducta.

Las tropas de la isla reconocieron entónces por jefes a un mulato llamado Rigaut i a un negro conocido con el nombre de Toussaint-Louverture, que hasta entónces habian alcanzado cierto prestijio entre sus compañeros i que iban a adquirir mas tarde una gran nombradía. El último de ellos, sobre todo, esclavo poco ántes de uno de los colonos, pero dotado de una rara intelijencia i de un valor estraordinario, desplegó en la lucha un carácter distinguido. Bajo las órde-

nes de estos dos jefes, la guerra entre los hombres de color i los ingleses aliados de los colonos, fué mas viva i tenaz que nunca. Las tropas de estos últimos esperimentaron una resistencia que no esperaban; i las crueles epidemias, las fiebres i las disenterias tan comunes en aquel clima, diezmaron su ejército i debilitaron considerablemente sus fuerzas. Los ingleses tuvieron ademas que esperimentar otro jénero de hostilidades: los mismos colonos tramaron diversas conspiraciones para libertarse de los ambiciosos ausiliares, cuyo apoyo habian solicitado con tanto interes.

Los mulatos i los negros sostuvieron la guerra durante dos años enteros sin perder terreno. Construyeron fortificaciones en todos los puntos amenazados, i rechazaron constantemente los ataques de los ingleses con un valor verdaderamente admirable. El gobierno frances, que habia dispensado a Toussaint-Louverture algunos ausilios, le confió al fin el mando en jefe de todas las fuerzas de la isla, junto con el título de jeneral de la República, que habia conquistado por su valor. En este nuevo puesto, Toussaint continuó desplegando toda su actividad i todo su jenio. En vano el gobierno ingles enviaba a la isla nuevos refuersos de tropas i cambiaba sus jenerales. Los negros les hacian una guerra terrible i los derrotaban con mayor audacia. Por fin, el jeneral Maitland, que habia tomado el mando del ejército ingles en abril de 1798, se vió en la necesidad de celebrar un tratado con el jefe negro (9 de mayo) por el cual le entregaba todos los puntos ocupados hasta entónces por sus tropas, así como los rejimientos de negros que los ingleses habian organizado con gran costo, i reconocia a Santo-Domingo como potencia neutral e independiente. El jeneral ingles, al alejarse de la isla, hizo valiosos obsequios al caudillo indíjena, declarándole que admiraba su valor i que respetaba sus virtudes.

ADMINISTRACION DE TOUSSAINT-LOUVERTURE.—Desde entónces, Toussaint-Louverture, que siempre habia mostrado su superioridad sobre los otros jenerales, adquirió en la isla un poder casi sin límites. Reprimió con moderada enerjía los planes ambiciosos de algunos de sus camaradas, i estableció en la isla el órden i la tranquilidad tanto tiempo perdidos. Restituyó sus propiedades a muchos de los antiguos colonos, declarando, sin embargo, que la esclavitud no seria restablecida, i quedando, por tanto, los antiguos esclavos en la condicion de trabajadores libres. Establecióse una policía que reprimia todas las faltas, manteniendo en vigor el réjimen

militar. El jefe negro desplegó en el gobierno civil el mismo celo i la misma actividad que habia observado en la guerra. Recorria el territorio sometido a su dominacion sin dar cuenta a nadie de sus movimientos, para verlo todo por sí mismo; i esta movilidad le salvó la vida en muchas ocasiones. Bajo la influencia de esta administración laboriosa i emprendedora, los trabajos agrícolas recobraron su actividad: las cosechas fueron en breve mas abundantes de lo que lo habian sido en los mejores tiempos de la colonia; i el comercio i la poblacion aumentaron sensiblemente. El lujo mismo comenzó a renacer junto con las artes de agrado, la música i la pintura, que empezaron a ser cultivadas con particular aficion. El dictador construyó edificios públicos i se preocupó de los intereses morales de sus gobernados. Abrió con gran pompa las iglesias, que habian permanecido cerradas durante la guerra civil, i restableció el culto católico como la relijion del estado. Miéntras tanto, mantenia en pié i disciplinaba con el mayor interes un ejército de 60,000 hombres.

La parte española de la isla de Santo-Domingo debia entónces formar parte de los dominios franceses. Por el tratado de Basilea (22 de julio de 1795), la España habia renunciado en favor de la República francesa todas sus posesiones en aquella isla. Pero las guerras desastrosas en que habian estado envueltos los ajentes del gobierno frances, habian retardado la ejecucion de ese convenio. Toussaint-Louverture visitó toda la isla i ocupó las ciudades de oríjen español casi sin resistencia alguna, a fines de 1801. En todas partes, era acojido en medio de las aclamaciones del pueblo; i en todas partes, manifestó tambien una gran prudencia, una actividad incansable para hacer el bien i una modestia casi inconcebible en un hombre que se habia elevado con tanta rapidez de la posicion mas humilde a una altura tan elevada. Entónces mismo manifestó su entereza de fierro para castigar todo amago de desórden o todo acto contra las leyes de la humanidad. En la provincia del norte, los negros que trabajaban en diversos talleres, se sublevaron contra los propietarios, mataron cerca de trecientos blancos i se dirijieron a la ciudad de Cabo-Frances para tomarla por asalto. Toussaint-Louverture marchó inmediatamente contra ellos; i con la rapidez del rayo, los dispersó apresando a cuarenta de los principales instigadores de la insurreccion (4 de noviembre). Inmediatamente hizo fusilar a trece de ellos, uno de los cuales era un sobrino suyo a quien habia mirado siempre con

un cariño paternal. La tranquilidad fué restablecida sin nuevos sacrificios.

Pero hasta entónces, Toussaint-Louverture habia gobernado en la isla como representante del gobierno frances, del cual habia recibido el título de jeneral. El jefe negro habia enarbolado el pabellon tricolor de la República; pero habia cuidado de conservar, en cierto modo, su independencia. Desentendiéndose de todas las prácticas gubernativas vijentes en la colonia, convocó una asamblea central de todos los pueblos, i les presentó un proyecto de constitucion, que fué sancionado i promulgado como lei el 1.° de julio de 1801. En esa constitucion, se declaraba que la colonia formaba parte de la República francesa, aunque sometida a leyes particulares, i confiaba su administracion a un gobernador vitalicio, con la facultad de designar su sucesor. Toussaint-Louverture, nombrado gobernador de la isla, se apresuró a reconocer la soberanía de la Francia solicitando que su constitucion obtuviese la aprobacion consular. "Vivir independiente bajo la tutela de la Francia, acojer sus colonos, sus comerciantes i sus marinos, concederles todos los privilejios compatibles con la seguridad i con la libertad de la isla, tal era entónces el sueño de esta república, que Toussaint Louverture habia elevado en tan poco tiempo al mas alto grado de prosperidad" (1).

Espedicion del jeneral Leclerc.—Tal era la situacion de Santo-Domingo, cuando Bonaparte primer cónsul entónces de la República francesa, se decidió, contra el parecer de los mas prudentes de entre sus consejeros, i por un simple deseo de dominacion, a desencadenar contra aquella isla todas las desvastaciones de una guerra espantosa. En octubre de 1801, acababan de firmarse los preliminares de paz entre la Francia i la Inglaterra. Bonaparte tenia una escuadra disponible; i ademas, deseaba desembarazarse del ejército del Rin, cuyos sentimientos republicanos le inspiraban vivos recelos. El primer cónsul reunió un ejército de 25,000 hombres i una escuadra de 26 naves de guerra i de un gran número de trasportes, i los envió contra Santo Domingo. El mando de la espedicion fué confiado al jeneral Leclerc, marido de una de las hermanas de Bonaparte.

(P. Lanfrey), *Hisoire de Napoleon I.* tom. III, páj. 391. (Edicion de 1867.)

Las instrucciones del jeneral espedicionario no son conocidas; pero se sabe que el primer cónsul le encargó restablecer la dominacion francesa en la isla, deshacerse de Toussaint-Louverture i de los otros jefes que servian bajo sus órdenes, i por último, restablecer la esclavitud tal como se hallaba ántes de la insurreccion. Con una perfidia inaudita, el primer cónsul escribió tambien a Toussaint-Louverture manifestándole su estimacion por los grandes servicios que habia prestado al pueblo frances, por haber estirpado la guerra civil i puesto un freno a las persecuciones de que la isla habia sido teatro.

El jefe negro no se dejó engañar por las pérfidas palabras del primer cónsul. Cuando Leclerc se presentó con su escuadra delante de Cabo-Frances (2 de febrero de 1802), Toussaint-Louverture se encontraba en el interior de la isla. Su segundo en el mando, el negro Enrique Cristóbal, contestó a una intimacion del jeneral frances negándose a rendir la plaza miéntras no tuviera órdenes de su jefe, i amenazándolo con incendiar la ciudad si los franceses querian desembarcar. Leclerc no hizo caso de estas amenazas; i en la mañana del dia 6, efectuó el desembarco de sus tropas. Cristóbal, fiel a sus promesas, prendió fuego a la ciudad por varios puntos, i se retiró al interior. Los franceses no encontraron mas que ruinas i desolacion.

En otros puntos los invasores fueron mas felices, i pudieron ocupar varias ciudades i dominar una considerable estension de territorio. Toussaint-Louverture se puso entónces en abierta insurreccion. Desechó las proposiciones que le hizo el jeneral Leclerc, para obtener su sumision, i emprendió la guerra con un valor desesperado. Las promesas del jeneral frances sedujeron a muchos jefes i oficiales del ejército dominicano; pero el jeneral no se dejó abatir por las defecciones, ni por el peligro que corria su vida, puesta a precio por Leclerc. Los negros se batieron desesperadamente contra los veteranos del ejército del Rin, los mejores soldados del mundo; i aunque fueron batidos, se retiraron a las montañas, dispuestos a recomenzar la lucha. Despues de un mes de guerra tenaz i de ocho combates verdaderamente terribles, el jeneral frances, satisfecho con haber obligado a los enemigos a retirarse, i creyendo asegurada su dominacion en la isla, se apresuró a descubrir las intenciones del primer cónsul, anunciando por una proclama el restablecimiento de la esclavitud i reconociendo a los antiguos colonos todos sus derechos sobre sus negros.

Esta perfidia desperió de nuevo el ardor adormecido de los mulatos i de los negros. Desde que vieron que las promesas que se les habian hecho no eran mas que un lazo infame tendido para inducirlos a abandonar a su jefe, se declararon otra vez en abierta insurreccion. Toussaint-Louverture reunió sus tropas, i pricipitándose con un arrojo irresistible en las llanuras del norte, se apoderó de todos los puestos ocupados por los franceses obligándolos a atrincherarse en la ciudad de Cabo. Veinte dias le bastaron para ejecutar esta rápida i feliz campaña; pero los franceses recibieron entónces de la metrópoli una division ausiliar de cerca de 5,000 hombres i pudieron dar nuevo impulso a las operaciones militares. Al mismo tiempo, Leclerc prometió a los insurrectos una constitucion que asegurase para siempre su libertad i sus garantías de ciudadanos. Los mas notables entre los jenerales negros, Cristóbal i Dessalines, cansados con una lucha estéril i persuadidos de que no podrian resistir por mas tiempo al ejército formidable de los franceses, capitularon i se sometieron. El mismo Toussaint-Louverture, abondonado por todos, i cuando ya era imposible continuar la guerra, rindió sus armas (1.° de mayo de 1802). Leclerc, desobedeciendo sin duda en esta parte las instruciones del primer cónsul, le permitió retirarse a una de sus propiedades.

Muerte de Toussaint-Louverture.—Luego se arrepintió Leclerc de este acto de jenerosidad. Habia conseguido sus triunfos durante la estacion favorable para los europeos; pero llegaba entónces la época de los calores, i con ella, la fiebre amarilla, el ausiliar mas terrible de los negros. El ejército frances comenzó a sufrir bajas notables: los hospitales estaban repletos de enfermos, i el desaliento cundió entre los vencedores. Hiciéronse sentir sordas ajitaciones entre los negros; Leclerc creyó que éstos preparaban una insurreccion jeneral; i temiendo que Toussaint-Louverture instigase este movimiento, dió la órden de apresarlo de sorpresa i miéntras el jefe negro estaba entregado al sueño (10 de junio). Esta nueva perfidia, que causó en Europa una profunda indignacion, fué defendida como un acto necesario para reprimir una conspiracion, pero nunca se presentaron las pruebas que justificaran esta sospecha.

El jeneral Leclerc habia tomado las medidas convenientes para impedir que los negros hubieran podido poner una resistencia cualquiera a sus órdenes. Dos oficiales del ejército negro que hicieron una tentativa para salvar a su jefe, fueron

fusilados, i muchos otros, a quienes se acusaba solo de profesarle gran fidelidad, fueron apresados i castigados mas tarde misteriosamente, arrojándolos quizas al mar. Toussaint fué embarcado en la misma noche en un navío de guerra que partia para Brest. Al pisar la tierra en Francia, se le colocó en un coche cerrado, i una numerosa escolta de caballería lo condujo al castillo de Joux, en los confines del Franco-Condado i de la Suiza. Separado de su familia, que habia sido enviada a Bayona, el libertador de Santo-Domingo no tuvo mas compañía que la de un criado, que estaba preso en el mismo calabozo.

"Al acercarse el invierno, se le trasladó a Besanzon, donde fué encerrado, como el último de los criminales, en un torreon frio, húmedo i oscuro. Se puede mirar este lugar como su tumba. En efecto, figúrese el lector cuán horrible debia parecer este calabozo a un hombre nacido bajo el hermoso cielo de los trópicos, donde no se hace sentir jamas, ni aun en las prisiones, la falta de calor i de aire. Personas dignas de fé han asegurado que el piso del torreon estaba cubierto de agua. Languideció durante todo el invierno en este estado deplorable, i murió en la primavera del año siguiente" (2).

Despues de diez meses de una dura cautividad, Toussaint-Louverture fué encontrado muerto una mañana, el 27 de abril de 1803, sentado cerca del fuego, con la cabeza inclinada i con las manos apoyadas sobre sus rodillas. Se creyó jeneralmente que su fin habia sido acelerado por el veneno, pero esta sospecha no está fundada en prueba alguna. Por otra parte, Toussaint, Louverture, de edad de 60 años, acostumbrado al clima de las Antillas, de una vida activa, se encontró de repente encerrado i sometido al rigor de un invierno de los Alpes. Desprovisto de todo, i sin esperanza de recobrar su libertad, el héroe de una causa grande i noble espiró crispado por el frio, devorado por los pesares i, segun sus verdugos, de una apoplejia cerosa. "Pero ¿qué es la oscura agonía de un pobre negro para los narradores enternecidos del martirio exajerado de Santa Elena? Pero es cierto que la justiciera posteridad dirá quizá que uno de esos dos hombres fué el redentor de su raza, i que el otro fué el azote de la suya" (3).

---

(2) Charles Malo, *Histoire d'Haiti*, cap. VIII, paj. 251.
(3) Lanfrey, *Histoire de Napoleon I*. tom. II. paj. 398.

ESPULSION DEFINITIVA DE LOS FRANCESES.—Desde que los negros supieron la prision de Toussaint i su envio a Europa, presintiendo la suerte que les estaba reservada, resolvieron espulsar definitivamente a los franceses. La ocasion era favorable para un levantamiento: un calor exesivo habia producido en los cuarteles de los europeos enfermedades terribles, que cada dia arrebataban un gran número de soldados. No fué difícil reducir a la última estremidad a un ejército agobiado de fatiga. El jeneral Leclerc, encolerizado con la porfiada resistencia que se le oponia, ordenó que no se diera cuartel a los prisioneros, haciéndolos fusilar sin piedad. Con frecuencia, eran condenados a muerte aun aquellos a quienes se tomaba en su domicilio i sin armas. Muchos de esos desgraciados fueron retenidos en las naves francesas, i en seguida, arrojados inhumanamente al mar.

Estas atrocidades no abatieron a los negros. Luchaban con ese heroismo que infunde la desesperacion del que sabe la muerte que le espera, si es vencido por sus feroces enemigos. La fiebre amarilla continuaba haciendo sus estragos en las filas francesas, i ausiliando, por tanto, la causa de la insurreccion. El mismo jeneral Leclerc sucumbió en la pequeña isla de la Tortuga (2 de noviembre de 1802), adonde se habia hecho trasportar desde que se sintió enfermo.

El jeneral Rochambeau, hijo de un célebre militar que se habia ilustrado en los Estados-Unidos peleando por la causa de la independencia, tomó el mando del ejército frances de Santo Domingo i siguió las huellas de su predecesor. La guerra se continuó con el mismo ardor, i por ambas partes se cometieron las mayores atrocidades. Rochambeau, vencido en Acul, condenó a muerte a quinientos prisioneros; i Dessalines, jeneral de los negros despues de la prision de Toussaint, usando de represalias, hizo ahorcar, a la vista del ejército frances, a quinientos oficiales i soldados que habian caido en su poder.

Al fin, la guerra i las pestes habian destruido el ejército frances. La paz entre la Francia i la Inglaterra habia dejado de existir (mayo de 1803); i Rochambeau no podia recibir de la metrópoli los ausilios que pedia con instancias. Una escuadra inglesa fué a bloquear a los franceses en las costas de Santo-Domingo, miéntras que Dessalines los estrechaba por tierra. Rochambeau se vió obligado a capitular, i obtuvo como un favor que el jeneral negro lo dejase salir de la ciudad de Cabo-Frances, último atrincheramiento de sus tro–

pas, para tomar sus naves. El jeneral esperaba salvarse de la flota enemiga a favor de la noche; pero fué desgraciado en esta tentativa; i se vió obligado a rendirse en la mañana siguiente a los ingleses. Los últimos restos del brillante ejército de Leclerc quedaron prisioneros en Inglaterra hásta la caida de Napoleon. De 35,000 hombres que el gobierno frances habia enviado a Santo-Domingo, solo volvieron a su patria algunos millares; i la empresa que con tanta perfidia se habia preparado para destruir a los negros i para restablecer la esclavitud en aquella isla, produjo sólo un doloroso escarmiento. "Jamas resultados mas desastrosos correspondieron a una política mas perversa, dice un distinguido historiador; pero como sucede de ordinario, los instrumentos solos sufrieron el peso de la espiacion, lei histórica que deberia poner en guardia a los hombres contra su inagotable complacencia hácia aquellos que disponen tan lijeramente de sus destinos."

Independencia de Haiti.—Desde que los negros vieron al jeneral Rochambeau reducido a encerrarse en la plaza de Cabo-Frances, creyeron con razon definitivamente asegurado su triunfo, i no vacilaron en proclamarse libres e independientes de todas las naciones de la tierra. Con una jenerosidad que no esperaban los europeos de los hombres que acababan de salir de la esclavitud, los jenerales vencedores llamaron a la isla a los antiguos colonos que quisieran vivir en paz con ellos. "Propietarios de Santo-Domingo, qué vagais en los paises estranjeros proclamando nuestra independencia, decian en una proclama justamente célebre (29 de noviembre de 1803), nosotros no os prohibimos el entrar en posesion de vuestros bienes: léjos de nosotros ese pensamiento injusto. Sabemos que hai entre vosotros algunos hombres que han abjurado sus antiguos errores, renunciado a sus locas pretenciones i reconocido la justicia de la causa por que vertemos nuestra sangre desde doce años atras. Trataremos como hermanos a los que nos aman: pueden contar con nuestra estimacion i con nuestra amistad, i volver a vivir entre nosotros."

Por fin, los jenerales negros, desembarazados de sus enemigos, proclamaron solemnemente la independencia de la isla (1.° de enero de 1804), dando a la nueva República el nombre de Haiti, por ser diferente del que hasta entónces habian usado los europeos. El jeneral Juan Jacobo Dessalines fué proclamado gobernador vitalicio del estado; pero antes de

un año (8 de octubre) se hizo coronar emperador. La Francia no volvió a enviar otras espediciones contra el nuevo estado; pero solo veinte i dos años despues de haber evacuado la isla (en 1825) reconoció su independencia.

La historia interior de la república de Haiti está sembrada de trastornos, de guerras civiles, de separaciones de sus provincias en dos estados diferentes, i de transiciones alternativas de república a monarquía i de monarquía a república. Si esa historia contiene numeresos horrores, si ella consigna el nombre de Dessalines, manchado con inútiles atrocidades, recuerda tambien los de algunos hombres ilustres, nacidos de la raza negra i herederos del talento i del carácter de Toussaint-Louverture, el de Péthion, el amigo desinteresado i protector jeneroso de Bolívar, i el de Boyer, jefe activo e intelijente que incorporó a sus estados la parte española de la isla i que ilustró su gobierno fomentando el desarrollo de la riqueza nacional.

Formacion de la república de Santo Domingo.—Al lado del estado de Haiti se formó mas tarde en aquella isla otra república independiente, por medio de una revolucion que debemos dar a conocer.

Hemos dicho mas atras que a fines del siglo XVIII la isla de Santo-Domingo estaba dividida en dos porciones, la mas grande de las cuales quedaba en poder de la España. Este estado de cosas subsistió mas de un siglo; pero por el tratado de Basilea (22 de junio de 1795) la España cedió a la república francesa sus posesiones en aquella isla, disponiendo al efecto la entrega de sus ciudades i plazas fuertes. El cadaver de Cristóbal Colon, sepultado en la catedral de Santo Domingo, fué trasladado a la Habana.

El gobierno frances, sin embargo, rodeado de las mas graves complicaciones en Europa i en sus colonias, no pudo tomar posesion de aquella parte de la isla. Las autoridades españolas quedaron mandando en ella hasta que Toussaint-Louverture, entónces en el apojeo de su poder, emprendió una espedicion contra los gobernantes españoles que aun mandaban en la parte occidental de Santo-Domingo. El jeneral don Joaquin García, que conservaba el gobierno de esa provincia con el título de gobernador i capitan jeneral, no pudo oponer una resistencia formal al ejército de los negros, i se vió obligado a abrirles las puertas de la ciudad de Santo-Domingo. Toussaint-Louverture hizo su entrada solemne en ella en junio de 1801; i despues de prometer respetar la re-

lijion, las costumbres i las propiedades de los colonos españoles, volvió a la rejion oriental de la isla, dejando a uno de sus hermanos en el gobierno de la parte recien conquistada.

El jeneral Leclerc tomó un año mas tarde posesion de aquella provincia en nombre del gobierno frances. Los colonos recibieron favorablemente las nuevas autoridades; i toda la parte española de la isla de Santo-Domingo permaneció tranquila durante siete años bajo la dependencia de la Francia. La república de Haití, aunque libre e independiente despues de la espulsion de los franceses, estaba envuelta en guerras civiles, i no pudo, por tanto, intentar la reduccion de aquella parte de la isla.

Así permaneció aquella colonia hasta 1808. La invasion de los franceses en España, i la guerra a que ella dió lugar, exaltaron el patriotismo de los antiguos colonos i los indujeron a tomar las armas contra sus dominadores. Uno de ellos, don Juan Sánchez Ramírez, encabezó el movimiento, i fácilmente se hizo dueño de casi todo el pais. El jeneral Ferrand, gobernador de la provincia en nombre de la Francia, se puso a la cabeza de los 500 hombres que guarnecian a Santo-Domingo, i con ellos salió en busca de los rebeldes. El 7 de noviembre (1808) encontró a Sánchez que, con un ejército de 2,000 hombres de tropas colecticias, habia tomado posesion de un lugar conocido con el nombre de Palo-Hincado. Allí se trabó un combate terrible en que los franceses hicieron cuanto podia esperarse, pero en que tambien fueron derrotados por el mayor número. El jeneral Ferrand se disparó un pistoletazo para no sobrevivir a su derrota.

Los rebeldes marcharon sobre SantoDomingo; pero allí los franceses opusieron todavía una obstinada resistencia. Al fin, algunas naves de la Gran Bretaña, aliada entónces de los españoles, llegaron en ausilio de los rebeldes i obligaron a las autoridades francesas a entregar la ciudad. Sánchez tomó el mando de la colonia, i recibió mas tarde de la junta central de Sevilla el nombramiento de capitan jeneral e intendente de Santo-Domingo.

La colonia volvió a gozar de paz i de tranquilidad bajo la nueva dominacion española. En la época en que casi todas las provincias de América estaban en abierta insurreccion contra la España, Santo-Domingo permanecia pacífico i servia de punto de arribada a las naves españolas que venian a América a combatir a los independientes. Por fin, la chispa revolucionaria prendió tambien en aquella isla. El audi-

tor don José Núñez de Castro, tribuno arrogante e impetuoso, encabezó un movimiento proclamando la independencia, depuso al brigadier don Pascual Real, i organizó un gobierno patriota a cuya cabeza se colocó él mismo (30 de noviembre de 1821).

La España, agobiada entónces por la sublevacion de la mayor parte de sus colonias i envuelta en una revolucion interior, no pensó siquiera en reconquistar a Santo-Domingo; pero en cambio, otros peligros amenazaban al nuevo estado. Los franceses establecidos en el pais quisieron que la revolucion consumada favoreciese los intereses de la Francia, i en efecto pidieron al conde Doncelot, gobernador de las Antillas francesas, que tomase posesion de Santo-Domingo en nombre de su gobierno. Antes que llegasen las tropas que habia preparado Donselot, Santo-Domingo habia sido sometido por los negros de Haiti. Boyer, presidente de esta república, al saber la revolucion que habia estallado en la parte ántes española de la isla, reunió un ejército de 1,200 hombres i marchó con gran rapidez sobre la capital, aprovechándose del desconcierto en que se hallaban los rebeldes. Nuñez de Castro no pudo oponer ninguna resistencia a ejército tan formidable, i se vió forzado a entregar el mando al presidente Boyer. La bandera haitiana tremoló en la ciudad de Santo Domingo el 21 de enero de 1822. Los otros pueblos de la colonia recibieron sin dificultad las nuevas autoridades. Las tropas francesas despachadas de la Martinica, no pudieron hacer nada contra el ejército haitiano, i se volvieron a aquella isla casi sin intentar empresa alguna.

La dominacion del jefe haitiano en la que fué colonia española, no podia dejar de ofender los intereses i los sentimientos de los antiguos colonos de España. Viéronse estos gravados con fuertes contribuciones, menospreciados por los negros i espuestos a frecuentes vejámenes. El uso de la lengua española fué abolido en los tribunales i en todos los actos gubernativos, reemplazándolo el frances incorrecto i corrompido de los negros de Haití. Su dominacion se mantuvo, sin embargo, durante veinte i dos años.

Al fin, en 1843 (13 de marzo), una revolucion derribó a Boyer del gobierno de la república de Haití. Los dominicanos creyeron llegado el momento de sacudir el detestado yugo; pero el nuevo jefe haitiano, Herard Rivière, reprimió todo conato de insurreccion, i convocó a los pueblos a un congreso jeneral. Los antiguos colonos de la España esperaron

que ese congreso mejorara su situacion; pero viendo desatendidas sus quejas, pensaron solo en una revolucion. En la noche del 27 de febrero (1844), algunos patriotas dominicanos se arrojaron sobre los cuarteles, obligando a la tropa a refujiarse en la ciudadela. El dia siguiente, el jeneral Desgrotte, que gobernaba en Santo-Domingo en nombre de la república de Haití, capituló con los sublevados retirándose en seguida con todas sus tropas.

Los revolucionarios se apresuraron a organizar un gobierno provisorio. Uno de ellos, don Pedro Santana, formó un cuerpo de tropas, e imprimió grande actividad a los trabajos de los insurjentes. Los haitianos, por su parte, no se quedaron en la inaccion: el presidente Rivière equipó un ejército de 30,000 negros i dividiéndolos en dos grandes cuerpos, se puso en campaña contra Santo-Domingo, marchando él a la cabeza de una de las dos divisiones. A pesar de estos grandes aprestos, los negros sufriron dos espantosas derrotas. Santana destrozó en Azúa las fuerzas que mandaba Rivière en persona (19 de mayo); i el coronel dominicano don Ramon Mella batió la otra division en los alrededores de la ciudad de Santiago (30 de mayo de 1844). Despues de estos dos grandes fracasos, el presidente Rivière perdió todo su prestijio; i una revolucion que estalló en Haití lo depuso del mando de la república.

Esta i otras revoluciones impidieron a los haitianos pensar en nuevas espediciones contra Santo-Domingo. Mientras tanto, los habitantes de este pais engrosaron sus fuerzas i se prepararon para resistir otras agresiones. La república dominicana nació entónces; i aunque combatida por los negros, que no querian abandonar su proyecto de reconquista, i envuelta en constantes guerras civiles, ha sabido mantener su independencia en medio de las mas difíciles circunstancias. Desde 1845, algunos de los jefes de partido pensaron en colocar el nuevo estado bajo la dependencia de la España; pero cuando la nueva metrópoli creyó llegado el momento de dominar allí, los dominicanos se alzaron con nuevo ardor, i quitaron a sus antiguos dominadores el deseo de volver a pisar el suelo de la América independiente (4).

---

(4) La historia de la isla Española ha sido objeto de estudios numerosos i prolijos. Aparte de la estensa obra del P. jesuita frances Charlevoix (*Histoire de Saint Domingue*, Paris, 1730, 2 vol. en 4.°), en que deja la historia de esa isla hasta mucho despues del establecimiento de los

franceses en su parte occidental, existen muchas otras obras en que están referidas las aventuras de los filibusteros o bucaneros, i la historia del establecimiento de los europeos.

Sobre la historia de la revolucion de Haiti i la formacion de la república de los negros, existen tambien muchas obras mas o ménos jenerales, ademas de las noticias consignadas en las historias de Francia. Citaré solo los libros que he consultado sobre el particular, i que me han sido de grande utilidad para formar este capítulo. Charles Malo, *Histoire d'Haïty depuis sa découverte jusqu'en* 1824, Paris 1825, 1 vol. en 8.°; sir James Barskett, *Histoire politique et statistique de l'ile d'Hayti*, Paris, 1826, 1 vol. en 8.°; L. J. Clausson, *Précis historique de la revolution de Saint-Domingue*, Paris 1819, 1 vol. en 8.°; Viscomte Panphile de Lacroix, *Memoire pour servir a l'histoire de la revolution de Saint-Domingue*, Paris 1819, 2 vol. en 8.° Esta obra, escrita por uno de los jenerales que hicieron la campaña con Leclere, se contrae especialmente a la historia de la espedicion de los franceses i contiene muchos detalles estratéjicos sobre aquellas guerras, pero dá tambien importantes noticias sobre los sucesos anteriores. Las vastas compilaciones biográficas de Michaud i de Hoefer contienen sobre los personajes que figuraron en la revolucion haitiana, interesantes noticias que me han sido de grande utilidad. Muchas veces he seguido casi al pié de la letra el interesante resúmen de aquella revolucion que ha colocado M. Belloc en un volúmen publicado en Paris en 1846, sobre la América, que forma parte de la coleccion de historias titulada *Le monde*. Ese volúmen, mui imperfecto en la parte relativa a la historia de las colonias españolas, es bastante cuidado al tratarse de las colonias francesas.

La historia de la parte española de Santo Domingo, ha sido mucho ménos estudiada, i es por lo tanto casi desconocida. En 1853, don Antonio del Monte i Tejada comenzó a publicar en la Habana una *Historia de Santo-Domingo desde su descubrimiento hasta nuestros dias;* pero el primer tomo, que es el único que conozco, i creo que el único que ha salido a luz, contiene solo los viajes de Colon, i está en gran parte lleno con la reproduccion de documentos relativos a los primeros viajes al nuevo mundo. Para formar la reseña histórica de la revolucion dominicana contenida en este capítulo, no he tenido mas que dos autoridades que consultar: Las pocas líneas que a ella consagra M. Gustave d'Alaux en unos artículos publicados en la *Revue des deux mondes*, i reunidos despues en un volumen con el título de *Solouque et son empire*, i un libro de don Mariano Torrente, el célebre historiador realista de la revolucion hispano-americana. Este libro se titula *Política ultramarina, que abraza todos los puntos referentes a las relaciones de España con los Estados-Unidos, con la Inglaterra i las Antillas, i señaladamente con la isla de Santo-Domingo*, Madrid, 1854, 1 vol. en 8.°. Torrente, despues de examinar la política española con respecto a aquellas potencias, i de consignar muchas noticias mui interesantes acerca de las Antillas, recomienda a la España que acepte los ofrecimientos que ántes de esa época le habian hecho algunos caudillos dominicanos, de someter de nuevo aquel pais a la dominacion de su antigua metrópoli. Los capítulos 50 i 51 de dicho libro contienen una reseña rápida, pero mui clara, de la revolucion de ese pais; i de allí he tomado casi todas las noticias que he consignado sobre esos sucesos.

INDICE

DEL

COMPENDIO DE HISTORIA DE AMÉRICA

PARTE TERCERA.

LA COLONIA.

CAPITULO I.

DIVISIONES POLITICAS I ADMINISTRATIVAS DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS.

Pájs.

CAPÍTULO II.

ADMINISTRACION DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS.

CAPÍTULO III.

ORGANIZACION SOCIAL DE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS; INDUSTRIA; INSTRUCCION PÚBLICA.

CAPÍTULO IV.

COLONIAS PORTUGUESAS.

CAPÍTULO V.

COLONIAS INGLESAS.

PARTE CUARTA.

REVOLUCION DE LA INDEPENDENCIA.

CAPÍTULO I.

REVOLUCION DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

CAPÍTULO II.

INDEPENDENCIA DE LOS ESTADOS-UNIDOS.

Pájs.

CAPÍTULO III.

PRIMEROS SÍNTOMAS DE REVOLUSION EN LA AMÉRICA ESPAÑOLA.

CAPÍTULO IV.

REVOLUCION DE MÉJICO.

CAPÍTULO V.

INDEPENDENCIA DE MÉJICO; ITURBIDE.

CAPÍTULO VI.

REVOLUCION DE VENEZUELA.

CAPÍTULO VII.

REVOLUCION DE NUEVA-GRANADA.

CAPÍTULO VIII.

REVOLUCION DE LAS PROVINCIAS ARJENTINAS.

CAPÍTULO IX.

REVOLUCION DE CHILE.

CAPÍTULO X.

LA INDEPENDENCIA DE CHILE.

CAPÍTULO XI.

LA REPÚBLICA DE COLOMBIA.

CAPÍTULO XII.

COMPLETA INDEPENDENCIA DE COLOMBIA; ESPULSION DEFINITIVA DE LOS ESPAÑOLES.

CAPÍTULO XIII.

SAN-MARTIN EN EL PERÚ; REVOLUCION DE ESTE PAIS.

CAPÍTULO XIV.

BOLÍVAR EN EL PERÚ.—JUNIN I AYACUCHO.—FORMACION DE LA REPÚBLICA DE BOLIVIA.

CAPÍTULO XV.

REVOLUCION E INDEPENDENCIA DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

CAPÍTULO XVI.

REVOLUCION E INDEPENDENCIA DEL PARAGUAY.

CAPÍTULO XVII.

REVOLUCION E INDEPENDENCIA DE LA AMÉRICA CENTRAL.

CAPÍTULO XVIII.

REVOLUCION DEL BRASIL.

CAPÍTULO XIX.

HAITI I SANTO DOMINGO.



13

3



